



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

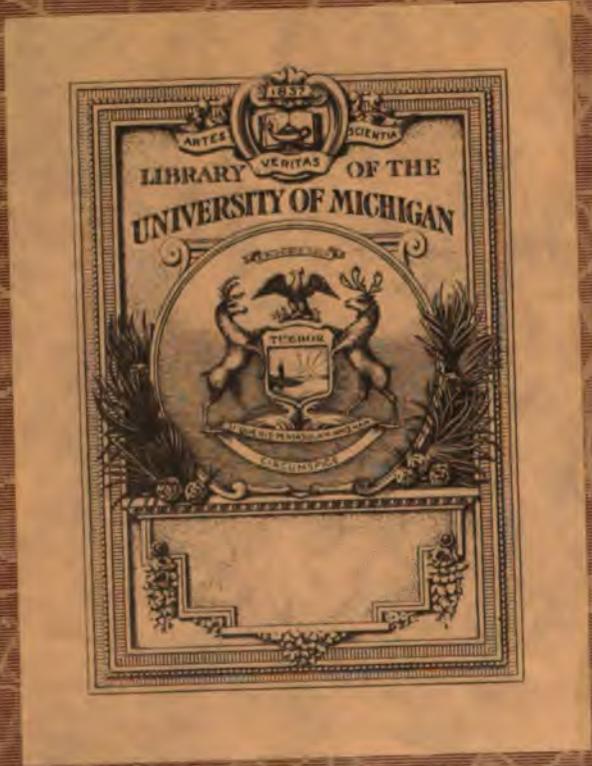
- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

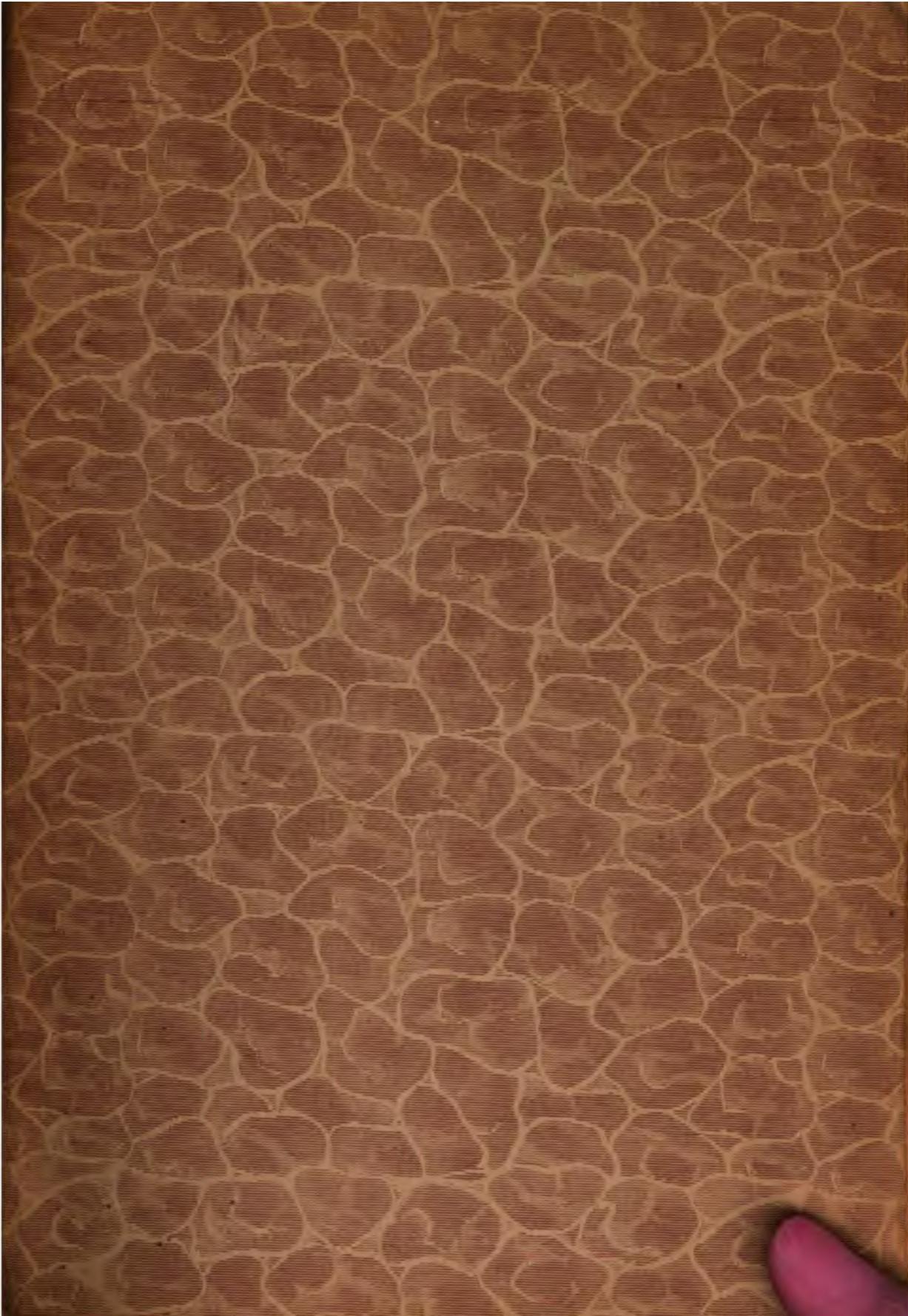
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

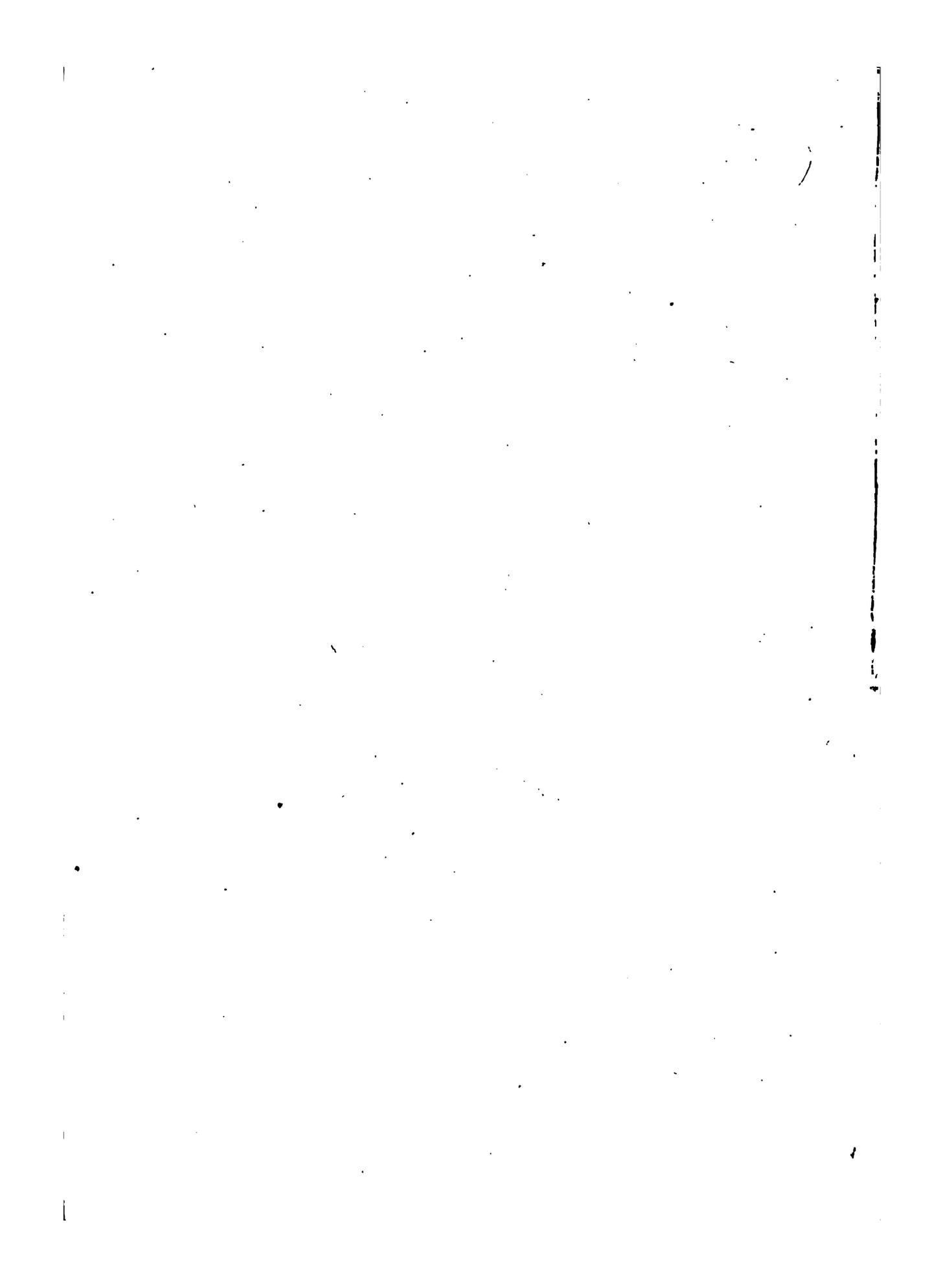
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

C

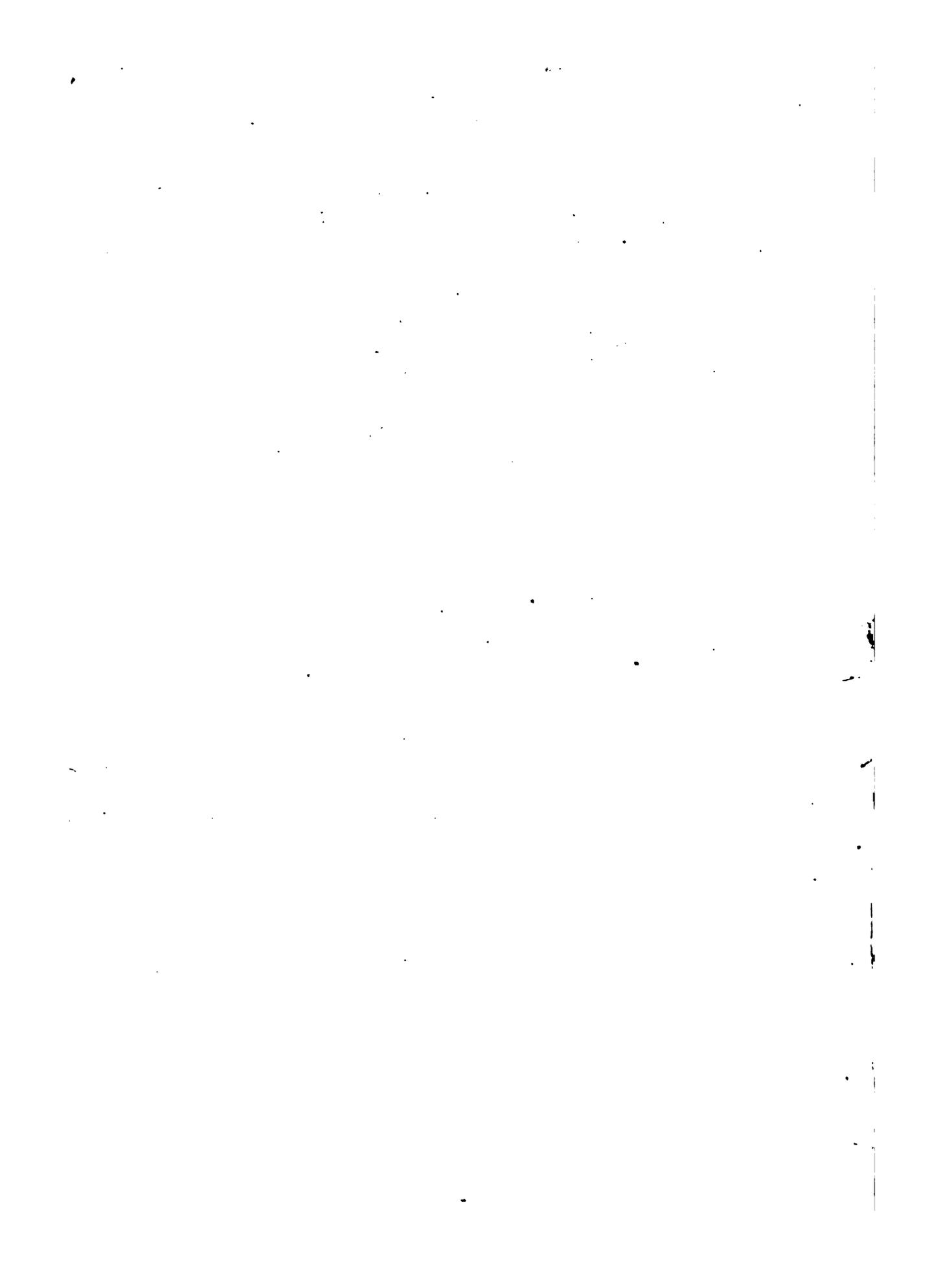
544,063

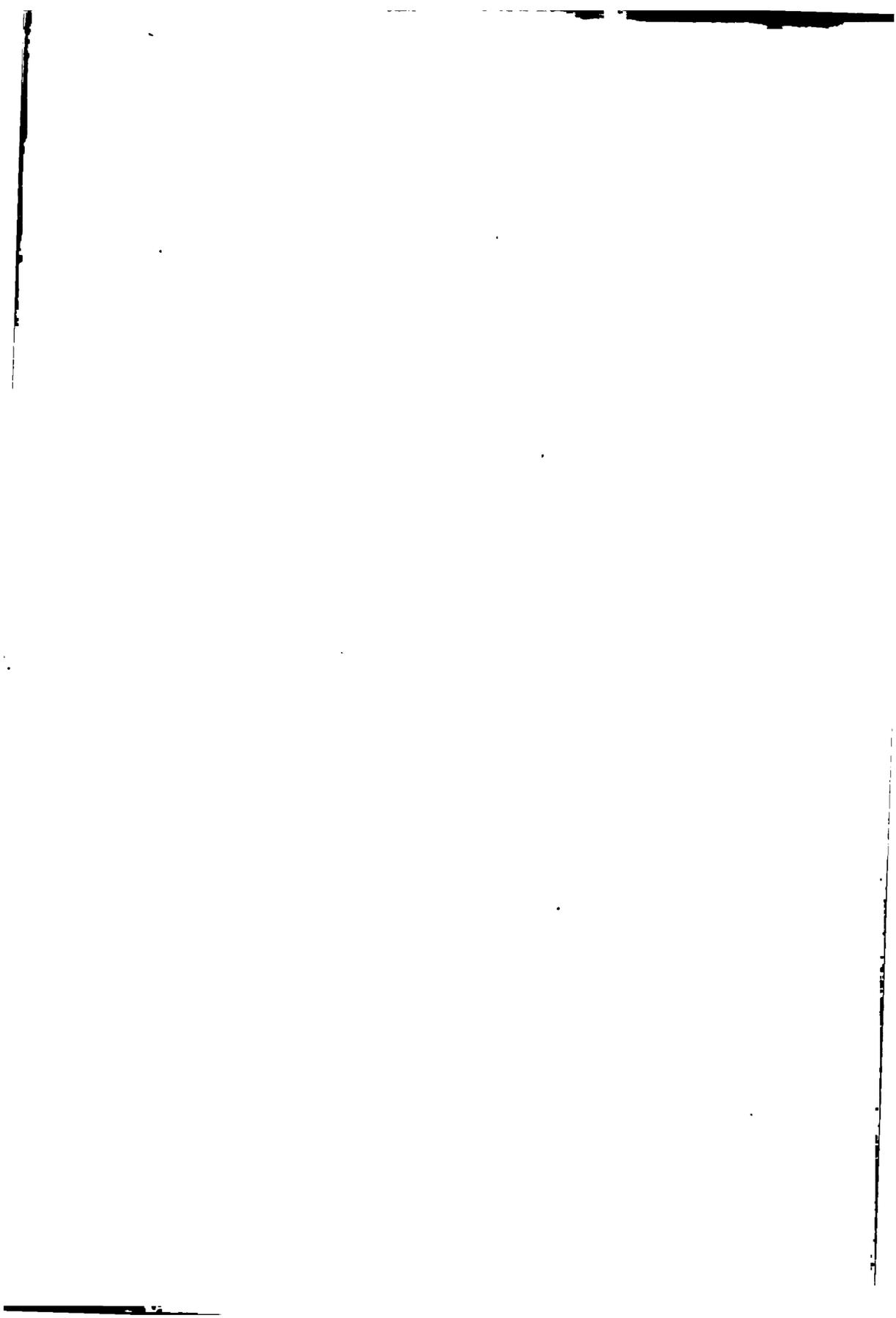






855
L
B





OBRAS DE CARMEN DE BURGOS SEGUÍ

(COLOMBINE)

NOVELAS

Alucinación (agotada).—El Tesoro del Castillo.—Senderos de vida.—El honor de la familia.—El veneno del Arte.—Siempre en tierra.—Frasca la tonta.—La travesía.—La justicia del mar.—La indecisa.—Sorpresas.—El Abogado.—Los Usureros.—El Perseguidor.—"Villa María".—El hombre negro.—Los Miseros.—Las desorientadas.—Una bomba.—Lo inesperado.—Don Manolito.—El permisionario.—Pasiones.—Dos amores.—El Desconocido.—La Flor de la Playa.—Después de la Paz.—La Nueva Entrometida.

CUENTOS DE COLOMBINE (Sempere, Valencia).

LOS INADAPTADOS.—3 ptas. (Sempere, Valencia).

EN LA GUERRA.—1 pta. (Sempere, Valencia).

LA HORA DEL AMOR.—1 pta. (Sanz Calleja, Madrid).

LA RAMPA.—3,50 ptas. (Renacimiento, Madrid).

EL ULTIMO CONTRABANDISTA.—1 pta. (Sopena, Barcelona).

ELLAS Y ELLOS O ELLOS Y ELLAS.—3,50 ptas. (Sociedad Española de Librería, Ferraz, 21).

LAS INSEPARABLES.—3 ptas. (Biblioteca Nueva, Madrid).

LA PUERTA DEL SOL (con grabados en el texto).—3,50 ptas.

SECRETOS.—3,50 ptas.

LOS ANTICUARIOS.—3,50 ptas.

LA DIVORCIADA.—3,50 ptas.

DOS NOVELAS, DOS PROCESOS.—13 ptas. Berriatua, editor.

LITERATURA

Notas del Alma (versos) (agotada).—Ensayos literarios (agotada).—El Divorcio en España.—La Protección y la Higiene de los Niños.—La Voz de los Muertos (1 pta. Sempere, Valencia).—Al Balcón (1 peseta. Sempere, Valencia).—Giacomo Leopardi (su vida y sus obras, dos tomos en 4.º) (3 ptas. cada uno. Sempere, Valencia).—EL VOTO, LAS ESCUELAS Y LOS OFICIOS DE LA MUJER (3,50 ptas.)—LA ESPAÑOLA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES (NUMEROSOS GRABADOS).—10 ptas.—ASPECTO 3 ptas.—FIGARO (REVELACIONES, "ELLA" DESCUBIERTA, EPISTOLARIO INÉDIT.) (Numerosos grabados.) 10 ptas.—CONFIDENCIAS DE ARTISTAS (Edición de lujo, 4 ptas.) (Sociedad Española de Librería) (2.ª edición, dos tomos a 1,50 cada uno. Sanz Calleja, Madrid).—HABLANDO CON LOS DESCENDIENTES (de Zorrilla, Goya, Larra, Alarcón, Pereda, Valera, Echegaray, Romea, Calvo, Egulaz, Manuel del Palacio, Carolina Coronado, Rosales, Granados, Ganivet, Eça de Queiroz, Becquer, Ramos Carrión, Vital Aza, etc., etc.) (3,50 ptas.)

CONFERENCIAS

La Mujer en España (Asociación de la Prensa, Roma).—Misión Social de la Mujer (El Sitio, Bilbao).—Influencias recíprocas entre la Mujer y la Literatura (Centro de Cultura, Logroño).—El Alma Pasional de España (El Parthenon, París).—Musco de las Conferencias dadas en América y Canarias.—Literatura Española (Curso de Conferencias en la Universidad de Lisboa.)

VIAJES

Por Europa (Francia, Italia y Monaco, ilustrada con 234 grabados) (Maucci, 5 ptas.).—Cartas sin Destinatario (Bélgica, Holanda y Luxemburgo). (2 ptas. Sempere, Valencia).—Peregrinaciones (Alemania, Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Portugal). (4 ptas.—Sociedad Española de Librería, Madrid).

MIS VIAJES POR EUROPA (Dos tomos a 1,50 cada uno. Sanz Calleja).

TRADUCCIONES

Los Evangelios (dos tomos), Renan.—La Iglesia Cristiana, Renan.—Diez y seis años en Siberia (dos tomos), León Deutsch.—La Guerra Ruso Japonesa, Tolstoy.—El Rey sin Corona, Georges de Bouheliér.—Cuentistas italianos.—Fisiología del Placer, Mantegaza, (dos tomos).—Loca por razón de Estado (*La princesa Luisa de Bélgica*).—Dafnis y Cloe, Longo.—En el Mundo de las Mujeres, Roberto Bracco.—La inferioridad mental de la Mujer, P. J. Moebius.—Las piedras de Venecia (dos tomos), J. Ruskin.—Las Mañanas de Florencia, idem.—Las Siete Lámparas de la Arquitectura, idem.—La Corona de Olivo Silvestre, idem.—El reposo de San Marcos, idem.—Los Pintores Modernos, idem.—La Biblia de Amiens, idem.—Los recuerdos de mi Juventud, idem.—El Valle del Arno, idem.—Sorda, Muda y Ciega, Hellen Keller.—El tío Geromo (Crainquville), drama en tres cuadros, Anatole France.—Mi grande, Marcel Tynaire.—Las mujeres de Fuego, Gerardo de Nerval.—La Indomada, por J. H. Rosni.—La dulzura de vivir, Marcel Tynaire.—Cuentos a Maxa, Max Nordau (y numerosos libros originales y arreglos de obras prácticas para la mujer, como el "Tesoro de la belleza", "Vademécum femenino", "Salud y belleza", "Las artes de la Mujer", "elegancia", "¿Quiere usted comer bien?", etc., etc., etc.)

“ F Í G A R O ”

(REVELACIONES, “ELLA” DESCUBIERTA, EPISTOLARIO INÉDITO)

FOR



CARMEN DE BURGOS ^{seguí} (COLOMBINE)

EPILOGO POR

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Fotograbados de ADOLFO DURÁ

MADRID
IMPRESA DE «ALREDEDOR DEL MUNDO»
MARTÍN DE LOS HEROS, 65.

1919

De este libro se ha hecho una tirada especial de lujo de diez ejemplares numerados, al precio de 200 pesetas.



PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
COPYRIGHT 1919

DEDICATORIA

A Ramón Gómez de la Serna, cuyo admirable epílogo sobre el Prado, hace que se destaque viviente, sobre un fondo elíseo, la figura de Figaro.

Colombine.



Spanish
Suarez
12-6-24
10970

PRÓLOGO

RESURRECCIÓN

Era la segunda vez que recorría aquel camino en pos de los recuerdos de "Fígaro". La primera vez, hace ya diez y ocho años, estuve en el Cementerio de San Nicolás a visitar al amado escritor—mi primera visita en Madrid,—ahora iba a buscar a su familia, a que me hablasen de él, a recoger de esa fuente histórica que forma la tradición algo que me dibujara a "Fígaro" como yo lo veía, como yo lo sentía. A fuerza de leer sus obras, de convivir espiritualmente con los ingenios de su tiempo, de pasear con ellos por el Madrid antiguo, Madrid de ensueños y de leyendas románticas, yo había evocado su figura de un modo extraño, apartándome de casi todos sus biógrafos. A veces su recuerdo me parecía decir: "Han hecho sobre "Fígaro" muchos libros de erudición, muchos artículos encomiásticos, bastantes en los que lo maltratan, pero, ¿quién se ocupó de su espíritu, de su alma? ¿Dónde está su figura humana, su pasión: el hombre?

Larra había estado olvidado mucho tiempo. Sus contemporáneos habían tenido que rendirse ante la fuerza de su talento, pero sin acallar del todo en ellos los resquemores de la envidia. Después del homenaje de su entierro se apresuraron a poner la losa y la cruz sobre su tumba. Su íntimo amigo el marqués de Molins—¡oh los íntimos amigos!—pareció el encargado de sellarla mejor, de poner el epitafio, *Inri* disimulado sobre la pasión y muerte de Larra. Se quería enterrarlo más profundamente, dejar su recuerdo atenuado como uno más en la lista de pequeñas tumbas que se destacan en la historia de nuestra literatura. Pero a "Fígaro" no se le podía enterrar así. En "Fígaro" hay una fuerza que lo mantiene siempre vivo y joven cerca de nosotros.

Se admiran, y se les rinden los justos homenajes que merecen sus talentos, a Mesonero Romanos, Espronceda, el Duque de Rivas... Nos inclinamos ante ellos con respeto... pero están lejos, son del pasado. "Fígaro" no. "Fígaro" es de los nuestros. Ellos despiertan la admiración, "Fígaro" el cariño.

Porque Fígaro es la figura gallarda, joven, pasional, impetuosa y justiciera que se adelanta a su época; es el eslabón que enlaza a los grandes clásicos españoles con los grandes ingenios de nuestra generación; es el que en ese siglo azaroso, en el que todos andan perdidos buscando la fórmula, enciende la antorcha e ilumina el camino. Larra no se queda atrás, Larra no envejece como los otros; Larra con-

serva su prestigio de escritor, su prestigio de hombre y hasta su prestigio de suicida. Es eternamente joven, eternamente original.

¿No nos dice nada la manera admirable con que ha sabido escaparse de su sepultura? Nuevo Hombre-Supremo ha levantado su losa y ha aparecido redivivo y triunfante. A pesar de todas las preocupaciones, de todas las intransigencias, de todas las pasiones bajas, el amor de sus discípulos burló desde el primer día la guardia pretoriana de los que extienden patentes de genio y fueron en peregrinación a su sepulcro.

Era la segunda vez que yo recorría aquel camino en una triste tarde de Noviembre en busca de los recuerdos de Figaro. Deseaba evocar su figura en la sección creada por mí en *Heraldo de Madrid*, de entrevistas con los descendientes de los grandes hombres. En el fondo de mi alma había un deleite íntimo. Iba a su casa. Iba a buscarlo entre su familia, a verlo en la intimidad del hogar. Conforme corría el coche camino de la lejana calle de Gutenberg, y pasaban los minutos, mientras mi amiga Rosa Eguilaz de Parada Santin hablaba con su voz musical de la familia a quien me iba a presentar, la evocación de Figaro tomaba en mi espíritu mayor fuerza. Cuando llegamos iba persuadida de hacerle una visita a Figaro, hasta el extremo de preguntarle al portero por D. Mariano de Larra, en lugar de preguntar por su biznieto político D. Mariano Gullón.

¡La familia de Figaro!

Esa simpatía que se experimenta entre los antiguos amigos me invadió. Confieso que perdí la noción del tiempo y de las personas, para no saber con toda certeza si todos eran seres de *ahora* o si todos eran seres de *antes* y no había de *ahora* más que Figaro.

¡Se hablaba allí de él como si después de comer acabara de marcharse a la calle o al café! ¡Eran tan familiares sus recuerdos! Estaban allí la más anciana representante de la familia y la más joven de sus descendientes, que lleva ya en segundo apellido el glorioso apellido de Larra.

La primera, doña Pepita de Larra, prima hermana de Figaro; es la hija de aquel buen D. Eugenio de Larra, tío de Mariano José, casi de su edad, que fué el único de su familia que supo comprenderlo en vida y el único que nos ha guardado sus



Fosforera de «Figaro».
Fot. Alfonso.

recuerdos. La segunda era una preciosa niña de dos años, hija de la biznieta de Figaro, que con ese poderoso egotismo de los niños muy amados, interrumpía la conversación con sus llantos y protestas, de que no se ocupasen de ella, y repetía entre graciosos sollozos: "La niña no habla..." "la niña no habla".

Hablaba la anciana, doña Pepita, figura menuda, frágil, con un rostro inteligente y unos ojos llenos de viveza y de luz. Nos agrupábamos todos en torno del sillón, donde la enfermedad del corazón retiene a la simpática viuda de Luis de Larra, doña Felisa Gullón. Todos lo conocían allí; todos hablaban de él familiarmente "Mariano José", "Mariano José".

El fenómeno del amor a Figaro, creciendo más y más a medida que se alejan las generaciones, se mostraba allí más poderoso y más visible. Los parientes contemporáneos de Larra no habían sabido ver su grandeza, lo habían abandonado, lo habían desconocido, lo habían amargado. Una punible indiferencia había hecho que se perdiesen muchos de sus

papeles y de sus recuerdos; pero ahora sus descendientes rodean todo lo que le ha pertenecido de un culto fervoroso; hacen suyos los agravios que en el pasado se lanzaron sobre él. Esperan ansiosos la obra de la vindicación.

—Mariano no era un malvado, ni un mal hijo, ni un mal esposo, ni un mal padre—me dice doña Pepita.

Y su voz cálida y segura a pesar de los años... cuenta..., cuenta..., cuenta...

Mi sueño se ha realizado tal como se había hecho en mí. Es el hombre que responde a su obra: como forzosamente tenía que ser.

En el curso de la conversación se habla muchas veces de *la caja... la caja*, "eso está en la caja". ¿Qué caja es ésa? ¿Puede creerse que aún existan *papeles íntimos e inéditos* de Fígaro? ¿Es posible que haya sido tan ciega la generación anterior a la nuestra y la nuestra misma? El milagro es cierto. La familia de Larra ve la sinceridad de mi entusiasmo, y la caja misteriosa se abre para mí.

¿Habrá sentido alguna vez una mujer al abrir una caja de joyas una satisfacción, una alegría tan grande como la que yo experimento? Y la existencia de este tesoro no era un misterio ni un secreto. Su nieto Luis de Larra, el notable autor dramático, escribió en *Heraldo de Madrid* de 24 de Marzo de 1909, cuando con motivo del centenario de su nacimiento estuvo de *actualidad* el ilustre muerto:

"Murió pobre. Nos dejó dos tesoros: su apellido ilustre y... Las reliquias. La caja con un letrero que dice: "Papeles de Fígaro."

Pero en este país sin curiosidad nadie se inquietó por buscar estas reliquias.

Esto ha permitido que llegue a mis manos esta caja, arca santa del recuerdo, frente a la que trabajo en estos momentos y que me deja ver la intimidad de Fígaro.

He vuelto muchas veces a visitar a su familia; he conocido a la nuera de Fígaro, doña Cristina Ossorio, que fué una gran actriz, y a sus hijos, el notable actor Mariano de Larra y su hermana doña María, dama inteligente y culta, que me habla de sus abuelos con extraña clarividencia. Hablando con todos, escuchando sus impresiones, estudiando sus rasgos, he podido día a día ir formando lo que pudiera llamarse la figura novelesca de Fígaro, acercarme más a él y conocerlo mejor.

Además, la familia me ha facilitado las reliquias que restan de Fígaro. Hay una fosforera de caoba, de la cual habla el inventario oficial que se hizo de sus muebles. Tengo cerca de mí la cajita, y la acaricio a veces de esa manera supersticiosa con que los traumatúrgos piden un objeto que haya pertenecido al interesado para obrar sus hechizos o hallar sus adivinaciones. Para que esta fosforera no sea una cosa muerta, la he llenado de cerillas...

Tengo también delante de mí la camisa que llevaba "Fígaro" la noche que se mató. Esa prenda, bajo la cual palpitó por vez última su corazón noble, está manchada por su sangre. Es una camisa finísima, de un nipsis de hilo más costoso que la seda, y está cosida con dobles pespuntos hechos a mano, con aquel primor con que se cosía entonces, cuando aún no se habían inventado las máquinas. El cuello y los puños, de puntas redondeadas y vueltas, tienen la tela doble y conservan huecillos de un ligero apresto; son puños apretados a la muñeca que tienen algo de



La camisa que tenía puesta «Fígaro» el día de su suicidio, y que conserva su familia.

Fot. Alfonso.

puños de blusa; las tapas de lá pechera están ambas ojaladas para llevar gemelos, y en la del lado izquierdo hay una chorrera finamente plisada que cae sobre el lado derecho. El tiempo ha hecho amarillear la tela y ha ennegrecido la gota de sangre que cayó sobre el delantero, en el lado izquierdo, sobre el corazón, aquietado por la muerte de su bárbara desesperación.

Con ella hay también una levita, una levita que la hija de "Fígaro" legó a su sobrino, el actor Mariano de Larra, el cual me la ha facilitado.

¡Qué maravilloso paño azul el de esta levita y qué recio terciopelo de seda negra el de su cuello, que se conserva al través del tiempo sin haber perdido su color y su satinado! Muy estrecha de pecho, muy ceñida de talle, esta levita da exacta idea de la estatura de "Fígaro". Ha podido decir en el *doncel* que era gallardo sin ser alto; pequeño, aunque no para merecer el dictado de *imperceptible* que le da Bretón, da idea de un hombre de talla bastante regular, delgado y bien proporcionado de cuerpo.

Conserva aún esta levita su olor a weterber, y parece que están impresas en ella las huellas del cuerpo de "Fígaro" y algo de su calor.

Ver vivir a "Fígaro" en estas prendas emociona. Hay algo de irreal en los escritores conocidos sólo por sus obras; hay como una duda vaga de su existencia humana; se pierden confundidos como Homero con toda el alma de su pueblo, se

esfuman; pero al ver sus objetos, al leer sus cartas, al ojear sus cuentas, al examinar papeles que ellos tocaron, y sobre todo, al penetrar en su vida íntima, en todo esto que dijeron y escribieron con sinceridad, la figura se humaniza, se acerca a nosotros, la conocemos mejor. Tocar estas cosas que fueron suyas, es hacerle encarnar de nuevo, humanizarlo, por decirlo así.

Conociendo mi entusiasmo por "Fígaro" me habían invitado muchas veces mis amigos a escribir su biografía y jamás me había atrevido. Ultimamente, el insigne D. Emilio Cotarelo me envió libros y documentos de la época, que le agradecí y estudié; pero que no me decidieron a un trabajo que no podía apoyar en datos para desmentir lo que, conociendo el alma de "Fígaro", no podía admitir un mediano psicólogo. Ahora todo variaba.

No tenía objeto hacer un libro más sobre "Fígaro", basado todo en suposiciones; pero hacía falta "un libro" sobre "Fígaro", lo sentían todos los grandes escritores. "Azorín", llegando por adivinación a acercarse a su espíritu; Manuel Bueno, lamentando en sus hermosos artículos que no tuviese "Fígaro" una leyenda que lo hiciese más popular, cuando es el mayor



La levita de «Fígaro» que conserva la familia.

Fot. Alfonso.

ingenio de su época. Y aquí estaba su leyenda, y aquí estaba su figura real; partiendo de esta base podía estudiarse a "Fígaro" deshaciendo los tópicos que se habían fosilizado a su alrededor.

Pero ha habido como una especie de fatalidad que perseguía a los biógrafos de "Fígaro". Uno de los más ilustres, D. Ramón Lomba, poseía papeles muy interesantes relativos a "Fígaro", entre los que había cartas de Víctor Hugo y de otros hombres eminentes dirigidas a Larra y multitud de documentos. Un artículo de Miguel de los Santos Oliver da exacta idea de la terrible amargura del Sr. Lomba, al perder en una mudanza de casa la maleta en que estaban esos papeles y el fruto de muchos años de trabajo y de investigación sobre "Fígaro". El mozo que llevaba

esta maleta, al ver el interés del Sr. Lomba, pensó que contenía objetos de valor y escapó con ella, perdiéndose así ese tesoro.

Yo misma, al empezar este trabajo, he pasado por una enfermedad de muerte. y he temido ver frustrado mi intento de trazar una auténtica silueta de "Fígaro". Es como un viento demasiado fuerte para el espíritu, para el corazón y para el pulmón, el buscar inspiración en el recuerdo de este gran hombre. Pero al fin he vencido, y rodeada de todos estos objetos, teniendo sobre mi mesa todos los papeles que habían quedado sobre la mesa de "Fígaro", estudio en ellos con ansiedad de hallar las revelaciones que puedan fijar las líneas de esta gran figura.

Hay aquí documentos y datos que permitirán ratificar o rectificar su biografía, esa biografía llena de cifras, que son otra especie de epitafio: mi mano, temblorosa aún de emoción, aunque ya se va familiarizando con ellos, revuelve estos papeles amarillos, algo apolillados, empalidecidos por el tiempo. Aquí hay apuntes, trabajos, versos... hay documentos interesantes. Su acta de diputado, sus certificados de estudios; los contratos de sus obras... sus recibos...; veo cartas de "Mariano José" a sus amigos... a sus padres... a su esposa y a la mujer por quien se mató... ¡Aquí está el corazón! ¡Aquí está el hombre! Se me ha hecho tan familiar todo esto como su letra, que reconocería entre mil. Me completa la figura la biografía escrita por su tío antes de morir "Fígaro" y la carta en que narra su suicidio... Hallo el inventario de sus efectos. Puedo ver los libros de su biblioteca, la ropa de su cama, sus muebles. Es una revelación completa.

A veces me detengo horas enteras con un pedazo de papel en la mano; son cuartillas o pedazos de cuartillas en las que se leen palabras borrosas. Apuntes, pensamientos, ideas. A veces se entretiene en pintar figuras vagas. Otras veces trata de domar el ritmo, que no obedecía al prosista sin par para expresar en verso sus sentimientos de poeta, tan hermosamente poeta en sus escritos, pése al metro.

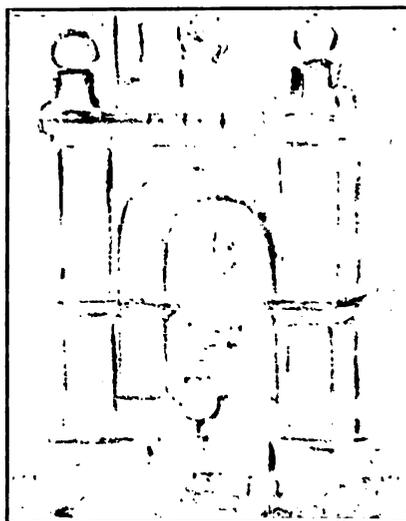
¿Y esta carta de la última cita? ¡La única carta a *ella*!

Esto sólo hubiese bastado para dar interés al libro. Recordaba las siguientes líneas de un artículo de Cristóbal de Castro:

"El misterio de aquel amor está por desflorar aún. Y ese misterio atrae como la piedra imán. ¿Fue rubia? ¿Fue morena? Una aureola de romanticismo y de pasión ilumina el idilio que acabó tan sangrientamente. Entre aquel esplendor de llamas, como un incendio fantástico, vislumbramos un perfil hierático de Esfinge y una sombría silueta llevándose a la sien una pistola...

¿Por qué fue? ¿Cómo fue? ¿Qué prestigio, qué oculta magia tuvo aquella mujer para domar a aquel león? Sabemos bien que Onfalia domó a Hércules; pero Hércules es símbolo corporal, no símbolo espiritual. Y la sutil mirada de "Fígaro" veía la belleza corporal con el estoicismo de un microscopio".

Yo sentía la emoción de poder penetrar en estos secretos y acercarme a esta mujer, de ver su belleza de morena de cutis blanco y ojos árabes y de adivinar en ella el espíritu inteligente, complicado, algo diabólico que cautivó a "Fígaro", el cual no concebía la vida sin esa admirable mujer.



Dibujo de "Fígaro" al margen de una de sus cuartillas.

¿Por qué el respeto y el silencio de todos en torno de su nombre? Nos la han hecho demasiado desconocida, y no sabemos si condenarla o compadecerla.

Pero su nombre está aquí, lo ha escrito la mano del muerto, aquella mano que poco después empuñó la pistola que había de destruir uno de los más nobles cerebros y de los corazones más generosos. Las sospechas infundadas que habían recaído sobre otra dama se apartan. Es como si esa misma mano libertadora saliera de la tumba para señalar a la verdadera, para proclamar su pasión.

¡Cómo habla esta cuartilla hallada en la mesa del suicida! ¡Cuánto podía haberles dicho a los que se han entretenido en contar la ridícula fábula de suicidarse delante de un espejo!

¡A qué conjeturas no se presta una frase cuando se sabe ver! Más de una vez tendremos que volver a mirar esta cuartilla para explicarnos algunas cosas. Ella es la que me ha dado la luz, la que me ha mostrado el camino, la que me ha guiado de modo seguro para investigar y poder hallar todos los artículos que aún quedan inéditos de Larra—además de los dados en *Post-Figaro*.

En algunos momentos me ha parecido sentir la indignación de "Fígaro" en mi propio corazón, y la necesidad imperiosa, ineludible de decir la verdad, de deshacer errores, de escribir los nombres de todos los personajes del drama, de hacer resaltar la falsedad de los que mintieron creyéndose impunes al hablar de "Fígaro". Es la voz de "Fígaro" mismo la que habla. Este libro ha salido todo de esta caja polvorienta y olvidada.



LAS PRIMERAS BIOGRAFÍAS

Con las biografías de Larra ocurre el fenómeno de que no son las más cercanas a su muerte las mejor hechas ni las más exactas.

La biografía que se ha divulgado más de todas es la de D. Cayetano Cortes, escrita en 1843 por encargo del editor D. M. Delgado. Cortes era, como apunta con mucha oportunidad el Sr. Cotarelo, un escritor de segunda fila, que hizo una cosa tendenciosa, poco documentada y sin depurar los hechos que afirmaba. El estar esta biografía escrita a los seis años de la muerte de Larra, ha hecho creer a algunos, como al Sr. Nombela, que Cortes sería amigo de "Fígaro", pero esto no está probado ni consta en ninguna parte. Dada la distancia intelectual que los separaba, es fácil que "Fígaro" no conociese a Cortes. Lo peor es que entre la vulgaridad de Cortes y las falsedades de Molins nos han adulterado la figura de Larra, y todos han repetido los mismos lugares comunes.

No es, sin embargo, la biografía de Cortes la primera que se escribió de "Fígaro". En vida de éste escribió una su tío D. Eugenio de Larra, en 1836, tal vez a impulsos de la admiración que profesaba a su sobrino, cuya gloria futura parece adivinar, o tal vez porque alguien le pidiese datos de la vida de "Fígaro". He aquí esa biografía inédita hasta este momento.

Dice así:

"Don Mariano José de Larra nació en Madrid, en la Real Casa de la Moneda y habitación de su abuelo paterno D. Antonio Crispín de Larra. Fiel administrador que era de ella, el 26 de Marzo de 1809, a las ocho de la mañana, casi sin dolor de su madre que le dio a luz casi sin sentirlo y el recién nacido tampoco lloró al nacer, lo que han mirado como buen agüero todos los que creen en brujas.

Al año y medio empezó a aprender a leer y a los tres años ya leía perfectamente.

Pasó a Francia con sus padres en el año 1813; a los cinco años hablaba y escribía en francés correctamente, lo mismo que en español.

A los doce años tradujo la *Iliada*, de Home-



D. Eugenio de Larra, tío carnal y biógrafo de «Fígaro».

También su abuela paterna descendía de una familia portuguesa muy ilustre que es la casa de los Bastos, cuyo apellido llevaba.

Mas como los privilegios de nobleza van caducando, ni el poeta ni su familia hacen mucho caso de ellos y estiman más un adarme de sabiduría y virtud, que 300 quintales de ejecutorias; cosa verdaderamente insignificante para quien sabe apreciar el mérito adquirido y mirar en nada el heredado.

Nota.—Muchas producciones literarias ha dado a luz Larra con su nombre y apellido anagramizado, poniendo Ramón de Arriola por Mariano de Larra. Tiene las mismas cuatro a a a a, tres r r r, una i, una l, una m y una n; entre todas doce letras iguales, en ambos nombres y apellidos."

Después de la muerte de Figaro no es tampoco la de Cortés la primera biografía que se publica. Hay una de autor anónimo, publicada en el tomo primero de la revista literaria y artística *Cervantes y Velázquez*, que vió la luz en Madrid en los últimos cinco meses de 1839, es decir, dos años después de la muerte de Figaro. Debo esta biografía a la amabilidad del notable escritor D. Ismael Sánchez Estevan;

PRIMERA BIOGRAFIA DE FIGARO PUBLICADA DESPUES DE SU MUERTE

D. Mariano José de Larra.

FIGARO

"Cuando hace dos años, poco más, sucedió la catástrofe que lloramos, cuando Larra atentó a su existencia, todos los periódicos se apresuraron a juzgar el hecho y le juzgaron moralmente entrometiéndose a descorrer el velo de sus secretos, y juzgando al hombre olvidáronse del literato. Sabido es que la envidia clavó harto frecuentemente su ponzoñoso diente en la existencia del que ponía al descubierto las flaquezas de la sociedad. ¡Se ha hablado tanto de Larra...! ¡Se le ha censurado tanto...! ¡Se han ensañado tantos en su cadáver...! Pero nadie hasta hoy, nadie ha cuidado de escribir en la historia la página que por su talento conquistó: nadie antes que su memoria se resfríe ha cuidado de decir al mundo lo que fué como literato, que en cuanto a su vida privada aún existen causas para respetarla. Y no se diga que a Larra ni a otro se le juzga por sus obras, que harto general es por desgracia el poco aprecio que los contemporáneos hacen de un hombre grande. Nunca la sociedad a quien se retrata ensalza al que reprende sus defectos, y es fuerza que perezca la generación que se vió ridiculizada y que le suceda otra y otra para que haya una que no conociendo los originales de las copias que hizo el escritor le coloque en el sitio a que se hizo merecedor. Larra se burló donosamente de la sociedad de hoy día, de nosotros mismos, de las personas que aún se acuerdan de él, y a Larra no le pueden perdonar algunas almas ruines y encogidas que tal vez sus defectos le sirvieron de modelo. Esa es la razón porque hasta hoy la memoria de este escritor excita menos recuerdos que debiera; y porque no fué su catástrofe sentida cual era de esperar; porque de nada sirve el alarde del sentimiento que hicieron algunos amigos suyos si sobre su tumba no se derramaron lágrimas de sentimiento por la pérdida del literato cuyo nombre fué por algún tiempo freno de ciertas gentes. Demasiado sabemos que Larra no había llegado a la altura que debió y a que indudablemente hubiera subido, *porque sabía*; pero a pesar de esto estábamos persuadidos de que era uno de los pocos hombres que en nuestra edad se pueden llamar literatos.

Larra no *prometía*, Larra era ya un talento privilegiado al morir.

Hoy, aunque tarde, nos complacemos en darles un solemne mentís a sus detrac-

tores, a los que sin conocerle han supuesto y afirmado anécdotas ridículas encaminadas a destruir su fama, a los que no sabiendo imitar su gracia han remedado su mordacidad, a los que no atreviéndose a tachar sus obras, que el público leyó con afán, han tachado su conducta privada."

Siguen después los datos biográficos, que difieren de los ya conocidos, en decir que el niño Larra "estuvo a medio pupilo en casa del maestro del Colegio de San Ildefonso, donde permaneció hasta 1813 en que sus padres lo llevaron a Toledo y a Valencia" y que en 1815 "fué llevado a Francia y puesto en un colegio de París".

Las demás noticias son las mismas que ya conocemos, y al hablar de esa transformación de su carácter que todos señalan dice que "obedeció a un acontecimiento que no nos es permitido revelar",

Se comprende este respeto viviendo aun los interesados, pero ahora que no existen los mismos motivos para guardar silencio es hora de que desaparezcan esos misterios que el presente libro va a revelar.

Consuela encontrar en esta biografía ese soplo de amor y ese deseo de justicia hacia Larra, que comprueba lo que muchas veces hemos tenido ocasión de pensar leyendo a los que han escrito sobre él, al percibir latente en sus páginas el rencor, la envidia o los prejuicios. Este biógrafo hace constar que la independencia de Fígaro "llegó al extremo de despreciar puestos ventajosos que le fueron ofrecidos repetidas veces y no hubo partido alguno que pudiese comprar su temida pluma". El valor de esta biografía está en esto más que en los datos que aporta, los cuales sabemos que no son exactos por una carta inédita del padre de Fígaro, dirigida a la viuda de éste, fechada en Navalcarnero el 22 de Agosto de 1839, cuando se publicó esta biografía. Dice así:



Don Antonio Crispín de Larra,
abuelo de «Fígaro».

"Querida hija mía Pepita: Te agradezco mucho la fineza de haberme enviado la biografía de Mariano que, aunque no está sin defectos, hace no obstante justicia del sobresaliente mérito literario de tu malhadado esposo".

Hasta la biografía hecha por D. Eugenio, en vida de su sobrino, está llena de inexactitudes manifiestas, como veremos más adelante, especialmente en la parte literaria, en que es incompleta la mención de sus obras y da como originales las nuevas traducciones.

Pero lo que establecía más confusión es que D. Eugenio da como fecha del nacimiento de su sobrino el 26 de Marzo, y sin duda creyendo en esta versión, que parece más autorizada por ser de un individuo de la familia, D. Manuel Chaves dice que Fígaro nació el día 26. Sin embargo todos los homenajes que se le han dedicado fueron siempre tomando como fecha de su nacimiento el día 24, y Fígaro mismo, en su hermoso artículo *La nochebuena de 1836*, dice: "El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací". Se ha dudado de si esto sería una verdad o si se trata sólo de una afirmación que le conviene hacer para probar su tesis, dada la exageración de las líneas que siguen: "El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas en víspera de incendios, así yo desde el 23 me preyingo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperlo, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro a mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición; imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede

sucedier es que una mujer le diga que lo quiere. Si no la cree es un tormento y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice *no quiero!*, porque ese al menos oye la verdad". No faltaba quien dudase también, no sólo del día, sino del año del nacimiento de Larra, ateniéndose a la versión de Mesonero Romanos que hablando de la diferencia de sus artículos y los de Figaro dice: "El intento de Figaro fué principalmente la sátira política contra determinadas épocas y personas. *El Curioso Parlante* se contuvo siempre dentro de la pintura jovial y sencilla de la sociedad en su estado normal, procurando, al describirla, corregir con blandura sus defectos. Esto va en temperamentos, y el de Larra distaba lo bastante del mío para conducirlo al suicidio *a los treinta y un años*; mientras que a mí, ¡Dios sea loado!, me ha permitido emprender, a los quince lustros, las *Memorias de un setentón*". Tal vez esta larga vida del autor ha confundido su memoria, o no estaba



D.ª Eulalia Langelot, abuela de Figaro.

muy enterado de las cosas que a Larra se referían, por más que la frecuencia y naturalidad con que lo cita hace suponer que fueran íntimos amigos. Sin embargo, todas las veces que habla de Figaro lo hace completamente equivocado, como tendremos ocasión de ver. Se hacía preciso, a fin de fijar de una vez para siempre, definitiva y rotundamente estas fechas, apelar a la búsqueda de la partida de bautismo. Algo me desanimaba el encontrar en la obra de Chaves las siguientes líneas:

"Las diligencias que he practicado para encontrar la partida de bautismo de D. Mariano José de Larra me han resultado hasta ahora inútiles. Un ilustrado amigo mío que tuvo la bondad de emprender la búsqueda del documento por las parroquias de Madrid, me decía lo siguiente: —... "Me presenté en San Pedro y díjome el capellán que la parroquia, y por consiguiente el archivo, lo habían trasladado a la Virgen de la Paloma y allí me encaminé... El cura y yo leímos todas

las inscripciones hechas en 1809 y no encontramos a Larra, no siendo extraño, pues al libro le faltaban muchas hojas, quizás correspondientes al año en que nació Figaro... Entonces me ocurrió que se bautizara al gran satírico en otra parroquia que no fuese la suya, y recorrí la Almudena, San Isidro y Santa Cruz, empero en ninguna he encontrado nada..."

Yo, sin embargo, no desesperé y apelando a la lógica, emprendí mis investigaciones. Mi hermana Ketty tomó a su cargo el recorrer las parroquias y empezó por la de San Andrés. No fué, por cierto, bien recibida. "¿Es el poeta?... ¿El que se suicidó?, preguntó el cura con tono airado y despectivo; aquí no tenemos nada que ver con él".

Algo desesperanzada con esto se dirigió a la Almudena. Allí hicieron un detenido reconocimiento de los libros de 1809 y la partida no parecía; ya iba a dejarlo, cuando se fijó en que todos los que aparecían en el libro empezaban sus nombres con *L*: Luis, Leonardo, Lorenzo, etc., y entonces vió que el índice no está hecho por apellidos sino por nombres y no podía hallarse buscando con la inicial de Larra, que sería lo que le sucedió al amigo de Chaves. Buscaron en Mariano José y no tardó en aparecer la partida, cuya copia tengo a la vista y es como sigue:

"D. Pedro José Martínez Lic. en Derecho Canónico y Coadjutor primero de la Parroquia de Sta. María la Rl. de la Almudena de Madrid.—Certifico que en el libro diez de Bautismo folio doscientos treinta y nueve se encuentra la siguiente Partida. En la Iglesia Parroquial de Santa María la Rl. de la Almudena de esta Corte

a veinticuatro días del mes de Marzo de mil ochocientos y nueve: Yo D. Manuel Josef Gutiérrez teniente mayor de cura bauticé solemnemente un niño que nació en veinte y cuatro de dicho mes de Marzo, Cuesta de Ramón a la calle de Segovia, al que puse por nombre Mariano Josef, hijo de D. Mariano de Larra natural de Madrid y de Doña María de los Dolores Sánchez de Castro, natural de Villanueva de la Serena obispado de Badajoz, casados en la parroquia de San Andrés—abuelos paternos: D. Antonio Crispín de Larra, natural de Lisboa en el Reyno de Portugal y Doña Eulalia Langelot natural de Odivelas cerca de Lisboa en el Reyno de Portugal. Maternos: D. Francisco Sánchez de Castro natural de dicha Villanueva de la Serena y Doña Inés Delgado de Torres, natural de este pueblo, fué su padrino D. Josef Sánchez de Castro, tío carnal materno a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones y lo firmo.—D. Manuel Josef Gutiérrez.—Conforme con su original Sta. María de Madrid a treinta de Diciembre de mil novecientos diez y ocho: enmendado—dicho—Eulalia—dicha—Valen.—Lic. Pedro José Martínez.—Rubricado.—Hay un sello en tinta que dice.—Parroquia de Sta. María la Real, de la Almudena.—Madrid.”

Según esta partida Larra fué bautizado el mismo día en que nació.

Tal vez esa particularidad que apunta su tío de que Larra no lloró al nacer hizo pensar que estaba enfermo y temiendo que muriera sin cristianar se apresuraron a bautizarlo.

Pero ya puede afirmarse que quedan resueltas todas las dudas y que D. Mariano José de Larra y Sánchez de Castro, “Fígaro”, nació en Madrid el día 24 de Marzo de 1809 a las ocho de la mañana. Tenía sólo al morir veintiocho años, menos un mes y once días.



II

ALBORES

Antes de buscar a Larra en sus obras hay que buscarlo en su infancia, en aquellas grandes y destartaladas habitaciones que frente al caserón ocupado por la antigua Casa de la Moneda habitaban sus abuelos y donde, como hemos dicho, nació el gran escritor y vivió hasta la edad de cinco años.

Esos primeros años de su vida debieron marcar gran influencia en él. La precocidad de su cerebro fué exaltada por su familia, le hicieron vivir demasiado pronto, robándole así su infancia, los días de inconsciencia e ingenuidad que tanta fuerza dan luego en la vida. Larra a sus veintisiete años era un hombre de madurez superior a su edad, estaba demasiado cansado, porque no lo habían dejado ser niño.

Fué Mariano José el primer nieto de D. Antonio Crispín de Larra, fiel administrador de la Casa de la Moneda, el cual tenía siete hijos: Mariano, padre de Fígaro, Jerónimo, José e Ignacio, que murieron niños; Eugenio, biógrafo de su sobrino, al que sólo llevaba quince años; Antonio y Antonio Cesáreo que murió combatiendo con los franceses. Tuvo varias hijas: Teresa, Carmen, Gertrudis e Isabel. Hay que evocar lo que era la vida de España en aquel tiempo para comprender la infancia de Larra en el seno de aquella numerosa familia.

A la tradicional reserva española se unía entonces la desconfianza, la separación y hasta el antagonismo y la enemistad que habían engendrado las luchas entre españoles y afrancesados.

Recientes estaban, el año 1809, en el cual nació el escritor, los sucesos del *Dos de Mayo* del año anterior, aquella locura heroica de un pueblo apasionado e inconsciente, y la herida causada en su orgullo al ver a Napoleón I entrar en el Palacio Real de Madrid y poner su diestra sobre la melena de piedra de uno de los leones de la balaustrada.

El fanatismo de unos chocaba contra las ambiciones de otros. No se escuchaba la voz del César Corso ofreciendo a España, en su Manifiesto, una Constitución liberal que aseguraba "una Monarquía dulce y constitucional en vez de una absoluta."

Se calumniaba al buen José Bonaparte achacándole vicios y defectos que no tuvo, sin tomar en cuenta su buena voluntad y sus continuas reformas y mejoras.

Las ciudades de España, aisladas unas de otras, sin medios de comunicarse, ofrecían un tristísimo cuadro de agonía, de pobreza y de malestar. Madrid incomunicado del resto del mundo, palenque de todas las luchas, vió llegar con 1811 el terrible *año del hambre*. Una libra de pan valía 20 reales y ni aun así podía encontrarse. El vecindario entero se arrastraba moribundo por la calle para implorar la caridad pública y arrebatar de los basureros un troncho de col o una mondadura de patata. Dos veces al día los carros de las parroquias recogían a los moridos a los muertos que ascendieron a más de 20.000.

Puede juzgarse lo que sería la vida de relación en estas circunstancias, las familias permanecían encerradas en sus casas llenas de amargura y sin más trato que el de algunos vecinos o amigos íntimos, que tuviesen las mismas ideas.

Mesonero Romanos, niño entonces, narra en sus Memorias la impresión que le produjo hallar en el trayecto de su casa a la escuela siete personas muertas de hambre. "Llegué llorando a casa—dice—y mi madre me prohibió volver a salir".

Más aislada aún debía estar la familia de Larra por la distancia a que se hallaba la antigua Casa de la Moneda del centro de la ciudad, la poca urbanización de las calles, estrechas, desniveladas, formando zig-zag como senderos entre los setenta conventos, rodeados de magníficas huertas y de casucas miserables, dependientes de ellos, que formaban la principal población de Madrid. Añádase a esto que raras calles tenían aceras: su pavimento de cascajo abría en el centro un cauce por donde corrían los detritus de los inmundos sumideros y las aguas que lanzaban los canalones salientes. Los vecinos arrojaban a la calle la basura, que se recogía dos veces por semana, y cerdos, gallinas y perros las poblaban libremente. Todo esto añadido al escaso alumbrado de los farolillos de aceite y a la necesidad de efectuar de noche la limpieza de los pozos negros, hacía casi imposible salir

a no ser por necesidad, acompañados y con una linterna en una mano y un arma en la otra. Era preciso estar en casa y tener bien asegurados los portones, claveteados y recios, con llaves, cerrojos, trancas y barras, lo mismo que balcones y ventanas.

Parecían hechas las casas para pesar sobre el ánimo. Habitaciones de grandeza y altura desmesuradas, con techos envigados que apenas esclarecían los velones de cuatro mecheros; amplios paredones desnudos, con escasas y pequeñas ventanas de vidrios verdinegros.

La Casa de la Moneda estaba emplazada en la calle de Segovia, en el edificio que había sido antes Hospital de San Lázaro, y estaba dividida en dos cuerpos, uno



La posada del Maragato tal como se conserva en nuestros días.

Fot. Alfonso.

que servía de talleres y el otro, situado en frente, de habitación a los empleados.

Era la calle de Segovia una de estas calles apenas urbanizadas, por la que pasaban el arroyo de Pozacho y las vertientes de la fuente de Puerta Cerrada; cerca de la Casa de la Moneda había varias huertas y mesones, entre los que se destacaban el de los *Maragatos* y el de la *Cruz*, el cual ostentaba una inscripción absurda en letras negras sobre el fondo de un cuadro pintado de azul en la desconchada pared:

**M E S O N D E L A
C R U Z E N D O N
D E S E G I S A D E
C O M E R C O N E
Q U I D A**

Que mejor escrito quería decir:

**M E S Ó N D E L A
C R U Z E N D O N -
D E S E G U I S A D E
C O M E R C O N E -
Q U I O Á**

En esa misma calle, tan típicamente madrileña, existía la vieja casa, con escudo de la Villa sobre la puerta, que la tradición ha llamado *casa del Pastor*, por asegurarse que su dueño, un arcipreste, la dejó en su testamento al primero que acertase a entrar, después de su muerte, por el Puente de Segovia, y el agraciado fué un pastor. En ella también ha muerto el escultor y arquitecto Churriguera.

Destacábase entre todas aquellas construcciones mal alineadas, por su tamaño y su importancia, la Casa de la Moneda, de la que aún se conservan restos que corresponden al número 23. Estaba, por lo tanto, al final de la calle y de los *Corralillos* donde se hallaba instalada la fábrica de sedería.

Bien podía considerarse entonces la calle de Segovia como las afueras de Madrid, pues la antigua *Puerta de Segovia*, que fué derribada en 1852, correspondía al lugar donde ahora están las casas números 37 y 44, y en ellas acababa la calle.

Aquel edificio de hospital debía tener todos esos recovecos de escaleras y corredores y esa desigualdad propia de las construcciones antiguas y, más aún de éstas adaptadas a un diferente uso de aquel para que se construyeron.

Allí vivía la familia esa monotonía de la vida española del tiempo, con la que no se avenía ya el padre de Fíguro, espíritu voluntarioso, inquieto, ávido de saber y de emociones, algún tanto desequilibrado, que no supo luego ver gérmenes de su propio espíritu, engrandecidos y cultivados, en su hijo, porque él estaba ya demasiado gastado al nacer Fíguro, y trabajos y desengaños le habían dado esa frialdad e indiferencia en cuyo fondo hay una amargura de vencimiento que torna incomprensivo y agrio.

Las gentes de clase acomodada se levantaban al salir el sol para oír la misa y tomar el desayuno, el jicarón de dos onzas del famoso chocolate de Torroba con su bollo de Jesús. "Las cosas de Dios claras y el chocolate espeso". Luego los hombres daban un paseito para tratar de enterarse de lo que había de política; y mientras las mujeres, cuyo mayor adorno era ser madrugueras y hacendosas, disponían la casa y cuidaban los tuestos y los pajaritos.

A las once se comía el panecillo empapado en vino y a las dos en punto la comida, que daba principio por el tradicional puchero de tocino y garbanzos. Era indispensable la horita de siesta. Pocos se atrevían a dar un paseo como no fuese por las calles de Atocha, Alcalá o Montera, porque hasta resultaba temerario alejarse de este centro hacia la calle del Barquillo o hacia el Avapiés, tantos eran los robos y crímenes a que inducía el hambre, a pesar de la severidad con que la Co-



Restos de la antigua Casa de la Moneda tal como se conserva en la actualidad.

Fot. Alfonso.

misión militar permanente ahorcaba y descuartizaba delincuentes, cuyos restos se exponían al público al pie de la Torre de Santa Cruz, como se exponían los cadáveres de desconocidos frente a la Cárcel de Corte.

A las horas de atardecer se reunían los vecinos amigos para echar una manecita a los naipes jugando al *Mediator* o a la *Malilla*, mientras las señoras hacían labor y conversaban o bien se tenía un rato de tertulia mesurada y grave. No se leía nada. Los buenos patriotas no querían recordar la dominación extranjera y rechazaban los escasos periódicos: *El Diario* y *La Gaceta*, cuyas noticias no creía nadie. Algún libro de *Historia* o libro religioso: *El Evangelio en triunfo*, *El año cristiano* o cosa semejante constituía toda la biblioteca. Patriota hubo, como el padre de Mesonero que escribió en la *Guía de forasteros de 1808* "Valga para 1809", "Valga para 1810", a pesar de que todo había ya cambiado.

Así es que a las nueve, después de la cena, las familias reunidas rezaban el Rosario, sin olvidar rogar por su deseado Fernando VII y la paz y sosiego de todos los príncipes cristianos. Ese runruneo del rosario era a la hora de las ánimas un ruido sordo y lento que traspasaba las paredes y se extendía sobre Madrid. A las diez todo había cesado y todo el mundo estaba en la cama.

Los niños estaban sometidos a un severo régimen. Generalmente no se sentaban a la mesa de los mayores hasta que no habían hecho su primera comunión, pero se les admitía en el salón y se les dejaba oír todas las conversaciones. Era vanidad de los padres que desde muy pequeños supieran mucho aunque pensarán poco. Se los dejaba todo el día en la sociedad de los criados, pero se les tenía maestro que les obligase a aprender de memoria muchos nombres de Geografía, y a que supiesen de corrido Doctrina cristiana e Historia sagrada.



D. Mariano de Larra, padre de Figaro.

La familia de "Figaro" vivía en estas costumbres. Era una familia distinguida y con ribetes de intelectualismo. El padre de "Figaro" estaba casado en segundas nupcias, con la madre de éste, doña María de los Dolores Sánchez de Castro, de ilustre familia, y su abuela era de la limpia alcurnia de los *Bastos* de Portugal, una de esas familias cuyo blasón de nobleza se enlaza a los que ornan el techo del Palacio de Cintra y

se había distinguido en la Historia de su país durante los siglos XVII y XVIII.

Sobre todo el padre de Larra no era un hombre vulgar, todos los datos que hay de él permiten juzgarlo como un espíritu atormentado e inquieto. Médico notable, y Director del Hospital General y del de la Pasión, tradujo varias obras de importancia, entre ellas la *Toxicología* del mahonés José Mateo Orfila, e inventó específicos: unas píldoras y un elixir antiepilépticos que se hicieron famosos.

Las tertulias de D. Antonio Crispín de Larra eran tertulias casi intelectuales. El niño asistía a ellas. Pasaba las veladas en aquel salón severo, decorado con grandes cuadros de santos, estampas del Hijo Pródigo, colgaduras pesantes y reloj de flauta clavado en la pared; y amueblado con los sillones de baqueta de Moscovia, rinconeras de dos pies, biombo chinesco, armarios con figuras de talla y la consola con los fanales de flores de trapo y la urna de lá Virgen, todo alumbrado por el velón de cuatro mecheros.

En medio del cuadro sombrío las damas de amplio vestido sencillo y oscuro, y los caballeros con zapato en punta, media negra, calzón corto y corbata blanca sin lazo, estaba el niño. El niño vestido prematuramente de hombrecito, como exigía la época. Pequeñito de cuerpo, pálido y moreno, de lustroso cabello negro y grandes y hermosos ojos curiosos, cuyas pupilas se dilataban demasiado porque se abrían demasiado pronto a la vida.

Allí recogió "Figaro" sus primeros triunfos. Todos admiraban ya su privilegiado talento, su imaginación viva, su facilidad para comprender, su prontitud para replicar.

Su memoria era portentosa, cuando tenía sólo año y medio empezó a aprender a leer, y a los tres años ya leía perfectamente. ¡Qué pecado!

Y todos alimentaban la vanidad del niño y todos forzaban su desarrollo. De la importancia que se le concedía da idea cómo se apuntaban los más pequeños detalles de su nacimiento.

"Nació a las ocho de la mañana, casi sin dolor de su madre que le dió a luz casi sin sentirlo, y el recién nacido tampoco lloró al nacer".

Sin duda hay en el genio algo superior que desde su nacimiento lo aparta de la vulgaridad de los hombres. La familia presentía más que creía en la grandeza de "Fígaro".

La abuela, doña Eulalia Langelot, natural de Lisboa, como su esposo, se había casado muy niña aún con D. Antonio Crispín de Larra. La cultura de las mujeres portuguesas en los dos siglos anteriores al suyo era muy superior a la cultura de las españolas y tenían gustos más refinados. Las princesas de Portugal se enorgullecían de ser sabias, y las pinturas de la sociedad en aquellos tiempos nos revelan exquisiteces recogidas quizás de las cortes de Londres y París; de las que a nosotros nos separaba una continua enemistad.

Quiso doña Eulalia aprender bien el español y para ello se dió a la lectura de los clásicos. Este tesoro cerrado para tantas mujeres se abrió para ella, y no hay que dudar que fué la noble portuguesa la que inculcó en su hijo primero y en su nieto después, la afición a la literatura, la que despertó su ansia de belleza, su afición al saber y la que hizo desarrollarse los gérmenes del espíritu inquieto.

Pero siendo aún muy niño "Fígaro" la paz de la familia desapareció. Su padre, que, como ya hemos dicho, era de un espíritu indomable, bastante sabio y no falto de rarezas y de originalidades (entre las que se cuenta que una vez fué a asistir a un enfermo en un pueblo próximo a Madrid, y como le pagasen sus honorarios en calderilla, fué sembrando el dinero a lo largo del camino para aligerar de peso su bolsillo), era uno de los más fervientes afrancesados y aceptó una plaza de médico de primera clase en el ejército de José Bonaparte, al que tan injustamente llamaban los españoles *Pepe Botella*, no parándose en su odio para inventar cosas absurdas, como que era tuerto y beodo. La historia reconoce, y tiene que reconocer imparcialmente, las muchas cosas buenas que hizo José Bonaparte durante su breve reinado, entre las que se cuentan la supresión de la Inquisición, y asimismo la del Consejo de Castilla, los derechos señoriales, las Aduanas interiores, los Fueros y Juzgados privativos, la pena de muerte en horca y la de baquetas en el ejército. En este tiempo se crearon colegios, conservatorios y talleres, se atendió al ornato de Madrid, que tanto lo necesitaba. Hizo derribar las manzanas de casas que, en unión del Jardín de la Priora, ocupaban el lugar donde está la plaza de Oriente; ensanchó las calles de Alcalá, del Arenal y otras, lo que se le pagaba con el mote del *Rey Plazuelas*. José I se disponía también a crear el Museo Nacional y a construir el célebre palacio de Carlos V en la Alhambra. Por su iniciativa se colocaron en los teatros de Madrid los bustos de Lope de Vega, Calderón, Moreto y Guillén de Castro, y dispuso abrir una información científica para buscar los restos de Cervantes, mandando colocar su estatua en la plaza de Alcalá de Henares. A él se debe la supresión de los enterramientos en las iglesias y la construcción de dos cementerios generales. Así se explica el que hombres verdaderamente liberales como Menéndez Valdés, Moratín, Silvela, Burgos, Hermosilla, Lista y otros abrazasen el partido de Bonaparte y que no fuese censurable la decisión del doctor Larra. Mas a pesar de todas las razones, para el buen D. Antonio Crispín, chapado a la antigua y ardiente patriota, aunque nacido en Portugal, y que había perdido al menor de sus hijos luchando con los franceses en la batalla de Cabezón, el acto de su hijo Mariano fué una ofensa grave, una deshonra. Cesó toda relación entre ellos; el niño oía a todas horas quejas y amenazas, pues el abuelo aseguraba que si su hijo se atrevía a presentarse delante de él sería capaz de matarlo. Esta exageración no debe extrañarnos, dado el fanatismo de la época. Baste recordar que los soldados franceses que intentaban socorrer a los hambrientos eran rechazados por ellos, y preferían morir a deberles nada.

Llegaron en este estado los días azarosos de revueltas, en las que luchaban los intereses encontrados del padre y el abuelo de "Fígaro": tales como la entrada de Lord Wellington en Madrid al frente del ejército anglohispanoportugués, con los famosos guerrilleros *el Empecinado, el Médico, el Abuelo y el Chaleco*, que fueron recibidos con repiques de campanas, rezos y aclamaciones; pero cuando parecían haber triunfado tuvieron que huir de nuevo,

y José I hizo su triunfal entrada en Madrid.

Al fin estas vicisitudes acabaron a principios del año 1813, a consecuencia de la mala suerte que se iniciaba para Napoleón, y los ejércitos imperiales abandonaron precipitadamente nuestra nación, no sin que el rey José tratase de llevar consigo el tesoro artístico de los palacios e iglesias españolas, del que libró gran parte Wellington en la batalla de Vitoria.

Comprometido el doctor Larra tuvo que huir, siguiendo a los ejércitos franceses y llevando consigo a su esposa y a su hijo. Por cierto que "Fígaro" niño hizo este viaje al mismo tiempo que otro niño francés, que había de ser también glorioso: Víctor Hugo, el hijo del general Hugo, comandante militar de Madrid, que habitaba con su familia en la calle de la Reina y hacía estudiar a su hijo en el Seminario de Nobles de esta corte.



Don Antonio de Larra, tío carnal de «Fígaro».

No debió ser muy doloroso para el niño "Fígaro" salir de la casa de sus abuelos y quedarse en un colegio de Burdeos, mientras el doctor Larra y Langelot viajaba por Berlín, Strasburgo, Viena y Leipzig para ir a establecerse en París.

El amor de los niños tiene mucho de inconsciente e inconstante siempre. El pequeño Larra lloraría mucho al dejar aquella casa, donde estaban los rincones elegidos para sus juegos y sus nacientes ensueños; pero no debió tardar en olvidarla. El régimen del colegio francés no era duro para él, que prefería un libro a un juguete. La sequedad de los internados se le hacía menos notable, porque aquella paz lo resarcía de las tempestades sufridas en el hogar, y la amistad de sus compañeros lo compensaba, con creces, de la ternura de su madre, que no debió ser mucha, dado el escaso papel que representa en la vida del hijo. Joven, recién casada, atenta a su marido, combatida por disgustos de familia, doña Dolores Sánchez no se ocupó mucho de su hijo. Se ve en el poco lugar que ella ocupa luego en su vida. Debió ser la madre perfecta, a usanza de aquel tiempo, que supo hacerse respetar y no se preocupó de ser amada, creyendo que el hijo ama por obligación.

No se ve su influencia sobre "Fígaro" en su niñez ni en su juventud; la única carta—inédita—que hay de ella está dirigida a su cuñado Eugenio, una vez que tuvo necesidad de venir a Madrid, antes del casamiento de su hijo; está llena de quejas y rencores mal encubiertos y en todos sus detalles prueba un espíritu vulgar.

Dice así:

"Querido Eugenio: El miércoles 30 por la mañana llegaré a esa; no quiero ir a ninguna fonda ni a casa de ningún pariente, pues era demasiada molestia, con más de 20 arrobas de equipaje; y así, te pido encarecidamente me busques un cuartito alto, bajo, chico o como le encuentres, si puede ser que no llegue a peseta, prefiriendo siempre que esté al sol a otras comodidades interiores, y su alquiler te lo abonaré al momento que nos veamos; procura que esté alguna persona a la puerta, pues ya sabes que exigen la casa o posada en la revisión de pasaportes o

una razón de dónde he de ir a parar; yo creía poder contar con mi hijo para esto; pero, pues ni tiene dinero, ni casa, ni crédito, que es enteramente inútil para esto; en la misma calle de Toledo hay siempre cuartos, aunque sea muy abajo, y si no en la de Atocha o donde te se proporcione; te suplico encarecidamente me hagas este favor, y es el primer paso que damos para sujetar al *torito*; mil abrazos a Micaela, y muy pronto tendrá el gusto de dárselos a los dos tu hermana, *Dolores*.

"No sé dónde echaré ésta al correo, y así, la escribo en Santa Elena el 23 por la noche."

Qué influencia tenía el sentimiento patriótico sobre los corazones en aquel tiempo, lo demuestra que estando el doctor Larra admirablemente considerado en París, donde no le faltaban dinero ni honores, puesto que había sido agraciado con la Orden de San Luis y con la Orden belga de Leopoldo de Bélgica, se acogió a la amnistía que dió Fernando VII en 1818, y volvió a Madrid.

Sabidas son las convulsiones que había sufrido España en ese tiempo. Qué poco duraron el entusiasmo y la alegría con que se había colocado la lápida de la Constitución en nuestra romántica Plaza Mayor. Todo el pueblo, sin excepción de edad ni sexo, trabajaba para habilitar el palacio de doña María de Aragón, a fin de que se trasladasen a él las primeras Cortes, que tenían sus tumultuosas sesiones, llenas de insultos entre *serviles* y *liberales*, en el dismantelado teatro de Los Caños del Peral. Pero Fernando VII había firmado en Valencia el funesto decreto aboliendo la Constitución, y dió comienzo la época



El gran actor Isidoro Máiques.

vergonzosa de persecuciones a los liberales, de abusos, de ceguedad, en que el pueblo que gritaba *¡Vivan las cadenas!* y se uncía para tirar del coche de Fernando VII, hizo pedazos la lápida de la Constitución y la arrastraron, dentro de un serón, por las calles de Madrid. En diversas prisiones estaban encerrados los más insignes adalides de la libertad y de la patria: Quintana, Moratín, Lista..., los nombres más gloriosos de su tiempo.

Por fortuna, el matrimonio del Rey con la princesa de Portugal doña Isabel de Braganza suavizó algo este estado de cosas; influido por el amor, se ocupó de arreglar los jardines, el Museo del Prado, los edificios de instrucción y beneficencia y concedió que se publicaran, además de la *Gaceta* y el *Diario de Madrid*, dos periódicos.

dicos literarios, *La Minerva* y *La Crónica Científica y Literaria*. Se abrieron entonces los teatros, y el perseguido Máiquez pudo dejar oír su voz, que de tal modo sonaba a clarín que incita a la libertad en obras liberales, que los guardias empuñaban las arinas y ordenaban al actor que moderase el entusiasmo, a lo que se negaba siempre, entre los frenéticos aplausos de la multitud.

Este era el estado de España a la vuelta del doctor Larra, cuyo padre había muerto durante su ausencia, el 6 de Abril de 1815.

No había influido en el doctor, como en su hijo, el ambiente de Francia. Aunque desinteresado, sapiente y apasionado de los adelantos e investigaciones científicas, su espíritu carecía de flexibilidad; era terco, duro, y el no haber logrado todo lo que esperaba le hacía desdeñar lo que tenía.

A pesar de su historia de afrancesado, fué nombrado médico del infante don Francisco de Paula. Hay que advertir en honor de la verdad, que este puesto fué debido a su talento y a sus dotes extraordinarias. El dice en la siguiente carta inédita dirigida a su hermano D. Eugenio:

"Al Sr. D. Eugenio de Larra, ensayador de la Casa de la Moneda.
Vive en la calle de la Lechuga, a la Imperial, núm. 3 nuevo, cuarto 2.º
Madrid.

.....
Todos los grandes destinos que he tenido los he logrado sin pretenderlos, o los han pretendido por mí mis amigos sin saberlo yo. Si fuí médico de cámara del infante D. Francisco de Paula, fué sin pretenderlo; me buscaron para asistir a Su Alteza: se curó: me propuso que le siguiera en sus viajes y lo acepté. Me despidió cuando le pareció bien; ni pretendí indemnización, ni pensión, ni nada. El mismo destino que obtengo en el día de médico titular de Navalcarnero, después de haberme birlado cuando lo pretendieron para mí, se me ha ofrecido sin pretenderlo cuando ya ni me acordaba de que había Navalcarneros en el mundo."

Indudablemente, "Fígaro", conocedor de la necesidad y del carácter de su padre, fué el que solicitó para él este destino. Véase la solicitud que encuentro hecha de su puño y letra:

"Al M. I. Ayuntamiento de la Villa de Navalcarnero.
M. I. S.

Don Mariano de Larra, doctor en Medicina, de edad de cincuenta años y de estado casado, habiendo leído el anuncio de V. S. de estar vacante la plaza de su médico titular, y deseando, si se le considera acreedor de ello, ocuparla, con el respeto debido expone a V. S.:

Que después de haber hecho sus estudios en Valencia y concluídos en Madrid, fué por espacio de muchos años médico de los hospitales General y Pasión, de esta corte, hasta que circunstancias particulares le obligaron a salir para Francia, donde lo fué siete meses de los hospitales militares de Burdeos, y después del de Estrasburgo, en las fronteras de Alemania.

De allí a poco recorrió, para perfeccionarse en los varios ramos del arte de curar, las mejores escuelas de la Europa, como Leipzig, Viena y Berlín, recorriendo al mismo tiempo los Países Bajos y la Holanda, regresando por último a París, donde ejerció por varios años su profesión.

Allí estuvo hasta que el deseo de volver a su patria le hizo volver a España, en la que ha sido médico de varios pueblos, como Corella, en Navarra; Cáceres, en Extremadura; Aranda de Duero, Torrejón de Ardoz, etc.

Otros méritos podría alegar especificándolos más minuciosamente si no temiese molestar la atención de V. S., y así, en atención a todo lo dicho,

Suplica a V. S. se digne atender a sus deseos, concediéndole el logro de esa plaza, si se le considera acreedor, a lo que quedará eternamente agradecido.

Madrid, 13, de Abril de 1827.

De V. S. s. s. s.,

Por ausencia y orden del interesado, su hijo, *Mariano de Larra*."

El padre de Fígaro es un hombre enérgico, de ideas originales, bastante escéptico y desengañado, aunque se aferra y se obstina en ser y parecer creyente.

Creo útil, para comprender su influencia sobre el carácter de su hijo, dar aquí algunos fragmentos de cartas tuyas inéditas que estaban en la caja de "Fígaro".

Hay en él un cansancio, un desprecio de todo, que se traduce en estos párrafos de una carta escrita a su nuera en 22 de Agosto 1839:

"Estoy demasiado fastidiado del mundo y de todo lo que a otros divierte, por lo que hago ánimo de estarme encerrado en mi habitación todo el tiempo que duren los novillos y funciones de este pueblo.

"Para mí no hay mayor placer que estar solo. No me gustan cumplimientos ni visitas, ni sujetarme a estar bien vestido en tiempo de calor que más vale estar en camisa, sin corbata y a la fresca, que estar abrasándose vivo y oyendo rebuznar o decir disparates en sociedad.

"Más estimo yo una cartita tuya que todos los entretenimientos que tanto gustan a las gentes que llaman de gran tono. Los teatros me horrorizan. Los toros y novillos jamás me han gustado, porque me han parecido diversiones muy bárbaras y muy tontas.

"Los bailes no me parecen diversiones adecuadas a una edad como la mía.

"Las reuniones de gente elegante y bien vestida me gustan al primer golpe de vista, como quien ve un cuadro bien pintado; pero al instante me cansan y fastidian.

"La tranquilidad del espíritu que disfruta el que vive aislado enteramente y sin trato con nadie, me parece preferible a todos los placeres tumultuosos, que jamás se disfrutan sin mezcla de grandes amarguras y de los mayores arrepentimientos."

En el mismo tono se expresa en otra, fecha 23 de Noviembre de 1838, dirigida a D. Eugenio pidiéndole un ejemplar de su libro "Tosicología":

"Me he quedado sin el original, sin el manuscrito y sin ningún ejemplar de la traducción; tal es el caso que hago yo de todas esas cosas."

En otra carta inédita dice:

"Te doy la más completa enhorabuena porque tienes tu título de Ensayador segundo *extendido en papel sellado con el sello de ilustres*; providencia muy bien entendida, porque ¿qué cosa más lustrosa que los metales y qué gente de más lustre que los que entienden en ellos?"

Y en 21 de Julio de 1840 escribe:

"A pesar de que mi alma está tranquila y no reconoce enemigos, porque del *Mundo* no hago caso, ni él de mí; en el *Demonio* no creo; y la *Carne* no me tienta, conservo relaciones con personas de alto coturno, a quienes es preciso, por decencia y no parecer mal criado, escribir en papel fino, quisiera que me enviaras un poco papel azul de marca de Holanda, y fino, que sirviera para dos cosas: la primera, para escribir a los aristócratas, y la segunda, para cartas al extranjero, sin que abulten ni pesen."

Son en extremo curiosas sus ideas sobre Medicina, teniendo en cuenta que es uno de los más célebres doctores de su tiempo.

Le escribe a su hermano Eugenio:

"Siento muchísimo tu indisposición, y te aconsejo no hagas nada para ella; no llares a ningún médico, porque los buenos no son conocidos ni tienen fama; los mejores que se conocen en el mundo y que hacen mejores curas, son el doctor *Tiempo*, el doctor *Paciencia* y el doctor *Dieta rigurosa*; pero a esos médicos nadie los llama, porque no hay ningún enfermo que quiera pasar sin tomar alimentos ni medicinas. Los buenos médicos todos saben esta verdad; pero a ninguno le tiene



D.ª Isabel de Larra, tía carnal de Figaro.

cuenta el propalarla, porque se quedarían sin oficio, y más quieren vivir matando que morir de hambre por no hacer mal a los demás.

Esto no obstante, hay ciertos alimentos, que no son muy comunes y pueden pasar por medicinas, que no hacen demasiado daño y conservan entre los enfermos el prestigio de la medicina, que necesitan los médicos para no perder su subsistencia; tales son, por ejemplo, el *agua de agraz*, la *substancia de arroz*, para las diarreas de verano, etc., etc.

Si quieres que tu hermano te pruebe prácticamente que es cierta su doctrina, dejo todos mis enfermos y paso a asistirte, con tal de que quieras pasar sin hacer nada hasta que con el tiempo y la paciencia logres tu restablecimiento."

En otra, tratando de una indisposición de su nieto, añade:

"Los pepinos no son específicos, ni los médicos creemos en específicos; pero los pepinos, como los calabacines, las esparolas, las achicorias, la escorzonera, la grama, la avena, la cebada, la lechuga; todos los ácidos, como son el de agraz, el de vinagre, el de limón, el nítrico, el sulfúrico, el acético, y las sales neutras, como la sal del sulfato de magnesia, y aun la sal del puchero, o

sal marina o sulfato de sosa, todos, todos son excelentes refrescos para templar y moderar el ardor de la sangre; pero el principal de todos es el agua, por dentro y por fuera, por lo cual le damos baños todos los días y agua natural a beber a todo pasto y a todas horas; encima de las comidas, antes de ella, a pocas o muchas horas de haber comido y siempre que tiene sed, y lo pide, sin ninguna economía, método ni cuidado de que le haga daño.

El hambre y la sed son leyes de la naturaleza, que nos dicen con imperio la necesidad que tenemos de reponer nuestras pérdidas y diluir nuestros humores; y tan mal médico es aquel que niega el alimento y la bebida al enfermo que tiene sed y hambre, como el que obliga a tomar caldos y alimentos al enfermo que los repugna.

Dentro de nuestro cuerpo tenemos un mediquito, que es el instinto natural, que nos aconseja siempre lo que nos conviene, y el que no le escucha y obedece es un tonto; y de estos tontos es de los que hablan las Sagradas Escrituras, que son los

que mueren antes de tiempo por serlo, y nuestro proverbio nos dice: *Aquí yace un español, que estando bueno quiso estar mejor.*"

Mira a la muerte con serenidad de gran espíritu. Cuando se siente grave de la grave enfermedad que padece, y que él denomina hepatitis, sigue trabajando, visitando a sus enfermos, y escribe a su hermano en 5 de Septiembre de 1846:

"No padezco más que debilidad y flojedad, de modo que estoy contentísimo con esta enfermedad, que ni me quita el sueño, ni me causa dolores ni me perturba la mente. Me hago cargo de que es indispensable pagar el tributo a la Naturaleza, de que todo lo que nace muere y de que de viejo no puede nadie pasar más que a difunto; más vale morir a los sesenta y siete años, todavía servible y no ser molesto a nadie, que llegar a una avanzada edad, sin poder ganar de comer y siendo gravoso a los demás."

En Noviembre del mismo año dice:

"La muerte no debe intimidar a hombres como tú y yo, que sabemos de positivo que es dejar de sentir, y, de consiguiente, la cosa menos sensible."

Y en otra, escrita días después, añade:

"Me dices que has estado a ver a mi señora doña María Eugenia de Porlier, marquesa de Bajamar, y la has dicho el miserable estado de mi salud, que la habrá afectado lo muy bastante por muchos motivos, pero sin disputa el primero, por lo mucho que me estima hace ya más de treinta años. Dila, si la vuelves a ver, que siento tener que marcharme al reino de los *Topos* sin despedirme de su señoría; pero que no pierde nada en ello, pues estoy tan sumamente feo y descarnado, que causa horror el verme, y no me pesa, por lo tanto, economizarle ese mal rato."

Con todos estos datos inéditos queda hecha la figura, tosca y rígida, del padre de Figaro.

Peor que el colegio francés le debió parecer a "Figaro" el enorme y destarado colegio de la Escuela Pía de San Antonio Abad, que regido por religiosos escolapios estaba ya instalado en la calle de Hortaleza, donde ingresó como interno cuando contaba nueve años de edad. Allí era todo frío, formulista. Las aulas, inmensas, dominadas todas por una galería corrida; los grandes dormitorios, el comedor, capaz para más de 150 cubiertos, todo había de helar su espíritu.

Sus descendientes han conocido y hablado con su maestro D. Eustaquio Tónico de Jesús y María, que lo recordaba a través de los miles de alumnos que habían desfilado por el colegio y le llamaba *Mi discípulo amado*. Según él decía, Larra no era bullicioso; le molestaba la compañía de los condiscípulos; allí los había de todas las clases sociales, pues en diez reales diarios estaba comprendida la enseñanza y la pensión, y debían abundar mucho los de *la edición barata* que ve Larra en la humanidad. Él prefería leer y estudiar en sus horas de recreo, o bien jugar al ajedrez con el hijo del conde de Robles. Su maestro decía que Larra tenía una gran idea de su dignidad y del respeto a sí mismo, por lo que evitaba todo lo que podía ser motivo de reprensión y cumplía estrictamente sus deberes. Era un hombrecito, en vez de un niño; pero un hombrecito sencillo y bueno, de una gran naturalidad, sin nada de pedantería, antítesis de ese niño que él ha retratado en su artículo "Don Cándido Buenafé o el camino de la gloria", donde combate la ridiculez de los insoportables niños prodigios, que le hacen exclamar: "Los muchachos del ilustrado siglo XIX llegan a viejos sin haber sido nunca jóvenes."

Larra no era entonces triste; tenía una alegría serena, propia de su distinción

espiritual que rechazaba lo grotesco y lo ruidoso. Los trabajos que hizo en este tiempo, sobre todo en los días festivos que pasaba en su casa, lo que prueba que no debía estar muy distraído en ella, pueden considerarse más bien como ejercicios escolares que como trabajos literarios. Estos trabajos o ejercicios fueron la traducción de varios pasajes de la *Iliada*, apuntes de Gramática castellana y cuadros sinópticos de la misma, los cuales no tardó en romper.

Más tarde, Larra debió darse cuenta de lo perjudicial que son los estudios prematuros, porque a propósito de la educación de su único hijo varón, Luis Mariano, le escribía a su padre, para que evitase que fuese un *fenómeno* de inteligencia

precoz, y decía: "Cuiden ustedes mucho de mis hijos, en la inteligencia de que no deseo que sean fenómenos. Se me figura que todo desarrollo prematuro de la parte moral del hombre no puede hacerse sino a costa de la parte física, y sobre todo me contento con que mi hijo sea *hombre grande*; no necesito que sea *un gran niño* ni pienso enseñarle por dinero. Llénenlos ustedes de besos."

Del aprovechamiento de Larra en las Escuelas Pías nos dan clara idea las certificaciones que se conservan.

Con pequeñas interrupciones siguió Larra sus estudios después de abandonar este centro. Lo vemos cursar un año en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, y al mismo tiempo en la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Decidido a seguir la carrera de leyes se matricula en la Universidad de Valladolid, donde sólo cursó un año no completo, porque en el mismo año 1825 lo vemos estudiar en los Reales estudios de San Isidro.



Mengs, hijo del notable pintor, esposo de D.^a Isabel de Larra.

Ha dicho Michelet que los niños que no son mimados en la infancia no saben reír.

"Fígaro" no es lo que se llama un niño triste, pero su alegría es reflexiva y en su risa no hay carcajadas. Su sonrisa se ha de tornar pronto en irónica, casi en amarga; signo del pensamiento más que de la alegría.

Vemos en su biografía qué aprovechados fueron sus años de colegio. Hablaba el idioma de Racine lo mismo que el castellano, mezclando con gracioso baluceo infantil los dos idiomas, como dice su tío D. Eugenio. No ha faltado quien quiera motejarlo diciendo que olvidó el idioma castellano. Si así fué hay que confesar que lo volvió a recordar bien pronto y bien hermosamente, porque en él tomó flexibilidad, gracia, ductilidad, se amplió y se diversificó de esa manera admirable que hace aparecer a sus escritos como un mosaico de palabras, en el que no se puede quitar ni cambiar ninguna, sin que quede un hueco imposible de cubrir. Es indudable que la literatura francesa infiltró en su espíritu mayor delicadeza, mayor suavidad de formas, una atenuación de nuestras rudezas y algo de alado, de ligero; de una libertad que se había perdido desde los tiempos clásicos, entre el formulismo de Luján y el amaneramiento que nos legaba el siglo XVIII; ya afrancesado de suyo desde que sufría la dominación de los Borbones, pero sin quererlo parecer. Lo que se llamaba literatura española era completamente transpirenaica, y la lucha política era sólo por mantener a un monarca francés en el trono, frente a otro monarca francés. Así se dió el fenómeno de que "Fígaro", con un

espíritu más francés—lo que tratándose de aquel tiempo quiere decir más libre y más delicado,—fue un escritor más castizo que aquellos que lo motejaban de afrancesado.

Larra hablaba el francés y tenía gran afición a este idioma, pero sin menos-cabo del español. Rara vez hace esa desdichada mezcla de ambos que acostumbran a hacer otros escritores, pero en sus cartas familiares usa locuciones francesas con frecuencia, así como en sus apuntes íntimos, como vemos en las cuartillas fotografiadas y en las cartas que publicamos.

Tenía siempre Larra libros franceses en su biblioteca, y lo escribía con tanta facilidad que en su carta inédita dirigida a Delgado, que insertamos más adelante, le dice: "el francés fué mi primera lengua y esta *rouille* solo, como los goznes de una puerta, el uso me vuelve a poner corriente". Entre sus papeles inéditos hay gran número de descripciones de España y de artículos escritos en correcto francés, de los cuales hemos traducido los dos que aparecen en este libro: "La mujer y su guitarra", el "Cartujo", y unas confesiones íntimas que quizás pensó que no vería nadie jamás.

Don Benito Pérez Galdós no hace más que repetir una vulgaridad y cometer una injusticia cuando dice: "era un muchacho que hacía muy malos versos y no muy buena prosa, casi abogado, casi empleado, casi médico, que había empezado varias carreras sin concluir ninguna. Sabía lenguas extranjeras y en tan corta edad había pasado de una infancia alegre a una juventud taciturna". ¡Oh, el poder del tópico!

Mesonero Romanos dice en sus "Memorias de un setentón" que Larra estudiaba medicina, expresándose en esta forma "yo mismo lo presenté a Cortina a fin de que lo recomendase al Rey para que fuese nombrado individuo de una Comisión facultativa que había de ir a Viena a estudiar el cólera, y que en algunos folletos y poesías sueltas revelaba ya la travesura de aquel feliz ingenio que tan alto había de colocar en adelante el pseudónimo de "Figaro".

No cabe dudar de este testimonio de Mesonero que asegura haber presentado *él mismo* al joven Larra como estudiante de medicina, y que repite esto al hablar de la mala situación que los acontecimientos políticos creaban a los escritores diciendo que Gil y Zárate ganó una cátedra de francés en un consulado, Espronceda era Guardia de Corps, Escosura alférez de Artillería, Alonso pasante del célebre jurisconsulto Cambroner, y "Larra cursaba Medicina"; pero lo cierto es que no existe dato alguno que lo compruebe, ni ninguna certificación de estudios entre las que tengo a la vista, a pesar de haberlas guardado todas cuidadosamente su familia. Lo que hay de cierto es que en el año 1826, a los diez y siete de su edad abandonó "Figaro" los estudios y poco después un destino del Estado que amigos de su padre le habían proporcionado, y que él no se resignó a desempeñar, para vivir sólo de su pluma, a pesar de que, según Mesonero, los únicos escritores que vivían de su trabajo literario eran Bretón y Vega, "que flaban en su solo ingenio, dedicando al teatro, la satisfacción de sus apremiantes necesidades."

Resulta que más de la mitad de su vida la empleó Larra en sus estudios, los cuales empezó a edad demasiado temprana. Veo en estos certificados que ha cursado con aprovechamiento Gramática castellana y latina, Retórica, Poesía castellana y latina, ritos romanos, Mitología, Matemáticas puras, Taquigrafía, Economía política, Metafísica y Física experimental, Griego y Lógica. Todo esto en diferentes centros, los más famosos de entonces, con los mejores maestros y con la afición y aprovechamiento propios de su talento. Además de esto, Larra estaba educado en Francia, más adelantada que España; poseía el francés, que le permitía leer todas las obras maestras de la literatura mundial, las cuales apenas se traducían entonces al español.

Añádase a esto su afición a la lectura, su pasión por la literatura, sus viajes por los países más adelantados de Europa: Inglaterra, Francia, Bélgica, Portugal; su trato con los hombres más eminentes de todos ellos; sus relaciones, que le hacían frecuentar los salones más aristocráticos, y se podrá tener una idea de la enorme cultura de "Fígaro".

Se le ha motejado, sin embargo, de no ser un erudito. No se ha pensado en la erudición verdadera, profunda, digerida, que lo capacita para escribir tan grandiosamente crítica literaria y crítica social. Esa cultura, escondida bajo la gracia alada de su ingenio, que no se hace pesante, que no va llena de citas—tan en boga en este tiempo—ni de cansados datos y cifras, se escapa a muchos.

"Fígaro" no es pedante; es sencillo, rotundo, sobrio. Precisamente en sus primeros escritos, algunos de los cuales se publican ahora y nos completan su figura, está aún tocado de la pequeña vanidad de escolar; están aún recientes sus estudios de humanidades; mezcla citas de Horacio y alardea de conocimientos que estropean el conjunto, algo débil aún. Es luego, cuando se separa de todo eso, cuando no piensa en su saber, porque chorrea y se esparce de toda su obra, cuando avanza libre del fardo escolar y de las rutinarias citas, cuando aparece *Fígaro, ¡Fígaro!* ¡La personalidad suya, la nueva, la que se ha formado él mismo, la que es como el comienzo de una nueva dinastía frente a los orígenes ya muertos!



AMARGURA INICIAL

Lo que se ha llamado primeras producciones de Larra yo no las considero más que como ejercicios escolares, emprendidos a impulso de la vocación literaria que en él existía.

Ejercicios de escolar, no más que ejercicios, son las traducciones de algunos fragmentos de la "Iliada", de una parte del "Mentor de la Juventud" y del borrador de un "Compendio de Gramática Castellana" con un "Cuadro sinóptico" de ella. La prueba es que Larra mismo rompió al poco tiempo sus trabajos.

Lo mismo pueden considerarse los dos cuadernos de "Geografía Historial Española", de unas trescientas hojas, escritas en verso, con la descripción de lugares, tipos y monumentos. Este trabajo no se llegó a imprimir y ha estado en poder de su familia hasta hace poco tiempo, que se ha extraviado. No creo que sea de sentir su pérdida, porque se comprende que "Figaro" no pensó nunca en imprimirla y que la consideró como una obra de muchacho.

Sabemos que en 1822 tuvo Larra que suspender sus estudios para ir con sus padres a Corella, donde permaneció cerca de un año. Mucho debió de influir en el joven de trece años la estancia en el pequeño y apacible pueblo de Navarra, en medio de ese ambiente de severidad de sus campos y de sus montañas. El pueblecito está a orillas del Alama, y allí soñaba el niño con un libro en la mano o escribía esas primeras cuartillas que rompemos u ocultamos después llenos de rubor, porque son todas ellas confesiones íntimas del alma, cuando aún no se tiene la pericia literaria ni el dominio que hace quedar impersonal en la obra.

Sobre todo dedicaba su tiempo a la lectura. De noche, a la escasa luz del candil de aceite, cuando todos estaban acostados, él leía con avidez cuanto llegaba a sus manos. Su madre tenía que hacer grandes esfuerzos para obligarlo a dejar la lectura y acostarse. No se debe buscar en esas lecturas una influencia demasiado decisiva; casi nunca lo son, para el credo artístico, las influencias que se sufren en la primera época, a no ser para los cerebros débiles que se resquebrajan como frágiles vasijas de barro. Los fuertes resisten la temperatura, y más tarde admiten, rechazan, seleccionan, examinan y critican sus impresiones con absoluta libertad.

Ya preparado el espíritu de "Figaro" por la lectura y el estudio, debió servirle mucho para formar su personalidad aquel reposo frente a la naturaleza, en la soledad, que le permitía buscar su propia alma. "Figaro" entonces no era triste ni escéptico; aún no se presentaban en su carácter rasgos que pudiesen alarmar ni que revelasen descontento de la vida. Este año de placidez y de reposo en Corella es de los más felices de la existencia de "Figaro". Al año siguiente vuelve a Madrid y se matricula en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, donde comenzó el

estudio de las matemáticas en Octubre de 1823, funesto año que debió hacer profunda impresión en su espíritu.

Desde la vuelta de Larra a España las convulsiones políticas habían estado un tanto atenuadas. A la muerte de la reina doña Isabel, Fernando se había casado con doña Amelia de Sajonia, de la que no tuvo sucesión y que no influyó para nada en su vida, porque la pobre señora, apocada y devota, esparcía en malos versos su sentimentalismo y no se ocupaba para nada de la nación. Se decía que no reía nunca, y la sola vez que se la vió reír fué representando Guzmán en el teatro del Príncipe, por lo que complacido el Rey dijo al actor que le pidiese una gracia, y éste se contentó con el primer puesto de expendedor de lunetas que quedase vacante. La reina no pensaba más que en rogar al cielo y en consultar doctores para dar sucesión al Trono, como se ve en esta poesía:

AL SANTÍSIMO CRISTO DEL PRAIO

No el buscar una salud
Que Dios nunca me ha negado;
Otros fines me han guiado
De esta fuente a la virtud.
Busco en mi solicitud
La pública conveniencia;
Sigo a una probada esencia
Y cumplo con mi deber.
Por mí no quedó que hacer;
Obre Dios con su clemencia.

El descontento que reinaba en España era grande y sordo; la aristocracia no tenía influencia, los nobles estaban reducidos a ser criados de Palacio, y el ejército, mal pagado y mal tratado por su Rey, que según frase feliz de un historiador "habiendo derramado tanta sangre, jamás había oído un tiro". (Se cuenta la anécdota de que el general Castaños se presentó al Rey vestido de verano en Diciembre, y le explicó esta rareza diciéndole: "Señor, es que acabo de cobrar la paga de Junio.") La Marina casi no existía, pues los barcos que se habían encargado a Rusia resultaban podridos e inútiles. La enseñanza se limitaba a ser una función mecánica—ya se conoce la frase: "lejos de nosotros la funesta manía de pensar"—, estaba en manos de Jesuítas y Dominicos, y la oficial conlada a los profesores más retrógrados.

Tales excesos, sobre todo el descontento del ejército, dieron por resultado la sublevación de los regimientos reunidos en Cádiz para ir a Ultramar, los cuales proclamaron la Constitución.

Esta chispa, que se extendió como voraz incendio por toda la Península, apenas se sintió en Madrid; *La Gaceta* callaba, las gentes se comunicaban las noticias en voz baja; pero Fernando, bien informado, cobarde como siempre, cedió a la imposición de la fuerza aparentando ceder al convencimiento y juró la Constitución entre el ingenioso entusiasmo del pueblo engañado por sus palabras: "Marchemos francamente todos, y yo el primero, por el camino de la Constitución."

Todas las reacciones están en razón directa de la opresión. Así, el estallido de entusiasmo por la libertad en aquellos días es conmovedor. El derecho de reunión y de libre emisión del pensamiento que la Constitución concedía se aprovechaba con avidez. En el café Lorencini, situado en la Puerta del Sol, en el lugar en donde se ha abierto la calle de Espoz y Mina, había un elegante saloncito y un patio cubierto por cristales, y de ellos se apoderaron los liberales para hacer tribuna pú-

blica, perorando subidos en mesas y sillas. Allí nació la bien pronto disuelta "Sociedad Patriótica de Amigos de la Libertad", y lo mismo sucedía en todos los demás establecimientos de este género. En el café cantante de la calle de Caballero de Gracia resonaban las apasionadas notas del "Himno de Riego", que habían acallado todas las demás canciones. En la Carrera de San Jerónimo, en *La Fontana*



Interior del café «La Fontana de Oro».

de Oro, tenían sus reuniones los *Amigos del Orden*, entre los que estaba Alcalá Galiano.

Eran todos constitucionales, doceañistas o veinteaños, y tanto unos como otros se dividían en *exaltados* y *moderados*; los *serviles*, callaban agazapados en la sombra. Las primeras Cortes estuvieron llenas de sensatez, y Fernando VII comparó ante ellas leyendo, pausada y gravemente,

el discurso que para tal solemnidad le había escrito Argüelles.

La lucha empezó en la Prensa. *El Universal* era órgano de los moderados, y a su lado estaban *El Imparcial* y *El Censor*. Los exaltados tenían su órgano oficial en *El Espectador*, y los seguía una brillante pléyade: *La Aurora*, *La Ley*, *El Constitucional*, *La Libertad*, *El Sol*, *El Correo Liberal*, *El Independiente* y otros muchos. No faltaban los satíricos, como *La Cotorrita*, *La Tercerola* y el tristemente célebre *El Zurriago*, modelo de libelo lleno de grosería.

El espíritu leal del pueblo no tardó en manifestarse, y el Rey fué públicamente insultado en la calle, cantándole el *Lairón* y el *Tragalá*.

No era Fernando VII hombre de sufrir esto, y al comparecer ante las Cortes de 1821 formuló su queja de un modo agrio y se retiró del Parlamento, dejando sorprendidos a Argüelles y a sus demás ministros. Peor aún fué el año siguiente, en el cual Fernando no quiso asistir a la apertura de Cortes; bien es verdad que era Riego diputado y que Fernando odiaba mortalmente al caudillo de Cabezas de San Juan; no le perdonaba su obra liberal, y estaba celosísimo de su popularidad y de los agasajos que recientemente le había prodigado la nación entera.

A la sombra de estas desavenencias provocadas por el Rey, los absolutistas desplegaron su bandera. Los *feotas*—partidarios de la fe—mantenían la guerra en las provincias del Norte y Cataluña frente a la liberal Andalucía. En este estado, la guardia de Palacio proclamó de nuevo a Fernando monarca absoluto con el apoyo de los representantes de Austria, Prusia, Rusia y Francia.

¡Qué hermoso ejemplo dió entonces Madrid! ¡Qué entusiasmo del pueblo, de la clase media, de la aristocracia, de todos unidos para alistarse en las milicias nacionales y defender la libertad! Pero sabido es cómo, con la intervención de los Cien mil hijos de San Luis, venció el traidor Fernando VII y cómo sucumbieron Riego y sus amigos. Este fué el año del regreso de Larra de Corella; coincidió con la amargura del vencimiento de los liberales, con el triunfal y vergonzoso recibimiento que se hizo al Rey, con el comienzo de aquel período de fanatismo y de crímenes, que siguió hasta la muerte de doña Amelia, el casamiento de Fernando VII con doña María Cristina y el nacimiento de doña Isabel II. Este tiempo, desdichado de opresión, fué la última época de los estudios y de la adolescencia de Larra. Se había hecho enmudecer la voz del pueblo, se habían apagado los ecos de todas las *Marsellesas* improvisadas que le subían del corazón a los labios; cantares que tanta parte tuvieron en ese período heroico. Los ingenios estaban también amordazados; Arriaza era el poeta oficial, esa desdichada casta de poetas que no ha terminado aún. En casi todas las Cortes de Europa, los soberanos, caricaturizando a los Médicis, tenían poetas a sueldo, especie de bufones distinguidos. Era moda ser Mecenas, y de aquí la escuela de poetas asalariados que se extiende por todas partes.

“Callados los ruiseñores, graznan los gansos”, y se produce el infernal ajuar de versificadores que llenan las columnas de *La Gaceta* y *El Diario de Madrid*. El pontífice de todos ellos es sin disputa el librero Rabadán, que cantaba todas las gracias del monarca. Es tan sumamente ridículo, que haría reír si no causase pena ver tanta decadencia. Véase el terceto final de uno de sus sonetos:

¡Neptúno, Thetis, Cefiro y Favonio,
Eterno mostrarán llanto abundante,
Pues... falleció... el infante Don Antonio!

O bien este otro soneto:

A LOS SANTOS REYES

(Soneto pastoril.)

Bien venido seas, ¡oh, Reyes santos!
Pronto la vuelta dais de ver al niño,
Que hallaríais más limpio que un armiño
Entre pastores y sencillos cantos.
De regocijo romperíais en llantos
Al mirar en Belén el pobre aliño
De María y José su gran cariño
Os tendría a los tres como en encantos.

Supuesto que sabéis lo que allí pasa
Y que en la tierra y cielo está mandando
Manolito Jesús..., pedid sin tasa
Que por España siga percurando,
Pues que tenemos ya dentro de casa
Al mayoral virtuoso, ¡el gran Fernando!

Lo más sabroso son las notas que iban al pie del soneto: Primera. "Armiño es un animalito semejante a la comadreja y conejo, según los naturalistas Oloa Magno, Agrícola, con Plinio y su famoso traductor Huerta. Los hay de cuatro clases, pero los más célebres son blancos lo mismo que la nieve; para cazarlos ponen circos de lodo; y son tan limpios, que se dejan coger a mano por no ensuciarse; y así son símbolo de la pureza. Segunda. *Percurando*. Voz rústica puesta de intento, que equivale a protegiendo y prosperando."

¡Delicioso el buen D. Diego Rabadán!

Es necesario tener en cuenta todo esto para las deducciones que nos veremos obligados a sacar de la personalidad de Larra.

Es en esta época cuando hay una transformación en su vida. En su alma juvenil debía existir el pesar de la injusticia, el sentimiento de tristeza que produce el dolor ajeno; lecturas y estudios habían exaltado su temperamento noble y digno, pues ya sabemos por la referencia de su maestro D. Eustaquio Tónico qué gran concepto tenía de su dignidad. Afligido e indignado, deja Larra Madrid y va a Valladolid, donde estaban sus padres; allí se matricula en la Universidad para seguir la carrera de leyes; su edad es entonces la de diez y seis años, y su alma se abre por vez primera al amor en la romántica y liberal ciudad de Castilla.



D. Diego Rabadán.

Don Emilio Cotarelo, en el brillante prólogo escrito, después de conocer y estudiar toda la bibliografía de Larra, para la biblioteca *Posfigaro*, se queja con razón de cómo se ha admitido sin discusión todo lo escrito por Cortés en la biografía de Larra. Puntos oscuros hay en ella, como el del hondo pesar que lo acometió en Valladolid "por un suceso misterioso", del que nadie se ha atrevido a hablar, como nadie se atrevió a escribir el nombre de la dama que lo condujo a la desesperación. Para aclarar esto he recurrido a la tradición oral, aún fresca y reciente, puesto que vive la generación que ha escuchado de boca de los que conocieron a "Fígaro" los relatos íntimos, a ella he de acudir más de una vez.

Pero antes demos una ojeada a los biógrafos; todos repiten los mismos conceptos. Son demasiado vulgares para tenerlos en cuenta tratándose de "Fígaro".

Cortés dice: "Cuál fué el carácter del acontecimiento que vino a interponerse en su vida y le apartó de la senda pacífica y normal que había seguido hasta entonces, es cosa que ignoramos por nuestra parte y nos es así imposible revelar a nuestros lectores. Este acontecimiento misterioso parece, sin embargo, muy cierto, y ejerció una gran influencia sobre el porvenir de Larra. Su carácter se alteró completamente: de niño, estudioso y amante del saber, pero confiado, vivo y alegre

como su edad requería, se hizo sospechoso, triste y reflexivo, como si fuera un hombre hecho."

Ferrer del Río, en su *Galería de la Literatura Española* no hace más que seguir esta versión. Además, Ferrer del Río no puede comprender a Larra, él, que es la vulgaridad misma. Dice:

"Calculamos nosotros que a los diez y seis años, toda la desventura que puede oprimir a un muchacho, no falto de medios de subsistencia"—encantadora excepción—, "se reduce a llorar el desdén, la inconstancia o el desvío de una hermosa, objeto de sus primeros amores." En la *Galería*, de Pastor Díaz y Cárdenas, se dice: "Sospechamos que fuese alguna desgracia de familia; algún quebranto en la fortuna de sus padres."

De los demás biógrafos, no digamos nada; algunos aprovechan la ocasión para hacer un sermón de moral sobre la religión, la fe y la educación, sin salir de lugares comunes.

Recurro a la prima hermana de "Fígaro". Doña Pepita duda y responde:

—Mi padre me habló de eso varias veces; le había impresionado profundamente ver llorar a "Fígaro" con desconsuelo; decía que era la primera vez que lo vió llorar.

—¿Y era por amores?

—Amores y algo más. Ya todos han muerto, y yo creo un deber no negar la verdad que se busca. Mariano José se enamoró en Valladolid de una señorita, mucho mayor que él, muy guapa y muy coqueta, que se gozaba en despertar la pasión del joven. El la creía pura, la adornaba de todas las virtudes...; pero... un día súbitamente se le reveló la verdad. Su amada era la amante de su propio padre, D. Mariano de Larra...

Hay un silencio, durante el cual yo me explico lo que había parecido tan oscuro, y sobre todo me explico el silencio del biógrafo que escribió estando aún vivo el padre de "Fígaro" y reciente la desgracia.

¡Pobre Larra! Aquella explosión de dolor suyo que rompe en lágrimas que no sabe ocultar, es la prueba más elocuente de su alma sencilla y noble. No supone este hecho la pérdida de un amor, sino la pérdida de la ilusión, de la confianza. Hallábase cara a cara de la traición, de la mentira, del engaño. A su decepción va unida la tristeza de contemplar la figura del padre convertido en rival suyo, traicionando a su madre, faltando a deberes que en su inocencia debían parecerle más rigurosos. Los hijos no son comprensivos con las pasiones de los padres, porque no los ven nunca en ese aspecto pasional.

No es dado dudar de la confianza hecha por D. Eugenio a su familia, puesto que ningún interés tenía en decir una impostura, tratándose de un hermano al que amaba y al que consolaba en su vejez con sus cartas. Pero debieron impresionar demasiado al buen D. Eugenio, que cuidó de los hijos de "Fígaro" paternalmente, aquellas lágrimas amargas de "Fígaro", que habían de dejar en su alma un surco de desconsuelo, de tristeza, de desconfianza.

Se ve que era imposible que en aquellas circunstancias siguieran viviendo juntos el padre y el hijo; por eso "Fígaro" traslada su matrícula a Valencia; pero está poco tiempo en aquella ciudad y vuelve a Madrid, donde le habían proporcionado un destino.

Sólo así se comprende ya su prematura emancipación de sus padres; se hace demasiado pronto dueño de su vida, y comienza a luchar solo, valientemente, porque rechaza su destino y confía a su pluma, a su trabajo, a su talento, el cuidado de atender a su sostenimiento. "Se hizo literato", como dice, con más gracia de la que él supuso, el bueno de Cortés.

Considérese que no tendría razón la separación de "Fígaro" de su familia por-

que el joven tuviese que llorar un desengaño amoroso, vulgar y sin importancia.

Es de creer que aquel amor no dejó huellas y se borró pronto del corazón de "Figaro", que nos ha dicho su tío que era "bastante enamorado". Otra beldad, con su amor fácil, debió consolarlo. Lo que quedó en su corazón después de aquella desventura fué la tristeza de un desengaño que no pudo borrar nunca, en su soledad moral, en su alejamiento de la familia y de las gentes que lo rodeaban y que estaban tan distantes de su espíritu.

Los amigos que hubieran podido comprenderlo se hallaban todos desterrados o presos. Los jóvenes de talento que se reunían en la *Academia del Mirto* y seguían siendo discípulos de Lista, habían fundado la *Sociedad de los Numantinos*, la cual tenía su domicilio en la calle de Hortaleza. Llenos de ardor revolucionario, de entusiasmo por la libertad, deseaban cerciorarse por medio de duras pruebas de que los adeptos que admitían eran dignos de figurar entre ellos, y así, para la iniciación tenían ritos secretos a los que sometían a los neófitos. Esto, unido a las vibrantes propagandas de los *Numantinos*, entre los que sobresalen Ventura de la Vega y Espronceda, tan liberal y entusiasta, que no podía horrorar de su alma el haber visto al insigne Riego arrastrado en un serón por las calles e insultado por el populacho, dieron lugar a que el Gobierno tomase en serio sus chiquilladas y disolviese, con todo el rigor propio de la época la Sociedad, encarcelando y desterrando a sus miembros, que lo hubieran pasado peor sin la intervención de Cea Bermúdez, pariente de Vega.

Que no guarda "Figaro" rencor a sus padres, lo demuestra la siguiente dedicatoria de su primera oda:

"A mis muy amados padres.

Muchos hombres no son deudores a los que les dieron la vida sino de una existencia, sobre la cual tal vez debieron llorar; felizmente, yo no me encuentro en este número, y la vida es acaso el más pequeño de los dones que os debí: inútil y a más gravosa me hubiera sido aquella sin éstos; el amor a mi patria es de los primeros que me habéis comunicado; por lo tanto creí mi deber, cuando el amor a la patria me arrancó en un momento de entusiasmo algunos sonidos de la lira que tímido pulsé, acordarme de aquellas dos personas a quienes debo los sentimientos que la profeso. Otros mendigan la sombra de los potentados; yo no me contento con tan poco: busco la de la virtud, y ésta me basta. En vuestro regazo aprendí a quererla y tal vez a profesarla; en ella nació en mí el amor a mi suelo; justo es que recojáis las primicias de un fruto que habéis sembrado y que habéis visto nacer, cuando un mismo techo hacía de tres voluntades una sola. Recibid, pues, lo que de justicia os deben mi agradecimiento y mi inextinguible cariño, inseparables de aquella sensibilidad de que me precio, que tan bien habéis sabido arraigar en mi corazón, y que estimo es el mayor de los bienes que podéis dejar a V. H. Mariano José de Larra."

Es en verdad esta dedicatoria más conceptuosa y rebuscada que espontánea y llena de cariño; pero demuestra que Larra no guardó enojo contra su padre por



D. Alberto Lista.

aquel incidente de Valladolid, aunque no pudiera borrar el sentimiento que dejó en su espíritu, y dió tristes frutos después. Vemos que vuelve a ser alegre, que se divierte con sus amigos, acude a sus tertulias, trabaja, lucha, se enamora y se casa al cumplir sus veinte años. Este *hecho misterioso* de Valladolid fué su bautismo en los dolores de hombre, el que marca el paso de su adolescencia a su prematura madurez.



VIVIENDO

Triste es el momento en que florece la juventud de Larra. Apenas emancipado de la patria potestad, decidido a ganar la vida con su ingenio, a fundar él su nombre y su porvenir, empieza la publicación de un periódico satírico, *El Duende* (del que nos ocuparemos oportunamente), y lucha esgrimiendo las primeras armas literarias en sus versos, en sus artículos y en sus tímidos ensayos teatrales.

Estamos en la época que se conoce con el nombre de *Carlomardina*, aunque ya era su segundo período, en el que, abatido el pueblo, el Gobierno disfrutaba de una vergonzosa inacción, sin deponer por eso su crueldad y su odio a todo lo que fuese libertad, cultura y progreso. Ocupados los empleos y las cátedras por todo lo más fanático del bando absolutista, se formó por primera vez bajo este régimen, gracias a Ballesteros, que era ministro de Hacienda, la primera Exposición pública de la Industria Española, para la que sólo tuvo el Rey, al visitarla, las célebres palabras "¡Esto son cosas de mujeres", y a la que "Figaro" dedicó sus primeros versos. A pesar de las esperanzas que había hecho concebir el matrimonio de Fernando VII con Cristina, seguía la persecución a los liberales y el abuso del despotismo.

El cuadro que ofrecía España era bien triste. El Estado sufría una miserable penuria, y se comprometía cada vez más en empréstitos ruinosos; la miseria era general; los buques se pudrían en los astilleros, y la Industria y la Agricultura estaban completamente arruinadas.

La moralidad privada corría parejas con la pública. Todos trataban de burlar la ley y nadie cumplía sus compromisos; los nobles evitaban pagar sus deudas valiéndose de las reales cédulas de moratorias, y los pobres se excusaban audazmente con su propia situación: "El que no tiene, el Rey lo hace libre." José María el Tempranillo, Jaime el Barbudo y los Siete Niños de Ecija sembraban el terror en los caminos. En Madrid, cuenta Mesonero que se robaba a los transeuntes y que se dió el caso de arrebatarse violentamente a las mujeres del lado de sus maridos.

Cerradas las Universidades, prohibida la entrada de los diarios extranjeros, la juventud estaba constreñida a un círculo estrecho, que no permitía su desenvolvimiento; de una religiosidad hipócrita, cínica en el fondo, presa de un escepticismo cerebral, se ocupaba sólo de pequeñeces y vaciedades.

Así, los espíritus que no se aniquilaban, los escritores, los jóvenes llenos de aliento y de aspiraciones, trataban de escapar a la influencia de aquel medio ambiente asfixiante, y se reunían para poder comunicarse sus proyectos y sus esperanzas.

Ya es sabido el fin que tuvo poco antes aquella entusiasta secta de los *Numantinos*, que tan cara pudo costar a Vega y a Espronceda. Este, a consecuencia de una

poesía que desagradó a los reaccionarios, había perdido su empleo de Guardia de Corps y estaba desterrado de la corte.

En tal situación el simpático Olózaga fundó en su casa, calle de Preciados, número 7, un Círculo, que tenía un matiz burlesco de Sociedad secreta, y celebraban reuniones en las que se acordaban comidas, paseos y festejos; se pronunciaban discursos inofensivos y había grandes solemnidades cómicas para admitir socios.

Parodiando a otras Sociedades, vendaban los ojos al neófito, le hacían dar grandes paseos en la misma habitación, salvando obstáculos que ponían a su paso; le amenazaban con puñales para probar su valor, y le exigían juramentos severos. Después de todo aquello quedaban admitidos en la *Poderosa Orden de Caballeros de la Cuchara*, se les extendía el título y se les agraciaba con las insignias correspondientes, que lucían todos en el banquete o fiesta dado para celebrar su admisión.

Pero en aquel tiempo alarmaba todo y aquellas reuniones cómico-burlescas llegaron a inquietar a la estúpida y odiosa Policía, que prendió a Iznardi y a Olózaga y hubiera preso a Mesonero, Larra, Alonso y demás amigos, si Olózaga, advertido a tiempo, no hubiera roto la lista de nombres y hecho desaparecer aquellas actas burlescas, con las que se desterraban de risa. Sabida es la fuga audaz de Olózaga de la cárcel de la villa derramando un puñado de onzas, al mismo tiempo que empuñaba un arma y encerraba a sus propios carceleros, sorprendidos, exclamando: "Onzas y muertes reparto."



D. Salustiano Olózaga.

Aquella necesidad de reunirse hizo fundar en el café del Príncipe el célebre *Parnasillo*, que tan gran influencia tuvo sobre la cultura de su tiempo.

El café del Príncipe, llamado así por su proximidad al teatro de este nombre, con el que no tenía ni siquiera comunicación, ocupaba el lugar que ocupa hoy la Contaduría del teatro Español.

Había en Madrid cafés más grandes y confortables que éste, como el de Solito, de la Aduana, Dos Amigos, La Estrella, El Buen Gusto, el café de Europa, en la calle del Arenal; el de Venecia, en la esquina de la calle del Prado, y el de Morenillo, en la misma plaza de Santa Ana. El café del Príncipe nos lo pintan los escritores de su época como uno de los más pobres y tristes. Larra mismo dice en *El Pobrecito Hablador*: "El reducido, puerco y opaco café del Príncipe". Iluminado por una lámpara de candilones pendiente del centro y media docena de *quinqués* distribuidos en las paredes, desnudas y no muy limpias, no tenía más mobiliario que una docena de mesas de pino pintadas de color de chocolate y unas cuantas docenas de sillas. En el hueco de la escalera se había colocado un mezuquino aparrador, cerca del que había dos mesas, que ocupaban todas las tardes algunas per-

sonas de representación, como Arriaza, Carnerero, Onis, Aguilar, Cuadra y Dehesa, que tomaban allí su café o su chocolate, "sin tener para nada en cuenta la mezquindad y suciedad de los trebejos de cristal o de loza en que aquellos confortantes les eran administrados".

Ya Larra hace notar que hay una predilección del público hacia los cafés más sórdidos y apartados. Mesonero lo explica por la necesidad que sentían los jóvenes de talento, no favorecidos por la fortuna, de hacerse un rinconcito para ellos solos, lejos de la impertinencia de los *pollos*, como había empezado a llamarse a los jo-



Tertulianos del Café de Levante (célebre tabla de Alenza, que decoraba el interior de dicho Café).

(Colección Lázaro Galdeano.)

vencitos *lechuguinos*, *pisaverdes* o *tónicos*, desde que el marqués de Santiago les dió ese nombre un día que en una reunión, en su palacio de la Cuesta de la Vega, exclamó dirigiéndose a los jóvenes: "Callen los *pollos*."

Así es que los escritores, los artistas, los poetas, y hasta algunos aristócratas y futuros grandes políticos, hicieron allí su nido. La elección fué feliz, pues en aquel café no les inquietaba nadie, quizás debido a que su dueño era el alcalde del barrio. Con la fundación del *Parnasillo* el café tomó incremento; se aumentaron las mesas, los enseres y la vajilla, y se estableció un servicio de café con tostada a dos reales, y de medios sorbetes por igual cantidad. Además del viejo Romo, único camarero que había, se admitió otro muchacho, llamado Pepe, al que pronto trocaron el nombre por *Pipí*.

Allí se reunían Larra, Espronceda, Olózaga, Vega, Escosura, Alonso, Santos Alvarez, Segovia, Ferrer del Río, Bretón, Gil y Zárata, Serafín Calderón, Roca de Togores... todos los ingenios de la época.

Asistían también los grandes pintores: Madrazo, Rivera, Esquivel, Gutiérrez de la Vega, Alenza... Los arquitectos Mariátegui, Calmer y Alvarez; abogados e ingenieros como Cambronero, Echevarría; los notables actores, Latorre, Mate y Guzmán; militares, como José María Sanz (que fué capitán general), el marqués de Mendi-gorría y el futuro conde de Cheste; por allí pasaron los futuros grandes políticos:

asistían los aficionados al arte, los grabadores Peleguer, Castelló y Ortega; los impresores Burgos y Sancha, y sobre todo el célebre editor Delgado, que se enriqueció a costa de aquellos ingenios, y el empresario Grimaldi, amigo y protector de todos ellos. Entre todos se distinguía D. Joaquín Marraci y Soto, que hacía alarde de dirigirlo todo, colocar a cada uno en su sitio, mantener el orden y ser el personaje necesario en la reunión.

Bien pronto tuvo cada cual su mesa. Se formaban grupos entre los más afines, por amistad o por ideas; críticos, dramáticos, bucólicos, satíricos, poetas, etc. Co-



Otra tabla de Alenza en el Café de Levante, en la que está retratado Goya.

(Colección Lázaro Galdiano.)

nociendo la calidad de los ingenios que se reunían, puede concebirse el derroche de chistes y agudezas que se hacía en sus diálogos; los epigramas picantes, los brindis burlescos y los ingeniosos chascarrillos que matizaban la conversación. Mesonero habla de los chistes de Bretón, de los epigramas de Vega, de los discursos de Alonso, de la grave seriedad de Gil y Zárate, de los chascarrillos de Carnerero y de las atinadas observaciones de Grimaldi y añade: "Allí Espronceda, con su entonada y un tanto pedantesca actitud, lanzando epigramas contra todo lo existente, lo pasado y lo futuro".—"Allí Larra con su innata mordacidad, que tan pocas simpatías le acarrea". Estas dos afirmaciones más que una verdad parecen el epígrafe que se pone al pie de un retrato hecho. Ni Espronceda fué agrio, díscolo y descreído; ni Larra mordaz y escéptico, hasta que la vida, poco piadosa con ellos, les hizo conocer todos los dolores y desengaños. En esa época, "Figaro", joven, feliz, lleno de ilusiones convivía con sus camaradas como con verdaderos amigos. Todos allí mostraban su talento, se discutía apasionadamente entre gritos y puñadas, que dejaban caer sobre las mesas en el calor de las disputas, las últimas noticias que circulaban de boca en boca, ya que no podían darlas los amordazados periódicos; el mérito de la última pieza dramática, el alcance de un discurso de Alcalá Galiano, de una crónica de Larra... todo era examinado y juzgado entre la algazara y el bullicio que constituían la fisonomía propia del *Parnasillo*.

Tan alegre era la reunión que Fernández de Córdova nos dice que la prefería

a la de su hermano, donde iban el conde de las Navas, Toreno, Caballero, Istúriz, Alava, el duque de Rivas y otros muchos hombres eminentes.

Prohibidos los libros y los periódicos, los artistas que se reunían en el *Parnasillo* se desquitaban haciendo quintillas, décimas y discursos. Pero no fué sólo una significación frívola la que tuvo esta reunión. Del *Parnasillo* salió la reforma de la fraseología clásica, que invadía la poesía del primer cuarto del siglo XIX. Allí se convino en llamar al viento viento, en lugar de Eolo, Céfito o Favonio; en llamar al sol sol, en lugar de Apolo o Febo, en no designar más a la amada por Filis o Nise, y en dar a cada cosa su nombre, sin metáfora, en la bella significación que tiene en nuestro idioma, libre de ridícula afectación. Fué además el *Parnasillo* cuna del *Ateneo* y del *Liceo*, una verdadera peña literaria, libre e innovadora, que merece la simpatía con que se recuerda.

Mesonero Romanos, en sus *Memorias*, dice que Larra asistió a la magna reunión que para fundar el Ateneo, o mejor para restaurar el que ya había existido, tuvo lugar en la calle del Prado, esquina a San Agustín, en la librería de D. Tomás Jordán, que prestó sus salones a la naciente sociedad, pero Larra no pudo asistir personalmente, porque el 26 de Noviembre de 1835, en que tuvo lugar, según Mesonero, no estaba Larra en Madrid.

Pero aunque no asistiera personalmente se celebró contando con él; Larra fué un camarada de todos los jóvenes de su tiempo y consiguió la estimación de los hombres más respetables: Grimaldi, Carnerero, Valera, el duque de Rivas, el de Frías y otros muchos como tendremos ocasión de ver en el curso de este estudio.

Cuando se fundó el Liceo en 1839 ya había muerto Larra.

Galdós y Nombela, dejándose llevar de la frase de Mesonero le llaman: el uno *hipocondríaco*, y el otro dice que allí cobró fama de *mordaz*. "Para muchos sus ideas eran un verdadero enigma; pocas personas podían comprenderle (¡natural!), la generalidad lo admiraba (¿cómo se admira lo que no se comprende?), y le temían, casi nadie simpatizaba con él". Añaden: "Las ilusiones de todas clases le merecían desdeñosa consideración". No, este es un Larra visto al través de su suicidio; no de la realidad.

Larra era alegre, decidor, confiesan que sorprendía a todos con su madurez de juicio, superior a su edad, con su gran cultura y su extraordinaria clarividencia.

Nadie más original que él, más atrevido, más moderno, ni de mayor audacia de pensamiento. Es cierto que el instinto crítico era innato en él, prueba de un juicio claro y rápido, que compara, analiza y generaliza de un modo admirable. Su prima doña Pepita de Larra me ha dicho:

—"Mi padre aseguraba que esto es de familia. Así, yo misma, en el momento que veo una cosa descubro sus defectos, sin querer encontrarlos".

Además Larra era aristócrata por naturaleza, atildado en el vestir, limpio hasta lo escrupuloso. La misma doña Pepita me dice que andaba de noche por la calle haciendo zig-zag para no pasar cerca de los faroles de aceite por miedo de que le cayera una mancha.

¡Y qué calles y qué costumbres las de Madrid en aquel tiempo!

Era una sociedad aislada la nuestra; no nos visitaba apenas un extranjero, porque hasta para ir de provincia a provincia hacía falta pasaporte, y el viaje era un verdadero peligro por caminos plagados de ladrones. No había ninguna hospedería elegante; en casi todas las casas se alquilaban habitaciones pobres, sucias, y no existían baños en ellas, y de su orden y ornato nos da idea la pintura del salón donde "las botas están sobre el piano, el San Antonio de talla tiene en la cabeza el schakó del capitán, el *ridículo* de la señorita suele servir de bolsa a los cigarros; el nacimiento del niño se interpola en la cómoda con las cartucheras; los devocionarios con las judías; y los jabones y navajas de afeitar con los pendientes y los canesús".

Las señoras de la clase media convivían con las zafias criadas alcarreñas y los mozos asturianos, que se metían en todo sin respeto alguno y sin guardar ninguna delicadeza. Los que creen que Larra ha exagerado pueden leer los artículos de Mesonero en los que se sorprende de que los hoteles en París tuviesen "baño y todo".

Las calles sucias pobladas de barberías y tabernas más que de tiendas y otros establecimientos; desiertas en su mayoría y llenas de una multitud abigarrada en las principales arterias como la de Toledo, por donde entraban, después de increíbles y penosos viajes, los extremeños con sus alforjas de chorizos al hombro; los valencianos que venían a vender esteras; los manchegos con las recuas de borriquillos cargados de colambres de vino; los murcianos con sus carromatos de naranjas y granadas; tenía un aspecto de feria permanente, feria de pueblo; en que las mujeres hacían corros para coser al sol delante de las puertas, los hombres dormían tendidos en las aceras, y los muchachos, sin escuela, lo invadían todo con sus juegos y sus gritos. Añádase a esto voces de vendedores, de castañeras y castañeros en todas las puertas de las tabernas: "¡Gordales, seis al cuartol! ¡Que se arrematan!, ¡Cuántas, que queman?" Los aguadores con las cubas de agua que cruzaban en todas direcciones entre los escasos y destartallados coches.



Autorretrato de Leonardo Alenza.

El paseo de lujo era el Prado; acudían todas las tardes los elegantes a hacer tertulias en el Gran Salón que era el espacio comprendido delante de la fuente de Neptuno. A la derecha, en el paseo de coches desfilaba toda la gente que tenía vehículo, desde la familia real a los plebeyos ricos. Era una mescolanza extraña de tílburys ingleses guiados por los dueños y el lacayo una cuarta más abajo; los cajones verdinegros de los simones, las carretelas charoladas con letras de oro en el pescante, cochero de gran librea y dobles lacayos con uniformes, bandas y plumeros, enormes góndolas tiradas por tardas mulas castellanas, berlinas con fogosos caballos andaluces y entre ellos jinetes y amazonas en profusión.

En la parte del Salón los elegantes rigoristas, pulcros y atildados, afectando en sus modales, su risa y su hablar las costumbres extranjeras. Las damas con sombreros y trajes a la moda de París dominaban a las que aún querían quedar fieles a la tradicional mantilla, especie de bandera de españolismo. En cuanto al pueblo, circulaba por el lado izquierdo del paseo, contento de contemplar el espectáculo brillante y sin mezclarse a él.

Respecto a los teatros puede considerarse lo que serían por la pintura que nos hace Fernández de Córdova, y que veremos más adelante.

Los ingenios concurrentes al *Parnasillo* eran amigos que trataban de defenderse de este ambiente general y con frecuencia se iban a comer juntos a las fondas de Geneys, San Fernando o la Fontana de Oro; se reunían para organizar paseos y cabalgatas a la Moncloa, a la Casa de Campo, o al Real Sitio del Pardo; o bien se daban cita en los teatros del Príncipe, en el de la Cruz, o en alguna reunión, de las llamadas tertulias en aquel tiempo.

Generalmente estas tertulias eran insoportables. Siempre se reunían menos mujeres que hombres. Las principales tertulias a que tenemos noticias que asistía Larra fueron a los lunes de casa de Montoya, a los martes de los Embajadores de Rusia y Turquía; este último tenía su palacio en donde está el de Casa Riera en la calle de Alcalá, por eso se llamó a la calle a que hacía esquina calle del Turco; a la del

célebre jurisconsulto D. Manuel M.^a Cambronero, a la del conde de la Cortina, a la del Consejero real D. Vicente González, Arnao, de la que dice Mesonero que salían él y Larra la noche que se declaró el cólera en Madrid; y más tarde a las reuniones de María Buschenthal, que siempre joven regentó su salón durante más de cincuenta años, y a las del embajador inglés Willer y del duque de Abrantes.

En algunas de estas tertulias se leían versos, se hablaba de comedias, de música y de literatura, y se tocaba al clave alguna sonata de Haydn o bien alguna señorita cantaba una sentimental romanza italiana. En otras se tomaban dulces y helados y mientras las personas de edad emprendían una partida de juego, la gente joven se entregaba a los placeres del baile inglés, la gavota o una mazurca con espohines.

Las más lujosas eran la de los príncipes de Pastrana y la del embajador de Rusia a la que se refiere la futil anécdota que cuenta Ferrer del Río en esta forma:

“Ya hemos indicado que Larra asistía a las primeras sociedades de la Corte. Jugaba cierta noche al billar con un amigo suyo en casa de un embajador extranjero mientras se bailaba en los salones: Larra hacía poco más que dar bolas; nadie presenciaba su falta de habilidad y seguía jugando. Mas al concluirse un rigodón entraron en la pieza de billar varios concurrentes; Larra soltó el taco ofreciéndosele a alguno de los que habían llegado. “Acabemos la mesa”, le dijo sencillamente su contrincante. Al oír esta insinuación quiso dominar su enojo y pudo reprimirse hasta perder la mesa sin hacer un tanto. Al salir de aquel recinto apostrofaba a su amigo con voz iracunda reconviniéndole por haber abusado de su paciencia”.

Cuando hay un prejuicio todos los datos contribuyen a probarlo. ¿No es muy humano el enfado de Larra, contra el mal amigo que quiso lucirse a su costa? Que Larra no supiese jugar bien al billar me parece un mérito suyo. Es natural que conociendo su falta de habilidad en este juego sólo se atreviese, como broma o entretenimiento, a jugar delante de un amigo. Que éste le obligase, sabiendo que su triunfo era seguro y conociendo su superioridad sobre él—en algo había de tenerla—es un hecho que debió excitar con razón la cólera de Larra. Cortés y educado accedió y se sacrificó a hacer lo que se le exigía, pero luego con nobleza y sinceridad, se quejó al mal amigo que intentaba ponerlo en ridículo. ¡Humano! ¡Muy humano!

A estas reuniones asistían las señoras con los vestidos descotados en el pecho y la espalda, apenas veladas con los hipócritas canesús de tul, el talle alto, la falda corta, hechos de moaré, *antic* o de tafetán de la Reina. Había entonces el gusto del color; en lugar de nuestros medios tonos, se vestían las mujeres de verde, de colorado, de amarillo, aunque para mayor distinción se nombraran color la *Valliere*, *Rosa de Corinto*, *Azul Cristina*, *Ayes de Polonia* o *Humo de Marengo*.

Los peinados a la *jirafa* exigían gran complicación para sostener con alambre los tres clásicos lazos de cinta, o bien adornarlos con alguna de las tres famosas clases de peinetas, de *Sofá*, de *Pico de pato* o de *Teja*. Algunas preferían los rizos a la *Ferroniere* o el broche a la *Sevigne*.



D.ª María Buschenthal.

Los abrigos eran magníficos, en crujiente gro tornasol o en tafetán de Florencia, altos de talle, escurridos de falda y con sus guarniciones de piel de gato.

Los hombres usaban frac de color azul de Prusia o verde pitacho, y los chalecos de colores pintorescos con botonadura de filigrana; los sombreros de felpa, de pelo largo, ala estrecha y copa de cono truncado.

Para los bailes aristocráticos, las señoras iban cubiertas de alhajas, y los hombres vestían de calzón corto, media de seda y zapato de hebilla, como si fuesen a Palacio. Se cuidaba con esmero toda *toilette*, y los elegantes se sometían a la dictadura del sañte Ortet, el zapatero Galán, el sombrerero Leza y el peluquero Falconi.

Fernando VII pasaba temporadas con la Corte en Aranjuez, divirtiéndose allí en bailes y paseos por los jardines, con esa indiferencia que le inspiraba el pueblo y que había acreditado diciendo en una de las pasadas revueltas: "¡Anda, que se fastidien por tontos! ¡A bien que yo soy inviolable!"

Pero al mismo tiempo, como buen tirano, no quería permitir las diversiones, en especial los bailes de máscaras, que se tenían a despecho suyo por la influencia de la infanta doña Carlota Francisca y la princesa de Breira, a las que una vez cogió el padre del poeta Zorrilla, que era superintendente, infragantis al volver a Palacio, y a pesar de su alta jerarquía las hizo comparecer ante el Monarca.



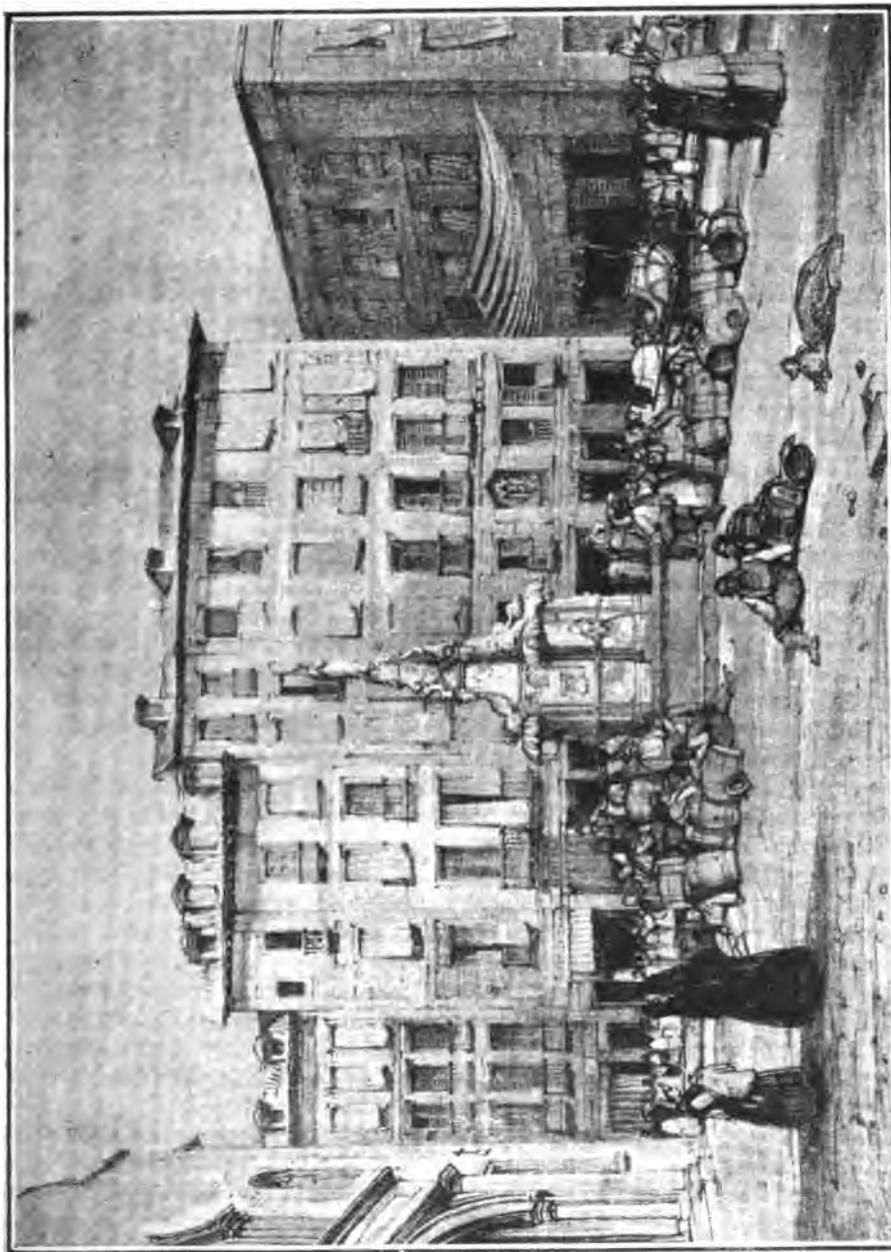
José Valero.

Pero estas reuniones tan brillantes, de un conjunto tan deslumbrador y alegre, carecían de cordialidad. Mendigorría cuenta los lances y desafíos que eran frecuentes por la menor cosa. Los bailes de máscaras mismos no tenían la libertad de que hoy gozan. En prueba de ello basta ver el siguiente suceso:

En el gran café Solís, que estaba situado en la calle de Alcalá en donde hoy está el teatro de Apolo, se celebraba en el Carnaval de 1832 un baile de máscaras, al cual asistía todo lo más distinguido de la Corte, desde los infantes D. Francisco de Paula y doña Luisa Carlota, hasta lo más brillante de la juventud de la clase media, cuando acertó a entrar, vestido de frac y con la cara descubierta, el actor Valero. Aquella sociedad, llena de preocupaciones, que le negaba a los cómicos, se sintió herida con la presencia del actor y llegó a la grosería de perseguirlo con indirectas malévolas, empujándole hacia la puerta hasta que le obligaron a salir del salón. El actor, ultrajado, corrió al teatro del Príncipe, donde estaban los Reyes, y se quejó a ellos del insulto recibido. Fernando, que gustaba de humillar a la nobleza, ordenó que al día siguiente se invitase al actor oficialmente, y Valero se paseó por la sala del baile, vestido de frac, sin que nadie se atreviese a decirle nada.

Sociedad sin cordialidad, llena de chismes, de hablillas, de comadreo, se hacía poco agradable el frecuentarla. Figaro ha retratado lo difícil que se hacían las relaciones en su artículo *La sociedad*.

"No se puede uno dirigir ni sonreír tres veces a una mujer; no se puede ir dos veces a su casa sin que digan: "Fulano hace el amor a mengana." Esta expresión pasa a sospecha, y dicen, con una frase por cierto bien poco delicada: "¿Si estará metido con fulana?" Al día siguiente esta sospecha es ya una realidad, un compromiso. Luego hay mujeres, que porque han tenido una desgracia o una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad, están siempre acechando la ocasión de encontrar cómplices o imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuración. Si hablas a una bonita, la pierdes; si das conversación a una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo. En una palabra: en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin."



La Puerta del Sol con la fuente de Mari-Blanca.

(Colección F. Boix)

Así, conociendo el medio en que vivían, no es de extrañar que aquella juventud de artistas llenos de vida, ansiosos de expansión, formase la célebre *Partida del trueno*, en la cual los que más se distinguieron, quizás porque eran los más jóvenes, fueron Espronceda, Larra y Ventura de la Vega. Era la suya una bohemia inocente, cuando aún no se empleaba esa palabra; Ferrer del Río asegura que ha pasado muy buenos ratos oyendo de boca de Bretón la narración de aventuras juveniles, en compañía de Vega, Larra, Pezuela y Alonso, y los graciosos lances a que daban lugar

sus apuros para organizar sus bromas a escote, resultando que luego no podía pagar más que el amigo rico.

De los más revoltosos era el simpático Ventura de la Vega que pasaba su vida entre versos y travesuras. Es graciosa la aventura que le ocurrió por haber tropezado con el superintendente, padre del poeta Zorrilla, que ofendido al ver su bigote de *liberal* y sus melenas a *uso masónico* cuando las severas gentes que legislaban hasta sobre cosas tan inocentes, habían prohibido el bigote se apresuró a detenerlo.

—Son bienes raíces—objetó Vega a la autoridad.

—Pues si lo vuelvo a encontrar a usted así lo envío a la cárcel con todas sus posesiones — dijo el inflexible superintendente y obligó al joven a entrar en la barbería. Este se dejó rasurar y pelar tranquilamente y cuando estuvo listo se marchó.

—¿Pero quién me paga a mí?—preguntó el barbero.

—Que le pague a usted quien le ha mandado afeitarme.

La partida del Trueno era más bien festiva que peligrosa, se divertía de una manera inocente, aunque de sus diabluras resultasen perjuicios para los que sufrían sus bromas como cuando ataban a un cordel todas las cántaras que esperaban turno alrededor de la fuente de Mariblanca en la Puerta del Sol y amarraban el extremo de la cuerda a alguna caballería que no dejaba un cacharro vivo, al salir espoleada por los bromistas. Una vez rompieron toda la provisión de *Santi boniti e barati*, de un pobre vendedor italiano, que llevaba en una tabla su colección de figuritas de yeso, y lo amarraron con su propio pantalón. Larra una noche, con un cubo de almazarrón de que se había provisto, embadurnó toda la caja amarilla del cabriolé del duque de Alba, que a la puerta de una casa esperaba con otros coches, no pudiendo reconocerlo el mismo Duque cuando salió; por más que al despertarse el cochero le asegurase que era su propio vehículo.

Otra de las diversiones favoritas consistía en atar el extremo de una cuerda al coche que más cerca del puesto de una castañera se estacionase, y al otro extremo el cajón de la castañera misma, procurando de este modo, al arrancar el coche, la caída y momentáneo arrastre de castañera, cajón, castañas y puchero. Casi todos aquellos calaveras salían a sus endiabladas expediciones armados de sendas cerbatanas, con cuyos proyectiles, diestramente lanzados, ametrallaban cristales de tiendas, hacías de barberos, faroles de alumbrado y aun a muchos pacíficos y retrasados transeuntes. El uso de estos instrumentos produjo varios conflictos en Madrid y al cabo fué prohibido por la autoridad. Otras noches, el *Parnasillo* hacía irrupción en alguna casa modesta en que se celebrase sarao o tertulia, y del comedimiento y cortesía pasaba pronto al uso de bromas imposibles de tolerar por los dueños de la casa, terminando de ordinario las reuniones a cintarazos.

Ventura de la Vega llamaba a media noche a los vecinos de los pisos altos y les hacía salir al balcón, para preguntarles qué hora era o si habían dormido bien. Esto daba origen a chispeantes diálogos, en los que lucía su gracia y excitaba el coraje de la pobre gente. El mismo Figaro ha retratado algunas de esas escenas en su segundo artículo *Los calaveras*, pintando al *Calavera Temerón*.

• • •

“Si se retira a la una o las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma a la ventanilla.—¿Quién es?—Dígame usted—pregunta el *calavera*,—¿tendría usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la

rejilla, diciéndole:—Retírese usted; la noche está muy fresca y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama a deshoras a una puerta.—¿Quién?—pregunta de allí a un rato un hombre, que sale al balcón medio desnudo.—Nada—contesta;—soy yo, a quien no conoce; no quería irme a mi casa sin darle a usted las buenas noches.—¡Bribón! ¡insolente! Si bajo...—A ver cómo baja usted; baje usted: usted perdería más: figúrese usted dónde estaré yo cuando usted llegue a la calle. Conque buenas noches; sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto, el *calavera* cría a su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, o de meros curiosos, que no teniendo valor o gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: éstos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.”

En ocasiones enviaban una caja de muerto a la casa donde se celebraba una fiesta o gastaban otras bromas por el estilo.

Romper los faroles era toda una diversión. Se nombraba a uno para que los defendiese, y se trababan batallas en las cuales desarrollaban toda su agilidad. Hasta la iglesia de San Ginés llevaban sus travesuras y atrevimientos, poniendo tinta en la pila del agua bendita o entrando en las tinieblas, que se celebraban todos los viernes, para azotar a las devotas a favor de la oscuridad. Fígaro era de estos alegres camaradas, que embozados en sus capas de embozos escarlata con botones de oro, a lo Almagro, se divertían ruidosamente; ni era tétrico, ni bilioso, ni uraño. Se sentía feliz en aquel tiempo, halagado por sus primeros triunfos en el teatro, en el periodismo y en la poesía; rodeado de amigos cariñosos, protegido por Valera y Grimaldi. Asistía a todas las diversiones, las reuniones y los cenáculos poéticos de Molins y del duque de Frías, donde lo había presentado Ventura de la Vega y donde lo recibieron con la franqueza y agasajo que su talento merecía. Ya hemos visto cómo le sirvió esta amistad para entrar de lleno en el mundo literario y figurar en la corona poética de la difunta duquesa, aunque sea exagerado el decir por esto que “Fígaro debe a Vega toda su nombradía”. La fuerza genial que había en él se hubiera abierto paso siempre.

Además, en este tiempo, Fígaro amaba y era amado. Tenía ese noviazgo lleno de honradez, de ilusiones, de buena fe, que hace pensar en el hogar y en la constitución de la familia.

La novia de “Fígaro” era una joven bellísima; el tipo de la madrileña: muy menudita, muy frágil, de facciones correctas, ojos cándidos, boca inocente. Esta señorita pertenecía a una familia distinguida y regularmente acomodada; se llamaba Pepita Wetoret, pero se la conocía más generalmente por Pepita Martínez, apellido de su madre, la que después de enviudar se casó con un Sr. Morales, que ocupaba una buena posición.

En su matrimonio se dejó llevar “Fígaro” de su natural impresionable y entusiasta. El hombre enamorado coloca siempre en la que ama todos los dones y virtudes que desea. A veces no hace más que vestir un maniquí con las galas que le son a él propias, y se ama a sí mismo, a lo que de suyo ha hecho reflejar sobre ella.

La familia de Larra no aprobó el casamiento, porque conocían el peligro de encadenarse con lazos indisolubles un temperamento como el suyo. Pero Larra amaba a su novia, lo arrojó todo y contrajo matrimonio el día 13 de Agosto de 1829, como consta en su partida de casamiento.

He aquí la partida de matrimonio de “Fígaro” que existe en la legendaria iglesia de San Sebastián, donde estuvieron enterrados Lope de Vega, D. Ramón de la Cruz,

Pepe-Hillo y la amada del poeta Cadalso, la comedianta María Ignacia Ibáñez, que el poeta quiso robar a la tumba. En esta iglesia romántica, histórica, tan madrileña, se casó "Fígaro":

Hay un pliego de papel de 11.ª clase D. 8.030.845.—Don Juan Miguel Montejo y Padilla, Pbro. doctor en Sagrada Teología, teniente mayor de la parroquia de San Sebastián, de Madrid, Certifico: Que en el libro treinta y nueve de Matrimonios, al folio doscientos diez y siete vuelto, se halla la siguiente partida:—"En trece de Agosto de mil ochocientos veintinueve años: Con mandamiento del Sr. Dr. D. Francisco Antonio de la Macorra, Pbro. teniente vicario de esta villa de Madrid y su partido, ante Juan Francisco de Piélagos, notario, su fecha veintinueve de Julio próximo pasado, habiendo precedido los requisitos prevenidos por la Real prag-



Iglesia de San Sebastián.

mática e igualmente las tres amonestaciones que el Santo Concilio manda, y no resultando impedimento alguno: Yo, D. Francisco Ruiz, Pbro., teniente cura de la iglesia parroquial de San Sebastián, de esta corte, después de haberlos examinado y hallándolos capaces en la doctrina cristiana, desposé por palabras de presente que hacen verdadero y legítimo matrimonio teniendo sus mutuos consentimientos y velé "in facie Ecclesiae" a D. Mariano José de Larra, hijo de don Mariano de Larra y de doña María de los Dolores Sánchez de Castro, con doña Josefa Anacleta Wetoret, hija de D. Agustín Wetoret y de doña Josefa Martínez, ambos contrayentes naturales de esta corte. Fueron testigos el excelentísimo señor duque de Frías, D. Manuel Bretón de los Herreros, e Inocencio Chico, y lo firmé.—Don Francisco Ruiz.—Hay una rúbrica.—Concuerda con su original a que me remito. Y para que conste, lo firmo y sello en San Sebastián de Madrid a treinta de Diciembre de mil novecientos diez y ocho.—Dr. J. Miguel Montejo.—Rubricado.—Hay un sello que dice: Parroquia de San Sebastián, Madrid.

¡Siempre el 13, no el 24, ejerciendo una funesta influencia en la vida de "Fígaro".

La poesía que dedicó Larra al duque de Frías pidiéndole que asistiera a su boda, está llena de fe, de esperanza, de amor, de entusiasmo. En lo que algunos han creído

ver la noia pesimista, no hay más que una delicadeza para con el duque, que está viudo de una esposa bien amada y al que teme afligir con el espectáculo de su dicha despertando en él recuerdos de días más felices. Así, Fígaro acaba sus versos invitando al duque a que sea también feliz y se case de nuevo. El matrimonio colma sus aspiraciones; le parece el estado perfecto. Esta es la época en que floreció toda su poesía optimista. Es cierto, sin embargo, que no había de tardar en ir al Parnasillo a olvidar sus disgustos domésticos y los dolores de un amor grande e infortunado.

Fué en este mismo Parnasillo donde se celebró el bautismo del gran escritor, donde nació "Fígaro" a la vida de las letras. Donde se le dió su célebre pseudónimo, en una palabra. El pudo sentir esa impresión de crear su nombre que apunta en su crítica de "Los Amantes de Teruel".

"Venir a aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oír decir de sí: "Es un *tal fulano*", es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco o seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar a un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle o por el Prado: "Aquel es el escritor de la comedia aplaudida", eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia a sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: "Me has creído tú inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborreceme, si quieres, pero alaba."

Había firmado sus escritos y obras con el anagrama de *Ramón Arriala*; en su primer ensayo de periodismo adoptó el de *El Duende Satírico*, y después había usado *El pobrecito Hablador*, *El Bachiller Juan Pérez de Murguía* y *Andrés Niporesas*.

No es exacta en todas sus partes la versión que da Mesonero Romanos respecto a la elección del pseudónimo de Fígaro.

"Siempre estuvimos ambos en la mejor armonía y comunicación — dice, — y tanto, que cuando a mediados de 1833 hube yo de suspender mi tarea con objeto de emprender un largo viaje al extranjero, presenté a Carnerero, director de *La Revista*, que había sustituido a las *Cartas Españolas*, al mismo Larra para que ocupase mi lugar en la parte literaria que me estaba encomendada en aquel periódico, y en su consecuencia publicó en él a los pocos días su primer artículo "Ya soy redactor".

En esto está la equivocación, la eterna equivocación de todos los contemporáneos que hablaron de "Fígaro" y que equivocaron a los demás. El primer artículo que "Fígaro" publicó en *La Revista* no fué a mediados de 1833, sino al comenzar el año, el 15 de Enero, y no fué tampoco "Ya soy redactor", sino "Mi nombre y mis propósitos."

Como necesitaba un pseudónimo, según costumbre, para firmar sus artículos y no le agradaba ninguno de los ya usados, en su ansia de una nueva vida encomendó a una Junta formada ex profeso de algunos de los amigos que se reunían en el Parnasillo la facultad de darle un pseudónimo nuevo, "expresivo y cadencioso". Muchos fueron los que le propusieron, sin que le agradase ninguno, hasta que Grimaldi pronunció el de "Fígaro". No faltó quienes lo encontrasen mal, entre ellos Mesonero, al que le parecía impropio de un escritor tan castizo y tan español el pseudónimo de invención extranjera. "Eso es lo mismo—decía—que si un francés

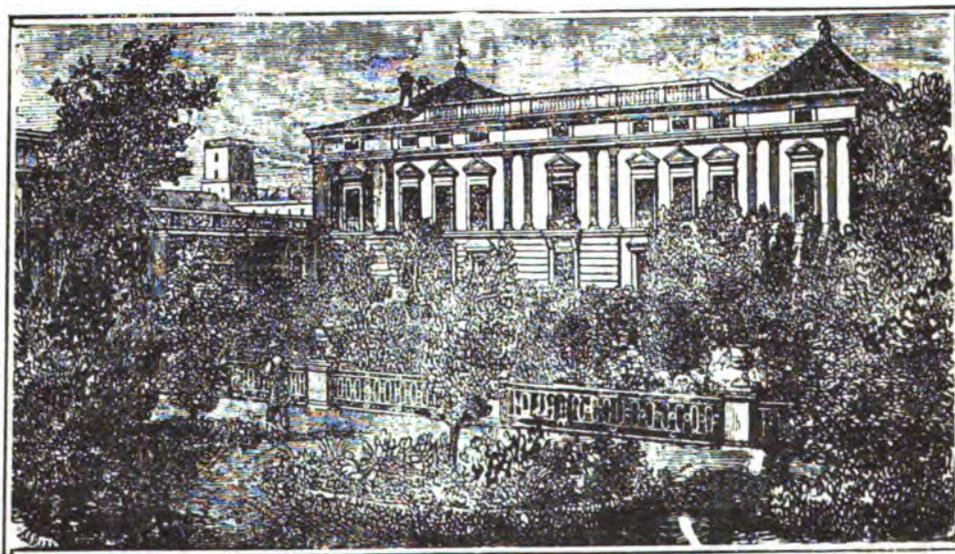
firmase Sancho Panza." Hartzzenbusch asegura, sin embargo, que "Figaro" es español, de origen catalán.

Pero a Larra le había seducido el pseudónimo del héroe de Beaumarchais, y contra todas las objeciones lo adoptó lleno de entusiasmo. "Con él—dice Mesonero—varió completamente de rumbo, y entregándose al que le marcaban los vientos reinantes y su instinto natural, se lanzó atrevidamente en el mar proceloso de la sátira política, publicando desde luego sus preciosos artículos "La Junta de Castelho Branco" y "Nadie pase sin hablar al portero", que tuvo la amabilidad de remitirme a París, a los que le contesté señalándolos como la primera etapa de la marcha triunfal que esperaba a su ingenio en el campo satírico político, donde le pronosticaba no hallar valiosa competencia." Así ha sido, aunque la intentaron Antonio María Segovia ("El Estudiante"), Santos López Peregrín ("Abenamor") y Modesto Lafuente ("Fray Gerundio").

Los motivos que le hacen amar tanto su pseudónimo, nos lo dice el mismo Figaro en su primer artículo: "Mi nombre y mis propósitos".

Después de apuntar en este artículo las dudas que surgen en su espíritu al escribir pensando si efectivamente tendrá algo que decir, y si habrá alguien que lo lea y lo comprenda, añade:

"Quedábame aún que elegir un nombre muy desconocido que no fuese el mío, por el cual supiese todo el mundo que era yo el que estos artículos escribía; porque esto de decir *yo soy fulano*, tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es y muy bueno no parecerlo. Díjome el amigo que debía de llamarme "Figaro", nombre a la par sonoro y significativo de mis hazañas, porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatán, enredador y curioso, además, si los hay. Me llamo, pues, "Figaro"; suelo hallarme en todas partes; tirando siempre de la manta y sacando a la luz del día defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir a todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que, o no dicen lo que piensan, o piensan demasiado lo que dicen."



Calle de Alcalá a la altura del Palacio del Marqués de Casa Riera

EL POETA

No reveló "Fígaro" en sus comienzos lo que había de ser después. En la vida literaria se empieza a hablar en verso. Los pueblos versifican en su infancia; los escritores suelen empezar por el verso hasta que están capacitados para escribir en prosa. No se sustrajo Larra a esta ley, y empezó a escribir en verso. La primera oda, *A la Exposición de la Industria Española* del año 1827, fué una obra demasiado débil que aun no revela el genio de "Fígaro"; pero no era peor que la mayoría de los versos de los poetas del tiempo. Veamos algunas estrofas.

Empieza cantando el triunfo de España, que enarbola el pendón de la victoria y dice:

"La Paz le tremoló desde el Olimpo
Y Minerva lo vió; confuso Marte
En su asiento tembló y entonces Jove
En la diestra el olivo cimbreando,
"Vuela, Minerva, dijo,
A la región dichosa que venciera,
Planta el vástago fértil; que sus ramos
Anuncien a la España
Que su gloria empezó, pasó mi saña"
Dice y veloz la Diosa hendiendo el aire
Cien climas atraviesa y ya domina
De Gades victoriosa las almenas,
Y en pos las ciencias y las artes fueron.
Alzóse el noble Ibero
Y del Betis al Ebro, resonaron
Las voces de Victoria; ya vencimos,
Resistiendo al tirano,
Al mundo dió el ejemplo el suelo hispano,
Minerva entonces convocó a las artes,
Sonó la hueca trompa por la Hesperia,
Y plácidos los pueblos la escucharon;
Barcino sonrió, se alegró Mantua;
Y allí, donde esforzados
Ostentaron denuedo los valientes,
Do los brazos blandieron los aceros,
Allí mismo las artes,
Vieron en los guerreros sus baluartes.

La mano que incansable combatiera
 Hoy oprime la esteva, y aquel brazo
 Que su tierra regó con sangre odiosa
 A producir con su sudor la obliga.
 Ansiosos los Iberos
 Cuál las mieses cultiva y las simientes,
 Cuál bate el metal tosco, cuál despoja
 Al animal lanudo
 Y el cuerpo cubre del mortal desnudo.
 Todo corre y se afana, y suda, y vence,
 Ya se esparcen las artes industriales,
 Y a su voz obedecen los Hesperios;
 El Valenciano astuto, el de Cantabria,
 El Catalán constante,
 El noble Castellano, el fiel Navarro,
 El fuerte Aragonés y Astur fornido,
 Y el que bebe del Betis,
 Y el que en torno incansable baña Tetis.
 Oyese al lejos el golpear continuo
 Del hierro sobre el hierro ya Vulcaño
 En grueso yunque descargando el brazo
 Tiznado hundir el hueco pavimento.
 La bulla en los talleres
 Anuncia los trabajos presurosos,
 Y la lima, la rueda y el martillo,
 Y el rechinar del horno
 Llenan de alegre ruido su contorno.

La forma clásica, las citas mitológicas, el exceso de cuidado en la perfección de la forma llenan de frialdad la composición. Todo eso son defectos de la época. Pero las primeras estrofas tienen algo de epopéicas. En la quinta hay calor y brío. En el conjunto la Oda no es tan mala como se ha dicho, y trae a la memoria el recuerdo de D. Juan Nicasio Gallego.

Después de ésta escribe una segunda Oda.

Al *Terremoto de 1829* que asoló Andalucía. Esta es más fría, porque domina en ella más la nota pesimista y la rebeldía contra el fatalismo. El primer verso es leopardiano.

"Tierra, tierra fatal a tu habitante
 Que en tu hondísimo seno,
 Al malo injusta igualas con el bueno,
 ¿Por qué cuando tirano
 El fiero domador del ancho mundo
 A dominar tus términos trajera
 Sus huestes vencedoras, y doloso
 De afrentosa opresión y servidumbre
 El grito horrible diera,
 Por qué entonces terrible de tus montes
 Oh, tierra, no moviste
 La peñascosa cumbre
 Y al agresor hundiste
 Bajo su derrocada pesadumbre?

La primera Oda le valió la felicitación de la Junta de la Exposición que en una comunicación que tengo a la vista le decía: "haber visto con particular aprecio la Oda sobre la Exposición pública de la industria española que usted le presentó y que tanto honra al mérito literario, como a los sentimientos patrióticos de su autor. El Sr. Larra, en opinión de la junta debe ocupar un lugar distinguido en el Parnaso español y continuar dando pruebas de su precoz talento en el difícilísimo ramo de la literatura, que cultiva con buen éxito; todo lo cual, por acuerdo de la junta hago saber a usted para su noticia y satisfacción. Dios guarde a usted muchos años. Madrid 1.º de Septiembre de 1828. Juan López Peñalver de la Torre, secretario".

Pero *El Correo* que veía con recelo la preponderancia de *El Duende Satírico*, primer ensayo de periodismo de Larra, arremetió contra la composición escribiendo:

"El Sr. Larra, comisionado por *El Duende* en los versos que hizo a la Exposición pública, por no entender las materias de que hablaba ha dicho cosas muy raras."

"Yo sospecho—repuso Larra en el cuaderno quinto de *El Duende*—que el señor Carnerero no había leído la Oda sino mi apellido, cuando aseguró ser mala; es decir esto, que está bien determinado a encontrarla mala cuando la lea; y, efectivamente, no se hace usted cargo; una Oda hecha por un señor que ha criticado al *Correo*, ¿cómo ha de ser buena? ¿No ve usted la incongruencia que habría de alabar un redactor al Sr. Larra? Eso se palpa. Mala, malísima, a los ojos del Sr. Carnerero; y Dios nos libre de que algún día les llegue a gustar a los Carnereros la Oda, libremente de verla alabada por ellos."

Nadie había mencionado esta polémica, más interesante que el disgusto con Bretón; que se ha comentado tanto; cuando ésta tiene mayor importancia, porque su contricante era D. José María Carnerero, que más tarde fué director y fundador de *Cartas Españolas*, convertidas luego en la *Revista Española* en la que Larra publicó sus principales artículos.

Fué en esta polémica donde "Fígaro", con su pseudónimo de *El Duende* hizo sus primeras armas en la sátira, en la cual fué invencible. Véase una ligera muestra:

"El segundo cuaderno del Duende tiene defectos; luego el Correo es bueno.

El señor Carnerero ha visto el teatro francés; luego el señor Larra no ha estado en París.

El señor Larra critica al Correo; luego es malísima su oda a la Exposición.

El Duende (pigmeo) es bajo de estatura; luego es ignorante y estudiantillo.

El Duende muda de imprentas; luego no tiene razón en criticar al Correo.

¿Qué tal, señor Carnerero? ¿Qué le parece a vuesamerced de tanta lógica como le vamos encontrando? Ya sabemos cómo debemos raciocinar, verbigracia:

El señor Carnerero es un desvergonzado; luego yo no he visto la calle de Riche-lieu.

El señor Carnerero, como tiene mal pleito, lo vocea; luego convence.

Ya se ve, si esta es la lógica que busca el señor Carnerero en toda clase de obras, ¿qué mucho que no la encuentre, si él solo la tiene toda?"

Sin embargo, pasados los años, Larra despreció su obra, porque al juzgar un drama de Díaz, dijo: "Daremos al autor un consejo que nosotros lo recibimos... a propósito de una mala oda que el demonio tentó a publicar".

Ya sabemos que esta Oda fué causa de que Vega presentase a Larra a don Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías que lo estimó mucho, y en su casa de la calle de las Rejas, en la tertulia literaria del magnate leyó "Fígaro" varias de sus composiciones entre ellas una *Anacreóntica* y la intitulada *El beso*.

Todos sus versos, excepto los que más adelante mencionamos, están escritos en esta fecha.

Todos son frescos, juveniles, sigue la moda de su tiempo, en el énfasis, las citas mitológicas, las forzadas endechas bucólicas, pero no hay pesimismo ni tristeza. Ansia de vida, de placeres, amor, fe y juventud, se encuentran en todos ellos. Hay que leerlos sin pensar que había de ser suicida el cantor.

“Hazme, platero, un vaso
cóncavo, iguai, redondo,
donde beber yo pueda
del jugo más sabroso;

del que nos den las uvas
en el templado otoño,
y sobre todo hazlo
cuanto pudieres hondo.”

Dice en una anacreóntica, y añade en otra letrilla:

“Ni me pueden
las hermosas,
envidiosas,
ya sufrir,
porque nunca
tan travieso
yo las beso
como a ti.

Mas ¿qué importa,
si reímos
y vivimos
bien los dos?
Mientras tú
besarte dejas,
guarde ovejas
el pastor.

Y entretanto que en mi vaso
o en tus labios dulce beba,
ya del rancio de Peralta,
ya sabrosa miel hiblea.

Y echa presto
bien mullido
del ejido
ese vellón;
que mis venas
va inflamando
fuego blando
del amor.

Cuando pasen
treinta abriles
juveniles
por tu tez,
pensaremos,
ya sin susto,
si es que es justo
o no lo es.

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.”

El mismo tono alegre tienen sus odas.

“Y en tanto que sus galas
y el verde primitivo
recobra el campo alegre,
hoy mustio y aterido;

Y en la estación de amores
divierto yo el oído
en canciones ligeras
de sueltos pajarillos.

Y gozo en la floresta
oloroso tomillo,
y blancas azucenas

y balsámico mirto.

.....
Ni amores de una bella
me faltan, ni un amigo,
ni una enraciada bota
ni menos falta un libro.

.....
Me tengo por dichoso
cuando el vellón mullido
recibe en su blandura
mis miembros adormidos.”

Del mismo género es esta letrilla inédita, en borrador, que he encontrado entre sus papeles, y de la cual he podido entresacar algunas estrofas:

"Copa, amigos, copa;
rebase el cristal,
que en beber lo bueno
no puede haber mal.

Aquel que no bebe
¿para qué ha nacido?
¿Le hubiera valido
mejor no nacer!

(Copa, amigos, copa, etc.)

Rueden las botellas,
viértase el Peralta;
la copa más alta
y ancha dadme a mí.

Dadme acá tintilla,
y en esa otra mano
mosto jerezano
y delante el ron.

(Copa, amigos, copa, etc.)

Y si aquí a mi lado
aquella belleza
con fuerza y terneza
pagase mi amor,
nada más al hado
cruel le pediría,
que ninguno habría
más feliz que yo.

(Copa, amigos, copa, etc.)

¡Más vino! Una cuba
a apurar me atrevo,
que mientras más bebo
quiero beber más.

Y a la frente suba
y vacile el paso.
¡Más ron, que me abraso
de amor y de sed!

(Copa, amigos, copa, etc.)

¡Ay!, mi Filis, tenme;
llega el blanco brazo,
caiga en tu regazo
si es que he de caer.

Copa aquí. La copa
quede y la beidad,
que el amor y el mosto
nunca hicieron mal.

(Copa, amigos, copa, etc.)

Otro brindis: suene
la algazara y ruido;
¿a qué hemos venido,
qué hacer sin brindar?

El corcho resuene;
bebamos, cantemos,
y alegres brindemos
al dios del lagar."

(Copa, amigos, copa, etc.)

Sus epigramas no son agrios:

"Si has de poner por justicia
a cuantos te llaman necio,
no nos pongas uno a uno;
pon, Fabio, al público entero."

Hay muchos a medio hacer entre sus notas.

"Luego que estuvo el mundo formado
y cayó de tu mano omnipotente,
Tú, con el pie empujándole, indignado,
rueda, dijiste, y sufre eternamente."

Hay este otro apunte para versificarlo:

"Ocupan el año: el otoño, el calor, el invierno, los vientos;
el hombre es joven y robusto poco tiempo, larga vejez.
Es bueno por una chispa de sensibilidad o generosidad.
Pasa la vida haciendo el mal."

¿No es esto enteramente igual a Leopardi?

Pero éstos son sin duda de su última época; en la que nos vamos ocupando, Figaro es optimista. Donde más resplandece su optimismo es en el romance que dedica al duque de Frías, pidiéndole que sea testigo de su boda y que él se case de nuevo también.

Tiene estrofas de verdadero amor, rebosantes de felicidad.

.....
 "Ya la antorcha de Himeneo
 que amor a encender acude,
 el blanco pecho de Silvia
 alegre a mis ojos luce.

.....
 Ya me brinda de Himeneo
 sonriendo alegre el numen
 del placer la ardiente copa
 para que ansioso la apure.

Ya el amor que hacer eterno

jura el lazo que nos junte,
 la joven palma de Silvia
 a su templo restituye.

Y ya sobre el ara antigua
 quiere el cielo que nos une,
 que amante y esposo a un tiempo
 constancia eterna le jure.

Mas no la vid amorosa
 al cielo enlazada sube,
 sin que del olmo robusto
 la alta firmeza la impulse."

Escribe también, con motivo de sus días, a D. Manuel Valera, comisario apostólico general de las tres gracias: Cruzadas, Subsidio y Excusado, caballero de Carlos III, arcediano de Madrid y académico, que a pesar de estos severos cargos era un hombre artista, nada ascético, de ameno trato y amigo de conversar con las damas, simpático y arrogante, que adornaba su traje sacerdotal con pieles y rasos, los cuales le daban el aspecto de una figura de otra época, y del que ha dejado un bello retrato Gutiérrez de la Vega.

Este señor, muy amante de las Bellas Artes y de los artistas, fué el protector de casi todos sus paisanos gallegos y buen amigo de Espronceda, Pastor Díaz y Larra, al que distinguía mucho. Este, agradecido, proclama su gratitud al final de la composición que le dedica, diciendo noblemente:

"Con letras de vivo fuego
 en mi pecho a tu memoria,
 grabara tu nombre ilustre
 la gratitud ardorosa."

Se ha dicho que no era puramente platónica esta profesión y que Valera y el duque de Frías ayudaban a Larra, que atravesaba una situación difícil, en los primeros tiempos de su matrimonio. En sus discursos inserta el marqués de Molíns un soneto de Larra a Valera, por el que parece que éste atendía a las necesidades de Larra. He aquí el soneto:

"Por tu vida, señor, que no hay paciencia
 Para sufrir que pueda un año entero
 Estorbar un sayón, bárbaro y fiero,
 Que quien tanto me da me dé una audiencia.
 Bien haya de Pitágoras la ciencia;
 Pues me doy a entender que a tu portero
 Ha transmigrado el alma del Cerbero.
 Según desflende y guarda a tu excelencia.
 O a la ciudad excelsa de Soffa
 Para guardar su harén recomendado
 A Mohamud a tu portero envía,

O empenáte con él porque, apiadado,
Se digne conceder tan sólo un día
Que pueda entrar a verte un desdichado."



Lechuguinos filarmónicos.

(Colección F. Boix.)

¿Podrá creerse que este soneto es de Larra? No lo encuentro de acuerdo con su carácter y su modo de producirse. Al acabar de leer este libro, no creo que haya nadie capaz de dar fe a una sola palabra de Molíns. En todo caso, el soneto irónico y festivo no se puede interpretar como lo hace Molíns. Ni Larra empleó la palabra *desdichado* como un miserable hambriento, ni el decir *que el que tanto me da* significa que fuese apoyo material. No tiene nada de extraño que en algunos momentos de su vida Larra, recién casado y empezando a luchar, necesitase algún auxilio, más de protección que de dinero; pero está lejos de la *piadosa* interpretación de Molíns. He visto el cuaderno en que Larra copió todos sus versos, y ese soneto no figura entre ellos.

Cuando Rossini estuvo en Madrid, todos lo obsequiaron a porfía; una noche, Valera invitó a Rossini al mismo tiempo que el ilustre maestro recibía otra invitación de un ministro. En la necesidad de elegir dió la preferencia a Valera, y como alguien le preguntara la razón, el gran artista, que gustaba de las telas brillantes, de la esencia de rosa y de los goces de la vida, contestó:

—Porque en ninguna parte se come tan bien como en casa de los curas.

Valera dió un banquete y velada musical suntuosas, a los cuales estuvo invitado "Fígaro", que escribió unos versos en honor de Rossini, los cuales entregó al ilustre músico, por cuya razón no se han impreso ni se conocen. De aquella fiesta nació el *Stabat Mater*, que dedicó Rossini a Valera, y del cual se estrenaron algunos números aquel año en San Felipe el Real, dirigidos por el mismo Rossini, que por cierto amaba mucho a España, patria de su esposa Isabel Colbran, hermana de la madre de Julia Espín, que fué la romántica musa de Bécquer. En este viaje hizo el maestro italiano su *Passeggiata*, la bella y célebre canción que dedicó a la reina Cristina.

Que no se tenía en poco a Larra como poeta, lo prueba el que fuese uno de los ingenios que figuraron en la corona poética de la duquesa de Frías, doña María de la Piedad Roca de Togores, segunda esposa del duque, y en qué estima lo tenía el duque—su testigo de boda,—se ve en que la poesía de Larra es la que va al frente de la obra, después de la del duque, "El llanto conyugal", a pesar de que en ella figuran Martínez de la Rosa, Juan Gallego, Eugenio de Tapia, Ramón López Soler, Alberto Lista, Manuel José Quintana, Ventura de la Vega, Donoso Cortés, el duque de Rivas, Diego Colón, Manuel María Cambronero y Arriaza. La obra, lujosamente editada en papel de hilo, termina con un soneto, *Gratulatorio*, del duque.

Ya es sabido que las composiciones de Lista y Gallego son dos verdaderas joyas.

Su tío nos dice que se contaba siempre con Larra para los versos que se repartían al público en circunstancias solemnes. Si así fué en un principio pronto reaccionó, porque en su epístola *Contra los malos versos de circunstancias*, va contra esa costumbre y execra a los poetas que se someten a ella:

“¿Versos al que en la cuna bñmbonea?
 ¿Y al que vive más versos y al que muere?...
 ¡Mal haya quien los haga y quien los lea!
 Yo quiero por mi parte, si acudiere
 A importunar al Dios que nos inspira,
 Para versos que un necio me pidiere,
 Que airado el numen de la torpe lira
 Rompa las cuerdas que mi indigna vena
 Vendiere a la lisonja o la mentira.
 Y contento seré si en justa pena
 De la verdad hollada que desdeño,
 A que nunca la diga me condena.

Consiento en que, mirándome con ceño
 La musa airada que mi fuego aviva,
 Mis versos den, a quien los viere, sueño.
 Quiero, en fin, que por pena me prescriba
 Un moderno Calígula, en mi mengua,
 Que aquellos versos que adulando escriba,
 Borre yo mismo con mi propia lengua."

Esta epístola, como la escrita poco antes intitulada *Sátira contra la Corte*, y no *Sátira contra los vicios de la Corte*, como la han titulado después los recopiladores, tiene escaso mérito. Se sostiene por la sinceridad y la fuerza, que hubieran podido hacer de ellas dos bellos artículos de prosa.

El siguiente fragmento de la *Sátira contra la Corte* nos muestra la constancia con que, lo mismo en verso que en prosa, Larra satiriza siempre los mismos vicios y defectos:

"Mal haya para siempre el torpe suelo
 Donde el pícaro sólo hace fortuna;
 Donde vive el honrado en desconsuelo;
 Donde es culpa el saber; donde importuna
 La ciencia, y donde el genio perseguido
 Ahogados mueren en su propia cuna;
 Donde no es otro mérito atendido
 Que el oro; donde al mísero atropella
 El coche de un bribón vano y henchido;
 Donde en millones nada, por su estrella,
 Quien al pueblo los roba desangrado
 En un destino que le dió una bella;
 Donde al ciento por ciento da prestado,
 Sin que nadie lo mate, un usurero,
 Y vive rico, alegre y respetado;
 Donde el abate, aquel farandulero
 Que mudó de opinión cual de camisa,
 Lleva su moza al Prado de bracero;
 Donde marcha la faz bañada en risa,
 El crimen descarado, alta la frente,
 Corrompiendo el terreno por do pisa...

 Viva en la corte el que aguantarle sabe,
 Y el que de embrollos gusta y de bullicio,
 Viva en la corte, y que la corte alabe."

Pero los versos que más se han divulgado de Larra y contribuyen más a su fama de mal poeta, son precisamente los versos de circunstancias que escribió *Al casamiento del Rey D. Fernando VII* y con motivo de hallarse encinta doña Cristina.

No fué él sólo el que escribió con este tema versos que el asunto había de hacer, forzosamente, aún más ramplones y vulgares.

Fué una esperanza para los liberales aquel casamiento que iba a dulcificar los rigores del absolutismo, aunque, como en todas las cosas de Fernando VII siempre surgía el engaño, no tuvo verdadera confirmación, porque al año siguiente, 1830, a pesar de la influencia de la Reina, tuvo lugar la ensañada persecución contra los



Doña María Cristina de Borbón.

hubo un verdadero diluvio de canciones epitalámicas *A la Perlita de Nápoles*, *Al Iris de Paz*, etc. De los conocidos no faltó ningún vate. Quintana, Gallego, el duque de Frías, Arriaza, Durán, Vega, Espronceda, Bretón, Alonso, Gil y Zárate, Burgos... Todos. ¿Qué de extraño tiene que Larra cantase como todos y tan mal como la mayoría en esta ocasión?

No era difícil a los poetas cantar a María Cristina; era bella, graciosa, de carácter franco, muy artista y cautivó desde luego al pueblo que le profesó gran simpatía. Como el día que entró en Madrid vestía sombrero con plumas blancas y traje azul celeste, todas las damas adoptaron para sus trajes este color, que se llamó *azul Cristina*. Los absolutistas miraban con miedo a la Reina, la cual decían que era francmasona, y los liberales con entusiasmo.

Larra escribió una Oda al casamiento del Rey que no se imprimió, y que no se cono-

liberales, en la que murieron Chapalanga, Mariana Pineda, Torrijos con sus cincuenta y dos compañeros y tantos otros.

Pero el entusiasmo que produjo la boda fué grande y más grande aún el que causó la noticia de hallarse la Reina en vísperas de dar un sucesor a su amado esposo. No hubo vate que no empuñase la lira. El Rey se complacía en que cantasen a Cristina, hasta el punto de que echando de menos la voz de Quintana en aquel concierto de alabanzas llamó a su ministro Ballesteros y le dijo:—"Procura arreglar de manera que sepa Quintana que yo deseo que haga escuchar sus poesías en obsequio de la Reina." Habiendo complacido el poeta al Monarca se le levantó el destierro y pudo volver a la Corte donde le señalaron una pensión. Lo mismo sucedió al duque de Frías, que también estaba desterrado y a algunos otros. Así



Mariana Pineda.

cía, pero que yo he encontrado entre sus papeles. La portada escrita con su más esmerada letra dice:

AL ENLACE DE S. M. EL SR. D. FERNANDO VII
CON LA
SERENÍSIMA SEÑORA PRINCESA DE LAS DOS SICILIAS, DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN.

Al denso velo de la niebla fría
Sus rayos esconder abrasadores
Pudo el inmenso luminar del día;
Nunca empero apagarse. Al blando lecho
Si de la hermosa Tetis baja y se hunde,
De su pálida frente la diadema
De fuego desceñida
Con nuevo ardor, con brillo más glorioso
Es por tornar más grande y majestuoso.
Tampoco las naciones,
Que de las altas manos del Eterno
A dominar a las demás salieron,
Por siempre se oscurecen.
Cuando a la sombra del laurel durmieron
Sabien del sueño despertar más grandes,
Si ante el coloso del Poder de Roma
Tanto Grecia calló, fué para, un tiempo
Entre las palmas de la fe cristiana,
Nuevas almas creando esclarecidas,
Alzarse más heroica, más galana;
Fué por tornar a producir Leonidas.

¡Cuánto más alta España te elevaste!
Cuando al orbe en esfuerzo soberano
Leyes dictaba tu arrogante imperio,
No como Grecia y Roma descansaste.
Ambiciosa de glorias
Fuiste otro mundo a descubrir lejano
Para más conquistar. Otro hemisferio,
Muy más allá de do pusieron todos
Término a sus victorias,
Un mundo nuevo para ti nació
Que al mundo antiguo tu poder decía

.....

Está toda completa y hay un bello recuento de todas las glorias de España. Acaba con un diálogo en el que toman parte el Tajo, las Ninfas, la Lealtad, la Gloria y España y hay en toda un verdadero entusiasmo por Cristina que simboliza para él la Libertad.

Ya sabemos que publicó una octava con el mismo tema del casamiento:

Bastante tiempo ¡oh Rey! la refulgente
Antorcha de Himeneo ardiste en vano,
Y un sucesor al trono inútilmente
Esperó de tres reinas el hispano.

Sí, salud a Cristina que esplendente,
 Vino a partir tu solio soberano
 Que ella es, Fernando, la que al trono ibero
 Dos veces asegura un heredero.

Y un soneto "Con motivo de hallarse encinta nuestra muy amada reina Doña María Cristina de Borbón".

Guarda ya el seno de Cristina hermosa
 Vástago incierto de alta dinastía,
 Y ya la patria conocer ansía
 De quién ha de ser madre cariñosa.
 Tú, amor, que al pie del ara religiosa
 A los esposos enlazaste un día,
 Recuerda que el ibero te pedía
 Directa sucesión, larga y dichosa.
 Y hoy que anuncia el alegre clamoreo
 El don feliz, que esperando queda
 Sirve también al general desec.
 Tú, desde ahora, sobre el regio fruto
 Vela incesante, porque España pueda
 Rendirle pronto de tu fe tributo.

Otro soneto a Cristina lleno de entusiasmo:

Salve, Infanta Real, por quien confía
 Ver su esplendor España recobrado
 Y en quien promete el cielo que hermanado
 Será el poder de la hermosura un día.
 No ambicionaba más la patria mía,
 Que mal un pueblo de héroes anegado
 Sólo amar y vencer, don tanpreciado,
 Tan gran favor desconocer podía.
 Yo que adorando vivo la belleza,
 El primero en tu honor el aura hendiendo
 Haré sonar mi lira jubilosa,
 Que es gloria el rendimiento y no flaqueza,
 Y es dichoso el que puede obedeciendo
 Obedecer al menos a una hermosa.

Esta época es la época de la felicidad de Larra, la época en que brota su poesía. De esta época debe ser el drama "Fernán González. La "Sátira contra la Corte" y la "Sátira contra los malos versos de circunstancias" son de 1832. No se asigna fecha a la poesía *A una hermosa que dió en hacer buenos versos*; es una composición que debió escribir en 1834, es muy interesante, porque no me cabe duda de que está dedicada a la mujer por cuyo amor puso fin a su vida. En 1834 escribe en verso el *Macías*, del que nos ocuparemos al tratar de su teatro. Luego aparece la poesía al *Primero de Mayo*, que me inclino a creer de 1835. La última es *Recuerdos*, escrita en Lisboa en 1835.

He encontrado dos borradores de la poesía *A una Hermosa*.

El primero, cuyo cliché doy aquí, aparece en una tarjeta, a cuya espalda se ha escrito el reparto de una obra teatral. Está escrita con lápiz, improvisada segura-

mente, y lleva una inicial que no deja lugar a dudas aunque la sigan las discretas tres cruces.

a D... ..

¿No te bastan los rayos de tus ojos
de tu mejilla la purpúrea rosa,
La planta breve, la cintura airosa,
Ni el dulce encanto de tus labios rojos?
¿Ni el seno que a Ciprina diera enojos
Ni esa tu esquiva condición de esposa!
Que también nuestras armas victoriosa
Coges para rendir nuevos despojos?
¿O a celebrar de tantos amadores,
Ingrata, el fin acerbo te previenes
Que a mano morirán de tus rigores?
Y que a tus plantas nuestras almas tienes,
Déjanos lira celestial
Para cantar siquiera tus desdenes.

(Facsimil de la poesía escrita a lápiz a Dolores.)

A D... ..

¿No te bastan los rayos de tus ojos,
De tu mejilla la purpúrea rosa,
La planta breve, la cintura airosa
Ni el dulce encanto de tus labios rojos?
¿Ni el seno que a Ciprina diera enojos
Ni esa tu esquiva condición de esposa
Que también nuestras armas victoriosa
Coges para rendir nuevos despojos?
¿O a celebrar de tantos amadores,
Ingrata, el fin acerbo, te previenes,
Que a mano morirán de tus rigores?
Y que a tus plantas nuestras almas tienes
Déjanos lira, celestial...
Para cantar siquiera tus desdenes.

Los puntos suspensivos cubren el lugar donde debiera ir el nombre DOLORÉS, que rima con rigores,

Luego Larra copió esta poesía y la cambió para publicarla en la forma en que aparece en el otro grabado, que es como está inserta en la edición de Montaner.

Tiene la particularidad de que en esa edición de Montaner y Simón, con un respeto digno de elogio hacia el autor, falta la cuarta palabra del segundo verso del primer terceto que reconstruyéndola entre estos dos borradores es *acerbo*.

Dice así:

*A una Alama que di en hazer bucos
 → Ulan*

*No te bastan los rayos de tus ojos,
 de tu mejilla la purpúrea rosa,
 la planta breve, la cintura airosa,
 ni el dulce encanto de tus labios rojos?
 Ni el ^{seno} seno que a Ciprina diera enojos,
 ni esa tu esquivada condición de esposa,
 que también nuestras armas, Nise hermosa,
 coges para rendir nuevos despojos?*

*¿A celebrar de tantos amadores,
 ingrata el fin de tantos rigores,
 que a mano morirán de tus rigores?
 Ya que en tus redes nuestras almas tienes,
 la lira dejanos; ya que no amores,
 para cantar al menos tus desdenes,*

(Segundo borrador de la poesía a Dolores.)

¿No te bastan los rayos de tus ojos,
 De tu mejilla la purpúrea rosa,
 La planta breve, la cintura airosa
 Ni el dulce encanto de tus labios rojos?
 ¿Ni el seno que a Ciprina diera enojos
 Ni esa tu esquivada condición de esposa
 Que también nuestras armas, Nise hermosa,
 Coges para rendir nuevos despojos?
 ¿A celebrar de tantos amadores
 Ingrata el fin te previenes
 Que a mano morirán de tus rigores?
 Ya que en tus redes nuestras almas tienes
 La lira dejanos, ya que no amores,
 Para cantar al menos tus desdenes.

Esta poesía, tal como aparece en la edición de Montaner y Simón.

Los cambios que se vió obligado a hacer para quitar el nombre de *Dolores* hacen más débil esta poesía después de corregida, que en la forma primitiva.

El título a *Una Hermosa que dió en hacer buenos versos*, ha extraviado a la crítica, y hubo hombres ilustres como el Sr. Cotarelo que creyeron que se trataba de la poetisa doña Manuela Cambrero. Así aseguraba el ilustre crítico que había "leído impresas dos novelitas de la amada de "Fígaro" delicadamente sentidas y expresadas y varias poesías llenas de idealismo elevado." Así lo admitimos también D. Ismael Sánchez y yo en las críticas que insertamos en *Diario Universal* y en *Heraldo de Madrid*, respectivamente. Pero las pruebas que exhibo demuestran que esto

A una ramera que tomabas asortijos

Soneto

¿Porque, Dicha, trabajas de continuo,
Y sofocada yaces sudorosa,
Si con pesada carga fatigosa
Siempre estás empezando tu camino
¿Cuál das a tu labor hondo destino.
¿Que nunca de ella se trasluce cosa?
¿En que pozos insondables cuidadora
Escudes tanto que te dan sin tino?
¿Porque ^{siempre} ~~tenes~~ tus ojos centellantes
Me llaman al trabajo, si a porfía
Después deshaces lo que hicieras antes?
Así tambien de noche deshacia,
Por frustrar Penélope a sus amantes,
La tela que labraba por el día

M. 1922

no es cierto; la amada de "Fígaro" fué doña Dolores Armijo, no doña Manuela Cambronero, de la que he leído las obras citadas por el Sr. Cotarelo, que tuvo la amabilidad de facilitármelas. Esta señora nada tiene de común con la amada del poeta, y los datos que existen de ella me los ha proporcionado el culto escritor D. Eduardo Martín de la Cámara, y son como sigue:

"Cambronero de la Peña (María), escritora gallega. No la citan Carré Aldao (La literatura gallega en el siglo XIX, 1903, Coruña, ni Parada (Escritoras y eruditas españolas, Madrid, 1881), Ossorio y Bernard (Apuntes para un Diccionario de escritoras españolas del siglo XIX) la hace vallisoletana, erróneamente. Criado (Literatas españolas del siglo XIX, Madrid, 1889). Sólo trae la referencia de dos obras de la Cambronero, Pérez de Guzmán (Cancionero de la Rosa, Madrid, 1891-92) afirma que colaboró en *El Serrano*, periódico de Ronda. El retrato de esta autora la trae su colección *Días de convalecencias* que acaso tenga la Biblioteca Nacional."

Juan Bautista Alonso habla también de las aficiones literarias de Dolores Armijo en los versos que le dedica; pero sin duda no llegaron a imprimirse las poesías de esta señora.

En la colección de versos de Larra hecha por Montaner y Simón, faltan la oda, que he hallado, al casamiento de Fernando VII y la composición dedicada a Rossini, que no se conoce; el soneto a María Cristina, la oda a la Exposición, la elegía a la muerte de la duquesa de Frías y los recuerdos. Falta también el soneto dedicado a Válera, inserto por Molíns, soneto que sigo creyendo apócrifo. En sus papeles he encontrado el borrador de todos los versos citados, excepto los dedicados a Rossini y el que cita Molíns. He hallado también los dos originales del soneto a Dolores y el soneto que reproduzco fotografiado y otro soneto y tres letrillas inéditas que doy a continuación insertas en este capítulo. He encontrado además fragmentos de poemas y de versos en borrador difíciles de interpretar.

Hay un poema del Amor y Psiquis, de cuyas cuartillas inéditas doy los siguientes fragmentos:

"Un palacio de jaspes excelente
en Italia magnífico se esconde,
que fabricó el Amor independiente
y a su autor en grandeza corresponde.

Profanado jamás de humana gente,
dulce mansión y habitación en donde,
con el bien con que a tantos galardona,
Psiquis al propio Dios premia y corona.

Allí de Psiquis en los tiernos brazos
duerme el amor que la rindió cansada,
de cien rudos dulcísimos abrazos
de placer la mejilla sonrosada;
forman sus cuerpos elegantes lazos,
la pierna con la pierna está cruzada,
pecho con pecho; en uno confundidos
los dos alientos de ambos embebidos.

Así como un artífice extremado
suele engastar en oro piedra fina
quedando presa en el metal labrado
rubio granate o perla o cornalina,
y cual suele fundir, ya liquidado,
un metal con el otro, que se inclina

cualquier curioso que lo ve importuno
a apostar que allí no ve más que uno."

APUNTE

"Es para con tu patria
cada oprobioso vencimiento, un crimen;
cada grande victoria, un atentado
contra los pueblos que vencidos gimen."

(Pensamiento que Leibnitz dijo a Carlos XII acerca de los conquistadores.)

(*Es curioso también y también picaresco como el reproducido en fotograbado este otro soneto inédito.*)

SONETO

"¿No te basta el tener bizcos los ojos,
ni esa cara vinagre y legañosa,
la ancha joroba, el tufo a caparrosa
que a ratos sale de tus labios rojos?
¿Ni te basta el llevar ambos pies cojos,
ni el ser, cual dicen, madre antes que esposa,
que además sabihonda y jactanciosa
de pedante también sufres antojos?
Para ahuyentar del todo a los amores
¿un alma igual al cuerpo nos previenes?
No juntes de una vez tantos rigores.
O tápate esa boca por do vienes
de tu ingenio a mostrar incultas flores,
o cúbrete, visión, la faz que tienes."

LETRILLA (*Inédita*).

El rompimiento.

"Quieres, Fili,- ingrata,
conmigo reñir;
ni ya tu inconstancia
cubres con ardíd.

A Lisardo guardas,
dueño del redil,
las tiernas finezas
de que dueño fui.

Pues bien, anda, Fili,
quíerele sin fin,
que es mejor por Celia
cien veces morir.

Toma ya tu anillo

y el rojo rubí,
que de amor en prenda
acepté de ti.

Y esos tus cabellos
que en rizo gentil,
mil veces, ingrata,
de besos cubrí.

Y tú mi cayado
devuélveme a mí
y las dulces horas
que en tu amor perdí.

Y pues quieres, Fili,
conmigo reñir,
devuélveme el beso
que hoy mismo te di."

Junio, 1829.

LETRILLA (*Inédita*).

"Que es forzoso que cada hombre
por evitar confusión,
tenga en este mundo un nombre
y se llame Juan o Antón
u otro nombre de esta laya,
vaya.

Mas que cosa de importancia
sea el llamarse así o asá
y el tener la alcurnia rancia
o hacia estos tiempos vecina,
y el ser Quirós o Vidal,
eso es harina
de otro costal.

Que de puro enamorado
con mujer pobre y bonita,
un hombre pobre arrojado
sin temer la hambre maldita
locamente se nos case,
pase.

Mas que sude y su trabajo
le sirva para comprar
cada día un arrendajo
a su hermosa Mesalina
que le olvida por Pascual,
eso es harina
de otro costal.

Que el ladrón que malamente
mató a alguno sin clemencia
y el que calumnia al ausente
muera en la horca por sentencia
y al que vive de lo ajeno,
bueno.

Pero que por sólo idea
y pensar yo así o asá
alorcado también me vea
como el otro que asesina,
sin yo hacer a nadie mal,
eso es harina
de otro costal."

Hay que tener en cuenta que estos son versos sin corregir, que el autor no pensaba publicar sin pulir antes, y se hace preciso disculpar sus defectos.

Así y todo, tienen estos versos un encanto, una seducción particulares que se halla en toda la obra de Figaro. Una fuerza de simpatía. Se ve en la letrilla un deseo innovador, y en todos los ensayos se acusan detalles de un talento poderoso. Prosista sin par, Figaro hubiera acabado por domar al ritmo rebelde para ser un gran poeta. No hay que olvidar que son casi todas poesías escritas por un niño, un joven de veinte años, excepto las últimas, ya más perfectas por cierto.

Además, Larra siente pesar sobre sí mismo la influencia del medio. En la crítica que hace de las poesías de Alonso, pinta el triste cuadro del atraso general de la literatura y la poesía en España, y dice:

"Mal pudiéramos, por otra parte, acriminar a nadie de seguir demasiado estrictamente el camino más trillado; no todos tienen espíritu suficiente para sacudir la cadena de la rutina; ni la antigua escuela que nos abrumba aún por todas partes con su acompasada monotonía, nos permite otra cosa. Antes de inventar nos es forzoso olvidar."

La misma idea de la influencia del ambiente se halla en su precioso artículo de *El Pobrecito Hablador*. "No se escribe porque no se lee, o no se lee porque no se escribe."

Dice:

"Si me preguntas por qué me entrometo yo también en embadurnar papel, sin saber más que otros, te recordaré aquello de "donde quiera que fueres, haz lo que vieres". Así, si fuese a país de cojos, pierna de palo me pondría; y ya que en país de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor quiero y debo, y no puedo menos de ser, pues ni es justo singularizarme, y que me señalen con el dedo por las calles, ni depende además del libre albedrío de cada uno el no contagiarse en una epidemia general. Ni a nadie hagas cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse a andar quien nace sin pies, o los trae trabados desde el nacer.

"Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto

a los demás, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa menos; así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es el orgullo de los hombres, que nos pone a todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dónde vamos.”

Tan poderosas eran estas influencias, que Larra, que había vencido a todos los atavismos, que los había arrojado de su cerebro, que los había humillado con su prosa, que había emancipado su pensamiento, no pudo libertar de ellos ni su poesía ni su corazón.



Palacio de las Cortes, en la Plaza de Santa Catalina.

(Colección Félix Boix.)

EL DRAMATURGO

La obra dramática de Larra tiene más importancia por ser suya que por su propio mérito. Larra veía el teatro de un modo distinto a como lo veían sus contemporáneos, deseaba emprender una senda nueva, pero todo lo que nos ha dejado no son más que intentos, obra de juventud, ensayos, que no llegaron a madurar porque en su vida breve no hubo tiempo de que se desarrollase.

El teatro en aquella época de decadencia se alimentaba de continuas traducciones y escasas y malas obras originales, hasta el momento en que aparecen García Gutiérrez, el duque de Rivas y Hartzenbuch. No era la vocación de Larra el teatro. Un buen crítico teatral no puede ser buen autor dramático. El autor dramático necesita ser un poco iluso, no ver con demasiada claridad el mecanismo que mueve los muñecos; creer en los actores y en el público, y un crítico como Larra, que ve cuanto hay de falso, de pobre, de engañoso y de efectista en el teatro carece de la fe necesaria para hacer comedias.

Respecto a la parte material podemos ver lo que eran los teatros por la descripción que nos hace Mendigorría:

“Luces macilentas de aceite que lo dejaban todo en la penumbra y despedían olor insoportable. Palcos estrechísimos, mal pintados, mal decorados y pésimamente alumbrados, a los cuales no podían asistir las damas con vestidos medianamente ricos por temor de mancharlos con polvo y aceite; una cazuela destinada exclusivamente a las señoras, con sólo bancos de madera sin respaldo, sobre los cuales cada una ponía almohadones expresamente traídos para ese objeto de su casa; lunetas de taflete, rotas, mugrientas y desvencijadas, cuando no totalmente reventadas y descubriendo el pelote; emanaciones pestilenciales procedentes de las galerías contiguas; densa y constante atmósfera de humo; frío en el invierno hasta el punto de que los espectadores asistieran a la representación cuidadosamente envueltos en sus capas; calor asfixiante en el verano por la falta de ventilación conveniente; empleados y acomodadores que se llamaban *aplastadores* porque prensaban a las damas, cuyos huecos vestidos ocupaban demasiado sitio, groseros que había que tratar a bastonazos bastantes veces; y como complemento a este cuadro un público poco culto todavía, cuyas manifestaciones eran violentísimas siempre y sobre cuya educación y cortesía me bastará recordar el hecho acaecido en el teatro de la Cruz, una noche en la que por haber siseado las señoras de la *cazuela* a una cantante muy guapa durante la representación, confabularon los hombres, colocándose a la puerta de aquel departamento formando calle, y a la salida propinaron a las confusas damas, según iban pasando, la silba más espantosa de que se tiene idea.”

En el teatro del Príncipe había un balconcillo oculto en el hueco que sirve de ventilador frente al escenario, que se llamaba el *balconcillo de los frailes*, porque allí subían algunos frailes que veían la representación sin ser vistos del público y tomaban durante ella grandes pocillos de chocolate.

Estos teatros producían poco. El de la Cruz era capaz para 1.318 personas, y un lleno producía 10.037 reales. El del Príncipe era aún más pequeño, sólo cabían 1.236 personas y no producía el lleno más que 9.669 reales. Los precios de las localidades en aquel tiempo eran:

Palcos bajos, 64 reales.—Principales, 60.—Segundos, 48.—Por asientos, 10 la delantera; los demás, 8.—Lunetas principales, 12.—Segundos, 8 y 6.—Asientos de patio, 4.—Sillones, 11 y 10.—Galerías, 8 y 6.—Tertulia delantera, 8.—Demás asientos, 4.—Cazuela para mujeres, 8, 6, 5 y 4 ½ reales.

Todo con aumento de dos cuartos por billete, como impuesto de beneficencia.

Ya es sabido que los dos sexos sólo podían reunirse en el teatro en los palcos por asientos.

Además los pobres teatros se cerraban arbitrariamente cuando ocurría algún contratiempo a la familia real, como sucedió el 18 de Septiembre de 1832 en que se suspendieron las funciones por enfermedad del Rey, hasta el 20 de Octubre, y luego después con ocasión de su muerte sin tener en cuenta los perjuicios que se ocasionaban.

María Cristina accedió a que se pagase a los actores la mitad de su sueldo en estas circunstancias. Aunque habían ganado en consideración, con respecto a tiempos anteriores, aún se los miraba como gentes inferiores, a pesar de haber tenido un Máiquez, y esto lo prueba la anécdota que apuntamos a propósito de la presencia de Valero en el baile del Café

Solís. Formaban aún un mundo aparte que se reunía en el mentidero de comediantes, en la Plaza de Santa Ana, a la puerta del Café Venecia. No podían alejarse del lugar donde vivían, aun no teniendo contrata, y Guzmán puso en un compromiso serio a Grimaldi por haberse ido de campo con unos amigos en el preciso momento en que Fernando VII quería ver una obra.

En 2 de Abril de 1833 el Director del Real Conservatorio de Música de María Cristina dirigió una proposición a la Comisión de teatros para que pudiera ponerse *Don* a los actores Carlos Latorre y José Luna en los carteles. Por cierto que la Comisión contestó que no podía acceder porque nada había dispuesto el Ayuntamiento; pero desde entonces se lo pusieron y siguieron usándolo.

En estas circunstancias sin un empresario como Grimaldi no hubiera existido nuestro teatro. Don Juan Grimaldi no era español; había venido el 1823 formando parte del ejército del duque de Angulema, y el amor lo retuvo en España, donde se casó con la gran actriz Concepción Rodríguez. Por cierto, que ésta pudo decir con



Doña Concepción Rodríguez.

razón que su marido le había caído del cielo, porque, a causa del hundimiento del segundo piso de la casa número 11 de la calle del Príncipe, donde vivía Grimaldi, vino éste a caer, magullado y dolorido en la misma habitación de la artista que ocupaba el piso principal. Este encuentro despertó un mutuo amor, se casaron en 1825 y Grimaldi se quedó en España, hasta que después siguió a la familia real a Francia.

Con un gran conocimiento del teatro y del público, Grimaldi tradujo *Pied de Mouton*, de Mr. Martenville, con el título de *La Pata de Cabra*, obra que aún sigue representándose con aplauso y que alcanzó en su tiempo 123 representaciones y produjo desde 1829 a 1833 la suma de 965.876 reales y 6 maravedises. Zorrilla cuenta en sus Memorias cómo en aquel tiempo, en el que no se podía viajar de una provincia a otra sin pasaporte y motivo justificado, el pretexto para poder venir a Madrid era el de ver *La Pata de Cabra*, y al gracioso Guzmán que hacía de *D. Simplicio de Bobadilla Majaderano Cabeza de Buey*, y se visaron 72.000 pasaportes con este objeto.

"Fígaro" fué llevado al teatro por Grimaldi, que realmente hizo mucho en favor de los ingenios españoles y por el desenvolvimiento de nuestro arte, en una época en la que imperaba el despotismo que ahogaba todas las manifestaciones de la vida española.

Que "Fígaro" pagó siempre lealmente esta protección que él mismo confiesa haber recibido lo vemos en la carta que para probar su consecuencia en amistad publicamos en el capítulo *Larra y Bretón*, en la que dice, refiriéndose a Grimaldi:

"Como director de escena le he debido no pocas atenciones, a él le debí que mis primeros ensayos, buenos o malos, viesan la luz, y que el drama titulado *Macías*, al que yo daba toda la importancia que un autor da a sus obras fuese representado y ensayado con esmero singular."

Fué, pues, por instancia de Grimaldi por lo que "Fígaro" dió al teatro su comedia en cinco actos *No más mostrador*, que se estrenó en el teatro de la Cruz en 29 de Abril de 1831, y que como hay dos ediciones impresas, algunos han creído que se estrenó en 1836.

Fígaro dió esta obra como original, pero estaba inspirada en el *Adieux au comptoir*, de Scribe y Leguive, y esto hizo que se la creyese traducida. De todas estas dudas viene a sacarnos el mismo autor con el artículo que insertó en *La Revista Española* en 23 de Marzo de 1834 y que no estaba coleccionado, con el título de *Vindicación*.

"En el *Diario de Comercio* de ayer 22, he visto bajo el epígrafe Variedades, y con la firma del Amigo de la Verdad, un artículo benévolo que escribe contra el señor Larra alguno que no debe ser menos amigo suyo que de la verdad. Redúcese el artículo a decir que la comedia titulada *No más mostrador* no es original sino una traducción de *Les adieux au comptoir*, de Scribe. Como yo y el Sr. de Larra somos uno mismo, no creo inoportuno insertar los siguientes renglones:

Deseando probar mis fuerzas en el arte dramático hace algunos años, y a la sazón que buscaba asunto para una comedia, cayó en mis manos aquel *vaudeville* en un *acto corto* de Scribe. Presumiendo por mis limitados conocimientos que no podría ser de ningún efecto en los teatros de Madrid, apoderéme de la idea, y haciéndola mía por derecho de conquista, escribí el *No más mostrador*, en cinco actos largos; hice más: habiendo encontrado en Scribe dos o tres escenas que desconfié de escribir mejor, las aproveché, llevado también de la poca importancia que en mi cuadro iban a tener. Yo no sé si esto se puede hacer, lo que sé es que yo lo he hecho. Dióse la comedia en cinco actos, traducida literalmente, según el amigo de la verdad, de la comedia en un acto, y tuvo la buena suerte de agradar.

De allí a poco esparcieron algunos amigos más la voz de que era una traducción; pero, como nadie lo escribió nunca, no tuve ocasión de responder; de suerte que hoy sólo puedo estar agradecido al amigo de la verdad y más, que me pone en la ventajosa posibilidad de defenderme, inútilmente anhelada por tanto tiempo.

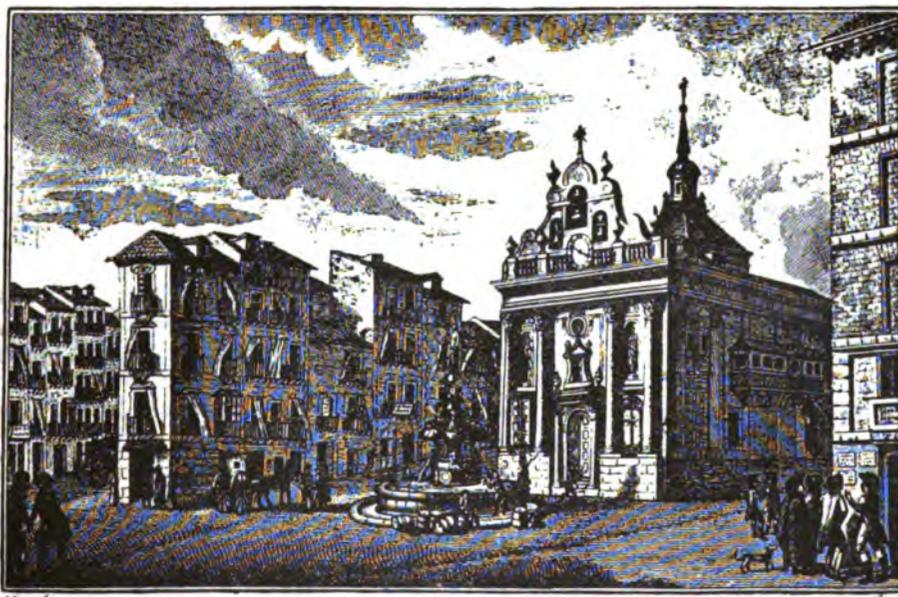
El articulista, para probar su aserto, confronta el texto francés y español de unos cuantos renglones, de donde infiere que todo es una traducción; esto prueba que no es tan amigo de

las buenas consecuencias como de la verdad; lo que habia de hacer es insertar el texto francés y el español desde el principio hasta el fin de ambas comedias. Mientras no me dé este golpe fatal, que espero y que le pido con ansia, tendré mi comedia por mía y por original, a pesar de las escenas que he creído deber y poder *robar* a Scribe. Es de advertir que siempre que escriba sobre un asunto que haya tratado otro escritor, al cual yo me crea inferior, pienso hacer otro tanto, y seguir llamando original a lo que de aquí resulte.

En último análisis confieso que tengo por de muy poco mérito mi comedia *No más mostrador*, y no la creo acreedora ni aun a los elogios que le dispensa el articulista; de modo que la abandono voluntariamente a la merced de todos los amigos de la verdad. Los defectos de su plan, de su estilo, de sus caracteres, me son conocidos, y creo que si pudo agradar al público, lo debió en gran parte a habérsela considerado como primera producción de un principiante. Sin embargo, buena o mala, no creo que su éxito se haya debido a lo que hay de Scribe en ella.

El señor amigo de la verdad ha hecho, indudablemente, un gran servicio a nuestra patria, a nuestra literatura y a la verdad pública en estas críticas circunstancias, y desde luego me le ha hecho a mí mayor todavía; estoy convencido de que las críticas son el estímulo de los escritores; todo el daño que de su artículo puede resultarme, es que, picado por él, emplee todos mis esfuerzos en hacer otra cosa mejor en la que no haya ni un solo renglón de Scribe; ojalá me haya concedido el cielo las fuerzas suficientes para conseguirlo; si no abrigase en mi intención muchas dudas acerca de esto, hubiera tenido mucho más placer en leer el artículo del amigo de la verdad.

Sólo siento que este señor haya formado tan mala idea de mí, que haya creído necesario ocultar su apellido; puede estar seguro de que no siento hacia él más que agradecimiento, y de ninguna manera rencor, lo cual tengo el honor de asegurarle con la misma franqueza y noble verdad con que escribo estos renglones."



Iglesia del Buen Suceso, en la Puerta del Sol, entre la Carrera de San Jerónimo y calle de Alcalá.
(Colección Félix Boix.)

Conociendo esta *Vindicación* escrita por "Fígaro", se ve que pudo en justicia dar como original su obra, o a lo sumo como *inspirada* en el asunto de la obra francesa, puesto que no es una traducción de ella y lo prueba, sobre todo, el que la obra de Scribe tuviera un acto y la de "Fígaro" cinco.

Lo raro es que los críticos no se enterasen cuando se estrenó la obra el 29 de Abril de 1831, aunque tuvo gran éxito y se representó el mismo año en Sevilla y en Cádiz. Esta crítica surgió al hacerse la segunda edición impresa.

Pasaremos ligeramente sobre las demás traducciones que dió al teatro. Ya en su carta a Delgado se ve que él no concede a esto importancia literaria. Puesto que dice: "En el momento en que la proximidad del invierno vuelva a dar algún interés a las novedades de estos teatros no me descuidaré en enviar algo, desde luego escribiré de Victor Hugo, de Scribe y de Casimiro de la Vigne, tres cosas que están trabajando y si son útiles antes de que se impriman aquí, irán caminando en español para allá."

Pero en otro párrafo dice:

"Advierto a usted que en punto a traducciones tanto para el teatro como para la Prensa me será preciso guardar el más severo secreto y anónimo en las que yo designe, si no no enviaré ninguna. En las que yo juzgue conveniente pondré mi nombre. Este es toda mi riqueza y es preciso economizarlo."

Sin embargo trataremos de fijar bien las fechas de algunas de estas producciones. Antes de su viaje al extranjero había estrenado "Fígaro" en 1832, el 28 de Febrero, con el pseudónimo de *Ramón de Arriala*, en el teatro del Príncipe, una traducción del francés, que se ha dado como original, intitulada *Felipe*, en dos actos y en prosa, en la que a pesar de la excelente labor de refundición se advierte su origen, tanto en el planteamiento como en el asunto inspirado en la lucha de clases. El mismo año, el 13 de Octubre, estrenó *Roberto Dillon o El Católico de Irlanda*, obra que duró muchos meses en el cartel, porque la tragedia romántica y patriótica que encierra era muy del agrado del público, y esto prueba una vez más el gran conocimiento que tenía "Fígaro" de su época. Ya en Junio de aquel año había estrenado *El rapto* en el teatro de la Cruz, ópera bufa en dos actos, con música del maestro Tomás Genovés, que no fué del agrado del público.

Sigue en orden cronológico *Julia* que se estrenó en el teatro del Príncipe el 22 de Enero de 1834 y cuya copia debo al Sr. Mafflotte, inteligente coleccionador de los trabajos de "Fígaro", lo mismo que la comedia *Siempre*, traducida de Scribe y estrenada el 15 de Marzo en el teatro de la Cruz.

El 24 de Septiembre estrenó en el teatro del Príncipe su *Macías*; el 26 de Noviembre en la Cruz otra traducción: *Un desafío o Dos horas de favor*.

El año siguiente, 1835, lo inaugura con una traducción en el Príncipe *Las desdichas de un amante dichoso*, y otra traducción en el teatro de la Cruz, el 17 del mismo mes. Era esta la obra de Scribe *Bertran et Raton*, con el título de *El arte de conspirar*, en la que desempeñó el papel de Bertran de Rantzan el célebre José García de Luna que tuvo uno de sus más celebrados triunfos. Esta es una sátira contra los políticos taimados.

En este año estrenó también la traducción de un proverbio en acción, de Scribe, "Quien quita la ocasión quita el peligro" que dió a la escena con el pseudónimo de *Arriala* y el título de *Partir a tiempo*. Algunos de sus biógrafos dicen que se estrenó en 1836 pero fué el 17 de Junio de 1835 y vemos que él pide que le envíen esa obra en su carta de París a Delgado, escrita en 1835.

Después de su vuelta estrenó en 1836, el 1.º de Febrero, en el teatro del Príncipe la obra de Scribe *Tu amor o la muerte!*

El que poco después se había de suicidar por amor había traducido estas sensatas palabras:

"MON. Dices bien, ese recuerdo no me es menos doloroso que a ti. ¡Cada vez que me acuerdo de aquel pobre joven, con quien me iba yo por las mañanas a buscar plantas raras por la sierra, y a quien llegué a cobrar un afecto tan sincero...!

CLOT. ¡Qué fin tan desgraciado!

MON. ¡Y tan necio! ¡malarse, y sin saberse por qué!

CLOT. A mí me aseguraron que una pasión.

MON. ¡Mayor necesidad aún!

CLOT. ¿Qué?

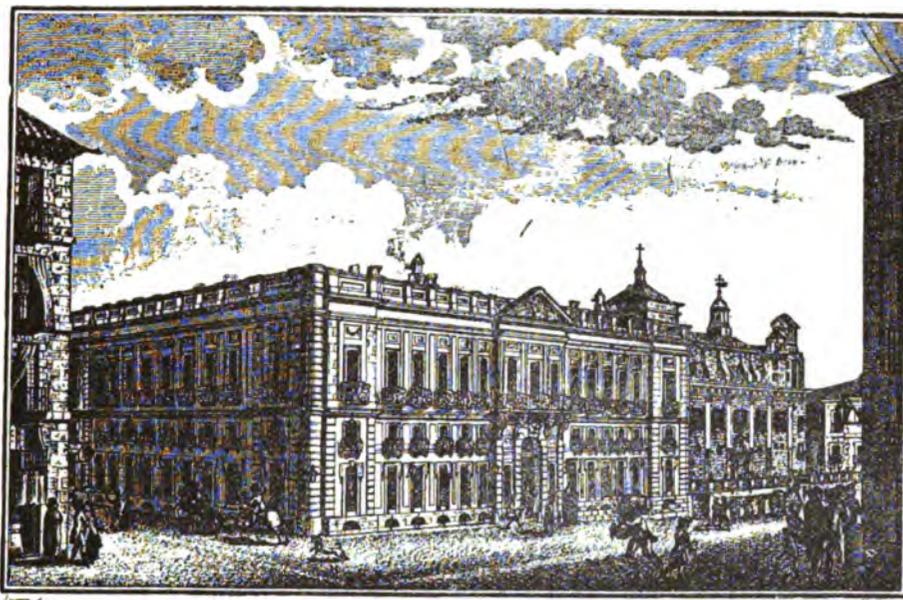
MON. ¡Digo que esa es mayor necesidad!

CLOT. ¡Ah! porque no comprendes toda la extensión de ese sacrificio. Tú no serías capaz de matarte por una mujer.

MON. ¡En mi vida!

CLOT. ¡Ni aun por la tuya!

MON. Mucho lo sentiría a lo menos, y ella también me parece. Porque al fin yo les pondría un dilema a esos locos... O la mujer a quien quiero ha de sentir mi muerte, y en ese caso soy demasiado galante para darle semejante sentimiento, o mi muerte ha de serle indiferente, en cuyo caso es preciso ser muy necio para proporcionarle una diversión tan cara."



Antigua casa de Correos, en la Puerta del Sol.

Respecto a *Don Juan de Austria o la vocación*, que según el Sr. Chaves está estrenado en el teatro del Príncipe en 1834, no pudo estrenarse hasta 1836 por lo menos, porque en una de estas cartas inéditas que poseo de "Fígaro", dirigida a su padre, dice con fecha 26 de Noviembre de 1835: "Me he detenido en París unos días para traducir aquí el *Don Juan de Austria*, de Casimiro de la Vigne. No se ha publicado todavía, aunque se ha representado, pero estando relacionado con el autor he podido traducirla por el manuscrito y remitirla a la empresa de Madrid." De modo que cuando se dice que la estrenó en Madrid aún no la había escrito el autor. Por cierto que esta obra de gran fuerza de pensamiento, anticlerical, en donde se trata a los grandes hombres sin el respeto convencional y acomodaticio, norma del teatro de entonces, debió asustar un poco a los empresarios que exigieron alguna concesión a "Fígaro" al mismo tiempo que regatearon algunas de sus condiciones, así se deduce de esta carta, fecha 13 de Abril de 1836 que he hallado también en sus papeles:

"Señores empresarios de los teatros de Madrid.

Muy señores míos: He recibido la larga carta del 12 del corriente; por ella veo dos cosas: 1.ª, que las condiciones propuestas por mí para el *Don Juan de Austria* no les convienen; 2.ª, que no conviniéndoles a causa del estado en que están los teatros en España, no me puede convenir a mí escribir para ellos.

En consecuencia retiro mi traducción de *Don Juan de Austria*, pero por si die-

sen de ella otra traducción pondré en los periódicos que he retirado la mía, porque no quiero en ningún tiempo usurpar en la opinión pública los laureles que otra persona granjease con la suya."

Pero el asunto debió de arreglarse a satisfacción de todos puesto que la obra se estrenó con gran aplauso del público.

El conde Fernán González o la Exención de Castilla, drama histórico original, en cinco actos y en verso, no se llegó a estrenar y no consta la época en que está escrito; es una de esas obras que no se han debido publicar, pues su publicación contrariaba la voluntad del autor, cuando él, en pleno triunfo literario no lo quiso corregir ni dar a la escena es que no lo creía merecedor de ello. Debía ser uno de sus primeros ensayos, tomado de un episodio histórico inserto en la "Crónica General", de que se han ocupado Fray



Teatro del Príncipe, hoy Teatro Español.

Gonzalo de Arredondo y el Padre Berganza, y que ha inspirado a Lope de Vega el asunto de una de sus tragicomedias y a don Francisco de Rojas para *La más hidalga hermosura*.

La exención de Castilla tiene su origen en esta tradición:

"Cuentan que Sancho, rey de León, prendóse de un hermoso caballo y de un halcón muy hábil que Fernán-González tenía, y no queriendo admitirlos en concepto de regalo, aunque el conde se empeñó en ello, los adquirió a precios elevadísimos, comprometiéndose, de no pagarlos el día que se designó, a satisfacer doble cantidad por cada día que transcurriese. El rey no satisfizo la deuda en el plazo marcado, y al cabo de siete años, resentido el conde de Castilla con el Monarca leonés, por malos tratamientos que había recibido, reclamó el pago de la deuda; y como se halló entonces que la suma había subido tanto, que no había en el tesoro real dinero para satisfacerlo, Sancho indemnizó a Fernán-González con la independencia de Castilla."

Larra mezcla a su drama la prisión del Conde y la heroicidad de su esposa para librarlo de la prisión.

La obra teatral original de "Fígaro" es el *Macías*, que se estrenó en 24 de Septiembre de 1834 representando el papel de Macías, Carlos Latorre; D. Enrique de Villena, González Mate; Elvira, Concepción Rodríguez.

Macías es un drama que impresiona. Sin saber por qué se confunden las figuras de "Fígaro" y de Macías. Hay veces en que le llamaríamos indistintamente por uno u otro nombre. No hay duda de que "Fígaro" la escribió a impulso de su amor. Al frente de ellas puso estas líneas:

DOS PALABRAS

"He aquí una composición dramática a la cual fuera muy difícil ponerle nombre. ¿Es una comedia antigua? Ciertamente que no, pues ha nacido en el siglo XIX. Ciertamente que no, pues mal se atreviera a aspirar a la versificación y sublimidad de Lope, a la gala y caballerosidad de Calderón, al estro cómico de Moreto, al doñaire de Tirso, a la pureza de Alarcón. ¿Es una comedia moderna según las reglas del género antiguo? Menos. Ni es comedia de costumbres, ni comedia de carácter. Ni me propuse al imaginarla seguir las huellas de Plauto y Terencio, ni tuve al concebirla la osadía de imitar a Molière o a Moratín. ¿Es una tragedia como la entienden los rigurosos Aristarcos? Ni tiene la sencillez enérgica de Esquilo, ni la humilde sublimidad de Sófocles. Ni está escrita toda en verso heroico; ni es su estilo siempre altamente entonado; ni pueden reputarse sus escenas todas dignas del levantado coturno; ni son sus personajes los favoritos de Melpómene. ¿Es un drama mixto, de grande espectáculo, perteneciente al género bastardo introducido en la literatura a fines del siglo pasado? No hay en él grandes efectos levantados sobre débiles fundamentos, no hay escenas de imponente y charlatanesca fraseología, no hay tempestades, no hay horrores crímenes. ¿Es un débil destello siquiera de la colosal y desnuda escuela de Víctor Hugo o Dumas? ¿Es un drama romántico? No sé qué punto de comparación puedan establecer los críticos con Antony, Lucrecia Borgia, Enrique III, Triboulet y mi débil composición. ¿Qué es, pues, *Macías*? ¿Qué se propuso hacer el autor? Macías es un hombre que ama, y nada más. Su nombre, su lamentable vida pertenecen al historiador; sus pasiones al poeta. Pintar a Macías como imaginé que pudo o debió ser, desarrollar los sentimientos que experimentaría en el frenesí de su loca pasión, y retratar a un hombre, ese fué el objeto de mi drama. Quien busque en él el sello de una escuela, quien le invente un nombre para clasificarlo, se equivocará. ¿Para qué ha menester un nombre? ¡Ojalá no se equivoque también quien busque en *Macías* alguna escena interesante, tal cual sentimiento arrancado al corazón, un amor medianamente expresado y un desempeño feliz!"

De toda esta advertencia nos queda sólo esta impresión *¡Es un hombre que ama nada más!* ¡La síntesis de la vida de "Fígaro"!

El drama *Macías* no es igual a la novela *El doncel*, aunque sean los mismos los protagonistas.

PERSONAS

DON ENRIQUE DE VILLENA, maestro de Calatrava.
MACÍAS, su doncel.
ELVIRA.
FERNÁN PÉREZ DE VADILLO, hidalgo, escudero de don Enrique.
NUÑO HERNÁNDEZ, padre de Elvira.

LEATRIZ, dueña joven de Elvira.
RUI PERO, camarero de don Enrique.
FORTUN, escudero de Macías.
ALVAR, criado de Fernán Pérez.
Un paje de don Enrique.
Dos pajes que no hablan.
Hombres armados.

La época es en uno de los primeros días del mes de enero de 1406.—La escena es en Andújar, en el palacio de don Enrique de Villena.

Está planteado de un modo distinto. En el drama aparece Elvira soltera y se resiste a casarse, por mandato de su padre, el cual no interviene en la novela, donde aparece ya casada con Fernán Pérez.

La engañan, haciéndole creer que Macías la ha traicionado, y loca de dolor y de despecho, da su mano al escudero.

Son muy bellas las escenas en que Elvira hace la pintura de su amor ante su padre.

ELVIRA

¡Perdóname, señor, si hoy más que nunca
Presente aquel amor en la memoria
En vano lucho por borrar del pecho
La esperanza engañada! Yo más fuerzas
Encontrar en mí propia presumía
Cuando el plazo pedí: ¡mas ay! yo nunca
Pensé que él de mi amor se olvidaría.
Mira mi corazón, débil juguete
De una pasión tirana, inextinguible,
Y tú mismo dirás si verme puedo
Al yugo extraño del que nunca quise
En eternos vínculos unida,

Tranquila y sin llorar.

.....
Soy mujer, y soy débil; ni depende
Ser más fuerte de mí. Yo bien quisiera
En mi encerrado pecho sepultando
Tanto culpable amor, que nada el mundo
Del volcán que me abrasa trasluciera;
Y, ahogando mi dolor durante el día,
Que mis lágrimas tristes, por la noche,
En el oculto lecho derramadas,
Entre la soledad y las tinieblas
Pasión tan grande que olvidar no logro.
En eterno silencio confundiesen.

Hay en su amor la condición más noble y más grande que es preciso para conseguir el corazón de las mujeres. Un amor basado en la admiración que no pueden despertar los espíritus vulgares. El amor que ansiaría Larra.

NUÑO

¿Mas qué bienes
Son los suyos, Elvira? ¿Caballero,
Y no más? ¿Hombre de armas, o sol-
[dado?
¿Mal trovador, o simple aventurero?

Su ingenio, su valor, sus altos hechos
No despreciéis, señor: ¿dónde están mu-
[chos

Que a Macías se igualen, o parezcan?
De clima en clima, vos, de gente en gente
Buscadlos que le imiten solamente,
¿Su ardimiento? ¿Vos mismo no le visteis
Ha un año, poco más, en Tordesillas
Los premios del torneo arrebatando,
Cuando el rey don Enrique el nacimiento
Celebraba del príncipe? ¿Cuál otro
Más sortijas cogió, corrió más cañas?

ELVIRA

¡Eso no!—Si no os place, nunca, nunca
Me llamará su esposa, ni cumplida
Veré jamás tan plácida esperanza.
Pero al menos sed justo: sus virtudes,

Para que el parecido con "Fígaro" sea mayor, tiene el triunfo del talento y del arte.

Donde en los juegos mereció de Flora
El premio y la corona, que a mis plantas
Vino a ofrecer después. ¡Cuántas cantigas
De él corren en la corte, que la afrenta
De los ingenios son, y de las damas
El contento y placer! ¿Y ese es, decidme,

Ese el mal trovador y aventurero,
Ese el simple soldado? Padre mío,
Si eso no es ser cumplido caballero,
Si eso es ser un villano, yo villano
A los nobles más nobles le prefiero.

Después de casada Elvira llega Macías, y son verdaderamente apasionados y llenos de fuego los versos del coloquio de los dos amantes; ¡y hay quien tacha de frío el drama!

MACÍAS
 ¿Me amas? ¿Es cierto?
 ¿Tú me amas todavía? ¿Y aún estamos
 En Andújar los dos? ¡Ay! ¿Quién ahora
 Me robará la hermosa que idolatro?
 ¿Me amas? Ven.

ELVIRA
 ¿Yo eso he dicho? Que os amaba
 Sólo os quise decir, mas no que os amo.

MACÍAS
 No; tus ojos, tu llanto, tus acentos,
 Tu agitación, tu fuego, en que me abraso,
 Dicen al corazón que tus palabras
 Mienten ahora; sí, bien mío, huyamos.
 Todo lo olvido ya. Pruébame huyendo
 Que no fué liviandad el dar tu mano.

ELVIRA
 ¿Dónde me arrastras?

MACÍAS
 Ven; a ser dichosa.

¿En qué parte del mundo ha de faltarnos
 Un albergue, mi bien? Rompe, aniquila
 Esos, que contrajiste, horribles lazos.
 Los amantes son solo los esposos.
 Su lazo es el amor: ¿cuál hay más santo?
 Su templo el universo: donde quiera
 En Dios los oye que los ha juntado.
 Si en las ciudades no, si entre los hom-
 [bres

Ni fe, ni abrigo, ni esperanza hallamos,
 Las fieras en los bosques una cueva
 Cederán al amor. ¿Ellas acaso
 No aman también? Huyamos; ¿qué otro
 [asilo

Pretendes más seguro que mis brazos?
 Los tuyos bastaránme, y si en la tierra
 Asilo no encontramos, juntos ambos
 Moriremos de amor. ¿Quién más dichoso
 Que aquel que amando vive y muere
 [amado?

No menos grande aparece el desdichado amante en su furor y en sus celos.

MACÍAS
 No, tú no me amas, no, ¡ni tú me amaste
 Nunca jamás! Mentidos son y vanos
 Los indicios; tus ojos, tus acentos
 Y tus mismas miradas me engañaron.
 ¿Tú en ser de otro consentes, y a Macías
 Tranquila lo propones? ¿Tú en sus bra-
 [zos?
 Tú, Elvira, y cuando lloren sangre y fuego

Mis abrasados ojos, ¡ah!, ¡gozando
 Otro estará de tu beldad! ¡Y entonces
 Tú gozarás también, y con halagos
 A los halagos suyos respondiendo!!!...
 ¡Imposible! ¡Jamás! No, yo no alcanzo
 A sufrir tanto horror. ¿Yo, yo he de
 [verlo?
 Primero he de morir o he de estorbarlo.

En este coloquio son sorprendidos por el esposo y encierran a Macías en una torre, adonde va a buscarlo Elvira para hacerle huir. Imposible expresar el amor con más vehemencia y más dulzura.

MACÍAS
 Sí, Elvira, llega y habla.
 Habla, y que oiga tu voz. ¡Cuán deliciosa
 Suenan en mi oído! ¡Un bálsamo divino
 Es para el corazón! ¡Ah! De tus ropas
 Al roce sólo, al ruido de tus pasos,
 Estremecido tiemblo, cual la hoja
 En el árbol, del viento sacudida.
 La esperanza de verte, tu memoria,

Todo el encanto son de mi existencia.
 Mas si te llevo a ver, mi alma se arroba,
 Y me siento morir, cuando en tus ojos
 Clavo los míos; si por suerte toca
 A la tuya mi mano, por mis venas
 Siento un fuego correr que me devora,
 Vivo, voraz, inmenso, inextinguible,
 Y abrasado y pendiente de tu boca.

Es todo un análisis de la propia alma de "Fígaro", una adivinación del porvenir. Desea morir para ser más fuerte, para estar más en la que ama, que es también casada y es también esquiva.

¡Fementida!	Tu profanado seno; con su mano
Cuando olvidarme quisieras en sus brazos,	Yerta te apartará, siempre a tu mente
Entre tu esposo y entre ti mi sombra	Tu deslealtad infame recordando;
Airada se alzaré, para tu espanto,	Y hondamente <i>Macías</i> repitiendo,
De sangre salpicando todavía	¡ <i>Macías</i> sonará por el espacio!!!

Pone en ella un grito de amor desesperado, que él no debía oír en el momento de su drama real.

ELVIRA	El secreto no guarda que le agobia.
Sí; yo también sé amar. Mujer ninguna	MACÍAS
Amó cual te amo yo. Vuelve, recobra	Más bajo, por piedad, que envidia tengo
Un corazón que es tuyo, y que más	Hasta del aire que te escucha.
[tiempo]	

Estos atrevimientos de la mujer casada que proclama así su amor, ese gran atrevimiento de decir en aquel tiempo "Los amantes son solo los esposos", se perdonaron por la fuerza y la hermosura del drama y por la habilidad de la muerte de *Macías* y el suicidio de *Elvira* al lado de su cadáver, aunque irónicamente triunfa la forma del viejo teatro al exclamar *Vadillo*:

"Ya se lavó en su sangre mi deshonra."

El drama fué muy aplaudido y gozó de gran favor durante mucho tiempo.

He aquí el artículo publicado por *El Eco del Comercio* dando cuenta del estreno del drama de *Larra*, que me parece de interés y curiosidad reproducir:

"*Teatro del Príncipe*.—Primera representación del *Macías*, drama histórico en cuatro actos y en verso, por D. Mariano José de *Larra*.

El nombre sólo de *Macías* despierta en todos los aficionados a la literatura española el interés más tierno por este desgraciado amante, que pagó con su vida la firmeza de su amor; su lamentable fin no ha sido olvidado por el transcurso de los siglos; su nombre vive en el corazón de los poetas y de los enamorados, como si la compasión de tantas generaciones se empeñara en aliviar los dolores o en compensar la mala ventura del enamorado doncel. La poesía de aquellos sencillos tiempos se encargó de transportar a los venideros los desdichados amores de *Macías*, y hasta el grave Juan de Mena miró como un deber el recordarlos en su *Laberinto*; ¿qué amante de las musas no conoce estos versos?

"Tanto anduvimos el cerco mirando
a que nos hallamos con nuestro *Macías*,
el que de su vida tuvo fin amando,
y vimos que estaba llorando los días, etc."

... Este interés que excita la memoria de *Macías*, si bien es una disposición favorable para ser representadas en sus desgracias, es una dificultad más para el poeta dramático, y se necesitan muchos esfuerzos para que se aumente, en vez de amenguar, la simpatía que ya de antemano por su héroe se sentía. ¿Ha logrado el Sr. *Larra* vencer esta dificultad? El público ha respondido antes que nosotros, y los numerosos aplausos que arrancaron varias escenas del *Macías* son la más cierta señal de que su autor ha sabido hacer que no se debilite en lo más mínimo el interés positivo y real que tenía antes de ser espectador de su drama. Sin tener ningún modelo que imitar; sin llamar en su auxilio accidentes extraordinarios; sin ceñirse a las reglas de las diversas escuelas que hoy florecen en el teatro, pero sujetándose a las del buen gusto; sin ver en *Macías* otra cosa que un hombre que ama y nada más, el autor ha cautivado la atención del público y ha logrado entretener su curiosidad como si el argumento fuera desconocido...

Retratadas bien las personas, es claro que se ha vencido la primera dificultad en una composición dramática, y que sólo falta que la acción camine, como en el *Macías*, con aquella progresión tan difícil de graduar, que ha sido bien entendida por el Sr. *Larra*.

Desembarazada de episodios, unida con intereses anexos y naturales, tiene la acción toda la

rapidez necesaria para satisfacer la curiosidad del espectador, y el desenlace está preparado de tal modo, que sin sorprender interesa sobremanera. Mucho puede contribuir al buen éxito que ha tenido este drama la versificación, que en general es fácil y rica; hay trozos tan acomodados a la situación del interlocutor, y sobre todo que expresan tan tiernamente los sentimientos del amor, que ellos solos forman a veces el mérito principal de algunas escenas.

Nos alargaríamos demasiado si fuéramos a presentar todas las bellezas de esta composición; el público supo distinguir las y premiarlas con sus aplausos...

.....
Felicitamos al Sr. Larra por la elección del asunto, y el modo de desempeñarlo y por la impresión que produjo en el público. ¡Qué hermosa no quisiera hallar un amante como Macías! ¡Quién no adorará a una Elvira!..."

Larra miró siempre con cariño el *Macías*, lo que hemos visto que no le sucede con las otras obras. Había puesto en él mucho de su alma. En una de las cartas inéditas, dirigidas a sus padres en 8 de Noviembre de 1835, dice:

"El *Macías* se está traduciendo para insertarlo con una noticia biográfica y bibliográfica del autor en la gran colección titulada *Teatro europeo*."

En la edición de "Obras completas de Fíguro", de Montaner y Simón, sólo están comprendidos:

No más mostrador. Roberto Dillon o el Católico de Irlanda. Don Juan de Austria o la vocación. El arte de conspirar. Un desafío o dos horas de favor. Macías. Felipe. Partir a tiempo. ¡Tu amor o la muerte! El conde Fernán González o la exención de Castilla.

En los papeles inéditos de "Fíguro" encontramos la hoja siguiente, borrador de un contrato sin fecha:

"Don Mariano José de Larra recibirá de la empresa de los teatros la cantidad de 1.500 reales, y por ellos concederá el derecho de que puedan poner en escena cuantas comedias ha dado a estos teatros de la capital, así en tiempo de la Empresa Ceriola como anteriormente a ella, cuyos títulos son:

No más mostrador. La madrina. Siempre. Julia. Felipe. Roberto Dillon. Arte de conspirar. Partir a tiempo. Los inseparables. Un desafío. ¡Tu amor o la muerte!

Y exceptuando sólo el *Macías*, con respecto al *Macías*, podrán volver a ponerle en escena y usufructuarlo, dando al autor el importe líquido de la segunda entrada, deducidos gastos.

De estas condiciones se hará un documento donde consten, y de no convenir a la Empresa no se podrá poner en escena ninguna de las piezas del autor que obren desde luego en los teatros."

Vemos que en esta lista se mencionan, además de las recopiladas, *Siempre* y *Julia*, obras cuyos manuscritos me ha facilitado el Sr. Mafflotte y que están en nuestra Biblioteca Municipal, y *La madrina* y *Los inseparables*, cuyo paradero se ignora, así como los datos de si están o no estrenadas.

La escena de *Julia* pasa en Madrid, y sus intérpretes son: Jerónima Llorente, Teresa Baus, Joaquina Baus, Concepción Rodríguez, Pedro González Mate, Pedro Montaña, Julián Romea y Mariano Casanova.

Siempre pasa la primera parte en Madrid y la segunda en una casa de campo. Tiene por intérpretes a Teresa Baus, Antera Baus, Catalina Bravo, Patrocinio Infante y Juan Antonio Campos.

Ambas comedias tienen todos los caracteres del teatro de Scribe, y la labor de refundición de "Fíguro" es admirable. No hay ni un solo giro que no sea netamente español.

No debe extrañarnos la pequeña suma en que Larra cede la representación de sus obras a una empresa, sabiendo que una de las obras más aplaudidas de Bretón, *A Madrid me vuelvo*, que se puso un mes sin interrupción, le produjo sólo 1.300 reales.

Entre estos papeles de "Figaro" que hojeo siempre con emoción, encuentro el primer acto de una obra de la que nadie ha hablado ni se la menciona en ninguna de sus notas. No sabemos si original o traducida.

Se titula *Una imprudencia*, cuya portada reproduzco, y por la que se ve que se trata de una obra en tres actos. Quizás no se llegaron a escribir los otros dos.

Una imprudencia

Drama en tres actos

Personas

El Conde, Conde de Almaro.

Laura, su mujer.

Amelia, hermana de ella

El Marqués de Arneso

Julian, oficial de platería dramaturga

Pedroque, cajero de imprenta

La Señora España, dueña de una casa de huéspedes.

Un recitador de un baile.

Compañías de máscaras

Criado de la casa del Conde

La escena pasa en Madrid durante el carnaval de 1852.

Como no está corregida e indudablemente su autor no la hubiera dado así al público, creemos cumplir un deber para con el admirado escritor no publicando esta obra.

Todo el primer acto pasa en un baile de máscaras, tan habituales entonces, y retrata admirablemente lo que eran aquellas diversiones, en las que se mezclaban las distintas clases sociales.

Reproducimos un diálogo entre una vizcondesa y un cajista.

“AMALIA.—¡Oh, qué pesado eres, máscara!

RODRÍGUEZ.—Como un artículo de política; siempre diciendo lo mismo. Tú eres la más hermosa y discreta mujer que he visto.

AMALIA.—¿También adulador?

RODRÍGUEZ.—Como un artículo de circunstancias.

AMALIA.—¡Qué insulso!

RODRÍGUEZ.—Como unos versos.

AMALIA.—Suelta. ¡Qué atrevido y qué desvergonzado!

RODRÍGUEZ.—Como un artículo de teatros.

AMALIA.—Y qué indigesto y qué importuno.

RODRÍGUEZ.—Como un comunicado.”

Tal vez se trata de alguna de las obras a que alude “Fígaro” en la carta a Delgado, en la que dice:

“Tampoco me olvido de mi comedia empezada y un drama original que bulle en mi cabeza.”

Encuentro también en estos papeles un ejemplar del drama lírico en dos actos —único drama lírico que escribió “Fígaro”—intitulado *El rapto*. La letra de este manuscrito no es suya. Debió darlo a copiar y luego corregirlo él, porque se encuentran en algunas páginas correcciones y adiciones de su letra. Ya sabemos que este drama fué estrenado, pero que no agradó al público. Al pie de una lista de obras cedidas a Delgado, consta que Larra compuso o tradujo una comedia titulada *El retrato de Shakespeare*, de la que no hay más noticias.

En la época de su muerte, Larra estaba preocupado con una obra, cuyo principal personaje era Quevedo, y en la que los escritores fundaban grandes esperanzas, pues era de mucho interés conocer la interpretación que hacía el gran satírico del siglo XIX de la figura del eminente satírico del siglo XVII.

Molins dice que “Fígaro” tenía ese drama planeado con él; pero “Fígaro” era formal y correcto en todas sus cosas, y el mismo día de su muerte ofreció la colaboración en esa obra a Mesonero Romanos. De haberla tenido planeada con Molins no lo hubiera hecho.

En el discurso que pronunció Molins cerca de la tumba de “Fígaro”, dijo que otro ingenio terminaría aquella obra. ¿Es que la tenía él? Después nada se ha sabido de tal proyecto, aunque asegura Chaves que en 1886 poseía aún la familia de Molins el manuscrito.

Pocos años después de la muerte de “Fígaro” hizo Escosura *La Corte del Buen Retiro*, y en 1848, es decir, a los once años de la muerte de “Fígaro”, estrenó Julián Romea un drama de Eulogio Florentino Sanz con el título de *Quevedo*.

¿Tenían algo que ver estas obras con la de Larra? La de Florentino Sanz, que había hecho la recopilación de la obra de Larra, tiene semejanza en las situaciones de las primeras escenas con estas escenas de la obra de Larra, que se recogieron en su mesa y que han llegado a mis manos. Aunque reproduzco una cuartilla para que los lectores puedan juzgar de su autenticidad, doy impresas todas las otras para mayor comodidad.

5.ª Acta

El Rey y el Duque en un bosque de la montaña de Segovia, al amanecer.

Dime, Rey, ¿cómo te encuentras?

Aparición de una hembra... se ve muy...
 que...
 Este ambiente el impetoso que se cimbra...
 y... -...
 Para...
 En...
 Los...
 y...
 ol'...
 de...
 en... 1107, 1108

La... ^{arriman}...
 por...
 y los que hacen...
 ...
 y con...
 Prefiere al reino el amor
 vale hoy en...
 que antes un gran capitán

Son sólo tres cuartillas; una escrita por un solo lado dice:

ESCENA IV

EL DUQUE Y QUEVEDO

(Varias líneas borradas.)

En las otras dos cuartillas, escritas por ambos lados, se lee:
(Anverso.)

ESCENA

El duque de Osuna va a entrar en la iglesia; sale Quevedo.

Osuna codea a Quevedo.

--Apartárase el buen hombre...; no ve que voy a entrar yo.

—Entre enhorabuena el importuno, que si él entra yo salgo, y estamos a entrada por salida.

Que escucho, esta voz, ese fiero continente.

Sois vos Quevedo;
y vos, señor duque, aquí.

—¡Oh! Mi estrella me lo envía; mucho huelgo de tal encuentro.

—De rezar las estaciones salgo, que es cosa entretenida en tales días.

(Reverso.)

En la misma cuartilla, al través, a un lado, unos tachones; después, vuelta entre tachaduras, se ve:

La lanza y espada arriman
por la pluma y sus cuestiones (?)
y los que hacen más canciones
más medran y en más se estiman,
y con frenético afán
prefiere al reino el amor,
y vale hoy más un autor
que antes un gran capitán.

(Anverso de la tercera cuartilla.)

Entre muchos tachones.

y si una sola ciérrame su puerta
que si cerradas hallo aquí las puertas,
váyase por las mil que encuentro abiertas.
Vos por calles siguiendo y callejones
un manto de señora y una dueña.
Que es lo más si le atisba los talones
o si un cuarto de cara se le enseña.
Tal mi deseo retratar procura
una mujer que sigo por capricho.
Que no anduvistes lerdo al haber dicho
y escrito del edén es la hermosura.
Que aunque mirar apenas he logrado
su faz entre los pliegues de su velo,
no será menos bella, porque el cielo
no es menos cielo porque esté nublado.

(Reverso.)

Y es además sabido,
y es además notorio,
puesto que vos sufrís para alcanzarla
amante purgatorio.

El cielo es la mujer, en mi conciencia,
Porque se gana haciendo penitencia.
Con efecto, señor, en mi conciencia
Es la mujer un cielo justamente,

Pues que se gana haciendo penitencia.
 Y la comparación es más precisa
 En aquesa, señor, que en otra alguna,
 Pues que además al cielo se semeja
 En que no la habéis visto; dame risa
 Vos por calles siguiendo y callejones
 Un manto de señora y una dueña.
 Quizás es lo más si descubres los talones
 O si un cuarto de cara se le enseña.

Vos donaires ahora
 ¿Es posible, Quevedo,
 Que no dejéis las burlas y que os mueva
 A decirlas mi amor?
 ¿Dejarlas puedo?

Y luego, de través, dos versos borrados dicen:

Con chistes venís, que nunca
 dejáis las burlas, Quevedo.

Y otros dos sin borrar.

Chiste decís, que nunca
 burlas dejáis, Quevedo.

Si pudiéramos flar en el testimonio del marqués de Molíns, sabríamos si hay alguna obra inspirada en la de "Fígaro"; pero a lo largo de este libro aparecen sobrados motivos para dudar de Roca de Togores.

Es raro, sin embargo, lo que narra de la curiosidad que inspiró esa obra a Bretón de los Herreros. Dice:

"Recuerdo que una noche, hablando del drama que con el nombre de *Quevedo* había dado a las tablas Eulogio Florentino Sanz, haciendo notar algunos de los concurrentes que Escosura había hecho intervenir a Quevedo en su drama *La Corte del Buen Retiro*, y que Larra, en unión de quien esto escribe, había trazado el plan de un drama, en el que era el principal personaje el desventurado señor de la Torre de Juan Abad, me llamó aparte Bretón, y con una curiosidad erudita, en él poco común, me preguntó si "Fígaro" y yo teníamos de Quevedo, de su vida y de su carácter la misma idea que el insigne colector de sus obras en la biblioteca de Rivadeneyra, y si el drama por nosotros trazado se asemejaba algo al de Florentino Sanz. Contestéle cómo era verdad que aun antes de aprender yo lo mucho que he aprendido en las eruditísimas noticias del docto académico, había por mis estudios particulares, llegado a casi iguales conclusiones; que Larra pensaba en todo como yo, y que el plan por nosotros trazado no tenía más punto de semejanza con el drama de Sanz sino que uno y otro comenzaban por el lance de la Plaza de San Martín, que consta en la biografía de Quevedo, y que nosotros también lo suponíamos enamorado (no sensual, sino muy platónicamente) de la dama por cuya defensa mató a un hombre."

Se comprende esta curiosidad porque poco después, en Noviembre de 1849, Bretón dió a la escena su drama *¿Quién es ella?* basado en el mismo asunto. No sabemos por qué motivo Bretón no firmó este drama. Se complació en ocultar que era suyo y asistió al estreno como un simple espectador. Los personajes principales eran Felipe IV y Quevedo.

Algunas personas han creído que Luis Mariano de Larra, el hijo del insigne

"Fígaro", pudiese haber aprovechado la obra de su padre en su comedia *La Pluma y la Espada*.

Desde el momento en que por estas cuartillas podemos vislumbrar el plan del drama de "Fígaro" toda duda desaparece. En la obra de su hijo interviene Quevedo, niño de doce años, y nada tiene de común con el drama planeado por "Fígaro". Tampoco he encontrado semejanza con el de Florentino Sanz ni con *¿Quién es Ella?* de Bretón.

Es de una tristeza grande el pensar lo que Larra dejó de hacer cuando en todos los campos de la actividad literaria se encuentran proyectos suyos; obras a medio hacer; planes de nuevos trabajos. No se puede olvidar la edad a que murió Larra, su juventud; lo que asombra es que su obra, fruto de siete años de trabajo sea tan extensa y que haya tanta madurez en un cerebro que no pasó de los veintisiete años. No era la obra de "Fígaro" esa obra que brota como espuma de juventud y cuando calla la pasión no le queda nada que decir.

El se preparaba para grandes obras. Doña Pepita me asegura que cuando su tío D. Eugenio le instaba a emprender una obra grande, Larra le respondía:

—Aún es prematuro. Así que tenga más años la comenzaré.

Su obra sobre Quevedo merece en justicia el interés que despertó. ¡Cómo hubiera sabido Larra interpretar el gran satírico, su progenitor espiritual! ¡Cómo lo hubiese resucitado Larra para dirigir sus ironías contra la sociedad en que vivía, como las dirigió Quevedo a la sociedad de su tiempo!



En el Prado. por Alenza.

EL PRIMER PERIODISTA

Maestro de periodistas, el primer periodista, es nuestro "Fígaro". Jamás hasta que él empieza su labor en la Prensa había llegado el periodismo a tanta altura. Este género periodístico ameno, lleno de interés, ligero en la forma, profundo en el fondo; tan lleno de vida, tan expresivo, no ha sido superado por nadie. Larra hace del artículo de periódico una obra literaria. No descuida la forma ni la belleza; no es para "Fígaro" el artículo de periódico una cosa que se escribe en estilo familiar para informar a las multitudes, o para esgrimir un arma de partido. Escribe con galanura, en un estilo depurado y perfecto, atento siempre a su condición de artista, a su distinción espiritual. Los más violentos ataques son corteses; no usa jamás la frase gorda, no asoma nunca a su pluma la grosería. La expresión obedece a su pensamiento, sabe decirlo todo con la claridad que quiere, y con la mesura que se impone. ¡Qué claridad de juicio, qué sensatez, qué profundidad y qué experiencia en un hombre de tan pocos años!

Si se examina todo lo que constituía la Prensa antes de "Fígaro", aquellos menudados periódicos de principios del siglo, se ve cómo con "Fígaro" se levantan de su postración, se elevan, renacen y adquieren belleza y prestigio.

Pasa con los artículos de "Fígaro" como con las estatuas griegas. El encontró la forma. Después, con el modelo a la vista, nadie pudo superarlo. Perdura y sigue siendo el modelo de su género. Cuando se lee uno de estos escritos suyos, los que somos periodistas, los que hemos dado la flor de nuestra vida y de nuestra ilusión al periodismo, los que conocemos toda la amargura de entre bastidores, que destila la pluma de "Fígaro", tenemos siempre que exclamar: ¡Es el Maestro!

Comienza Mariano José de Larra su labor en un tiempo desdichadísimo. Es como el joven marinero que se embarcase por primera vez en medio de una tempestad horrenda y en una carabela sin brújula y sin timón se lanzase al Océano en busca de otro mundo nuevo, de un mundo ideal, libre, justo, bello...

El anhelo de belleza y de perfección que hay en el alma de "Fígaro" es su tormento. Conocemos estas almas que se han apasionado de su ideal y sufren por el contraste de éste con lo mezquino de la realidad. Los que tropiezan en la vida con ese muro con que tropezaba "Fígaro", un muro que lo aprisiona, un muro que no puede romper. Ese muro no está sólo en torno suyo. Pesa sobre los otros. Siente el dolor de la opresión de los demás, y hasta de la inconsciencia de los demás. Sufre con los que padecen y con los que se resignan a su padecimiento o no se dan cuenta de él. Ve a muchos que son semejantes a esos hombres que caminan tranquilos por la calle y un muchacho les cuelga un muñeco de papel del borde de la americana. Ellos no sintieron el peso ni la molestia. Los mal intencionados ríen, sin pensar en

que llegará el turno de que les cuelguen a ellos otro semejante. Sólo el hombre de buena voluntad se expondrá a las iras de todos y a las pedradas de los burladores para libertar a aquel hombre que, quizá humillado al enseñarle su estigma, se revolverá en contra suya.

Vocación de apóstol, de libertador; él necesitaba hacerse oír. Nacido en otras épocas hubiese predicado por los campos como Jesús o por las calles y plazas como Savonarola o Giordano Bruno. Nacido en nuestros tiempos necesitaba que fuese su eco el periódico. El había de ser su lengua, su portavoz, su tribuna.

Cuando "Fígaro" hace su primer ensayo periodístico es en el año 1828, cuando sólo tiene diez y nueve años. Crea *El Duende Satírico del Día*, cuyo lema anuncia ya su espíritu. Dice así la portada:

EL DUENDE SATIRICO DEL DIA

LE PUBLICA DE SU PARTE

MARIANO JOSE DE LARRA

(*Des sotises du temps, je compose mon fiel. "Boileau", "Sat".*)

El primer número se publicó en Marzo de 1828. Sólo se llegaron a publicar cinco números desde esta fecha hasta Agosto del año siguiente, en que vió la luz el último; pues salieron sin día fijo, y sólo como las circunstancias de la época lo permitían. Es poco conocida esta publicación de la que dan escasas noticias D. Juan Eugenio Hartzenbuch en su "Bibliografía de Periódicos Madrileños", y D. Dionisio Hidalgo en el "Diccionario General de Bibliografía Española".

No desdice, sin embargo, de las posteriores de Larra. Si el estilo no es tan perfecto, si está aun tocado de las citas de Horacio y de los clásicos, restos de su vida de escolar, ya se encuentra en él ese espíritu que permanece recto y unilateral durante toda su vida. En el primer cuaderno, en el diálogo de *El Duende y el Librero*, "Fígaro" trata de romper con el periódico antiliterario. Su deseo es el periódico libre, que diga la verdad, que no se sujete a convencionalismos:

"Ahí van esos borrones; póngalos usted en limpio, en la inteligencia de que no quiero que nadie sepa que yo soy el que los publico; póngales usted cualquier título, que en el día no se repara mucho en eso, y mientras más desatinado más gusta, es decir, más llama la atención, más se compra; de modo que ya eso del título es especulación del librero; pero entienda usted que no le doy licencia sino para anunciarlo, pelado de toda alabanza; nada de prevención; que juzgue el público lo que quiera...

—Pero, para venderlo...

—Si no se vende que no se venda; yo le abonaré a usted el gasto. Vaya usted con Dios, y hasta otro mes no me vuelva usted a incomodar."

En el segundo artículo *El Café*, aparece ya el gran satírico combatiendo costumbres y vicios con su gracia peculiar, y se esboza la nota de su tristeza de español; sin ser por eso un detractor sistemático de las cosas de España para aceptar como bueno cuanto llega del extranjero. Al contrario, él fustiga a Ducange por sus falsos juicios sobre nosotros, y lo vemos criticar acerbamente a los que se extranjerizan en costumbres e idioma.

Frecuentes son las ocasiones en que vuelve por los fueros del castellano, que fué siempre tan cuidado por él y en ocasiones dedica artículos a fijar la acepción verdadera de una palabra; como en el cuaderno último con la palabra *Genio*. Aparece el polemista sin par en su discusión con el *Correo Literario y Mercantil*, que había aparecido aquel mismo año, un mes después que *El Duende*, y del que eran redactores José M.^a Carnerero y Manuel Bretón de los Herreros. ¡Cómo lo coge, lo desmenuza, lo tritura y lo deshace! No pudiendo vencer a Larra en buena lid ape-



Angel María Segovia (*El Estudiante*).

laron a lo que en aquel estado de cosas podía ejercerse con facilidad. Su tío don Eugenio nos lo dice en la biografía que hemos publicado. "*El Duende* se suspendió al año y medio de su publicación, porque algunas personas de valimiento que se creían satirizadas en él, interpusieron su influjo con el Gobierno, que mandó suspender dicha publicación."

Larra se queda sin periódico, sin aquel periódico que le debió costar tanto trabajo sostener, que sale de un modo irregular, que tiene que mudar de imprenta. Ese periódico, sueño de todo periodista, para el que se buscan recursos, para el que se priva uno de lo necesario; por el que se sufre la tragedia de buscar el papel y el pánico de llegar el día en que la venta no cubra los gastos de la imprenta. Empresa juvenil, de entusiasmo, de optimismo, en la que se empeñó Larra antes de sus veinte años.

Esto lo prueba, entre otras cosas, el recibo inédito siguiente:

Recibí de D. Pablo Ferrer, almacenista de papel de esta Corte, veinte resmas de papel de impresión, limpio de costeras, a treinta y cuatro R. V. cada una, cuyo importe deberá serle abonado del producto de la venta del periódico que se publica mensualmente, titulado *El Duende Satírico del Día*, al mes de su entrega, en la librería de la Viuda de Paz, calle Mayor, y en caso de no ser bastante el producto de esta librería, me obligo en el mismo plazo a cubrirle el déficit que resulte del de cualquiera de las otras en que se venda dicho periódico.

Madrid, 7 Junio de 1828.

Como editor del *Duende*,
Mariano José de Larra.

Son 680 rs.

Se interrumpe la labor periodística de Larra hasta que en Agosto de 1832, o sea tres años más tarde, aparece *El Pobrecito Hablador*.

REVISTA SATIRICA DE COSTUMBRES
POR EL BACHILLER
DON JUAN PEREZ DE MURGUA

Se publicaba también sin fechas fijas, en cuadernos de unas 24 páginas en 8.º menor, en papel de hilo.

Al frente del primer número aparece a guisa de programa una nota de la que copio estos párrafos:

Siendo nuestro objeto divertir por cualquier medio, cuando no se le ocurra a nuestra pobre imaginación nada que nos parezca suficiente o satisfactorio, declaramos francamente que robaremos donde podamos nuestros materiales, publicándolos íntegros o mutilados, traducidos, arreglados o refundidos, citando la fuente, o apropiándonoslos descaradamente, porque como pobres habladores hablamos lo nuestro y lo ajeno, seguros de que al público lo que le importa en lo que se le da impreso no es el nombre del escritor, sino la calidad del escrito, y de que vale más divertir con cosas ajenas que fastidiar con las propias. Concurriremos a las obras de otros como los faltos de ropa a los bailes del carnaval pasado; llevaremos nuestro miserable ingenio, le cambiaremos por el bueno de los demás, y con ribetes distintos lo prohibaremos, como lo hacen

muchos sin decirlo; de modo que habrá artículos que sean una capa ajena con embozos nuevos. El de hoy será de esta laya. Además, ¿quién nos podrá negar que semejantes artículos nos pertenezcan después de que los hayamos robado? Nuestros serán indudablemente por derecho de conquista. Habralos también, sin embargo, enteramente nuestros.

Siguiendo este sistema, no podemos fijar las materias de que hablaremos; sabemos poco, y aun sabemos menos lo que se nos podrá ocurrir, o lo que podremos encontrar. Reirnos de las ridiculeces; esta es nuestra divisa: ser leídos; este es nuestro objeto: decir la verdad; este es nuestro medio.

Aunque nos damos tratamiento de nos, bueno es advertir que no somos más que uno, es decir, que no somos lo que parecemos; pero no presumimos tampoco ser más ni menos que nuestros coescritores de la época.

El primer artículo de este número primero se intitula: *¿Quién es el público y dónde se le encuentra?* y tiene por subtítulo (*Artículo Mutilado o sea refundido*) y no *Artículo Robado*, como dice en la edición de Montaner y en otras.

Está inspirado en uno del "Hermita de la Chaussée de Antin" título de una obra de Joui.

En la última página hay una nota que dice "El pobrecito hablador por no dejar meter baza a nadie ni admite ni da contestaciones". Advertencia que en forma parecida repite en casi todos los otros números. Este publica la *Sátira contra la Corte*, no *Sátira contra los vicios de la Corte*, como la han llamado, y añade: (Artículo enteramente nuestro.)

El número tercero tiene otro: (artículo enteramente nuestro) "¿No se lee porque no se escribe, no se escribe porque no se lee?", es una de las célebres cartas dirigidas a Andrés Niporesas, desde las Batuecas. En el número tres además de repetir que *El Pobrecito Hablador* "no admite ni da contestación" añade: "Siempre que por cualquier obstáculo no pudiese un cuaderno publicarse, saltaríamos al siguiente, aunque fuese dejando una laguna en la numeración".

Este número lleva dos artículos. "Empeños y Desempeños (artículo parecido a otro)" y otro de teatros: "Qué cosa es por acá el autor de una comedia" (Artículo nuestro). Este no se había incluido en sus obras completas.

En el número cinco aparece su "Sátira contra los malos versos de circunstancias" y lleva el lema—que no le han conservado—"Que trata de cosas que no están escritas".

En el número seis inserta la segunda parte de su artículo "¿Quién es por acá el autor de una comedia?" Está bien claro que es una segunda parte, porque en negritas gordezuelas y bien destacadas añade:

"Artículo segundo."

"El derecho de propiedad." Esto se ha suprimido, y han dado en la recopilación de sus obras la segunda parte del artículo sin haber dado la primera.

En este número lleva un breve artículo de Filología, en el que trata de fijar el valor de algunas frases. En el número seis da la "Segunda carta a Andrés" y en el séptimo número se halla el artículo "El casarse pronto y mal", que tanto valor tiene para la biografía suya. El le llama *Costumbres* (Artículo del Bachiller). Le han suprimido una nota, en donde dice que la familia se negó al matrimonio por la diferencia de clases y que las autoridades otorgaron la demanda para poderse casar. Cuya nota dice: "El Bachiller comete aquí un error crasísimo. Ignora que, según nuestras leyes, uno de los obstáculos de esta clase de matrimonios es la distancia y diferencia de clases. ¡Pliegue al cielo que esto no sea más que una distracción!"

En el número ocho van dos de los mejores artículos del Bachiller: "El castellano viejo" y "Robos decentes". Este último no se ha recopilado en sus obras. Inserta en el número nueve "Las reflexiones acerca del modo de resucitar el teatro

español", y en el número diez, una "Carta a Andrés Niporesas". En el número once hay otro de sus famosos artículos, "Vuelva usted mañana", en el que con tanta verdad y tanta amargura describe el apático carácter español y la desorganización que reina.

Después de este artículo hay una nota que dice: "Con el mayor dolor anunciamos al público de nuestros lectores que estamos ya a punto de concluir el plan reducido que en la publicación de estos cuadernos nos habíamos creado. Pero no está en nuestras manos el evitarlo. Síntomas alarmantes nos anuncian que el hablador padece de la lengua; fórmasele un frenillo que le hace hablar más pausada y menos enérgicamente que en su juventud. ¡Pobre Bachiller! Nos figuramos que morirá por su propia voluntad, y recomendamos por esto a nuestros apasionados y a sus preces este pobre enfermo de aprensión, cansado ya de hablar."



Retrato juvenil de don Ramón Mesonero Romanos.

Sin embargo, moribundo y todo, salen aún tres números más. En el doce, el artículo "El mundo todo es máscaras; todo el año es Carnaval". (Artículo del Bachiller), en el que "Fígaro" debió retratar a mucha gente de su tiempo, parece que ha recobrado brío y toda su soltura y facilidad para hablar.

Es admirable la descripción de tipos, que debían ser en su mayoría retratos en "Todo el año es Carnaval":

"¿Quién es aquél?—Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! *Yo sé ganar batallas*, parece que va diciendo.—¿Y no es cierto? Ha ganado la de ***.—¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo.—Pero...—No es lo mismo.—¿Y la otra de ***?—La casualidad. Se está vistiendo de grande

uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E.; él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos."

El número siguiente se intitula "Conclusión", y en la segunda página aparece esta nota, que lo aclara todo:

"No tratamos de inculpar en modo alguno por los cuádras que vamos a describir al justo gobierno que tenemos; no hay nación tan bien gobernada donde no tengan entrada más o menos abusos, donde el gobierno más enérgico no pueda ser sorprendido por las arterias y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos a la cabeza de nuestro gobierno una reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos, como buenos y sumisos vasallos, a sus benéficas intenciones, nos atrevemos a apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embizadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un

folleto que más tiende a excitar en su lectura alguna ligera sonrisa, que a gobernar el mundo.

"Protestamos contra toda alusión, toda aplicación personal, como en nuestros números anteriores. Sólo hacemos pinturas de costumbres, no retratos."

Después de esto no es raro que suspendiesen al *Pobrecito Hablador*.

"Nota. De aquí para adelante el editor no sabe más qué ha sido de los escritos del Bachiller ni de su correspondencia con Andrés Niporesas; sólo se sabe que, como de los fragmentos de esta carta se puede barruntar, se había puesto el *Pobrecito* en camino para la corte de las Batuecas, y, como se inflere, Andrés seguía en Madrid. Que a poco el Bachiller murió, lo cual se supo por los últimos partes telegráficos. El editor aguarda los más recientes pormenores para darlos al público, como lo espera hacer en el número 14 de esta colección, que será *la muerte del Pobrecito Hablador*. Sólo se han hallado entre papeles viejos algunos fragmentos, como en dicho número se dirá, los cuales no se sabe si con el tiempo podrán ver la luz pública."

Termina con el catálogo de las piezas dramáticas que se venden en la librería de Escamilla.

El número siguiente es de verdad el catorce y último. "Hablo lo que tenía que hablar y expiro." Se intitula "Muerte del Pobre Hablador". Escríbela para el público Andrés Niporesas, su corresponsal.

Este artículo es una maravilla. Es todo el credo periodístico de "Fígaro". Es la causa de su amargura, el reflejo de su lealtad, el por qué de la muerte de este periódico sin par. Veremos algunos párrafos de los que pone en boca del ex escribiente del Bachiller dando cuenta de su muerte. Son todo "Fígaro", todo su carácter, toda su labor de periodista:

Bien sabe usted, y lo sabe mejor que nadie, que mi principal el señor Bachiller, que Dios haya perdonado, dió en hablar por los codos, y valga lo que valga esta frasecilla. No fueroo parte, como usted sabe, a atarle la lengua, ni los respetos debidos a los necios en todo país poco menos que civilizado, ni las consideraciones que la sinrazón merece más de una vez entre nosotros, ni los gritos de su familia, que los poníamos en el cielo, suplicándole que no se metiese en habladurías, para lo cual le acumulábamos un sin fin de refranes.

Hijos míos, dijo con voz bien diversa de la que solía tener cuando hablaba claro, porque es de advertir que a lo último ya apenas se le entendía, hijos míos, os refúno porque no quiero que se diga de mí que morí sin hacer disposición alguna, ni declaré mi verdadero modo de pensar, que si no fuese el verdadero, porque esto ni yo lo sé, será por lo menos el último; pues os advierto que yo también tuve varios modos de pensar, y tuviera más, si más lugar me diera la muerte, que me siento aquí que me aprieta en la misma garganta. Ni menos quiero que se diga que murió sin decir oste ni moste quien sólo de hablar vivió, que esto fuera mengua.

Declaro y confieso en la hora de mi muerte, y como si me hallase en ella, que tengo miedo, y que de miedo muero; lo cual no me da vergüenza, así como hay otras cosas que tampoco se la dan a otros; antes me da mucha pena y estoy muy arrepentido de no haberlo tenido un poco antes. ¡Cómo ha de ser! Todo no se puede hacer a un tiempo.

Item más: en consideración a que conozco muchas personas, que están buenas y gordas y bien establecidas, que se han retractado de sus opiniones o expresiones siempre que han creído serle conveniente o venir muy al caso, en consideración a esto, me retracto no sólo de todo lo que he dicho, sino también de lo que me he dejado de decir, que no es poco. Y esta retractación deberá entenderse reservándome el derecho de volverme a retractar cuando y como me acomodare, si vivo, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos, porque esta es mi voluntad y en cosas de cada uno nadie tiene que mezclarse; siempre tuve mis opiniones como mis vestidos, y cada día me puse uno, en lo cual batuecos hay que no tienen nada que echarme en cara.

Item más: digo que hay amigos en el mundo (si bien yo he dicho lo contrario), pues los tengo yo, que es cuanto hay que decir en la materia, y es la prueba de las pruebas.

Item: digo que en la corte no hay vicios, a pesar de mi segundo número, donde me dió por decir que sí. ¡Válgame Dios por decirlo todo!

Item: confieso que el público es ilustrado, imparcial, respetable, y demás zarandajas que de él se cuentan. Y si he dicho lo contrario, preciso es que haya estado loco para desconocer simplezas de tanto bullo. Verdades serán cuando todo el mundo las dice.

Item: declaro que a veces he dicho las cosas como no las quería decir. No importa mucho, porque creo que de cualquiera manera que se digan, es como si no se dijeran. Hay cosas que no tienen remedio, y son las añas.

Item: afirmo ahora que los versos de circunstancias nunca son malos, si vienen a pelo, por malos que sean, porque cada cosa es relativa a otra cosa, y si no me entendiesen lo que quiero decir en esto, ¿cómo ha de ser! Ahora estoy muy de prisa para detenerme a explicarme más claro.

De esta manera habló lo que tenía que hablar, y expiró a poco rato.

El facultativo, sin embargo, dudando si tendría algún resto de vida, se acercó poco a poco a su oído, y le decía a grandes voces: "¡Señor Bachiller! Vuelva en sí y repare qué versos tan malos andan por esos mundos, qué autorcillos tan miserables, y qué traducciones tan malas el público aplaude, y qué de cosas buenas desprecia... Mire usted que tiene aquí a media docena de necios; éste es un elegante, aquél un enamorado, el otro un amigo, el de más allá dice que es sabio, el otro es un militar y el otro un abogado; todos se tienen por hombres de importancia. ¿No les decís nada?" Entonces, haciendo el último esfuerzo, cogió algunos periódicos españoles, púsose los sobre la cara y esperó un momento; pero no rebullendo ni amo, el doctor exclamó con la mayor pena, dejando caer la ropa sobre el difunto: "Muerto está, cuando nada dice a todo esto; ni un soplo de vida le queda. En paz descanse."

No; mi silencio dirá más que mis amargas quejas.

Yo te consagraré una memoria, mi querido y malogrado Bachiller, siempre que un abuso, siempre que una ridiculez se atravesase delante de mis ojos, siempre que la injusticia me hiera, que me ofenda la maldad, que me desconcierte la intriga y que el vicio me horrorice. Yo, en defecto tuyo, cuya censura podría reprimir en algo a los batuecos, rogaré a Dios y a Santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria, que tantos nos anuncian con tan fáciles como inconsideradas promesas.

P. D. ¿Ha leído vuestra merced *El Pobrecito Hablador*? Yo le publicaba en tiempo de Calomarde y de Cen; ahora, como ya tenemos libertad racional, probablemente no se podría publicar.

No puede existir una crítica más perfecta ni que mejor retrate a la sociedad de su época que estos fragmentos, donde a pesar de todo no vemos exageración ni acritud, y acaba diciendo Niporesas:

"¿Quién nos dirá de aquí en adelante que no hay más que sinrazón en la tierra?

"¿Quién nos dirá que el que no es tonto en el mundo, es pícaro, y que los más son tontos-pícaros? ¿Quién nos dirá que no hay orgullo nacional, que no hay quien conozca sus deberes y cumpla con ellos, que no hay literatura, que no hay teatros, que no hay autores, que no hay actores, que no hay educación, que no hay instrucción? ¿Quién, en fin, nos dirá tanto como se ha dejado por decir?

"Juzgue ahora el lector desapasionado si tan horroroso golpe me deja espacio ni humor de hacer más largas reflexiones."

Ya no vuelve a tener un periódico suyo, redactado sólo por él; pero su vida de periodista no se interrumpe, porque antes de morir *El Pobrecito Hablador*, "Fígaro" escribía crítica teatral en *El Correo de las Damas*, donde firmaba con una L y usaba el lema "Parnasis levita samper amica fuit". En Marzo de 1833 "Fígaro" era ya redactor de la *Revista Española*, en la que colaboraba desde Enero de aquel mismo año. Era esta Revista de D. José María Carnerero, que la fundó, en sustitución de *Cartas Españolas*, en Agosto de 1832. Compañeros de redacción de Larra fueron en ella Alcalá Galiano, Campuzano y Grimaldi, aunque él los eclipsó a todos.



Alcalá Galiano.

Compañeros de redacción de Larra fueron en ella Alcalá Galiano, Campuzano y Grimaldi, aunque él los eclipsó a todos.

Se publicaba la *Revista Española* dos veces a la semana. En ella ha dejado Larra sus mejores artículos—muchos sin recopilar.—Escribió desde Enero de 1833, en que entró en ella, hasta Agosto de 1836, en que murió esta Revista. Su último artículo lo envió desde París; es el célebre “Cuasi” (*Pesadilla política*). Diferencias de criterio lo alejaron de *La Revista* desde 16 de Septiembre de 1834 hasta el 16 de Enero de 1835, que publicó el artículo “La sociedad”.

Que *La Revista Española* dejó de publicarse en Agosto de 1835, lo prueba su último número, publicado el día 26 de dicho mes, en el que hay un aviso que dice:

La Revista Española a sus lectores: El siguiente aviso está dispuesto para salir en el número de la Revista que debía ver la luz pública en esta semana; pero resentido el dueño de la imprenta de que saliese de ella nuestro periódico, después de haber tomado los originales a la hora de costumbre, toleró que al anoecer se marchasen todos los cajistas y demás operarios, y nos dejó en el duro compromiso de no poder hoy cumplir con nuestros benévolos suscritores. Inmediatamente que supimos el hecho oficiamos al señor jefe político para que fuese sabedor de la ocurrencia; y respecto de haber cumplido siempre por nuestra parte los contratos hechos con el referido impresor, y con toda religiosidad, nos reservamos usar de nuestro derecho sobre tal accidente. Entretanto, sirvan estas cortas explicaciones para dar satisfacción a los que quisieren atribuir a otras causas la falta del número de esta mañana, el cual suplimos con el que se publica esta tarde.

La Revista Española y *El Nacional* se reúnen desde hoy en adelante y los dos forman uno solo.

Principios de conveniencia política y mercantil, tanto para empresarios como para suscritores, motivan esta reunión.

Los precios de suscripción de la *Revista*, en virtud de los nuevos arreglos tomados con *El Nacional*, quedan rebajados, en las provincias de una tercera parte y en Madrid de una quinta parte; en la inteligencia que esta rebaja no tendrá efecto sino para los que en adelante renueven la suscripción o para los que en adelante se suscriban.

Esta disminución en nada destruirá ni la variedad de artículos, ni la abundancia de noticias, ni la amenidad con que ha sostenido constantemente esta empresa el aprecio del público.

Su publicación por la tarde en la capital proporcionará a los lectores las noticias llegadas en el mismo día, tanto de lo interior como de lo exterior; y a los de provincias, a la par de la *Gaceta Oficial*, todos los actos del Gobierno publicados también en el propio día, y con un correo de anticipación a los periódicos que se publican por la mañana.

El público todo de Madrid y de las provincias gana con esta nueva combinación, y la empresa se facilita nuevos medios de agradar y ser útil disminuyendo el coste del periódico de un modo bastante considerable, sin desvirtuarla ni enflaquecer, que siempre ha presentado, según es de inferir por la benevolencia que sin interrupción le ha dispensado el público.

La Revista, unida desde ahora al *Nacional*, se dará a la luz con el solo título de *Revista Nacional*.

La experiencia acreditará que cumple con toda la responsabilidad que le impone un título tan patriótico y tan propio de las circunstancias.

Nota. El primer número de la *Revista Nacional*, según el nuevo arreglo, lo recibirán los señores suscritores hoy mismo por la tarde.

En este tiempo se le han atribuido artículos que él no escribió, como veremos más adelante, y lo mismo ocurre durante su viaje. En este lapso de tiempo, “Figaro” escribió en *El Observador*, diario liberal que dirigía Alcalá Galiano. Coincide la entrada de “Figaro” como redactor de *Revista Española* y la muerte de *El Pobrecito Hablador* con el cambio que se opera en la sociedad española. Es este el año de la muerte de Fernando VII, que sobrevivió medio año al periódico de Larra. Haber escrito en las épocas en que él lo hizo, fué ya una valentía excesiva. Era peor que cuando hoy se escribe con suspensión de garantías constitucionales. Escribía en una nación aún más empobrecida para un pueblo aún más atrasado, donde la clase media no se había desenvuelto y la nobleza, ociosa y llena de ambición, formaba una rémora más.

El espíritu dominante en la nación era tradicionalista, clerical, y había de mirar con recelo o con odio la posición de “Figaro”. tan radical en sus ideas que no lo aventajamos los radicales de hoy. El tomó el partido de la libertad, ampliamente

con un espíritu emancipado, lleno de la filosofía enciclopedista francesa mezclada a un sentimiento realmente español.

Fustigó, como nadie se había atrevido a hacerlo, la ignorancia del país, la adversión a la lectura; la falta de alegría y de sentido práctico de la vida; las costumbres groseras y rutinarias, la pereza, la desidia, los vicios. Hay que leer "El castellano viejo", el "Vuelva usted mañana", toda su obra para hacerse cargo de ella, y cuanto más se la profundiza se la admira más. El análisis, en vez de perjudicarlo, descubre nuevas bellezas. A pesar de la coacción que se ejercía sobre el escritor, "Figaro" no dejó de hacer constantemente alusiones políticas, por más que éstas tengan que estar veladas con destreza. ¡Qué periodista tan formidable! ¡Y en aquella época!

El dice:

"Con la publicación del *Pobrecito Hablador* empecé a cultivar este género arriesgado bajo el Ministerio Calomarde; la *Revista Española* me abrió sus columnas en tiempo de Coa, y he escrito en el *Observador* durante Martínez de la Rosa. Esta colección será, pues, cuando menos, un documento histórico, una elocuente crónica de nuestra llamada libertad de imprenta."

Véase cómo él mismo se burla irónicamente de lo que es el periodista, en contraposición de lo que debiera ser:

EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE

O LO QUE HA DE SER EL PERIODISTA

Gran cosa dijo el primero que anunció este proverbio, hoy tan trillado. Si hay proverbios que envejecen y caducan, éste toma por el contrario más fuerza cada día. Yo por mi parte confieso que a haber tenido la desgracia de nacer pagano, sería ese proverbio una de las cosas que más me retraerían de adoptar la existencia de muchos dioses; porque soy de mío tan indómito e independiente, que me asustaría la idea de proponer yo, y de que dispusiesen de mis propósitos millares de dioses, ya que desdichadamente ha de ser hombre un periodista, y, lo que es peor, hombre débil y quebradizo. Ello no se puede negar que un periodista es un ser bien criado, si se atiende a que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar también de calidades de los más de los seres existentes: ha menester, si ha de ser bueno y de dura, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y como de esas veces fofo y mal seguro; y agachar como él las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saber pasar sin alimento semanas enteras, como el camello, y caminar, la frente erguida, por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un día en que Dios disponga lo que él no haya puesto. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo dónde está la fiera, y el ladrar a los pobres; y ha de saber dónde hace presa y dónde quiere Dios que hincue el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince, para conocer en la cara del que ha de disponer lo que él debe poner; el oído del jabalí, para barruntar el runrún de la asonada; se ha de hacer, como el topo, el mortecino, mientras pasa la tormenta; ha de saber andar cuando va delante con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que más espante que el ver andar al periodista; ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando lo ha andado de más, y como de esas veces ha de irse seagando por entre las matas a guisa de serpiente; ha de mudar camisa en tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia como la mujer; ha de estar en continua atalaya como el ciervo, y dispuesto como la sanguijuela a recibir el tijejetazo del mismo a quien salva la vida; ha de ser, como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantar de contralto, mas que escriba con trabajo; y a todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal.

Con respecto al vegetal, parécese el periodista a las plantas en acabar con ellas un huracán sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente: como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella; ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar como y cuando Dios disponga, y tomar la dirección que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en días oscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar coger sus pistilos como la flor del azafrán; ha de tomar color según le den los rayos del sol; ha de hacer sombra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que más calienta, como el girasol, y es planta muerta si no; seméjase a las palmas en que mueren las



La Reina doña María Cristina al lado del lecho de Fernando VII en la hora de su falsa muerte. (Colección Félix Boix.)

compañeras empezando a morir una; así ha de servir para comer como para quemar, a guiso de pifia; ha de oler a rosa para los altos, y a espliego para los bajos; ha de matar hálagando como la hiedra.

Por lo que hace al mineral, parece el periodista a la piedra en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo; ha de tener tantos colores como el jaspe,

si ha de parecer bien a todos; ha de ser frío como el mármol debajo del pie del magnate; ha de ser dúctil como el oro; de plata no ha de tener ni aun el hablar en ella; ha de tener los pies de plomo; ha de servir como el bronce para immortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha de tener más vetas que una mina, y más virtudes que un agua termal. Y después de tanto trabajo y de tantas calidades, ha de saltar, por fin, como el acero en dando con cosa dura.

En una palabra, ha de ser el periodista un imposible: no ha de contar sobre todo jamás con el día de mañana; ¡dichoso el que puede contar con el de ayer! No debe, por consiguiente, decir nunca, como *El Universal*: "Este periódico sale todos los días, excepto los lunes"; sino decir: "De este periódico sólo se sabe de cierto que no sale los lunes." Porque el hombre pone y Dios dispone.

Ya en los últimos tiempos de Fernando, la influencia de la Reina empezaba a favorecer la labor de los periodistas y la vida artística de España. Con espíritu de artista, María Cristina había creado el Real Conservatorio de Música, y con esto y la venida de su paisano Rossini, la sociedad se entregaba delirante al placer de la música, florecían los teatros, las reuniones se animaban y los grandes artistas tenían acceso al Palacio.

Esto, como es natural, alarmaba a los oscurantistas, y se formaba alrededor del infante D. Carlos un partido cada día más numeroso y más intransigente, del que formaban parte los *apostólicos*, que de un modo encubierto trabajaban cerca del Rey.

El ataque de gota que sufrió éste, en Septiembre de 1832, vino a mostrar el verdadero espíritu de estas gentes. Regocijados con la idea de la muerte de Fernando VII, todos los cortesanos huían de la Reina, que dando un hermoso ejemplo de entereza no se separaba del lado del Rey, que hinchado, lleno de emplastos y de bizmas, no se podía mover del lecho.

La figura de María Cristina es quizás de las más grandes de las reinas que se han sentado en el Trono de España. No se ha hecho toda la justicia que se le debe a esta reina-mujer, que supo cumplir todos sus deberes y que tan benéfica influencia ejerció en favor de la libertad y del arte. Sin Cristina, hubieran triunfado los *apostólicos* y el carlismo. Nos figuramos cuánto se le haría sufrir en aquellos días en que, vestida de hábito del Carmen, se había constituido en enfermera de su esposo, y sin separarse de la cabecera del lecho, presenciaba los manejos de todas aquellas gentes ambiciosas que deseaban arrebatarse el Trono a su hija.

Se piensa con emoción en el sufrimiento de la Reina en la célebre escena del testamento, oyendo las artificiosas arengas del ministro Calomarde, del conde de Alcudia, del confesor del monarca y del enorme obispo de León, que se llamaba representante del *Partido del Altísimo*, para amedrentar al Rey, hasta que le hicieron exclamar:

—¡Que España sea feliz; que haya paz!

Frases en que más que un amor que jamás tuvo a la patria, este Rey tirano expresaba el miedo del que cree va a comparecer ante un tribunal superior. Tal violencia debía hacerse, que de aquella masa hinchada y verdinegra se escapó un sollozo, y la Reina, que le limpiaba solícita el sudor, hubo de exclamar:

—Parece que llora.

Sabido es el efecto que la noticia de la falsa muerte del Rey causó en Palacio; el regocijo de la chusma, que esperaba impaciente en el cuarto de D. Carlos, y la alegría del obispo, que exclamó, creyéndose triunfante:

—¡No volverán a levantar cabeza los liberales!

El padre Carranza repartió, en el poco tiempo que duró el engaño, cuarenta canongías a sus amigos.

Pero Fernando no estaba muerto, vuelto de su colapso empezó a mejorar y sin duda fué como un segundo nacimiento esta vuelta a la vida. ¡Qué lección tan dura y qué drama tan hermoso si Fernando no fuese demasiado pequeño para represen-

tar el personaje central! Se realizaba en Palacio uno de esos cuentos en que un hombre rico y desconfiado se finge muerto para ver el corazón de sus herederos.

Conocemos todos bien las escenas que se sucedieron. La energía que le faltaba a Cristina la tenía su hermana la princesa Carlota, que llegando apresuradamente a Palacio, insultó a su bondadosa hermana en su sonoro idioma; llamándola *Pazza*, *Choca* y otros dictados por el estilo y descargó el famoso bofetón sobre el rostro de Calomarde.

Por cierto que no era el primero que este desdichado ministro recibía. Ya antes, habiendo venido de Berlín don Luis Fernández de Córdova, con una interesante misión secreta para el Rey, el ministro se obstinó en no quererle dejar pasar a la real Cámara, y como se insolentase con él, este noble magnate descargó una bofetada en la mejilla del ministro y pasó a presencia del Rey a confesar su falta.

Fernando, que en el fondo debía estar harto de aquella hipócrita gente palaciega de la que se servía y que era en medio de todo un gran ironista, exclamó:

—¡Una bofetada a Calomarde! ¡Más te valiera habérsela dado a mi hermano Carlos o al arzobispo de Toledo!

Después de esto, se informó de la misión y no sólo le dió los pasaportes para volver a Berlín, sino que lo ascendió a brigadier y le regaló para el camino dos mil duros en onzas de oro y otros tantos cigarros de regalo.

Con la resurrección del Rey varió todo. Fernando conoció que debía apoyarse en los liberales y entregó la regencia a Cristina que en unión del ministro Cea, dió una serie de decretos que satisfacían a los liberales; abrió universidades, dió amnistía a los liberales, separó del ejército a los militares que habían ido contra ellos. Calomarde se fugó de España, y la princesa de Beyra con don Carlos y toda su familia, excepto el infante D. Sebastián, obtuvieron permiso para ir a Portugal.

Fué entonces cuando se juró con todo esplendor en San Jerónimo a la niña Isabel II, que aún iba acompañada de su nodriza.

Pero al año siguiente, el 29 de Septiembre de 1833, falleció Fernando VII a las tres menos cuarto de la madrugada de un ataque de apoplejía fulminante, y queriendo librarse de su castigo dejó en su testamento 25 millones de duros y 20 mil misas para su alma. Entonces sucedió lo que él había previsto cuando dijo "que era para la sociedad española como el tapón de una botella de cerveza". Los fermentos contenidos se desbordaron, el país apareció dividido, ardiendo por una parte en vergonzosa guerra civil y por otra en ruines luchas de partido.

Toda la oficialidad joven, y todos los liberales se agruparon al lado de Cristina. Larra estaba con ellos. Enfrente, los partidarios de Don Carlos que habían encendido la guerra civil, con su manifiesto. Véanse los hermosos artículos de Larra: "Nadie pase sin hablar al portero", "La planta nueva o el faccioso" y "La Junta de Castello Branco", recopilados en sus obras, y los no menos notables que men-



Martínez de la Rosa.

ciona D. José Ramón Lomba en su admirable folleto *Larra periodista político*: "El hombre menguado o el Carlista en la Proclamación", "El fin de fiesta", "¿Qué hace en Portugal Su Majestad?" y "El último adiós".

Pero bien pronto no tiene sólo Larra que combatir contra los facciosos. Se había confiado demasiado en el arrojo de la Reina. Aunque apoyándose en los liberales, Cristina forma un Gobierno morigerado. Martínez de la Rosa, que trae tan hermosa historia de liberal, da entrada en el Gobierno a elementos viejos y de un modo irresoluto, impropio de él, da a luz el engendro llamado *Estatuto Real* que deja a las Cortes en poder del Monarca y hace una comedia de la Constitución. Es entonces cuando escribe Larra "La gran verdad descubierta, Los tres no son más que dos y el que no es nada vale por tres" y arremete con *el señor Martínez*, cuyas torpezas encendieron más las luchas y dieron más tarde lugar a las matanzas de frailes y a la llegada de Don Carlos a Navarra, sembrando el terror en el Norte de la Península. No perdonó Larra en su censura ni al Parlamento débil y sin valor, ni a los ministros indecisos y mixtificadores. Desde el extranjero sigue preocupado con los asuntos de España, como puede verse en sus cartas a sus padres y en sus artículos de ese tiempo.

El sueña con hacer un periódico que lleve su nombre y en la carta que escribe desde París a Delgado, se lo anuncia. Entre sus papeles halló ya sacado en limpio el programa-manifiesto del que doy el trasunto inédito y frente al que nos podemos preguntar: ¿Puede ser más moderno? ¿No lo tomaríamos por lema para el periódico nuestro, para *el periódico ideal*?

FIGARO

Boletín de Teatros, Música, Modas, Bellas Artes, Costumbres, Amena literatura, Política, Cortes, Noticias, Anuncios, etc.

PROSPECTO

Dos años hace que "Figaro" comenzó su carrera periodística, modestamente escondido entre las dilatadas columnas de la *Revista Española*. Apartándose de las altas cuestiones políticas, caminó los primeros meses de su existencia a paso de reformar, es decir, lentamente de bastidor en bastidor y de teatro en teatro. Los actores malos abundan más todavía que las malas comedias, y acaso a su sabor maligno debió gran parte, si no el todo, de la aceptación que a sus lectores empezó a merecer. Varios artículos de costumbres y las circunstancias políticas vinieron después a ofrecerle un campo donde no era menester gran mérito para triunfar. Hablar contra Don Carlos, entonces mero pretendiente, después mal aconsejado Príncipe y en el día traidor ya declarado, era alcanzar un éxito seguro. No fueron, eppero, los facciosos ni las preocupaciones el mayor enemigo con quien tuvo que luchar. Un enemigo doméstico, criado y mantenido en el seno mismo de nuestro partido, le presentó desde el principio más obstáculos que todos los facciosos de la Península. Era efectivamente más difícil, en tiempo del Ministerio Cea y aun después, ser escritor público que general de un ejército de operaciones. El faccioso muerto en campaña no vuelve; pero el censor, siempre en pie y más invulnerable que el mismo Aquiles, no presentaba siquiera un triste talón por donde herirle.

Felizmente, al paso que se reforzaban las líneas censorias, no aparecían menos espesas ni sostenidas las filas de los escritores. Sobre las ruinas de un periódico levantábase otro. Un año bastó para hundir en el abismo de la prohibición multitud de periódicos, debida su existencia a la aurora de libertad que comenzábamos a ver lucir; débiles, empero, como hijos al fin de tan débil madre, *Crónicas, Auroras, Tiempos, Siglos, Universales, Boletines de Comercio, Gaceta de Tribunales*, todo desapareció y para nunca más volver. El monstruo los tragó, sin considerar que el deseo de ilustración en España es la hidra de las cabezas renacientes. Así, vimos retoñar de los troncos cortados vástagos más robustos que los primeros: las prohibiciones pasaron, los periódicos han quedado. En lucha tan gloriosa y tan sostenida, mucho debe la España a sus periódicos muertos y existentes. Los derechos del ciudadano en la una mano, los deberes del Gobierno en la otra, ellos afirmaron el camino al carro de la libertad, ellos han ido cortando la retirada a las reformas que quisieran retroceder. Inútil fué la coacción; vana, enteramente vana la reprensión; surgieron obstáculos en buen hora; si necesario hubiese hecho para defender nuestra libertad, cada español hubiera sido un periodista; y si no nos

hubieran dejado escribir, habríamos ido a decir a las cañas, como el barbero del rey Midas: queremos ser libres.

No crean por esto ciertos amenos meticulosos que "Figaro" va a ser un demagogo. Por otra parte, ya no vivimos bajo el Ministerio Cea. Los tiempos han variado algún tanto y la lucha es suave, por más que el pensamiento está distante todavía de dar sus alas libres al viento. Lo que falta vendrá, y, entretanto, quien ha echado en el Estatuto los cimientos no deja de merecer alguna consideración al que ha de vivir la casa que sobre ellos se edifique.

"Figaro", en el día emancipado ya de ajenos andadores, se presenta por sí solo en la palestra, no confiado en sus fuerzas, cuya debilidad sería su única rémora si fuese tiempo aún de reconocer alguna, sino animado por la benevolencia del público, que se ha dignado tributar algunas sonrisas a su alegre pluma. También él quiere luchar de frente con los obstáculos y merecer su poca parte de gloria en la regeneración de su patria.

¿Un periódico más?, nos preguntarán. Si éste hubiese de seguir la marcha de sus apreciables colegas, cuyas luces y sistemas por otra parte respeta, justá sería acaso la recomendación. Pero "Figaro" no llenará doce columnas diarias de artículos graves y profundos, por buenos que fuesen, sobre derechos sociales, empréstitos o moneda, ni menos con las interesantes sesiones de Cortes, que no siempre interesan. Un periódico ameno, dedicado a la sociedad más culta, escrito en gran parte para el bello sexo, y que no por eso sea indigno de andar en las manos del grave prócer o del sinuoso diplomático, parece hacer falta en la lista de los periódicos.

El teatro nacional y aun los extranjeros serán uno de los ramos fundamentales de "Figaro". Los coliseos de Madrid y los de provincias merecerán igualmente su atención. En tiempos pasados una novedad dramática era casi la aparición de un cometa, era una revolución. La literatura, el teatro, empero, participan de las vicisitudes políticas, y en el día una juventud, hija de las emigraciones o destello de los dos relámpagos de libertad que en dos distintas épocas ha visto brillar España sobre su oriente, parece anunciar nueva era de gloria a las musas españolas. La declamación, además, considerada por fin como un arte, como una profesión, promete también cómicos donde sólo había farsantes. En el estado actual de nuestra cultura, los teatros bien explotados pueden formar la base de un periódico.

La revolución prodigiosa que en el siglo XIX ha experimentado la música constituye otro ramo no menos importante. No destinada ya solamente al culto divino o a los himnos de guerra, primer objeto suyo en los pueblos primitivos, sino aplicada en lo moderno al teatro, la música se ha humanizado, digámoslo así, para colocarse en la altura de todo el mundo; y si no son todos dueños de producir las divinas inspiraciones de *El Cisne de Pesaro* y del autor de la *Straniera*, todos pueden, al menos, disfrutarlas y apreciarlas. El editor sería ingrato si no consagrara gran parte de sus esfuerzos a ese arte divino, a quien debe su celebridad el nombre que ha adoptado.

Las bellas, desatendidas en los periódicos políticos, merecerán a "Figaro" toda la atención y obsequio de que son dignas. En buen hora levante serrallos el Asia para obsecrar la más hermosa mitad del género humano. La culta Europa, la caballerosa y galante España, verá siempre en la mujer la madre, la esposa, la amante, el ídolo del hombre. ¿Qué valen sus pequeños defectos, tan ponderados? ¿Que es voluble? He ahí su primer mérito. ¿Qué sería de un mundo condenado a la constancia y a la monotonía? ¿Dónde está esa constancia en la naturaleza, cuya ley primera es el movimiento y la transformación? ¿Que es ligera y superficial? ¿Qué sería un mundo nesotoniano? ¿Qué un mundo de filósofos y publicistas? Si hemos de vivir en sociedad, nosotros preferiremos siempre dos ojos españoles y una enamorada sonrisa a todos los turbillones de Descartes, a los átomos de Gasendí, a los tortuosos raciocinios del filósofo de Ginebra. ¿Que es caprichosa? No parece sino que el mundo se alimenta de otra cosa sino de caprichos. ¿Qué es amiga de la moda? ¿Y qué? En política, en guerra, en sociedad, la moda es la reina del mundo. Regístrese la Historia, recórranse las aficiones de los pueblos: la caprichosa variedad, la contradicción incomprensible e injusta las más veces con que se suceden estos usos a aquéllos, unas leyes a otras, unos a otros Gobiernos, segundas creencias, en fin, a las primeras... ¿Qué es todo sino moda? Al erigir a la moda en reina de sus pensamientos, no hace la mujer más que pagarle el vasallaje que todo el mundo le paga. Al hacer nosotros a las bellas el objeto de nuestros escritos no hacemos más que reconocer el mérito donde al Supremo Hacedor le plugo ponerle.

En punto, pues, a moda y a cuanto puede interesar a las hermosas, el nuevo periódico tiene tomadas las medidas necesarias para que nada echen en él de menos sus amables suscriptoras.

Guiado de los principios que se acaban de enunciar, mal pudieran ser de "Figaro" olvidadas las bellas artes, las artes de imaginación. Si han de adoptarse palabras para entenderse, vígamos llamando imaginación a lo que hasta aquí ha llevado ese nombre, y en ese supuesto ¡plegue al Cielo no ahogar nunca la imaginación bajo el peso de un siglo acaso demasiado natural y positivo!

Considerando que las verdaderas reformas son las que caminan apoyadas en las costumbres de los pueblos, y que sólo se arraiga la libertad al paso que se destierran aquellos abusos que muchas veces no alcanza la ley a prevenir ni a castigar, hará de nuestras costumbres uno de sus principales objetos.

Artículos jocosos, anécdotas picantes, cuentos cortos, brevísimas y escogidas poesías y juicios analíticos de las obras de amena literatura, constituirán además una sección variada del periódico.

Pero como por poco graves que quiera escoger "Figaro" sus lectores, no puede suponer que hayan de prescindir enteramente de los intereses políticos, que tan ocupadas tienen en el día de las imaginaciones, será también, como anuncia su título, boletín de política, dando en breves artículos una idea del estado de los negocios; pero tratará muchas veces este ramo con igual ligereza que los demás; sacudirá festivo el látigo de la sátira docorosa y permitida así sobre las graves cuestiones políticas como sobre los malos cómicos o las ridículas comedias.

No es la política el objeto principal de "Figaro"; será una de tantas cosas. Y bien mirado, ¿merece acaso más importancia? ¿Más que los teatros, más que las modas? Si la política fuese otra cosa que una gran farsa representada seriamente, podría dedicársele un pliego diario. La política es la ocupación de los periodistas; ella será la diversión de "Figaro".

Las noticias más importantes de todas las especies, extranjeras y nacionales, políticas, biográficas, teatrales, música, etc., ocuparán un lugar en sus columnas, así como breves extractos de las sesiones de Cortes en que, al dar sólo el resultado de ellas, se hará mención de los discursos más notables y una reseña de las determinaciones importantes del Gobierno que considere de interés para sus lectores.

"Figaro" dará cuenta además de toda clase de espectáculos públicos y aun entrará muchas veces a tomar sus notas en los saraos, en los conciertos, en las mejores reuniones de la capital.

En el lugar destinado a los anuncios incluirá aquellos que pueden entrar en un periódico de esta especie.

Vasto es, pues, el plan que "Figaro" se propone y de no fácil ejecución. ¡Ojalá que sus fuerzas le ayuden en tamaña empresa!

Sólo dos cosas le resta advertir:

Primera. No se propone en sus escritos ni más color ni más partido que el que se le ha concedido hasta el día. Toda la libertad posible para nuestra patria; por lo demás, reirse de cuanto encuentre ridículo respecto a las leyes, y persecución de las almas donde quiera que se aniden.

Segunda. "Figaro" no será nunca un "Zurriago". Vivimos en el siglo de la buena educación. No usará más sátira que la compatible con el decoro, como procuró hacer hasta aquí. Ni insultos ni caricaturas. En consecuencia de tales principios y de la tolerancia a sus opiniones, nunca acometerá a ningún periódico; por el contrario, rehusará toda lucha indecorosa e inútil para el público. Respetará a los demás para tener derecho a exigir igual respeto para sí. Si alguno, pues, abusando de la previsión con que "Figaro" se desuma, lo acometiese vilmente con armas prohibidas, sepa que no será en las columnas del periódico donde encontraría la respuesta."

Pero este periódico no se publicó. Vemos en sus cartas que ha pactado entrar de redactor en *El Español*, que había comenzado a publicarse durante su viaje al extranjero, en 1.º de Noviembre de 1835. Este periódico le asignó 20.000 reales al año, y "Figaro", que en su artículo "La vida en Madrid" habla de la aridez de los periódicos, se entusiasma con *El Español* y dice en su carta a su padre que es uno de los principales, no ya de España, sino del mundo. Este periódico estaba dirigido por D. Andrés Borrego. Aquí dejó "Figaro" alguno de sus artículos más maravillosos, de sus más hermosas críticas sociales. Su última crítica teatral "Todo por mi padre", la magistral de los "Amantes de Teruel" y los inolvidables artículos de la "Necrología del conde de Campo Alange" y "El día de difuntos".

Cuando "Figaro" se marchó a París quedó al frente del Gobierno Martínez de la Rosa. Al volver ya había sucedido a éste Toreno y acababa de entregar el poder a Mendizábal. Sabemos con la pujanza que vuelve "Figaro". No hay más que leer sus famosos artículos *Figaro de vuelta*, *Buenas noches*, *Dios nos asista*, *Literatura* y todos los demás que siguen.

Combate "Figaro" a Mendizábal como ha combatido a los anteriores; ninguno

realiza su programa. Como sucede aún, todos prometen y no cumplen, y "Fígaro" lucha valientemente.

Los contemporáneos de Larra no ocultaron su envidia. En la *Revista Mensajera* se decía comentando el artículo "Buenas noches", el 5 de Febrero de 1876:

"Los que escriben en el estilo de "Fígaro", jugando y riendo con las cosas y con los hombres, tienen no pocas veces ancho campo para embozar con la capa de las chuscadas, muchos pensamientos que, no por que diviertan, dejan de ser falsos y sofisticos...

"Hay en la frase, sal; hay epigrama; pero librenos Dios de decir que haya verdad. No todos pueden como "Fígaro" aplicarse aquello de Quevedo:

"Que calle, no puede ser,
pues soy poeta en efecto,
y por decir un concepto
deshonraré a una mujer."

También he encontrado esta nota escrita por mano de "Fígaro", referente a su artículo *Buenas noches*, y tiene la particularidad de darnos idea del coste de las impresiones en este tiempo.

Cuenta de los gastos causados en Madrid en el folleto titulado *Buenas Noches*:

Por anunciar dos veces en el Diario dicho folleto.....	16 reales.
Impresión de 500 carteles.....	80 "
Papel para dichos carteles.....	80 "
Encuadernación de 1.500 ejemplares con papel.....	150 "
Impresión de 2.500 ejemplares y gastos extraordinarios para el trabajo hecho en días de fiesta y noches.....	480 "
Papel para la impresión.....	315 "
Por fijar carteles.....	18 "
Por la comisión de 1.200 ejemplares.....	240 "
<i>Suman los gastos</i>	1.379 "
Importan los 1.200 vendidos.....	2.400 "
Se regula para toda venta en las provincias y Madrid de los restantes 800 más que suben a.....	1.600 "
<i>Total de venta</i>	4.000 "
<i>Queda líquido</i>	2.621 reales.

Gastos	1.379 reales.
Producto	2.400 "
Diferencia	1.121 "
Pueden venderse.....	1.600 "
	2.621 "
Corresponden al Sr. Larra.....	1.780 "
Recibió a cuenta.....	1.507 "
Le resta.....	273 "

No menos resonancia tuvo el artículo *¡Dios nos asista!* La reina deseaba vivamente librarse de Mendizábal, que acababa de tener un duelo a pistola con Isturiz y se

imponía no sólo a la nación sino a la reina misma. Es curioso ver respecto de esto las cartas que María Cristina dirigía al noble Fernández de Córdova, en el que veía su más leal apoyo y que luchaba en el Norte contra los carlistas. En ellas se queja constantemente de Mendizábal, así es que tanto el general Córdova como ella vieron con gusto los ataques de Espronceda, Ochoa, Bravo y sobre todo Larra. En la correspondencia que se conserva de D. Joaquín María de Alba, dirigida al general Fernández de Córdova hay un párrafo que dice: "En estos días saldrán tres folletos—con licencia o sin ella—de Espronceda, Cortés y Vega. Serán ataques fuertes al Gobierno, y usted será respetado en todos ellos: es un plan combinado. El de Larra no se lo mando a usted según me pide, porque es tarde; en el correo que viene irá".

En efecto, en otra carta fecha 20 Abril añade:

"Remito a usted adjuntos unos cuantos ejemplares del *¡Dios nos asista!* de "Figaro", al que dije lo que usted me señalaba para él. Contestóme que no mordía a los que obraban de buena fe, aunque llegasen a equivocarse alguna vez en cosas poco trascendentales".

Esta referencia íntima dibuja mejor aún el carácter entero y recto de "Figaro" y prueba la gran estima en que se le tenía y cómo los grandes políticos se preocupaban de él. Ante él está abierta toda la Prensa, fáciles todos los teatros, goza de la consideración general. Así es que unos lo estiman y otros lo envidian.

En esta temporada de triunfo la misma reina Cristina desea conocer a "Figaro", que le es presentado. La Reina seducida por su privilegiado talento, siente una gran simpatía por el escritor y la demuestra más tarde a sus hijos.

De la independencia de Larra nos da idea el que cuando Mendizábal fué sustituido por Isturiz, él se preparó a seguir combatiendo a los ministeriales; don Andrés Borrego, amigo de Isturiz, devolvió a "Figaro" el artículo que había escrito contra el Gobierno, y con este motivo publica "Figaro" en el número de 23 de Mayo de 1836 el artículo *Figaro al Director de El Español*.

FIGARO

AL DIRECTOR DE "EL ESPAÑOL"

Figaro.—Señor director de *El Español*, pido la palabra...

Director.—¿Para qué?

Figaro.—Para rectificar un hecho y hacer una interpelación.

Director.—El señor *Figaro* tiene la palabra para rectificar un hecho y hacer una interpelación.

Señor director de *El Español*: En la primera carta que a mi vuelta del extranjero publiqué, di los motivos por qué me decidía entonces a escribir en el periódico que usted dirige.

Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer a ningún partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un Ministerio ni de otro ninguna especie de destino, no tratando de figurar por ningún estilo, estoy escribiendo hace años, y no tuve nunca más objeto que el de contribuir en lo poco que pudiese al bien de mi país, tratando de agradar al mayor número posible de lectores; para conseguirlo creí que no debía defender más que la verdad y la razón, creí que debía combatir con las armas que me siento aficionado a manejar cuanto en mi conciencia fuese incompleto, malo, injusto o ridículo.

Esta es la razón por que constantemente he formado en las filas de la oposición; no habiendo habido hasta el día un solo Ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creído obligado a decirselo así claramente a todos. Si yo tuviera alguna importancia política o literaria, tal vez sentaría en este lugar doctrinas o acumularía profesiones de fe. Felizmente no tengo ninguna importancia, y sólo reclamo el derecho que tengo de no hacer cuerpo común con nadie; por eso firmo constantemente mis artículos. Siguiendo este sistema, he remitido a usted estos días un artículo riéndome de lo que en el día me parece risible, sin cuidarme de si estaba o no en el sentido de su periódico, sea éste el que fuere. Este artículo me ha sido devuelto por usted, por no hallarse de acuerdo, sin duda, con sus

opiniones; no pudiendo exponerme a escribir otros que tengan igual resultado, usted me permitirá que le interpele, según el uso del día, y le pregunte sencillamente en qué sentido habré de escribir para verme impreso; bastante censura nos ponen los Gobiernos a los escritores sin que se nos añada otra doméstica en nuestro mismo periódico.

Si *El Español* es ministerial, usted me permitirá que, sin que altere en nada el aprecio que le profeso, sacuda desde este momento toda mancomunidad de responsabilidad política; y si no lo es, espero que explícitamente me lo manifestará, seguro de que pocas cosas serían para mí más dolorosas que haber de renunciar a las ventajas que su amistad y su periódico me han ofrecido hasta el día.

Además de cuanto llevo expuesto, me permitirá usted, señor director, que para facilitar su respuesta, añada que así rehusó pertenecer a un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaría hacer parte de un periódico de ciega oposición, *quand même*; y para que no se pueda dar a este paso más motivo que el que yo mismo le doy, concluiré diciendo que para mí, así el ministerio Isturiz como el ministerio Mendizábal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen más importancia que la del bien o del mal que puedan hacer a mi patria.

En el ministerio Mendizábal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto cualquiera que sea el partido o la popularidad que pueda tener en su favor, y los medios que ponga en práctica en el día para hacer la oposición; lo mismo pienso hacer ahora con el actual, cualquiera que sea la fuerza que como gobierno tenga en su favor; porque si hay quien puede tener miedo a los alborotos, a las multas o a la cárcel, yo no me siento con miedo a nadie. Y lo mismo pienso hacer con cuantos ministerios vengán detrás, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al país las instituciones que en mi sentir reclama: el acierto es, pues, el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto a alabar, no es mi misión; ni creo que merece alabanza el que hace su deber. Por ahí inferirá usted que tengo oficio para rato.

Espero, pues, su respuesta para saber el partido que debo tomar, y sólo me queda que hacer presente a usted que cualquiera que ella sea, tolerante como soy con las opiniones de los demás, ni dejaré de respetar las suyas, ni trato con este paso de aventajar mi posición a costa de su periódico.

En el ínterin queda su atento amigo y servidor:—*Fígaro*.

Detrás de este artículo va la contestación de D. Andrés Borrego, haciendo profesión de fe ministerial, pero sin prescindir del redactor que es alma de su periódico.

"Fígaro" tal vez por esto, tal vez porque se decide al fin a tomar parte en la vida pública al lado de su amigo el duque de Rivas, deja de ocuparse de política y todos los demás artículos son de crítica o de bella literatura.

En los últimos meses, o sea desde Noviembre de 1836 Larra tiene un contrato con la empresa de los periódicos *El Observador General* y *El Mundo*. El primero, era un periódico político y el segundo se llamaba *Diario del Pueblo*. Estaban fundados por D. Santos López Pelegrín, uno de los redactores era Antonio María Segovia, al que "Fígaro" dedica su artículo de 3 de Enero de 1837, uno de los últimos, *Fígaro al estudiante*, el que aunque era un hombre de gran valer, detractó más tarde a "Fígaro", ya muerto, en uno de sus artículos.

He encontrado en los papeles de "Fígaro" el borrador hecho por él de este contrato y el contrato sacado en limpio y firmado.

La empresa de los periódicos que ven la luz en esta corte con los títulos de *El Redactor* y *El Mundo* y el Sr. D. Mariano José de Larra, se obligan al cumplimiento de las siguientes estipulaciones:

- 1.º Don Mariano José de Larra procurará al periódico titulado *El Redactor General* seis artículos jocosos al mes, firmados *Fígaro*, no pudiendo usar esta firma ni género en ningún otro periódico, sino en *El Mundo*, y dos artículos al mes de fondo, con firma o sin ella.
- 2.º Don Mariano José de Larra procurará al periódico titulado *El Mundo* un artículo a la semana.
- 3.º La empresa proporcionará sujeto que firme los artículos de don Mariano José de Larra.
- 4.º Dicha empresa procurará que los artículos que dé el señor de Larra al *El Redactor General*, con la firma de *Fígaro*, sean impresos en letra clara, de regular tamaño, y al pie

del periódico, con entera separación de las demás materias, y en el sitio que los franceses llaman *feuilleton*.

Habrán de salir a la luz sin la menor alteración en el texto y enteramente conformes con el manuscrito del autor.

5.º La empresa se obliga a dar al señor de Larra por los empeños que éste contrae el sueldo de 40.000 reales al año, pagados mensualmente; es a saber: 36.000 por los artículos que procure al *Redactor* y 4.000 por los que dé al *Mundo*.

6.º La empresa de los periódicos titulados *El Redactor General* y *El Mundo* remitirá al señor de Larra dos ejemplares de cada uno de estos periódicos.

7.º La misma empresa procurará al señor de Larra un billete de entrada en las Cortes y en la tribuna de los taquígrafos, si puede ser.

8.º En caso de que cualquiera de las partes que contratan quisiera algún día rescindir este empeño, que comenzará a ser válido desde 1.º de Diciembre próximo, deberá avisar a la otra con un mes lo menos de anticipación, sujetándose, de no, a indemnizar los perjuicios que resulten, así como en el caso de faltar cualquiera de ellas a lo estipulado.

Y para resguardo de entrambas partes lo firman por duplicado en Madrid a 28 de Noviembre de 1836.

Mariano José de Larra.—Rubricado.—Por la empresa, Tomás Jordán.—Rubricado

Vemos, pues, que desde esta fecha hasta su muerte "Fígaro" escribió en *El Redactor General*, sin firma, dos artículos mensuales. Pueden existir en este periódico cuatro o seis artículos de "Fígaro" que se conocerán por el estilo y que es curioso buscar.

Existe el borrador de este documento, de letra de "Fígaro", y sólo difiere de las copias en que lleva el borrador fecha 1.º de Diciembre y esta nota: El señor de Larra al firmar el contrato deberá recibir del señor Jordán el mes de Diciembre adelantado.

También se halla un borrador interesantísimo de contrato con *El Español* y *Revista Española*, en el que hay la cláusula siguiente:

El editor del periódico no podrá insertar ningún artículo en contestación o impugnación a "Fígaro", sin que éste consienta en ello.

El periódico le daba 40.000 reales al año y podía descontarle 400 por cada uno de los artículos semanales que dejase de dar si era de política o literatura, y 200 si era de teatros.

El último artículo de "Fígaro" que se publicó en un folleto después de su muerte, y forma parte de sus obras completas, se intitula *Ni por esas*.

Verdadera contestación de Andrés a "Fígaro"; pero es de creer que no es el último que escribió, sino que es de la época de *El Pobrecito Hablador* y que como permanecía inédito se explotó a raíz de la muerte del escritor.

Todavía existen sin recopilar todos estos artículos de Mariano José de Larra, además de los comprendidos en las "Obras completas" de Montaner y Simón y los dos tomos publicados de "Post Fígaro".

Teatros: "Hacerse amar con peluca" (*R. E.*, 1832).

Teatro de la Cruz: "El Espía" (*R. E.*, 1833).

Variedades críticas: "No lo creo" (*R. E.*, 1833).

Teatros: "La Vengada sin castigo" (*R. E.*, 1833).

Teatros: "Las Capas" (*R. E.*, 1833).

Teatro de la Cruz: "Siempre" (*R. E.*, 1834).

Teatros: "El Colegio de Tonnington" (*R. E.*, 1834).

Teatros: "Parisina" (*R. E.*, 1834).

"Ascensión aerostática" (*R. E.*, 1833).

"Ascensión aerostática" (segundo) (*R. E.*, 1833).

"Rehiletes" (*R. E.*, 1834).

Conciertos (*R. E.*, 1832, 22 de Marzo).

(Todos estos omitidos en el "Post-Fígaro".)

Teatros: "El Vampiro" (*Observador*, 1834).

Teatros: "El Diplomático" (*O.*, 1834).
 Comunicado *Revista-Mensajero*, 1835).
 Teatros: "Gaceta de Castilla", etc. (*Español*, 1836).
 Teatros (*E.*, 1836).
 Publicaciones nuevas: "El Jorobado" (*E.*, 1836).
 Teatros: "De la reparación de la ópera italiana y del teatro nacional" (*E.*, 1836).
 Teatros: "La muerte de Torrijos" (*E.*, 1836).
 Teatros: "La empresa nueva", etc. (prohibido por la censura. De Abril, 1836).
 "Teatros y algo más" (*E.*, 1836).
 Teatros (artículos sin alusiones políticas) (*E.*, 1836).
 Publicaciones nuevas: "El ministerio Mendizábal" (*E.*, 1836).
 Teatros: "Revista del mes" (*E.*, Mayo, 1836).
Figaro al director del *Español* (1836).
 Ateneo Científico y Literario de Madrid, siete artículos (*E.*, 1836).
 Teatros: "Está loco" (*E.*, 1836).
 Teatro Nacional: "Le redacción de un periódico" (*E.*, 1836).
 Teatros: "Un bofetón" (*E.*, 1836).
 Comunicado (*E.*, 1836).
 Teatros: "Abelardo y Eloísa" (*E.*, 1836).
 Teatros: "Una madre" (*E.*, 1836).
 Comunicado (*E.*, 1836).
 Teatros: "Príncipe, función extraordinaria" (*E.*, 1837).
 Príncipe: "La honra de una mujer" (*E.*, 1836).
 Correspondencia (*Correo Literario y Mercantil*, 1829).
 Correspondencia: "Crítica" (Idem *id. id.*, 1831).
 Correspondencia: "Rectificación" (Idem *id. id.*, 1832).
 Teatros: Revista semanal, cinco artículos (*Correo de las Damas*, 1833).
 Rehilletes, en 12 números (Idem *id. id. id.*).
 Teatros: "El regreso del prisionero" (Idem *id. id. id.*).

Hay además algunos sin firma que es fácil identificar.

En cambio se le ha atribuido algunos erróneamente, entre ellos la crítica de *Elena*, de Bretón, y la del *Don Alvaro*, del duque de Rivas, como tendremos ocasión de demostrarlo.



D. Fernando Fernández de Córdova.

VIII

EL CRÍTICO

Las épocas en que florece la sátira son las épocas del apogeo de la literatura. Es muy difícil ser buen satírico. La sátira no está al alcance de todos; es una especie de modalidad del espíritu, que al mismo tiempo que está dotado de una fina observación sabe censurar de un modo plácido o amargo, pero siempre, el tono debe ser festivo, y el discurso lleno de mesura y distinción.

Toda la obra de Larra es crítica. No es un costumbrista, pues cuando describe costumbres es para criticarlas. Más que periodista político ejerce la crítica política; y sus artículos de sociología, de teatros, de literatura, son críticos todos. Su misma comedia *No más mostrador*, al hacerla suya la hace crítica. Hay en ella una hermosa sátira social y una pintura satírica de tipos admirablemente hecha.

Todas las críticas de "Figaro" son de buen tono, de *guante blanco*, aunque dejaba penetrar hasta el fondo el estilete. Sus contemporáneos le temieron por lo certero de sus ataques y por la gracia incomparable, con la que cualquiera de sus frases se tornaba inolvidable.

Rara vez su crítica es personal ni exagerada; se coloca siempre en el justo medio, y hasta cuando ataca directamente, como tiene que hacerlo al tratarse de D. Clemente Díaz u otros casos semejantes, sabe elevar las cuestiones de tal manera que su sátira adquiere un valor impersonal, se generaliza.

"Figaro", por lo mismo que desde niño tenía una alta idea del respeto a sí mismo, tenía también un gran respeto a los demás y sobre todo una alta idea de la misión de crítico. En su artículo *De la sátira y de los satíricos* proclama el alto ministerio de la crítica y censura a los que emplean la que debe ser arma moralizadora para satisfacer rencillas personales. Hace ver que el satírico rara vez es alegre, que Molière era el hombre más triste de su tiempo. Tiene que ser así, porque el temperamento del satírico está predispuesto para ver en las cosas antes el lado feo que el lado bello.

Llámanle la atención en el sol más sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporción de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la acción aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce.

El escritor satírico se lo representa como un cuerpo opaco, destinado a dar luz, es acaso el único que da lo que no tiene.

"Somos satíricos porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a la que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos

es vedado y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan; no abrigamos una pasión dominante de criticarlo todo con razón o sin ella; somos sumamente celosos de la opinión que puedan formar nuestros conciudadanos sobre nuestro carácter; y en medio de los disgustos a que nos condena la dura obligación que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restricción, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar a nadie con nuestras críticas y sátiras; ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aquí lo hicimos, toda cuestión personal, toda alusión impropia del decoro del escritor público y del respeto debido a los demás hombres, toda invasión en la vida privada, todo cuanto no tenga relación con el interés general." (*El Español*, 2 Marzo 1836.)

En la crítica de costumbres Larra descuella también de un modo admirable. No es Larra costumbrista ni malo ni bueno. No es costumbrista aunque él mismo crea serlo como asegura en su crítica de Mesonero Romanos *Panorama matritense*.

Sus artículos no son esas descripciones en cuya exactitud está el mérito del costumbrista. No era él ese señor que se pasea cargado con su máquina de fotografía y que va tomando cuadros que nos seducen porque guardan la imagen de cosas que ya no existen. Cuadros que tienen más valor de documento que valor artístico, sobre todo tratándose de una generación como la suya, colocada en la confluencia de dos épocas.

"Figaro" no se contenta con retratar; penetra en las casas para inquietar a los moradores echándoles en cara sus cobardías o sus ridiculeces; lleva al hombro una piqueta para ir demoliendo las cosas viejas que halla al paso; lleva en la mano un libro para los que quieran estudiar, y camina entre baches y vericuetos elevando en la mano la antorcha que muestra el camino.

En cualquier artículo de Larra hay ideas para escribir un libro entero. ¿Puede darse crítica más completa de la sociedad española en general que en *¿Quién es el público y en dónde se le encuentra?*

Ante la dificultad de definir el concepto abstracto del público, sale a observar sus diferentes aspectos. Es domingo y la gente va a misa vestida de limpio y recién lavada. Al salir de la iglesia hacen todos visitas y los hombres se complacen en seguir y admirar a las lindas devotas. "Figaro" escribe:

"El público oye misa, el público coquetea (permítase la expresión mientras no tengamos otra mejor), el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, adonde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos después de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdón suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas."

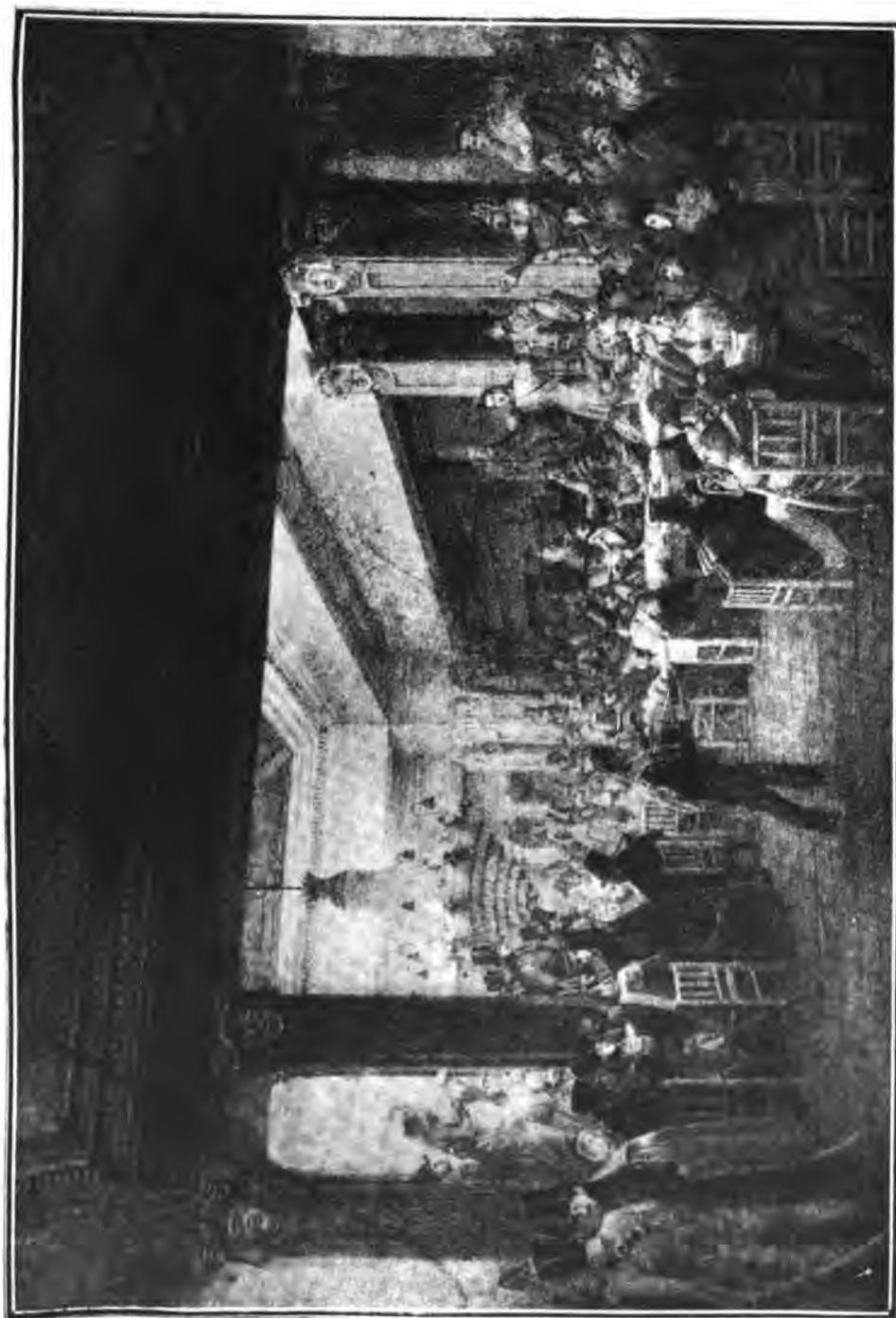
Va luego a las fondas sucias y mal olientes y a los paseos, donde va todo el mundo, ahogándose de polvo y dándose pisotones; los ve entrar en los cafés más opacos y más sórdidos, y "Figaro" concluye: "el público tiene gustos infundados" y "El público es caprichoso".

Pero el crítico se detiene a observar lo que sucede en el café.

"En esta mesa cuatro militares disputan, como si pelearan, acerca del mérito de Montes y de León, del volapié y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia: sin embargo se van a matar, se desafían, se matan en efecto, por defender su opinión, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos que no entienden de poesía se arrojan a la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicerios disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado el diapasón se disparan mil epigramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café."



Interior del café «Los dos Amigos».

(Colección Félix Boix.)

"En todas partes muchos majaderos que no entienden de nada, disputan de todo".

El concluye: "El ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende."

Después, viendo la concurrencia de las tabernas, va a escribir en su libro de memorias, cuando se rompe la punta del lápiz "El respetable público se emborracha".

Confundido con estos datos trata de inquirir la opinión ajena. Un autor silbado le dice: "Preguntadme más bien cuántos necios se necesitan para componer un público." En cambio, un autor aplaudido afirma: "Es la reunión de personas ilustradas". Para cada uno el público es diferente.

Un periodista presume que el público está reducido a sus suscriptores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de sus clientes. A un médico se le figura que no hay más público que sus enfermos, y gracias a su ciencia este público se disminuye todos los días.

"Figaro" se pregunta:

"¿Será el público el que compra la Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas, y las poesías de Salas, o el que deja en la librería las *Vidas de los españoles célebres* y la traducción de la *Iliada*? ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oír a una cantatriz pinturera, o el que los revende? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, o el que en tiempos pacíficos sufre y adula?"

De todo esto saca la conclusión del poco respeto que merece la opinión pública.

"Y esa opinión pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradicción hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena a vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo a verter su sangre por el capricho o la imprudencia de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca u otra cosa peor por mujer? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor o de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razón en la punta incierta de un hierro afilado?"

Pero ¿a qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí."

En empeños y desempeños hace la crítica más acabada de como vive una sociedad empobrecida, vana, que gasta más que tiene, y acaba:

"¿Es posible que se viva de esta manera? Pero ¿qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡bien haya la vanidad!"

¡Qué hermosa, qué admirable pintura de la clase media en el *Castellano viejo*! Aquella gente que confundía el patriotismo con el atraso y la grosería, está admirablemente retratada.

"Mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucécita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves o insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o a la mayor parte de nuestra clase media, y a

toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguera le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agrandar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espeta a uno cara a cara*. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento*; llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida a decir: *Dios guarde a ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad."

Es magistral la pintura de esa comida, que no se olvida jamás habiéndonos hecho asistir a ella. Las visitas, las tardanzas de los convidados; la excesiva franqueza con que le hace quitarse el frac, *para que no se manche*, y le pone una chaqueta suya, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitían comer probablemente. Dile las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodas todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se había creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente."

Los incidentes de la comida, en la que los dueños riñen a los criados y el marido y la mujer cambian pellizcos y pisotones y hasta se inicia una tempestad doméstica por deficiencias del servicio. Se ve al hombre que no sabe trinchar, forcejeando con un capón que se escapa del plato para caer en medio de la mesa; el señor que deja al lado del pan de su vecino los huesos de las aceitunas; el niño que vierte la salsa; la criada que vierte la salsa; el invitado que derrama el vino; la dama de los dientes negros y amarillos que hace finezas ofreciendo un bocado en su mismo tenedor.

"Hay nada—exclama—más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales; que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?"

"Ustedes harán penitencia, señores—exclamó el anfitrión una vez sentado—;

pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys;" frase que creyó preciso decir. Necia afectación es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia."

Muchas veces nos hemos referido al famoso "Vuelva usted mañana", donde retrata la *pereza nacional*. Aquel extranjero Mr. Sans-Delai, que halla aquí la antetis de su apellido, viene a evacuar un asunto que se puede resolver en una semana, y que al cabo de varios meses tiene que marcharse sin haber conseguido nada, porque en todas partes repiten "Vuelva usted mañana" un día tras otro día.

No es cierto que "Fígaro" sea un extranjero. Al contrario, satiriza acerbamente en el "D. Periquito" de *En este país* a los españoles que se complacen en detractar a su patria. Se necesita tener una mala fe manifiesta para seguir afirmando, después de leer esas páginas, que Larra no era un buen patriota.

Siente Larra con intensidad todos los dolores de esa España triste y doliente en la que él vive, y más de una vez pasa de la crítica de tipos y de costumbres a la profunda crítica social. En su artículo *Dios nos asista*, exclama: "Asesinatos por asesinatos, prefiero los del pueblo."

Revolucionarios, completamente revolucionarios son sus artículos *Los barateros* y el *Reo de muerte*.

En éste exclama, después de pintar el cuadro bárbaro de la ejecución: "¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea política ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces."

Acaba con estas palabras:

"Miré el reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivía aún... De allí a un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante el estruendo de las puertas de la eternidad que se abrían, resonó por la plazuela: el hombre no existía ya: todavía no eran las doce y once minutos. "La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre."

Más grandioso es aún el artículo *Los barateros*. Pinta una cárcel inmunda donde están mezclados los criminales, cada vez más pervertidos, más viciosos, entregados a la holganza y al juego.

En esa cárcel hay dos barateros, dos que se creían con derecho a retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco. Estos dos hombres confían su derecho a la fuerza de su brazo, como los hombres primitivos, y riñen navaja en mano ante todos los detenidos, que apagan el ruido de la lucha con el cántico religioso de la Salve que entonan todos los atardeceres, y al final del cántico uno de los barateros cae muerto.

"La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa cárcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molesta mi sueño; pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero derimir, y me vienen a despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo, de que en vida yo no hice más caso que de ti, puede contagiarme con su putrefacción, y por ende mando que el cuerpo se entierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando a otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegían. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta a aquellos a quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian a amparar, pero no a vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para ti; porque yo tengo jueces para ti, y tú no los tienes para mí: yo tengo alguaciles para ti, y tú no los tienes para mí: yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para ti, y tú no lo tienes para mí. Por eso yo castigo tu ho-

micidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasión."

Hay una adivinación de las más avanzadas doctrinas socialistas y hasta anarquistas o bolchevikis.

"Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y entre en mi composición el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo troncado: ¿no ves que me falta el pueblo?, ¿no ves que ando sobre él, en vez de andar con él?, ¿no ves que me falta el alma, que es la inteligencia del ser, y que sólo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue a reunir todo?, ¿no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo?, ¿no renuncias a tus derechos en el acto de no reclamarlos?, ¿no lo autorizas todo sufriendolo todo?"

"Y el baratero: Mi día llegará, oh, falsa sociedad, oh, sociedad incompleta y usurpadora, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán a leer. ¡Hágase en el interin la voluntad de la fuerza: ahorca a los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores a los señores que se baten en duelo, y, en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!"

No hay que admirar estas líneas pensando sólo en lo que ellas son en sí, sino pensando en el tiempo en que están escritas. Lo que representan en esa época.

Algún hombre de orden debió indignarse porque encontramos un artículo de "Fígaro" en que contesta a otro artículo intitulado *El reverso de la medalla*, donde alguien rebatía *Los barateros* con el pseudónimo de "Un viajero inglés". Comienza "Fígaro" su carta *A Un viajero inglés* con la sorna peculiar suya en todas las polémicas, por establecer la diferencia que existe entre España e Inglaterra. Hace notar la arbitrariedad con que en España se prendía o deportaba a quien se quería; habla de la desmoralización de las cárceles, de la ineducación y del desamparo moral de las clases humildes. Es quizás "Fígaro" el primero que hace la campaña para borrar la diferencia de clases: Un plebeyo no se puede casar con la hija de un caballero por la desigualdad de clases; se condena la vagancia y no se da trabajo a los que lo solicitan. Acaba contando el caso del famoso Jaime el Barbudo, al que unos caballeres que robaron por broma unos carneros le arrojaron las pieles a su cara. Injustamente condenado por robo, Jaime va a un presidio, en cuya atmósfera germina su rencor, y al salir de él sale convertido ya en ladrón para combatir con las armas hasta el pie de la horca.

"Hace días, un hombre del pueblo es atropellado por un hombre de cabriolé; el hombre del pueblo reclama sus cántaros rotos: sobreviene un celador de policía, y al oír al hombre y al ver al del cabriolé, vuelve la espalda diciendo: ¡Bah! /bah! Y si este hombre se toma la justicia por su mano, ¿a quién la culpa?"

El termina este valiente y demoleedor artículo, deduciendo que de la mayor parte de los delitos es sólo culpable la sociedad.

El gran crítico es invencible en la polémica. Don Clemente Díaz, un hombre tan escaso de talento y cultura como sobrado de osadía, escribió una sátira contra *El Pobrecito Hablador* intitulada *La satírico manía*, donde con malísimos versos trata de ridiculizar a "Fígaro" y demostrar la nulidad de la crítica. Empieza:

¡Cáustica musa, que al maligno vate
versos de hiel y de veneno inspiras,
con que los vicios juzga que combate!
Dame tu auxilio, si a lograr aspiras

ocupación más digna; si apetece
templar tu fuego, mitigar tus iras.

Entre otros dilates añade:

¡Canción ya tantas veces repetida
contra abusos sociales! ¿Cuándo, Apolo,
de serenos cesará reproducida?

“Persio” gustará, si cantara solo:
gustará aún “Juvenal”, y aun otros ciento,
si más no hubiese desde polo a polo;

Mas ¿quién podrá de multitud sin cuento
falta de ingenio, de discurso y arte
serviles copias digerir contento?

¿Quién, si no tuvo por estrella a Marte,
la guerra intenta declarar al vicio,
que vencedor tremole su estandarte?

¿Piensa rendirle el escritor novicio,
arrebataando de Boaló (1) la espada,
con flaca mano y agostado juicio?

¿Será que esta empresa reservada
esté por las deleidades de Helicón
a pluma de cotorra mal cortada?

¿Ser, pues, que la fama lo pregona,
de un pobre bachiller la habladuría
punzante a veces, rancia y monótona.

Quien destierre del mundo la herejía;
quien de flaquezas purgue al hombre flaco,
y el pecado de Adán ponga en leña?

Pues mal que pese al reverendo Baco,
festivo dios, de las locuras padre,
echa esta vez su trigo en roto saco:

Aunque a los hombres importuno ladre,
¿qué fruto ha de sacar, si en sus orejas
no hay barreno de acero que taladre?

¿Hizo a los hombres Juvenal mejores?
¿Curóse de los “vanos” la demencia
con darla mil ridículos colores?

Pues pobre “bachiller”, ¿dó está tu ciencia?
¿Dó está la ciencia que ejercer procuras,
probando de los sabios la paciencia?

¡Musa!, aunque viertas tu letal veneno,
y al estilo satírico me impelas,
graves acentos vibrará mi seno.

Hinche en el mar del “frívolo” tus velas,
que si invoqué tu auxilio frágilmente
cuando el furor mis párpados vendaba,
no más seguirte mi razón consiente.

La contestación de “Figaro” no se hace esperar. Despliega toda la pompa de su sátira burlesca y destroza completamente al infeliz D. Clemente Díaz, envolviéndolo con sus hiperbólicos elogios en el más cruel ridículo.

Mi primera idea, cuando tuve la primer noticia de que un literato (entonces no sabía yo todavía que había de ser vuestra merced) iba a escribir contra el Bachiller, sépase que fué acribiliarle a sátiras y folletos, y no dejar en sus escritos pedazo entero y sano tamaño como una ave-lana, o como la reputación de vuestra merced, que todo es comparar. Pero luego que supe que era el impugnador un hombre tan conocido como don Clemente Díaz, guardárame yo muy bien, dije para mí, de seguir en tan loco empeño; a más de respetarle como si fuera el mismo cólera morbo, vínome a la imaginación que debía de haberse hecho con su bien parado folleto un numeroso partido, compuesto todo de los ofendidos por el Hablador. ¡Qué de

(1) Boileau debió escribir.

usureros prestamistas y qué de calaveras tramposos no miro ya en derredor suyo, dispuestos a defenderle; qué de librerros mandrias, qué de autores silbados, qué de autores éticos de circunstancias, qué de capitanes de ocho años y de vistas ciegos, qué de queridas de intendentes, qué de públicos de todas especies, qué de perezosos de aquéllos de "Vuelva usted mañana", qué de autores batuecos, qué de batuecos convidadores, qué de gentes, en fin, que ni escriben ni leen, ni leen ni escriben, ni hablan ni oyen, tendrá dispuestos a sacar la cara por sus escritos!

Sabe don Clemente Díaz hacer versos aconsonantados sin consonante, caso que no ha acertado a conseguir ni ha intentado siquiera ningún poeta ni famoso, ni sin fama, como cuando hace consonar *velas* con *vendaba*. ¡Tan cierto es que sólo al genio le está reservado abrir sendas desconocidas! Esto me trajo a la memoria aquel otro caso tan sabido del juego de prendas, en que se apuraba una letra y era la *g*; había dicho alguno *guitarra*. "A usted le toca ahora, señorita", dijo a la persona siguiente el que llevaba el juego; a lo cual contestó ella con gran prisa y raro tino *violín*, y calló con aquel aire de satisfacción y desbarazo que tiene el que ha salido triunfante de un grande apuro.

Consonante a *velas*... Vamos, don Clemente, en *elas*. ¿En *elas*? ¡*Vendaba*! ¡Bravo, don Clemente! ¿Ven ustedes? Ya salimos del paso.

Recuérdame este otro cuentecito que me contó mi maestro: un poeta nuevo, como vuestro merced, señor don Clemente, tenía que hacer una oda a un amigo suyo, a quien habían sacramentado; él había visto que en las odas solía haber unos versos cortos y otros largos, y dijo: "Si en eso consiste, odas haré yo también", que es lo que a vuestra merced le habrá sucedido con los tercetos: hizo, pues, su oda, y describiendo una mala noche, concluyó una estrofa con estos dos versos, el uno quebrado y el otro tan entero como un burro garafón:

"Y era tan fuerte el viento,
Que se apagaban las hachas de los que por purísima devoción iban alumbrando 'al Santí-
[simo Sacramento]"

cuando leo un hermoso trozo de Homero, y aun de Virgilio, siempre arrojó el libro, diciendo: ¡Qué lástima que esos hombres no fuesen buenos cristianos y hombres de bien, como don Clemente Díaz! Pues ¿y cuando leo a Horacio, a Juvenal, y a Persio, y a Boaló, como vuestra merced escribe, o Boileau, como se llamaba él y escribimos nosotros? Entonces me ocurre al momento la misma idea que a vuestra merced. Si los abusos no se han de corregir, por más sátiras que se escriban, ¿para qué escribirlas?

Semejante a ésta es su contestación a D. Pedro Pascual de Oliver, que principia:

Muy señor mío: En la *Revista* del 20 del que expira he leído un comunicado de usted, fecha en Zamora, en que trata de la *real orden, relativa a correos, tan amargamente criticada por mí en mi reciente carta, titulada "Buenas noches"*.

¿Con que es usted, señor don Pedro Pascual Oliver, el responsable de los defectos de aquel corto escrito? ¿Con que usted era oficial de la secretaría de la gobernación del reino y encargado en ella del negocio de correos? Doy a usted, señor don Pedro, docke a mí y doy a la Secretaría del reino la más completa enhorabuena.

Pero volvamos, si usted gusta, a nuestro *riesgo* y *peligro*. Decía, señor don Pedro, mi amigo, que ya se me alcanzaba a mí antes de leer su apreciable carta, que no son *sinónimas* esas voces: la diferencia, que tengo ha tiempo establecida para uso particular en un trabajo inédito, que sobre sinónimos de la lengua castellana en ratos perdidos me he ocupado, consiste en esto: *que el peligro es inminente; en el riesgo hay más contingencia*. Y aclarando las definiciones, no muy buenas del diccionario (permítame él y usted esta proposición) con un ejemplo, diremos perfectamente: "Un general corre *riesgo* de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el *peligro*." El *riesgo* es dudoso; el *peligro* es cierto: éste es más *próximo*; aquél, más *lejano*.

Convengo también con usted en que es más fácil *buscar* y aun hallar *defectos*, donde hay tantos, sobre todo, que poner reales órdenes, y más si éstas son, como usted dice, *sobre asuntos dados*, porque si no son *sobre asuntos dados*, ya es otra cosa. Y la prueba de la proposición de usted está en lo raro que es ver reales órdenes que tengan sentido común; argumento grande en apoyo de su dificultad, a cuyo propósito citaré a usted lo que escribía cierto crítico francés, hablando de un antagonista suyo: "El señor es un necio—decía—; yo soy quien lo digo, y él es quien lo prueba."

No se olvidará nunca el nombre de D. Clemente Díaz, como no se olvidará el de D. Pedro Pascual de Oliver. Son dos nombres que ha inmortalizado "Figaro", como

Miguel Angel inmortalizó en "El Juicio Final", de la Capilla Sixtina, al signore Biagio de Cesana, en la figura de Minos, con sus orejas de asno.

En la crítica literaria, "Fígaro" no tiene un criterio estrecho y descontentadizo. Su credo está expreso en la *Polémica literaria*, donde insiste una vez más en que no deben ser jamás personales los ataques. Si del retrato del vicio surge la figura del vicioso, no es culpa del autor.

Sin embargo, no puede sufrir la pedantería de los santones de la literatura, esos fantasmones consagrados por la fama que pinta en *D. Timoteo o El literato*, al que "Fígaro" visita, y al ver su figura sucia, descuidada, con las gafas encaramadas en la frente, exclama: "Este es un sabio."

"¡Oh, sabio don Timoteo! ¿Quién me diera a mí hacer una mala oda para echarme a dormir sobre el colchón de mis laureles; para hablar de mis afanes literarios, de mis persecuciones y de las intrigas y revueltas de los tiempos; para hacer ascos de la literatura; para recibir a las gentes sentado; para no devolver visitas; para vestir mal; para no tener que leer; para decir del alumno de las musas que más haga: "es un mancebo de dotes muy recomendables, es mozo que promete"; para mirarle a la cara con aire de protección y darle alguna suave palmadita en la mejilla."

Se cree que "Fígaro" aludió aquí a D. Juan Nicasio Gallego, que era tan poco pulcro, que asistiendo a una partida de tresillo, se levantaba con frecuencia para ir al retrete; pero en vez de llegar hasta él, se detenía en los huecos de los balcones del salón. Descubierta la causa del estado de la tapicería, la dueña de la casa gritaba, cada vez que veía levantarse al sacerdote:

—Don Juan Nicasio, D. Juan Nicasio; que acompañen a D. Juan Nicasio.

Del mismo modo se vuelve contra los malos traductores y los malos hablistas, condena la afectación, pero él no se sujeta a regla ninguna; dice, como Leopardi: "El que los clásicos no hayan hecho tal o cual cosa, no significa que no pueda hacerse, sino que ellos no la hicieron." Un estilo demasiado florido sólo sirve para encubrir pobreza de ingenio o un estilo académico invariable y uniforme los rechaza por igual. "Las lenguas siguen la marcha del progreso y de las ideas", dice.

Otro de los defectos que censura es el abuso de citas, que hizo exclamar más tarde a Haine: "¿Como cuántas citas puede un hombre honrado consumir al año por dos francos."

Larra no cae en los defectos que critica; hay en su prosa una fluidez y una ligereza incomparables. La palabra se tiende, se desenvuelve con una elegancia desacostumbrada; deliberadamente huye de todo lo que es erudición fatigosa; condensa las ideas en vez de diluirlas, y así tiene esas frases síntesis, gráficas, acerdadas, que se graban a buril en el espíritu del lector.

Busca la nota pintoresca, la que encubre la profundidad entre ligeras gasas, y



D. Juan Nicasio Gallego.

aprovecha esos chascarrillos peculiares de la conversación española para matizar con ellos sus escritos.

No es parco en elogios para las obras que lo merecen, aunque nunca es un incondicional. Lo veremos elogiar *Las vidas de españoles célebres*, de Quintana; las *Poesías*, de Martínez de la Rosa; el *Panorama matritense*, de Mesonero, del que dice que "ha sabido sacar la mascarilla de Madrid".

La prueba de su imparcialidad en la crítica está en cómo censura sus propios defectos, como cuando habla de la mala oda que el diablo le tentó a escribir, o pone por ejemplo de galicismo su comedia *No más mostrador*, en la que dice: "Si el ridículo que nos hemos echado encima no nos hace morir."

"¿Qué cosa es—pregunta luego—un *ridículo que se echa uno encima*? ¿Se usa en castellano como sustantivo la voz *ridículo*, ni quiere decir nada usado de esta manera? Si los jóvenes que se dedican a la literatura estudiasen más nuestros poetas antiguos, en vez de traducir tanto y tan mal, sabrían mejor su lengua, se aficionarían más a ella, no la embutirían de expresiones exóticas, no necesarias."

Por esto sorprende que Larra consagre todo un artículo a un libro de poesías de D. Juan Bautista Alonso. Después de leer los comentarios de "Azorín" sentí el deseo de conocer este libro y al fin logré un ejemplar, al que, a pesar de la larga fecha que lleva encerrado en una biblioteca, tengo yo que abrir las hojas, porque a nadie ha tentado su lectura. Está impreso en ese papel que parece hecho para la inmortalidad; ese antiguo papel de hilo recio y plástico, que resulta una caricia para el tacto. Está impreso en negritas redondas y gordezuelas, y en su portada se lee:

"Poesías de D. Juan Bautista Alonso, individuo del Colegio de Abogados de Madrid.—Madrid. Imprenta de D. Tomás Jordán. 1835."

Hay en el libro de todo: Odas, romances, letrillas, sonetos, anacreónticas; pero todo débil. Leo con atención, y veo que "Fígaro" se debate entre su sinceridad y su deseo de elogiar. Véase cómo va la censura entre el forzado aplauso. Empieza:

"Colocándonos, pues, en la época a que corresponden estas poesías, examinemos el libro en venta, no ya comparando a nuestro autor con lord Byron o Lamartine, puesto que su género es tan distinto, que difícilmente se le pudieron hallar puntos de contacto."

Después de elogiar estrofas de las odas del poeta, dice:

"Quítensele a sus estrofas algún adjetivo inútil y cierta oscuridad que resulta de la violenta colocación del tercer verso de la segunda, y es un rasgo de primer orden."

Más adelante añade:

"Parécenos, sin embargo, que el género filosófico no es el sol de Austerlitz para el señor Alonso: le compararemos de buena gana en esta circunstancia con Meléndez, de quien las odas y los discursos, salvo alguna excepción, como el de *las artes y las estrellas*, no son lo que le da inmortalidad."

Sin duda para compensar todo este descontento encubierto que se lee entre líneas, exagera tanto el elogio de la *Vida feliz*, que bien pudiera tomarse por ironía. En algún momento Larra lo conoce, y dice disculpándose:

"Amigos del poeta, quisiéramos no vernos obligados a poner al lado del aplauso conquistado la merecida crítica. Pero conocemos demasiado al señor Alonso y sus severos principios de virtud, para ofenderle con una parcialidad, indigna del escritor público. Al notar los defectos de su obra, como lo hemos hecho, repetimos su axioma:

"*Amicus Plato, sed magis amica veritas.*"

En el final es donde más se ve el favor y el desfavor que hace Larra a su amigo; dice:

"En resumen: el señor Alonso tiene en general el mérito de ser original, y en estos tiempos no es poco. No se puede comparar con Rioja, con Herrera, con Garcilaso; no es precisamente Meléndez, ni Cienfuegos; no es Quintana; no es... es un poeta *sui generis*; el señor Alonso es Alonso. Es superior, como hemos dicho, en el género bucólico. Su versificación es en general buena, casi siempre armoniosa. No es muy correcto, y esto no porque no le creamos capaz de corrección; pero ha hecho mal en no pulirse más, como él mismo dice en su prólogo, por falta de humor y de paciencia. Hubiera podido espurgar algún tanto sus poesías, suprimir alguna composición y acortar muchas.

Poeta franco y libre, suelta la rienda a su inspiración y escribe demasiado. El talento ha de servir para saber lo que se ha de decir de lo que se sabe. Esa superabundancia de vena suele dañar al efecto, desliendo demasiadas ideas que, ligeramente apuntadas, resaltarían doble; porque en las artes de la imaginación suele querer decir de más lo que se dice de menos. Manifiesta instrucción y filosofía si no abusara a veces de la primera y si no afectase demasiado la segunda."

La sinceridad triunfa. No es un elogio esta crítica; mas a pesar de eso nos preguntamos con "Azorín": "¿Por qué Larra hizo un artículo a este señor Alonso?"

La respuesta no es difícil, estando ya en antecedentes de su vida y conociendo el secreto de su corazón. Don Juan Bautista Alonso era el primer pasante (Olózaga era el segundo) del célebre letrado D. Manuel María Cambronero, al que dedica el tomo y varias de sus poesías; le ligaba con él una gran amistad, tanta, que heredó su bufete y su biblioteca, llegando a ser también un célebre jurisconsulto. Tenía Alonso aficiones y entusiasmos de poeta y trato y amistad con todos los de su época, y él fué el que presentó a Larra en la casa donde había de hallar a la mujer que decidió de su vida.

Además, en el libro de Alonso hay poesías dedicadas a Concepción Rodríguez, esposa de Grimaldi, la que estrenó las obras de Larra. Encontramos otra a doña Mariquita Zabala de Ortiz, a cuya muerte dedica "Fígaro" un soneto y un epigrama a su esposo por haber mandado hacer su busto a un mal artista. Son, pues, comunes sus amistades; se ve que conviven, que "Fígaro" le tiene afecto, y sobre todo se ve que Alonso ha dedicado una poesía a aquella mujer que era la vida de "Fígaro".

AL CUMPLEAÑOS DE LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DE LOS DOLORES ARMIJO DE CAMBRONERO,
MI AMIGA:

"Yo no sé, celeste Amira.
Si podrá decirte el labio
La gloria que el alma siente
Viendo florecer tus años,
Hoy que con vírgenes luces
De tu dulce vida al árbol
Añade una rosa nueva
El monarca de los astros.
Que algún fúnebre recuerdo
Y algún punzante cuidado
Para menguar sus encantos.
Y a no templar tu sonrisa
El grave dolor amargo,
Fuera mi tímido acento
Ronco son desconcertado.

Perdona, imagen del cielo,
Si no alcanza el plectro a tanto.
Que las cuerdas de mi lira
Haga sonar con aplauso.
Hoy Venus en el olimpo
Celebre su nombre claro:
Que yo el tuyo venturoso
Humilde cantor ensalzo.
No de la torpe lisonja
En el vil altar consagro
Impura ofrenda, que el mío
Son de la amistad los lauros.
Las adoríferas flores
Que yo te presente ufano,
Brillarán inmarcesibles
Hasta en el sepulcro avaro.

Ante mis ojos atentos
 Pareces clavel lozano,
 Que del sañoso Diciembre
 Sobrevive a los estragos;
 Vernal hermosa azucena
 Que, en el pensil descollando
 De la beldad, con su aroma
 Trasciende al valle cercano;
 De grato amor y ternura
 Brillante sol, un milagro
 De bondad, de claro ingenio
 Feliz y nítido rayo.
 Como "a Rosana en los fuegos"
 Cantó Meléndez ufano
 Al son de cítara tierna
 Con indecible entusiasmo,
 Yo, si a sus manes divinos
 Robase el numen sagrado,
 Cantara a *Amira triunfante*
 "En la ciudad y en el campo":
 ¿Gimes? ¿De modesto lirio
 Se cubre tu rostro? ¿El llanto
 Baña tu pura mejilla?
 ¿Tiembla tu seno agitado?
 Deja al corazón que vuele
 por el halagüeño espacio
 De sus ideas, al gozo,
 Templo y víctimas buscando,
 Vive y triunfa, que la aurora
 Brilla sin fieros nublados:
 Pura es su luz y te anuncia
 Siglos de sublime halago.
 Ni las rencillas te afligen,
 Ni te apenan los cuidados,
 Ni de la vejez caduca
 Te hiela el frío desmayo.
 Y tú el secreto conoces
 De ser feliz, que en el vaso

De Minerva y de las musas
 Beben su licor tus labios.
 De Anacreonte y Villegas
 Osaste emprender los pasos,
 Y modelo de buen gusto
 Son tus primeros ensayos.
 En vano callas: tu aliento,
 Por la ternura inflamado,
 Te hace traición y revela
 Que eres un mimo de Erato.
 Vulgares almas no saben
 Que en el delicioso engaño
 De la ilusión se atesoran
 Del existir los encantos.
 La ilusión manda la gloria
 De los héroes: mas, brillando
 Sin su amable velo, al mundo
 Escombros son los palacios.
 Alza, pues, la hermosa frente,
 Sacude el muelle letargo,
 Y vuela tu voz canora
 Por el confín mantuano.
 Lleva tus dones al templo,
 Donde los vates hispanos
 Se postran; allí suspira
 Placer el aura, volando.
 Si te rodea el contento
 Con su esplendoroso manto,
 ¿Qué te importan de la tierra
 Los fatídicos amagos?
 Allegando a la herinosura
 De las letras el ornato,
 Serás de Palas escudo
 O insigne alumna de Pafos.
 Y cuando una sombra anuble
 De tu juventud los años,
 Aún te quedarán laureles
 Que oponer al orbe vano."

Esta poesía da, además, la razón a Larra; es sonora, bien medida, bien hecha. Quizás demasiado diluida y obedeciendo al terrible clasicismo del tiempo, que le hace llamar *Amira* a Dolores aún después de dar su nombre

Es más, en uno de los párrafos de la crítica Larra dice:

"Y en punto a romances, aunque son buenos el retrato de Rosana, el de los cumpleaños de la señora doña María de los Dolores Armijo de Cambronero, el de Anfriso a Dalmiro, campea sobre todos el de El Consejo".

En este párrafo Larra no obedeció a la necesidad de citar que suele exigir la crítica. Debíó obedecer a la satisfacción, pueril, muy humana, de hacer figurar en su artículo el nombre de la que adoraba. ¡Dolores Armijo! ¡Con qué frialdad y qué indiferencia aparentes está escrito este nombre que nada ha dicho a los lectores!

Parece que debían estar las letras de relieve para hacer tropezar y detener la mirada. ¿Cómo escribiría este nombre de emoción, de amor, que debía sellar con

su sangre? Se piensa en qué estado de ánimo escribió "Figaro" esta crónica, sabiendo que está publicada en Febrero de 1835 y que dos meses más tarde, en Abril, abandonaba España presa de la desesperación que le causaba la pérdida del amor de aquella mujer. ¿No era el escribir su nombre un grito de su alma? ¿No era un mensaje que le enviaba? ¿No lo había escrito como lo dejó escrito en esa cuartilla última, que quedó sobre su mesa? La crítica era un pretexto para decirle: ¡Acuérdate! Larra estaba en el comienzo de su dolorosa tragedia, separado de aquella mujer, detrás de la que por aquellos días fué a Badajoz, donde escribió sus artículos sobre las antigüedades de Mérida.

Aparte esto, la crítica de Larra a las poesías de Alonso tiene un gran valor para ver lo que pensaba Larra de la poesía y de los poetas.

"Los hombres son raros en verdad. De cuatro veces tres no se entienden unos a otros: y de tres cuatro no se entienden a sí mismos".

"Pedimos libertad de imprenta, no para lucirnos, sino para quejarnos, como anda buscando la voz para gritar el que abrumado por una terrible y medrosa pesadilla tiene embargada el habla en un sueño. Busquemos en España desgraciados y oprimidos, ¿pero literatos?"

Expresa esa triste idea de que los escritores no hallan eco en España, que ha repetido en varias formas, en diversas ocasiones.

"Si bien luce algún ingenio todavía de cuando en cuando, nuestra literatura, sin embargo, no es más que un gran brasero apagado entre cuyas cenizas brilla aún pálida y oscilante tal cual chispa rezagada. Nuestro siglo XIX no ha llegado todavía."

"En poesía estamos aún a la altura de los arroyuelos murmuradores, de la tortola triste, de la polémica de Filis, de Batilo y Menalcos, de las delirias de la vida pastoril, del caramillo y del recental, de la leche y de la miel y otras fantasmagorías por el estilo. En nuestra poesía a lo menos no se hallará malicia, todo es pura inocencia. Ningún rumbo nuevo, ningún resorte ni asado. Convengamos en que el poeta del año 35, encenagado en esta sociedad ennegrecida, amalgama de oropeles y de costumbres perdidas, presa él mismo de pasioncillas endebles, saliendo de la fonda o del billar, de la ópera o del sarao, y a la vuelta de esto empeñado en oír desde su bufete el cesfrrillo blando que juega enamorado y malicioso por entre las hebras de oro o de ébano de Filis, y pintando a la gente la deliciosa vida del Otero (invadido por los facciosos) es un ser ridículamente hipócrita o furiosamente atrasado, o ¿qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe ni el que las lee?"

"Antes de inventar nos es forzoso olvidar y esta es una doble tarea de que no son todos capaces: acaso cuando le ocurre a cada cual olvidar es tarde ya para él. Todo va despacio entre nosotros. ¿Por qué ha de ir de prisa sólo la poesía?"

En la crítica política no tiene rival Larra: ya hemos hecho notar la importancia que tienen sus artículos de este género al hablar de Larra como el *primer periodista*. Político y sociólogo a un tiempo, en su artículo *Dios nos asista*, que ya hemos visto la gran resonancia que tuvo, inicia un programa de revolución social y dice: "Entre a gobernar no este ni aquel, sino todo el que se sienta con fuerzas, todo el que dé pruebas de idoneidad. Basta de engaños. A esto no responden ellos, los hombres viejos del año 12. ¿Dónde están esos hombres? ¿Dónde han de estar? En la calle esperando que acaben de bailar los señores mayores."

Con su ferviente anhelo de libertad "Figaro" está con los isabelinos frente a los partidarios de D. Carlos.

Combate a los carlistas, durante el tiempo en que se teme que puedan ser un peligro para el partido liberal, agrupado cerca del vacilante trono de Isabel II.

No hay pintura más perfecta del carlista que la que hace "Figaro" en *La Planta Nueva* o *El Faccioso*.

El faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle a echar mano; se encierra y esconde como la capuchina a la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol a que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge a los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras a una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña: nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cría, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones."

Campea esta misma ironía en "Nadie pase sin hablar al portero", "La Junta de Castelão Branco", "¿Qué hacen en Portugal Sus Majestades?" y todos los que escribió sobre el mismo tema.

Pero bien pronto tiene que volver su crítica contra los mismos Gobiernos que ha defendido. Contra Martínez de la Rosa, que en vez de realizar las esperanzas que en él se fundaban, es el padre del funesto *Estamento*.

Todas sus "Cartas de un liberal de acá a un liberal de allá" son modelo de ironía, de valentía. En ellas combate el Estamento, el gobierno, habla de la falta de libertad.

"Podemos gritar en días solemnes "¡Viva el Estatuto!" y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar a todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquila de convite; más, una esquila de muerte; más todavía, una tarjeta con todo tu nombre y tu apellido, bien especificado: nadie te estorba."

La indiferencia de todos, la inmovilidad de España le arranca amargas quejas, en *Ventajas de las cosas a medio hacer*.

"Por nuestra patria efectivamente no pasan días; bien es verdad que por ella no pasa nada: ella es por el contrario la que suele pasar por todo."

Con la misma tristeza se expresa al tratar de los políticos: "Aquí los grandes hombres que hemos tenido—exclama—nos han salido calabazas". En su artículo *El hombre globo* después de describir el *hombre sólido*, el *hombre líquido* y el *hombre gaseoso*, hace la exacta pintura de la mayor parte de los políticos de fama.

"Vean ustedes, sin embargo, al *hombre-globo* con todos sus caracteres. ¡Qué ruido antes! "¡La ascensión! Va a subir. ¡Ahora, ahora sí va a subir!" Gran fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confía: ved cómo se hinchan. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero como casi todos nuestros globos, mientras están abajo entre nosotros asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; a la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y por supuesto, en llegando arriba, no hay dirección. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar dirección a este globo!"

La censura, que es su martirio, le hace escribir *La alabanza o que me prohiban este*, en que dice "Para mentir vale más no escribir".

Desde el extranjero, viendo a España en perspectiva escribe el maravilloso *Cuasi* en el que sintetiza toda la vida de entonces. ¿No estamos aún *cuasi* lo mismo?"

En España, primera de las dos naciones de la Península (es decir, de la *cuasi-insula*), unas *cuasi* instituciones reconocidas por *cuasi* toda la nación; una *cuasi-Vendée* en las provincias con un jefe *cuasi* imbécil; conmociones aquí y allí *cuasi* parciales; un odio *cuasi*

general a unos *cuasi* hombres que *cuasi* sólo existen ya en España. *Cuasi* siempre regida por un Gobierno de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algún día. Por desgracia, muchos hombres *cuasi* ineptos. Una *cuasi* ilustración repartida por todas partes. Una *cuasi* intervención, resultado de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. El *cuasi*, en fin, en las cosas más pequeñas. Canales no acabados, teatro empezado, palacio sin concluir, museo incompleto, hospital fragmento; todo a medio hacer... hasta en los edificios el *cuasi*.

Por último, tiende la vista por doquiera: una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios: reyes y pueblos, y el *cuasi* triunfante de ella y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi* reyes y *cuasi* pueblos. Época de transición y Gobiernos de transición y de transacción; representaciones *cuasi* nacionales, déspotas *cuasi* populares; por todas partes un justo medio que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disfrazado.

A su vuelta tiene que combatir al Gobierno de Mendizábal como antes ha combatido a los otros. "Buenas noches", "Dios nos asista". Sus cartas a su corresponsal, todo lo que en esta época escribe es una nueva demostración de su espíritu liberal, consecuente, cada vez más formado. Dice en una de estas cartas.

"Por lo demás, es sabido que el Gobierno no ha influido absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran a pedir de boca. Para que formes una idea, han sido elegidos los sujetos siguientes:

Por Barcelona, como llevo dicho, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Cádiz, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Gerona, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Granada, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Madrid, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Málaga, D. Juan Alvarez Mendizábal.

Por Pontevedra, D. Juan Alvarez Mendizábal, etc., etc., etc.

Que es el cuento de "pasó una cabra, y volvió y pasó otra, y volvió a tornar y a pasar otra cabra", y así sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, di que es broma, que quien se abre es D. Juan Alvarez Mendizábal.

No habrás olvidado que los ministros de Estado y de Hacienda y el presidente del Consejo son D. Juan Alvarez Mendizábal, y que los otros ministros no son sino una manera de ser distinta sólo en la apariencia del D. Juan Alvarez Mendizábal. Ahora figúrate el día que el Estamento D. Juan Alvarez Mendizábal pida cuentas al ministro D. Juan Alvarez Mendizábal... aquí llaman esto un *Gobierno representativo*; sin que sea murmuración, confieso que yo llamo esto un *hombre representativo*."



D. Juan Álvarez Mendizábal.

EL CRÍTICO TEATRAL

La crítica teatral es uno de los géneros que más pronto pasan de actualidad. ¿Quién lee ahora una crítica teatral del año anterior? (y a veces ni la del momento). Si se recopilan, los lectores las hojean sólo cuando tienen que fijar un dato o una fecha, pero, ¿quién las lee como obra literaria, qué interés tiene el saber lo que un señor Pérez o López juzgó de tal o cual producción?

La crítica teatral de Larra se lee siempre y siempre interesa. Es su manera de elevar todos los asuntos. La idea que tenía "Fígaro" del público, del teatro, de los actores, de los empresarios y de los autores nos la dice al través de su obra. Tiende a dignificarlo todo; y en primer término la personalidad de los autores.

Aquella sensibilidad exquisita de Larra que le hacía impresionarse rápidamente con los defectos de las cosas, de una manera que nadie mejor que él pudiera haber-nos hecho una *estética de lo feo*, puesto que sabía analizar el sentimiento que le producían los objetos que carecen de belleza; debía sufrir ante el espectáculo del teatro de su tiempo.

A las deficiencias de aquellos teatros primitivos y faltos de ornato y de comodidad, a la pobre presentación de las obras, a la falta de pericia de la mayoría de los cómicos, se unía también la desconsideración con que se trataba a los autores. Larra atento siempre a la dignidad del literato escribió su hermoso artículo: "Quién es por acá el autor de una comedia."

Este artículo tenía dos partes; la primera, que trata de las consideraciones que merece el autor, no está coleccionada en sus obras completas; con la rareza de estarlo la segunda que trata del respeto que se debe a la obra dramática y lleva el gracioso lema "Dios crió al poeta para el librero como el ratón para el gato". Ambas partes de este artículo se publicaron en *El pobrecito hablador*, en los números cuatro y cinco.

Larra hace conocer la injusticia de que el autor que da constantemente comedias, del que mantiene con su talento a todos los que del teatro dependen, no sea mirado como de la casa, pues en aquel tiempo ni aun entrada se les daba. Hace ver el contraste que forma esto con la consideración que los escritores tienen ya en los demás países de Europa, donde la más apreciada es la aristocracia del talento. "En otras partes—exclama—un hombre dedicado a la literatura tiene profesión conocida y puede responder a la policía: soy literato. Por acá un literato es un vago sin oficio ni beneficio, y el que vive de sus manos: si quiere poner en su carta de seguridad *escritor público* habrá quien le ponga *escribiente* y diga que todo es escribir.

"Oyese después gritar ¡*El Teatro se arruina: no hay comedias!*

"¿Quién queréis, gritadores de café, que componga comedias? ¿Queréis héroes en los poetas o queréis cuerpos gloriosos? ¿Queréis que suden y se afanen para divertirnos y enseñaros, y recoger por único fruto de su talento, en el cual pueden tan pocos rivalizar con ellos, el desprecio, la befa, el oprobio o el vilipendio?"

Y acaba "El autor de una comedia no es nadie por acá": "Nada tiene de particular que sólo se vea salir a luz una comedia nueva de años en años. Si las comedias son buenas debe tratarse de proteger a los que sean capaces de componerlas y si son malas deben prohibirse del todo y cerrarse los teatros y enviar a paseo al loco que escribe."

La segunda parte nos narra cómo tratan los empresarios a las comedias aplaudidas. "Aquí un corifeo de la compañía la despojó de su título y le puso otro hijo de puta capricho. Allí otro cacique de aquellos indios de *la lengua le atajó un parlamento* cambian, mutilan la obra, la despojan del nombre del autor."

En el juicio de Larra se adelanta a su época, cómo él ve el teatro lo encontramos en el artículo "Reflexiones acerca del modo de resucitar al teatro español" que aparece en la edición de Montaner con el título de "Teatros". En él expone "las cosas que los teatros pueden reportar a una nación dispuesta a recibir instrucciones de un gobierno dispuesto a dársela."

Estudia cómo no basta que haya autores y actores si no tienen un público culto que aplaude más las obras mezquinas y no recompensa el esfuerzo de los escritores, alencitando a escribir no obras de arte sino un género charlatán que deslumbraría con fáciles y serables traducciones. Contra todo esto tienen que luchar los autores, los críticos *extraordinarios*, los que por su talento están obligados a ser los directores, los educadores de la masa, los que dan el primer impulso, y los periódicos con una sana imparcialidad. Considera el talento un arma poderosa para influir en el progreso de la humanidad y que el artista tiene la obligación sagrada de emplear "los recursos de talento son los que empiezan a instruir a las naciones". Echar esto en el mundo le parece una culpable ignominia. "En una primera representación" analiza magistralmente todo lo que el autor novel tiene que sufrir con empresarios, actores, público y prensa. La psicología de los amigos ante el triunfo y la desgracia tiene esa amarga verdad que sabe poner en su pluma y ¡"Después de esto haga usted comedias!" exclama.

Se ve que "Fígaro" siente esa tristeza que nos es aun dada, después de un siglo más, sentir a nosotros, al ver llenarse los teatros donde se ponen las abominables obras, que depravan el gusto y el buen sentido, mientras que el público desdén las obras de arte. "Fígaro" no transige con que el teatro sea un lugar de diversión vana, él sueña con el teatro de arte, el teatro educador del sentimiento por medio de la belleza, y escribe:

"Al teatro vamos a divertirnos, dicen algunos candorosamente. No; al teatro vamos a ver reproducidas las sensaciones que más nos afectan en la vida; y en la vida actual, ni el poeta, ni el actor, ni el espectador tienen gana de reírse; los cuadros que llenan nuestra época nos afectan seriamente, y los acontecimientos en que somos parte tan interesada no pueden predisponernos para otra clase de teatro: de aquí que no se darán comedias de Molière y Moratín, intérpretes de épocas más tranquilas y sensaciones más dulces, y si fuera posible que se hicieran, no nos divertirían; y en eso nuestra época se parece al borracho, a quien de resultados del vino atormenta la sed, y que no puede apagarla sino con vino, porque el agua le parece insípida cuando el deseo engañoso le conduce a gustarla."

Los malos actores eran una pesadilla para "Fígaro". Su admirable artículo "Yo quiero ser cómico" retrata la incultura de las gentes que no sirviendo para nada se creen capaces de ser artista.

Larra le pregunta al futuro actor:

20 - Lucy

72

—¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿Se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.

—¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra y decir unas voces por otras: *actitud* por *aptitud* y *aptitud* por *actitud*, *diferencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *draumático* por *dramático*, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí; todo eso digo yo.

—Y de educación, de modales y usos de sociedad, ¿a qué altura se halla usted?

—Mal, porque, si va a decir verdad, yo soy pobrecillo; yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter a cómico porque se me figura a mí que es oficio en que no hay nada que hacer... Si hago de rey, de príncipe o de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros, mandaré con mucho imperio.

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados desde que nacen a ser obedecidos a la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí; pero, ¡ya ve usted! En el teatro es otra cosa.

Por ejemplo, si hago el papel de juez, aunque esté delante de señoras o en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas.

"Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz roma, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas, habla ligera... Si hago un barba, andaré a compás como un juego de escarpas, me temblarán siempre las manos, como perlático descoyuntado, y aunque el papel marque más de cincuenta años, haré el tiarato y decrépito y apoyaré mucho la voz, con intención marcada en la moraleja, como quien dice a los espectadores: "Allá va esto para ustedes".

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo, y esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además, que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: "¡Ven ustedes qué hombre!"

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: "Venga usted acá, mancebo generoso—exclamé todo alborozado—. Venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería. Usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro en que sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico, en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio."

Esa incultura, esa falta de elegancia en los cómicos le hace censurarlos continuamente; en *Los guantes amarillos* dice: .

"El Sr. Lombía entiende tanto de representar a un maestro de baile como de fingir el amor: ni agilidad en sus movimientos, ni gracia, ni una ligera muestra de que es maestro de baile. ¿Dónde ha visto el Sr. Lombía maestro de baile que se vista de luto riguroso a las ocho de la mañana, sin habérsele muerto padre ni madre, y de frac y pantalón colán, como si fuera a asistir a un baile de corte? ¿Dónde ha visto pantalón colán negro con carreras de botones de metal, a manera de botín manchego? En una palabra, el teatro español es una confusión; algún autor, algún actor, algún traductor; fuera de esas excepciones todo es caos y un completo olvido, por mejor decir, una ignorancia completa del arte, del teatro y de la declamación."

Estas críticas debieron concitar más de una vez contra "Fígaro" las iras de los malos actores. En el año 1833 éstos pensaron en pedir a las autoridades que impidiesen que se hablase de ellos en los periódicos.

"Fígaro" escribe acerca de esto en sus *Rehiles* de "El Correo de las Damas":

“Se susurra que varios actores han hecho una *representación* para que no se hable de ellos en los periódicos ¡y diremos todavía que los cómicos no saben *representar!*”

En un artículo publicado en Julio de 1833 en “Revista Española” y no recopilado se hallan noticias curiosas acerca de esto.

VARIEDADES CRÍTICAS

NO LO CREO.

(2, Julio, 1833-R. E.)

—¡Señor Figaro! ¡Sálvese usted, señor Figaro!—entró diciendo a voces en mi cuarto un hombre cuadrado, que habrán ustedes visto por esas calles, y dígoles porque se parece a todos los tontos, bien así como se parecen todos los tontos entre sí. El hombre no me era conocido; sudaba y respiraba con dificultad; no parecía sino que acababa de traducir una escena de melodrama.

—Sosiéguese usted, caballero—le dije—. Siéntese, respire y sepamos qué urgentísimo asunto le trae tan azorado en busca mía.

—Señor “Figaro”: Yo soy un aficionado a leer, a quien gustan mucho las aprensiones de usted...

—¡Muchas gracias!

—Sí, señor. Me llamo Juan Medrana; el teatro era mi pasatiempo favorito hasta que usted ha empezado a abrirme los ojos con sus artículos. Así creo que se ha de llamar lo que usted hace.

—Sí, señor; precisamente.

—Y le he cobrado a usted tal afición, que no quisiera que le mataran a usted.

—¡Hombre! ¡Matarme? ¡Sabe usted que eso me da que pensar? ¡Habría picarillos!

—Sí, señor, matarle; y plegue al cielo que no pase de ahí. En una palabra, llevad de mi celo y de mi afición a los artículos de usted, vengo a prevenirle que lleve su maleta y ponga pies en polvorosa lo más pronto y lo más callandito que usted pueda.

—Pero ¿qué hay? ¿Se va a echar alguna traducción original? ¿Quiere usted que me escape por no oírlo?

—Peor.

—¿Sale algún actor nuevo?

—Peor. ¡Cien veces peor!

—Acabe usted, por Dios, señor Medrana. Me tiene usted asustado.

—Hace un mes, semana más o menos, que le andan buscando a usted para...

—¡Diga! ¡Ya se ve! No me habrán encontrado. ¡Como no ando por ninguna parte! ¿Y por qué?

—¿Y usted lo pregunta? ¿Usted, que escribe artículos de teatros? ¿Usted sabe lo que anda entre bastidores?

—¡Vea usted! Yo creía hacer mucho favor a los teatros...

—¿Favor, eh? Contento tiene a algunos actores. ¡Buenas cosas dicen de usted!

—¡Hola! ¿Dicen cosas buenas? ¡Vea usted! *Quantum mutatus ab illo!* ¿Y qué dicen?

—Le diré a usted. Por supuesto, que los buenos no dicen nada. ¡Pero los otros! En primer lugar, dicen que es usted parcial, y que sólo alaba a los que lo hacen bien...

—¡Habría picardía!

—Que no guarda usted consideración ninguna a los que lo hacen mal. ¡Eso clama a los cielos! Añaden que es usted hombre de muy malas entrañas. *Como todo el que es amigo de la justicia y de la razón.* Que tiene usted más cariño a los progresos del arte que a los malos cómicos, y que eso es una mala partida. Hay quien dice que si hubieran tenido la precaución de enviarle a usted, en calidad de regalo, cuatro frioleras de gusto, no les sucedería lo que les sucede.

—¡Ah, señor Medrana! Eeos, esos han conocido el carácter de “Figaro”.

—Que en ningún país culto se permite hablar de los cómicos ni juzgar si lo hacen



Antonio Gasmán.

bien o mal; eso sólo se ve en los climas habitados por iroqueses, como, por ejemplo, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y el resto de la Europa. Que tienen los periodistas un extraordinario interés y malevolencia en criticar sus defectos.

—En eso tienen razón, porque el interés de todo hombre es granjearse enemigos.

—Que los adelantos grandes hechos en el arte por los Talmas y los Kean se han debido a la impunidad, y que sólo alabando a los malos actores llegan éstos al ápice de la perfección; y, por último, si algunos se conforman con la censura periodística, ha de ser con la condición de que no ha de contener nunca personalidades la crítica.

—Cierto. Sólo que hay señores actores que llaman personalidades a todo lo que no es decirles que representan a las mil maravillas.

—En fin, señor "Figaro", que en España todo actor es una cosa sagrada, y que nunca se ha visto el escandaloso abuso que hoy por causa de los periódicos reina.

—Dicen bien, señor Medrana; en prueba de ello aquí tengo uno de los primeros periódicos que en España se han publicado. Vea usted lo que decía en Enero de 1788 el *Memorial Literario* acerca de los actores, y si hablaba de ellos con más respeto que "Figaro":

"Los teatros de esta corte cada vez irán a peor interin resida entre los ignorantes cómicos la potestad de ser jueces del gusto teatral, que es bien malo; esto es, que esté a su arbitrio representar las comedias que quieran, sean malas o sean buenas, etc., etc."

Ya ve usted, pues, que desde el año 1788 acostumbraban los periódicos a hablar directamente de los cómicos.

Recorra usted ahora para sí esos periódicos que le han sucedido en diversas épocas; vea usted ese *Diario Literario* del año 24; lea usted... Concluyamos, señor Medrana, que en este país no queremos acostumbrarnos a sufrir la crítica merecida.

—Y añada usted, señor "Figaro", que en mi entender nos ha de alcanzar la muerte antes de que nos acabemos de acostumbrar, como al caballo del Dostor le aconteció. Si va a decir verdad, yo me inclino algo a favor de los actores que tanto se quejan; no hay nada más justo que el que se critique a un poeta que da una mala comedia, a un pintor que pinta un mal cuadro, a un escultor que contrahace una estatua, a un arquitecto que construye mal un edificio; pero por la misma razón ya se deja entender que no hay nada más injusto que criticar a un actor que representa mal; porque ¿qué distancia hay de la esencia y naturaleza de un actor a los demás hombres? ¿En qué se parece un actor malo a los demás hombres? En nada, señor "Figaro". Un actor malo es una especie de residuos que tiene figura de hombre por una extraña degeneración de la especie. ¿Hay cosa más respetable que un mal actor? Luego entra lo que ellos dicen. Figúrese usted que un actor malo es un hombre que vive de representar mal, y si usted le critica le priva usted de su substancia. ¡Por caridad cristiana siquiera!

—Ya se ve que está esa razón muy bien entendida. Porque aunque en la sociedad sucede comúnmente que el que no sabe su oficio no puede vivir de él, aunque sucede que el mal médico no tiene enfermos, el mal abogado no tiene pleitos y el mal sastre perece por falta de parroquianos, todo esto es clarísima injusticia que hace el mundo pícaro a los ignorantes. El actor, aunque sea malo, debe tener ajustes sobrados y buenos sueldos, y la caridad que no usa la sociedad con los demás debe usarla con él. Por esa razón cometió Moratín tan gran picardía cuando sacudió su látigo contra los Andorras de nuestra escena, porque les *quitó el pan*. Por esa razón es un evidente disparate el consejo que en "El Café" da por boca de D. Pedro a los Comellas de su época, por el cual les aconseja que el que no sepa escribir que aprenda otro oficio. Por esa razón es una crueldad pretender que el mal cómico abandone las tablas, porque lo que le hace a un país culto es que vivan holgadamente los que no saben representar. Esta es, señor Medrana, la base de la prosperidad de un país.

—¿Pues qué diría usted, señor "Figaro", si le asegurase yo a usted que ya han dado en el hilo de la dificultad, y que acaso no se pase mucho tiempo sin que deje usted de hablar de los actores?

—No lo creo, señor Medrana; no lo creo.

—¿No lo cree usted? Y si le digo yo a usted que van a hacer una representación, por la cual piden y reclaman en justicia que no se hable ya más de ellos? Este es golpe, este es el golpe mortal.

—No lo creo. ¿Cómo quiere usted que yo crea que dan la mano a semejante plan apreciables actores que personalmente conozco, y que son los principales, quienes piensan de muy distinta manera? ¿Cómo quiere usted que pidan semejante cosa aquellos que saben que han de decir de ellos los periódicos más bien que mal? ¿Qué fuerza había de tener una representación en que no figurasen los buenos actores? ¿No conoce usted cuán en ridículo se pondrían los que tal representación hiciesen? ¿No ve usted que sería lo mismo que decir: "Somos tan malos que tenemos la crítica?" ¿Y qué les serviría tal representación mientras haya público que haga de ellos la merecida justicia? ¿Y representarían también contras las silbas de los espectadores? ¿Lograrán, por ventura, una orden para ser buenos

actores? Hago más favor a los cómicos: creo que hay muchos entre ellos tan sensatos que oponen la enmienda a la justa crítica de los periódicos; esa es, señor Medrana, la mejor representación. Haylos, en fin, que conocen que no existe otro camino que la crítica para la perfección; haylos que saben muy bien que todo el que da al público su habilidad en espectáculo, da también a cuantos le ven derecho de criticarla. En fin, señor Medrana, no lo creo.

—Pues sí, señor, la hacen; yo no tengo bastante memoria para repetírsela a usted entera, y bien podría sucederme lo que a Sancho cuando recitó en la venta, delante del cura y del barbero, la dulce misiva de su señor, Don Quijote, a Dulcinea; pero esté usted seguro de que se apoyarán en fundadas razones. Sí, señor. "En vista del abuso que reina en los periódicos de criticarlos con *indecorosas personalidades*; en atención a que los teatros no pueden prosperar mientras no se alabe todo lo malo que en ellos se presente; atendiéndolo a que el público no tiene afición al teatro nacional, a causa del mal estado de los periódicos, que es como si dijéramos que andamos a oscuras en el mundo a causa del sol; y siendo los malos actores la causa principal del bienestar de una nación, pedirán que nadie sea osado en público ni en secreto, solo o en compañía de otro, a hablar, escribir, ni menos pensar, en perjuicio de los citados malos cómicos (aunque sean realmente tales malos cómicos), sin distinción de fueros ni personas: pedirán que sea castigado en la más rigurosa pena, como reo de leso-cómico, quien a otro indujere a hablar, escribir, hacer seña con pies y manos, bastones o silbato, pensar, imaginar, discurrir, sospechar o barruntar siquiera que un cómico no ha representado o representará con la más escrupulosa perfección, de noche o de día, en ensayo o pública representación, en el teatro o fuera de él, etc., etc., y demás contenido en la ley del ejercicio. Pedirán que todo buen español, amante de la felicidad de su patria, sea amonestado y requerido de concurrir con tres pesetas propias y bien ganadas, además de los consabidos dos cuartos del pico, las cuales harán ingresar en las arcas de la casa, para tener el gusto de alabar, aplaudir, encomiar, con todo género de demostración de sincero y bien contenido (como son aplausos, palmadas y bravísimos y demás señales de costumbre), toda representación, por mala que sea (que sí será), debiendo en todo caso fingir disimular y aparentar en todo su rostro y todo su cuerpo el sobreentendido entusiasmo, si no lo sintiese realmente (como no lo sentirá), desde el momento que entre por las puertas del teatro; y debiendo durarle la dicha embriaguez del citado entusiasmo, éxtasis y arrobos hasta después de la conclusión de la comedia, en su propia casa, y al otro día, si pudiese ser, y hasta después de su muerte, si hubiese lugar. Requiriéndole para que se dé la enhorabuena por la enajenación de sus enunciadas tres pesetas y ocho maravedises cada noche, que le habrán procurado tan grande acumulación de contento y de entusiasmo, mas que sea fingido, por respeto al tenor de los dichos malos cómicos, y más que lo finja, hasta reventar, en obsequio de los progresos del arte declamatorio y de dicha preciosa subsistencia de los ya dichos malos cómicos, etc., etc."

—Basta, señor Medrana; basta, por Dios, que repito que *no lo creo*.

—Y si las empresas directoras de los teatros apoyasen algún día una representación tan justa...

—No lo creo; porque las empresas y las comisiones de los directores de teatro y los Ayuntamientos conocen mejor que usted y que yo sus verdaderos intereses, y encierran en su seno personas de talento; éstas saben que a nadie tiene más cuenta que a las empresas teatrales el que se hable mucho de los actores y el que la censura de los periódicos los obligue a hacer esfuerzos, que, sin temor, no harían. Las empresas debieran pagar y sostener periódicos, con el objeto sólo de hablar al público de teatros, dando importancia a este ramo y haciéndole concurrir a él en consecuencia; periódicos, en una palabra, que corrigiesen a los malos actores, que no son los que hinchaban sus arcas de dinero, ni los que producen sus grandes entradas. El creer la suposición de usted sería hacer poco favor a las luces distinguidas de nuestro ilustrado Ayuntamiento, que se desvela por la prosperidad del teatro, como en muchas y diversas ocasiones lo ha probado. *No lo creo*.

—; Ah, señor "Fígaro", señor "Fígaro"! Ya veo que mi visita ha sido inútil. ¿Y si a pesar de cuanto usted dice lo lograsen?

—No lo creo. En un país donde rige un monarca ilustrado, que ha hecho imprimir a su costa las obras de Moratín, dando esta pública prueba de su protección al teatro nacional y honrando la memoria de nuestro primer poeta dramático, y un monarca tan amante del teatro español que ha establecido recientemente escuela de declamación, nadie puede ignorar que la *censura decorosa* de los periódicos es acaso el único medio que puede elevar la escena al grado de esplendor y perfección de que se halla lejos en el día; nuestro sabio Gobierno ha dado y da diariamente demasiadas muestras de cuánto protege las letras y las artes para que nos sea lícito dudar del éxito de una representación semejante si, como no creo, llegase un día en que los actores desnudos de mérito, no contentos con la protección abierta que continuamente se les dispensa, se propasasen a tan extraordinarias exigencias. *No lo creo*, señor Medrana—añadió, despidiendo a mi solícito amigo—; no lo creo, sin

que esto sea, por otra parte, mostrarme poco agradecido al celo y amistad que usted acaba de manifestarme. Si llegase un día en que los actores se creyesen con derecho a exigir un silencio, más humillante y ridículo para ellos que para nadie, los poetas y autores de toda clase de libros no podrían menos de creerse con igual derecho, porque unos y otros viven de dar-
se al público; se acabarían entonces los medios de rebatir la ignorancia o la mala fe de un libro, y la polémica literaria, única fuente del saber humano. No lo creo, señor Medrana; no lo creo. Vaya usted, pues, seguro de que ni los actores piensan en hacerme el daño personal, ni yo le temo. Si a pesar de mi incredulidad sucediese, sin embargo, cuanto usted amistosamente anuncia, colocaría lo malo que acontecerme pudiese entre los contratiempos de la

vida, a que vivo sumamente dispuesto y resignado; y si personas de más luces que yo no creyesen justas mis ideas, y fuese preciso obedecer y callar en materia de actores, crea usted que no sería el mayor mal para "Fígaro", y que cuesta menos desvelos callar que hacer artículos de periódicos."



Julián Romea.

No pega, sin embargo, "Fígaro" inveteradamente como esos críticos biliosos a los que les cuesta trabajo elogiar; a veces censura con pena cumpliendo una obligación, como cuando en la crítica de Bretón dice: "La misión del crítico es juzgar."

Elogios efusivos y sinceros se encuentran en sus artículos para las actrices y los actores, especialmente para Concepción Rodríguez, de la que dice en "Catalina Howar" que "nadie puede igualarla en la buena dicción", e igualmente lo vemos elogiar con frecuencia a Latorre, y a algunos otros. Como "Fígaro" presencié las dos primeras salidas de dos astros de la escena española,

Matilde Díez y Julián Romea, creemos curioso consignar la opinión que le merecieron.

Julián Romea se presentó en el teatro del Príncipe, la noche del 21 de Abril de 1833 con el papel de Roberto en la obra "El testamento". "Fígaro" dice:

El Sr. Romea ha dado principio a su carrera teatral haciendo el *Testamento*, y esta circunstancia, que pudiera parecer en todos sentidos de mal agüero, nos da lugar a decir seriamente que ha empezado por donde muchos acaban. Este dramita, alto, sencillo y pobre de carácter y situaciones, ha sido, en nuestro entender, mala elección para su salida; no hay en él sino la lectura del testamento, y este paso es de un efecto seguro; poco, pues, puede lucirse un actor en él; un papel de galán más joven y más marcado hubiera convenido mejor al lucimiento del señor Romea. Sus dotes físicas son muy recomendables, y deseamos verlas desarrollarse en otras representaciones de más importancia. No se necesita preguntar de quien es discípulo. Sabemos, por una parte, que pertenece al Conservatorio de María Cristina, que por lo visto, empieza ya a dar frutos, y por otra, basta oírle para reconocer en él a su maestro, el primer actor Latorre, profesor de Declamación de aquel establecimiento. Nada hay más natural en los principios de cualquier carrera que el no atreverse a hablar el discípulo por sí solo; únicamente la reflexión, la confianza y el tiempo van dando a cada uno un aire peculiar suyo, y la facilidad de crear, según su propia inspiración, un carácter; en el interior nos parece laudable modestia lo que otros podrán llamar remedo servil. Agréguese a esto, para hacerlos más perdonables, que el actor Latorre desempeña perfectamente ese papelito interesante, y, por consiguiente, el ser otro yo, como le puede llamar su maestro, era lo mejor que podía hacer el discípulo. Felicitamos al primero por el honor que a sus conocimientos hace su alumno, y a éste por sus disposiciones, que creemos buenas para el teatro,

y por el éxito positivo y brillante de aplausos con que el público de Madrid le ha anunciado justamente en su primera salida.

De otra actriz notable, que hizo su salida en el teatro de la Cruz a la noche siguiente, decía:

Ya se habló a su tiempo en los periódicos de este interesante drama, y sólo reclama hoy en el nuestra atención la señora Carolina del Castillo, que por embargo nos ha sido traída de Valencia. Se la ha visto con gusto representar este papel, por ser de bastante efecto. Su figura es muy favorable para su lucimiento y aun el metal de su voz es agradable, si bien no tiene bastante cuerpo. Manifiesta tener disposiciones para la escena, y creemos que necesita cultivarlas con esmero en la corte, procurando hacer desaparecer ciertas maneras y tonillos, que se resiente de su permanencia en los teatros de provincia. En general, podemos felicitarla, y sentimos que no se haya dado a conocer delante de un concurso más numeroso, porque el público no asistió al teatro en esta representación. No concluiremos el artículo sin rendir un tributo de justas alabanzas a la señora Teresa Bans, que se distinguió en varios pasajes del papel suyo, que por primera vez ha desempeñado.

De la salida de Matilde Díez, en la noche del 7 de Abril de 1834, en el teatro del Príncipe, con la *Huérfana de Bruselas*, dijo:

Con la prevención que justamente tenemos ya contra los actores que nos vienen de las provincias, entre los cuales, pocos, poquísimos, hemos visto que nos satisfagan completamente, acudimos anteanoche a presenciar la salida de la joven dama la señorita Matilde Díez, cuyo elogio, que repetidas veces habíamos visto en el *Diario de Sevilla*, nos inclinábamos a creer exagerado. Confesamos, sin embargo, que hemos salido agradable y completamente chasqueados. La figura de la señora Díez, por desgracia, no es imponente, pero su gesticulación agradable y fácil, y su acento, sobre todo, en gran manera grato y penetrante, se sobreponen al punto que habla, a la primera impresión y aun la sobreponen. El papel de la *Huérfana de Bruselas* no es ciertamente papel de principiante, y fuerza es tener mucho mérito para arrancar en él los aplausos de entusiasmo que arrancó la señora Díez a un público que lo ha visto hacer tantas veces a la señora C. Rodríguez. Conócese que ésta ha servido en alguna parte de modelo a la nueva dama; pero échase también de ver sobradamente que quien sabe tomar el ejemplo, sin imitación servil ni trivial remedo; quien con tanta naturalidad sabe hacer propia una creación ajena, es capaz de crear por sí: la señora Díez sabe modelar y manejar perfectamente su voz. Su acción es sencilla y conveniente; su inteligencia debe ser mucha. No nos acordamos de haber visto a ninguna actriz de su edad presentarse con tan felices disposiciones. Si estudia su arte constantemente, si después de hecho sobre el carácter que ha de representar el estudio conveniente, se abandona a su propia inspiración con confianza, pero sin orgullo, nos atrevemos a asegurar que pocas le podrán disputar el puesto. Juzgamos que es una adquisición preciosa para los teatros de la corte. Llevado, empero, del deseo de contribuir al mayor realce de esta joven actriz, sólo le advertiremos que no crea, al leer estos renglones, que salen de nuestro corazón,



Matilde Díez.

que ha llegado al ápice de su arte. Tal vez tendrá defectos, que en la representación de un solo papel, acaso muy estudiado y ensayado, no hemos podido echar de ver; y de toda suerte le prevenimos de que conocemos actores y actrices a quienes un fácil triunfo, debido en los principios de sus felices disposiciones y los elogios han desvanecido, y que habiendo creído deber descansar sobre sus propios laureles, no han llegado a todo lo que podían llegar. Este es el escollo de su carrera. Estamos lejos de creer que la señora Díez pueda merecer nunca esta reconvencción, y sentiríamos equivocarnos, tanto más cuanto que estamos decididos por nuestra parte a ser más severos con los actores de que tiene el público derecho a esperar más. Los aplausos que éste ha dispensado a la señora Díez la comprometen a no dejar fallidas las felicísimas esperanzas que da. Representó el papel de graciosa en el sainete con bastante desembarazo; pero nos parece que su género no es ese. El señor Latorre no dejó nada que desear en su papel, y Guzmán hizo reír a los más taciturnos y melancólicos espectadores. No debemos dejar pasar sin elogios a la señora Llorente: es el papel que la hemos visto hacer mejor.

Bailaron un baile nacional dos niños; sin duda alguna que sus respectivos papás deberían estar embelesados porque bailaron bien; el público, sin embargo, no parece gustar tanto de este pueril entretenimiento, a pesar de aquel refrán que dice "Por los niños sé pone la mesa".

En el intermedio del baile al sainete la orquesta se sirvió tocar de una manera tan particular, que el público tuvo por conveniente abrumarla a aplausos y bravos, terminados con un acompañamiento de chicheos, que llevaban, por cierto, el compás mejor que los mismos violines. Verdad es que hacía tan mal efecto su música, que parecía noche de ópera.

Larra no había hecho nunca crítica musical y nos sorprende hallar en la "Revista Española" en la temporada de 1834 críticas musicales de Larra. En verdad, éstas son más débiles y podríamos llamarlas críticas de *obras con música* en vez de críticas *musicales*. La música es lo de menos; lo principal es la representación, y si se observa bien lo principal es la señora Judith Grissi.

Esta artista italiana, hermana de Julia Grissi, que fué la más célebre de las dos hermanas, vino a Madrid en 1835 y estrenó en 1.º de Mayo la ópera "Capuletz e Montechi" en el teatro de la Cruz.

Al día siguiente escribe "Fígaro":

"Habíamos oído decir a unas personas: la Judith no es la *bella*, es la *brava*; a otras: *e la brava, ma non la bella*. Nosotros no hemos tenido el gusto de oír a su hermana la señora Julia, y desde luego, juzgando de estas dos célebres cantatrices como juzgaba Quevedo de los dos sonetos, nos parece que hemos oído en la señora Judith a la *bella* y a la *brava*; no sabemos si se puede ser ni más *bella* ni más *brava*. Voz, inteligencia, figura, acción, expresión, todo ha merecido los mayores aplausos. No felicitamos a la empresa por tan fausta adquisición, porque creemos que la mayor parte de la enhorabuena es para nosotros. La hora avanzada nos precisa a dejar para el número siguiente los pormenores que el entusiasmo nos haría dar hoy mismo, si no fuese a entrar en prensa nuestro periódico".

El día 3 añade:

La novedad que absorbía anteanoche la pública atención era la señora Grissi: mil rumores contradictorios, mil encontradas opiniones corrían acerca de su mérito y su figura por las sociedades de Madrid, y se puede asegurar que desde su salida las reunió y las refun-
dió todas en una sola, felizmente muy favorable para ella. Desde su salida se vió una figura interesantísima; no una de esas bellezas cuyas proporciones pueden servir de modelo académico, sino de esa clase de belleza preferible a la hermosura. Nos han dicho que su hermana es una hermosa estatua; de ésta sentimos que es una mujer bella; nosotros no vacilamos nunca entre las mujeres y las estatuas. Si la belleza es la expresión, si vale algo una fisonomía animada, nada ha venido a Madrid comparable con la señora Judith; si se atiende, sobre todo, al realce que sabe dar a su mérito natural con el conocimiento del teatro y con aquella indispensable coquetería del arte, que supone la conciencia de los recursos que se posee y de la importancia de afectar los que no se tienen. Su voz nos pareció un *mezzo soprano* de mucha fuerza y extensión: llena, fuerte, sonora, corpulenta, de los medios para arriba, sobre todo; tiene, además, una vibración melodiosa que encanta, y es de aquellas voces de las cuales se dice vulgarmente que *se pegan*. Personas que la han oído antes nos han asegurado que en los puntos bajos, que en el día son firmes y claros, y en algunas notas medias ha

tenido, sin embargo, más vigor; la composición de esta ópera, expresamente escrita para ella, parece probarlo; si es cierto, con todo, como creen algunos, que en nuestro clima ganan las voces de los cantantes, podrá ser que recupere toda su fuerza. Su método es excelente; su canto, *spianatto* y declamado con una inteligencia musical, con una perfección, con una expresión que sólo pueden concebir y apreciar los que la oigan; nunca, empero, los que quieran formar su opinión por un artículo de periódico. Cantó lindamente, aunque con algún miedo, el aria de su salida del primer acto; con admirable valentía el dúo del mismo y, sobre todo, la *cabaletta*. A su cooperación se ha debido, indudablemente, que se haya oído bien por primera vez en Madrid el final del primer acto, que arrebató. ¡Qué verdad, qué expresión en el dúo del segundo acto con el tenor, y singularmente en todo el tercer acto! En éste probó que puede unirse victoriosamente la acción al canto: las notas que canta moribundo Romeo serán siempre el triunfo de la señora Grissi: es difícil que ella misma haga nada mejor. La señora Grissi, sin que queramos ofender la memoria de la expresiva Tossi y de la profesora Lande, es, indudablemente, la mejor que en Madrid hemos tenido, supuesto que reúne en grado eminente las cualidades que separadamente tenían aquellas dos cantatrices, siempre de feliz recuerdo para nosotros, que nunca reconoceremos más partidos que el de nuestras impresiones.



Adelaida Tossi.

En "Norma" la elogia sin reserva:

¡Y de la señora Grissi? ¡Con qué sublime, profunda y tiernísima expresión cantó algunos trozos de la *Norma*! Y lo que es más, sin asustarse de los singularísimos gestos de la acción del señor Género, lo cual prueba que la señora Grissi sabe conservar su serenidad y su mérito en medio de las circunstancias más azarosas. ¡Lástima tenemos a las familias filarmónicas que recorren despavoridas los campos de la madre España, no se sabe si huyendo del mal terrible o de las medidas sanitarias! Por lo que a nosotros toca, venga el cólera en buen hora, si nos ha de encontrar oyendo a la señora Grissi.

Y en "La Sonámbula" dice:

Parece escrita para el lucimiento del tenor, y, sin embargo, lució más en ella la señora Grissi; verdad es que es difícil brillar más que ella a su lado.

Su entusiasmo por la Grissi le lleva hasta tener una cuestión personal. En un artículo de "El Semanario Teatral", con motivo de la traducción de Bretón "El Colegio de Torrington" se hace alusión a la Grissi y a "Figaro". El autor, que es

un mal cómico llamado Azcona, trata de vengarse de desdenes de "Fígaro", y escribe un artículo desconsiderado que acaba con esta cuarteta sin pies ni cabeza, a propósito de "Ana Bolena", queriendo hacer un juego de palabras con el nombre de Judith.

Un Holofernes no marra
Tres siglos ha te mató,
Y hoy, por más que diga Larra,
Caes bajo la cimatarra
Que a Holofernes degolló.

Cómo tomó Larra esto nos lo dice el siguiente artículo intitulado "Personalidades", inserto en la "Revista Española" de 5 de Junio de 1834, y que es casi desconocido:

En el número 7 del *Semanario Teatral*, periódico de "amena literatura", que se publica en esta corte, vemos un artículo titulado "El Colegio de Torrington". Multitud de alusiones injuriosas y calumnias, degradantes para quien las ha escrito, dirigidas a uno de los redactores de la *Revista Española*, ya solapadamente, ya a cara descubierta, nos impidieron tomar parte en cuestión tan indecorosa. ¿Cómo responder a proposiciones que de ninguna manera pueden ser de la jurisdicción de la literatura, ni de la polémica periodística? El redactor D. Mariano José de Larra, a quien era el artículo dirigido, no creyó el asunto digno de embadurnar con él las columnas de un periódico que se jacta de manifestar constantemente al público el respeto a que es acreedor. Creyendo que éste no podía ser sino un asunto personal, se dirigió el día 3 del corriente a casa del Sr. Azcona, editor del *Semanario Teatral*, a las cuatro de la tarde, presumiendo que era la más a propósito para encontrarle. Habiéndosele contestado que no estaba en casa el señor de Azcona, le dejó escrita una esquila en que le rogaba que le esperase al anochecer o le señalase hora para conferenciar sobre un asunto que atacaba a su honor. Al anochecer no encontró tampoco al señor de Azcona, y sólo se le dijo que al día siguiente estaría regularmente en casa a eso de las doce. El redactor de la revista, deseando evitar toda ventaja particular en aquella entrevista, escribió en la misma noche una esquila al señor de Azcona, advirtiéndole que, no creyendo conveniente verle en su casa, le esperaba en un punto dado de esta corte, donde contaba verle sin testigos, o con un amigo a lo más de la mayor confianza. Remitida esta esquila al señor de Azcona, respondió que, hallándose malo desde hacía tiempo, y saliendo poco de su casa, lo más que podía hacer era esperar en ella a la hora indicada. En ésta el señor de Larra, encontró al señor de Azcona en actitud de enfermo, con un pañuelo



Ventura de la Vega.

lo a la cabeza, como aquél que la tiene doliente, exigióle primero que le dijese si el primer párrafo de su artículo, redactado solapadamente, aludía a su persona o no. El extracto del diálogo es el siguiente:

Azc.—Claro está que no, cuando al fin de él dice: "Baste de introito y vamos a "Fígaro".

—En ese caso, se servirá usted decir en su periódico a quién se dirige, probando que no es dirigido a mí.

Azc.—Eso no creo que tenga usted derecho a exigirlo.

—Y con respecto a las injurias dirigidas al nombre de "Fígaro", insertará en su próximo número que son calumniosas y que le pesa de haberme ofendido en ellas.

Azc.—Estoy dispuesto a que se terminen nuestras diferencias, y pondré eso y cualquiera satisfacción que usted mismo redacte, con tal que usted recíprocamente confiese que siente haberme ofendido en críticas hechas en sus artículos.

—Yo, señor de Azcona, al criticar a usted he podido decir que es mal actor porque así lo pienso y no he salido en esto de los derechos que me da la crítica periodística. En esta parte, no sólo no me retracto, sino que me ratifico. Igual derecho le asiste a usted con respecto a mis producciones literarias. La satisfacción o retractación que vengo a exigir es con respecto a las injurias personales: nada tengo que satisfacer: vengo a pedir satisfacción y no a darla. Debo advertir a usted, además, que cuando yo escribo fuerte es porque estoy resuelto a obrar fuerte también; y si alguien me hubiera venido a pedir satisfacción en alguna ocasión, hubiera sabido mi deber. Nunca me la ha podido nadie. Por eso nunca las he dado.

Azc.—Yo estoy dispuesto..., yo quisiera que nuestras diferencias...

--Reasumamos. ¿Usted se retracta y me da una satisfacción amistosa, particular, absoluta y sin condiciones, escrita en su periódico?...

Azc.—Con la condición dicha...

--Repito que no tengo que satisfacer..., y que cuando satisfago sólo de un modo lo acostumbro a hacer.

Azc.—En ese caso no puedo...

—¿Y no me da usted ninguna otra especie de satisfacción que pueda vindicar mi honor?...

Azc.—Yo estoy malo hace días, y usted considera...

--Señor de Azcona, servidor de usted.

En vista de esta conferencia, en que no ha sido posible recabar del Sr. Azcona satisfacción ni reparación alguna que destruyan las injurias dirigidas al señor de Larra, éste ha tomado el único medio de vindicación que le quedaba con un sujeto de esta especie, acudiendo a los Tribunales en querrela contra el mencionado artículo."

Esta cuestión le hizo escribir a Ventura de la Vega, noble y generoso siempre, el siguiente artículo:

AL SEMANARIO TEATRAL

Hasta ahora, la redacción de la *Gaceta de los Tribunales* se había propuesto lanzar únicamente tal cual burlona chanzoneta al *Semanario Teatral*, por creer que no merecía mayor importancia un "periódico vergonzante", órgano de los impotentes grazidos de un partido humillado, por hacerle además a dicho periódico la caridad de darle de comer publicando su existencia, que todo el mundo ignoraba; y últimamente, por cuadrarle aquel verso, que dice:

"Les sots sont ici-bas pour nos menus plaisirs."

... Pero visto el número del lunes último, y el artículo inserto en él sobre "El Colegio de Torrington", en que se estampaban groseros insultos y ofensas personales contra el señor Larra, que bajo el nombre de "Figaro" es redactor de la *Revista Española*, la más justa indignación pone la pluma en la mano al encargado de la sección de teatros de la *Gaceta de los Tribunales*, para responder por su compañero y amigo, torpemente ultrajado, y vengar a la imprenta de la asquerosa mancha con que la afea, torciendo su noble fin, el inmundo escritor de tan inmundo libelo.

Hago esto, primeramente, porque estando el citado artículo fuera de los decorosos límites de la polémica literaria, espero que el Sr. Larra no intentará mojar su pluma para descender del alto puesto en que lo han colocado sus talentos y la admiración pública, al sucio lodazal en que se revuelca el insolente redactor del *Semanario*; y en segundo lugar, porque viéngome citado en dicho artículo con cierta especie de benevolencia, quiero manifestar al público la vergüenza que me causa haber merecido la indulgencia del citado redactor, y declarar que nunca me he creído más pequeño que cuando me he visto elogiado por semejante pluma.

Llegó, pues, el caso de desenmascarar al autor de tales inmundicias, dar la clave de sus resentimientos y venganzas y denunciarlo a la befa y al desprecio público.

El Sr. Azcona, segundo gracioso que fué de los teatros de Madrid, fué demasiadas veces blanco de los gritos y chicheos, hizo demasiadas veces bostezar y dormir al público, para que no caigan nuestros lectores en la persona de que se trata. No creo que se habrán olvidado de aquel ridículo actor que, desempeñando en 1828 el papel de juez en "Ingenio y Virtud", no abrió una vez la boca sin tener la grito encima. Daré señas de otra especie. Es traductor de un insipido melodrama titulado "Margarita de Anjou", silbado solemnemente; es traductor de otro furibundo melodrama titulado "El Bandido Incógnito" o la "Caverna Invisible", también universalmente silbado; es traductor de una pieza, en un acto, titulada "Las Colegiales de París y el Rey de Argel", silbada asimismo y desterrada de la escena con toda la pompa de la ignominia. No sé si habrán caído mis lectores: seguiré dando señas. Fué en estos últimos años director de la Opera italiana; puso en la "Corte de Semiramis" indios de América en lugar de los del Ganges; hizo que la luna en la "Norma" apareciese en la falda de una montaña; hizo, en fin, tales estupideces, que no parecía sino que estaba siempre representando. Llegó la nueva Empresa, y convencida de su imbecilidad, tanto para director como para actor, determinó no ajustarlo: y he aquí al Sr. Azcona en la calle. ¿Qué hará el Sr. Azcona? Un periódico. ¿Cómo se llamará el periódico? *Semanario Teatral*. ¿De qué tratará? Claro está: de desacreditar a la Empresa, que le ha quitado el pan; de hablar mal de cuanto ha hecho, hace y piensa hacer, sin examinarlo, sin darle a sus críticas, siquiera por propio interés, un colorido de imparcialidad.

He aquí el secreto.

Juzguen ahora nuestros lectores si un hombre que como cómico es malo, como director imbecil y como periodista estúpido, está en el caso de llenar de insolencias a un literato como el Sr. Larra, conocido por sus chistosos y profundos artículos de *Figaro*, por las atrevidas cartas

del *Pobrecito Hablador*, por su graciosa comedia "No más mostrador", por su preciosa novela "El Doncel de Don Enrique el Doliente" y por varias composiciones líricas que el público conoce y aprecia. Juzguen nuestros lectores si un ente de esa calaña es capaz de criticar el peinado y adornos de la señora Grissi en "Ana Bolena", que está, fiel y exactamente copiado del retrato de dicha reina que existe en Londres, y del que hemos visto copia; como también burlarse del pañuelo que sacaba en la mano, como si Ana Bolena hubiera de sonarse con los dedos. Juzguen, en fin, si una pluma vendida a un partido antiartístico y desorganizador y consagrada a bajo rencor y a la páfida mentira merece, de entre tantas otras elegantes y bien tajadas como redactan los amenos periódicos de la corte, ni que sus ilustrados escritores traten de codear y arrojar de sus filas a tan intruso y heterogéneo personaje; o, lo que es más probable, sin que el público, convencido del espíritu que anima las frases de tan sucio papel, haga con él lo que hizo la empresa con su autor.—*Ventura de la Vega*.

Estos dos artículos prueban primero que "Fígaro" era hombre que sabía responder en las cosas de honor, y que la mano que sostenía la pluma no rehúfa las cuestiones personales, y segundo, la consideración de que "Fígaro" gozaba entre los escritores, con este rasgo del simpático Ventura de la Vega.

Repetimos que la única vez que el gran crítico tuvo que ir a los tribunales fué como demandante, lo que demuestra que jamás hubo en su pluma calumnias ni injurias personales.

A pesar de todo esto, "Fígaro" no tarda en aparecer desengañado del arte de la Grissi. En el estreno de "La Straniera" escribe:

Viniera la señora Grissi, cantara "La Sonámbula", la "Norma", "Parisina"; acabara con "Julietta y Romeo"; llegara en seguida el 15 de noviembre, y la admirable Grissi había pasado delante de nosotros con un brillante meteoro, que deja tras sí un rastro inmenso de plácida luz. Su vida filarmónica en nuestros teatros hubiera durado poco; pero su memoria no se hubiera acabado nunca. Algún día, una empresa hubiera dado la "Straniera" a cantar a una cantatriz débil, y Madrid a una voz hubiera dicho: "¡Ah, si la Grissi hubiera cantado la "Straniera", hubiera hecho furor!" Más valía, efectivamente, que se hubiera dicho: "¡Qué lástima!", que no "¡Qué chasco!"

No es decir esto que la señora Grissi haya cantado mal la "Straniera". Difícil le fuera a ella misma cantar mal ninguna cosa. Ha cantado la "Straniera" como sabe cantarlo todo; siempre es la actriz, la cantatriz de gran mérito; es el astro de la ópera siempre, majestuoso, grande; pero en la "Straniera" es el astro de la ópera que no puede vencer y penetrar la inmensa niebla que le roba por un momento a los anhelantes ojos de la concurrencia. ¿Por qué el público en la luneta, en los palcos, al oírle el último "addio", pronunciaba entre dientes, con más o menos grato recuerdo, los nombres de la Tossi y Lalonde? En la "Straniera" era donde esperábamos a la Grissi; ahí es, sin embargo, donde no la hemos encontrado. Con dolor lo decimos; pero no debiera haberla cantado. El público, más justo de lo que generalmente se cree, dió a conocer a la señora Grissi desde el dúo de tiple y tenor del primer acto, no que ella cantaba mal, sino que él empezaba a no encontrar todo lo que esperaba. Al final del primer acto, un aplauso, sin embargo, no contrariado, debió darle a entender galantemente cuán sensible le era al público; no podemos menos de desairar en esta ópera a su cantatriz predilecta. Otros aplausos modestos del segundo acto debieron probarla que no era a la Grissi a quien se había desaprobado, sino a la parte que desempeñaba aquella noche esa "Straniera" tan ataviada, por desgracia suya, de dulces recuerdos y tan desfigurada en esta repetición.

Algunos han creído ver en esto un enamoramiento de "Fígaro" y las manifestaciones de su despecho. Pero dada su galantería de siempre y la justeza de sus apreciaciones, no se puede colegir de todo esto más que una admiración de "Fígaro" hacia la Grissi, sin duda más como mujer que como artista, desde un principio; pero su espíritu crítico se sobrepone a su admiración para hacer justicia.

En la crítica de obras Larra es sincero. Sabe los disgustos que su sinceridad ha de costarle, se expone a que le cierren las puertas del teatro. En "Yo soy redactor" cuenta la violencia que le cuesta resistir a las seducciones de los que le escriben invocando favores prestados y la amistad que los une para que les haga una crítica imparcial ("Imparcial llama él a un juicio que le alabe—dice) y añade: "Resista usted a estas indirectas y opte usted entre la ingratitud y la mentira. Ambos vicios

tienen sus acerbos detractores, y unos u otros se han de ensangrentar en el triste "Fígaro". ¡Oh, qué placer el de ser redactor!"

Esta sinceridad suya es la que le crea mayores dificultades. En el capítulo correspondiente veremos las críticas agridulces que dedica a Bretón de los Herreros y que son causa del enojo de éste y de su venganza. Duro en demasía se muestra con Martínez de la Rosa en la mayoría de sus obras. Lo creía inferior a su fama, pero teme que se le tache de injusto y dice con motivo del estreno de "Aben Humeya" en castellano (ya se había estrenado en francés con tan escaso éxito que "Fígaro" pregunta si valía la pena de traducirlo.)

"Si nosotros fuésemos capaces de desear que volviese a ser ministro el señor Martínez de la Rosa sería en esta ocasión, en que quisiéramos poder aparecer independientes, y decir francamente lo que de "Aben Humeya" pensamos. El autor nos pone en el más duro compromiso. Cuando era ministro popular daba al teatro sus mejores dramas; y obligándonos a alabármelos, nos ponía en el aprieto de parecer aduladores; y ahora que no es ministro empieza a dar los peores, poniéndonos igualmente en el amargo trance de parecer enemigos suyos. Esto es por su parte poco generoso."

A pesar de su amistad y su cariño a Espronceda no deja de juzgar severamente la comedia que éste hace en colaboración con Ros de Olano y que se estrenó en el teatro de la Cruz la noche del 25 de Abril de 1834. No dieron los autores su nombre y la comedia apareció en el cartel como "Compuesta por dos Ingenios". Larra dice: "Esta representación nos ha probado que no basta el talento por grande que sea para hacer una buena comedia, cuando la más detenida meditación no preside al plan, cuando la demasiada confianza tal vez, o la precipitación hacen correr irreflexivamente la pluma del poeta, es muy de temer que el ingenio comprimido en límites harto estrechos produzca una obra descolorida y falta de vida y movimiento". Y después de narrar el argumento añade: "Hay sin embargo algo bueno en el fondo de la comedia, hay situaciones cómicas: con alguna meditación acaso se hubiera podido sacar partido más aventajado de la idea principal. El diálogo nos ha parecido flúido y correcto: no carece de chistes, de viveza y naturalidad, y es buena su versificación. El público manifestó desagrado en varias escenas, y más marcadamente a la caída del telón."

Se le han atribuido también críticas que no hizo como la de "Elena", de Bretón, y la de "Don Alvaro o la Fuerza del Sino", del duque de Rivas. La primera sabemos ya que no es suya, la última tampoco, porque ya había salido Larra de Madrid cuando apareció esa crítica.

La fecha de la salida de Madrid nos la da la de la época en que ha canjeado el contrato de la casa en que vivía en esa época. Dice:

"Como administrador de la casa sita en la calle de la Visitación núm. 14 de la manzana 218, tengo alquilado al Sr. D. Mariano José de Larra el cuarto principal de dicha casa en precio de tres mil seiscientos cincuenta reales vellón, correspondientes a seis meses y trece días de su inquilinato que cumple en 11 de Marzo del año venidero de 1835, Madrid, 13 de Septiembre de 1834.—*Manuel José de Silva.*

Son R. V. 1.955 por seis meses y trece días."

"Recibí 72 reales de la devolución correspondiente a seis días y 12 reales de composición de vidrios que encontré rotos, habiendo entregado las llaves el 25 de Marzo de 1835.—*Larra.*"

Además que el artículo sobre "Don Alvaro" es de Alcalá Galiano se prueba con otro artículo publicado en la misma "Revista Española" en 12 de Abril del mismo año, artículo que se da como continuación del primero y en el cual entre otras cosas dice:

"No tengo parte hablando propiamente, o no tengo parte principal en la compo-

sición de "Don Alvaro", pero le vi nacer y crecer y en cuanto mi poquedad podía ayudé a su crecimiento y tengo amor entrañable, amor casi paternal a la criatura, dimanado quizás del amor casi fraternal que me une con su padre."

La exquisita sensibilidad de "Fígaro", su respeto a las obras literarias, y su protesta contra la gazmoñería se hallan en unas líneas que dedica a "El Sí de las Niñas".

Lo vemos aplaudir sin reserva *El Trovador* y *Los Amantes de Teruel*.

A pesar de que Larra, prevenido por la modesta condición del autor de *Los Amantes de Teruel*, por no suponer a un modesto sillero la erudición necesaria, dijo en el teatro del Príncipe, momentos antes de empezar la representación: "Entonces ese drama tendrá mucha paja." Sin embargo, ganado por la belleza de la obra, "Fígaro" escribe esa incomparable crítica en la que él puso tanto de su espíritu, porque es un fenómeno que se repite con frecuencia el que "Fígaro" lleve a la crítica de los dramas el reflejo del drama de su alma.

La última crítica que escribe, *Todo por mi padre*, es un modelo de gracia burlesca. Nada acusa en ella la desesperación que destilaban en esos días sus otros artículos, en especial el dedicado a Campo Alange.

¡Pobre "Fígaro"! Su gran talento satírico ha sido la fuente de donde brotó el odio que le tuvieron sus contemporáneos. Creyó tener fuerza para oponerse al vulgo, para moralizar y fué arrollado por la avalancha de los hipócritas. Es menos peligroso ser un malvado que tener el atrevimiento de señalar los vicios ajenos. El hombre de conciencia honrada, que desafía la gazmoñería es el que suele aparecer cargado con los pecados que los demás arrojaron sobre el.



Antera Baus.

X

L I T E R A T U R A

Además de los versos, los artículos y las obras teatrales, Larra hizo también ensayos breves, no permitió otra cosa su edad, en los demás géneros literarios.

En la novela sólo nos ha dejado *El doncel de D. Enrique el Doliente*, que intituló *Historia caballeresca del siglo XV*. Esta obra demuestra la obsesión que le causaba la figura del enamorado Macías, con el que tenía de común la circunstancia de estar enamorado, con un amor único de una mujer casada. La desesperación de un amor imposible, los celos hacia el esposo feliz, todo aquel ambiente de romanticismo que envuelve la figura del desdichado trovador gallego muerto en la cárcel de Arjonilla seduce a Larra, que en sus veinticinco años, apasionado, romántico y desdichado sólo veía en Macías "Un hombre que ama; nada más" según sus propias palabras en el prólogo del drama *Macías*, que aunque variando un poco la forma de la fábula, trata del mismo asunto. Ambas obras están escritas en el mismo año y a impulsos de la misma pasión. No es *El doncel* una novela histórica propiamente dicha, más que por ser personajes históricos los que intervienen en ella; con estos personajes ha hecho "Fígaro" una novela moviéndolos tan libremente y con tanta pasión como si todos fuesen creaciones de su fantasía o tomados de época actual. La descripción de costumbres, el sabor de arqueología, no es más que un marco que ha puesto la cultura de "Fígaro" en torno de sus figuras y que sostiene el ambiente y las situaciones con gran acierto.

Seguramente que los que tachan esta novela de fría no la han leído. Hay en ella a veces, por la moda del tiempo, descripciones demasiado largas, aunque siempre llenas de interés y color; pero sobre todo hay pasión, una pasión sentida, sincera, humana, que campea en los diálogos. Todos los que sostienen Elvira y Macías son de un fuego que corre al par de la sencillez y de la facilidad. Menéndez y Pelayo reputa como las mejores novelas históricas de España esta obra y *La campana de Huesca* de Cánovas del Castillo.

Si consideramos *El doncel* alzándose sobre el jardín yermo de la novela nacional, que empieza a revivir abonado por las novelas extranjeras y por la afición a las obras de Walter Scott, podremos darnos cuenta de lo que es y de lo que representa esta obra, en la que no se ha fijado toda la atención que merece.

"Fígaro" ha demostrado en su novela, como lo demostró en la vida con la muerte, que la vena satírica no había secado las fuentes de su corazón. En él esa crítica, que un catolicismo timorato ha juzgado acritud, mordacidad y odio, fué siempre anhelo generoso de bien y de justicia. Se prueba su bondad en que no hay en él

ataques personales; son ataques a las ideas, a las cosas, al estado general que se crea; un alma generosa que en vez de llorar combate, o mejor aún, que combate llorando. Sus ironías, su amarga sonrisa que provoca el regocijo del vulgo y la tristeza de los pensadores, no son más que lágrimas.

No imita "Fígaro" a Walter Scott en su novela, ni imita tampoco a Dumas y los escritores franceses. Es una obra española, genuinamente española en toda la composición y en toda la pintura de costumbres, pasiones y fanatismos. Se ve que aun con un escenario tan objetivo, la obra es subjetiva. "Fígaro" y Dolores encarnan en Macías y Elvira; así, no es extraño que hasta los retratos físicos se les parezcan. "Fígaro" encarna en Macías; en su superioridad, su nobleza, su arrojo, su amor, su caballerosidad. Desdichadamente, ella no es Elvira. Ella no ama ni es la amante fiel que muere sobre la tumba del amado.

Ese diálogo que debieron sostener Larra y Dolores el día en que él se suicidó, podría suplirse con las palabras que pone en boca de las dos enamoradas en *El doncel*.

Veamos estos tres fragmentos, y digamos luego si la novela es fría y si el lenguaje es afectado:

—¿Vuestra tranquilidad? Y la mía, señora, ¿quién la turbó sino vos? ¿O no es nada, por ventura, mi tranquilidad?

—¿Yo?

—¿Quién, sino vos, emponzoñó mi existencia, antes feliz y descuidada? ¿Quién, sino vos, me dijo: "Macías, mírame y ama"?

—¿Yo?

—Vuestros ojos, vuestros ojos se clavaron cien veces en los míos, y bien claro lo dijeron; ¡Ah! Elvira, yo he aprendido, bien a mi costa, a leer en ellos.

—Santo Dios, ¿qué decís?

—¿Juzgáis, señora, por ventura, que es lícito mirar a un hombre y elegirle con los ojos entre la multitud para abrasarle impunemente? ¿Creéis que no vale tanto un hombre como una mujer? ¿Imaginasteis que su vida no es nada, que su existencia es vuestra? Vuestra, sí, si la compráis; pero con una sola moneda que la paga: ¡con amor!

—Pero, Macías, ¿deliráis?

—Sí, deliro, porque te veo, porque te hablo, porque ésta era la felicidad que anhelaba y que huía hace tres años. ¡Tres años, Elvira! Tú sabes los días, los larguísima días que encierran cuando se pasan sin esperanza. He huído yo también, pero no hay hombre más fuerte que su destino. Te amo, Elvira; te adoro. Amáme, o mántame.

—Elegid, caballero, lo que gustéis—exclamó Elvira fuera de sí y haciendo un esfuerzo sobrenatural—, ¿vos osáis ofenderme, vos abusáis de esa manera de mi loca confianza! ¿Quién os ha dicho que os amé? ¿Olvidáis que no puedo ser vuestra nunca, jamás?

—¡Yo olvidarlo, señora! ¡Pluguiera al cielo que me fuera dado olvidarlo! ¿Quién más dicho- so entonces? Pero nunca creí que vos misma os complacerais en repetírmelo. Añadidme ahora que amáis a ese hidalgo...

—¿Y si os lo dijera, ¿mentiría? Le amo...

—¡Silencio! El infierno, el infierno se abre en este momento ante mis ojos... Necio de mí, que consumí una vida entera de amor en conquistar este desengaño... Pero ¿qué veo? ¿Lloráis, Elvira, lloráis? Nos entendemos, ¡ah!, nos entendemos; se hablan vuestras almas, a pesar de nosotros y de los obstáculos; confesadlo; es imposible que no me améis. No se ama nunca con este amor que me abrasa para no ser correspondido. Os comprendo. ¿Teméis? ¿Miráis a todas partes? Bien; callaré, señora, callaré. Pero decidme *os amo*, y nada más.

.....
 ¡Elvira!—gritó Macías fuera de sí, levantando a la hermosa Elvira—. Oídme. Un momento no más. Oídme, y partiré. Tres años, señora, hace que os vi la vez primera; tres años os amé, y os amo, yo os lo juro, como nadie amó jamás; igual tiempo callé. Mil veces fué a escaparse de mis labios la palabra fatal; mil veces la sofocué: la inmensidad de mi amor la ahogó en el fondo de mi corazón. Mis ojos, sin embargo, os lo dijeron. ¿Cómo imponerles silencio? Ellos hablaron, a mi pesar. ¿Por qué los vuestros me respondieron? Callaran ellos, y muriera yo callando. Ellos me animaron, empero. Bien lo sabéis, señora. Mi amor es obra vuestra.

—¿Mía? ¡Ah, sed, doncel, más generoso!

—¿Pedirme generosidad? ¿La usasteis vos conmigo? ¿Vos me pedís virtudes? Pedid amor,

señora. Es lo único que os puedo dar: amor, y nada más. Si es virtud el amar, ¿quién como yo virtuoso? Si es crimen, soy un monstruo.

—Si fui imprudente, lo confieso, tú tuviste la culpa. ¿Por qué no me inspiraste una de estas débiles pasiones, un amor pasajero, de esos que es dado al hombre disimular; de esos que no asoman a los ojos, que no hablan de continuo en la lengua del amante, de esos que pasan y se acaban y dan lugar a otros? ¡Ay, tú lo ignoras, Elvira! Hay un amor tirano; hay un amor que mata; un amor que destruye y anonada como el rayo el corazón en donde cae, que rompe y aniquila la existencia, y que es tan fácil de encerrar, en fin, en lo profundo del pecho, como es fácil encerrar en una vasija esos rayos del sol que nos alumbramos.

—Macías, ¡por piedad!

—No; sufre ahora, que yo sufrí también, y sin consuelo y sin indemnización y sin premio. Una vez no más te hablo en la vida, pero me has de oír. ¿Teméis el mundo? Bien. Habla, es verdad; habla, imprudente, lo que sabe, lo que no sabe, lo que existe y lo que acaso jamás existirá. Témele tú en buen hora. Yo le aborrezco. Huyamos de él, huyamos para siempre. Una lanza para mí y un caballo para los dos. Basta.

—¿Qué escucho? ¿Adónde queréis llevarme?

—Donde no haya hombres, Elvira; donde la envidia no penetre. Una cueva nos cederán los bosques: amar la adornará; tú misma con tu presencia. Sólo nosotros hablaremos de nosotros.

—Basta ya; ¡es imposible! ¿Parécenos que la superchería que conmigo usáis, y que este encuentro, casual sin duda, en la habitación del astrólogo, merecen de mi parte premio y galardón? Creedme, joven imprudente, un mundo entero existe entre vos y entré mí: jamás le traspasaréis.

—¡Jamás! ¡Dios mío!

—Y escuchad: si queréis evitar mi odio, si mi aprecio os interesa, jamás me habléis de amor; os prohibo que os presentéis delante de mí, os prohibo que me dirijáis trova ni canción alguna, os prohibo...

—Prohibidme el vivir, cruel, y acabaréis más pronto—contestó el doncel con toda la amargura de la desesperación.

—Juradlo, Macías; juradlo, si sois caballero.

—¿Que jure yo no amarte? Jurad vos no ser hermosa, jurad que vuestra voz no será dulce y penetrante, jurad que vuestros ojos no me abrasarán en lo sucesivo, y yo juraré entonces...

Son los mismos sentimientos que esboza en el *Macías*, la misma queja de ser víctima de un amor que se le ha fingido, de estar torturado por una pasión superior a su resistencia; por ese anhelo de la muerte que parece engendrado al mismo tiempo que el amor, y que hace exclamar a Leopardi, que cuando un amor verdadero conmueve la existencia, "un deseo de morir se siente"; y a un clásico moderno: "El amor está sentado en las frías rodillas de la muerte."

¿Qué diferencia de esta novela con *Sancho Saldaña*, de Espronceda, y con el *Conde de Candepina del Buscarruidos*—como le llama el padre Blanco—, de Patricio de la Escosura!

Estas dos últimas tienen todos los defectos de *El doncel* y de la época y ninguna de las bellezas. No hay en ellas ni uno de los rasgos geniales, que son como chispazos con que el genio de Larra ilumina acá y allá las páginas de su novela. Hay que estudiarlas en la comparación para ver la diferencia.

La novela de Larra fué la segunda que se publicó en la Colección de *Novelas históricas españolas*, que empezó a editar D. Manuel



Patricio de la Escosura.

Delgado. La primera fué la de López Soler, con el pseudónimo de "Gregorio Pérez de Miranda", intitulada *El primogénito de Alburquerque*. La novela de Larra tuvo un éxito enorme en su tiempo; se han hecho de ella un gran número de ediciones, y es una obra a la que hay que volver los ojos siempre que de la historia de la novela en España se trate. Menéndez Pelayo la reputa, con la de Cánovas del Castillo, de las mejores novelas históricas de España. En 1868 fué traducida al francés por Marcel Mars, con el título de *Le damoiseau de D. Henri-le-Dolent*. Va precedida de un preámbulo de una vulgar biografía y está intercalada con una multitud de notas.

Larra pensaba escribir otra novela, por encargo de Delgado, como lo demuestran un borrador y un contrato que hallo entre sus papeles.

Dice así el último:

Yo, don M. J. de Larra, me obligo a escribir una novela original, en cuatro tomos, de la dimensión de los de la que tengo escrita, titulada "El doncel de don Enrique el Doliente", la cual doy en venta perpetua a don Manuel Delgado en la cantidad de seis mil reales, o sean mil y quinientos reales cada tomo, para que pueda imprimirla, publicarla y venderla, conforme al texto del manuscrito, como propiedad suya, y previas las condiciones siguientes: El señor Delgado deberá hacer la impresión en la forma llamada octavo francés, y en carácter de letra, dicho entredós; deberá usar en ella el papel que escoja, de acuerdo con el autor, para el efecto, debiendo este último abonar la diferencia que haya, en el precio de treinta reales resma, hasta el que cueste el papel escogido, del cual se coserá un pliego de muestra a este contrato de venta, y esa diferencia que el autor debe abonar se descontará del último pago que se haga del original. El autor deberá recibir, en el acto de firmar este contrato, la cantidad de 1.000 reales, en clase de adelanto y a buena cuenta, y podrá tardar en entregar el manuscrito completo dos meses, a partir de esta fecha. El Sr. Delgado descontará al señor de Larra, del precio de esta obra, 500 reales vellón, que se aplican a pagar, igual cantidad de la deuda atrasada que el autor tiene a esta fecha con el editor, como consta del recibo que de él tiene y en el cual se apuntará este descuento. El resto del precio de la obra deberá pagarse, o de una vez al entregar el autor la novela completa, acabada en estado de publicarse, o repartiéndolo a partes iguales en los diversos tomos si se hiciese la entrega del manuscrito por tomos. El editor deberá de dar al autor 12 ejemplares gratis, encuadernados, mitad en rústica, mitad en pasta, sin cuyo requisito no podrá publicar la obra ni venderla, e imprimir además seis ejemplares en el papel de lujo que le dé para el efecto el autor, los cuales le deberá entregar aquél en rama antes de la publicación de la obra. Y para que conste que entrambas partes nos ajustaremos a sus condiciones, lo firmamos en Madrid a 18 de Marzo de 1835.

Aficionado a los estudios gramaticales, que él ve con la claridad de un cerebro que abarca las más difíciles ideas abstractas; conocedor de la filosofía del lenguaje, que maneja de tan admirable manera, sin sujetarse por eso a un clasicismo inmovilizador, cuya receta es tan fácil, sino siguiendo el genio moderno, dándole mayor flexibilidad, enriqueciéndola con vocablos que expresan algún matiz nuevo, aun a costa de que lo tachen de poco purista, cuando es el que trae la mayor pureza, la rotundidad y la armonía perfecta a nuestro idioma; gusta Larra de dedicarse a estudios del lenguaje y empieza a formar su *Diccionario de los sinónimos*, es decir, del Diccionario donde se prueba que no existen los sinónimos, puesto que cada una de las palabras que se emplean a primera vista con una misma acepción tienen acepciones distintas y en cada una aparecen distintos matices del pensamiento.

De estos sinónimos publicó los ya terminados Montaner y Simón. He hallado multitud de cuartillas preparadas para escribir otros, que de trecho en trecho tienen escritas las palabras cuyas diferencias ha de hacer notar. En estas cuartillas hay columnas compactas de nombres con esas letritas menudas, verdaderas patitas de mosca, y cuartillas trabajadísimas, como la que doy fotograbada.

Otras veces son cuartillas confusas, en las que es difícil entresacar los pensamientos, y en las que se encuentran algunos ya delineados, como el siguiente:

"Caretá. Careta es la figura de cartón o de otra materia que se pone el que se disfrazá para cubrirse el rostro.

Máscara.

Mascarilla.

Máscara es esta misma y, además, todo el disfraz que cubre el cuerpo y el mismo disfrazado.

Mascarilla es la caretá pequeña que, por lo regular, cubre solamente la frente y los ojos.

Masa es sólo la harina incorporada con agua u otro líquido, la mezcla o betún que se forma con el yeso, cal, barro u otra cosa incorporada o batida con agua. "Mez, la porción de oro, plata u otro metal derretido." "Met, el cuerpo de una hacienda u otra cosa tomada en grueso."

"Mut, el conjunto o la concurrencia de alguna cosa." "Met, la naturaleza, constitución o calidad de los cuerpos." "Met, el natural, dócil o genio blando de alguno, la cosa de labranza, gran masa, lo que se descuenta del haber de cada soldado para proveerle de vestuario."

Mayoría: superioridad o excelencia de una cosa respecto de otra. La mayor edad prescripta por las leyes para salir de la curaduría.

Minoría: la inferioridad o subordinación con que uno está sujeto y en más ínfimo grado que otros: menor edad".

Hay también borradores de artículos escritos en francés, y que según lo natural y corrido de la letra y los tachones ligeros, deben estar escritos con tanta facilidad como tenía para escribir en español.

Se halla entre los papeles de "Fígaro" unas apuntaciones escritas en latín, de su letra, que es la copia del índice de una obra de demología del siglo XVI, llamada "Los XXX libros de las lecciones antiguas de Luis Celso Ludigino. Impreso por permiso y privilegio de la Imperial Majestad, en Basilea, año de 1542."

("Loduvici Coelisi Rodigni Lectorum anticuarum libri XXX cum impella gestatis gratia et privilegio Basilea MDLXLII.")

Muestra de algunos de los títulos de los capítulos:

"Qué cosa sea el mundo.

Si pueden existir cuerpos (organizados) fuera del mundo.

En qué tiempo del año fué creado el mundo.

Los colores del mundo son tres.

Los grados de la naturaleza racional son tres: dioses, demonios y hombres. Por qué hay demonios. Asimismo los lares y los genios. Descripción de los demonios. Plutón es el superior.. Si todos los ángeles son de una misma especie.

Prefecturas de los demonios. Ellos son como pastores.

Si tienen los demonios cuerpo y lo mismo los ángeles. Qué cosas eran las Nereidas.

Que los demonios tienen semen fecundo y cohabitan; los ángeles buenos, no.

De los gigantes, qué cosas son los nayades. Por qué algunos demonios se introducen en las parturientas. Admirable genio de pestilencia en Constantinopla.

Los demonios malos su caída del cielo.

Si los demonios pueden sentir la fuerza del dolor. Qué existe del espíritu que produce el sentido. Teológica sentencia del suplicio de los demonios. Se explica un lugar de Virgilio. Si los ángeles son capaces de seducción. Quiénes son los exorcitas.

Comodidad y necesidad de los sentidos."

Luego habla de cada sentido en particular, y entre ellos se encuentran los siguientes capítulos:

"Qué es el pulso: razón del cabello por qué las mujeres no tienen barba."

¿Intentaría ya Larra hacer alguna de estas obras demoníacas que han aparecido después? ¿Copiaría el índice de tan curioso libraco sólo por curiosidad? ¡Misterio!

Hallo también cuatro tomitos cosidos y cuidadosamente ordenados de la novela de Fenimore Coepel, *El pirata*. Está toda hecha de mano de Larra con letra más cuidada que de costumbre, sin un solo tachón, lo que indica que Larra debió sacar en limpio sus cuartillas. ¡Qué traducción! Se empieza a leer, y la prosa maravillosa de Larra nos acaricia al oído con toda su armonía. Traducir así es crear. Como sucede siempre que Larra critica, critica con el ejemplo. El, que tanto ha escrito contra los malos traductores, es un traductor admirable. Sin perder nada de su

Cicero = una pareja verdadera } un hombre bueno (un santo varón)
 y luego esta noticia... una verdadera pasión } un buen hombre. (un varón santo)
 y luego noticia cicero: -- un hombre pobre } un hombre rico (un real mozo)
 -- un pobre hombre } un rico hombre } un mozo real.
 un hombre grande }
 un gran caballo }

(Alachir, hinchar Alachir es llenar un hueso o una superficie, un pedrillo de
 (Luchar es llenar con aire: ^{es} aquel es mas propio, que figurando

(Disparate (delo de la magnitud hasta libre, con disparada. Puede decirse o hacerse un bache
 de un bache (con q. de fuera de tono, lo mismo de un agonia)
 Despropósito: (con otras hechas fuera de oportunidad con desorden

(Moza: (alotera mantenida p. el hombre con quien vive. Cicero:
 manchar la mujer amañada con el hombre.
 Luchina la moza del ~~Carab~~ Carab, que le es inferior en clase.
 prohibida, la que trafica con su cuerpo y ^{prohibe} al placer torpe.
 puta. la mujer que se entrega a ^{de cualquier clase} uno o varios hombres p. el placer, o un tiempo
 o separadamente, ^{tomando} p. diles o de valde, de unaly. o todo que sea
 meretriz la puta de profesion y ejercicio la penultima es por sí, la
 ultima p. necesidad

origo veneno, porción.

Atacar, conducir, demorar, terminar +
 atacar, paular

irrigar, rodear, delin-
 brida, gante, o fante.

Oración, oposición de un hombre. tímido y débil con oposiciones logue
 de un que viene de un magnitud acalorada

Mirada, gilda

obediencia fidelidad

acompañar, protección

De principio con tiempo, de cuando en cuando

El amor es una pasión, el cariño una afición
 afecto, afección

fidelidad, la obra se castellaniza. Es como si volviese del revés un guante sin costura, de finísima piel, que no sabría diferenciarse del otro, por adaptarse cada uno con igual perfección a la mano correspondiente.

Dos traducciones de Larra ya publicadas, nos aseguraban el mérito de Larra como traductor. Una de ellas es el *Folleto histórico*, de Carlos Didier, escritor suizo de origen francés, que habitó Italia y España durante mucho tiempo. Escribía desde aquí a la *Revue des Deux Mondes*, y de allí tradujo Larra *L'Espagne depuis Fernando VII a Mendizábal; de 1830 a 1836*. Pero esta no es una traducción fiel. El mismo lo anuncia, cuando al frente de la obra dice: "Lo da a luz en castellano, con las variaciones que ha creído oportunas, D. Mariano José de Larra."

Se ve la simpatía que Larra debió sentir por la obra del escritor elocuentísimo, al ver las ideas liberales del autor de *Roma subterránea o los Carbonarios de Italia*. Pero Larra es aún más radical y sobre todo más apasionado. Traduce con fidelidad mientras las ideas coinciden con las suyas; pero omite o añade, enmienda o contradice según su gusto; va haciendo la obra más intensa a medida que la traduce; la extracta, la condensa, imprime en ella el sello potente de su personalidad; la obra es más vibrante, más energética; queda reducida a la mitad de su extensión, y, sin embargo, lo dice todo. Larra suprime pasajes mortificantes para la familia real y los que le parecen demasiado antirreligiosos para los lectores de su tiempo. En el fondo, las ideas y el espíritu del autor se respeta; pero "Figaro" pone todos los matices, todos esos toques de gran maestro, esas pinceladas que daba Rafael Sanzio a las figuras que pintaban sus discípulos en las cámaras del Vaticano y les hacía vivir con ellas. El Sr. Lomba, que ha cotejado cuidadosa y concienzudamente el original francés y la traducción de Larra, escribe:

"Didier dice, por ejemplo, que don Carlos, pretendiente futuro al Trono, vivía en Palacio, reinando don Fernando su hermano, absorto en sus ejercicios religiosos. Larra añade de su cosecha: "hipócritas". "La historia de España—leemos en la traducción de Larra—, desde 1830 es un perpetuo vaivén: 1831 había pertenecido a los liberales; 1832 perteneció a los apostólicos; las "bajas" intrigas de los últimos ocuparon ese año, como las "heroicas" conjuraciones de los primeros habían ocupado el anterior." *Bajas y heroicas* no se hallan en el original francés. Cuando, traduciendo fielmente, Larra nos ha contado la muerte de Torrijos, caído en la trampa que Moreno le tendió desde Málaga, se escapa al traductor este grito, en que el autor no tiene parte alguna: "Veamos nuestro rostro de dolor y de indignación. ¿Y se quiere todavía que no gritemos *venganza* y *exterminio* sobre su partido, cómplice todo él del más espantoso crimen? ¿Y es a nosotros a quien se pide todavía generosidad? En estas frases: "El [Calomarde] cerró las universidades y abrió en cambio una escuela de tauromaquia; *sangrienta burla, insolente sarcasmo político* que caracteriza él solo todo su sistema"; las palabras subrayadas son del traductor. Hablando de la sublevación carlista sobrevenida en las Provincias Vascongadas a la muerte de don Fernando, dice Carlos Didier que, por reacción "produisit à Madrid une explosion violente". "El movimiento de las provincias exaltó a los liberales de Madrid—traduce Larra—y produjo una reacción, por desgracia demasiado poco violenta."

La otra traducción, *El dogma de los hombres libres. Palabras de un creyente*, por F. M. Lamennais, lleva al frente "Cuatro palabras del traductor", en las que "Figaro", conociendo del espíritu del pueblo español, trata de hacer algunas concesiones, en materia religiosa sobre todo, a fin de que no cause escándalo la obra. Pero Larra no cede en radicalismo a los más profundamente radicales de nuestros días: hay en él un ansia de *hombres nuevos, sociedad nueva, literatura nueva*, que se mezcla a un ansia de bien y de justicia.

Esa hermosa obra, de un evangelio cívico, libre, bíblica, llena de amor, de la-

mennais, no pudo salvarse de la timoratería alarmada, y el periódico que la publicaba tuvo que suspenderla antes de llegar a la mitad y dar excusas.

Veamos lo que le producían sus trabajos, según una anotación hecha por don Eugenio:

Obras escritas por don Mariano José de Larra, pertenecientes a don Manuel Delgado, por derecho de propiedad, según aparece de los documentos de cesión firmados por aquél, y las siguientes:

TITULOS DE LAS OBRAS	Precio en que se enajenaron.
	— — RLES VELLÓN.
El Pobrecito Hablador.....	1.050
El Roberto Dillon o el católico de Irlanda.....	600
Julia (comedia).....	600
Por las comedias Un desaffo, Siempre, Las desdichas de un amante dichoso, No más mostrador, Felipe y Una imprudencia.....	3.540
El Doncel de Don Enrique (novela).....	4.800
Tomo I y II de la Colección de Artículos.....	3.000
El tomo III de la misma.....	2.000
El arte de conspirar (comedia).....	500
De 1830 al 1836 (folleto).....	1.000
Primera carta de "Fígaro".....	1.000
Segunda y tercera carta de "Fígaro".....	5.000
El Dogma de los hombres libres.....	3.000
Macías (drama).....	1.000
Cuarta carta de "Fígaro".....	2.500
Don Juan de Austria, o tu amor o la muerte (comedia)....	760
Don Juan de Austria, derecho de representación.....	1.000
Vida de San Vicente de Paúl, última mitad de su traducción.	500
Tomos IV y V de la Colección de Artículos.....	3.000
Partir a tiempo (comedia).....	240
Importe de todo lo que ha dado Delgado a Mariano.....	35.900

A más de las obras mencionadas en esta lista consta en una carta de Delgado, firmada por él, que yo he visto y conserva la viuda, que Mariano compuso o tradujo otra comedia intitulada "El retrato de Shakespeare" por la que dió Delgado a Larra 500 reales de vellón.

Es bastante escasa esta remuneración, hasta ridícula, tratándose de tan gran escritor; ¡8.122,50 por toda la obra genial de "Fígaro"! y hay quien se deslumbra y habla de su opulencia.

Estos papeles viejos y amarillos me hablan de sus apuros. Se ve que tiene que tomar anticipos de los periódicos y de los editores; que firma letras y pagarés, que hay facturas de papel tomado a crédito y cuentas de varias clases. Un pagaré a favor de Delgado, fecha Diciembre 1832, por valor de dos mil quinientos reales para ir desquitando del importe de sus obras.

Debajo se ven las entregas que van sucediendo.

De las *Desdichas de un amante dichoso*, le descuenta, en Marzo del año siguiente, cien reales.

En Abril, 300, por *Una imprudencia*. En Febrero de 1834, del tercer tomo de *El doncel*, 180 reales.

En Diciembre, 400 sobre la colección de "Fígaro".

En Enero de 1835 le descuenta 100, de *El arte de conspirar*, y así siguen descuentos sobre *Partir a tiempo*, el *Don Juan de Austria*, hasta que en Febrero de 1836 se ve el último descuento en el folleto *Buenas noches*. ¡Cuatro años para redimirse de una deuda de 2.500 reales!

Hay una letra a quince días a D. Pedro Estrada, en Septiembre de 1833; 3 de Agosto de 1834, hay un pagaré a la orden de un D. Perfecto Valdés Argüelles, para abonarle en 1.º de Octubre la cantidad de 662 reales, que debe abonar de su sueldo en *Revista Española* y que garantiza el pagador D. Cristóbal Garrido. De Octubre del mismo año existe otro pagaré, por 2.000 reales, a D. Casimiro León, a un mes fecha.

Después de venir de su viaje, cuando se cree su situación más brillante, siguen sus apuros. Un pagaré, de 29 de Febrero de 1836, a favor de D. Pablo Ferrer, por 600 reales, lleva debajo las entregas sucesivas de cien reales mensuales hasta extinguir la deuda.

De Marzo del 36 hay otro pagaré a favor del mismo D. Perfecto Valdés, por valor de setecientos reales, que recibe el acreedor en Mayo del mismo año del pagador de *El Español*.

La buena época empezaba para él cuando acabó su vida. Los veinte mil reales que le daba *El Español* sólo los disfrutó un año, y los cuarenta mil de *El Observador* y *El Mundo* fueron únicamente durante los tres meses últimos. "Fígaro" vivía la vida de estrechez de la mayoría de las gentes que viven sólo de su talento en España. En las cartas íntimas a sus padres y a su mujer se le ve luchar con dificultades de dinero, aunque no sean para lo más apremiante. "Fígaro" no malgasta; no es bohemio, no juega; está bien instalado, lo vemos en su inventario, pero sin ostentación; la vida entonces es económica, y esto le permite tener algunos refinamientos que sus contemporáneos creen excesivo lujo. "Fígaro" se viste bien, se perfuma, se corta y se riza el cabello en la peluquería... ¡Sólo por esto se ha dicho que era un Jorge Brummell! No es raro esto, donde aún ahora se dice en una novela que "el colmo del sibaritismo es comer mortadela" y donde es *refinado* el que lleva camisa limpia los días de trabajo. Larra era elegante y cuidadoso, pero sin exceso. Lo vemos en todos sus detalles y en todos los datos y en todos los documentos de su vida íntima. Como hombre de un espíritu distinguido, vestía bien; pero esto no significa que fuese un Dandy, como se ha dicho, ni que ganase montes de oro, ni siquiera de plata, con aquella pluma que tanto los merecía. Ser elegante en aquel tiempo no era difícil; él mismo dice en su carta de Londres, que ir allí al teatro era tan costoso "como hacerse un frac en Madrid". Es que en torno de Larra, en un sentido o en otro, ha habido siempre una lamentable exageración.



Serafín Arjona.

S U E S P Í R I T U

Los nacidos a primeros del siglo XIX debían coger el fruto insazonado que les legaba el siglo XVIII. Ninguna época elaboró con más rapidez ideas y formas; asombra el paso gigante que la humanidad, tan largo tiempo estacionaria, dió al final de la llamada edad novísima. Las convulsiones que marcaban la sociedad naciente se desenvolvían simultáneamente con las últimas convulsiones de la edad que desaparecía. La lucha de la época era, más que nada, lucha de ideas. Ellas habían hecho estallar en Francia la revolución de carácter político, y su influencia se extendía en toda Europa, sobre la cual pasaron como un soplo trágico los días del *Terror*. Entonces, como ahora, todos los tronos se bambolearon, todos los reyes sintieron mal seguras sus coronas en la cabeza; Francia parecía haber recogido todas las luces del pensamiento para concentrarlas, enviándolas después como potente foco a todas las naciones.

Pero esta Revolución francesa, tan grande, tan mundial, precursora de la nueva edad que se abre en el siglo XX, no tenía por causa las pequeñeces que se le han querido asignar. No la produjo ni las torpezas de los monarcas, ni los abusos del Poder, ni los desórdenes de la Corte. Estos no fueron más que pretextos. La revolución estaba en las almas de aquellos hombres que recibían a Voltaire, su verbo, con honores reales y próximos a hacer caer la corona de sus reyes, ceñían una corona a la frente del viejo filósofo en el mismo palacio de las Tullerías.

Los hombres del terror fueron el brazo de los filósofos; La Fontaine, La Bruyere, Pascal, Moliere, Boileau les habían enseñado a despreciar la aristocracia; las Memorias de Saint Simon iluminaban el interior del Palacio y de la Corte, dejando ver sus vicios y torpezas.

La revolución empezó por la lucha contra los libros. El rey, el Parlamento y la Sorbona ejercían la censura destrozándose unos a otros, y entretanto el pueblo leía con fruición los libros prohibidos, quizás por el hecho de serlo, y se formaba en el ambiente irreligioso de Prusia y en el republicanismo de Ginebra. Suiza no era aún el admirable Estado federal que conocemos; pero con el triunfo de la revolución esparcía por Europa las doctrinas de Calvino y la filosofía de J. J. Rousseau.

Francia se había emancipado del Vaticano; Alemania, con el espíritu superior de José II, tan distinto de Guillermo II, se había abierto a las libertades; había hecho abolir el feudalismo, tan arraigado allí, y la servidumbre personal; le había concedido a los judíos el derecho de ciudadanos libres y había codificado las leyes.

Con la libertad de imprenta, concedida por este monarca, se inundó Alemania de folletos y de libros, en que todos exponían sus ideas para el progreso de la patria y discutían las creencias religiosas que les servían de trabas.

Apoyándose en la democracia, José II rompió con Roma; nombró obispos y sacerdotes a su capricho, hizo traducir la Biblia al alemán, para facilitar más el libre examen. Los católicos vieron con terror al Papa Pío VI ir a Viena a suplicar la amistad del Emperador, que lo trató con galante familiaridad mientras Kannitz le estrechaba de igual a igual la mano que le había dado a besar.

Inglaterra aportaba a este estado de cosas el nuevo elemento de la soberanía popular. En Italia, dividida en pequeños Estados empobrecidos, se encendía la rebelión a impulsos de las ideas nuevas. Todo eran luchas en Roma, el Piamonte, la Toscana y Venecia, contra españoles, franceses, ingleses y alemanes. Nápoles llegó a proclamar la República de Partenope y colocar el gorro frigio sobre la estatua del ciudadano San Genaro; de aquellas luchas brotó la aspiración común de la unidad italiana, pues sus sufrimientos levantaban el espíritu con ideas de regeneración.

España sufrió también el choque de las ideas que había provocado esa potente revolución de Francia, que mejor podría llamarse Revolución de la humanidad.

Aquí fué ruda la lucha; como esos aparatos de vapor a los que una exagerada presión hace estallar, así se convulsionaba nuestra sociedad con la ebullición de las ideas modernas; para no dejarlas penetrar se exageraban los rigores, se desacreditaban las teorías; era la lucha apasionada, terrible, de lo que se sentía morir y se aferraba a la vida con caracteres de desesperación.

Las ideas nuevas se hacían débiles entre nosotros; iban marcadas con la pátina de atavismos difíciles de arrancar de nuestro ser, porque ellos habían moldeado costumbres, leyes, creencias y vocabulario, ese vocabulario en el que las palabras llevan disfraces porque se las viste con ideas que no tienen; pero que nos da los elementos todos con los cuales ha de funcionar nuestra inteligencia, encadenan la razón para no poder emitir juicios libres, e impiden ejecutar las voliciones de acuerdo con la razón, porque el sentimiento, formado en medio tan diverso, las rechaza.

De aquí nace la duda de indecisión, el anhelo de la verdad; esas luchas del *yo* contra el *yo* mismo (si su unidad no es también ficticia), que destrozan al individuo y repercuten sobre la especie. Esta lucha y esa duda son características de los siglos XVIII y XIX.

Los seres privilegiados que llegan a la vida en estas épocas de transición y lucha, de transformación y espasmo, pretendiendo guiar a los humanos hacia la felicidad, son, en su loca empresa, como la brújula destrozada en el fragor de la tempestad y que todavía tiembla y oscila bajo su cristal, para señalar al navegante la orientación hacia el polo ideal que busca. En esta época nacieron genios como Byron, Shelley y Lamartine, Leopardi y Víctor Hugo, a fines del siglo XVIII, y Larra y Espronceda a principios del XIX.

Ellos, que se adelantaron al espíritu colectivo de la época, debían quedar aislados y separados de la masa, pero impotentes para obrar contra sus leyes y costumbres. Tienen que expresar sus pensamientos con las palabras que les han dado y que corresponden a los pensamientos de los demás; carecen de una forma de expresión suya propia; han de sujetarse a todo lo ordenado, lo establecido, lo consagrado; esos terribles neutros tan abstractos y de una existencia tan real en nuestro espíritu.

Después de sus luchas por la *dependencia* de los Borbones, dominada por ellos, España estuvo sumida en la decadencia, y los ingenios españoles originales apenas podían luchar para producir su renacimiento.

La reacción rechazaba la literatura francesa y pretendía despertar el gusto de las letras clásicas, aconsejando Homero, Virgilio, Teócrito, Horacio, Milton y Addison; pero el soplo de Voltaire, de Rousseau y de los enciclopedistas franceses pasaba la frontera con violencia de galerna.

Todos estos elementos forman un pesimismo que se dió en llamar el mal del siglo. A pesar de sus esfuerzos, los pueblos oprimidos no pueden entender ya la felicidad, libre de preocupaciones; la filosofía ha envenenado el pensamiento y no hallamos ya la alegría serena de la vida pura y feliz, sin retorcimientos, que parece dibujada en la línea dulce, sin sinuosidades, reposada y tranquila de los artistas griegos, cuyas estatuas, así como sus cantos, se tienden en la olímpica suavidad de la armonía de la Naturaleza, porque no están en lucha contra ella. Para aquellos pueblos la vida era bella, el cuerpo, un amable compañero que la goza naturalmente. Eran tanto más buenos y más felices cuanto menos idea tenían del mal y del pecado. El amor y la muerte, cosas naturales, no les causaban dolor. Las rosas estaban hechas para aspirar su perfume. Es un ideal que no pueden gozar ya los pueblos vacunados con el virus cristiano; los que maceran sus cuerpos, fuentes de pecado, oponiendo la resistencia de la voluntad a los sentimientos naturales. Se huye de los perfumes, de la blandura de los lechos, del regalo del baño y de la satisfacción del festín, para alcanzar un ideal imposible de vida futura por medio del dolor. El sufrimiento se ofrece como medio necesario para encontrar el goce supremo, y el espíritu que tiende a la felicidad ansía la muerte que le ha de abrir las puertas del eterno contento. Ese pesimismo cristiano, ofreciendo la felicidad más allá de la tumba, llevaría al suicidio sino estuviese prohibido el deseo del goce y el librarse de padecer precipitando su llegada. Los mártires sonreían a la muerte y deseaban los tormentos; los epicuros la veían con indiferencia; los místicos la deseaban como Teresa de Jesús cuando dice:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero

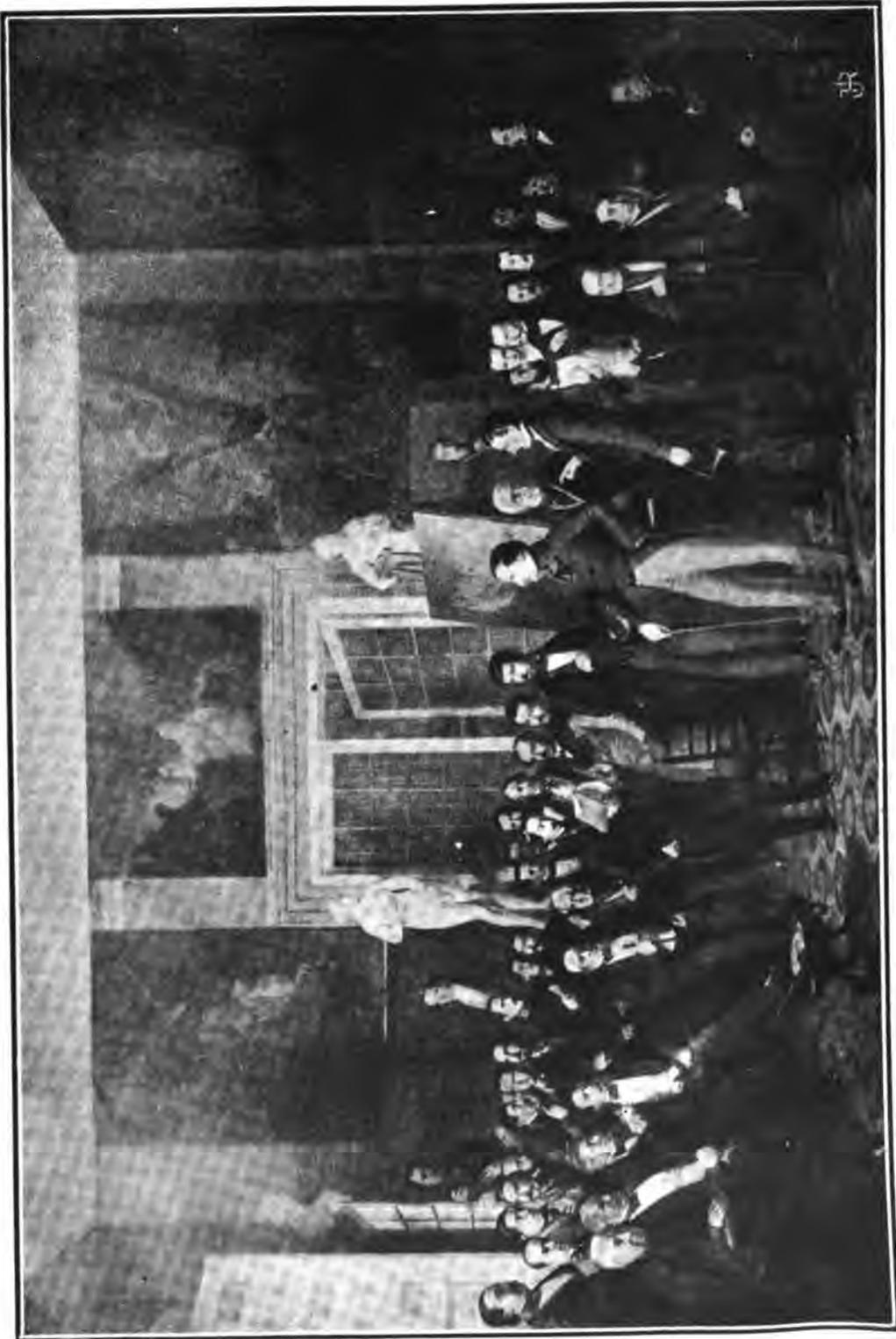
.....

Todo idealismo exagerado lleva al pesimismo. Convergen en la idea del descanso eterno. El nirvana no es sino un idealismo llevado al más alto grado.

Alemania, por su parte, viene con su filosofía y su literatura a aumentar el pesimismo. Goethe, como un dios creador, modela figuras humanas verdaderas, vivas, sin preocuparse de que sean buenas, pero cuidando de que sean bellas. "Fausto" y "Werthe" tienen una influencia decisiva sobre los espíritus, Werther es el tipo perfecto de la sociedad sin voluntad, sin esperanza, resumen doloroso de todo pesimismo, que sólo se liberta con la muerte. La verdad del sentimiento que expresa se halla en todos, ¡cuánta gente ha aprendido a deletrear en él sus sentimientos y a buscar su libertad! Fausto es todo materialismo, sensualidad "burla para toda virtud sarcasmo para todo padecer". El Mal no aparece como una idea negativa sino substantiva y fatal.

La literatura morbosa de Inglaterra viene a inyectar un espleen sin grandeza con las noches de Young, los sueños melancólicos de Gray, la fantasía desequilibrada de Macpherson y esa humanidad, perfecta y pura, austera, calvinista, que personifica Richardson en "Clara Harlowe". Es a principios del siglo XIX, cuando herederos de este triste bagaje espiritual escribe Byron su "Harold"; Shelley, "Prometeo desencadenado"; Haine su maravilloso "Intermezzo"; Víctor Hugo sus "Odas"; Lamartine sus "Meditaciones"; Musset "Las confesiones de un hijo del siglo"; Leopardi, el poeta de Italia sus melancólicas obras, y Puchkine el poeta ruso sus admirables poesías; cuando Espronceda canta a Teresa y cuando Larra sintetiza todos los dolores, las angustias, las dudas, en frases cortantes amargas, llenas de gracia.

Lo mismo que él habla del *muro* que lo aprisiona, lo mismo que en su artículo del día de Difuntos no puede ni siquiera refugiarse en su propio corazón, Leopardi dice:



Hombres ilustres de la época, que retrató Esquivel después de la muerte de «Figuro» —(*) Véase la explicación de este grabado en la página siguiente.

"Yo no veía más que un desierto a mi alrededor. Me hallaba espantado de hallarme en medio de la nada, una nada yo mismo. Me sentía como si me ahogase, considerando y sintiendo que todo es nada, sólo nada". Puchkine dice: "¡Qué soledad! Dime qué hacer para no volverme loco o saltarme la tapa de los sesos", y lo mismo se expresaron los demás.

Alberto Durero fué en el siglo XVI el profeta que hizo el estandarte para esta humanidad dolorida en el maravilloso ángel hembra que despliega la bandera de la Melancolía y tiene a sus pies la sentencia del Eclesiastés: "Donde hay mucha ciencia hay mucha tristeza".

Tuvieron que influir en Larra todos estos factores; y además el malestar general en torno suyo, la certeza de que el esfuerzo era inútil, que la humanidad era irredenta. No cree en los hombres y sus pensamientos convergen con los de Leopardi que ha dicho: "No comprendo que pueda ser feliz una masa compuesta de criaturas infelices". Es en el fondo el mismo pesimismo. "El mundo es una liga de bribones contra los hombres de bien", dice el poeta de Italia, y añade: "Sea cual sea el hombre que veas por primera vez está seguro de no errar teniéndolo por un malvado". Esto no indica odio al hombre sino conocimiento de su imperfección, conocimiento que roba la felicidad, puesto que al mismo tiempo se le ama y se sufre por su miseria, por su opresión, por los males que a él parecen no dolerle. El espectáculo de la imperfección y la infelicidad humana con su amargura, con su desesperación. Es amor y bondad en lugar de odio y acritud. Cuando pretende ocultar sus sentimientos con risas se ve que éstas son irónicas y dolorosas.

Ve la ruina, el empobrecimiento de la patria y adquiere el convencimiento de que ni unos ni otros de los que luchan la salvarán. Hay siempre en él una tristeza por la esterilidad de la revolución española. Añádase a esto que se ve incomprendido, se refugia en el arte, cree, se estremece en el dolor de la creación y en el dolor de su propia superioridad. Ver la decadencia del arte, la corrupción del idioma; contemplar la intriga triunfante, los pseudo artistas envanecidos, la máscara de la amistad y del amor hipócritas.

Lo que más lo atormenta es la idea de la esterilidad del esfuerzo en todos los órdenes, la desesperación de la impotencia. En "Horas de Invierno" dice:

Ni, ¿de qué suerte crear entre nosotros? ¿Cómo? ¿Y para qué? El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se hace fuerte a los embates de la tempestad, no en los bajos ni en la confusión de las vertientes cenagosas que se desprenden a inundarlos de la montaña. El genio ha menester del laurel para coronarse; y ¿dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.

Escribir y crear en el centro de la civilización y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confín de la superficie; necesita irradiarse, como la luz, del centro a la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oída. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los

(*) Descripción del cuadro de Esquivel.

En el centro aparece Zorrilla leyendo. Los dos lienzos que hay en el fondo representan: el de la izquierda, al Duque de Rivas; el de la derecha, a Espronceda. Están sentados, de izquierda a derecha, los señores Nicasio Gallego, Gil y Zárate. Detrás de los Herreros, Ros de Olano, Burgos, Martínez de la Rosa, Mesonero Romanos, Duque de Frias y Durán (D. Agustín). De pie, y por el mismo orden, se encuentran los señores Ferrer del Río, Hartzendbusch, Rodríguez Rubí, Gil y Baus, Rosell, Flores (D. Antonio), González Blips, Encasura, Conde de Toreno, Pacheco, Reina de Topores. Pesuela, Tejado (D. Gabino), Amador de los Ríos, Valladares, Doucet, Gáel y Bené, Fernández de la Vega, Yega (D. Ventura), Olona, Esquivel (con la paleta, al centro) Romea (D. Julián), Quintana, Díaz (D. José María), Campoamor, C. Neto, Fernández Guerra, Madrazo (D. Pedro), Nocedal, Romero Larrañaga, Asquerino y Diana (D. Juan Manuel).

corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gómez, son los que despojan, o son los despojados?

¿Será el teatro el refugio de nuestra gloria? ¿El teatro, sin actores y sin público; el teatro nacional, que, por último insulto, para mengua eterna y degradación sin fin del país, es ya una sucursal de la ópera, y un llenahuecos para las noches en que está ronca la primera dama? Porque es preciso imprimirlo; habrá quien no lo sepa: el teatro nacional no tiene ya empresa y dirección propia: el teatro nacional ha sido confiado a la dirección misma de la ópera, ha tenido la bondad de recogerlo moribundo de manos de los actores que no pueden soportar en él

¡¡¡la dura carga que en sus hombros pesa!!!

¿Caso no ocurrido hasta la presente en país alguno, escándalo de que la desdichada patria de Moreto y de Alarcón estaba reservada a dar ejemplo!

Y después de estas reflexiones, ¿queremos violentar las leyes de la naturaleza y pedir escritores a la España? Hay una armonía en las cosas del mundo que no consiente el desniyel; cuando en política tenga Talleyranes o Periers, cuando en armas tenga Soult, cuando en su cámara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Aragos, entonces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzacs.

Lloremos, pues, y traduzcamos, y en este sentido demos todavía las gracias a quien se tome la molestia de ponernos en castellano, y en buen castellano, lo que otros escriben en las lenguas de Europa: a los que, ya que no pueden tener eco, se hacen eco de los demás: no extrañemos que jóvenes de mérito, como el traductor de las "Horas de Invierno", rompan su lira y su pluma y su esperanza. ¿Qué haría con crear y con inventar? Dos amigos dirían, al verle pasar por el Prado: "¿Tiene chispa!" Muchos no lo dirían, por no hacer esa triste confesión. Los más no lo sabrían; las bellas creerían hacerle un gran elogio diciéndole: "Romántico." Algunos exclamarían: "Es un buen muchacho; ¡pero es poeta!" Otra parte, y no la menor, le llamaría inmoral y mala cabeza, ¡infernaría su existencia y la llenaría de amargura!

El Gobierno le enviaría en premio a las Baleares, llamándole revolucionario, y el resto del público le preguntaría en la calle de la Montera el día que saliese a ver el efecto que hubiese hecho su última obra:

"¡Hola, poeta! ¿Qué hay de Gómez?"

Es esta la idea fundamental del pesimismo de Larra, la encontramos repetida en los apuntes sueltos de que hablamos en el capítulo "Inventarios".

Sin embargo no fué un pesimista teórico; contra todos estos desalientos reales oponía su fuerza de combatiente, de batallador. El hubiera triunfado de la vida y de sí mismo si hubiera tenido un afecto capaz de sostener su corazón. No lo halló en la niñez en sus padres; no pudo encontrarlo en el corazón de su esposa; no podía bastarle ese amor incomprendido que sólo demanda ternura y protección de sus hijos; no lo pudo cifrar en una amistad única. Sintió el deseo de amar como él podía amar, y el amor fué para él ese fantasma engañado que Dios envió a la tierra para desesperar a los mortales. No halló el amor potente que esperaba y cuya sed ardiente sólo se apagó con su vida.

Así se ve que el pesimismo de sus artículos es personal, le indigna que se crea cerebral la pasión que le domina y que es superior a él.

Larra es clásico porque es maestro de su generación, pero no es classicista. Poco amigo de citas eruditas menciona sin embargo a Quevedo, a Lope y a Cervantes, pero no los quiere imitar en su estilo ya



Carlos Latorre.

arcaico, sino en sus cualidades modelo. La biblioteca que se encuentra en su casa a su muerte y de la que doy a continuación la lista, no es muy numerosa ni muy escogida, cosa que no debe extrañarnos, pues ya he dicho que Larra no era rico y en aquel tiempo los libros no eran tan abundantes como ahora, y mucho más caros. Los escritores acostumbraban a frecuentar las bibliotecas más que ahora lo hacen, como podemos ver en las Memorias de Zorrilla y de otros escritores del tiempo.

He aquí la lista inédita de obras contenidas en la biblioteca de Larra:

- Obras de Quevedo, seis tomos en pergamino.
- "Panorama literario de Europa", un tomo, francés, en holandesa.
- "Parnaso Español", tres tomos en pasta.
- "Fontainebleau", un tomo en rústica.
- Una Guía francesa.
- Cinco cuadernos de la obra intitulada "Horas de Invierno".
- "Revolución de Francia", IV, V y VI tomos.
- "El dogma de los hombres libres", un cuaderno.
- "Palabras de un creyente", un tomo en rústica.
- "Cartas peruanas", dos ídem íd.
- "Consideraciones sobre la grandeza de los romanos y su decadencia", un ídem íd.
- La Rochefocauld, un ídem íd.
- "Viaje sentimental", un ídem íd.
- "Tauromaquia", un ídem íd.
- Trece comedias y óperas, encuadernadas en rústica.
- "Figaro", tres tomos encuadernados en holandesa y otro en rústica.
- "Literatura dramática", en francés, tres tomos.
- Obras completas de Currier, un tomo.
- "La Huérfana de Bruselas", un tomo.
- "El Romancero", un tomo.
- "Romance de los Infantes de Lara", un tomo.
- "El Trovador", en francés, un tomo.
- "Método para aprender inglés por reglas", un tomo.
- "Don Juan de Austria", en francés, un tomo.
- "Holanda o el órgano del siglo XV", dos tomos en holandesa.
- "Colección de Constituciones a la rústica", en español, un tomo.
- "Panorama matritense", dos ídem.
- "Poesías" de Martínez de la Rosa, un tomo.
- "El jefe de obra de un desconocido", dos tomos, pasta.
- (Este inventario, hecho por el Juzgado, traduce libremente el título de la obra de Balzac "La obra maestra de un desconocido".)
- "Cuentos morales", por Marmontel, cuatro tomos en rústica.
- "Noticia de los cuadros de la Exposición del Museo Br.", en francés.
- "Requena: Biografía de autores y escritores", un tomo en rústica.
- Varios pliegos, sin encuadernar, de poesías de don Juan Bautista Alonso y comedias en rústica.
- Varios cuadernos y folletos en rústica.
- Catorce cuadernos de las "Memorias originales del Príncipe de la Paz".

¿Qué influencias literarias obraron más sobre Larra? Es de creer que fuera de esa parte inevitable que existe en todos adquirida del tesoro de la literatura universal, y aparte de las afinidades de que visten el espíritu las influencias de la época a la que han de responder las mismas aspiraciones ideales, "Figaro" no tiene influencias muy acentuadas de nadie; esto lo prueba la misma dificultad que hay para buscarle progenitores o hermanos. Es él, libre, solo, único. Larra "Es el que es", en nuestra literatura.

Dice "Azorín" que su antecesor más inmediato en la crítica es Sebastián Miñano, si bien hace ya notar que con una notable diferencia de estilo. Si falta esta condición falta la semejanza, porque ésta no puede buscarse en escribir de los mismos temas, que eran los temas palpitantes los que afectaban a todos; ni en sentir las mismas rebeldías.

He leído atentamente las cartas de un *Pobrecito Holgazán* y no encuentro seme-

zanjas ni en la forma ni en el estilo. Miñano, hombre maduro, cuando escribe tiene un sosiego que no tiene Larra; clérigo acostumbrado a la exposición lógica no tiene el arrebató y la frescura de Larra. La irreverencia, el anticlericalismo, la libertad, no las bebió Larra en las obras de Miñano, sino en la vida misma. El es rebelde por temperamento, por convicción. Larra es muy superior a Miñano. Este emplea siempre tono elegíaco, demasiado hipócrita. Una parte de su éxito se debe al regocijo que produjo entre los liberales ver a un cura liberal aunque afrancesado, apoyando la Constitución; y al escándalo que produjo su polémica con "Fermín Caballero", y los artículos en que éste tan duramente lo fustigó con el título de "Corrección fraterna".

Se señala también a Jouy, el autor de *L'hermite de la Chausse d'Autin*, como el modelo imitado por Larra. Esto no tiene ningún fundamento, más que el haber puesto como lema de su artículo *¿Quién es el público y dónde se le encuentra?*, palabras de la citada obra de Jouy, confesando que tomaba de éste la idea. Pero Jouy es ameno, dulce, no tiene la sátira picante de Larra; se parece más a Mesonero Romanos, y el mismo Larra dice:

"El Sr. Mesonero ha estudiado y ha llegado a saber completamente su país: imitador felicísimo de Jouy, hasta en su mesura, si menos erudito, más pensador y menos superficial, ha llevado a cabo, y continúa una obra de difícil ejecución."

Tiene razón. No es Jouy el modelo de Larra, cuyo espíritu es todo rebeldía generosa, que choca con violencia contra las costumbres que critica.

Más parecido, pero sin que pueda señalarse a éste como su influenciador, tiene con el gran periodista francés Juan Pablo Courier, modelo de ironía helénica; pero la ironía de "Fígaro" es más punzante y su estilo más llano. El hermano espiritual de "Fígaro" es Heine, que no estaba ni podía estar influido por ninguno de éstos.

La pasión con que Larra toma el pseudónimo de "Fígaro", hace que se le crea hijo del admirable Beaumarchais. En efecto; se parece más a él que a los otros; es, como él, rápido, mordaz, desenfadado y profundo. Sobre su mesa se encontraron cuartillas con referencias a la obra del gran escritor. Debía también haber leído mucho a Balzac, de cuyo rápido análisis espiritual se apodera.

Pero Larra es español, netamente español en todas sus manifestaciones; es un español hijo de la enciclopedia francesa, discípulo de Voltaire. He aquí al maestro.

Está lleno de Voltaire; en sus obras son frecuentes las citas que hace de él y se ve la admiración que le profesa, lo penetrado que está de su espíritu. Larra es *el Voltaire español*.

Las influencias que más lo dominan no son las románticas de su tiempo; no lo ganan Hugo ni Dumas, no tiene jamás el tono dulce de Lamartine ni la religiosidad *flamboyante* de Chateaubriand; él no es romántico, y si alguna vez su pasión exaltada toma caracteres de romanticismo, es porque se viste a la moda de la época. Ya hemos dicho que no es tampoco clasicista.

Es innovador, radical, y lucha con los gérmenes que quedan en su espíritu de lo rutinario. Hace esfuerzos por romper los moldes que aún le hacen establecer clasificaciones y ajustar sus críticas a principios dogmáticos que les restan valor.

"Queremos una literatura—escribe—hija de la experiencia y de la historia, y faro, por tanto, del porvenir; estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud, ignorante aún, apostólica y de propaganda; enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es, para conocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo."

En esta lucha olvida un poco la psicología de las cosas para atender a los caracteres externos.

En realidad, los que más predominio tienen sobre él son los escritores franceses del siglo XIX—Voltaire sobre todos—que marcharon los primeros por la senda de la literatura libre, la literatura de la revolución. Puede decirse que Larra es un hijo de la enciclopedia; está penetrado por las doctrinas racionalista y naturalista; es un filósofo de su tiempo, y en su crítica opone siempre los principios de la razón y la ciencia a la injusticia y la rutina. Ama el análisis, el libre examen. Cánovas del Castillo ha dicho, en *El solitario y su tiempo*, que Larra es un ecléctico. Eso es cierto; pero lo más admirable que hay en él es que disputándosele tan encontradas influencias, combatido por todos los vientos, él siga siempre su rumbo y sepa conservarse original. "Azorín" dice:

"...una lógica profunda nos hará ver la perfecta coherencia de su espíritu, que instintivamente se mantiene siempre igual a sí mismo. Ese es el espíritu de Larra, y de ahí su inquietud, su febrilidad... y lo difícil que debía ser en el trato particular, siendo, como era, un hombre bondadoso y humano."

Estas líneas prueban el espíritu clarividente de "Azorín", que fué el que antes que nadie supo ver el carácter humano y bondadoso de "Fígaro", sin hacer caso de los acomodatícios y los envidiosos que, como Ferrer del Río, no pudiendo negar el mérito del escritor, que se impone, arremeten contra el hombre, para decir que "hay que guardar sus escritos y demoler su estatua"; ¿y se quedaría tan tranquilo después de haber escrito esa majadería? No se fijan más que en pequeñeces. Pueden tanto los prejuicios, el tener ya una idea *a priori*. Ayguals de Yzo, en su "Panteón de hombres ilustres", apenas le dedica un octavo de página, y termina diciendo que lo llevó al sepulcro "una pasión desgraciada sobre la que quisiera extender impenetrable velo". El mismo Menéndez y Pelayo se deja llevar de ellos para comparar *los caracoles con las castañas*, cuando dice que "Fígaro" es inferior como costumbrista a Estévanez Calderón y a Mesonero. Es que los sabios que no son a la vez artistas no pueden juzgar a éstos. A Larra no pueden juzgarlo ni sus contemporáneos, inferiores a él, ni hombres de espíritu estrecho como el padre Blanco y otros historiadores, que desgraciadamente son los que sirven de texto a la juventud escolar que lee y acepta juicios sin saberlos examinar.

Las burdas reproducciones que ha hecho Pérez Galdós de la figura de Larra, no podían tampoco hacerlo conocer. Ya nos hemos ocupado de los desdichados tópicos que emplea en *Los apostólicos* al hablar de "Fígaro". Peor aún aparece en *Estafeta Romántica*, esas páginas inaguantables donde una dama romántica con visos de intelectual dice que le han dado a leer "El doncel de no sé qué rey, escrito por ese que se mató", y donde hay una ridícula aparición de Larra que contradice toda su vida y su obra. Galdós tiene cataratas incurables en el espíritu para ver a Larra, y es lástima que en su necesidad de glósar cuanto se ha escrito del siglo XIX se haya ocupado así de él, haciendo resaltar la distancia que les separa. El "Fígaro" sin piernas que se aparece al héroe de la *Estafeta*, no es "Fígaro". Es un pelele.

A veces las confesiones de la verdad se imponen. D. Juan Valera, en la continuación de la Historia de España, de Lafuente, dice: "Conviene hablar de un autor que a más de poeta lírico y dramático fué crítico eminente, para entonces de popularidad muy superior a "El Estudiante", y eclipsando también como autor de artículos a "El Curioso Parlante" y a "El Solitario". "Clarín", que reunía las dos condiciones, dijo que "Fígaro" es el primer escritor de su tiempo; veía horizontes que sus contemporáneos no columbraban siquiera".

Navarro Ledesma dice:

"Ninguno de los cargos que se han hecho contra la originalidad de Larra tiene valor, ni certeza, ni le hace mella alguna. Miremos y leamos sus obras: ¡qué tesoros de novedad, qué de maneras y aspectos nuevos, recursos inesperados, ideas brillantes, ocurrencias no previstas, sales no preparadas, dichos profundos sin in-

tención!; todo en él sorprende y deslumbra. Ningún escritor más independiente; ninguno que más al fondo se fuera... Sus juicios obtienen de quien los lea la adhesión que presta el convencimiento, y se imponen tanto a la inteligencia por su solidez lógica, cuanto a la fantasía por la brillantez de la expresión, y esto con naturalidad, sin artificios ni contracciones violentas y sin que el lector advierta su conformidad, sino entrando ésta suavemente en su ánimo, como cosa propia y la única aceptable. Esto es lo más maravilloso de "Fígaro": la valentía de la crítica que hiere de punta, con golpe certero y profundo y que hiere sonriendo con inocencia, como si hiciera un halago; esa manera especialísima suya de burlarse con seriedad, que es la burla más acerada; cuándo con simple y pacífica ironía; cuándo con franco y casi brutal sarcasmo; cuándo con agridulce humorismo...

"No ha menester estatua; álcense enhorabuena estatuas a los que han muerto. Para gloria suya, Larra sigue vivo hoy, tan vivo como hace setenta años."

El ilustre profesor de Oxford, Jaime Fitzmaurice-Kelly, tan grande y concienzudo hispanófilo, en su historia de la literatura española, traducida del inglés por A. Bonilla San Martín, consigna estos juicios sobre "Fígaro":

"Durante el siglo XIX no ha producido España prosista más brillante que Mariano de Larra." "Supo observar y satirizar con asombrosa valentía y malicia. Bajo los pseudónimos de "Fígaro" y de "Juan Pérez de Murguía" conseguía en la esfera del periodismo un renombre que ningún otro escritor español ha logrado jamás. La política española, las flaquezas del carácter nacional están expuestas en sus artículos con un espíritu de feroz amargura, peculiar del escritor. Su obra es realmente depresiva y está recargada de misantropía; no obstante, por su arrojado valor, su profundidad de criterio y su sombrío humorismo, Larra no tiene igual en la moderna literatura española." "Es imposible leer las pesimistas páginas de Larra sin admirar su lucidez y su fuerza."

Ya que no podamos hallar influencias precisas que hayan obrado sobre él, tratemos de hallar las que él ha ejercido en nuestra literatura, hasta sobre los mismos que lo han negado.

¿No tenemos algo de hijos espirituales de "Fígaro" todos los escritores modernos—los más grandes más—: "Clarín", "Silverio Lanza", "Azorín", Gómez de la Serna...? ¿No son hijos espirituales de "Fígaro" esos críticos de teatros, como Manuel Bueno y Tomás Borrás, que se elevan y generalizan desentrañando el alma de las obras? Sí; Larra ha derramado una influencia bienhechora inolvidable en la literatura española. Maestro de la presente generación es Mariano José de Larra.



Vista del Paseo del Prado en 1835.

EL HOMBRE Y SUS PASIONES

Hemos visto pasar por estas páginas a Larra desarrollando su figura en las diferentes facetas de su vida, desde que niño aún aparece en las tertulias de don Antonio Crispín de Larra, su abuelo, con sus ojos grandes y curiosos, su cuerpecito endeble, su semblante sereno, pálido, escuchando ansioso todas las conversaciones y asombrando ya a los concurrentes con los destellos precoces de su ingenio.

Hemos visto al niño estudiar y formarse en la soledad de un internado francés; lo hemos seguido ávido de saber, reflexivo y dulce; lleno de una gran idea de su dignidad en una adolescencia dichosa, hasta verlo derramar sus primeras lágrimas de hombre al choque de su primer desengaño, tan cruel, tan duro, que debió dejar para siempre una tara en su espíritu. El ha descrito sin duda su infancia y su madre en el artículo *El casarse pronto y mal*. Es sin duda doña Dolores Sánchez la señora que va a Francia, se cree espíritu superior, no se cuida de educar a su hijo, y él se pinta, calumniándose, en el jovencito precoz, escéptico y vano que es protagonista de su artículo, en el que hay ironías como la siguiente:

“A papá y mamá se les debe tratar de tú, porque no hay amistad que iguale a la de los padres con los hijos. (Salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán los primeros a los segundos.)”

Lo vemos rehacerse de su amargura inicial, despertar de nuevo su espíritu enamorado de la libertad y del arte con hermosa rebeldía, con una enorme ansia de felicidad y de justicia para todos. Aún no han apuntado las alas en sus muñones y ya reconoce su fuerza y quiere volar solo. En lugar de cuquería calculista para hacer lo que *conviene*, él hace lo que *quiere*, y emprende valeroso un camino rectísimo en pos de la verdad, rechazando un destino del Estado para buscar su existencia con su trabajo. No sigue el ejemplo de los jóvenes de su tiempo. El demuestra que se puede ser elegante, distinguido, vestir bien, ir contra la rudeza de costumbres groseras, so color de españolismo, y al mismo tiempo ser un hombre sensato, trabajador y artista.

Larra trabaja probando sus facultades en varios géneros: hace poesías, intenta el teatro, y hace con *El Duende Satírico* su primer ensayo de periodista. Su salida en este caso es hacia los campos de Montiel. Un periódico satírico que pregone la verdad en medio de una sociedad aniquilada por el despotismo, es empresa que sólo en un corazón como el suyo pudo caber. Espronceda mismo, con ser tan noble y tan liberal, esperó para escribir en el periódico una época libre de censura: Larra se arroja valeroso, fogoso, y aunque más tarde su estilo se purifica, se perfecciona, es desde el primer día “Figaro” igual a sí mismo, consecuente en toda su vida, una personalidad fuerte, formada, definida desde el principio al fin.

Conocemos sus luchas de periodista, de autor dramático, sus aspiraciones juveniles en aquella época en que asiste al *Parnasillo* y alterna alegremente, casi inconscientemente, llevado de su turbulencia y de su juventud, con los *Caballeros de la Cuchara* y figura en la *Partida del Trueno*.

En esta época Larra se enamora, se enamora con toda su buena fe, con toda su pureza, volviendo a vestir su alma de inocencia para crear y formar un hogar en el que se propone ser feliz. Contra la voluntad de su familia, Larra realiza su matrimonio con Pepita Wetoret y se encuentra envuelto en las obligaciones de un hombre casado, trabajando para sostener su hogar. Larra ama a su esposa. Pepita Wetoret era bellísima, una belleza delicada, una de esas mujercitas muy pequeñas, muy suaves, que se comparan siempre a las figulinas, a las tanagras, lindas muñequitas que despiertan más bien la ternura que un amor apasionado.

Era una jovencita *bien educada*, que sabía hablar el francés y tocar el piano; pero una jovencita mimada, voluntariosa, burguesita. Es también el retrato que conviene a la joven esposa de su citado artículo. La señorita frívola, insustancial. Tan lejos de la mujer interesante, enérgica, de espíritu abierto y superior que hubiera podido sostener el entusiasmo de un hombre como Larra. Sueño ideal de pureza para un niño de veinte años que tenía Larra entonces, excitado en su pasión romántica por los obstáculos, se encontró con una esposa que ni le servía para amante ni para compañera. Su nieta doña María de Larra, que ha vivido con ella, la retrata admirablemente. Era fría, infantil, inconsciente; tenía empezadas veinte labores y jamás acabó ninguna; le gustaba todo lo bonito más que lo bello; era más capaz de admirar una figurita de biscuit en un bazar que una estatua de Miguel Angel. Huía de la sociedad; se entretenía con cualquier futesa. Su sensibilidad extraordinaria hacía que no pudiese sufrir ni un grito ni una palabra fuerte sin ponerse enferma. Sus mismos hijos, impresionados por su perpetuo infantilismo, la llamaban *Pepita* en vez de *mamá*. Esta criatura no podía ser la mujer de "Fígaro". Caído el velo de la ilusión, él la amó como a una amiga o a una hermana, a la que se considera y se quiere, pero nada más.



Pepita Wetoret después de viuda.

Tal vez se sentía en su hogar algo del malestar de que habla en *Et casarse pronto y mal*. En esa época debía sufrir apuros pecuniarios. No es inverosímil que amigos generosos, como el duque de Frías y Valera, le protegieran y le ayudasen. Así parecé expresarlo en sus versos, sin que demos crédito al soneto que inserta Molins, en sus obras completas.

En este tiempo conoció Mariano José de Larra, en una de las tertulias en que fué presentado por su amigo Alonso, a Dolores Armijo. Esta se hallaba casada y era una mujer en la plenitud de su encanto, muy bella, muy elegante y muy coqueta. Tenía para brillar y seducir todas las armas que le faltaban a la esposa de "Fígaro", excelente madre, apartada de la sociedad y más olvidada de lo que su interés exigía de sus coqueterías de mujer.

Dolores Armijo, que tenía a su alrededor una corte de admiradores, con los que coqueteaba, haciendo valer para no comprometerse "su esquivia condición de esposa", debió sentirse halagada por el amor de un hombre de tanto mérito como Larra. ¡Ser la musa del escritor, de un escritor tan grande como "Fígaro", debía

colmar su vanidad, e indudablemente se complació en cultivar aquel amor, encenderlo y lucirlo como un prendido que adornara su hermosura!

Pepita Wetoret no ayudó a su marido a luchar contra aquel amor. Celosa, indignada, colérica, hizo terrible la lucha que existía entre ellos; ahondó su separación y llegó a querer irse del lado de su marido; en el que deseaba ver siempre el amante romántico, sujeto a sus caprichos y haciendo de su amor el norte de su vida. Empezaron los disgustos. Al cabo de un año nació su primer hijo, Luis Mariano, el 17 de Diciembre de 1830, y la madre tuvo que dedicarse a su cuidado mientras el padre, cada vez más solicitado por su vida de literato, se veía lanzado a la lucha y se abría camino rápidamente, viendo crecer su fama y su crédito.

Larra no podía llevar a su esposa a la sociedad que él frecuentaba. La esposa del literato queda generalmente oscurecida, como una estrella que no luce cerca de la luz de otra más brillante. Ella debía sentir la tristeza, la monotonía del hogar, siempre sola; algo de unos celos latentes ante la gloria del marido; de despecho de verlo engolfándose en una existencia aparte de la suya, que ella no compartía, en la que no podía mezclarse. Sus disgustos se acentuaron aun más después del nacimiento de la primera hija, Adela, dos años más tarde que su hermano en 1832.

Sin ser guapo "Fígaro" debía ser interesante. La levita y la camisa que se conservan de él, convienen a un hombre de una estatura de 161 centímetros. No es, pues, tan pequeño como él se pinta exagerando, ni merece llamarse *imperceptible*, como le llama Brétón. Un hombre de estatura pequeña puede suplir por su arrogancia lo que le falte para ser buen mozo. Se puede creer que él se ha retratado en "El Doncel".

"Era un mancebo que en caso de duda hubiera podido atestiguar con su propia persona la larga dominación de los árabes en Castilla. Su color era moreno, sus cabellos negros como el azabache; sus ojos del mismo color, pero grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas: una sola vez bastaba verlos para decidir que quien de aquella manera los manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible. Un observador más inteligente hubiera leído también, en su lánguido amartelamiento, que el amor era la primera pasión del joven. Su frente ancha, elevada y espaciosa, y su nariz bien delineada, denunciaba su talento, su natural arrogancia y la elevación de sus pensamientos. Ornábale el rostro en derredor una rizada barba que daba cierta severidad marcial a su fisonomía: su voz era varonil, si bien armoniosa y agradable; su estatura gallarda."

Con este retrato coincide "Azorín".

"Viste con atildamiento perfecto; su mirada brilla con lumbres de inteligencia; lleva una barbita negra y sedosa, y sobre su grueso labio, que es un trazo recio, se ostenta su poblado y caído bigote. Hay en toda la personalidad de este joven, en sus ademanes, en sus gestos, cierta nerviosa rapidez."

El retrato más verdadero de Larra es sin duda el hecho por Gutiérrez de la Vega, ante el que consiguió Ventura de la Vega que posase el inquieto "Fígaro".

Tomado de éste debe ser el que posee su nieto el notable actor D. Mariano de Larra. Me dice que está firmado por una señorita. No he podido verlo porque con la desgracia que persigue a las cosas de "Fígaro", este retrato estaba envuelto en unos colchones, en unos sótanos inundados, en Valencia, con motivo del traslado de casa de su dueño. He dado aquí todos los retratos que hay de "Fígaro". Al frente, en la anteportada, el de Gutiérrez, debido a D. Félix Bois, más adelante el otro que apareció en sus obras, luego el de la Biblioteca Nacional y por último, este que es fotografía de ese a que me he referido que conserva su familia. Sigo creyendo que el de J. Gutiérrez es el más autorizado.

Para su retrato moral no hay más que seguir a "Fígaro" en sus artículos. En el que escribe en el número primero de *El Duende*, dice:

"Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona a buscar al público por esas calles, a observarle, y a tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caracteres distintivos de ese respetable señor."

Es entonces un perfecto niño lleno de ilusiones. Es la época a que corresponde la pintura que hace en *La Sociedad* de aquel joven primo suyo en el que encarna.



Copia del retrato de «Figaro» que posee su familia.

"Joven, vivaracho, inexperto, y por consiguiente alegre. Criado en el colegio, y versado en los autores clásicos, trafa al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y comedias se encuentran. Buscaba un Píladés; toda amante le parecía una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el día que la necesitase."

Cuando conoce a Dolores tiene miedo de amar y en *Las Casas Nuevas*, artículo escrito en 1833, glosa una frase de Ninon de Lenclos: "La constancia es el recurso de los feos", y dice:

"Las personas de mérito, que saben por dondequiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazón, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras a las peñas que en el mar las sostienen y alimentan."

Pero ya poco seguro de sí se detiene en sus bromas y dice:

"Tengamos lástima al hombre que ha dejado tomar al amor incremento en su corazón."

"El hombre, efectivamente, se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse a buscar otras, como se figura acaso difícil encontrarlas: una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre a lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia a lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazón a las aficiones que pudieran llegar a dominarle, agregado esto a la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habían puesto a mi familia, lograron hacer de mí el ser más veleidoso que ha nacido."

"Pesándome de que me llamen todos los días, desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fuí el *Duende satírico*, ora el *Pobrecito hablador*, ora el *Bachiller Munguía*, ora *Andrés Niporesas*, ora *Figaro*, ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aún que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir; y si he de decir la verdad, consistió esto en que, a fuerza de meditar, he venido a conocer que sólo viviendo podré seguir variando."

¿Cómo se puede pensar que es un suicida, teórico el que ha escrito esto?

Debió Dolores coquetear con él, enamorarlo para merecer los cargos que *Macías* le hace a *Elvira* en sus diálogos. Al mismo tiempo Pepita ofendida por el desamor del esposo, cansada de su hogar, incitada por su misma familia se apartaba cada vez más moralmente de su marido y le exigía la separación.

Este Larra tan calumniado, tan noble y tan desdichado, amaba con amor de familia a su esposa, y sentía el dolor de separarse de ella, de sus hijos, de hallarse sin escudo para luchar; sin su hogar; sin lo que podía hacer que no cayese por entero en una pasión que absorbiese su vida toda.

Tan grande fué su deseo de conservar su hogar que llegó a encerrar a su mujer y llevarse la llave de la habitación. Esto provocó un estallido en sentido contrario. La madre de Pepita la libertó y se la llevó consigo. Esto debió ser a fines del año 1833 o a principios del 34, porque en este año nació su última hija, *Baldomera*, cuyo nacimiento fué después de la separación, y Larra no la conoció hasta su vuelta del extranjero. Afirman también que Larra desolado por el abandono de su mujer, sintió un despertar de su cariño hacia ella, y que en los primeros tiempos de su separación le rondaba la calle como un pretendiente, hasta que ofendido de verse rechazado por Pepita se propuso aceptar la separación de una manera definitiva, y formarse la idea de que había muerto para él, de tal modo que al hablar de ella en sus cartas íntimas la llama *mi difunta*.

Entretanto ganaba cada vez más camino en su alma la pasión por Dolores. Esta,

tal vez enredada en las propias redes de la coquetería, había acabado por corresponderle. Larra disculpa en uno de sus artículos la honradez de la mujer, que no pudiendo legitimar su amor se entrega noblemente a él.

Satisfecho en su pasión por Dolores, la vida parece sonreír a Larra. Está lleno de aliento, de ilusiones; es entonces cuando escribe con más reposo sus mejores obras, cuando se halla más capacitado para la lucha. Su *Macías* es un estallido de pasión, de amor y de celos. Indudablemente, Dolores estaba en el teatro la noche del estreno, y él le dijo públicamente, por boca de Carlos Latorre, toda su pasión; la oyó hablar, como quería oírlo, por medio de la Concepción Rodríguez; experimentó así la suprema voluptuosidad de su triunfo, de su amor satisfecho; Dolores no era una mujer vulgar; ya sabemos que ella también hacía versos, lo que prueba cierta cultura y afición a la literatura. Discreta, graciosa, amable, hermosa, la pintan las cartas inéditas que yo poseo de Ramón Ceruti a "Figaro". Según ellas, Dolores debía ser bien proporcionada, más bien alta que baja, de cabellos oscuros, cutis blanco y ojos árabes; es decir, esos magníficos ojos color de tabaco que se esclarecen o se llenan de sombra según reciben la impresión. El retrato que ha escrito "Figaro" de la Elvira de *El doncel* corresponde sin duda a su retrato, porque esta novela estaba escrita a impulso de su grande amor.

"Tez blanca y más suave a la vista que la misma seda; estatura ni alta ni pequeña; pie proporcionado a sus dimensiones; garganta disculpa del atrevimiento, y fisonomía llena de alma y de expresión. Su cabello brillaba como el ébano; sus ojos, sin ser negros, tenían toda la expresión y fiereza de tales; sus demás facciones, más que por su extraordinaria palidez, se distinguían por su regularidad y sus proporciones marcadas, y eran las que un dibujante llamaría en el día académicas o de estudio. Sus labios, algo gruesos, daban a su boca cierta expresión amorosa y de voluptuosidad, a que nunca pueden pretender los labios delgados y sutiles; y sus sonrisas frecuentes, llenas de encanto y de dulzura, manifestaban que no ignoraba cuánto valor tenían las dos filas de blancos y menudos dientes que en cada una de ellas francamente descubrían. Cierta suave palidez, indicio de que su alma había sentido ya los primeros tiros del pesar y de la tristeza, al paso que hacía resaltar sus vagas sonrisas, interesaba y rendía a todo el que tenía la desgracia de verla una vez para su eterno tormento."

Las páginas íntimas que he hallado de Larra y que publico más adelante, nos dicen que Dolores era sevillana, con "cabellos más negros que el ébano y más brillantes que el azabache; de piecitos hechiceros, de tímidos andares, de seno alabastrino, de talle esbelto, balanceándose como la flor sobre el talle ondulado, de miradas de fuego". Se advierte la identidad entre el retrato literario y este otro retrato íntimo, que escribe para él en francés y en esa letra menudita y que ha permanecido inédito hasta llegar a mis manos.

Hay aquí una laguna que no se puede llenar. ¿Por qué esta mujer, que corresponde al amor de "Figaro" y no lo amó, quiso alejarse de él? "Figaro" dice en su artículo "La sociedad":

"Quise a una que me quería sin duda por vanidad, porque a poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo, y me dijo que no podía arrostrar el ridículo; luego quise frenéticamente a una casada: ésa sí, creí que me quería sólo por mí; pero hubo hablillas, que promovió precisamente aquella fea que ves allí, que como no puede tener amores, se complace en desbaratar los ajenos; hubieron de llegar a oídos del marido, que empezó a darla mala vida: entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro y que debía concluirse el amor; su tranquilidad era lo primero. Es decir, que amaba más a su comodidad que a mí. Esa es la sociedad."

De todo lo que se puede deducir y observar, se deduce que hubo personas em-

peñadas en perseguir aquellos amores, envidiosos y despechados, quizás esa mujer a la que él dedica el soneto inédito que hemos leído. El caso es que debió haber una serie de disgustos graves; se cruzarían anónimos, se inventarían calumnias. Se le dirían mentiras a Dolores.



Otro retrato de Pepita Wetoret.

Esto debió decidirla a ella, rodeada de tantos amadores, a romper con "Fígaro" para conservar su tranquilidad.

Se da como cierto que después de muchos escándalos y disgustos, el marido, convencido de su desgracia, se decidió a llevarla con unos tíos suyos a Badajoz; hay quienes aseguran que la recluyó en un convento de aquella capital una larga temporada y que al salir de él se fué a vivir con su tío D. Alfonso Carrero.

Estas contrariedades irritaron más el amor de "Fígaro". Dejó a sus hijos pequeños, Luis Mariano y Adela, en Navalcarnero con sus padres, y con pretexto de estudiar las antigüedades de Mérida, salió de Madrid con su joven amigo el conde de Campo Alange. Aún se conserva en Badajoz, en el Campo de San Juan, la casa que habitó "Fígaro"; su habitación tiene aún el mismo empapelado y desde sus ventanas se ven las de la morada de Dolores. ¿No pudo lograr verla? ¿Fué rechazado por ella? No se puede asegurar; pero debía estar desesperado.

Se trasluce esto en la carta que para darle los días a su madre, que llevaba el mismo nombre de su amada, escribió el 10 de Abril de 1835. Después de la fórmula de un cariño rutinario habla de sus hijos con una ternura y un escepticismo tan grandes a un tiempo mismo, que estremece pensar en el desgarramiento del corazón que los dicta.

Badajoz, 10 Abril 1835.

Querida mamá: A pesar de que no me ha faltado a quién dar los días en Badajoz, mucho me hubiera alegrado haberla dado a usted un abrazo. Otro año será.

¿Cómo está esa divina Adela? ¿Cómo el tonelillo de Luis? ¿Dejan cosa a vida? ¿Se pegan mucho? ¿Rifien de continuo? ¿Hacen la vida de casados? ¿Cumplen con el tributo de la humanidad de aborrecerse mutuamente todo lo posible? Dios los haga grandes para que sean malos cuanto antes; es decir, peores: cuando el uno sea un hombre hecho y la otra una mujer derecha, no habrá nada que pedirles ni por dónde el diablo los deseche. C'est l'usage. De todos modos estoy agradecísimo al trabajo y esmero que ustedes se toman por hacerlos buenos. *Sic mammi andino sat est.* Papá se lo explicará a usted eso, o Cecilia, a quien envió mil afectos y deseo salud. Lo que no necesita explicación es el cariño que le profesa su hijo.

A impulsos de su despecho debió estar también escrito su artículo "El duelo", donde se vuelve contra la coqueta y dice:

"He oído decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familia; también suele salir de una tormenta una cosecha; yo soy de opinión que la mujer que empieza mal, acaba peor."

Algunos biógrafos, como el Sr. Cotarelo, creen que está escrita en este año su poesía *Al Primero de Mayo*. Una poesía débil en su estructura, pero que cautiva, como sucede con toda la obra de Larra, por la verdad del sentimiento. Otros críticos la creen anterior; pero es más lógico pensar que es de este año, en el que llora su rompimiento y recuerda una fecha dichosa.

AL DIA PRIMERO DE MAYO

¿Tornas, infausto día,
trayéndole a mi mente
fortunas olvidadas
de tiempos más alegres?
¿Acaso deslumbrarme
ora también pretendes
con esperanzas locas
perdidas tantas veces?

Hoy fué que de ilusiones
un tiempo yo juguete,
pensé que ya tocaba
mil anhelados bienes.
Mas tú corriste luego,
y aquella ingrata aleve,
cruda, en tan largas penas
trocó dichas tan breves.

Las siguientes estrofas prueban la deducción de que Dolores se había complacido más de una vez en jugar con aquel noble corazón, y que había en torno suyo una multitud de adoradores que se complacía en mantener:

¿Acaso a recordarme,
risueño, me amaneces,
que en pos de nuevas burlas
luego a sus plantas vuela?
Ora tal vez brillando
cual rosa entre claveles
a mil adoradores
la faz graciosa vuelve.
Dila que entre esa turba,
que hoy a sus pies advierte,

quien como yo la odore
no es fácil que lo encuentre;
que si otros más la dicen,
ninguno tanto siente
como éste que callando
ni verla ya pretende;
como el que por tributo,
único reverente,
a sus divinas plantas
sus lágrimas le ofrece.

Otra cosa que nos inclina a creer que es de esta fecha, es la última parte, en la que "Fígaro" habla de su gloria, puesto que su gloria estaba muy reciente.

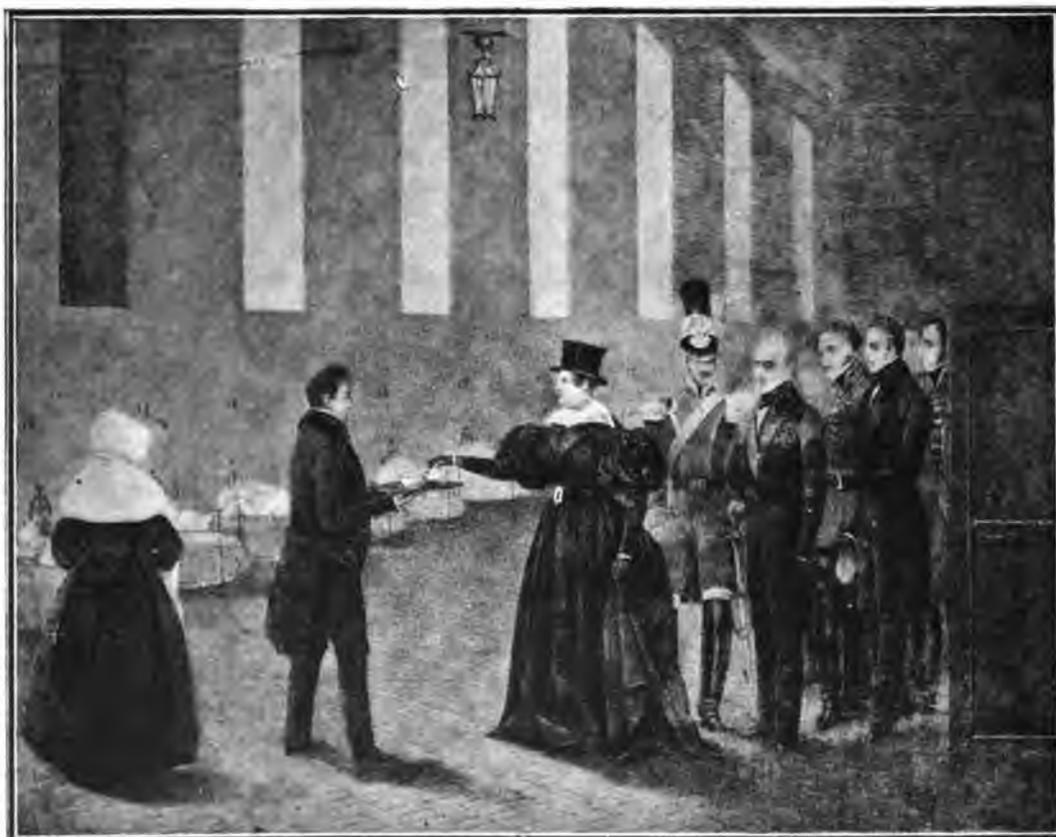
El año anterior y a primeros del 35 había dado sus mejores producciones a la escena y a la literatura.

¿Qué a mí, que aplaudan todos
como ella me desprecie?
¿Qué valen para un pecho,
que eterno amor somete,
qué valen, conseguidos,
los lauros florecientes?
Al que le abraza el fuego
que el ciego dios enciende,
los lauros envidiados
son galardón estéril,
si su gentil belleza
el mísero no tiene
a quien ornar con ellos
la majestuosa frente.
Yo, más que no el ruido
de palmas mil batientes,
preciara el de sus besos,
emblemas de deleite.
¿Y esa mentida gloria,

cuál rico don me ofrece,
si a enardecer no basta
un corazón de nieve?
Cuando mi humilde numen
honra el estruendo alegre,
yo solo de mi hermosa,
yo lloro los desdenes.
¡Oh! callen los aplausos
mientras su amor me niegue,
que amante despreciado
de ella, no los merece.
Dila que ya estos lauros
arranque de mis sienas;
yo todos se los trueco
por sólo un beso ardiente:
que me corone un día
de amor y de placeres;
y coja quien los quiera
los fútiles laureles.

Lo cierto es que después de todos sus esfuerzos; después de querer realizar el

hermoso sueño del *Macías*; después de proponerle a su adorada huir con él a un país extranjero, "Fígaro", desesperado, enfermo, lleno de amargura, se decide a alejarse de España, con la esperanza de olvidar, impulsado por su desesperación, escapando lejos de España, refugiándose en el extranjero para huir de su dolor, como luego se refugió en la muerte.



La Reina Cristina, vestida de amazona, visitando un hospital.

EL VIAJE MISTERIOSO

En este viaje de "Fígaro" hay un misterio, una novela que es sensible no poder penetrar. El haber emprendido este viaje con su amigo Campo Alange y haber pasado unos días con él en sus posesiones, cercanas a la frontera, hizo decir a los que con tanta ligereza juzgan las cosas, que fué éste el que costeó el viaje a "Fígaro". Esto no es cierto. "Fígaro" hizo este viaje consteándose sus gastos con sus propios recursos. Además, de que en medio de todo, el viaje debía tentar su fantasía de artista. No lo guiaba sólo el egoísmo de tratar de curarse de su pasión; sino la idea generosa de volver la tranquilidad a Dolores. Además Larra llevaba la representación de su padre para cobrar al barón Felipe de Saint Marz una deuda de 23.000 francos contraída con su padre desde el año 1812.

Las dificultades del viaje en aquel tiempo las ha pintado admirablemente "Fígaro" empezando por su salida de Madrid en su artículo *La Diligencia*, en el que comenta:

En los coches viajaban sólo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban a tomar posesión de su destino, los corregidores que mudaban de vara: los carromatos y las acémilas estaban reservadas a las mujeres de militares, a los estudiantes, a los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres a los troncos, allí donde nacían, allí morían. Cada cual sabía que había otros pueblos que el suyo en el mundo, a fuerza de fe; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir a París, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña; la vuelta, una solemnidad; y el viajero, al divisar la Venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: "¡Qué grande es el mundo!"

Hace una pintoresca descripción de su viaje a Badajoz en su *Adiós a la Patria*.

La carrera de Madrid a Badajoz, principal camino de Extremadura, es una de las más descuidadas e inseguras de España. En primer lugar, no hay carruajes; una endeble empresa sostiene la comunicación por medio de galeras, mensajerías aceleradas, que andan 60 leguas en cinco días; es decir, que para llegar más pronto el mejor medio es apearse. Por otra parte son tales, que galeras por galeras, se les pudieran preferir las de los forzados; sólo de quince en quince días sale una especie de *coche-góndola* con honores de diligencia. Servida, además, esta empresa por criados medianamente selváticos e insolentes, no ofreció al pasajero los mayores atractivos; añádase a esto que, por economía o por otras causas difíciles de penetrar, durante todo el viaje paran sus carruajes en la posada peor de todo pueblo donde hay más de una.

En segundo lugar, esas posadas, fieles a nuestras antiguas tradiciones, son por el estilo de la que nos pinta Moratín en una de sus comedias; todas las de la carrera rivalizan en miseria y desagrado, excepto la de Navalcarnero, que es peor y campea sola, sin émulos ni rivales, por su rara originalidad y su desmantelamiento; entiéndase que hablo sólo de lo que pertenece a la empresa de las mensajerías; habrá otras mejores tal vez; no es difícil.

En tercer lugar suele haber ladrones, y, entre otras curiosidades que se van viendo por el camino (como, por ejemplo, el árbol en que fué ahorcado por su misma tropa el general San Juan en una época de exaltación), mal pudiera olvidar los dos amenos sitios que se descubren antes de llegar a Mérida, comúnmente llamados los *confesionarios*; el *grande* y el *chico*; nombre verdaderamente original; él solo es la mejor pincelada con que el escritor de costumbres puede pintar a un pueblo; nombre lleno de poesía y de misterio; nombre que vale él solo más que una novela; nombre impregnado de un orientalismo singular y a la vez terrible, sublime e irónico, dado por un pueblo religioso a un asilo de bandidos. Los *confesionarios* son dos hondonadas inmediatas, dos pequeños valles, dominados por todas partes y protegidos de la espesura, donde los foragidos *confiesan* a los pasajeros, donde los *pecadores* son el dinero y la vida, y donde un *puñal* hace a la vez de absolución y de penitencia. Niéguese a nuestro pueblo la imaginación. Otros países producen poetas. En España, el pueblo es poeta.

Describe admirablemente Badajoz que le parece insignificante, pobre, pero "cuyas casas enjabelgadas y muy blancas le atraen, como seres raros que se lavan la cara todos los días". Alaba la amabilidad de la gente, pero exclama:

Hay una fonda llamada, si mal no me acuerdo, de *Las Cuatro Naciones*. Menos naciones y mejor servicio, puede decir al salir de ella.

No fué larga su estancia en Badajoz. Sabemos por el recibo firmado al casero que estaba en Madrid en Marzo. La fecha exacta de la salida de España la encontramos en esta carta inédita:

Abril, 27, 1835.

Querido papá: Son las siete de la mañana, y salgo de Badajoz para Lisboa en posta; no tienen ustedes ni pueden formarse una idea de cuantos obsequios y de qué especie he recibido en este pueblo; salgo agradecidísimo; ni en las fondas me han querido cobrar mi hospedaje. Llevo cartas para todas las autoridades, y hasta los caballos de posta que llevo hasta Yelves es orden que ha dado el administrador poniéndolos a mi disposición. Como no me es posible correr la posta con mi equipaje entero, hago devolver a Navalcarnero, por la próxima mensajería, en baulillo negro, lleno de efectos; estén ustedes a la mira y paguen el porte si no está pagado.

Mañana duermo en Lisboa, desde donde escribiré a ustedes, y pueden escribirme, desde luego, con sobre a D. Joaquín Campuzano, agregado en la Legación Española. Hasta Lisboa. Su amatísimo hijo. Mil besos a mamá y millones de besos a mis hijos.

Además de esta versión íntima de su viaje hay la que él da al público de la parte externa, en la que nosotros podemos observar los sentimientos que le agitan.

Dice así en su artículo *Impresiones de un viaje*:

Por fin, debía dejar la España; pero bien como el que se separa de una querida a quien ha debido por mucho tiempo su felicidad, no podía menos de volver frecuentemente la cabeza para dar una última ojeada a esta patria donde había empezado a vivir, porque en ella había empezado a sentir.

Y añade:

Era el 27 de mayo: el sol empezaba a dorar la campiña y las altas fortificaciones de Badajoz; al salir saludé el pabellón español, que en celebridad del día ondeaba en la torre de Palmas. Media hora después volví la cabeza; el pabellón ondeaba todavía; el Laya, arroyo que divide la España del Portugal, corría mansamente a mis pies; tendí por la última vez la vista sobre la Extremadura española; mil recuerdos personales me asaltaron; una sonrisa de indignación y de desprecio quiso desplegar mis labios; pero sentí oprimirse mi corazón, y una lágrima se asomó a mis ojos.

Un minuto después la patria quedaba atrás, y arrebatado con la velocidad del viento, como si hubiera temido que un resto de antiguo afecto mal pagado le detuviera o le hiciera vacilar en su determinación, expatriado corría los campos de Portugal. Entonces el escritor de costumbres no observaba; el hombre era sólo el que sentía.

En Lisboa estuvo sólo veinte días y allí escribió su poesía "Recuerdos". De las cartas que debió escribir no ha llegado ninguna hasta nosotros.

Lo obsequiado que fué tanto en Badajoz como en Lisboa prueba lo mucho en que lo tenía y nos lo confirma la carta escrita a su hermano D. Eugenio, por don Mariano de Larra. Dice así aquel desdichado padre que fué capaz de llorar la muerte de su hijo pero no lo fué jamás de comprenderlo, con esa incomprensión que suelen tener los padres para con los hijos geniales:

"4 Junio 1835.

Mariano ha sido muy obsequiado en Badajoz y en Lisboa: Lleva recomendaciones de Martínez de la Rosa y Toreno para los Cuerpos diplomáticos de Londres, París y Bruselas, y para otras notabilidades y personas de la mayor distinción: y como ya es conocido su talento y han aplaudido mucho más de lo que esperábamos, es de esperar que en todas partes encuentre la mejor acogida.

En el adjunto *Boletín de Badajoz*, que me harás el favor de devolverme, verás cómo se anuncia su viaje, como si fuera el de un personaje de la más alta importancia."

En este tiempo se ve que se siente satisfecho y orgulloso de su hijo:

"A un padre como yo, que no piensa ni ha pensado hace veintiséis años más que en su hijo, le es de la mayor satisfacción coger el fruto de sus desvelos, y verlos premiados en la estimación general que le dan los literatos de la Europa."

La primera carta inédita relativa a este viaje que encontramos, está fechada en Londres. Hay un sello en relieve, en el ángulo izquierdo, con una corona y la palabra Vath. Dice así:

Londres, 27 de mayo de 1835.

Queridos papás: Conforme escribí a ustedes, salí de Lisboa el 17 del corriente a bordo del vapor *William Faucett*, y he llegado a esta magnífica capital ayer, después de una navegación algo más lenta de lo regular por los vientos contrarios que hemos tenido y habernos detenido un día en Oporto y otro en Falmoth. He tenido la fortuna de no marearme sino un par de horas el primer día, y en esto he sido el único de todos los pasajeros; persona ha habido que ha venido mala los diez días. París es, indudablemente, al lado de esto, un pueblo mezquino; es imposible dar un paso a pie, y en este sentido puedo decir que no he puesto el pie en Inglaterra; ello es un caño de plata el bolsillo; pero si se paga se disfruta; sin embargo, como este gasto no produciría ningún resultado, y, como, por otra parte, no tengo que hacer aquí, saldré el sábado próximo, 30 de éste, para Calais a bordo de un vapor; llegaré en la noche del 30 al 31; el 31 tomaré la posta allí y llegaré a Ipses por la noche; por consiguiente, el primero de junio tendré el honor de comer con nuestro hombre, si Dios no dispone otra cosa, que no dispondrá. Sospecho que un par de días bastarán para el negocio, salga bien o mal despachado; inmediatamente escribiré a ustedes el resultado, y si habla su señoría en plata, acompañaré dignamente mi carta; de todos modos, yo no arreglaré nada definitivamente, como no sea de una manera muy ventajosa. Trataré de sacar en el acto todo el partido posible y de fijar plazos para el resto de una manera algo segura. En consecuencia, pienso estar en Bruselas para el 8 o 10 de junio, como llevo excelentes recomendaciones para aquel pueblo y es uno de los más agradables de Europa en la estación del verano, en que van a parar allí las principales familias de Inglaterra y Francia, y me detendré todo el mes de junio y julio, acaso algo más, y me vendré en seguida a pasar el invierno y el otoño en París, donde me encontraré ya probablemente a todos mis amigos de Madrid, honoríficamente emigrados por tercera vez, según se disponen las cosas, gracias a nuestros famosos talentos del año 12. Estos son los triunfos de Vasco de Figueras. Aquí reina la mayor desesperación con respecto a las cosas de España; basta decir que han bajado nuestros fondos esta semana 22 por 100, ejemplo inaudito en los fastos de la Bolsa; se espera que pasado mañana se declararán en quiebra, en consecuencia, una porción de las mejores casas españolas o de las del país interesadas en nuestros bonos.

Por mí nada me importa; sólo siento tener hijos y que ustedes no sean ricos y más independientes; en esto soy muy buen cristiano, y como estoy viviendo de milagro desde el año 26, me he acostumbrado siempre a mirar el día de hoy como el último; usted dirá que vuelvo a mis ideas juveniles; yo no sé si algún día pensaré de un modo más alegre; pero aunque esto empezara a suceder mañana, siempre resultaría que había pasado rabiando una tercera parte lo menos de la vida; todavía quedaría por averiguar cuál de las tres es la más importante. No vayan ustedes a inferir de aquí que estoy de mal humor; no tengo por qué estarlo en el momento; pero hasta ahora no he visto nunca delante de mí un horizonte bueno, y ahora empiezo a verlo malo si triunfa D. Carlos.

Esta será la última vez que hable de política en mis cartas, porque pudiera no ser prudente. ¿Saben ustedes algo de mi difunta? No me interesa mucho; pero quisiera saber si ha incomodado á ustedes. ¿Y mis hijos? ¿Saben ustedes que para estar en Navalcarnero, donde no hay grandes distracciones, me escriben ustedes demasiado? Yo, en camino siempre, apenas puedo combinar los correos; si tengo algún influjo con ustedes, les suplicaré que me escriban una vez a la semana y lo más tarde posible.

Soy de opinión que la mejor dirección para mis cartas ahora es a Bruselas, con un segundo sobre al ministro de S. M. C. allí o simplemente a mi nombre, pues tanto allí como en París tendré cuidado de ir a ver las listas de la *Poste*. También es un buen medio para cuando esté en París, un segundo sobre al secretario de nuestra Embajada o al mismo duque de Frías.

Se me olvidó remitir la llave de mi baúl, o, por mejor decir, temí que si la dejaba en Badajoz, el mismo sujeto, que era bueno para remitirle, lo sería también para abrirle; pero ustedes pueden descerrajarle si quieren, conservando con esmero los ejemplares finos encuadrados y sin encuadrar de la colección y del drama, pues quisiera que se remitieran; luego a París, donde me podrá convenir mucho hacerlos encuadrar y que me sirvan de pasaporte con algunos literatos franceses que no sepan español; bien encuadraditos y limpios, y no leyéndolos, siempre le darán a uno un relieve.

Confieso que el aspecto de Londres entristece más que alegra; se ve uno tan pequeño en él, ¡es uno tan nadie! Por otra parte, yo creía que el viajar me distraería de mis disgustos; pero en Madrid, adonde veía diariamente a mis amigos y amigas, donde era obsequiado y tenido en algo, esto mismo no permitía estar siempre enteramente solo; por el contrario, mientras más me alejo, más objetos veo; pero como ninguno de ellos está ligado a mí, no sirven más que para recordarme que estoy solo; en una palabra, estoy en Londres cara a cara conmigo mismo, y este es el mayor trabajo que me podía suceder, porque, a decir la verdad, no me gusto gran cosa.

Paciencia; espero que Bruselas y París me indemnizarán un poco de mi habitual *spleen*; entretanto, colmen ustedes de besos a Luis y Adela, escribanme largo y cuenten con el cariño de su amantísimo hijo.

(Aquí la rúbrica de siempre.)

P. D.—Se me olvidaba decir a ustedes que Brancaan es uno de los primeros hombres de Portugal y pariente de la mujer de Pérez de Castro, nuestro ministro, que me ha colmado de atenciones y bondades.

En Londres paro en Fleet Street, City, Portugal Hotel, que es uno de los buenos, ya que no es de los mejores; me cuesta la habitación sólo tres chelines al día, esto es, quince reales; en Lisboa me costaba veinticuatro reales, pero era mucho mejor, era una de las primeras y la misma que había ocupado nuestro ministro; luego un birlocho de *place* cuesta aquí un chelín y medio la *course*, y los ómnibus, medio chelín cada *course*. En Lisboa me hartaba de ostras, mariscos y buenos vinos por un duro a la comida; aquí viene a costar un duro cada plato y cada sorbo de vino; ir al teatro es como hacerse un frac en Madrid, y se paga a todo inglés que le mire usted a la cara. Anoche, sin embargo, estuve en Convent-Garden y of una ópera francesa traducida al inglés; en Lisboa siquiera había teatro francés. Las mujeres son diosas. Los hombres, marmotas.

España

Sr D. Mariano a Parra

(Castilla la Nueva)

Navalcarnero

(Dirección de las cartas de «Figaro» a su padre, escrita en el reverso del mismo papel, que era costumbre dobladillar pegando los cierres con obleas.)

No se interrumpe la relación entre la carta anterior y ésta:

París, 7 de junio de 1835.

Queridos papás: Mi última carta fué de Londres, y en ella anunciaba a ustedes mi salida para Bélgica; como lo pensé lo ejecuté, y salí el 29 en uno de los hermosos coches ingleses; llegué a Dover el mismo día; el 30 tomé el vapor para Calais; el 31, la diligencia hasta Dunkerque. En esta ciudad tomé una silla y me vine corriendo la posta hasta Poperinghe; me apeé en el *Hotel Du Grand Cerf* y tomé un cabriole hasta *Castel*, bonita posesión de nuestro hombre; sin duda usted le ha escrito o es muy buen diplomático, pues me recibió como a quien esperaba. Después de una conferencia larga, en la cual no vi a nadie de la familia, resultó que está, efectivamente, atrasado; pero a fuerza de diplomacia pude sacar una carta orden de cien francos pagadera en Gante y otra de quinientos francos pagadera en París. Le expuse que era preciso concluir este negocio a toda costa, el cual consideré bajo dos puntos de vista: los atrasos, con respecto a los cuales le indiqué que dando de una vez una cantidad decente se podría hacer una reducción ventajosa para él; pero como no se halla en disposición de adelantar dinero alguno en el acto, no quise indicarle rebaja alguna ni entrar en estipulaciones. Cuando se halle en el caso, haré por sacar el mejor partido posible; en esto quise también dar largas, porque quisiera saber su decisión de usted en la materia, y la espero, en la inteligencia de que realmente está atrasado. Con respecto al porvenir le hice presente que hallándome casado y con hijos, y siendo su asunto una carga de la familia me veía imposibilitado de consentirla por más tiempo, tanto más cuanto que, tarde o temprano, puede venir a refluir sólo en mí; pero le advertí que si quería entrar conmigo en un arreglo definitivo, arreglado a nuestras mutuas circunstancias, yo no tendría dificultad en adoptar una hermana para toda mi vida; me parece que es cuanto favor se le podía hacer. Espero que en el transcurso de unos cuantos meses el asunto quedará enteramente zanjado. Era tanto el miedo que el buen señor tenía a mi estancia en Poperinghe, que me suplicó que pasase a otra parte, dando repetidas palabras de cumplimiento; en consecuencia, pasé a Ipres, Cambrai, Menin y Gante; cobré los cien francos; de Gante a Lille, y de Lille definitivamente a París, donde llegué ayer después de haber recorrido la Flandes Oriental y el hermoso país de Bélgica. Como el objeto de mi viaje a Bruselas era apurarle desde allí, valiéndome de mis buenas recomendaciones y de mi posición, que le hice entender, y ésto parecía inútil por ahora. He sentado mis reales en esta capital que ustedes no reconocían. Pero en el *Hotel d'Italie*, place des Italiens, entre la rue de Richelieu y el bulevar des Italiens, enfrente del teatro italiano; tengo una linda habitación y he arreglado mi modo de vivir de un modo económico y bien entendido. He sido recibido con los brazos abiertos por el duque de Frías y su familia, que me esperaba, pues los periódicos de Madrid habían anunciado mi viaje.

Siento haber visto París después de Londres, porque me ha parecido mezquino; el menor cacho de Inglaterra vale más que el resto del mundo. Londres es el primer pueblo. París podrá ser el más divertido a menos costo.

El medio más seguro de escribirme es con sobre al Sr. Ayllón, secretario de la Embajada española, o a este Hotel; al mismo tiempo díganme ustedes si me han escrito alguna otra carta a Bruselas o a Londres para reclamarla, a pesar de que en Londres dejé encargado que me la remitiesen a Bruselas, y que escribo con esta fecha a nuestro ministro Argaiz para que me la remitan.

Espero cartas, noticias de todo lo que me pueda interesar, de mis hijos sobre todo, del estado de ustedes y de las cosas del país.

Me urge una cosa: sería preciso que ustedes se entendiesen con Delgado y que se formase un paquete bien forrado en hule y sellado y lo menos abultado posible con las cosas siguientes: los ejemplares finos de mi drama y de la colección que devolví en el baúl, y las siguientes cosas, que deberá poner Delgado: dos ejemplares de la novela; dos de "No más mostrador"; dos del "Arte de conspirar"; dos del "Felipe"; dos del "Roberto Dillón"; dos del "Precito hablador"; completo; dos del "Desafío o Dos horas de favor"; dos ordinarios de cada tomo de la colección de "Figaro"; y además los seis finos del segundo y tercer tomo de la misma, que me corresponden, según nuestro contrato; todos sin encuadernar, pues aquí se encuadernarán.

Con esta fecha escribo a Delgado diciéndole cómo me lo ha de enviar.

Además, me corresponden de la colección otros seis ejemplares de cada tomo segundo y tercero ordinarios y encuadernados, los cuales puede usted decirle que les envíe y conservarlos. Escribanme ustedes pronto y mucho, y dispongan como quieran del cariño de su hijo, a quien no le falta más que tener el corazón contento para ser feliz en París.

P. D.—Tengan ustedes la bondad de dirigir esta cartita a Badajoz.

En París está haciendo un calor y un cielo de Madrid.

Echada la cuenta de mi viaje, me ha costado de Madrid a París seis mil reales.

El misterioso asunto en que se ve envuelto Larra despierta más la atención con

la lectura del poder dado por su padre; pero el doctor Larra no era bastante rico para poder prestar 23.000 francos en 1812 al barón de Saint Marz.

He aquí este documento:

(Sic) S'autorice et donne plein pouvoir a Mr. D. Mariano José de Larra mon très cher fils afin qu'il puisse toucher en espece et percevoir, comme s'il'erait moi-même, la somme de onze mille francos que Mr. le barón de St. Marz (F'hibert) reste a me payer de vingt trois milles francos que'il devrait m'avoír donné, depuis l'an 1812 jusqu'a present selon un contrat que nous avons fait tous les deux a Madrid dans la dite anne de mille huit cents douce.

En foi de quoi ye donne la presente autorization au dit Mr. mon fils qui va se transferer aux Pays et a l'endroit même de la residence de Mr. le barón qui demeure au Castel pres Poperinghe, selon la date de la dernière letre reçu.

Madrid le 5 avril 1835.—*Mariano de Larra.*

¿Cuál podría ser el origen de esta deuda? ¿Qué cosa tan misteriosa y secreta había en ella que el Barón temblaba al ver a "Fígaro" y deseaba evitar su presencia?

Por dos borradores de cartas escritas en francés a M. le Barón de St. Marz, se ve que "Fígaro" le pide insistentemente que le envíe la suma convenida. Le amenaza con ir a Poperinge, y le dice: "Más le interesa a usted terminar este asunto que a nosotros". Se habla de que Mr. l'Harpe, que ha descontado la letra en Gante, ha tenido sospechas y desconfianzas y que él le ha dicho que es un antiguo asunto de su familia.

"Mi familia ha hecho durante muchos años el sacrificio, a usted le toca ahora". "No tendría inconveniente en adoptar una hermana para toda la vida".

Sin saber por qué se piensa en esa Cecilia que vive en Navalcarnero, que es capaz de traducir el latín, y de la que nadie sabe darme noticias.

¿De qué indole eran estas relaciones que "Fígaro" mismo cada vez que escribe, tratando del Barón, no dice más que *Nuestro Hombre*? No lo sé. La imaginación se echa a volar leyendo estas cartas y piensa en algún hijo natural, del Barón o de algún personaje amigo suyo, puesto bajo la tutela del doctor Larra. ¿Por qué habla Larra de que se han estado sus padres sacrificando por el Barón durante tanto tiempo? ¿Por qué dice que esa carga caerá sobre él? No es una deuda pasada; es una carga, una cosa viva; yo no he podido descifrar completamente el misterio. Por el poder que D. Mariano de Larra le dió a su hijo, y por borradores de cartas de éste, escritos en francés que he hallado entre los papeles íntimos, he podido saber que *nuestro hombre* era el Barón. El origen de la deuda permanece en el misterio. Pero continuemos examinando esta correspondencia inédita.

Dice en su carta siguiente fechada en

París, 23 de Junio de 1835.

Queridos papás: He recibido todas sus cartas de ustedes fechas de 11, 25 de Mayo y 1.º de Junio, y en mi anterior di a ustedes cuenta de mi entrevista con *el hombre*.

Hasta ahora no ha habido más novedad que sólo he tomado, 600 francas, que, como me hacían falta después de tantos viajes, he dispuesto de ellos.

Con fecha del 12 del corriente me escribe, prometiéndome zanjarlo todo a nuestra común satisfacción, con tal que le dé un poco de tiempo. En cuanto se verifique esto y tome dinero, lo remitiré a ustedes, pues para entonces habré yo tomado cantidades de Madrid. El tiempo me falta: me estoy relacionando con las notabilidades literarias del país. El barón Taylor, comisario del Teatro Francés me da billetes gratis, de suerte que tengo teatro gratis, renglón caro aquí. El *Macías* se está traduciendo para insertarlo en una noticia biográfica y bibliográfica del autor en la gran colección titulada *Teatro Europeo*. Mañana como con Scribe en su casa de campo del Meudon, a dos leguas, e invertiré la semana en ir a Versailles, Sebres y Fontainebleau con Taylor, que me ha convidado a estas correrías, después de haberme llevado a Saint Denis y de haberme enseñado los departamentos reservados de museos y bibliotecas.

Sírvanse ustedes dar curso a esas cartas, que envío así para ahorrarse el gran gasto del franqueo. A ustedes les cuesta lo mismo.

Me urge mi encargo de mis ejemplares: en todo caso, Delgado pudiera encontrar ocasión de enviarlo: yo, desde aquí, no sé de qué medio valerme.

Me he mudado a la rue de Provence, n.º 31, cuarto principal. Tengo una bonita habitación, que me cuesta 70 francos. La comida, 60 francos al mes, y el almuerzo, 30. Total: 160, con los gastos sueltos: vestir, calzar, etc., de 200 a 250 francos al mes. Vivo con arreglo; escribanme ustedes. Mil besos a mis hijos y cuenten con el cariño de su amantísimo hijo.

Las cartas, a la Embajada, con segundo sobre, al secretario Ayllón.

El pasajero que pasó para esa era mi amigo Loncha, secretario de la Legación española en Lisboa.

Aquí se interrumpe este interesante epistolario a sus padres en el que vemos la vida de "Figaro" en aquel París tan distinto al que nosotros conocemos, que a él, deslumbrado por Londres, le parece *mezquino*, pero donde se le obsequia, se le agasaja, convive con los grandes ingenios de su tiempo y *no le falta más que tener el corazón contento para ser dichoso*.

Es que allí lo persiguen su amor y sus preocupaciones.

El recuerdo constante, el constante diálogo mental con su amada, que le hace no ver nada bien porque no lo ve con ella.

La carta, tantas veces mencionada, que le escribe a Delgado, es quizás lo que mejor describe el espíritu de "Figaro" en estos momentos y es además la primera que hallamos después de la anterior.

Está escrita en papel azul de hilo y dice así:

París, 20 de Agosto de 1835.

Querido Delgado: He recibido a mi vuelta de Fontainebleau, donde he pasado cinco días, su carta del 27 de Julio, que me ha dado no poco contento. Hemos sabido del tercer tomo de la colección. Completaré un cuarto tomo; lo escribiré lo mejor que pueda, y cuando esté listo lo remitiré; al mismo tiempo le diré a usted lo que me parezca acerca de su precio, y tendré en consideración su observación justísima acerca de la circunstancia de no haber llevado al tercero nada inédito. No refiramos por 10 duros más o menos.

Apruebo el descuento hecho de 12 duros de nuestra antigua deuda por cuenta de la impresión de *Partir a tiempo*; como no he estado ahí no puedo juzgar si está bien o mal pagado; de todos modos usted lo ha calculado así: bueno está.

Llevo dos meses en París casi y no he enviado a usted nada de la novela: llevo escritos cerca de dos tomos, pero no quiero enviar nada si no acabado. La calculo de mucho efecto, y debo advertirle que se habrá de imprimir en letra grucsecita y lo mejor posible.

La razón por que no escribo más de prisa para España es la siguiente: al llegar a ésta me he relacionado con las notabilidades de París. El barón Taylor y Charles Nodier, editores de varias obras de viajes por el mundo, tratan de publicar Un viaje pintoresco por España, el cual saldrá muy en breve en 150 entregas, en folio, con papel velin; cada hoja lleva una magnífica lámina, grabada en Inglaterra, y numerosos adornos y viñetas, con vistas de los principales monumentos y ciudades españolas. Les faltaba el texto, y como este trabajo debía ser en francés, usted puede calcular que no me habrá ocupado poca. Lo acabo en este momento; se reduce a unos 60 pliegos de papel, con la descripción de los principales pueblos de España, sus monumentos antiguos y modernos y el estado de nuestras costumbres: un estudio sobre nuestra literatura y nuestro teatro desde principios de este siglo hasta el día, etc., etc. ¿Sabe usted cuánto se me ha pagado este trabajo de un mes, hecho con dos escribientes y poniendo a mi disposición todos los libros que he pedido a la biblioteca real? Dos mil francos, y eso porque fué lo que yo pedí, habiéndolo dejado a mi arbitrio, y me lo han traído a mi casa y me han colmado de obsequios y finezas al mismo tiempo. Con este motivo he tenido ocasión de hacer conocer en Francia y, por consiguiente, en toda Europa, los nombres demasiado oscuros, como todas nuestras cosas, de mis amigos. Puede usted poner esto en conocimiento de Bretón, de Vega y demás, por si les puede servir de satisfacción. Ya pueden calcular que como español y como amigo habré tratado de dar todo el realce posible a nuestras cosas y a ellos mismos.

Habiendo gustado este ensayo de mi prosa en francés, se me ha propuesto si quiero escribir algunos artículos en la obra periódica titulada *Tableau de la Península*, que se está publicando. He aceptado: se paga a cien francos el pliego de impresión. Como ahora toda la atención de Europa se ha fijado en España, es un tesoro para ellos, que no conocen sino imperfectamente nuestro país.

La gran dificultad ha consistido y consiste en el francés; pero tengo quien retoque mis composiciones, y al cabo, escribiendo, siempre diariamente, he de adelantar. Hay que agregar a esto que el francés fué mi primera lengua, y estaba rouillé, como los goznes de una puerta: el uso me vuelve a poner corriente.

Esto no obstante, pienso en mi España ahora más que nunca y la considero siempre como mi cuartel general. Por lo tanto, en el momento que la de la aproximación del invierno vuelva a dar un poco de interés a las novedades de este teatro, no me descuidaré en enviar algo; desde luego, escribiré de Víctor Hugo, de Scribe y de Casimiro de la Vigne, tres cosas que están trabajando, y si son útiles antes de que se impriman aquí, irán caminando en español para allá. De las demás publicaciones de ésta, hasta ahora no hay cosa que pueda ofrecerle a usted gran ganancia, y mirando con cariño su bolsillo de usted, no quiero enviarle sino cosa segura.

Tampoco me olvidé de mi comedia empezada y un drama original que bulle en la cabeza.

Con respecto a mi vuelta, depende de lo que tarde en arreglar mi asunto de Bélgica; no creo que será muy largo el zanjar estos intereses; pero ya sabe usted que *no hay plazo que no se cumpla*. El temor de hacerle a usted gastar en correo es lo que me economiza cartas. Con todo, las menudearé, porque creo que si tenemos el talento de unirnos nos podemos ser muy útiles. Conveniría que usted me dijese si quiere que le haga aquí alguna diligencia de alguna cosa de imprenta, viñetas, etc., en la inteligencia de que volver a España y publicar un periódico mío será todo uno. Para eso llevaré todo bien arreglado.

Advierto a usted que en punto a traducciones tanto para el teatro como para la Prensa me será preciso guardar el más severo secreto y anónimo en las que yo designe; si no no enviaré ninguna. En las que yo juzgue conveniente pondré mi nombre. Este es toda mi riqueza y es preciso economizarla.

Vamos a otra cosa. Desde que nos conocemos nuestra amistad ha tenido muchas alzas y bajas, y ha debido tenerlas.

(Aquí, siete líneas tachadas y absolutamente imposible de descubrir.)

Esto sentado, necesito hacer a usted una confesión, en la cual me ha de servir. Al salir de Madrid me hallaba separado de mi mujer, a quien no consideraré ya nunca como tal y con quien nunca me reuniré. Pero esa misma mujer es madre de dos hijos que quiero y que he debido a su amor. La posición de esa mujer abandonada por mí puede ser buena si sus padres se portan como deben; pero como esto puede no suceder, acaso sea horrible. Esta idea hace mi tormento con otras muchas. No quiero ni aun relación de amistad entre usted y mi mujer; esto le daría confianza para esperar una reunión imposible; pero necesito evitar que esa infeliz víctima de mi crueldad, acaso mal entendida, se vea en una posición horrorosa. Necesito que usted se informe mañosamente de su conducta, no porque me importe, pues está en completa libertad, y no me reconozco su marido, sino porque nada habría más horrible que el que la que fué mi mujer

sucumbiese por miseria a cosas poco decorosas. Averigüe usted esto: si necesita, inmediatamente se le enviará dinero; lo pondré en poder de usted, y usted luego cuidará, por cualquier medio, de que lo reciba, pero advirtiéndole que no será como mesada ni como alimentos, sino como regalo, como socorro, que a nada me obligue; no quiero hacer nada a la fuerza ni por el deber. Yo basto solo para ser caballero.

No tenga usted dificultad en informarme de la verdad, sea la que fuese; pero no mantenga usted la menor relación con ella, ni menos con sus padres.

Asimismo haré a usted presente que tanto en esto como en cualquier otra cosa cuento con que me avise de todo lo que pueda importarme; si oyese usted hablar mal de mí, sobre todo, dígamelo usted. No necesito saber lo bueno que digan, si algo dicen, sino lo malo, y esto sin rebozo.

Se lo pido a usted encarecidamente. Sólo puede usted callar el nombre de los que hablen; eso no me importa.



José de Espronceda.

Averigüe usted si Grimaldi está enfadado conmigo y por qué; sin duda será porque le he escrito muy amistosamente y porque lo estimo; ello es que no me ha contestado.

Lo mismo digo de Vega; pregúntele si le ha incomodado que me acuerde tanto de él desde mi salida de Madrid; si estuviese usted en París podría ofrecerle una cama de dos que tengo en

una excelente habitación y un amigo; como está por allá no puedo ofrecerle más que recuerdos; hay pocas cosas que me inmutan más que el silencio de Vega y de Grimaldi; me hiela la sangre; necesito estimarlos para no enviarlos a *tous les diables*.

Si hubiera escrito a Espronceda, Ochoa o Bretón, otro gallo me cantara. Al primero dígame usted que estoy muy agradecido a la exactitud con que en los primeros días de mi ausencia cumplió mis encargos de guardar secreto. Posteriormente he sabido, por una casualidad, su porte caballeroso. Nunca me admiro, porque le conozco; pero sí deseo ocasiones aquí o en cualquier otra parte de probarle cuánto le estimo; más: lo quiero y respeto sus brillantes cualidades, superiores aun, si cabe, a su talento.

Esta carta es ya demasiado larga; atribúyalo usted al placer que tengo en conversar con usted, y conteste pronto, contando siempre con la amistad sincera de M.-J. de Larra.

P. D.—Por Dios, envíeme usted por cualquier medio, y si no hay otro por el de la Embajada de España en París, el paquete que tengo pedido hace tanto tiempo; incluya usted, si es tiempo aun, el tercer tomo de la colección *Partir a tiempo*; si no, envíemelo solo con sobre a Ayllón, para que no me cueste, un par de ejemplares sin encuadernar del tercer tomo.

Sigo siempre en la Rue de Provence, n.º 31.

Dé usted dirección a esas cartas echándolas al correo general de Madrid y sin retardarlo.

Dígame usted cuál es el medio más seguro de ponerle los sobres o enviarle paquetes, si a la librería de Escamilla, o a la imprenta de Repullés, o a su casa."

Esta carta fué mostrada por Luis Mariano de Larra a Chaves, que ha copiado de ella el párrafo que acotamos con comillas; lo demás había permanecido inédito y ofrece la particularidad de siete líneas y media tachadas, con un trazo de pluma gruesa, en el lugar que se indica. Sin duda no fué "Figaro", sino su hijo, quien tachó esas líneas. ¿Por qué? En estas cosas son siempre peor las dudas que las más crudas realidades. Esta honrosísima carta de "Figaro" debían haberla publicado los hijos en un folleto para que se viera bien el alma de este hombre, delicado y noble, que vela por la madre de sus hijos de un modo tan espontáneo, sin necesidad de obligaciones ni de coacción ninguna.

"No quiero hacer nada a la fuerza ni por el deber. Yo basto solo para ser caballero."

Es una pena haber estropeado carta tan hermosa con los imprudentes tachones.

Después de ésta, la primera que encontramos es una fechada en París el 24 de Septiembre y que ha sido publicada por la *Revue Hispanique*, seguramente facilitada también por sus descendientes, sin pensar más que en su valor de autógrafo.

París, 24 de septiembre de 1835.

Queridos papás: He recibido su última carta de ustedes, fecha 2 del corriente, y con ella cuantas noticias me dan de mis hijos, que ardo en deseos de ver y abrazar.

He estrechado a *nuestro hombre* en tales términos, que espero de un momento a otro dinero; inmediatamente que lo reciba lo haré llegar a manos de ustedes. De todas suertes, salgo uno de estos días para Poperinghe y Bruselas. Vistas las cosas de España, después de haber calculado que hacer fortuna aquí es casi imposible, porque me falta la fe, es decir, la voluntad de amarrarme a la cadena en París muchos años para lograr o no lograr lo que en España ya tengo conseguido, visto que ha llegado el momento de que mi partido triunfe completamente, no quiero verme detenido aquí por un negocio que debía estar acabado hace ya mucho tiempo. Quiero ser libre. En consecuencia, dentro de poco estará el asunto concluido con las mayores ventajas posibles, o el buen hombre y yo nos veremos las caras de una manera un poco seria; me he propuesto que no seamos juguetes de nadie por más tiempo, y lo conseguiré. En una palabra, no vuelvo a España sin haber sacado unos cuantos miles de francos en moneda sonante, haber zanjado el resto, determinándolo por medio de un escrito suyo firmado y remitido su plazo a épocas fijas e inmediatas.

Con respecto de este viaje a Poperinghe y Bruselas, como será un paseo de unos cuantos días, no altera en nada la dirección de mis cartas, que deberán venir constantemente, hasta nuevo aviso, a la Rue de Provence, 31, que es donde he dicho a ustedes que vivo. No entiendo cómo pueden ustedes ignorar mi casa, puesto que me escriben a ella; ¿o es que yo no tengo cara de vivir en la calle de Provence?

Con respecto de la vuelta a España, vuélvame yo abogado o cualquier otra cosa peor si la hay, no sé cuándo será; no he reflexionado en eso seriamente; pero de todos modos suplicaría a ustedes una cosa si mudan ustedes de domicilio y van a Plasencia: figúrense ustedes que he muerto y no hablen nunca de mi vuelta. Conténtense con decir que tienen un hijo en París y que no saben cuándo volverá; pero nada de "Figaro" ni de que hace versos, ni de que escribe para el público. Yo me entiendo; hasta para ustedes puede ser útil esto algún día. Por lo demás, el fin de las cosas de España, tan incalculables a los ojos de ustedes, está ya calculado; y como que la ocasión es calva, pienso recoger el único pelo que presenta. Fíense ustedes en mi prudencia y en que conociendo el mundo demasiado bien, por desgracia, no será la fe (que

no tengo en ninguna opinión política), ni la ceguera de partido, ni la precipitación la que me comprometa.

Es preciso acostumbrarse a considerar la vida como una partida de ajedrez: ni los hombres tienen más valer que los muñecos de palo, ni una desgracia es más que una mala jugada.

Cuiden ustedes mucho de mis hijos, en la inteligencia de que no deseo que sean fenómenos; se me figura que todo desarrollo prematuro de la parte moral del hombre no puede hacerse sino a costa de la parte física, y sobre todo me contento con que mi hijo sea hombre grande; no necesito que sea un gran niño ni pienso enseñarle por dinero. Llénenlos ustedes de besos.

A mamá le escribiré otro día largamente. Escríbanme ustedes y cuenten con el cariño de su hijo.

Rue de Provence, 31.

Después aparece otra carta idéntica fechada en

París, 8 de noviembre de 1835.

Queridos papás: He recibido su carta de ustedes del 10 del pasado. Son tantas las cosas que me han pasado desde la última que a fines de septiembre escribí a ustedes, que al saberlas no extrañarán mi largo silencio.

El 27 salí de París para Ipres, con ánimo de dar la vuelta luego por Gante, Amberes, Bruselas, Waterloo, Lieja y Valenciennes; pero me hallaba ya malo y hubiera debido retardar mi viaje; como había amenazado con él a nuestro hombre, presumí que el no verificarlo era darle a entender que mis promesas no eran sino amenazas vanas, y a pesar de haber recibido la mañana misma de mi salida una pequeña cantidad de parte suya, que me trajo su amigo el ministro de Dinamarca, emprendí el viaje resuelto, como decía a ustedes, a acabar de una vez para siempre.

Pero llegué a Lille en un estado poco satisfactorio; hice un esfuerzo al apearme en Ipres; me tuvieron que llevar a la cama. Solo, en un mal pueblo de Bélgica y sin alma viviente a quien dirigirme, sin más dinero que la misma cantidad que acababa de tomar en París y residuos del gasto del viaje, ustedes pueden presumir si habré pasado buenos ratos.

En Ipres pasé veinte días comido de sanguijuelas, médicos, cirujanos y posaderos, sin dejar la cama y sin poder escribir; lo uno, porque realmente no me era fácil; lo otro, porque era preciso confiar la carta a cualquiera otra persona, que se hubiera metido en el bolsillo el dinero del franqueo y en alguna otra parte peor la carta misma. Hice avisar a *nuestro hombre*, el cual, como buen diplomático, se aprovechó de mi situación. A los veinte días vi que, si había de esperar a un completo restablecimiento, necesitaba estar mucho tiempo en Ipres; el primer día que pude levantarme, informado ya por mi estancia en el país, de que realmente el hombre no es un Crespo, aunque no le falta para vivir, le estreché, y saqué de él todo cuanto partido se podía haber sacado de un negocio de esa especie, malo y bueno a un mismo tiempo. Pero en dinero fué imposible sacarle más que 1.200 francos. El resto del negocio se concluyó dándome dos pagarés a plazos algo largos, es verdad; "pero no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague", y el día que yo llegue se alegrarán ustedes mucho de esta conclusión: no me parece prudente entrar en más detalles por carta.

Concluí lo principal, me decidí a dar la vuelta, después de haber pagado los malos ratos de Ipres, tan caros como si hubieran sido buenos, y, a pesar de los consejos del médico, tomé el camino de París; estas setenta leguas andadas en horas me condujeron de nuevo a la cama con una recaída peor que la enfermedad. En ella he estado imposibilitado de escribir por las mismas razones de arriba, hasta hace dos o tres días. Vuelta a las sanguijuelas, vuelta a los médicos, vuelta a las comidas de enfermo. Sólo que en París la salud se vende más cara que en Ipres.

Si mi enfermedad hubiera enviado a ustedes siquiera 1.000 francos; pero me ha sido imposible; he tenido que echar mano de todo: ni podía trabajar ni podía percibir nada de la *Revista*, a la cual no he enviado artículos desde Julio.

Convaleciente ya, espero el momento en que el médico me dé licencia para echar a correr a España por mil y una razones: diré la una y dejaré las mil para nuestra primera vista: sólo tengo confianza en usted en punto a medicina, y estoy seguro de que a poco tiempo de estar a su lado estaré como nuevo.

Mi enfermedad ha sido una irritación violenta: me hallaba en el mismo estado que el año pasado cuando se me hizo sangrar; no me sangré, me descuidé, y las circunstancias, que me han hecho hacer disparate sobre disparate, han convertido en cosa seria lo que, atajado, no hubiera sido nada.

A mi llegada ajustaremos cuentas; si necesitan ustedes dinero, lo tendrán; y sucesivamente nos iremos ayudando; mientras que don Carlos no entre en Madrid tengo demasiados recursos para afligirme por un retraso de intereses como éste, y mientras yo tenga recursos no tengan ustedes cuidado por nada. Un poquito de paciencia y consérveme ustedes siempre el mismo cariño que yo les tengo.

En este momento no puedo aventurarme a quedarme con demasiado poco dinero, pues en el estado de debilidad en que voy a emprender el viaje, sería posible que tuviera que detenerme en Burdeos o en alguna otra parte. Además, el Aragón está ya trabado de facciosos, y quién sabe si habrá que hacer alto en Zaragoza o en Jaca, y si necesitaré en esos puntos recursos: no puedo tampoco salir de París sin hacer compras indispensables. Por lo demás no tengan ustedes cuidado ninguno, pues no puede haber peligro para mí; y en cuanto a mi salud, podré no llegar muy bueno y muy descansado, pero estoy fuera ya de todo cuidado.

He tenido la fortuna en París de que no me han dejado ni un momento solo mis numerosos amigos: se reúnen en mi casa noche y día, y al menos no me dan tiempo de estar triste.

Saldré de aquí el 12 ó el 15 y llegaré pisando los talones a esta carta; pero ni una palabra a nadie de mi ida ni de nada que me ataña.

No me escriban ustedes más y abran los brazos para recibir a su hijo.
Millones de besos a los míos.

A pesar de sus propósitos retardó unos días su viaje, como se ve por la siguiente:

París, 17 de Noviembre de 1835.

Queridos papás: Aunque en mi última decía a ustedes que salía de esta capital en pos de mi carta, escribo nuevamente ésta para que no estén con cuidado.

Los médicos me obligan a demorar algunos días todavía mi viaje; espero que no serán más que días y creo que pueden ustedes contar con que nos daremos un abrazo lo más tarde para la Concepción. Es inútil hablar a nadie de mi ida.

Escribanme ustedes, sin embargo, desde luego a Zaragoza cuanto olean que puede interesarme, con el sobre a don José Sánchez de Castro y Langelot.

A mi llegada iré al correo, a la lista, y acaso me detendré en aquella capital uno o dos días. Millones de abrazos a mis hijos y cuenten con el cariffo del suyo.

Con esta carta anterior que permanecía inédita enlaza la siguiente, publicada en *Gente Conocida*:

París, 26 de Noviembre, 1835.

Queridos papás: Estoy casi enteramente bueno, y sólo me he detenido unos días para emprender la marcha sin cuidado de recaída y para traducir aquí el *Don Juan de Austria*, de Casimiro Delavigne. No se ha publicado aún, aunque se ha representado; pero estando relacionado con el autor, he podido traducirla por el manuscrito y remitirla a la empresa de Madrid. No nos podremos abrazar el día de la Concepción, pero sí antes de mediados de diciembre.

Escribanme ustedes a Zaragoza, a don José Sánchez de Castro y Langelot; yo iré al correo en llegando.

Millones de besos a mis hijos y felicidades de su hijo.

Después aparece otra inédita:

Burdeos, 7 Diciembre, 1835.

Queridos padres: Acabo de llegar a esta hermosa ciudad y contino mañana mi viaje. Debo llegar del 15 o el 18 a Madrid, si no me detiene la nieve y la falta de carruajes. Excusado es decir que no tardaré en pasar a Navacarnero. De todas maneras vean ustedes que hay que sea confortable, porque llevo cuatro meses de dieta rigurosa, y de París a Madrid no habré probado más que un caldo diario; voy, sin embargo, bueno, contra el parecer de los famosos médicos de París. Lo mismo fué ponerme en viaje que empezó la mejoría a ser tan grande, que me doy a pensar que si el viaje dura un par de días más de lo preciso he de morir todavía de exceso de vida.

Hasta la vista, su amantísimo hijo.

Se detuvo Larra próximamente una semana en Burdeos, que guardaba para él los recuerdos de su infancia, y luego continuó su camino hacia Madrid, donde debió llegar en los últimos días de Diciembre.

El 5 de Enero publicó la *Revista* su artículo "*Figaro*" de vuelta, que debió inquietar a muchos, y del cual tomamos los párrafos que se refieren a la manera de efectuar el viaje:

El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él un *fuocioso más*; que, aunque no es más que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser, sin duda, tan grande, que lo ocupá todo. Bueno era no hace mucho, en defecto de ese, el de Cataluña; pero de poco tiempo a esta parte hay también en él algunos *farci* sos más y algunas diligencias menos. Bien me decían que el de Olerón era incómodo; pero ¿qué remedio? Volver por Portugal, como había ido, ni era lo más derecho, ni menos para mi carácter ver-sátil; además de que hay países que no son para vistos dos veces; y aunque alguien me incitaba a tomar con el vapor del Mediterráneo la vía de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver a España por Argel, más lo tuve yo por pulla y atrevida que por consejo razonable.

Víneme, pues, por Olerón, adonde no creí llegar por entre tantos *gendarmes* como andan por la frontera, defendiendo el paso a los carlistas para la facción. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco a don Carlos, ni a don Sebastián; como no trafa conmigo ni armamento ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la Cuádruple Alianza, esas barbas que allanó para siempre entre Francia y España nuestro Ministerio del justo medio, se pasan, sin embargo, a caballo en un mulo, o, por decir mejor, en compañía de un mulo, a lo cual llaman *diligencia de Zaragoza a Olerón*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominación en dos largos días que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo a él, y considerándome él a mí. Era tanto el hielo, y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba a quién.

Posteriormente he oído hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aquí están creídos, hasta el Gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfranc. Así debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habría salido a dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la ví, ni ella vió jamás mis baúles. Lo que sí vi fué varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me vi a lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve, para no ser registrado, dar una peseta, sino que es preciso dar dos, por ser la capital, y a casa luego con el contrabando. Yo no lo trafa casualmente, que lo sentí, pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Traete medio París en la maleta, y no vayas a creer al pie de la letra, como yo, que todo está reformado y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el día que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso o no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.



Teresa Mancha. (La amada de Espronceda.)

LARRA Y BRETÓN

La polémica de Larra con Bretón no tiene realmente la importancia que se le ha querido dar. Frecuentes son las rencillas y mordeduras de los literatos en todos los tiempos. Esta tiene de extraordinario el tratarse de un escritor insigne y genial como es Larra, y de un literato tan notable como Bretón de los Herreros.

Hay además en esta cuestión un aspecto que favorece poco al último, puesto que al zaherir a Larra no lo hizo animado de ese espíritu de justicia con que se juzga a un hombre descalificado por la opinión, o de un malvado al que la sociedad no conoce lo bastante y se tiene la valentía de arrancarle la careta, sin odio y sin rencor, con pena algunas veces, en cumplimiento de la misión moralizadora que se impone el escritor.

Nada de esto hubo, ni pudo haber, en este caso. Más que venganza personal por ofensas que inflriese el crítico, dentro de sus atribuciones, hay un ensañamiento de mal gusto, un rencor, una envidia, que se acentúa más cuando más se profundiza en el estudio.

Que Larra y Bretón eran amigos, es indiscutible. Ambos eran asiduos concurrentes al Parnasillo, tenían las mismas relaciones, iban a las mismas reuniones y compartían sus diversiones y sus esperanzas.

En la partida de casamiento de Larra hay una prueba más de su amistad íntima con Bretón de los Herreros, puesto que éste y el duque de Frías son los testigos de su boda.

Larra era más joven que Bretón; cuando éste contaba treinta y cinco años no tenía Larra más que veintidós; así se explica el tono doctrinal, un poco de superioridad, que toma Bretón al juzgar en el *Correo Literario* del 2 de Mayo 1831 la primera obra teatral que estrenó Larra en el teatro de la Cruz: *No más mostrador*.

Bretón se complace en alentar a Larra a continuar por el camino emprendido y elogia la obra y el talento del autor.

Han creído muchos que es una magnanimidad de Bretón el haber callado en su crítica que *No más mostrador* no era original de "Fígaro", sino una traducción de Scribe. Esto obedecía a estar enterado Bretón de lo que después ha narrado el mismo Larra. Esto es: que era inspirada en Scribe, pero no traducida.

Leemos, sin embargo, que Molíns dice que la crítica hecha por Larra de *Un tercero en discordia*, era en verdad harto más dulce que la que Bretón había hecho, en el *Correo Literario y Mercantil*, de la comedia de Larra *No más mostrador*. Hay, pues, una mala fe manifiesta en Bretón respecto de "Fígaro". Mientras en una parte lo elogia y le da consejos, en otra califica el título de la obra de impropio, y dice que los caracteres son exagerados e inverosímiles; y aprovecha el pretexto de la crítica por volverse y zaherir a contemporáneos suyos, que bien pudieron haber servido de modelos a "Fígaro" en esta obra de verdadera realidad, aunque exagerada, como el caricaturizar a tales personajes obliga.

Al año siguiente, Bretón elogió la obra que estrenó Larra, comedia en dos actos y en prosa, *Felipe y Roberto Dillon*, la traducción de un melodrama de Victor Ducange, que firmaba con el pseudónimo de "Ramón de Arriala, anagrama de Mariano de Larra.

M a r i a n o d e L a r r a .

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13

R a m ó n d e A r r i a l a .

3, 2, 1, 7, 6, 8, 9, 13, 12, 4, 5, 10, 11

También elogió mucho Bretón en *La Abeja* "El arte de conspirar", traducida de Scribe con el mismo pseudónimo, aunque apunta "que los traductores dejan por la prisa de limar su trabajo". Más generosamente aún juzgó *Las desdichas de un amante dichoso*, porque esta obra no fué del agrado del público. Lo curioso es que aún en 20 de Julio de 1835, es decir, pocos meses antes de estrenar la obra que rompió su amistad con Larra, aún elogiaba Bretón la traducción hecha por éste de *Partir a tiempo*, de Scribe. Ya en este tiempo había "Fígaro" publicado las críticas que pudieran molestar a Bretón.

Anteriormente también había Bretón elogiado a Larra como periodista y a *El Pobrecito Hablador* en *El Correo*, llegando a decir que no tenía buen gusto quien no le leyese.

En 1833 criticó Larra la traducción hecha por Bretón de la comedia en un acto, de Scribe, *No más muchachos*. En ella no nombra al traductor, pero dice: "La traducción está hecha por mano ejercitada y feliz; el público aplaudió mucho." Respecto a *La nieve*, empieza su artículo festivamente:

"¿Comedia nueva? ¿Traducida? Claro está. ¿Autor? Scribe; eso ya no se pregunta: cosa es sabida. Un título tan refrigerante no podía menos de ser consolador en los principios de la calurosa estación que nos amenaza."

Pero consigna:

"La traducción es de mano maestra, en buen lenguaje, y hecha con conocimiento del teatro."

Muy benévolo aparece, quizás benévolo en demasía, al hablar de *El músico y el poeta*, alusión a los días de Fernando VII:

"Un plan acaso demasiado sencillo, disculpable sólo por ser el de una corta pieza de circunstancias, y un diálogo a la par vivo, animado y salpicado de sales cómicas, son las circunstancias más notables de este breve dramita, en cuya fluida versificación hemos creído reconocer la pluma de uno de los más fáciles de nuestros poetas modernos. El cartel no anunciaba quién fuese; pero no creemos equivocarnos si colgamos este milagro al autor de la *Marcela*. Sus lindas redondillas revelan quién es a su pesar y rasgan el velo del modesto anónimo."

También elogió *El templo de la gloria* y *La loca fingida*, traducción del mismo autor francés que llenaba nuestro teatro.

De *Carolina o El talento a prueba*, estrenada en Abril 1834, dice "Fígaro":

"La traducción nos ha parecido de mano maestra, y las lindas coplas que la amenizan la hacen resaltar."

Al 14 de Mayo siguiente rechaza ruidosamente el público la adaptación de Bretón de *Le Mariage de Figaro*, con el título de *Ingenio y virtud o el seductor confundido*, y Larra lo defiende.

"... Si de algo se puede culpar al traductor, es de no haber conocido suficientemente en esta ocasión el gusto y la irritabilidad delicadísima de nuestro público. Las costumbres purísimas de nuestra sociedad del día, no podían menos de ofenderse con las pinceladas atrevidas de Beaumarchais... ¡Dichoso el país tan celoso de la pública moral, donde no bastan las muchas gracias del diálogo, el mucho talento de

las situaciones y los aplausos parciales merecidos durante la representación a compensar el efecto de la desnudez de las pinturas; donde no puede hacer efecto una comedia escrita contra la aristocracia, por ser en tal país la aristocracia la primera liberal, y, en fin, donde la virtud vale más que el "ingenio", cuando se echan a reñir."

Y lo mismo sucede, pocos días más tarde, a propósito del estreno de *La educanda*, por Bretón, de Víctor Ducange.

"Si bien el partido de la administración pasada de los teatros quiso, como sucede ahora todos los días, ingerir al final sus parciales demostraciones de desaprobación, la pública indignación triunfó de la hostilidad y sofocó todo chicheo."

Igual ocurre respecto a *Los dos preceptores*. "Figaro" dice en *El Observador*: "La traducción es de mano maestra y tan bien hecha, que nunca se trasluce en ella la huella original."

Es cierto que en críticas más importantes, de obras originales, Larra, a pesar de su amistad con Bretón, fué un justiciero y censuró, con su admirable visión del arte, todo lo que podría censurarse colocándonos en el punto de vista de este primer cuarto del siglo XIX.

El mismo año 1833 juzgó Larra *Un tercero en discordia*, y al siguiente, *Un novio para la niña*. Estas críticas, por lo mismo que eran razonables y certeras, debieran molestar a Bretón, que estaba rodeado de un círculo de amigos dispuestos a aplaudirle siempre, y no tenía hábito de escuchar cosas desagradables, por sensatas que fuesen.

En *Un tercero en discordia*, no sólo deshacía la obra, sino que iniciaba una especie de revisión de valores de las comedias bretonianas, y la emprendió con su famosa *Marcela*, para decir:

"En la *Marcela* es una mujer amable, cuya peligrosa amabilidad da esperanzas a tres amantes, igualmente indignos de su alto cariño. En *Un tercero en discordia* es una joven perseguida también por tres amadores; los caracteres nuevos que presenta esta composición son los de los dos amantes más inoportunos de Luciana. El uno es joven, en demasía desconfiado del cariño y fidelidad de su amada; en una palabra: un hombre celoso; el segundo es un necio, por el contrario harto confiado en el amor de una mujer que no le ha dicho siquiera que le ama, pero de cuyo cariño cree poder estar seguro; en una palabra: un presuntuoso. Un tercero en discordia que ni es celoso ni presuntuoso, sino un tipo de la perfección social, un amante que ama sin prisa, sin mal humor nunca, que nunca exige nada, impasible, eterno, imagen del no movimiento y de la no acción, es el justo medio presentado en ese carrusel amatorio. A los ojos de una mujer sentimental, exaltada, romántica, de pasiones vivas, pudiera no parecer don Rodrigo el más perfecto ni el más amante; pero a los ojos de una muchacha bastante fría, como el autor nos la pinta, bien educada y de suyo sosegada, no hay duda que don Rodrigo debe ser el amante preferido, el esposo."

Sigue analizando como hábil psicólogo la obra:

"¿Nos permitirá el autor que no convengamos con él en una cosa? El calor, sin duda, de su imaginación poética le lleva a formarse a veces una sociedad ideal, donde sólo considera virtudes y vicios, perfecciones y defectos personificados y situaciones posibles de efecto; esto le aparta de la pintura verdadera de la sociedad en que vivimos: queremos decir, que tanto en la *Marcela* como en ésta, los desenlaces no nos parecen naturales. Al fin, en *Marcela* no hay otro inconveniente contra los usos sociales que el declarar en público a sus amantes lo que sólo puede uno oír en particular; porque si una mujer tiene derecho a no corresponder a un hombre, no le tiene para ponerle en ridículo sólo porque la ama."

"Acabaremos este rápido juicio con una observación. En nada brilla más el sin-

gular talento poético del Sr. Bretón, que en la sencillez de sus planes; en todas sus comedias se conoce que hace estudio y gala de forjar un plan sumamente sencillo; poca o ninguna acción, poco o ningún artificio. Esto es sólo concedido al talento, y al talento superior. Una comedia llena de incidentes que cualquiera inventa, es fácil de hacerla pasar a un público a quien siempre cautivan el interés y la curiosidad.

"El Sr. Bretón desprecia estos triviales recursos, y sostiene y lleva a puerto feliz, entre la continua risa del auditorio y de aplauso en aplauso, una comedia apoyada principalmente en la pintura de algunos caracteres cómicos, en la viveza y chiste del diálogo, en la pureza, fluidez y armonía de su fácil versificación. En estas dotes no tiene rival, si bien puede tenerlos en cuanto a intención, profundidad o filosofía.

"Alguna palabra exótica tildaríamos en *Un tercero en discordia*; pero ¿qué son esos pequeñísimos lunares en una comedia que ha sido muy reída, y que han coronado los aplausos del auditorio? Damos el parabién al Sr. Bretón por este nuevo lauro adquirido, y nos le damos a nosotros mismos."

En *Un novio para la niña* señala de un modo epigramático la pobreza de recursos y la monotonía del autor, diciéndole, después de analizar la obra, con esa clarividencia suya: "Sólo diremos, con respecto de *Un novio para la niña*, que tanto las bellezas como los defectos que quiera encontrar en ella el crítico severo, son las mismas que en las demás obras del autor se encuentran. ¿Faltaríamos a la amistad si aconsejáramos al autor que meditase algún tanto más sus planes? Este es generalmente el escollo de la abundancia de genio. El autor se deja llevar de su facilidad; en ésta no le conocemos rival, así como tampoco en el chiste y la agudeza de sus descripciones, así de los bailes como de las casas de huéspedes, son un espejo fiel de las costumbres; su diálogo está lleno de gracia y de viveza. Su versificación es un modelo; pero donde se prueba cuánto puede el ingenio es en una circunstancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes, repitiéndose asimismo. Una joven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caracteres forman el argumento de todas ellas. Otro se habría visto apurado para hacer el de una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña* ha hecho, sin embargo, con él tres obras diferentes.

En la traducción de *La fe de bautismo*, de Picard, Larra no nombra a Bretón, pero se burla de la obra.

Los biógrafos señalan como la más cruel de las críticas de Larra contra Bretón ésa en que se lee:

"El drama *Elena* abunda en buenos versos, dignos de su autor; pero sus largos diálogos y muchas de sus situaciones, sobradamente forzadas, han producido un efecto que ni es el del interés ni ha cautivado la benevolencia del público. *El telón del fastidio vino al suelo* (sic). Hablaremos más despacio de esta composición, en cuyo género no aconsejamos al autor que continúe... Las gentes salían refunfuñando. Es pieza que, en nuestro entender, no proveerá las arcas del teatro, a pesar de sus bandidos, de sus asesinos, de sus decoraciones, en las que se reconoce la hábil mano del pintor Blanchard."

Pero esta crítica no la escribió Larra. Este había dejado de pertenecer a la *Revista Española* en la fecha en que se estrenó *Elena*, o sea el 23 de Octubre de 1834. Lo prueba así la carta siguiente, cuyo original me ha facilitado D. Ismael Sánchez Esteban:

La Abeja núm. 160. 8 Octubre 1834.

COMUNICADO

Señores redactores de *La Abeja*:

En el número 158 de su periódico he leído un párrafo alusivo a mí, resultado acaso de una noticia equivocada.

seguramente, ni menos por arrogancia, sino por el convencimiento en que estoy de que estas luchas, sobre tomar las más veces un giro indecoroso, no siempre son útiles. Dos veces me he visto acometido. Una literariamente, y respondí breve, seria y literariamente. Otra, en términos insultantes, y traté de dar la única contestación que daré siempre a los insultos personales.

Me tomo, pues, la libertad de manifestar a ustedes que pienso seguir constantemente en el mismo plan, escriba con firma o sin ella, en *El Observador* o en otros periódicos. Cosas, y no personas. Ataques al poder injusto, a la arbitrariedad, a lo que yo crea error o ridiculez. Con respecto a los periódicos y periodistas, opino que cada uno puede seguir la marcha que guste, como yo la mía.

Sírvanse ustedes insertar estas líneas en su periódico. De ustedes s. s. q. s. m. b.,

Mariano José de Larra.

"Fígaro" no volvió a escribir en la *Revista* desde Septiembre hasta el 16 de Enero del año siguiente, 1835, en que publica *La Sociedad*.

La última crítica que hizo Larra de las obras de Bretón antes de su viaje fué la de *Mi empleo y mi mujer*, en la que también sale maltratado el autor, pues dice que "alusiones grotescas y un tanto indecorosas se oyen a cada momento". Pero esto fué en Noviembre de 1834, en *El Observador*, y la última crítica, en que Bretón elogia a Larra, como hemos visto, es posterior a todo esto, en 1835.

Fuerza es confesar que si Bretón estaba ofendido lo sabía ocultar admirablemente, guardando encubierto su rencor para vengarse en momento oportuno.

Esto es lo lógico, porque la versión que da Mariano Roca de Togores, el marqués de Molins, no es admisible, como vamos a demostrar. Dice Molins:

"Un suceso políticamente grande, literariamente pequeño, y que Larra consideró como imperdonable ofensa a su amor propio, vino a dar la señal del rompimiento. Había subido al Poder Mendizábal, se había decretado el armamento de cien mil hombres (entre los cuales, por cierto, fué comprendido el hasta entonces desconocido y hoy insigne autor de *El Trovador*). Organizáronse funciones teatrales para aplicar su producto a las urgencias de la guerra. En una de ellas, titulada *El Plan de un Drama*, que improvisaron Bretón y Vega, y que se representó en el teatro de la Cruz el 22 de Octubre de 1835, se acababa por leer composiciones poéticas; fueron los autores de éstas Gil y Zárate, Roca de Togores, Bretón de los Herreros, Espronceda, Ventura de la Vega. (Nombramos los autores en el orden en que fueron leídas sus poesías); no se contó con Larra, y esto le ofendió mortalmente."

La mentira no puede ser más visible. ¿Cómo se iba a incomodar "Fígaro" porque no se contase con él si no estaba en Madrid? Comprobamos plenamente, con las cartas inéditas que publicamos, que el 22 de octubre de 1835 Larra estaba en París.

Aun sin esto, el aserto apuntado resultaría siempre una majadería, porque si no se contó con Larra para leer poesías sería él quien se ofendería y no Bretón; de manera que no es de suponer que siendo Larra el ofendido, Bretón hiciese por venganza una obra en contra suya; Molins no aparece muy bien de lógico.

No sólo no estaba Larra ofendido con Bretón, sino que en aquella fecha lo tenía por uno de sus buenos amigos; esto lo prueba la carta que escribió a su editor don Pedro Delgado, que ha permanecido inédita hasta este momento. En ella, fecha 20 de Agosto de 1835, vemos que envía sus afectos cariñosos a Bretón de los Herreros, y que él, que fustiga en España vicios y defectos, como el médico que toca la llaga para curarla, en el extranjero cumple un deber patriótico, ensalzando todo lo que puede ser defendido, más o menos sofisticadamente, y sabe poner de relieve los escasos ingenios contemporáneos suyos. En esta carta, en que narra "Fígaro" que ha escrito el texto de la obra firmada por Charles Nodier y el barón de Taylor, añade: "Puede usted poner esto en conocimiento de Bretón, de Vega y demás, por si les puede servir de satisfacción. Ya pueden calcular que como español y como amigo habré tratado de dar todo el realce posible a nuestras cosas y a ellos mismos."

Después ruega que le cuenten lo que se dice acerca de él, se queja de que sus amigos no le escriban y dice: "Hay pocas cosas que me inmuten más que el silencio de Vega y Grimaldi; me hiela la sangre; necesito estimarlos como los estimo para no enviarlos a *tous les diables*. Si hubiera escrito a Espronceda, Ochoa y Bretón, otro gallo me cantara."

Estas últimas líneas prueban la confianza que depositaba en su amigo. Indudablemente si censuró su obra no lo hizo con deseo de molestarle, sino cediendo a la noble sinceridad, tan arraigada en él.

No fué nunca Larra mal amigo. Ni jamás habló mal de los suyos; conocemos su entrañable afecto por Espronceda, cómo hace justicia a este hombre noble y caballeroso, el más cercano a él de todos los de su tiempo. Conocemos también su afecto por Ventura de la Vega y por Mesonero Romanos, de los que fué siempre buen amigo; lo mismo aparece en todas sus relaciones amistosas, incluso con Molins. Hasta fué indulgente en exceso a veces, como sucede con Alonso.

La nobleza de su alma resalta en la pena sincera y conmovedora que le causa la muerte de Campo Alange, amigo noble y fraternal, al que llora con tanto sentimiento "Fígaro".

Ahora, con la publicación de estas cartas, resalta más aun la pureza de esta amistad, puesto que no tiene "Fígaro" motivos que lo obliguen a su amigo que no sean pura y simplemente de afecto, pues no es cierto que éste le ayudase con dinero ni que hiciese a expensas suyas—como han insinuado algunos—sus viajes por el extranjero; que ya hemos visto cómo ha sufragado "Fígaro" con sus propios recursos.

A mayor abundamiento, su conducta respecto a Grimaldi, su protector, está llena de lealtad, de ecuanimidad y de nobleza.

Sr. Editor del *Castellano*:

En el número 44 de su periódico, del lunes 26 del corriente, veo mi nombre mezclado en un artículo, el cual dice, hablando del señor Grimaldi, lo siguiente:

"Cuando la *Revista* empezó a subir de punto, a principios de 1833, por mediación e impulso de su amigo don José Mariano de Larra, entró Grimaldi como redactor en jefe de aquel periódico, etc."

En ese artículo, en el que no se trata de hacer favor a Grimaldi, es claro que en citar mi nombre de esa manera hay una intención fácil de interpretar.

Creo de mi honor advertir a usted que en la época a que se refiere era yo mero redactor de teatros de la *Revista*, sin influencia ninguna en la composición de la redacción. Mi mediación y mi impulso no colocaban a nadie.

Es, pues, falso, lo que en su artículo se dice; quiero decir que el que lo ha escrito no sabe lo que se dice, o miente, si lo sabe.

Es muy extraño que el editor del *Castellano*, habiendo sido tanto tiempo colaborador de don Mariano José de Larra, y no José Mariano, en la misma *Revista*, no haya tenido mejores datos de su compañero y consocio don José María Carnerero.

Por lo demás, como parece que al llamarme amigo del señor Grimaldi en un artículo en que a éste se le denigra se me quiere hacer agravios, hago presente a usted que mis relaciones con el señor Grimaldi han sido siempre puramente teatrales, al teatro debieron su origen; como director de escena le he debido no pocas atenciones: a él le debí que mis primeros ensayos, buenos o malos, viesan la luz, y que el drama titulado *Macías*, al que yo daba toda la importancia que un autor da a sus obras, fuese representado y ensayado con esmero singular.

De estas atenciones nació esa amistad, amistad que nada tiene que ver con la política, en la cual me considero harto poco importante para mezclar en ella mis intereses o los actos de mi vida. La política sincera no impedirá ser agradecido.

Sean cuáles fueran las circunstancias del señor Grimaldi, feliz o desgraciado, antes en España y ahora fuera de ella, tendré siempre un placer en decir a la faz del mundo que soy amigo suyo, haya sido o no peluquero, porque como soy liberal, estas distinciones me importan poco, y peluqueros pueda haber mejor que periodistas y que títulos.

M. J. de Larra,

El origen del disgusto de Bretón no hay, pues, que buscarlo en otra cosa que en la molestia que le causaron las ya mencionadas críticas de "Fígaro".

Bretón, a pesar de que tuvo una existencia fácil y dichosa, en la que alcanzó excesiva fama para su poco esfuerzo, porque el número de sus comedias no supone más que labor extensa, no intensa, era un poco discolo y poco amigo de sus amigos. Esto se demuestra en varios pasajes de su vida y lo atestigua el célebre fragmento de la carta que escribió desde Madrid el 16 de Junio de 1832 a su amigo Juan de la Pezuela, que fué luego conde de Cheste:

"El imperceptible Larra está en Bermeo con su padre; el versátil Vega, como siempre; el dulcísimo Alonso, ídem; el sochantre Roca de Togores, con un brazo dislocado merced a la fogosidad de un bridón. Del nefasto Pizarro nada sé, y la demás canalla, sin novedad."

En esta carta íntima, donde descubre la sinceridad, vemos la ligereza y el poco aprecio que hace de sus amigos, los dictados con que los caricaturiza y el desenfado con que califica a todos, parte de "la demás canalla" ¡Qué diferencia entre esa carta y la de "Fígaro"!

Conocido el temperamento de Bretón, sus disgustos con la Academia en los últimos años, por no plegarse ésta en todo a su voluntad, lo que le hizo no volver a entrar en ella jamás, se comprende la falta de respeto y consideración con que trató a "Fígaro". ¡A "Fígaro"! ¡Al más grande ingenio de su siglo!

Fué muy mezquino Bretón de los Herreros al recoger toda la basura que los envidiosos arrojaban sobre Larra, atribuyendo sus viajes a fracasos políticos, a deudas, o a cobardía y miedo, que le hacían huir de la familia de Dolores.

Conociendo ya bien la figura de "Fígaro" y el motivo de su viaje, se puede oponer la verdad a las versiones de la envidia y la malquerencia.

Resalta más el desconocimiento con que habla Molíns del asunto cuando dice: "Llegó en tanto el mes de Diciembre de 1835; Larra hablaba a todo el mundo y escribía en todos los tonos sobre sus deseos de viajar."

Si era verdaderamente amigo de Larra, ¿cómo no sabía que en esa fecha no podía hablar del deseo de emprender un viaje de que estaba ya de vuelta? ¿Dónde están esos escritos, *en todos los tonos*, de que nos habla Molíns?

Seguramente no es amigo de Larra, como se ha creído por la lectura que se ha hecho, sin espíritu de investigación, de su apócrifo *Ultimo paseo de "Fígaro"*. Es más: se nota enemistad en Roca de Togores hacia "Fígaro" y aparece una mala fe en esta cobarde especie que vierte al hablar del disgusto de Larra y Bretón cuando escribe:

"Los maliciosos decían que el viaje del primero era una fuga y que la comedia del segundo era una sátira. Para prueba de lo uno contaban historias amorosas, más o menos novelescas y de todo punto íntimas."

Leyendo esto acude a la memoria la anécdota que el mismo Roca de Togores refiere, a propósito de un disgusto habido entre él y Larra, y creo que no pudo perdonarlo nunca, aun a pesar suyo.

Los poetas del Parnasillo, unidos casi todos por estrecha amistad, solían reunirse en la casa de Roca de Togores, en la calle de Alcalá, para poder con mayor tranquilidad ofrecerse las primicias de sus obras. En una de estas reuniones leyó Ventura de la Vega, que era un lector admirable, el drama del marqués de Molíns *El Duque de Alba*.

En este drama hay una escena, en la que la hija del Duque, burlada por su amado, y obligada por su padre a casarse con un hombre que le es odioso, enferma, y, resuelta a renunciar al mundo para encerrarse en el claustro, cae en un delirio de locura al sufrir la conmoción del sonido amedrantador e inesperado de una campana. Al empezar este pasaje, en el momento en que Ventura de la Vega

leía una acotación, que dice "Se oye el reloj, que da las doce", sonó realmente esta hora en el reloj de la chimenea, y Larra exclamó: "¡Qué oportunidad! Es la hora de almorzar; sea enhorabuena." Soltaron todos los oyentes la risa, sorprendidos por esta salida; pero Molíns se enfadó extraordinariamente, y, a pesar de que, como autor de la obra y dueño de la casa, estaba obligado, interrumpió "no con mucha templanza", según sus propias palabras. Vega se detuvo en su lectura sorprendido, y entre Larra y Molíns se trabó una agria disputa, que tal vez hubiese tenido lamentable desenlace a no alzarse la robusta y autorizada voz de Gallego, exclamando: "Adelante la lectura, que calle la cazuela." Roca de Togores confiesa en sus escritos que la indulgencia con que Larra procuró indemnizarlo de aquella pesadumbre les calmó a todos; pero viendo su parcialidad al hablar de "Fígaro", hay que pensar que no le amaba y que su reconciliación no fué sincera.

Pero antes de pasar adelante, veamos la comedia que lanzó contra "Fígaro" el enojo de Bretón.

La crítica de "Azorín" ha disgustado a los amigos de Bretón. Yo creo, como "Azorín", que la comedia es muy mala y me desagrada más el carácter del virtuoso don Fructuoso que el de don Joaquín, que representa a Larra; Manuela, la viuda enamorada de Joaquín, dice a su hermano en la primera escena:

"Tú sabías que me amaba don Joaquín; y, sin embargo, en tu casa le recibes como amigo, como hermano; consientes que a todas horas nos visite; y como, al cabo, no tiene pelo de tonto, ni es mudo, ni es feo... Vamos, si al fin me prendara de él, ¿deberías extrañarlo?"

FRUCTUOSO

Manuela, yo le detesto. Si le hago mil agasajos, es porque temo a su lengua y a su pluma: yo soy franco. Me haría muy poca gracia que a sátiras y a sarcasmos me derribara del puesto que me cuesta afanes tantos conservar: sí, que estos zoilos, peste del género humano, tal vez con su envidia mueren sin salir nunca del fango; mas desgraciado de aquel que sirve de triste blanco a sus epigramas. De ellos no esperes, ni por acaso, ningún bien: son sabandijas que nacen para hacer daño. Ya un día le faltó poco para sacarme los trapos a la colada."



Es toda una presentación de hombre hipócrita, que llega hasta a franquear su casa y exponer a su hermana a peligros que conoce, por su propia conveniencia.

Además se descubre Bretón: se ve que le duele; la obra va contra el zoilo, al que *le faltó poco para sacarle los trapos a la colada*. ¡Señal de que no estaban limpios!

Pero aún se destapa más el hombre pancista y sin ideales de la comedia.

MANUELA
Como ensalzaba un día
el despotismo ilustrado.
FRUCTUOSO
Y antes al rey absoluto.

MANUELA
Hombre versátil.
FRUCTUOSO
Yo me hallo bien con cualquiera que
[mande,
mientras cobro del erario.

Entra Jon Joaquín, y como es preciso hacer que le parezca a Larra, hay que terminar el retrato. Ya nos ha dicho Manuela que es listo y que no es feo. Ahora dice don Fructuoso:

“Viene usted hecho un figurín.”

Ya es sabido el cuidado con que se viste Larra. Después hay un parlamento exageradísimo de don Joaquín, para presentarlo como un hablador, maldiciente, que al fin interrumpe don Fructuoso diciendo:

Siempre punzante y maligno;
mas con gracia peregrina.

JOAQUÍN

¿Qué he de hacer?
A esto me inclina

la influencia de mi signo.
¿Y por qué no perseguir
con satírico desprecio
al bribón? ¿Por qué del necio
no me tengo que reír?

Esto nos parece más lógico y muy bien; pero don Fructuoso, el gran hipócrita, exclama:

¿Y dónde hay hombres perfectos?
¿Lo es usted acaso?

JOAQUÍN

No.

¿Pero tengo que ser yo
quien censure mis defectos?
No faltará quien se tome
ese trabajo, en verdad...

Sigue don Fructuoso haciendo el retrato moral de Larra.

“¡Qué, si tiene usted del labio
siempre una pulla pendiente!”

.....

“¡Ay del pobre a quien ataque
esa lengua de escorpión!”

Joaquín protesta y dice:

“Al menos nunca es el blanco
de mi sátira un amigo:

sólo a mi rival persigo
y la máscara le arranco.”

Lo que no se comprende es que ponga en boca de Larra:

“Soy joven, vivo en el ocio;
en algo me he de ocupar”,

porque precisamente pocos escritores han sido tan activos y tan laboriosos como “Fígaro”, que vivía, y vivía bien, de su trabajo y de su ingenio.

Acaba de hacer el retrato de Larra pintando su influencia política, el miedo que lo tenían los ministros, y resalta más su nobleza al lado del pasteleo de don Fructuoso, cuando exclama:

JOAQUÍN

Por eso yo me malquistó
con todos los gobernantes.

En este aspecto, contra la voluntad de Bretón, sale triunfante la figura de "Fígaro". Se entra después en la trama burda y manida de la comedia. Es preciso pintar a "Fígaro" cobarde, mujeriego, tramposo; para eso se ha hecho la obra, y subordinándolo todo a ese interés hay un desarrollo absurdo, en el que no faltan mujeres engañadas, un marido en la higuera, o sea escondido en un jardín, precisamente en el lugar desde donde oye que don Joaquín galantea a su mujer.

No es el tipo de este calavera el de Larra.

Sus cartas íntimas, que hablan de su modo de vivir, nos responden de que no es tampoco ese tramposo.

Todos los datos que existen de él lo pintan como modelo de dignidad, de caballerosidad, desde niño. Ya lo dice su maestro: "Tenía una gran idea del respeto a sí mismo." En esta misma carta en que habla de traducciones a su editor dice: "Mi nombre es toda mi riqueza."

Pasemos la pesadez tendenciosa del diálogo de Manuela y Tomasa sobre la mantilla y el sombrero, y si las mujeres deben leer o guisar; dejemos la ridiculez de la dama que no entiende la declaración de don Joaquín y la cree dirigida a una amiga cuya; no nos metamos a juzgar salidas y entradas intempestivas; la ridiculez de la casa de don Joaquín, del cobro de cuentas de un sastre ladrón (al que dice, con razón, "Azorín": que harían bien en no pagarle), y vamos a la escenita del retrato.

El monólogo de don Joaquín no tiene desperdicio.

"¡Bravo lance! El marco es de oro,
y me hallo en tales apuros..
Bien me darán quince duros
por el dulce bien que adoro.

Pues con su cara y su trato
me cautivó esa mujer,
lo menos que puedo hacer
es cautivar su retrato."

El diálogo parece un cantable de zarzuela.

MANUELA

He aquí mi esgíe:
mi amor te la da.
Pendiente del pecho.
mi pobre Julián,
siempre la llevaba,
constante y leal.

JOAQUÍN

Del mío un instante
no se apartará.

¿Sabes que con ella
la vida me das?

MANUELA

¡Qué alma tan romántica!
¡Qué fino galán!

JOAQUÍN

¡Ay! Hasta la tumba
te tengo que amar,
aunque se incomode
mi hermano carnal.

¿A qué seguir? Se va don Joaquín, besando el retrato y suspirando alto y, como ya nos esperábamos todos, corre a empeñarlo.

Lo raro es que su criado lo lleve a una prendera prestamista, también amante del dichoso Joaquín, y que ésta encuentre a Manuela y se descubra todo.

Su viudita perdona, humillando al traidor.

“Con causa legítima
culparte pudiera,
clamando severa
con trémula voz:
“Detengan al prófugo

que me puso en venta,
y den a mi afrenta
venganza feroz.”
Mas téngote lástima”, etc.

¡Delicioso! Pasemos por alto también las zarandajas de la política y el periodismo y la ridícula letrilla en que don Joaquín le cuenta a su criado que escapa de Madrid huyendo de toda aquella gente. (Y tenía razón.)

JOAQUÍN
Despacha: dame el almuerzo.

LUCAS
Ahora lo voy a servir.

JOAQUÍN
Esto es hecho: yo me voy.
No es la corte para mí;
respiremos otros aires...
¿Qué me das?

LUCAS
Una perdiz.

JOAQUÍN
¡Pobre avecilla!
Recuerdo (No estaba tan mal, ¿eh?
que incauto como ella fui...;
pero aún me quedan las alas.
Lucas: ¡me voy de Madrid!

La obra termina en un convite a gusto de todos y con la exclamación del marido salvado.

“Y brindad los tres conmigo
porque el común enemigo
no vuelva más a Madrid.”

Pero esta obra ni siquiera es original. ¿Por qué no se ha fijado nadie en este principal y definitivo? Está inspirada en *Los jugadores*, de Regnard. Este autor, que nació en París a mediados del siglo XVII, es más bien que Molière el antecesor de Bretón. Menos profundo que Molière, menos grande, frívolo y gracioso, supo entretener y entendió admirablemente el teatro de su tiempo. Su obra *El jugador* está estrenada a fines del siglo XVII (en 1696), y había de ella dos traducciones al español, una de don Feliz Enciso Castrillón y otra de don Manuel Eduardo de Gorostiza, contemporáneo de Bretón, el cual también debía conocer esta obra.

Son idénticas las situaciones del calavera que empeña el retrato que le da su amada, en prueba de cariño y la coincidencia de que la preñada lleve la joya y caiga en manos de su dueña, y el que ésta se irrite con el galán y terminen las relaciones. Aunque la versión que hay de don Cecilio Merino en la Biblioteca clásica está en prosa, el original de Regnard estaba en verso, y apenas en esas escenas se ha hecho modificación alguna. Esto perjudica al conjunto, pues mientras que en la psicología de la obra de Regnard está explicado el modo de proceder de un hombre, que aunque tenga sentimientos de dignidad, está viciado por la pasión del juego, que no puede dominar, no se explica en el don Joaquín de Bretón de modo alguno. El jugador de Regnard es un acierto, en su género, gracias a la pericia teatral del autor y a la lógica que observa en el desarrollo de la figura. Así es que el mismo Dufresny, su colaborador, que se quejó tanto de que le hubieran robado la idea y escribió con el mismo tema *El caballero jugador*, tuvo un fracaso. Lo mismo le sucede a Bretón. El hombre que obra como Regnard le hace obrar a su protagonista, tiene que ser Valerio, nadie más que Valerio; como solo pueden abordar empresas de la índole del Tenorio y del Estudiante de Salamanca (donde también se juega un retrato de mujer) Don Juan Tenorio y Don Félix de Montemar. ¡Qué

modo de robarse unos escritores a otros esa miniatura con marco de brillantes! ¡Robada tres veces!

La escena del regalo del retrato es igual.

ANGELICA.—Y para probarte hasta qué punto te quiero, añadido a este presente (el de su corazón) mi retrato.

VALERIO.—¡Oh, favor inaudito!

ANGELICA.—Te ruego que lo conserves.

VALERIO.—¡Que lo conserve! El resto de mi vida es poco aún. Este amadísimo tesoro irá conmigo a la tumba, para que ni la muerte me separe de él...

Pero en cuanto se ve solo corre a empeñar la miniatura, que tiene marco de oro y brillantes. También la preñera doña Recursos, tipo abominable de la prestamista a peseta por duro al mes, va a llevar sus joyas a casa de Angelica, y, buscando entre sus estuches unos pendientes de brillantes, sale el famoso retrato, que causa el efecto consiguiente. Angelica, como Manuela, apostrofa al desleal y lo despidе, humillándolo.

—Cesa de ultrajarme, corazón ruin—le dice, despidiéndolo.

No hay mucho que cavilar para ver que la idea, por lo menos, está tomada de esta obra y aplicada a "Figaro", como podía aplicarle una cataplasma de mostaza, con el solo deseo de que le escociera, viniese o no viniese a cuento, sin tener para nada presente lo forzado y lo traído por los cabellos que resulta esto en *Me voy de Madrid*, puesto que no tienen la misma psicología Valerio y Don Joaquín ni Angelica y Manolita.

Pero lo peor de todo es que respecto a este plagio se puede parodiar la frase de Oscar Wilde, cuando en su proceso le mostraron una carta, preguntándole si reconocía que era inmoral:

"Es peor que eso: está mal escrita."

Es gracioso que Bretón, que pone en boca de don Joaquín la siguiente redondilla:

"No es ella de nuestra masa.
¿Y qué ha de entender de amor
mujer que tiene valor
para llamarse Tomasa?"

se casa luego con doña Tomasa Andrés!...

En efecto, la comedia es, más que mediocre, insufrible. "Azorín" la ha juzgado admirablemente cuando dice: "¿Cómo pudo mantenerse todo esto? ¿Qué sociedad era aquella que mantenía todo esto?" No hay, sin embargo, que culpar demasiado a aquel público, que tuvo el buen sentido de no gustar de la obra. Esta se puso sólo seis u ocho noches, y aunque hombre tan docto como el Sr. Cotarelo afirma que no solían durar más en el cartel entonces, hay ejemplos que acreditan cómo se sostenían las que gustaban y cómo se había sostenido años antes *A Madrid me vuelvo*, del mismo Bretón, que se puso un mes seguido.

Roca de Togores, siempre amigo de Bretón, disculpa el fracaso diciendo: "La hipótesis de que la comedia era una sátira personal contribuyó al poco éxito y a la severa crítica que hicieron de ella los periódicos."

El que no la aplaudieran prueba bien claro que no era odioso Larra. Nada dijeron *El Eco del Comercio* ni *El Español*; *Revista Española* la censura cortésmente y dice: "Un crítico mordaz podría tal vez decir que las situaciones huelen a sainete, que los caracteres son corrientes, las escenas comunes y mal trabadas entre sí; pero yo no soy mordaz, y no digo nada de eso."

El *Diario de Avisos* dice: "la obra no ha satisfecho al público", y aunque a ratos elogia, añade:

"Lo confesamos con franqueza: o no conocemos originales al trapalón de don Joaquín, a la extravagante Manolita y al sabitonto de D. Fructuoso, o si los viéramos los tomaríamos por excepciones, que se despegan del gran cuadro social que ha de intentar reproducir el autor cómico."

Pacheco, compañero y jefe de redacción de Bretón, escribía en *La Abeja*:

"El reverso de *A Madrid me vuelvo* esperábamos ver muchos en la comedia. No nos engañamos; tuvimos evidentemente lo que se llama una esperanza frustrada. Nada de lo que aguardábamos sucedió, sino la mera partida de *Madrid* del protagonista de la pieza. En cuanto a la acción y conducta del drama, a mí me parece escasa y débil la primera, y susceptible de mejoras la segunda. Seguramente no se propuso el autor otra cosa que lo que se ha llamado comedia de carácter; al de don Joaquín quiso concretar la pieza; ese tuvo siempre ante los ojos, y no cuidó tanto como debiera el enredo."

Lo gracioso es que cuando se estrenó *Me voy de Madrid*, "Fígaro" estaba ya de vuelta, como vemos en las cartas originales suyas. Es preciso estar perturbado para escribir lo que escribe Molíns. Nosotros sabemos ya a ciencia cierta que "Fígaro" emprendió su viaje por el extranjero saliendo de Badajoz el día 27 de Abril de 1835, a las siete de la mañana. Lo hemos seguido en todo este viaje y lo hemos visto volver para el 15 de Diciembre, es decir, antes del 22, en que se estrena *Me voy de Madrid*. Está equivocado también respecto a esto don Antonio Ferrer del Río cuando dice: "Hallábase Larra en el extranjero, y allí tuvo noticia de que Bretón le había retratado en el protagonista de su comedia." No pudo saberlo allí, sino a su regreso a Madrid, puesto que la carta 8 de Enero prueba que no se había retrasado en su viaje.

Es risible lo que escribe Molíns respecto a las fechas del viaje de Larra; dice: "*Me voy de Madrid* fué representada el 21 de Diciembre de 1835, y el viaje de Larra por Portugal a Francia (fué a Inglaterra) se emprendió pocas semanas después (esto es lo que le conviene para su tesis). A los diez meses de ausencia, en Enero de 1836, regresó "Fígaro" de París."

Si "Fígaro" emprendió el viaje pocas semanas después del 21 de Diciembre de 1835, sería lo más pronto en Enero de 1836. ¿Cómo afirma que volvió en el mismo enero de 1836, después de diez meses de ausencia? Hay que estar loco para escribir esto.

El enojo de Larra fué cortés; tuvo un gesto superior digno de él. Consignan todos que sólo se limitó a no saludar a Bretón, y Molíns mismo dice: "En cuanto a Larra, oponía a todo un marcado desdén."

Pero era "Fígaro", y "Fígaro" era invencible en la polémica. Apenas tomó la pluma, sin necesidad de nombrar a Bretón, se vengó cumplidamente, clavándole el aguijón de su genio en el artículo "Literatura", inserto en *El Español* de 18 de Enero de 1836. En este artículo, después de examinar con extraordinaria lucidez nuestra literatura, termina diciendo:

Si nuestra antigua literatura fué en nuestro siglo de oro más brillante que sólida, si murió después a manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que componemos, toda de verdad, como de verdad es nuestra sociedad, sin más regla que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza, joren, en fin, como la España que constituímos. Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos a un libro: ¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Nos eres útil? Pues eres bueno. No reconocemos magisterio literario en ningún país, menos en ningún hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo; no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea

que asignamos al que quiera seguirnos una tarea más fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre; no le bastará, como al clásico, abrir a Horacio y a Boileau, y despreciar a Lope o a Shakespeare; no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Víctor Hugo y encerrar las reglas con Molière y con Moratín; no, porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderón, Molière al lado de Lope; a la par, en una palabra, Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Víctor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo a la expresión y nada a la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia y faro, por tanto, del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la época, de progreso intelectual del siglo.

Esto era la condenación de la obra de Bretón, y supone Molíns que éste lo entendió así, y que irritado de nuevo en su delicada susceptibilidad, aprovechó la aparente claudicación de Larra, que aparecía como diputado ministerial, e hizo su otra comedia, *La Redacción de un periódico*. Esta es una obra aun más floja que la otra. Una comedia bretoniana, hija de su musa juguetona, casquivana y superficial, que arrastra al poeta en su torrente de consonantes fáciles, chistes adocenados y versos vulgares.

Esta obra se estrenó el día 5 de Julio de 1836 en el teatro del Príncipe.

Empieza la obra en la administración de un diario moribundo, como todos los de la época, y no habría quien aguantase la tirada de versos en que nos explica la triste situación de la prensa.

Después viene el vulgar amor de don Agustín y Paula, la hija del director, que se opone, y quiere casarla a la fuerza con un primito. Es-

tando los enamorados en una dulce escena de quejas, protestas y juramentos, en la misma contaduría, delante del administrador, aparece el papá, y la niña ("se sienta en una silla que habrá al balcón y se pone a coser"). No puede ser más a propósito el sitio y la costura.



Marqués de Molíns.

El papá está que bufa porque el periódico va mal. Los suscriptores se borran, el correo viene lleno de anónimos insultándole, aparecen algunos suscriptores que se dan de baja. ¿No es esto interesante? Así es que calcúlese el efecto que le hará ver a la niña en su balcón.

“Vete, que aquí me incomodas,
y acaba esa traducción
del artículo de modas.”

Se va la niña a traducir, y el iracundo papá la emprende con “Fígaro”, que es don Agustín.

(Ahora, que a solas le cojo,
voy a descargar mi enojo
sobre el galán mequetrefe.)
Señor redactor en jefe:
el periódico está flojo.

El redactor, que tiene vergüenza, responde:

Por despedido me doy.
Reempláceme usted al momento.

DON TADEO

Mañana; acabe hoy su tarea.

DON AGUSTÍN

Bien; consiento.

DON TADEO

Abur; me voy a las cajas...

DON AGUSTÍN

Yo, a la Redacción.

DON TADEO

¡Canario!

Si no he de sacar ventajas,
yo buscaré un carbonario
que no se duerma en las pajas.

Siguen las vulgaridades de la actriz, que viene a quejarse de que le han llamado vieja, y despierta los celos de Paula, para dar lugar a una escena que acaba con protestas de amor.

Asistimos a la confección del número, a los apuros de falta de original, de quejas del regente y de los cajistas, y aparece el inevitable capitán, que exige una rectificación y amenaza con un duelo. Todo sigue así, tan entretenido, hasta que la niña se fuga con su amado. En el momento en que más desesperado está el papá, que para colmo de males se encuentra con que en lugar de un artículo que debía ser una apología del Gobierno, es una furiosa diatriba que ha enviado un suscriptor; pero, por fortuna, el número no llega a circular, el Gobierno le da una cantidad para destruir la edición y que cese el periódico, y hasta obsequia al redactor-jefe con una credencial, diciendo que “es un joven de mucho mérito”.

Todo acaba en alegría, en boda y en una letrilla muy mala, en la que expresa que si no hubiera tantas discultades con que luchar, con el público y la censura.

gran dicha fuera
ser periodista.

Don Agustín, en el que han querido ver a “Fígaro”, es el personaje más simpático del drama. Se ve en su sinceridad.

DON AGUSTÍN

Yo no sé si escribo bien;
pero escribo lo que siento.

Se ve también su superioridad y claridad de juicio.

¿Quién hace aprecio
de anónimos? Estos son
gajes del oficio.

Puede apreciarse su rectitud.

Yo a caprichos no me doblo
de un naranjo como él,
ni mis doctrinas inmoló
a cálculos mercantiles.

Hablando de él se dice:

“Es joven de mucho mérito.
Aunque el artículo es agrio,
está escrito, ¡vive Dios!,
con talento extraordinario.”

Además, “Fígaro” era casado, y el protagonista, soltero. En los amores que le atribuye, obra como persona leal y decente. Si el público pensó en “Fígaro”, fué porque en él, en el maestro, había que pensar al hablar de perfodistas. No podía disgustar de esta obra a “Fígaro” nada más que la mala intención de Bretón, si la tuvo, y la risa de los envidiosos y los necios.

La crítica también fué esta vez justa y severa con Bretón. El mismo Pacheo escribió:

“No hacemos ningún motivo de crítica al autor de la *Redacción de un periódico* por no haber presentado los diversos caracteres que el periodismo le pudo suministrar; desde luego conocimos que la índole de su genio le había de decidir por la comedia de costumbres risibles, un poco recargada, un poco episódica, débil quizás en cuanto a la acción, pero sin igual en la gracia, en la viveza, en el halago de los detalles. Concluiremos este artículo manifestando el sentimiento de que el don Agustín, el redactor en jefe, sea, en nuestra opinión, el personaje débil, cuando no equívoco del drama.”

En vista de esto escribe Molíns: “Tan severas y repetidas censuras, hechas por los mayores amigos de Bretón, y la frialdad del público hubieron, sin duda, de calmarle” (a Bretón). Es la lógica especial del buen Roca de Togores. Su lógica de siempre.

Además, Bretón tuvo muy buen cuidado de que no se creyese a esta obra alusión, y así en el anuncio de su comedia decía:

“PRINCIPE.—A las ocho y media de la noche, primera representación de la comedia nueva, en cinco actos, escrita en diferentes metros, titulada *La Redacción de un periódico*.

El autor no prevendrá el juicio del público acerca del mérito o demérito de la composición que anuncia; pero seále permitido advertir, para evitar toda alusión personal, que no se ha propuesto hacer el retrato, y aun menos la caricatura, de nadie, si bien ha procurado que haya verosimilitud en los sucesos y en los caracteres. En una palabra: no ha tratado de escribir un “drama histórico”, sino una comedia.” (*Gaceta de Madrid*, 5 de Julio de 1836.)

Por si esto no bastase, todos los días que la obra se representó (que fueron pocos) se anunció en idénticos términos.

Molins dice en una de sus páginas que Larra calificó esta obra de *Epigrama en cinco actos*, y en la página siguiente asegura que, merced a la intervención de buenos amigos, nada dijo "Fígaro" de esta obra ni de la titulada *El amigo mártir*, estrenada en Octubre de 1836. Esta es otra manifiesta inexactitud. ¿No conocía Molins la crítica, que no tardó en aparecer más que tres días después del estreno de *La Redacción de un periódico*, en *El Español*? Larra hace constar en este razonado artículo que "la posición personal en que con respecto al autor nos hallamos pudiese torcer, a los ojos del lector, el verdadero sentido imparcial de nuestras críticas o elogios. *La amistad es mal antecedente para la serenidad crítica*".

Pero es periodista, y está obligado a volver por los fueros de la prensa, y dice:

"Como periodistas que somos y hemos sido, y en eso compañeros del autor, así periodista como poeta cómico, una sola observación general no podemos perdonar."

"¿Dónde ha visto el señor Bretón esos gobiernos que nos pinta? ¿Y dónde, también nos preguntamos, esos periodistas tan bajos y tan...? ¿Qué Redacción es esa donde no hay una persona decente? ¿Dónde la hija del editor vive con los redactores?"

Pero lo que importa a "Fígaro" es hacer la defensa del periodista ministerial.

"Entre los periodistas, concluiremos declarándole que hay de todo, como en las demás clases: hombres que se venden, hombres que no se compran, hombres de mala fe por pasiones viles, hombres de partido y de buena fe, hombres incorruptibles, defensores de los derechos del pueblo, hombres que defienden al Poder por convencimiento, y hombres que ni reconocen miedo ni precio, hombres que no admiten ni admitirán nunca destinos del Gobierno ni promesas de los partidos, hombres, en fin, que tienen hartos orgullo, fundado o no, para escribir otra cosa que lo que sienten."

Y hace notar que él no tiene nada que ver con esa obra.

"Sabemos que el señor Bretón no ha tratado de ofender a nadie, y eso, claro, se echa de ver en el pulso con que toda la comedia está escrita; pero si quería huir de semejante riesgo, pudiera haber puesto por título a su comedia no *La Redacción de un periódico*, sino *El periodista venal*. Entonces se hubiera visto que así pintaba a los que así son, y no hubiera resultado ese colorido falso y ofensivo a toda la clase en general."

Acaba:

"Volvemos a pedir perdón al autor por la observación que hemos creído necesario hacer; fuera de esa; que acaso será delicadeza extremada nuestra, no tenemos valor sino para reconocer las bellezas que le son naturales ya en sus escritos. Por lo que hace a los efectos, si más hay, encuéntrenlos otros; por hoy renunciamos a ese derecho."

Hay que tener en cuenta que el enojo de Larra y Bretón apenas duró un mes después de la vuelta de "Fígaro". Esa reconciliación tuvo lugar el 30 de Enero de 1836; de manera que es cierto que Bretón no quiso aludir a "Fígaro" en su obra, y éste hizo la crítica de ella, y no obedeció su pasado disgusto para hacer o dejar de hacer la de *El Amigo mártir*, tanto más cuanto que antes de estrenarse estas dos obras ya había hablado de *Catalina Howard*, que fué anterior, en Marzo del mismo año; si bien no nombra al traductor, consigna que "la traducción es mala y ha sido mal puesta en escena".

Pero quizás más que la crítica ésta, sentiría Bretón los elogios que, como traductor de *vaudevilles*, le dedicaba "Fígaro" pocos días antes en su artículo de *Las traducciones*. Molins comenta:

"Parece que aún no había olvidado Larra la pieza de circunstancias, *El plan de un drama* y la lectura de sonetos, en que no se le dió participación."

Ya sabíamos que no podía tenerla no habiéndose aún inventado los aeroplanos para venir de París. Yo creo, por el contrario, que el que no había olvidado la lectura de su drama era Roca de Togores. (Seguía oyendo dar las doce.)

Pero veamos lo que hay de cierto en lo referente a la reconciliación de Larra y Bretón. Tenemos dos versiones distintas: la de Ferrer del Río y la de Molins.

Está bien claro que tenemos motivos para no creer nada de lo que este último ha escrito respecto a "Fígaro". Veamos, sin embargo, su versión:

Había a la sazón en lo que se llamaba Huerta de Bringas, última manzana entonces a la izquierda saliendo por la calle de Fuencarral, donde están ahora la casa del duque de Vista Hermosa, de don Fermín Lasala, etc., un ameno jardín público y una bien abastecida fonda, establecimiento que se llamaba Jardín de Apolo, en donde cabalmente pasa parte de la acción de *El amigo mártir*, comedia que se representó el 10 de Octubre de 1863, poco después del suceso que vamos a referir.

Allí, por invitación mía, y con pretexto de celebrar que a Bretón se le hubiese conferido la plaza de bibliotecario segundo de la Biblioteca Real, merced a la propuesta del duque de Rivas y el decreto de 18 de Julio del mismo año, se reunieron muchos de los escritores más aplaudidos del público y, sobre todo, más deseosos de traer a un honroso acomodamiento a los dos adversarios. Eran tantos los concurrentes, que no había por qué tomar frialdad, ni menos forzoso roce de quien no quisiera tenerlo con algún otro; era tanto también el deseo de todos de contribuir a la reconciliación de los dos amigos, que no se necesitaba de gran esfuerzo para lograrlo.

Yo (y siento tener que usar el egoísta pronombre), al cabo, como anfitrión, hube de romper la marcha en los brindis, e improvisé (aún estaba en edad que se improvisa) uno, de que ni puedo ni quiero acordarme..., tan detestable era...; pero... jamás he hecho ninguno mejor, a juzgar por los efectos..., dudo si escrito o dicho, algo que merezca ser registrado por la historia; de aquello tomó nota la caridad.

Sólo recuerdo que invitaba a todos a la paz... con versos mal corregidos por la mente, pero con aspiraciones bien arraigadas en el corazón y, sobre todo, muy en armonía con los sentimientos de los oyentes, que éste es el secreto de muchos triunfos oratorios.

Luego he podido recordar este brindis; era una quintilla que, poco más o menos, decía así:

Amigos, hermanos, brindo
porque Dios, en este día,
colme la esperanza mía
y trueque en el sacro Pindo
el rencor en simpatía.

Callaron todos..., mirábanse unos a otros y paseaban sus miradas de Larra a Bretón y de Bretón a Larra. Al cabo, Ventura de la Vega, que estaba frente a mí, y que tenía a su derecha a "Fígaro", con acento conmovido y con aquella elocuentísima expresión, en la que nadie le ha igualado, se levantó y dijo:

Dios oiga tu voz, Mariano;
todo rencor se deseche;
el vate es del vate hermano;
si hay quien alargue la mano,
yo sé que habrá quien la estreche.

No se había sentado aún cuando Bretón se levantó. ¿Quién podía en aquel tiempo atajar su vena fácil, puesta a prueba?—y dijo, mirando a Larra:

No aguardo a que tú comiences;
quédese el rencor odioso
para enemigos vascuences.
Yo te vencí rencoroso,
tú, generoso, me vences.

Levantáronse ambos y corrieron el uno al otro y abrazáronse, entre el aplauso de todos y (también hay que decirlo) las lágrimas de ternura de algunos.

Ferrer del Río dice: "Larra no saludaba a Bretón de los Herreros, y éste imitaba su conducta. Habían transcurrido semanas, y sus mutuos amigos no avanzaban un solo paso que a la reconciliación condujese. Aquella situación no se podía prolongar demasiado, pues, azortu-

nadamente, en España hacen los escritores vida más común y afectuosa que en otros países: desconocen, por lo general y casi sin excepción alguna, los accesos de la ruin envidia; acaso les impulse a veces noble emulación, competencia honrosa; nunca se doblan al yugo de rivalidad enconada. Dirigía a la sazón los teatros de Madrid el inolvidable Grimaldi, amigo y consejero de todos los poetas; había sido por aquel Carnaval uno de los empresarios de Oriente; dispuso en uno de sus salones un convite, a que asistieron el barón Taylor, Carnerero, Vega y otras personas de letras: Bretón y Larra figuraban como héroes de la fiesta; ni se hicieron un saludo ni se cruzaron sus miradas; Grimaldi los colocó en opuestos lados; empezó la comida, y durante toda ella giró la conversación sobre asuntos indiferentes; al llegar la hora de los postres y del Champaña se propuso un brindis, y Ventura de la Vega dijo con su simpático acento:

El odio y rencor insano
del corazón se deseche;
el vate es del vate hermano;
si hay quien alargue una mano,
yo sé que habrá quien la estreche.

Como si obedeciera a magnético influjo se puso en pie Larra y tendió su mano; Bretón, con las lágrimas en los ojos, improvisó la siguiente quintilla:

No aguardaré a que comiences;
quédese el rencor odioso
para enemigos vascuenses.
Yo te vencí rencoroso;
tú generoso me vences.

Se estrechaban después fraternalmente y vertían tierno llanto, y lloraban Grimaldi, Taylor, Carnerero, Vega, y lloraban todos. Al concluir tan cordial escena se repetían los brindis con sabrosos vinos.

Dice: "Habían transcurrido semanas y aquella situación no podía durar mucho."

Además habla de que el banquete fué con motivo de haberse quedado Grimaldi con la empresa de teatros y bailes de máscaras. Además dice, y es lógico creerlo, que el banquete lo dió Grimaldi, y no fué Molíns el anfitrión, ni es tampoco en honor de Bretón de los Herreros, cosa muy lógica, porque entonces es de suponer que no hubiese asistido "Fígaro", como deduce el ilustre Cotarelo.

Molíns hace pasar la escena en el *Jardín de Apolo*, el cual ha descrito "Fígaro" en su artículo *Jardines Públicos*.

El jardín de Apolo, sito en el extremo de la calle de Fuencarral, no goza de una posición tan ventajosa; pero una vez allí el curioso reconoce en él un verdadero establecimiento de recreo y diversión. Domina a todo Madrid, y su espaciosidad, el esmero con que se ven ordenados sus árboles nacientes, los muchos bosquetes enramados, llenos por todas partes de mesas rústicas para beber y que parecen nichos de verdura o verdaderos gabinetes de Flora; sus estrechas calles y el misterio que promete el laberinto de su espesura, hacen deplorar la larga distancia del centro de Madrid a que se halla colocado el jardín, que será verdaderamente delicioso en creciendo sus árboles y dando mayor espesura y frondosidad.

Pero, según Ferrer del Río, tuvo lugar en uno de los salones de Oriente. Asistieron, además de los literatos españoles, el barón Taylor, amigo de Larra, como sabemos, lo que hace casi obligatoria la presencia de éste. Tampoco menciona el brindis de Molíns, que debió oír, puesto que era de los comensales. Hay que tener en cuenta, como dice un notable crítico, que Ferrer del Río escribía cuando estaban recientes estos sucesos, y Roca de Togores cuando ya no había quien lo desmintiese.

Por fortuna, el laborioso y culto investigador de la obra de "Fígaro", don Ismael Sánchez Esteban, pone fin a estas dudas con el hallazgo de un periódico de la época que me facilita, el cual hace el siguiente relato del suceso: Dice así:

La reconciliación se verificó el 30 de enero, porque *La Revista Mensajero* publicó en su número 337, correspondiente al 31 de dicho mes, con el título de "Noble reconciliación", el artículo siguiente:

Ayer dió un convite D. Juan de Grimaldi a varias personas notables por su posición social y por sus talentos, al que asistían igualmente extranjeros de distinción, entre ellos M. Taylor, acreditado literato, autor de un importante viaje pintoresco de España y comisario regio del teatro Francés, de París. Al hacer mención de este convite llevamos el objeto de referir un incidente ocurrido en él, por la prueba que ofrece de que los hombres de mérito se honran cuan-



Salón de Oriente.

do se dan muestras de mutua estimación y se desentienden de rencillas que únicamente deben dominar en almas mezquinas y apasionadas.

Después de varios "brindis" de recíproca cortesanía y de otros a la "libertad", al "progreso de las buenas ideas", a la unión de los "pueblos civilizados", etc., D. Ventura de la Vega, poeta de mérito bien conocido, se puso en pie, y, llamando la atención de los circunstantes sobre la especialidad del motivo, recitó la siguiente quintilla:

El rencor y el odio insano
del corazón se deseche;
el vate es del vate hermano;
si hay quien alargue una mano,
yo sé que habrá quien la estreche.

Hubiera podido suceder que no se entendiese a qué aludían estos versos, si apenas concluidos no hubiesen visto los presentes levantarse en uno de los ángulos de la mesa a D. Mariano José de Larra (el ingenioso y crítico "Figaro") y en el opuesto a D. Manuel Bretón de los Herreros (tan estimado por sus producciones y tan fecundo como autor dramático).

Ambos prorrumpieron la distancia que los separaba, y acercándose uno a otro se dieron los brazos, prorrumpiendo el Sr. Bretón, con delicada y honrosa sensibilidad, en otra quintilla, concebida en estos términos:

No aguardaré a que comieuces;
quédese el rencor odioso
para enemigos vascuences.
Yo te vencí rencoroso;
tú generoso me vences.

Fué general la agradable impresión que produjo esta noble reconciliación de dos sujetos tan

apreciables, que (según hemos oído) se habían contrapunteado por motivos que no debemos revelar, pero que son, de todas suertes, bien insignificantes si se comparan con el aprecio que mutuamente deben profesarse dos jóvenes de sentimientos tan patrióticos y que forman uno de los principales ornamentos de nuestra literatura. Los hombres que valen, en cualquier línea que sea, deben vivir amigos y unir sus esfuerzos para combatir a los adversarios de la paz y de la ilustración de la Patria.

Quedaron, pues, reconciliados Larra y Bretón en 30 de enero de 1836. Cinco meses después de esto se estrenó, el 5 de julio de aquel mismo año, la comedia, de Bretón, "La Redacción de un periódico".

Y no parece por ninguna parte el brindis que improvisó Molíns, sin duda, muchos años más tarde.

¿Pero no sabía el marqués de Molíns que se habían publicado estos relatos?

Es pueril este afán suyo de ser el personaje principal en todo, de intervenir en todo, y esto es lo que le hace caer en tantas inexactitudes, dando lugar a que la posteridad no pueda prestar fe a su obra.

Los críticos, en su revisión, han de encontrar esa lamentable parcialidad de Molíns contra "Figaro", la cual viene a agravar la de Bretón, cuya gloria empaña y cuyo proceder juzga severa la posteridad. En un libro, recientemente editado en París por la casa Hachette, en 1909, con el título de "Bretón de los Herreros y la sociedad española, desde 1830", por Georges Le Gentil, éste, que no es sospechoso de parcialidad contra Bretón, dice, después de censurar su proceder para con "Figaro":

"La posteridad le perdonará difícilmente el haber profanado con el escándalo una amistad antigua, fundada en la afinidad de los espíritus y fortalecida en el ardor de convicciones comunes."



Juan Eugenio Hartzenbusch.

DOLORES ARMIJO

La primera noticia que tenemos de la vuelta de Larra a Madrid es esta carta inédita que hallamos dirigida a sus padres:

Madrid, 8 de Enero de 1836.

Queridos papás: Dirán ustedes que he muerto, que no me acuerdo de ustedes... Nada de eso; pero desde mi vuelta no he tenido un momento mío, y no teniendo nada urgente que decir a ustedes, no quería escribir mientras no pudiese participarles buenas nuevas.

Me he mudado a la calle del Caballero de Gracia, núm. 21, esquina a la del Clavel, cuarto principal, donde tengo una espaciosa habitación, que ofrece cuantas comodidades puede apetecer para mí, y aun para ustedes, si se les ocurre, como pueden, venir un par de días o el tiempo que gusten a Madrid.

Sobre todo no deben olvidar que tengo en mi despacho una hermosa chimenea francesa bien nutrida.

Soy redactor de *El Español* con 20.000 reales al año y la obligación de dar dos artículos por semana. El primero de ésta ya ha visto la luz, y parece que sigo haciendo fortuna. No reciben ustedes este elegante periódico, el mejor indudablemente de Europa, porque sólo se extienden las suscripciones desde 1.º a 15 de cada mes. Desde el 15 lo recibirán ustedes. En el interín ahí va esa muestra para que si ustedes... (pedazo cortado) ...os ningún ejemplar. Sig... (pedazo cortado) ... para Delgado; de suerte que aco... (pedazo cortado) ... quedamos regularizaré mis envíos de dinero a ustedes, formándoles un sueldo al mes que pueda ayudarles a sufrir la mala paga de ese pueblo; en el interín no pierdo de vista la orden del gobernador civil, que espero remitir a ustedes en breve. Esa especie de sueldo no es sino una justa indemnización del adelanto que en el extranjero he tomado sobre fondos de ustedes y el gasto que necesariamente les ocasionan mis niños, sobre lo cual también creo que determinaré muy pronto, si es que pueden servirles a ustedes de molestia. Por el pronto siempre han de estar mejor ahí que conmigo.

Mi difunta no resuella; está muy unida a mi tía Isabel, y, por lo tanto, he desistido de ir a casa de...

¿Cómo está Cecilia? Mucho me acuerdo de esa pobre enferma. A Julia y Adela que sean buenos y les enviaré lo que les tengo prometido al mismo tiempo que envíe la maleta y los efectos que, como convinimos, pueden ser a ustedes más útiles que a mí. Como no tomo dinero en ésta hasta fin de este mes, extrañarán ustedes que no haya remitido dinero ~~televía~~; no me convenía en este momento tomar adelanto alguno, y ustedes saben que me quedaban del viaje muy pocos fondos disponibles. Escríbanme ustedes y cuenten con el cariño de su siempre agradecido hijo.

Esta carta tiene la particularidad de estar firmada con su nombre y apellidos, cosa que no hace nunca cuando escribe a su familia; y alguien, para reproducir su firma, la ha cortado, dejando en ella el hueco que hemos señalado.

Vemos por esta carta que "Fíguro se instala en la casa núm. 21 de la calle del Caballero de Gracia, que acaba de ser derribada por reflejo de las obras de la Gran Vía, y que se instala de un modo confortable, teniendo en su despacho una hermosa chimenea francesa bien nutrida. A propósito de esto hallo varios recibos, como el siguiente:

“Como viuda de D. Juan Guardia Gallegos he recibido del Sr. D. Mariano José de Larra la cantidad de trescientos y sesenta reales vellón, importe de quince días primeros del corriente mes, por habitación amueblada, que a razón de veinte y cuatro reales diarios le tengo alquilada en mi casa; calle del Caballero de Gracia, núm. 21, cuarto principal, inclusa la asistencia. Y para su resguardo lo firmo en Madrid a diez de Febrero de 1836.—*María de los Dolores Orcaya*, viuda de Guardia.”

El Español le da mil duros anuales, y él atiende, no sólo a su sostenimiento con decoro—no principescamente, como se ha dicho—, sino que también ayuda a su familia y al sostenimiento de sus hijos. En los capítulos correspondientes vemos su desenvolvimiento como periodista, su reconciliación con Bretón de los Herreros, su actuación en la política y sus luchas de escritor. Ahora, apartándonos de todo esto, vamos a perseguir su vida íntima, a seguir buscando su corazón.

El viaje no ha curado a Larra. En Londres ha sentido la frialdad de la gran capital, en la que se ve solo, sintiendo pesar sobre su espíritu toda aquella magnificencia; en París tiene amigos, visita todos los sitios notables, pero en vez de dedicarse a la diversión, a la molición, a hablar del bulevar y de las grisetas, como cualquiera de nuestros escritores vulgares, se desentiende del bullicio, de la alegría del París de aquel tiempo, lleno de teatrillos y de *music-halls*, y se dedica al trabajo; hace el texto del libro de Taylor, recuerda el francés, escribe artículos en ese idioma y vemos, por su propia descripción, que hace una vida arreglada, morigerada, económica. Su preocupación son sus obras, su trabajo, y no olvida a sus hijos, a sus padres y a sus amigos.

En vez de desentenderse de su esposa, la recuerda con una amargura no exenta de afecto, y trata de endulzar su situación, como se ha visto en la carta a Delgado.

Su carácter rectilíneo le hace querer cumplir su promesa al barón de Sant Marz. Se siente enfermo; pero ha ofrecido ir e irá a buscarlo si no le paga, cuéstele lo que le cueste. Esta prueba de decisión y de carácter se halla en toda su vida. Así, más tarde pensó en matarse y se mató.

Encuentra todos aquellos lugares del extranjero mezquinos; no son a propósito para su carácter y su estado de ánimo. Quizás si hubiera ido a Italia se hubiese podido curar, le hubiera dado optimismo esta tierra de arte y de pasión.

Pero su viaje no estuvo bien dirigido; no pudo permitirse descanso por no estar *frente a frente consigo mismo, que era lo peor que le podía pasar*, como dice en su carta de Londres, reconociendo que el aislarse con el propio pensamiento es sólo patrimonio de los dichosos o de los necios, que no se reconcentran jamás.

Su enfermedad primero, las dificultades del viaje después, todo hacía que volviere la vista a Madrid, y que la figura de Dolores, en vez de borrarse, se fuera delineando más y más, con contornos más perfectos, que la hacían más tiernamente amada, por aquello de que la impresión que produce pensar en la amada es superior a su presencia.

Así Larra volvió más doliente, más enamorado, más débil y más entregado a los delirios de su amor.

En este tiempo de su ausencia, Dolores había salido del convento y vivía con su tío D. Alfonso Carrero, que ocupaba el cargo de intendente en la provincia de Avila.

Que uno de los primeros cuidados de Mariano José de Larra fué tratar de acercarse a Dolores, de saber de ella, de hallar medios de comunicación, lo prueba la correspondencia inédita, de la que nadie ha sabido nada hasta ahora, que sostuvo con su amigo D. Ramón Ceruti. Había sido éste nombrado secretario del Gobierno civil de aquella provincia, y se conoce que Larra trató de hacerse amigo suyo y de intimar con él para que le sirviese de auxiliar.

Que habían precedido algunas entrevistas y averiguaciones respecto al paradero de Dolores por parte de Ceruti y “*Fígaro*”, lo prueba el que el primero haga

alusión a la imprudencia que cometieron al preguntar a un amigo del intendente en el *Mesón de los Huevos*, situado en la Concepción Jerónima, "si el intendente tenía una sobrina". Esto prueba, además, que Larra estaba desorientado acerca del paradero de Dolores, que ella no le había escrito, como pudo haberlo hecho.

Debió Larra buscar a Ceruti y tratar de intimar con él, cosa que halagaría a éste, sabiendo la fama de "Fígaro" y su influencia en la Prensa y en la política. Que no era antigua la amistad, lo indica la dirección de la primera carta que Ramón Ceruti dirige a "Fígaro", en la que en lugar de llamarle Mariano José le llama Joaquín Mariano.

Hay un sello en que se lee: "Gobierno civil de la provincia de Avila".

Avila y Enero, 26 de 1836.

Sr. D. Joaquín Mariano de Larra.

Mi muy amigo a quien quiero mucho: Llegué aquí a su debido tiempo y al día siguiente tomé posesión, por lo que fueron perdidas aquellas veinticuatro horas. En las siguientes vine a enterarme de mi oficio, y cuando volví a comer me encontré algunas tarjetas de ofrecimientos de casa, pero ninguna de su tío de usted. Al otro día hice algunas visitas de desquite y por la noche fui a casa de Mazarredo, donde hay regular tertulia. En una palabra, hasta el sábado a medio día no se dignó el tío visitarme, y era día de su santo, y tenía comida, refrescó y recibió máscaras por la noche; mas como la visita la hizo el mismo día por tarjeta, pues no me halló en casa, me pareció forzado ir por la noche, y así me abstuve hasta el domingo, que fui a las dos e hice mi visita de etiqueta. Estaban, y me recibieron tía y sobrina con suma amabilidad y obsequio, quejándose de mi etiqueta para no haber ido a las máscaras la noche anterior. A poco rato entró el tío y se explicó del mismo modo y me ofreció su mesa y su café sin etiqueta cuando gustase. Hablamos de política y se explicó según el sabe y le conviene, y yo le respondí por monoslabos amables e indiferentes; en fin, en obsequio de usted pastelee. Por la tarde hubo paseos de máscaras, en el que me uní con la sobrina, que ya iba acompañada del tío, del gobernador, del contador Balboa, del de Propios, Acilú, y de dos amigos; pero fuese por etiqueta hacia un forastero, por curiosidad de ver al oso o por sospecharse algo, me dió una preferencia amable y cortés, inspirándome alguna franqueza, de que no podía usar, visto los acompañamientos y escoltas, y ya desde que la visité me pareció notar ciertas miradas que ni eran sólo de curiosidad ni menos de capricho inspirado. Usted calculará lo que serían, mucho más si recuerda la imprudencia que tuvo en *El Mesón de los Huevos* cuando preguntó usted al tesorero si el intendente tenía una sobrina. Este tesorero es visita diaria de la casa y no deja de hablar mucho, mal y fuera de tiempo; a esto atribuyo yo las hermosas miradas de aquellos ojos árabes, y para concluir diré a usted que me ha prometido ser amiga mía, amiga y no más, cosa que a un joven lechuguino nada le acomodaría; pero a mí, corazón podrido, no me aflige y menos siendo incapaz de ser con usted más que otro "Fígaro", aunque no haga reír y corrija las costumbres...

.....
¡Adiós! Esta carta es muy larga, y quien escribe mucho a "Fígaro" se expone a amarga censura.

De usted todo amigo de veras.—Ramón Ceruti.

Fiándonos en la fecha de la carta se ve que Larra no había perdido el tiempo para informarse. Vuelve a ver surgir en esta carta la figura de su amada, siempre bella, rodeada de una corte galante y quizás no olvidada del todo de su cariño, puesto que aquella amistad graciosa y coqueta, aquella preferencia por Ceruti, parecen tener por objeto el saber que es amigo de "Fígaro" y ocultar un deseo contenido de que se hable de él. Siente "Fígaro" clavarse en su corazón *las hermosas miradas de aquellos ojos árabes*, y anhela, presa de mil ideas, la carta siguiente, que no se hizo esperar.

Avila y Enero, 30 de 1836.

Sr. D. J. M. Larra.

Mi amigo: Las máscaras no han dejado de dar alguna ocasión de intimar con *Rosina*, y aunque no muy larga, decididamente me suplicó no le hablase de usted. La interrogué el motivo y contestó no era porque usted la ha hecho desgraciada, pues eso no lo culpa una amante vehemente cuando la falta de su dueño es sólo de vehemencia, cosa que no ofende a un corazón ardiente, sino porque después usted ha procedido mal con ella. Traté de saber en qué y no hubo tiempo para responderme, aunque yo, en términos generales, defendí a usted con las generales

de la ley. Esta noche hay máscaras en su casa por ser día de Gloria, y algo adelantaré para otro correo...

Rosina, la noche de máscaras, me regaló un par de guantes suyos al ver que había perdido los míos; este es un compromiso de galantería, del que me es preciso salir airoso. Hágame usted el favor de mandarme al momento, por el ordinario del *Mesón de los Huevos*, media docena que estén bien a la mano ya conocida de "Fígaro" y que sean de diferentes colores, para no quedar mal. El importe, con toda franqueza, dígamelo usted para que por el mismo ordinario pueda yo remitírselo.

R. Ceruti."

Qué efecto causaría esta nueva carta a "Fígaro" podemos imaginárnoslo. Ella lo acusa de desleal; pero no le hace culpable de haber causado su desgracia, por-

que eso no lo culpa una amante vehemente cuando la falta de su dueño es sólo de vehemencia, cosa que no ofende a un corazón ardiente. Esto le da la idea de que es aún amado, aumenta su esperanza y enciende más su pasión. Puede considerarse con qué emoción va a comprar aquellos pares de guantes que han de ir a su mano, a aquellas manos *tan conocidas de "Fígaro"*, las manos adoradas, las que tantas veces ha besado, las mismas que habían de disparar la pistola que lo mató.



Belleza de la época. Marquessa de Villa García.

El sentía la necesidad de ir a Avila; quería verla, soñaba mil medios propios del romanticismo de la época para llegar misteriosamente, sin que nadie le viese, sin que ella pudiese negarse a la entrevista. Quería hablarle, sincerarse, volver a tener su amor. Debió en este sentido escribir a Ceruti, cuando éste, en la siguiente carta, que también retrata una reunión provinciana de la época, después de aumentar su interés con sus descripciones, de las palabras y de la belleza de *la sin par*, le

hace notar la imposibilidad de poder guardar el incógnito en una población pequeña, entre la malicia de la gente, en antecedentes ya, y le aconseja vaya francamente, con el pretexto de estudiar el arte.—

No cabe la menor duda, por todos los detalles, de que la mujer de quien se trata es Dolores Armijo. Ceruti la llama siempre, por prudencia, *La bella*, *La sin par* o le da el nombre de *Rosina*, por ser el nombre de la linda protagonista de *El barbero de Sevilla*, de cuya obra está tomado el pseudónimo de "Fígaro", que, según Hartzenbusch, es de origen catalán. Dice así la carta de Ceruti:

Avila y Febrero de 1836.

Sr. D. M. J. de Larra.

Queridísimo amigo: Aunque la recibí más tarde de lo que deseaba, agradezco mucho la contestación de usted a mis dos cartas, y más que todo *Las Buenas Noches*; estamos de acuerdo

en opiniones y previsiones, y así pudiera unirme a usted en, saber, gracia y oportunidad para escribir cuanto pienso.

En casa de la bella estaba yo cuando me llevaron el correo; era de noche, y sobre la mesa, que rodeábamos un gran número de concurrentes y *concurrentas*, incluso el tío y la tía, sólo alumbraba una mala vela de sebo, peor que la luz descrita por Gorostiza en boca de don Severo. Varios eran los que leían periódicos y cartas, y yo, que, entre otras, tenía en la mano la de usted, con *Las Buenas Noches* y *El Español*, abrí la distinguida epístola y dije a la sin par que a mi lado estaba: "¿quién ha de leer esta letra tan menuda con luz tan descomunal?", y cuando la hice fijar bien su vista la guardé en el bolsillo. Concluido el acto, que, como usted conocerá, no fué largo, teniendo sobre mí los bolsillos, pues también en Avila usamos esta moda, enseñéla las impresas *Buenas Noches*; ella hizo un movimiento fuerte de sensación, me clavó sus ojos divinos con mucho interés (no hay que encelarse) y los volvió a bajar pensativa, y pensativa quedó el resto de la *soirée*, habiendo estado antes muy amable y muy jovial. Como la gente era mucha, y toda reunida, no pudimos hablar hasta la despedida, en que le prometí para la noche siguiente prestarle las *Buenas Noches*, cosa que verifiqué sin falta, y aún no me las ha devuelto, lo cual no será por grosería, cuando nada le cuesta responder *téngalas usted muy buenas*.

Ayer tarde pude, de prisa y corriendo preguntarle si había leído la *letrilla* de *El Español*, y me dijo que sí, añadiendo *buen hipócrita es*, y yo le respondí agraviaba mucho a usted. Hoy también pude preguntarle cuáles eran las quejas que contra usted tiene, y respondió: "Muchas, muchas." Dígame usted una siquiera, le repuse. "Es hombre que apenas recibía un favor mío iba al café y a las tertulias a contarlo."

Aquí de mi prudencia. Tomando un tono grave y sentimental contesté: No sé cómo pueda ser cierto lo que a usted le han dicho, pues a mí, ahora que todo casi ha concluido, por más que le he instado en muchos momentos de curiosidad, siempre se me ha presentado con un misterio propio del tiempo de Cervantes. Aquí concluyó la conversación, por no permitir más la parentela; y vamos a otra cosa.

Pido a usted mil perdones porque me tomé la franqueza de encargarle unos pares de guantes; creí escribir a un amigo sin ceremonia, en virtud de nuestro reciente convenio de duplicada alianza; pero al ver que usted no quiere venir a vivir en mi casa, temeroso de hacerme grave perjuicio en los gastos, conozco lo ligero que fui yo al usar primeramente de franqueza.

Sin embargo, todo bien pensado, usted no tendrá miedo de que haga bancarrota; y si viene aquí vendrá a mi casa, a menos que mi amistad no le interese.

Pero por venir a mi casa no puede ser misteriosamente, como usted quiere, pues como posada viven muchas personas, y me visita diariamente una que conoce a usted personalmente: es don Domingo Acilí, contador de propios, muy buen chico, pero que no está en el misterio. Tampoco puede usted ir a otra casa y estar oculto, pues aquí a los cinco minutos se sabe la llegada de cualquier hombre de camisa limpia, y en la clase de empleados muchos conocen a "Fígaro", que no puede ocultarse. Tampoco llegaría usted en tiempo de máscaras, porque hoy que contesto, sin pérdida de correo, y no como usted, es miércoles, y muy de prisa había de salir para llegar antes del martes de Carnaval; y visto cuanto de este sumario resulta, soy de parecer venga usted francamente autorizado para registrar manuscritos históricos al Escorial, Segovia y Avila, y pasaremos más de dos días juntos. Si viene usted de otro modo, espantará la caza y nada más adelantará que desde la calle de la Montera...

R. Ceruti.

La *letrilla* inserta en *El Español* de 3 de Febrero de 1836 que Larra envía a Ceruti a Avila y que éste da a leer a Dolores es la intitulada *Recuerdos*, que Larra fechó en Lisboa en Mayo de 1835, y no figura en sus obras completas. Reproducimos algunas de las apasionadas estrofas que no merecieron más comentario de aquella mujer tan tierna y fervientemente adorada, que las tres palabras que Ceruti transmitió a Larra "Buen hipócrita está".

.....
 Nube de dolor envuelve
 Su frente altiva y rugosa,
 Y en firme actitud parece
 Ser el genio de las olas.

.....
 Tan presto un hondo suspiro
 De su corazón rebosa,
 Como a sus trémulos labios
 Sonrisa amarga se asoma.
 Al fin lanza de su pecho

La voz destemplada y ronca,
Y así al Tajo, que le escucha,
Con triste acento apostrofa;

"Río Tajo, río Tajo,

El de la corriente undosa,
El de las arenas de oro,
El que padre España nombra;

"Tú me viste más felice

Que infeliz me ves ahora;
Aún no pasaron seis lunas
Y pasó mi dicha toda.

"Risas y juegos y amores
Me tejían la corona;
Mas era de flores leves
Que un leve soplo deshoja.

"Y hoy más lágrimas ardientes
De mis pobres ojos brotan
Que turbias ondas revuelves
Contra el muro de Lisboa;

.....
.....

"Si lusitanas bellezas

Mi muda lira provocan,
Si el tributo le demandan
De admiración amorosa;

"Díles ¡ay! que ya tan sólo
Ecos de dolor entona
Para amores y placeres;
Que sus cuerdas yacen rotas;

"Díles que errante y perdido
El vate infeliz se arroja
Al mar, maldiciendo acaso
La misma patria que adora;

.....
.....

"Díles que tan sólo un voto
La amistad para ellas forma:
¡Plegue a Dios que no amen nunca
Las que aún el amor ignoran!

"¡Plegue al cielo que en su vida
Las haga el amor dichosas!
Que son del amor las dichas
Más amargas que las ondas.

"Como ellas también volubles,
Como ellas, halagadoras,
Pérfidas también como ellas,
Y como ellas azarosas.

"Esto díles, y en tu curso
Si ha de ser mi última hora,
Haz que tus ondas me traigan
El nombre de mi señora."

.....
.....

Y con la tormenta el vate
Confunde su voz sonora,
Y en su último acento se oye
El nombre de su señora.

.....

Aquí volvemos al terreno de las conjeturas mezcladas a los hechos sobre los que estos papeles dan luz.

Larra hizo el viaje inmediatamente después de recibir la carta de Ceruti. Este viaje, del que no habla ningún biógrafo, debió hacerlo con el mayor secreto posible, pero no tuvo el resultado apetecido. Hay entre sus papeles un borrador sin fecha, escrito en Avila y dirigido a D. Alfonso Carrero, en el que "Fígaro" hace protestas de que no ha ido a esta ciudad con más objeto que el de estudiar el arte, como iba a otros puntos de la península y de que siente haber turbado la tranquilidad de su amigo y de su familia, ofreciendo hasta el sacrificio de su ausencia, si es preciso.

Hay en este manuscrito una alusión *al acontecimiento desgraciado*, que reunió a la familia de Carrero *una persona demasiado apreciable a sus ojos*.

Esto y el saber que cuando estuvo en Badajoz estaba allí Carrero con esa persona da aún mayor luz en el asunto. A raíz del escándalo promovido por enterarse el esposo de Dolores de sus amores con Larra, sobrevino su separación y ella debió irse a vivir con su tío, que exigía un severo respeto. No niega "Fígaro" en ese escrito su amor y las relaciones que con Dolores lo han unido, asegura que aunque ella haya dado o no oído a calumnias, su memoria le es *demasiado grata para que dude en hacer los mayores sacrificios por ella*.

Como en todas ocasiones su natural noble y leal se revuelve contra la gente chismosa y mal intencionada que se mezcla en su vida tan arbitrariamente. Se ve

el comadreo de la ciudad, de las gentes graves alarmadas en nombre de la moral, de toda esa barrera oficiosa de prejuicios que alza dificultades entre ellos. No le han dejado ver a Dolores, su viaje es inútil. ¿Por qué toma alguien el papel de protector de aquella mujer que él adora y que será el primero en defender si lo necesita? "No sé quién pueda tener más derechos que yo a mirar por el honor de su sobrina", exclama con arrogancia. Y acaba ofreciendo una entrevista franca y leal.

He aquí ese borrador:

Sr. D. Alfonso Carrero.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio. Por el amigo Acilu he sabido, con gran sentimiento mío, que mi viaje y la falta de explicación entre nosotros ha podido turbar el reposo de su familia.

Eso me es muy doloroso: desde el acontecimiento desgraciado que reunió a su familia de usted a una persona demasiado apreciable a mis ojos, procuré que mi conducta fuese lo más delicada posible; al pasar por Badajoz no tuve otra causa que esa misma delicadeza para no usar siquiera de sus ofrecimientos y cortesía. Tanto en aquella ocasión como en ésta, en que un objeto artístico me ha traído a Avila (como me llevará sucesivamente a otros puntos de la Península), cuidé mucho de no dar lugar a la menor queja de parte de usted, y por más violencia que me haya costado y que me cueste ni he desmentido ni desmentiré nunca el respeto que profeso a usted y a otra persona que me es harto cara.

Dando ya por concluidas y aun olvidadas relaciones de tan triste recuerdo, creí que la conducta mía bastaba para tranquilizar a todos; pero puesto que me he equivocado, y puesto que la pequeñez de este pueblo le parece a usted un motivo más de cautela, que en poblaciones más grandes no existiría, no tengo el menor inconveniente en avistarme con usted y las personas de su familia que juzgue conveniente para convenir amistosamente en los medios que por mi parte pueda poner para evitar a usted en lo sucesivo nuevas inquietudes.

Tengo, señor de Carrero, muy buen concepto formado de usted y de su buen talento, y háyase portado conmigo su sobrina como se haya portado, haya dado o no oídos a calumnias, su memoria me es demasiado grata para que yo dude ni un solo momento en hacer por su tranquilidad el sacrificio de mi ausencia, si ésta puede serle necesaria, por más que usted convenga conmigo en el poco derecho que a nadie le asiste para exigirlo de mí.

Siendo este asunto tan delicado, no puedo menos de extrañar que extraños en él se quieran dar el aire de protectores de su familia, la cual seguramente no necesita protección de nadie teniéndolo a usted por cabeza y siendo yo su mejor amigo; su conducta no puede tener más objeto que aparentar una franqueza y unos derechos que no pueden existir; no sé quién puede tener más derecho que yo a mirar por el honor de su sobrina. Por lo tanto, suplico a usted que ninguna otra persona, excepto el señor de Acilu, que tan de buena fe nos ha puesto en comunicación, tenga que ver en este asunto, por el mismo honor de ustedes, y esperando sus órdenes, la hora y punto en que podré avistarme con usted, tengo el honor de repetirme su muy...

Una carta de D. Alfonso Carrero que debe ser contestación a la copia del borrador indica la fecha del 17 de Febrero y dice así:

Sr. D. Mariano José de Larra.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Su atenta carta de usted no hace más que confirmarme la justa y apreciable reputación que merece. Ni yo he creído jamás encontrar en usted las ideas rastreras que prostituyen a un hombre y que lo proscriben de la sociedad de los sensatos y del círculo del pundonor.

Lícitamente necesitamos hablarnos; todo lo exige. Lleno de dolor y lleno de lágrimas, aún no he serenado mi agitado espíritu; de nuestra entrevista nacerá la calma, y acaso yo podré optar al título de amigo de usted con que siempre me honraré. De esta suerte, a las cuatro en punto de la tarde me hallaré en la plazuela de San Vicente, y continuaremos el paseo. Ofreciéndome a usted en tanto suyo afémo,

q. b. s. m.,

Alfonso Carrero.

¿Cómo sería ese paseo de dos hombres sinceros, en una de esas tardes de nieve y de sol tan frecuentes en los inviernos de Avila? Aquellas calles silenciosas, en

cuesta, la Alameda, el Paseo de los Conventos de Teresa de Jesús, el misticismo romántico que impregna la ciudad, los huertos de violetas, él pensando en ella que concurría a esos paseos, tratando de hallar la huella de su mirada en todas las cosas, como si aquellos ojos debieran penetrarlas de luz; tratando de hallar su silueta; feliz en el fondo por respirar donde Dolores respiraba y por saberla llena de inquietud pensando en él.

Aquella entrevista debió de ser muy sincera, "Fígaro" debió llorar, debió mostrar todo su dolor, porque el tío de Dolores no sólo lo compadeció y le hizo justicia, sino que se sintió arrastrado por la más viva simpatía para darle la razón, y ofrecerle de nuevo su amistad. Parece colegirse de todo esto alguna nueva coquetería de Dolores; alguna nueva traición.

Después de esta entrevista Larra más triste, más enfermo, más desesperado, volvió a emprender el camino de Madrid.

Luego hay sólo una carta escrita tres días después por Ramón Ceruti, que debió quedar en bastante mal lugar con el intendente y la familia de Dolores y que trató de justificar con un artículo el viaje de "Fígaro". Aunque le promete hablarle de este asunto no lo hace. Se conserva una larga correspondencia suya dirigida a Larra, pero ya es toda sobre política.

Avila, 20 Febrero.

Sr. D. M. J. de Larra.

Mi muy amigo: mucho celebraré su buen viaje y mejor recibo en esa del que tuvo en esta.

.....
También remito a usted el articulito sobre la venida y salida de usted de Avila: le he puesto C prohijando la producción, porque en boca mía suena esto mejor...
.....

A Borrego escribo sobre elecciones y haberse cerrado los Conventos. Estoy en el mismo caso con tío y sobrina: apenas he tenido tiempo para hablar con el diplomático, pero esta noche estamos citados y charlaremos largo; le daré a usted cuenta...—R. Ceruti.

¿Quién es este nuevo personaje, este *diplomático*? ¿El nuevo *flirt* de Dolores? Sin duda fué "Fígaro" el que a raíz de su desdichado viaje le impuso silencio a Ceruti sobre todo esto, y no se sabe nada más.

Que "Fígaro" se había portado noblemente en medio de las desdichas de aquel amor imposible de legitimar, que había sido víctima, que había puesto todo su corazón en él, lo demuestra el que D. Alfonso Carrero le escribe un mes después pidiéndole un favor, y que "Fígaro", aun a trueque de parecer poco generoso, deja escapar toda su amargura en una queja doliente y sincera, ante aquel hombre que conoce todas las intimidades y ante el que no podría hablar "de la persona que más indignamente se ha portado con él y a la cual sigue amando", de no ser cierto lo que afirma.

Sr. D. Alfonso Carrero.

Muy señor mío y mi apreciable amigo: Varias razones han impedido que yo me apresurase a escribir a usted: primero, el mal estado de mi humor; segundo, el deseo de que usted siguiese viéndome en mi conducta la misma delicadeza que le he ofrecido, que siempre tuve y que en mí será eterna. Por otra parte, confieso francamente que no me atrevía a dar asenso a sus protestas de amistad y que tuve momentos de creer que eran hijas del deseo de apartarme de Avila.

En la actualidad, que su carta de usted me prueba que puedo ser útil a usted, me apresuro a contestarle que las seguridades que de mi amistad le di eran francas, y que si hasta ahora no le he dado prueba ninguna es porque creí que no debía dárselas sin nueva comunicación.

Voy a emplear cuanto valgo y puedo en favor de usted, y espero que podré darle presto buenas nuevas de su solicitud; confieso que sólo por usted lo haría, pues por mí mismo no he pedido ni haría ánimo de pedir nunca nada. Si puedo ser útil a la familia de la persona que más indignamente se ha portado conmigo, si tengo la fortuna de hacerle a usted y a ella un favor de cualquier especie que sea, quedaré completamente vengado.

Perdóneme usted si una esperanza largo tiempo alimentada y tan ridículamente muerta dan a mi expresión una acrimonia de la que usted no es digno.

Deseo que usted se tranquilice y domine sus disgustos como yo procuro hacerlo con los míos, y voy a emplear en dar cumplimiento a los deseos de usted todo el celo y toda la prudencia de que soy capaz. Avíseme usted prontamente del resultado.

Nada me agradezca usted, pues sólo desea ocasiones de poderle ser útil a usted su afectísimo amigo y s. s., q. s. m. b., *M. J. de Larra*.

Ya las únicas relaciones de "Fígaro" con la familia de Dolores, de que tenemos noticias después, son una carta de D. Alfonso, fecha 17 de Junio de 1836, en la que se le ofrece agradecidísimo reconociendo su caballerosidad y se brinda a ayudarle en su elección de diputado por Avila, y otra en la que le ruega le recomiende en la vacante de la Intendencia de Extremadura, aunque teme abusar de la bondad de Larra.

Ya en todas las demás sólo le habla de política, y en una fechada en 2 de Julio le dice que sus amigos salen en todas direcciones a trabajar la elección de "Fígaro", que, como sabemos, se presenta diputado por Avila.

Sin duda Larra se había sentido feliz con esto, que le haría estar más en comunicación con sus amigos y tener un medio más de hacer llegar su nombre a los oídos de Dolores; pero él no volvió a Avila, ni como candidato, pues así lo revela su correspondencia y el que le remitiesen a Madrid el acta.

Que "Fígaro" debía de estar despedido, lo prueba la crítica que hace de *Antonay*, de Dumas, en Junio de aquel mismo año, y en la que arremete contra las mujeres casadas que faltan a sus deberes, siendo este precisamente el caso de Dolores.

En la literatura moderna ya no se dan padres ni hijos; apenas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales que se incomodan mutuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestión en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios: es principio irrecusable, según parece, que una mujer casada debe estar mal casada, y que no se da mujer que quiera a su marido. El marido es en el día el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor a quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa. ¡Infelice! ¿Hay suerte más desgraciada que la de una mujer casada? ¡Vea usted, estar casada! ¡es como estar emigrada, o cesante, o tener lepra! La mujer casada en la literatura moderna es la víctima inocente aunque se case a gusto. El marido es un tirano. Claro está: se ha casado con ella, ¡habrá bribón! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! ¡pícaro! ¡Luego el marido pretende que su mujer sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la mujer, porque el poeta tiene la alta misión de reformar la sociedad. La institución del matrimonio es absurda según la literatura moderna, porque el corazón, dice ella, no puede amar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos.

Sin embargo, hay un momento en que se contradice:

Nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones; desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo: concebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho de una mujer, aun faltando a su deber: convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasión que no comprende, suele no ser capaz del mérito que granjea una mujer aun sucumbiendo después de una resistencia no menos honrosa por inútil: establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso excepcional de una mujer que se halla realmente bajo el influjo de una pasión cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer sublime hasta en el crimen mismo, y el caso de multitud de mujeres que no siguen al atropellar sus deberes más inspiración que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos: ¿quiere más concesiones el autor? Pero semejantes casos son para juzgados en el foro interior de cada uno: queden sepultados en el secreto del amor o de la familia. Porque

desde el momento en que erija usted ese caso posible, solamente posible, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una mujer faltando plausiblemente a su deber, y apoyándose en la naturaleza, se expone usted a que toda mujer, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante: desde ese momento la mujer más despreciable se creará autorizada a romper los vínculos sociales, a desatar los nudos de familia, y entonces adiós últimas ilusiones que nos quedan, adiós amor, adiós resistencia, adiós lucha entre el placer y el deber, adiós diferencia entre mujeres virtuosas, criminales, y mujeres despreciables. Y, lo que es peor, adiós sociedad, porque si toda mujer se creará Adela, todo hombre se creará Antony, achacará a injusticia de la sociedad cuanto se oponga a sus apetitos brutales, que encontrará naturales; en gustando de una mujer, dirá: *Yo tengo una pasión irresistible que es más fuerte que yo.*

Tal vez si estando en este estado de ánimo Dolores hubiese permanecido ausente, "Fígaro" se hubiese salvado; pero Dolores vuelve a Madrid; se deduce de una carta de Ceruti, en que le ruega vea al intendente, que ya ha salido de Avila, y la pasión fatal se aviva con su proximidad. Desde este momento, el dolor y la desesperación irán tejiendo sus hilos entre los hilos de oro que constituyen la trama de los luminosos artículos de Larra; le irán labrando su sudario.



EL POLÍTICO

Confieso ingenuamente que si hay algo que me consuele de la prematura pérdida de Larra, es el que su muerte le librase de convertirse en un político... como los demás.

No es aventurado pronosticar que a pesar de su talento, de su carácter ecuánime, de su personalidad robusta y bien formada, él no hubiera podido modificar la política española ni cambiar el estado de cosas existentes, que han continuado y continúan. Se hubiera plegado a los convencionalismos, se hubiera amoldado al medio, hubieran caído deshojadas una a una sus hermosas rebeldías; sus aspiraciones románticas se hubieran hecho sensatas, su ardor habría tenido freno, y hasta el amargor de su pesimismo se hubiera templado en la comprensión que dan los años y la experiencia. Su hermosa figura se hubiera deshecho, como tantas otras de su época. ¡Bienaventurado él, que murió a tiempo de continuar viviendo para la gloria!

A Larra lo atrajo la política, quizás por una naciente ambición de *ser*, de brillar para atraer a aquella mujer; para deslumbrarla, para aparecer ante ella con esa superioridad que conceden los espíritus vulgares a la popularidad y a los altos cargos. Quizás era esta la manera de exigir el reconocimiento público de su talento, que sólo conceden las masas en razón directa del éxito.

Habría además en él esa especie de deseo del hombre superior, para el que la política es como una partida de ajedrez; un goce de domeñar. Como cuando dice en *El Trovador*: "Censura, pero admira."

Tal vez entendía la política ideal como la entendía "Azorín"; en su alma generosa existía tal vez el ensueño de la regeneración de España. El se reconocía a sí mismo como uno de aquellos "jóvenes que esperaban en la calle a que los señores mayores se cansasen de bailar y les dejaran la pareja". Desengañado del poco fruto que *doceañistas* y *reinteañistas* habían dado en el Poder, de que "todos los grandes hombres nos han salido calabazas", y teniendo la consciencia de que el periodista honrado y valiente que lucha en las primeras filas y por la patria no hace más que sacrificarse en vano y seguir el juego a los señores que aprovechan su esfuerzo en provecho suyo, Larra pensaba que en política podía ser "el árbol joven que es esperanza del jardinero si el viejo le da sombra".

El que había combatido todos los Gobiernos, excepto el del conde de Toreno, que ocupó el Poder en la época en que estaba fuera de España, no podía unirse sin chocar con sus principios más que a la política de Isturiz, en cuyo programa estaba el dar una Constitución de acuerdo con las necesidades del país, y esto era el constante sueño de Larra, el blanco donde dirige todos sus trabajos.

Así, vemos a Larra presentarse diputado ministerial por Avila, apoyado por su

amigo el duque de Rivas, cuyo ejemplo de gran literato y su afecto de excelente amigo contribuirían a decidir a "Fígaro".

Se presentaba por Avila, por Avila donde estaba aquella mujer tan amada. Sentiría la voluptuosidad de saber que por esta circunstancia su recuerdo había de avivarse en ella; que en aquellas tertulias que se verificaban en torno de la mesilla que sostenía el candelero con la triste vela que alumbraba la habitación de Carrero, se discutirían cada noche su nombre y sus méritos, y más de un intencionado miraría a Dolores. ¿No se sentiría ella al fin orgullosa del amor tan constante de un hombre que tanto valía?



Xavier Isturís.

No se aprovecha Larra de la circunstancia de su elección para volver a Avila. Su amigo Ramón Ceruti y el propio D. Alfonso Carrero trabajan su elección con empeño. Hay en la caja de papeles de "Fígaro" una multitud de cartas de ambos, de Domingo de Acilú y algunas de D. Domingo Ruiz de la Vega, gobernador de Avila, que es a su vez candidato por Granada, en cuya ciudad está de gobernador Cambronero.

En esta fecha, Julio de 1836, se ha mudado ya de la casa de la calle de Caballero de Gracia, porque todas las direcciones que están escritas al dorso de las cartas, porque no se usaban sobres, dicen:

"Sr. D. Mariano José de Larra.—Calle de Santa Clara, núm. 3, cuarto 2.º; casa de los baños de la Estrella."

Ninguna de estas cartas nombra ya a Dolores. Tratan sólo de las elecciones, y quizás el mismo Ceruti está creído en que todo ha terminado, porque en algunas cartas se despide diciendo:

"Salud, pesetas y muchachas."

Se observa que todos ellos ven en Larra al amigo íntimo del duque de Rivas, porque le dicen secretos que él debe hacer llegar a oídos del magnate y le piden que ponga en sus manos las cartas que le envían.

¡Oh, la inmoralidad de las elecciones! No hemos progresado bastante para ganarles en ella. En muchas de las cartas se pide a "Fígaro" que influya para que se nombre jueces y autoridades a propósito para prestarse a los amaños.

La *Gaceta* de 1.º de Agosto de aquel año publicaba una Real orden encargando a los gobernadores dieran escolta a los diputados electos para su seguridad.

Una carta de Ceruti dice:

Sr. D. M. J. de Larra.

Mi siempre amigo, toda vez que el singular silencio de usted no fué efecto de chisme no hay que dar más importancia a ello. La carta de usted me ha sido muy grata, y desde el momento nos pusimos a trabajar Acilú, Balboa y yo; tarde habló usted del asunto, pues circulan ya varias listas; pero sale usted por su lado en el *Boletín* del martes próximo no sólo en el artículo adjunto, sino en otro especial para usted. Mucho nos ha de costar destruir la faccioncilla Mendizábal, que trabaja aquí, como verá usted por el *Boletín Oficial* de ayer, en que proponen a Somoza, Martín del Tejar y Silvela con Antonio Zaonero, residente ahora en Madrid, con ánimo de pretender del mismo ministerio a quien hace la oposición; pero este último tiene dos

causas pendientes y poco concepto en los partidos, y nadie cree sea nombrado. Lo que nos admira mucho es que el Ministerio Istúriz haya dado un Gobierno a Silvela, que tanta guerra le ha hecho y hace en Avila, y este golpe nos ha dejado estupefactos.

El gobernador civil trabaja por usted con mucho empeño, y lo mismo Balboa, que de nada se acuerda, vino para reirnos todos de nuestras camorras, y aprecia a usted. El intendente creo hará lo mismo, según me dijo anteayer antes de recibir el correo que Acilu le había hablado; pero luego no lo he visto, porque marchó a Cebreros y no vuelve hasta mañana. De la lista adjunta el primero es un comerciante viejo; cuento con él para que ceda a usted sus votos, caso que le falten; si conoce usted a Tapia y no admite, como dicen sus enemigos, que haga lo mismo a favor de usted. Sobre todo, el contenido de esta carta sería muy útil insertara usted un artículo en la *Revista* y en *La Abeja*, no en *El Español*, pues luego conocen es mío, y ya esto lo saben; es preciso confundirlos para que no crean son muchas las concesiones. En *El Español* inserte usted sólo la lista adjunta y esté usted a la mira para dar un ridículo a Zaonero, que está en esa, caso que quiera contestar; dice tiene mucha amistad del colegio con Barrio Ayuso. Ya sabe usted que estos trabajos necesitan actividad y reserva; mande usted su manifestación a esos periódicos y a este *Boletín Oficial*. Cuidado con Silvela, a quien ya lo atacan dos ciudadanos en el de ayer y continuarán el martes. Páselo usted bien, con salud, pesetas y muchachas, y no dude lo aprecia siempre mucho su amigo y servidor, q. b. s. m., Ramón Ceruti.



En otra añade:

Avila y Agosto, 6, 1836.

Sr. D. Mariano J. de Larra.

Amigo mío: Acaba de verificar-se el escrutinio general y se le remite el acta de él, credencial y otra al ministerio de la Gobernación; he aquí el extracto para que usted no se moleste mucho:

Larra, 477; Carro Mno., 254; Somoza, 29. Total, 760.

Mitad más uno, 381.

Más de mayoría absoluta, 96.

El comisionado del partido o distrito electoral de Cabezas del Villar no se presentó hasta después de concluído el escrutinio; pero cuando fué culpa suya, a pesar de la convocatoria, no hay nulidad.

Por este correo se le remite a usted el acta como credencial, lo que repito por si la interceptan los malvados, que reclame al instante.

Hemos deportado a tres de la G. N. para Valladolid, se ha hecho renunciar a D. Joaquín Pérez el mando de la compañía de infantería y se desarmaron todos los N. N. que no habían querido firmar la manifestación a la Reina contra los atentados de Málaga; pero esta noche dormiremos sobre las armas con los carabineros de R. Hacienda, pues parece quiere el teniente de la Compañía publicar la Constitución. Nos defenderemos y ofenderemos cuanto se pueda si llegan a intentarlo: pero hay de malo, malísimo, que no se puede contar con este comandante

general, y usted no nos manda uno bueno. Nos sacrificaremos hasta lo último, aunque sea en vano, si nos falta esta Compañía que sería segura para el Gobierno con otro jefe militar en la provincia.

Estimaría a usted mucho escribiese una carta fina a D. Domingo Mela y a D. Pedro Sáinz Cano, que firmaron con Acilu y conmigo la profesión política de usted. Estos dos, además, son los dueños del partido de Hontiveros, que decide con Avila de las votaciones. Lo agradecerían mucho, y siempre es bueno conservar estas concesiones para otra vez.

Al Duque mil cosas de mi parte, que mañana le escribiré por propio el resultado de esta noche, que sería terrible sin los carabineros y Balboa, única fuerza organizada con quien decididamente contamos. Por Dios, que si sale de aquí R. de la Veza, que me dejen si quieren, pero no interino, pues se debilitará mucho la autoridad, prefiero en comisión con nombramiento para Andalucía de lo que quiera el Duque y me sea un poco lisonjero.

Recibí la contestación de usted por el propio; deseo haya usted hablado al Duque; no descuide hacer una visita a Gaspar Aguilera y no descuide que sea secretario por mi vacante don Esteban Gómez, alcalde de ésta, que se ha portado y porta ahora como un héroe. Así como es preciso dar palo al enemigo, es preciso premiar al amigo decidido; si no, adiós prestigio del Gobierno.

De usted todo afectísimo, que desea abrazarle y que s. m. b., *Ramón Ceruti*.

Caen sobre Larra las recomendaciones y las visitas de electores, las peticiones y las ambiciones de todos. ¡Cómo debía excitar su pesimismo ver de cerca tantas miserias!

El mismo Ramón Ceruti, en su carta de 20 de Julio, le recomienda a D. Luis Antonio Espinosa, "patriota benemérito que solicita una plaza de celador en Montes o Plantíos en el partido de Cebreros".

Al día siguiente vuelve a escribirle y le dice:

Al día siguiente vuelve a escribirle y le dice:

"Los amigos Ansa y Pórreres, los dos viven y comen conmigo; no puede usted figurarse lo que se han afanado y se afanan en ayudar a la elección. Es de suma justicia y gratitud saque usted al primero un ascenso de diez o doce mil reales en cualquier provincia. El segundo, con ventaja a Madrid o las provincias cercanas. Sea usted activo para esto."

En la de 1.º de Agosto da cuenta del resultado de la elección. *Mayoría absoluta*, 421 votos, y acaba:

"He cumplido cuanto ofrecí: ahora a usted toca sacarme de aquí para Andalucía o Madrid, pronto, con ventaja, etcétera. Hágame el favor de leer la adjunta y dársela al duque.



El Duque de Rivas.

escribirle hoy y me encarga mil cosas para usted. Expresiones a Carrero y a Acilu, si aún está en ésa."

¡Pobre "Figaro" entre todo esto!

He aquí el estado de la elección que envían sus amigos a Larra:

Resumen de los votos que hasta la noche del 15 de Julio se saben han obtenido los candidatos de esta provincia de Avila, según las noticias recibidas de los distritos electorales, a excepción de Arenas, Casa Vieja y Cabezas del Villar, que se ignoran:

CANDIDATOS	Avila....	Mañana.	Velayos.	Arenas..	Casa Vieja....	Mombeltrán..	Arévalo.	Hontiveros....	Barco...	Cebreros.	Piedrahita..	Cabezas.	Navarre-donda.	Total...
D. Eugenio de Tapia.....	78	80	59	•	•	67	100	108	5	42	19	•	28	584
D. Leandro Ladrón de Guevara.....	53	43	48	•	•	68	88	80	3	15	15	•	30	455
D. Mariano José de Larra.....	48	16	1	•	•	87	43	118	3	7	14	•	18	386
D. J. Carromolino.....	•	•	57	•	•	•	19	•	•	8	24	•	•	181
D. J. Somosa.....	•	•	9	•	•	•	5	•	•	81	28	•	•	170
D. P. Martín del Tejar.....	•	•	11	•	•	•	4	•	•	2	80	•	•	7100
D. F. A. Silveira.....	•	•	4	•	•	•	4	•	•	24	20	•	•	84
D. N. Bío.....	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	88
D. Santos Aboia Coronel.....	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	•	19

Nota.—Hay otros individuos que han obtenido de uno a seis votos, y por su minoría no se expresan sus nombres.

ACTA DE DIPUTADO DE LARRA

Don Domingo Ruiz de la Vega, gobernador civil, presidente, y D. Julián Navarro y Manso, D. Pedro Sáinz Cano, D. Sebastián Canuto Corriendo y D. Antonio Sánchez Bula, secretarios escrutadores de la Junta electoral de esta provincia de Avila para el escrutinio general de la segunda elección para el único diputado que faltaba para el completo de los de su cupo.

Certificamos: que el Acta del referido escrutinio general de votos sacados de los distritos de la misma provincia es del tenor siguiente:

En la ciudad de Avila, capital de la provincia de su nombre, hoy día seis de Agosto de mil ochocientos treinta y seis, señalado por el señor gobernador civil para el escrutinio general de votos en la segunda elección, a efecto de nombrar el único diputado que faltaba para el completo de los de esta provincia, y siendo ya dada la hora de las nueve de la mañana, publicada de antemano para la celebración de dicho acto, se reunieron en el salón de la casa de la Diputación provincial los Sres. D. Domingo Ruiz de la Vega, gobernador civil, presidente; D. Faustino Balboa, intendente interino; D. Domingo Fernández Mela, D. Luis Arrabal, D. Andrés Bernaldo de Quirós, D. Genaro Ocaña y D. José Ruiz Cermeño, individuos de la Diputación provincial; D. Esteban Gómez, comisionado por el distrito de Avila; D. Juan Manuel de Torres, por el de Mañana; D. José Joaquín Delgado, por el de Velayos; D. Valentín Garralda, por el de Arévalo; D. Pedro Sáinz Cano, por el de Hontiveros; D. Antonio Sánchez Bula, por el de Arenas; D. Sebastián Canuto Corriendo, por el de Casas Viejas; D. Julián Navarro y Manso, por el de Mombeltrán; D. Salvador Blasco, por el de Barco de Avila; D. Francisco Ramos Pérez, por el de Cebreros; D. Angel Ariño, por el de Piedrahita, y D. Pedro Martín Cerrajero por el de Navarredonda, no habiendo comparecido el respectivo comisionado del distrito electoral de Cabeza del Villar, y habiéndose leído en alta voz por el señor presidente los artículos del Real decreto de 24 de Mayo del corriente año, relativos a la formación de la Mesa electoral para este acto, se procedió, en su virtud, a designar por suerte cuatro de los dichos comisionados para que hiciesen de secretarios, y resultaron serlo D. Julián Navarro y Manso, D. Pedro Sáinz Cano, D. Sebastián Canuto Corriendo y D. Antonio Sánchez Bula, quienes ocuparon luego sus respectivos asientos en la Mesa; y habiéndose leído en alta voz por uno de dichos secretarios, y de orden del señor presidente, la real convocatoria a Cortes por S. M., así como los Reales decretos y órdenes relativas a la materia y asunto del acto, y la convocatoria del señor gobernador civil circulada al mismo efecto, se declaró, acto continuo, por dicho señor presidente hallarse legítimamente constituida la Junta electoral de la provincia de Avila. En seguida, y ateniéndose a la vista así las copias certificadas de las actas de la elección de los respectivos distritos electorales, como las mismas actas originales a que se refieren, se practicó un escrupuloso cotejo de una con otras, y habiéndose hallado conformes, se procedió acto continuo, con el mayor esmero y comparación, al escrutinio general, de que resultó que el número total de los electores de esta provincia, según las mismas actas, es de 893, y que de ellos han tomado parte efectiva en la votación para esta segunda elección 760 electores, sin incluir los

correspondientes al distrito electoral de Cabezas del Villar, cuyo comisionado, como queda dicho, no ha comparecido, y cuyo número total de electores, según las listas originales formadas por la Diputación provincial que se tienen presentes, es de 35, de cuyo número de 760 votos efectivos que resultan haber tomado parte en esta segunda elección, se hizo el resumen prevenido por la ley, del que aparece que los tres candidatos señalados por la Junta electoral de esta provincia en la primera celebrada en 23 de Julio próximo pasado y anunciados de consiguiente en la convocatoria de este Gobierno civil para estas segundas elecciones, ha obtenido D. Mariano José de Larra 477 votos, D. Juan Martín Carramolino, 254, y D. José Somoza, 29. Y visto que D. Mariano José de Larra no sólo obtenía la mayoría relativa que en este caso se requiere por la ley, sino aun más de la absoluta del total de los electores de la provincia, aun cuando hubieran votado todos, se declaró en alta voz por dicho señor presidente que el referido D. Mariano José de Larra quedaba legítimamente elegido diputado a Cortes por la provincia de Avila y completo con su nombramiento el número total de diputados que por la ley señalan para la representación de la misma en las Cortes que se refiere la real convocatoria de S. M. de 24 de Mayo del corriente año, con lo cual se da por concluida esta Acta, declarándose por el señor presidente disuelta la Junta electoral de la provincia de Avila; y así lo firmamos los infrascritos secretarios escrutadores con dicho señor presidente en la expresada ciudad hoy día de la fecha que en la cabeza resulta.—Domingo Ruiz de la Vega, presidente.—Julián Navarro y Manso, secretario escrutador.—Pedro Sáinz Cano, secretario escrutador.—Sebastián Canuto Corriendo, secretario escrutador.—Antonio Sánchez Bula, secretario escrutador.—Concuerda esta copia literalmente con el acta original que queda archivada en la secretaría del Gobierno civil de esta provincia a la que nos referimos. Y para que conste y obre los efectos correspondientes, así lo certificamos, autorizamos y firmamos en Avila a 3 de Agosto de 1836.—Domingo Ruiz de la Vega.—Rubricado.—Presidente.—Sebastián Canuto Corriendo.—Julián Navarro y Manso.—Pedro Sáinz Cano.—Antonio Sánchez Bula.—Secretarios escrutadores.—Rubricados.

Que Larra ya interesado en su amor propio seguía con avidez el curso de su elección, lo prueban estas dos cartas, inédita la primera y facilitada a *Heraldo de Madrid* por la familia de "Fíguro" la segunda.



Javier de Burgos.

y el martes es la primera junta preparatoria, en que probablemente me tocará ser secretario, como más joven.

Hasta otro correo su amantísimo hijo—*M. J. de Larra*.

Sin duda Larra tendría que acreditar que pagaba contribución, porque encuentro este singular documento:

Madrid, 15 de Julio de 1836.

Muy queridos papás: Sólo por contestar a la suya escribo en este correo, pues las elecciones y la ausencia de Borrego nos dan infinito que hacer en el periódico. Sus encargos de ustedes se completarán, y en el correo inmediato daré a ustedes aviso de todo, así como de mi diputación, si la he recibido, como es posible, según los resultados que acabo de recibir por el correo de hoy de los primeros escrutinios. Hasta ahora tenemos mayoría Tapia, Ladrón de Guevara y yo.

Celebro la renovación de la contrata, por si va mal; pero si la suerte sopla como hasta aquí, no habrá necesidad.

Consérvense buenos y dispongan del cariño de su hijo.

Viernes 12 de Agosto.

Queridos papás: Sigo bueno, sin la menor novedad ni cuidado alguno por ahora. Tengo ya en mi poder el acta credencial de mi diputación, y me han sobrado 36 votos sobre la mayoría absoluta,

Señor intendente de Rentas de la provincia de Madrid.

Don Mariano José de Larra, vecino de esta corte, diputado de las próximas Cortes por la provincia de Avila, a V. S., con la debida atención, hace presente:

Que siendo empresario por tercera parte en el arriendo de la venta del jabón, como resulta de la adjunta declaración de D. Jaime Ceriola, vecino del comercio de esta corte, en cuyo nombre está hecho aquel arriendo, han sucedido a los motivos personales que le obligaban a no dar su nombre en esta industria razones más poderosas que le fuerzan a ponerlo de manifiesto. En consecuencia, el interesado contribuye al Estado con la cantidad de quinientos reales vellón, que por aquella tercera parte le corresponden de los mil y quinientos que paga el arriendo de esta venta; lo que pone en conocimiento de V. S. para que conste oportunamente en las oficinas de su digno cargo; y siéndole urgente asimismo al que firma acreditar ante el Estamento de diputados esta contribución que por dicho concepto paga de quinientos reales; en consecuencia de lo expuesto:

A V. S. suplica se sirva hacerle expedir, en la forma acostumbrada para casos semejantes, el competente testimonio o certificación que acredite que pago la referida cantidad de quinientos reales vellón de contribución directa. Madrid, 12 de Agosto de 1836.—*Mariano José de Larra.*—(Rubricado.)

!!“Fígaro”, apareciendo como comerciante de jabón!!

Pero Larra no había de sentarse en las Cortes. Sólo veinte días fué diputado electo por Avila. A los nueve días de su elección, el 12 de Agosto estalló el célebre motín de La Granja, el 15 caía el Ministerio Isturiz y ocupaba la presidencia del Gobierno D. José María Calatrava. El 23 se anulaban las elecciones y se publicaba nueva convocatoria para el 24 de Octubre.

Es indudable que “Fígaro” experimentaría con esto una gran contrariedad; pero conociendo bien su espíritu, puede afirmarse que no contribuyó para nada a que se aumentase su pesimismo. Los anhelos que cifró en llegar al Parlamento eran muy secundarios, para quien como él sobrepuso su amor a la vida y a la gloria.



INTIMIDADES

Otro problema sentimental se mezclaba también en la vida de "Fígaro" a su vuelta del viaje. Parece que la existencia se precipitaba con intensidad sobre él, que giraba bailando en rededor suyo una danza macabra y aterradora, en la que se justifican plenamente sus delirios de Nochebuena y de el día de Difuntos.

En este tiempo sucede un hecho, que la familia me cuenta y que yo acojo con la reserva consiguiente. Según me refieren, una tarde de la primavera de 1836 estaba Larra sentado en el café de Venecia, situado en la plaza de Santa Ana esquina a la calle del Prado. Este café era el mentidero de actores, toreros y artistas de todas clases que se reunían en él, cuando acertó a entrar una niñera, con una niña de año y medio a dos años. Parece que Larra se sintió atraído por la belleza de la niña y que la llamó y la acarició largo rato, hasta que preguntando su nombre supo que se llamaba *Baldomerita de Larra y Wetoret*. ¡Aquella niña era su hija! Este encuentro, que parece el capítulo de una mala novela sentimental, turbó extraordinariamente a Larra, que sintió una terrible impresión al saber que la linda niña era aquella hija, habida después de su separación, a la que no conocía y a la que ni antes ni después de esta fecha menciona para nada en sus cartas, tan llenas de cariño para Luis y Adela, y la vez única que la menciona, dirigiéndose a su esposa, le llama *tu niña*.

Larra salió del café atropelladamente y se fué a la casa de la calle de la Lechuga, donde vivía su tío Eugenio, franqueándose con éste, único amigo que tenía entre las personas de su familia, le contó todas sus luchas interiores, todos los pesares que lo abrumaban, traicionado por la mujer que amaba, con su hogar deshecho, atormentado por los anhelos encontrados de su corazón, que aun agudizaba más su propio triunfo, puesto que todos aquellos halagos y aplausos, que a nadie podía ofrecer y que con nadie compartía, eran como una mueca desvergonzada de la suerte que se burlaba así, dándole lo que en su altura, en su superioridad sobre todas las vanidades, no le podía halagar, y en cambio le negaba lo fundamental, lo verdadero; el reposo del amor y el poder compartir su vida con quien fuese capaz de amarlo y entenderlo. Toda la noche vagó "Fígaro" por las calles de Madrid, con el sombrero en la mano, descubierta su noble frente, como si deseara que el aire libre pudiera calmar un tanto la hoguera que encendía su cerebro. En aquella noche de tempestad y de amargura no lo dejó solo un momento su tío D. Eugenio, que con prudencia y dulzura logró calmar su agitación.

No era ya el Madrid del 36 el mismo que hemos descrito de 1809. El ornato adelantaba rápidamente; se habían derribado muchos de los viejos conventos y casucas anejas a ellos y se habían abierto calles nuevas, con lápidas en que constaban sus nombres y se cuidaba de la numeración de las casas. Estas calles se lim-

piaban ya casi todos los días; había algunas alumbradas por gas, con farolillos y reverberos; las había empedradas, como la de la Concepción Jerónima, y enlosadas, como la de Alcalá, y además se habían abierto otras muchas.

A la vieja botillería de Canosa, en la Carrera de San Jerónimo, a cuyas puertas paraban las damas sus carruajes para ser servidas sin entrar, había sucedido el *Café Nuevo*, donde ya no desafiaba aparecer el bello sexo. La posada del Dragón había sido reemplazada por la elegante fonda de Geneys.

Se habían abierto, además, otros lujosos establecimientos, como el almacén de muebles de la calle de Hortaleza, que lucía en sus escaparates los renombrados sillones de Moscovia y las consolas y bargueños de la época, y la *Perfumería de Diana*, en la calle de Caballero de Gracia, en la cual se encontraban todos los objetos de tocador, que hacían las delicias de las elegantes, todos bautizados con nombres extranjeros: Pomada de tuétano de vaca suiza o de oso de Rusia, para



La Puerta del Sol en 1886.

hacer crecer el cabello; Perlas oleaginosas del Paraguay, para teñir las canas; Aceites de Florencia, de San Petersburgo y de Madagascar, para darle brillo a la cabellera. Crema de Venus y de Alabastro para blanquear el cutis, en competencia con las leches de Bengala y de Atenas, y las esencias que usaban los refinados, Rosa de Bengala o el romántico y exótico Extracto de Witiber.

La vida de sociedad se desarrollaba cada vez más: se multiplicaban las reuniones; con la mayor comodidad en los teatros crecía el lujo de los vestidos, y los frecuentes bailes daban ocasión de lucir atavíos suntuosos, además de que el gusto, un poco churrigüesco, aficionado al color y la luz, hacía recargarse de adornos y vestir de calle con excesiva rimbombancia. En 1836 se llevaban las telas ricas, ligeras, de colores vivos; la brillantina de seda de cuadritos; las gasas sultanas con estampados; el pekin gótico, de gusto chinesco; las románticas muse-linas listadas y los Organdis blancos.

La silueta exigía las mangas de farol, con ahuecadores, muy caídas del hombro

y de largo puño; cuerpos ajustados con chorreras y faldas de excesivo vuelo. Los adornos eran complicados y casi todos llevaban también nombres extranjeros: Trusas de cintas guarnecidas de perlas a la *Princese Chatelaine*; Mantillas guarnecidas de gasa y cintas a la *Maintenon*, y Coletas *Princesa de Gales*. Las cintas de todos colores eran las delicias de las damas, en especial las de terciopelo punzó o color de fuego, con los que hacían pulseras, mezcladas a raso y blonda; boas escarolados y toda clase de adornos.

Complace evocar estas elegancias pasadas, porque parece que entre ellas evocamos a la amada de "Fígaro"; ella era una de las elegantes clientes de Mme. Pettibon, la modista de fama, y se completa su silueta, su gracia, su perfume en el ambiente de su tiempo.

En cuanto a "Fígaro", ya es proverbial su elegancia. El sastre Utrilla, que iba todos los años a Londres y a París, traía para él los mejores modelos, los más atrevidos. El sabía llevar como pocos hombres aquellas levitas cortas, entalladas, de poco vuelo, de cuellos largos, bien caídos sobre los hombros, con botones grandes, color *Lord Grey*, y los fraqués de color, sin carteras, de faldones estrechos y cuellos semejantes a los de las levitas.

Toda su ropa era siempre de última moda, lujosa, perfumada de rosa o de Witiber; en aquel tiempo en que aún se decía que los hombres *debían oler a tabaco, a vino y a porquería* y en que hasta personas de posición y educadas rechazaban los refinamientos, "Fígaro" los buscaba y los seguía estrictamente, no por vanidad ni ostentación, sino por aquel espíritu suyo de elección, tan pulcro y tan amante de la limpieza. En el inventario de sus efectos vemos sus ropas y sus alhajas:

Un reloj saboneta de oro, con cadena del mismo metal, y su llave.
 Seis alfileres de oro.
 Tres sortijas macizas del mismo metal, una de ellas con un topacio.
 Ocho pares de guantes.
 Un paraguas de gro morado.
 Un bastón de caña.
 Dos pares de pantalones de paño, unos de color y otros negros.
 Dos fraques de paño, uno verde y otro negro.
 Una levita de paño negro.
 Cuatro chalecos, tres de seda y uno negro.
 Uno de seda color blanquinosado.
 Seis pares de verano de diversas clases.
 Una camisola de batista.
 Un camisolín con chorrera de lo mismo.
 Una corbata de seda y cuatro pañuelos de lo mismo.
 Dos pañuelos de seda blancos.
 Una camisa de color.
 Un frac y tres pares de pantalones usados.
 Una capa de paño color de lana con embozos encarnados.
 Un capote de paño negro usado.
 Uno de hule.
 Una gorra de piel.
 Una bata de algodón, tela de cuadros.
 Tres sombreros de seda.

Si no es muy numeroso el guardarropa para un elegante de hoy, es bastante para aquel tiempo, y se ve que es todo escogido; no se hace notar por la riqueza, sino por la distinción.

En el inventario se observa también que para ser un hombre solo tiene muy bien puesta su casa. Su cama está chapeada de caoba, con tres colchones de Terliz henchidos de lana, y hay abundancia de sábanas de lienzo y de fundas de almohadas guarnecidas.

Tiene muchos muebles: un estrado de caoba con asientos y respaldo de cerda

negra; otro estrado, de Vitoria, con asiento de paja de colores; otro, amarillo; sillas, mesas, rinconeras, su mesa de escritorio de caoba, veladores, espejos, velones y quinqués; un sillón de escribir, con brazos y colchoncillo forrado de badana verde; menaje de casa, con una vajilla fina, cristalería, juegos de té, cosas que, como los utensilios de tocador, no eran comunes en su tiempo. Además de lavabo, jofainas y vacías, Larra tiene mesa de tocador, en la que hay:

“Lavador de boca con su platillo correspondiente, *al parecer de cristal de roca*.
 Dos frasqueras de cristal de roca, con esencias.
 Un cofrecito de la misma clase para cepillos de limpiar dientes, y contiene dos cepillos.
 Dos peines negros con su brocha de pezuña, para peinarse.
 Un espejo circular con mango negro.
 Un bote de jabón de almendras para afeitarse.
 Tres cepillos, dos de cerda negra y uno blanca.”

Cuando se lee este inventario se ve a “Fígaro”, se hace mentalmente la reconstrucción de aquella casa de la calle de Santa Clara, donde se mudó bien pronto, después de venir de su viaje e instalarse en la calle de Caballero de Gracia. Es fácil formarnos idea de sus habitaciones todas, especialmente de la alcoba y de aquel cuartito de trabajo, donde escribía y pensaba y donde puso fin a su vida. Es fácil verlo, con su estera de junco, sus cortinas blancas, su sillera de caoba; aquella mesa de caoba con cajón, su sillón de brazos, su veladorcito con el servicio de té, el quinqué sobre la mesa, y los floreros de cristal, el reloj y la relojera sobre la chimenea.

Allí “Fígaro”, siempre vestido con esmero, con corrección, limpio, perfumado, luciendo en la nerviosa mano que mueve la pluma la sortija del topacio, se dedica a sus estudios y a sus meditaciones.

Pero de todas las cosas que existen en el inventario, que más adelante insertaremos completo, las que más conmueven son las siguientes:

“Un catrecillo blanco, dos colchoncitos y tres mantas.

Un arca de nogal, y dentro de ella varias ropas de la niña.

Tres pares de medias para niña.

Un cubierto pequeño de plata que usaba la niña.”

Parece que es aquí donde se ve la orfandad de aquella niña, que había de ser la primera en ver el cadáver de su padre.



Un elegante de la época.

Esto prueba que "Figaro" tenía a su hija Adela, la segunda habida en el matrimonio y la mayor de las dos hembras, consigo siempre.

Es mentira esa afirmación de D. Antonio Ferrer del Río, que en su *Galería de la literatura española* dice: "Su malestar doméstico empeora de día en día; su culpable pasión era cada vez más devoradora; por especial obsequio admitía a su mesa todos los domingos a uno de sus hijos."

No; eso no es cierto. Larra, desde que se separó de su esposa, se hizo cargo de sus hijos. Primero, durante su viaje, los dejó con sus padres, y ya hemos visto que no cesa de recordarlos y de ocuparse de ellos. A su vuelta, lo primero que hace es ir a abrazarlos; luego se preocupa de que estén bien, de enviar para su

*Querido hijo, que te acuerde más con
 tus cartas, y tanto mucho no puede por hoy a
 mi generoso. Me ha parecido muy mal que
 me venga hablando de documentos y también de
 enojarme algún no hay más documentos, sino q
 todo lo más a tiempo, y que tanto no me voy a ir.
 Desde mañana haré q. envíate una cantidad
 de no sesenta y cinco reales semanales, verás lo q.
 yo puedo darte, y más segura de q. mis cartas ya
 seguramente faltan.
 Si puedes escribir, dices como está, q.
 en la medida de lo posible, que sea al medio y ocuente
 estas que pueden interesar a tu amigo
 M. J. Ferrer*

Original inédito de Larra.

co documentados están en la mayoría los biógrafos de Larra; con qué ligereza y falta de conciencia acogen las cosas que perjudican su fama y bastardean su figura. Ha necesitado ser muy grande y enseñar muy claramente su alma en sus artículos para que no hayan logrado hacerlo odioso las pinturas de sus contemporáneos, que le habían aplicado para dibujarlo la cuadrícula de su hipócrita moralidad.

Así se explica que Ferrer del Río afirmase esto en falso, y además dijese que "Larra con su índole viciosa, su obstinado excepticismo, sin saborear nunca la inefable satisfacción que resulta de las buenas acciones no cabía en el mundo". ¡Misericordias! No le quedaría muy tranquila la conciencia cuando, como queriendo disculparse ante sí mismo, añade: "Si le juzgamos rígidamente consiste en que por mucha estimación que nos inspire su memoria, la moralidad pública nos impone más respeto." Este es el secreto: el temor de no querer ir contra la acomodaticia moral de un público inmoral. ¡Qué época! ¡Qué hombres! ¡Desdichado "Figaro"!

sostenimiento, y los deja allí porque cree que han de estar mejor cuidados que con él. Después, enamorado de las gracias de Adelita la lleva a vivir a su lado. No es que por casualidad estuviese aquel día la niña en su casa. Cómo se ocupaba de sus hijos y de su esposa, nos lo dirán sus mismas cartas.

No es de extrañar sin embargo estas apreciaciones de Ferrer del Río, cuando vemos qué po-

Así se han seguido explicando la mayoría de sus biógrafos. Por suerte vienen estas cartas escritas por él a revelarnos la verdad.

La mediación de su tío D. Eugenio, de su tía doña Isabel casada con un hijo del gran pintor Mengs, y de otras personas bien intencionadas habían logrado amistar a "Figaro" con su mujer, no para emprender de nuevo la vida en común, ni para resucitar un amor ya imposible; sino para comunicarse y velar por sus hijos uniendo sus esfuerzos.

Es tan raro un marido, de aquel tiempo y con nuestras costumbres, que separado de su esposa se ofrece como un amigo tierno, respetuoso y galante, que a no tener la dirección estas cartas no se creerían dirigidas a su mujer. Como en todo lo que escribe a su familia, rara vez firma; hay después de la última frase una rúbrica, una lazada nerviosa que traza su pluma, bajo el texto escrito con esa letra fina que liga unas palabras con otras y que resulta clarísima, a pesar de su exagerada pequeñez.

Pero la dirección está en la misma carta; no usa sobre; la dobla y la cierra con una oblea poniendo al dorso la dirección:

"Señora doña Josefa Weloret
(Jamás pone de Larra.) 2, calle del Prado;
de e. a. M. J. de L."

A veces están escritas en papel azul, y algunas tienen un sello en relieve, en letra gótica: M. J. L.

La primera que veo es una esquelita sin fecha, que dice así:

"Da las señas, Pepita, a Manuel por escrito de la casa de tu amiga y la hora que tú llamas a los postres y tendré mucho gusto en ir a ponerme a tus pies.—M. J. de L."

Después hay otra carta, sin fecha, que dice:

"Pepita: Ten la niña contigo un par de días, pues no puedo exponerla a los peligros que pueden sobrevenir en estos días y yo no sé si podré estar en casa; como su cuidado requiere, presumo que podrá incomodar algo; pero ten un poco de paciencia, hasta que se despeje el horizonte un poco.

Allá va una poca ropita suya; te avisaré de lo que vaya ocurriendo y te mandaré dinero uno de estos días.

Rompe esta carta y dispón del cariño de tu afectísimo—M. J. de L."

Si te fuese demasiado incómodo tenla siquiera esta noche; mañana irá el criado y la trasladará, en todo caso, a casa de la tía Mariquita."

¿Qué le podía ocurrir a Larra en este tiempo? ¿Se trataba de alguna de las vicisitudes políticas que eran tan frecuentes entonces? ¿Algún lance personal? No lo sabemos. Es raro que exponga ese temor de que la niña pueda molestar a su madre y se disculpe tanto de enviársela. No es menos raro tampoco que en ninguna de sus cartas nombre jamás a Baldomera.

Parece que esa carta debía estar escrita antes de la siguiente, que lleva fecha de 22 de Agosto de 1836, y dice así:

22 de Agosto de 1836.

Te escribo para tranquilizarte; las cosas parecen tomar un aspecto más sereno y yo sigo dándome a mi vida laboriosa para reponer un poco mis intereses atrasados. Ayer pensaba haberte enviado algún dinero; pero Delgado se me ha venido con unos cuantos duros en el bolsillo y creo que hasta mañana que le entregue el trabajo, que estoy concluyendo para él, completamente atrasado, no habrá forma de sacarle más. Pero en cuanto tome dinero, que será probablemente mañana, acudiré en tu auxilio.

Por lo demás, te suplico que no vengas; no tenemos necesidad de habladurías; estando todo sereno debes de estar tranquila y contenta con lo que buenamente da de sí nuestra situación, en la cual no he sido yo ciertamente el que te he puesto.

Presente y ausente siempre mirará por ti tu amigo—M. J. de Larra.

Este tono mesurado, tranquilo, dulce, con que Larra marca a su esposa el camino que deben seguir, es verdaderamente admirable. Afirma *que no ha sido él, ciertamente*, quien los ha colocado en esa situación difícil, y le ruega que no vaya a su casa; le quita toda esperanza de vida en común. El marido ha muerto; pero vive el amigo que, presente o ausente, mirará siempre por ella.

La carta siguiente, fotografiada en esta página, dice:

"26 de Agosto:

Te envío la niña y el criado para que la compres zapatos y coma contigo. Decididamente soy diputado y ando ocupado en la diligencia de aprobar las actas. Probablemente tendré, a causa de ellas, que salir de Madrid unos días; pero de toda suerte en toda la semana y próxima vendrá recibirá tu mesada correspondiente al mes corriente; al mismo tiempo que te la envíe te enviaré el recibo en la forma que me parece debe ponerse.

El criado lleva veinte reales para los zapatos. Diviértete y cuenta con la amistad de *M. J. de Larra.*"

Te envío la niña y el criado para que la compres zapatos y coma contigo. Decididamente soy diputado y ando ocupado en la diligencia de aprobar las actas. Probablemente tendré, a causa de ellas, que salir de Madrid unos días; pero de toda suerte en toda la semana y próxima vendrá recibirá tu mesada correspondiente al mes corriente; al mismo tiempo que te la envíe te enviaré el recibo en la forma que me parece debe ponerse.

El criado lleva 20^{os} los zapatos. Diviértete y cuenta con la amistad de

M. J. de Larra

Carta autógrafa inédita

De la misma fecha debe ser la siguiente, sin fecha, que va fotografiada en la página 228:

"Te envío, querida amiga mía, esos reales más y siento mucho no poder por hoy ser más generoso. Me ha parecido muy mal que vengas hablando de cuentas y tonterías de esa especie. Aquí no hay más descuento sino que todo lo mío es tuyo y que siento no ser muy rico. Pasado mañana haré por enviarte una cantidad más decente, y excusa llevar cuenta; recibe lo que yo pueda darte y vive segura de que mientras yo tenga no te faltará.

Si puedes escribir dime cómo estás, qué enfermedad tienes, qué dice el médico y cuanto creas que puede interesar a tu amigo *M. J. de Larra.*"

¡Y este es el hombre que afirman que abandonaba a su mujer!

Han dicho algunas personas de su familia que los dos esposos se iban a reunir, y que no lo habían hecho ya por estar Pepita enferma, como vemos en la

carta anterior. Esto no es cierto. Larra veía a su mujer, la visitaba de vez en cuando; pero no pensaba en una nueva unión.

La prueba está con la carta siguiente dirigida:

Señora doña Josefa Wetoret

En casa de José Díaz. Calle del Príncipe, cuarto 2.º, portal de la tienda del hojalatero.

Esta carta tiene fecha de 22 de Diciembre de 1836; es decir, que está escrita con la misma pluma y la misma tinta con que se escribió: "Yo y mi criado", en esa época de desgarramiento en la que empezaba a vislumbrar el próximo mañana libertador.

Es una carta amarga, algo dura en medio de su corrección. Sigue prohibiendo a su mujer ir a su casa; pero trata de hacerle la vida agradable: de atender a sus caprichos, de que pueda hacer un viaje a Valencia, que ella desea, y de que viva como le acomode. Pero nada que aleje más la idea de una próxima reunión.

Jueves, 22 de Diciembre de 1836.

Pepita, estoy malo y no puedo salir de casa; pero como ni quiero que vengas a ella ni que pienses que mis proyectos no son formales, te escribo para que sepas lo que en nuestra entrevista de hoy había de decirte.

Saldrás de Madrid con tu niña y la persona que lleves contigo en la primera diligencia que salga para Valencia después del 31 de Diciembre.

Yo me encargo de tomar los asientos y pagar adelantado al conductor el gasto de comida y demás del viaje para que no tengas que pensar en nada, así como del pasaporte, para lo cual me enviarás por escrito el nombre, apellidos y edad de la persona que te acompañe.

El día 27 se te entregará en casa de tu tía Juana mil reales para que te hagas la ropa y prevenciones que necesites, y al mismo tiempo se te enviará la paletina y vestidos que tiene don Tomás en su poder.

La víspera del día que hayas de salir se te avisará de la hora y sitio; iré a buscarte con un coche para dejarte en la diligencia, y te entregaré mil reales en oro, que puedes llevar sobre tí, y calculando que hayas de pasar en Valencia por lo menos Enero, Febrero y Marzo, te entregaré en letras pagaderas a la vista, a tu llegada a Valencia, tres mil reales más, es decir, a razón de mil reales al mes.

Si expirados esos tres meses te va bien allí, se te remitirá adelantado el siguiente trimestre, y si no te acomodase el seguir en Valencia, entonces harías tu gusto.

De suerte que yo te pago el viaje y todos sus gastos; te pongo mil reales en oro el 27 en la mano, mil reales en oro para que lleves contigo el día que te marches y tres mil reales en letras para que lo cobres en llegando.

Es cuanto tengo que decirte, esperando el aviso de tu conformidad.

Tu amigo *M. J. de Larra*.

Este viaje debió demorarse o desistirse de él, porque cerca de dos meses después, en la desdichada fecha del 13 de Febrero de 1837, Pepita vivía aún en Madrid y continuaba separada de su marido, puesto que aquel día recibía su última visita.

Asusta la amargura, el dolor, el desconsuelo acerado, frío, cruento, que hay en los últimos artículos de Larra, reveladores de lo que debía pasar por su alma aquellos días.

Si se tiende la vista atrás y se contempla desplegarse su vida como una proyección en un planisferio, asustaría ver cómo parece que una mano cruel y fatal se complace en ir cortando toda yema que germina en su alma antes de que brote y se despliegue. Es un niño bueno, juicioso, dulce; muy equilibrado y muy normal. Es un adolescente lleno de ensueños, de ansia de belleza, trabajador y contemplativo, cuyo primer ensueño troncha la mano que él no puede maldecir: la mano de su padre. Es un joven que ama ingenua y honradamente y tropieza con una criatura frívola, incapaz de comprenderle. Hombre digno, probo, rectísimo en materia de honor; se le desconoce y se le juzga agrio, amargado, mal amigo, cuando no es nada de eso. Es el primer ingenio de su tiempo y lucha con la pequeñez de los demás. ¿Qué le queda? Sus hijos. ¡Pobres hijos! ¡Cuántas veces se invoca en vano

su nombre! Es grande, poderoso, el amor de los hijos; pero rara vez puede servir de freno a un corazón joven y combatido por la pasión. Ese amor a los hijos pequeños, que reclaman protección; esa ternura llena de sacrificio, en la que el padre lo pone todo sin pedir nada, no evita que una pasión de hombre lo absorba y lo destroce. El hijo ve rara vez al padre en su aspecto de hombre. Como hemos formado del ideal de imposible perfección absoluta en un Dios, hacemos a los padres una especie de divinidad. ¡Desdichada divinidad, combatida por pasiones que no puede vencer! ¿Cómo van a comprender a "Fígaro" los que no tienen una fuerza cerebral que los haga capaces de pasiones como la suya?

¡El había entrado en el mundo con un caudal de ensueños, de buena fe, de sinceridad! Esas almas muy nobles, muy creyentes, son las que más fácilmente caen en el escepticismo y en la desesperación. Es para ellos más doloroso, más cruel el desengaño, por lo mismo que son más sensibles, más delicados y que esperaban más.

Ellos forman una humanidad a su imagen y semejanza, y sufren al ver que no es como la han soñado, se quejan de un engaño que no existe, en lugar de quejarse de no haber sabido ver la realidad.

Su superioridad había ya establecido un alejamiento moral entre él y su familia. Principios rígidos que los hacía incomprensivos; falta de confianza con sus padres, que en aquella época se hubieran avergonzado de ser amigos de sus hijos; distancia grandísima entre él y sus contemporáneos, envidiosos unos, incapaces de comprender otros...

Así, a lo largo de su vida, contemplamos sus desalientos frecuentes, ya en sus artículos, ya en sus cartas. En *Varios caracteres* dice:

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicación, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo que ha leído? En estos casos, que a menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atención en una sola cosa, trato de fijarla en todas; sálgome a la calle, éntrome por los cafés, vóime a la Puerta del Sol, a Correos, al Museo de Pinturas, a todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos días en que el fastidio se apodera de mi alma y en que no hay cosa que tenga a mis ojos color, y menos color agradable. En estos días llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego a cuanto veo se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que más me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo a ningún amigo ni conocido que encuentre, porque esto sería hacer yo también un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que sólo para divertirme a mí creo por entonces que representa el mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco a escuchar conversaciones de corrillos; es de advertir que cuando el tedio me abrumba con su peso, no puedo tener más que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa a mí alrededor; a todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes días no hay hermosas para mí, no hay feos, no hay amor, no hay odio.

Se ha visto irse transformando al adolescente, de cara juvenil y bobalicona, que exclama: "Es encantadora la sociedad; ¡qué alegría, qué generosidad!; ya tengo amigos, ya tengo amante." Luego dice:

De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus esfuerzos a los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque a su hermano (que así se llaman los hombres unos a otros, por burla sin duda) para pedirle su auxilio; de aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error; es todo lo contrario: nadie concurre a la reunión para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella; es un fondo común donde acuden todos a sacar, y donde nadie deja, sino cuando sólo puede

tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es, por una incomprensible contradicción, aquello mismo que parecería destinado a disolverla; es decir, el egoísmo.

Añade:

Nuestro amor propio nos pierde: a los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen; como es natural, le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luego a los que vienen detrás.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino a cierto tiempo. En un principio todos somos generosos aun, francos, amantes, amigos...; en una palabra, no somos hombres todavía; pero a cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa; entonces vemos por la primera vez y amamos por la última.

Ya de este convencimiento adquirido a su costa a tan temprana edad brotan todos esos pensamientos tristes que se hallan en el jardín de su obra.

"Si hemos de hablar en razón; si sólo se ha de escribir la verdad; si no se ha de decir más que lo que de cierto se sabe, convengamos en que todo está dicho en un papel de cigarro." O le hacen decir con voz doliente: "Mi vida es una cadena de males y toca ya a su último eslabón." En la dolorosa síntesis que hace parece adivinar a los que lo detractan, y dice por boca de su pariente en *La sociedad*:

"Preciso es que sea muy malo mi primo—decía—, para pensar tan mal de los demás." A lo cual solía responder yo para mí: "—Preciso es que sean muy malos los demás, para haberme obligado a pensar tan mal de ellos."

Su pasión por Dolores es su fatalidad. Dolores es bella, es coqueta, es pasional. Ha irritado su pasión y su amor propio; es para él el ideal, el último refugio; "Fígaro" no concibe la vida sin ella. No es el suyo un amor cerebral. No está inspirado por haber leído el Werter y buscar un maniquí para hacer el romántico, no; es un amor grande, único, que crece y arraiga en un corazón grande y único también.

¿Cómo va a ser un pesimista teórico el que tiene por característica en su vida la pasión? Larra es apasionado, de una vehemencia extraordinaria. Se apasiona por las ideas, por las cosas, por todos los asuntos. En todo lo que escribe vibra. Su vida corta está llena de una intensidad que le hace agotar las emociones pasionales. Así, todo para él es importante, todas las sensaciones se agudizan, llegan a ser dolorosas. Se entrega a la vida, a la pasión sin reservas. En estos borradores de artículos de polémicas se ve la mano nerviosa que escribe y tacha de un modo febril, poniendo siempre a su pasión, a su indignación o su vehemencia la brida de su sensatez y buena educación.

Fácilmente, con los datos que tenemos podemos ya ver esta pasión en su desenvolvimiento; "Fígaro" se siente deslumbrado por aquella mujer escultural y bella, que se complace en mirarlo, en atenderlo, para sentirse admirada por un hombre superior. En su coqueteo, Dolores es víctima de ella misma; cede al amor de Larra, es su amante, y goza el aroma de aquella adoración y el homenaje que hay para su vanidad en la dedicación del escritor insigne.

No debía tardar en alterarse aquella paz. Envidias, odio, rencillas, la moral hipócrita asustada por un lado; los celos de la esposa de Larra por otro. Dolores debió temer por su tranquilidad; lo que en Larra era una pasión en ella era un capricho. Quiso concluir y tal vez lo hubiese logrado si las imprudencias no hubiesen llevado a conocimiento de su marido la verdad. Entonces sobreviene el escándalo; el marido la repudia, la arroja de su lado, se dice que se marchó de España. Larra la sigue a Badajoz, debe proponerle el rapto, intenta reanudar sus amores; pero ella, cobarde y desenamorada, se niega, y entonces emprende él solo su viaje, en el cual su recuerdo constante y su soledad agudizan la pasión y le obligan a volver.

He encontrado entre los papeles de "Fígaro" medio pliego de papel ya amarillento, escrito por ambos lados, en francés, con infinitos tachones. Con el auxilio de una lupa he podido descifrar y traducir este escrito. Es una de esas páginas que el escritor siente necesidad de escribir para sí mismo, para satisfacer su corazón. Está, sin duda, escrito en París y expresa el cruel dolor de dejar la patria y a la mujer amada, de pensar que ha creído locamente poder olvidar. Se ve toda su pasión, todo su dolor, toda su soledad.

El nombre de Dolores está escrito con una timidez rayana al miedo. Siempre al hablar de ella dice: *mi bella*, pero luego tacha ese italianismo y escribe entre líneas *mi Dolores*. Tal como se presenta a su sueño y a su deseo la describe, y su retrato coincide con el borroso que hace de ella Ceruti y con el literario que leemos en *La mujer y su guitarra* y en *El Doncel*. Este escrito nos hace conocer que Dolores es andaluza, de Sevilla, y que Larra ha visitado este país.

"Quizás hayáis tenido alguna vez que abandonar vuestra patria. Entonces, cuando después de lanzar una postrera mirada languideciente a al costa que se aleja, os sentisteis llevados sobre las olas espumantes, hacia lejanas costas, habéis reconocido—quizás por última vez en vuestra vida—, que aquella patria os era queridísima. Quizás maldijisteis cien veces aquella misma patria antes de abandonarla: era una mujer que os había engañado—porque siempre engañan las mujeres—; o sino, era un amigo, que se portó con vosotros como una mujer, y que hundió en vuestro corazón el puñal, con mango de oro, de la traición; o, sino, eran las intrigas, las infames intrigas, de hipócrita lenguaje y frente de jesuita, quien desbarató vuestro porvenir; o, sino, era, finalmente, ese vago hastío del alma, ese vacío atroz de la existencia, en el que gira sin cesar el ambicioso, por el que corre sin objeto, mirando siempre, sin horizonte nunca, ese desierto estéril e infinito, en el que una arena blanda y movediza os arrastra a cada paso, sin tregua ni descanso, de cima en cima y de abismo en abismo. Lleno entonces de amargura, exclamasteis cien veces: "Te dejaré, tierra árida para mí; te maldigo, patria... Buscaré un país hospitalario. Hay muchos países hospitalarios, y en ellos olvidaré;"

¡; Olvidar!! Y os fuisteis—entonces muy lejos de aquella patria—y os dejasteis arrastrar, a merced de los vientos, como la hoja que el huracán arrancó, verde todavía, del árbol, cuya gala era ella... Y corristeis tierras y tierras...; pero corristeis como el tímido ciervo que lleva en el costado el dardo del diestro cazador; cuanto más corre, más hunde el arma por sí propio.

Entonces apareció la patria apareció ante vuestros ojos ornada con todos sus encantos seductores; entonces fué cuando mil tiernos recuerdos renacieron sin cesar en vuestro corazón para combatiros como las cabezas de la hidra, y renacían además para venceros, porque vosotros no erais Hércules.

Entonces fué cuando supisteis lo que significa verse confundido, perdido, olvidado entre una multitud inmensa que se agita, que anda, que os empuja, que os oprime, que no os habla, indiferente a vuestra persona, para la que sois el paria, y os sentís allí sin una mirada amiga que recoja las vuestras; sin un corazón que comprenda vuestro corazón; sin una voz que responda a la vuestra. "No hay más que una patria"—os habéis dicho entonces—, como no hay más que un amor; no se hace el verdadero amor ni se rehace la patria cuando se les ha perdido una vez: son la isla escarpada, a la que no puede volverse ya una vez fuera de ella.

Vuestra patria entonces se convertirá en vuestra alma, en vuestra conciencia, en vuestro propio remordimiento, y ya no se separará nunca de vosotros.

Si, extranjero en algún país, sufristeis esos tormentos—siempre renovados y jamás extintos—; si como espectador aislado contemplasteis un mundo entero, desarrollado como inmenso teatro, ante vuestros ojos atónitos sus mil escenas diversas; si asististeis a todas esas representaciones, a todos esos intereses de la vida ajenos a vosotros; si oísteis esas mil voces de las cuales ninguna se dirigía a vosotros; si a pesar de vuestro esfuerzo se deslizó entonces una lágrima por vuestras mejillas, en esos días de dolor y de soledad, entonces me comprenderéis.

Sí; hallábame solo en medio de la multitud, frente a frente conmigo mismo, sordo a todos los rumores, insensible a todo acontecimiento; no veía nada; no entendía nada; ni siquiera hablaba. ¿A quién iba yo a hablar? Mi voz me hubiera aterrado a mí mismo, y además, ¿quién hubie-ra querido escucharme? Los recuerdos habían borrado mis juramentos y roto mi cadena. El nombre de mi patria, mezclado de vez en cuando con el dulcísimo de Dolores, sol de Sevilla, vagaba por mis labios secos; a veces mi mano temblorosa apretaba convulsivamente una trenza de cabellos más negros que el ébano y más brillantes que el azabache, trenza que yo regaba con mis lágrimas.

"¡; Pero he podido yo abandonar mi patria y mi Dolores! ; Y para siempre, para siempre!..." Y mi corazón de español latía locamente en mi pecho. Y erraba por las calles sin rumbo, como en busca de algo. Y hubiese querido enseñar mi idioma a los árboles y a las rocas y a los hom-

bres que pasaban por mi lado para que comprendiesen mis penas y mis sordos gemidos. Me ardía la cabeza; mis cabellos revueltos descubrían mi frente pálida y agitada; sentía pesar sobre mí una mano de hierro que me oprimía... Era mi patria entera que se apoyaba sobre mí... Era la fiebre, y tras la fiebre, la pesadilla.

¡Orillas encantadas del Guadalquivir! ¡Praderas verdes, sotos sombríos, cunas de la inocencia, Edén de Iberia, ondas sonoras del Betis, pérfidas y atraentes como la sonrisa de una mujer, creí veros en aquellos momentos! Respiré el suave perfume de vuestra eterna primavera; las hojas largas y afiladas de la adelfa acariciaban mi frente pálida y abrasada; el sol de Andalucía reanimaba mi corazón helado, y sentí el deseo, el ardiente deseo insinuarse en mis venas y sacudir mi existencia. Me estremecía de amor. La más bella entre las bellas, Dolores, la estrella de Sevilla, de negros cabellos, trenzados al desgarrar por los dedos del Amor, la andaluza de piececitos hechiceros, de tímidos andares, de senos alabastrinos, de talle esbelto, balanceándose como la flor sobre el tallo ondulante, de miradas de fuego, surgió ante mis ojos con todos los encantos de la belleza española, esa belleza morena, imagen y compendio del fuego de su alma.

La belleza española es el sol de mediodía; la mantilla blanca bordada que cae en pliegues sinuosos sobre su seno deslumbrante, es su propia nube.

Después de leer esta página íntima y apasionada se comprende cómo ese amor impele a Larra a volver a España, y vemos que apenas llegado su primer anhelo es buscar a Dolores; trata de acercarse a ella. En las cartas de Ceruti vemos pasar a Dolores alegre, coqueta; su amor con "Fígaro" ha sido una aventura para ella. No hace la vida retirada de la esposa repudiada, ni demuestra sentir amor por su amante. Tal vez le inflere alguna grave ofensa, como se deduce de lo que Larra escribe a Carrero, el cual, a pesar de su parentesco con Dolores, reconoce la caballeridad de "Fígaro".

Después de un período de completo alejamiento, "Fígaro" vuelve a ver a Dolores en Madrid. El desdichado le suplica de nuevo que tenga piedad. Ella no lo amaba; pero aún no lo desengañó, aún le permitió esperar mientras se entretenía en aceptar algún otro galanteo. Esto llevó a "Fígaro", ioco de celos y dolor, a provocar un duelo con un rival. ¿Quién era éste? ¿Llegó a verificarse el duelo? No he podido averiguarlo. En la familia hay memoria de un duelo a pistola que tuvo "Fígaro" días antes de su suicidio. El conde de Chestre, que fué un íntimo amigo de Larra, habló de este duelo a varias personas, entre ellas al Sr. Lomba, y dijo que el adversario de "Fígaro" se llamaba Bertodano. Según el conde, cuando se verificó ese duelo era "Fígaro" soltero y él fué su padrino. No tendría nada de extraño que el tiempo hubiese confundido las fechas en la memoria del anciano conde y se tratase de este mismo asunto. El recordaba que fué por una mujer; tal vez esto lo inducía a creer soltero a "Fígaro"; pero la ofensa debía ser grande, porque se batieron a pistola, en condiciones terribles, tanto que los padrinos cambiaron las balas de plomo por otras inofensivas, conociendo el rencor que los guiaba y queriendo evitar un mal irreparable. Los dos contendientes, que ignoraban esta superchería, dieron muestras de gran valor y serenidad. La versión de este duelo por aquellos días está tan extendida, que entre los disparates que insertan los periódicos extranjeros se habla de un duelo de Larra a causa de celos de su amada, si bien suponen que ésta es la reina doña Cristina. Su mismo tío hace referencia a esto en la carta en que narra el suicidio, la cual insertamos más adelante. Lo cierto es que "Fígaro" siguió implorando a Dolores y que ésta se mostraba inflexible. Sus parientes y amigos habían mediado para reconciliarla con su esposo, y éste al fin había perdonado y consentía en su nueva unión. Celoso de su honor, el esposo de Dolores se había marchado de España a nuestras posesiones de Ultramar. Allí, lejos de Madrid, lejos de cuantos le conocían, lejos de "Fígaro", él podía olvidar y perdonar. Se asegura que Dolores vacilaba, temerosa de la situación inferior en que se encontraría colocada al volver a su hogar. Esta vacilación la aprovechaba "Fígaro" para decidirla a arrostrarlo todo y a ser feliz con él.

No era Dolores mujer de alma entera para afrontar una situación así sin sentir por "Fígaro" un amor semejante al que inspiraba. Además, sus parientes la em-

pujaban hacia su marido, la hablaban de su deber; le creaban dificultades; procuraban vigilarla sin dejarla sola un momento. Solamente una de sus amigas era la confidente, y la única con quien podía salir de casa de sus tíos sin provocar un disgusto.

Tal vez "Fígaro" se refiere a sus asuntos privados cuando tomando por pretexto los políticos escribe:

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don a la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenón. Yo soy *Fígaro*; todo el mundo sabe quién es *Fígaro*, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que *Fígaro* y *Mariano José de Larra* son uña y carne como el diputado Argüelles y la constitución del año 12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos y juntos nos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos.



Conde de Chesto.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportación que ocurra, y pedidas cartas de recomendación para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos, y por otras razones. En cuanto a papeles, como el Gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los había de registrar, no hemos dejado más que las cartas amorosas, que habían de ser buen rato para el señor jefe político y para los testigos. Los demás los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente no nos fiamos).

Item más, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3 en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana desde las nueve en adelante y, en fin, adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Fígaro* y dicho *Larra*, *bras dessus, bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y así como los anuncios de los carruajes que salen suelen añadir: *Se admiten arrobos*, declaramos que tanto en aquella casa, que está a la disposición de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que a los otros no recibimos, aunque en el día todos prenden) y demás, con equidad y a gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razón *Fígaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo más por hoy, y teniendo que ir a dar una vuelta al Prado, a coquetear o a la calle de la Montera, a mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo:—*Fígaro*, o, por otro nombre, *Mariano José de Larra*.

Lo mismo en la calle de Caballero de Gracia que en la de Santa Clara hay una casa de baños; los de la última los describe así un periódico de la época:

"Don Francisco Travesedo, quien en el año 1831 mandó construir dicha casa en una extensión de 9.000 pies, colocó en ella 29 pilas, la mayor parte de mármol, y las restantes de piedra blanca; 27 de estas pilas están colocadas en dos galerías y patio en piezas espaciosas, y las otras dos están colocadas por separado para dar en ellas baños minerales, según los dispongan los facultativos. Además, puede darse en una de dichas dos pilas baños de chorro y de regadera. Hay tres salas de descanso y un patio espacioso cubierto con toldo. Sus aguas son abundantes y claras y han producido buenos efectos en la salud. Esta casa se halla abierta todo el año, administrando baños a las casas de día y de noche, en lo cual se hace gran servicio al público, y se hizo aun mayor en tiempo del cólera, suministrando algunos días más de 50 baños a enfermos coléricos, que produjeron felices resultados en muchos de ellos. El precio

de los baños es 6 rs. sin ropa y 7 con ella, y llevado a domicilio, 16 ra. el primer baño, y 14 los demás."

Se ha preguntado si facilitaría el movimiento de gente que va a los baños la entrada en casa de "Fígaro" y si habría alguna razón para que buscarse esta vecindad; pero no parece lógico esto, dado el carácter casi medicinal que, como vemos por el párrafo que antecede, tenían entonces las casas de baños.

Hay, sin embargo, un misterio en cómo le interesa fijar el lugar en donde habita. Cuando a propósito del artículo "Buenas noches" la *Revista Mensajero* explica el concepto de porqué "No había hecho más camino que de la calle de Caballero de Gracia a la de las Rejas", y dice: "Esto lo entenderán los que sepan que el picaresco "Fígaro" está alojado en la casa de baños de Monnier, calle del Caballero de Gracia, y que *El Español* tiene las oficinas en la calle de las Rejas."

"Fígaro" obliga a rectificar esto. ¿Qué intención ocultaba una cosa tan sencilla? ¿Se refería a su vida privada? No es fácil averiguarlo.

Lo que hay de cierto es que en la lucha con su amor estaba vencido, agotado; no tenía voluntad ni fuerza para luchar contra aquel amor; se había abandonado a él; su desesperación era tan grande, que la conocían todos los que lo rodeaban. Un amigo suyo, compadecido de aquel gran padecer de Larra, se decidió a hablarle con la ruda franqueza que su desesperación aconsejaba: "Acordé—dice—aplicar a la herida de aquel noble corazón despedazado el hierro candente de mi propia indignación cariñosa, y le hablé, le interpeleí repentina y despiadadamente, diciéndole, en estas o parecidas frases, que el espectáculo de su anonadamiento mataba y destruía de un golpe toda mi antigua y persistente fe en su elevación moral, que me había enseñado a tenerle por un ídolo.

—Mira—me interrumpe alzando su noble frente altiva y fijando en mí sus expresivos ojos;—no te canses, no prosigas el sermón inútil, y óyeme. Muchas veces hemos pensado y dicho juntos y conformes que el "Quijote" es el libro de los libros, el mejor, el más admirable de todos. Muchas veces hemos convenido en que esa generosísima creación de su protagonista debe servir de ideal perpetuo a la humanidad para amar el deber, la virtud y el sacrificio. Muchas veces hemos llegado a pensar que Don Quijote es la figura de un Cristo con yelmo. ¡Qué lástima que tuviera la locura especial e incurable de sus leídas y soñadas magias caballerescas! Pues bien; yo seré todo lo grande hombre, todo lo Quijote que tú quieras; pero también tengo mi locura en esta pasión que me ha gangrenado; no se cura afortunadamente. Conque déjame en paz."

Si se estudian los cuatro artículos terribles: *Día de Difuntos*, *Yo y mi criado*, la crítica de *Los amantes de Teruel* y la *Necrología de Campo-Alange*, se verá que corresponden bien a este dolor de Larra; a su terrible melancolía.

Para él todo ha muerto; las campanas lloran su propia muerte; aquellos dobles son como el estertor de la agonía de un moribundo.

Necios, decía a los transeúntes, ¿os movéis para ver muertos? ¿no tenéis espejos por ventura? ¿ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, a vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais a ver a vuestros padres y a vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta, y que ningún jurado se atrevería a encausar y a condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

Pero ya anochecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Cifra a muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removía

como un moribundo que tantea la ropa; entonces no vi más que un gran sepulcro; una inmensa lápida se disponía a cubrirle como una ancha tumba.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrado! ¡Aquí yace la esperanza!!

¡¡¡Silencio, silencio!!!

Los cantos fúnebres de las exequias de Campo-Alange los oye "Fígaro" resonar en su propio corazón; le angustia aquel *De profundis*, "agonizante clamor del ser que se refugia en el seno de la creación, alma particular que se refunde en el alma universal", como si también su alma se hubiera ya sumido en ella.



Elegante de la época.

"Fígaro" amaba mucho a Campo-Alange, tres años más joven que él, y con el que le unía amistad fraternal.

Don José Negrete, aunque seguía la carrera de las Armas, era escritor y artista. Ha dejado una bella crónica del Sitio de Amberes, al que asistió; algunos artículos literarios y una novela muy estimables. Liberal y entusiasta, fué de los primeros en salir a combatir contra los carlistas, muriendo de un balazo, que recibió en el sitio de Bilbao, dejando casi toda su fortuna a los heridos de la guerra.

Por cierto que antes de este artículo, "Fígaro" había escrito otro, que no está recopilado, el 22 de Diciembre en *El Español*, a impulso de la indignación que le produjo la manera con que *El Castellano* da cuenta de la muerte de su noble amigo.

También hay una alusión a él en las páginas de la necrología:

"Su biografía es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve; pero ni una mancha en ellas!

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menguados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeríamos ofenderle o escarnecerle más que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni había menester serlo para dejar muy atrás al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un joven que hizo por principios y por afición, por virtud y por nobleza de carácter, algo más que su deber; dió su vida y su hacienda por aquello por lo que otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creía de buena fe que eran todos iguales a él."

Después de esta tierna y admirable biografía íntima, añade:

"Pero era justo; Campo-Alange debía morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; a haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero. Literato, no era pedante. Escritor, la razón y la imparcialidad presidían a sus escritos. ¿Qué papel podía haber hecho en tal caos y degradación!"

Vuelve a sentir aquella punzante desesperación de su soledad y el dardo de la traición que lo hiere, y exclama:

"Ha muerto el joven, noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros, cruel; ¡con él, misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero, ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos a quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquélla, que esos viven muertos y le envidian!"

En su artículo *Yo y mi criado* se encuentran alusiones a los sufrimientos que acosaban a Larra aquellos días, hasta el punto de alterar su salud, pues como hemos visto en su última carta a su esposa el día 22 de Diciembre estaba enfermo. Dolor, desesperación, fiebre hay en su pluma cuando escribe este artículo, hijo del delirio.

Sin duda, "Fígaro" recibía anónimos que lo martirizaban; tal vez se refiere a ellos en esa última carta escrita a Dolores—que vemos en el capítulo siguiente,—en la que asegura que no sabe si tendrá fuerza para resistir "a la calumnia y a la infamia". En el artículo *Yo y mi criado*, éste le dice:

"Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes, en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad."

Es como un resumen de todos sus desengaños, de todo cuanto lo agobiaba en su pesimismo mortal, lo que nos ha dejado en los párrafos que siguen. Es inútil hacer deducciones pudiendo leerlos:

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor, y ¡qué tormenta no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a tí te paga el mundo como paga a los

demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación; adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades; tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas, y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!!!...

En este doloroso artículo, que no puede leerse con serenidad, "Fígaro" hace por vez primera y única vez alusión a su suicidio. Este horrible desaliento, este pavor de sí mismo lo sorprende al despertar.

"Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían: aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*."

Este artículo debía haber alarmado a los que le amaban y apiadado a los que lo leían. No era un artículo pensado, era un artículo sentido; un artículo lleno de gritos de angustia. "Fígaro" tenía la costumbre de llevar armas y de tenerlas en su casa. La situación en que colocaba la época a los escritores explica esta costumbre, que varias veces le invitó a abandonar su tío D. Eugenio, sin que él hiciera caso de sus advertencias.

Más tarde aún, en su última crítica seria a propósito de *Los amantes de Tera*, que elogia, contento de hallar una verdadera obra de arte, hay, no un grito desesperado como los anteriores, sino un lamento de tristeza, de vencimiento, del que está próximo a abandonarlo todo.

Esta obra era consoladora para el crítico artista, cuya noble pluma tuvo que emplearse en tan malos modelos literarios, como el pincel de D. Diego Velázquez en estúpidos, enanos y bufones; pero debió hacer daño a su corazón de hombre, al que el espectáculo de aquella triste tragedia renueva sus dolores, tanto más cuando esa tragedia está inspirada en el *Macías*, hasta el punto de que Ferrer del Río dice que el autor tuvo que introducir las escenas de la mora para evitar la semejanza completa. Escribe:

"Algún otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio, las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta a proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino

como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir a sus oídos un cargo vulgar que a los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata a nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia, que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate a todo el mundo) como matan la ambición y la envidia; que más de una mala nueva al ser recibida ha matado a personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que a ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se sienten."

Causa un profundo respeto el escribir cuando llegamos a este punto. Parece como si nuestra pluma se hundiese y escarbase en el propio corazón de "Fígaro" para aumentar sus dolores, y sin embargo, ¡cuánto se ha abusado y se ha fantaseado respecto a su suicidio y a sus últimos días! Hay varios que le han hecho sentarse y escribir de una vez, la mañana del día de su muerte, *cuatro artículos* y para la "Revista Española", *que ya no existía*, como sabemos.

Molíns le hace dar el estúpido paseo por el Retiro, que ha sido aceptado tan ligeramente por la crítica, y que desdibuja y falsea toda la figura de Larra, como en su análisis veremos.



EL SUICIDIO

FEBRERO

1837

13

LUNES

Santa Catalina de
Ricci y San Benigno.

Amanece un día de este invierno de Madrid, claro, gris y frío. "Figaro" está aun acostado cuando su criado le entra una carta. ¡Carta de Dolores! Debía ser una engañosa carta en la que ella se prestaba a oirlo, una carta pérfida que trae al corazón de "Figaro" el último rayo de esperanza. Cree que consiente en verlo, porque aun queda amor en su alma. La han alejado de él intrigas y calumnias que aun podrá desvanecer; él disipará sus miedos, sus indecisiones; su amor triunfará de la infamia. Se hallará una fórmula acomodaticia para no separarse.

"Figaro" salta del lecho y escribe. Es lo único que escribe aquella mañana. El maravilloso hablista traza atropelladamente estas líneas que fotografamos, mal construídas, dobla el papel, lo cierra con una oblea y no le pone dirección.

"He recibido tu carta. Gracias: gracias por todo. Me parece que si piensan ustedes venir,

tu amiga y tú, esta noche, hablaríamos y acaso sería posible convenirnos.

En este momento no sé qué hacer. Estoy aburrido y no puedo resistir a la calumnia y a la infamia. Tuyo."

Hace entrar a la persona que le ha traído la carta; es una muchacha joven a la que interroga ansioso, al par que asegura su fidelidad con nuevas dádivas.

Después de la breve conversación "Figaro" se queda contento, alegre, lleno de optimismo. La esperanza renace. Se asoma al balcón y la silenciosa calle de Santa Clara le oprime el corazón. Vuelve a hallar en ella algo de ese inmenso cementerio que ha visto en Madrid, el pavimento mojado, las paredes húmedas, los muros de Santiago, y aquel jirón de cielo tan pesante que parece servir de toldo. Cielo gris, que deja adivinar el sol bajo la masa blanda que se desploma sobre la tierra. Vuelve la vista hacia la habitación y también le parece descuidada, fría, triste. Tiene esa frialdad de las habitaciones en donde no hay amor; ese aspecto que toman las casas abandonadas. "Figaro" llama a la criada y al criado que lo sirven. Es preciso arreglarlo y embellecerlo todo. Ordena que se enciendan todos los

braseros, que pongan flores en los búcaros, hay que vestirlo todo de fiesta y de alegría. El mismo se viste con la elegancia de costumbre, envía a llamar al peluquero para que lo peine y le arregle la rizada barba. Come de prisa, distraído un momento con las gracias de su Adelita; pero nervioso, inquieto, deseando acelerar las horas.

Acabada la comida sale, lo envuelve la alegría de la calle, en aquel segundo día de Carnaval. Las máscaras ponen la nota pintoresca de color, con brochazos de sus alegres percalinas; resucan los gritos, las músicas, los ecos de la voz gangosa, voz chillona, voz de máscara; se establece esa mayor sinceridad que da el taparse la cara. El autor de *Todo el año es Carnaval* se mezcla a la multitud, va a casa de Delgado, su editor; pasa por la redacción del periódico, entra a ver a Mesonero Romanos y al lado suyo, influido por esa dulce paz espiritual de Mesonero, "Fígaro" habla de sus proyectos y le propone la colaboración en su *Quevedo*, Mesonero que es de sus buenos amigos, de los que no sienten la envidia, se queda satisfecho de ver a "Fígaro" lleno otra vez de confianza en lo porvenir, de ansia de vida, de creaciones, de trabajo; lleno de proyectos y de entusiasmo. Ha abandonado su tristeza, su pesimismo; se diría que renace

*Hercules te carta. Si me, y gran
 a los que para que i. pueden en los
 ven tu congo de el mundo naltan
 mas y mas se ir por la comen un
 En este momento una que leer
 Estoy aburrido y voy a ir a la cama
 ma, y a la cama.*

Original de la última carta de «Fígaro».

¿Por qué extraña condición de su espíritu "Fígaro" que tiene toda el alma llena de otra mujer va a visitar a su esposa? Pepita está convaleciente de una afección catarral, y su marido pasa todos los días a verla. Este día ella se sorprende de hallarlo tan contento. Animada por esto le propone salir e ir a ver a la niña; pero Larra le dice que aquella noche espera a unos amigos.

Desde casa de su esposa "Fígaro" vuelve a la suya. Ni está desesperado ni piensa en hacer un recuento de su vida, como el que hace confesión general, ni ha deliberado suicidarse. Está más alegre, más confiado que nunca. Estremece contemplar el aspecto de esta breve e intensa felicidad. ¡Va a esperarla a ella! Siente temblar su corazón en la zozobra de la espera, en esa duda cruel del amor impaciente. ¿Vendrá? Está caldeada la estancia, las luces encendidas... no se atreve a abrir un balcón para no enfriar la habitación; va de la puerta a la ventana... levanta los visillos, escucha... En esos momentos vive toda la eternidad de su vida en la intensidad. La cocinera entretiene a la niña; el criado, advertido, espera. El Carnaval es propicio para aquella cita; la sombra, manto necesario para envolverla en su visita, cae poco a poco, y Dolores entra. ¡Dolores! ¡Es ella! ¡Está allí! ¿Dónde están los discursos que "Fígaro" había preparado? ¿Qué es lo que quería decirle? No tiene más que ojos para contemplarla y corazón para quererla.

La amiga—que ha referido después esta entrevista a la misma esposa de "Fígaro"—queda en la antesala. Ellos no cierran la puerta. "Fígaro" le habla de su

amor, de sus padecimientos; suplica. Hay lágrimas en su voz. Ella está dueña de sí, coqueta. A las súplicas de "Fígaro" contesta con frialdad. Está decidida a irse con su esposo, a rehacer su vida, no quiere seguir en una situación equívoca.

—¿Por qué has venido?—pregunta él.

—¡Quiero que me devuelvas mis cartas. No debe quedar nada entre nosotros!

El la oye como el que no comprende, no puede, no quiere comprender. Ella se levanta, cruje el raso de su falda y esparcen perfume de rosa los encajes de su mantilla. Como queriendo dar ejemplo, deja sobre la mesa la carta que "Fígaro" le ha escrito aquella mañana, e imperiosamente demanda las suyas. Sólo ha querido verla para eso... para asegurar su tranquilidad. Su voz es dura, sus palabras crueles; llegará a azotarlo con el insulto si se niega. "Fígaro" suplica aún. Como la escena se prolonga y él pasa de la súplica a la violencia, la amiga aparece, interviene...

¡"Fígaro" le da las cartas! Una visión de muerte pasa por él, una visión de crimen. Quiere salvarse, apartarla, y llama. Aparece el criado.

—Acompaña a estas señoras.

No es la vez primera que en días más felices la ha acompañado Pedro...

"Fígaro" se siente enloquecer; no están solos, ya no puede él llorar; ya no puede estrecharla entre sus brazos y ahogarla en ellos antes de dejar de verla para siempre. Aún en el momento último retiene su mano y bebe en el calor y el roce de su piel la vida toda. No es una despedida. Es una pregunta. La busca del último resquicio de esperanza.

—¿Adiós?

No puede creer que aquella mujer que lo ha amado lo pueda abandonar así. Pero ella responde:

—Adiós.

—¿Adiós para siempre?

—Sí.

Se aleja... ¡No hay remedio! La ola de la pasión y del dolor envuelve a "Fígaro". No piensa, no reflexiona, no se da cuenta de nada. ¡Es un dolor bárbaro el suyo! ¡Se ha ido! ¡No la verá más! El no concibe ya la vida. El *Siempre*, el invencible *Siempre* lo anonada. Rabia, dolor, impotencia; rebeldía, contra lo invencible, lo supremo, lo inconcebible. Uno de esos momentos en que no hay cielo, ni aire... en que el mundo se abre, cortado a pico por un hachazo, y no tenemos dónde poner el pie. Se ha concluido todo... la locura invade el cerebro... no recuerda... no hay hijos... padres... gloria... nada. Es imposible vivir en el vacío. El alma se va... el alma corre, el alma vuela... la sigue... la acompaña... la anhela. Es el alma deseosa de escaparse la que lo guía... ¡Desdichadamente las pistolas están allí, en la caja amarilla! Son el remedio... no puede sufrir aquel dolor bárbaro de su corazón... Se aplica la pistola a la sien, sin fijarse en nada, loco, apresurado, pensando quizás que Dolores va a volver al oír la detonación y que va a revivir en brazos de ella... ¡Dispara!

Dolores no ha salido aún de la casa. El ruido del disparo y la caída del cuerpo y de los cristales del balcón producen un ruido que oyen todos. Los otros no sospechan nada. Dolores, sí. Tiene la visión de lo que ha sucedido. Pero en vez de dolor y amor siente pánico de verse descubierta; con voz temblante y emocionada dice al criado:

—Vuélvase usted... vuélvase, Pedro. Pueden necesitarlo...

No se atreve a decir más y aprieta el paso, se aleja, huye... Nadie la acusará de asesinato, pero ella sabe que su mano, que aún guarda la presión de la mano de "Fígaro", ha disparado un arma. Sabe que es ella quien lo ha matado. Los pasos breves y rápidos de las dos mujeres se pierden resonando a lo lejos sobre las

desiguales losa de la calle de Santa Clara. A sus ecos responden las campanas de Santiago doblando lastimeras por las ánimas... "Fígaro" no es más que un cadáver

El Abismo
El suicida
Los anónimos
Madrid y la provincia.
El matrimonio
El amor
La celebridad.
Fígaro en Lisboa
Adiós a la patria

El proyecto de casa
Los días de gloria
~~El proyecto~~
La fusión
La vida al campo
H
El informal

El Páramo familiar
Los salvenas
Los ovos
Las larvas a gitanos
El coche de alquiler
El abanico al teatro
Entretelas
El tango
La Piedad del folo

El suicida
Los anónimos
Madrid y la provincia

El tango
El coche de alquiler
Entretelas

Alguno bastante de losa
de la calle de Santa Clara en el punto donde se encuentra con la calle de...

24

El coche de alquiler
El proyecto
El coche de alquiler

Dolores Arnijo

El coche de alquiler
El proyecto
El coche de alquiler

El nuevo mundo
El congreso al teatro

El coche de alquiler
El proyecto
El coche de alquiler
El tango
El coche de alquiler
El proyecto
El coche de alquiler

El coche de alquiler
El proyecto
El coche de alquiler
El tango
El coche de alquiler

Cuartilla hallada sobre la mesa de «Fígaro», en la que aparece escrito el nombre de Dolores Arnijo.

que yace sangriento y abandonado... no ha recogido nadie su último suspiro, ni su última mirada... sobre la mesa habían quedado unas cuartillas y la carta que le devolvió Dolores.

Parece que un velo de muerte cubre la casa, un estremecimiento de temor agita a todos. Es más triste, más lastimera la voz de las campanas de Santiago. Ellas saben que doblan por un muerto más. Que en el aire vaga aún el suspiro de otro agonizante. Las campanas de Santiago lloran; es como si quisieran con sus dobles dar el aviso de que un hombre agoniza y muere solo y abandonado; de que hay un cadáver a quien nadie se acerca. Las campanas quisieran ser como esas campanas que tocan a fuego y hacen correr a las gentes para remediar el siniestro. Pero nadie las entiende, ellas lloran, doblan, plegan... a sus ecos lastimeros responde el alegre bullicio de las máscaras, ya cansadas del regocijo del día... ¡El cadáver continúa solo tendido en medio de la estancia!

¡La detonación apenas ha sonado. La criada escuchó el ruido de la caída del cuerpo derribando el juego de té y de los vidrios del balcón que quebró la bala, pero no comprendió y puso su comentario vulgar al volver Pedro:

—Mal humor ha dejado al amo esa visita.

Era la hora en que la niña debía entrar, como todas las noches, a darle un beso a su padre antes de acostarse. Tierna costumbre que es un mentís más a los que han dicho que Larra no hacía caso de sus hijos y han escrito que la niña estaba allí por casualidad. No queriendo los criados exponerse al mal humor de "Fígaro" la dejaron ir sola. Adelita, la linda niña de rizos rubios, no tenía idea de la muerte; pero el espectáculo de su padre caído en el suelo, casi bajo la mesa, con un revólver al lado y los muebles derribados, la sobrecogió. Sintió lo que no comprendía y huyó aterrorizada llamando a los criados:

—"Papá está debajo de la mesa".

Entonces acudieron.

Un quinqué iluminaba el fúnebre cuadro. Al caer había derribado el velador, periódicos, libros y papeles se habían esparcido por el suelo; un cristal del balcón se había roto y un helor glacial penetraba en la estancia: "Fígaro" yacía pálido, con los ojos cerrados; con una expresión de dolor y de amargura, que denotaba bien las últimas impresiones de su vida.

Su cabello de ébano caía sobre su noble frente y hacía resaltar más la palidez. Apenas se notaba el orificio de entrada de la bala, apenas la sangre había salpicado la pechera de su levita y de su camisa. Se podría decir, en verdad, que descansaba.



VELATORIO Y ENTIERRO

Hemos podido reconstruir la escena del suicidio de Larra, gracias a los relatos de la familia, que pudo tener noticias de la entrevista por la amiga que acompañó a Dolores en aquella desdichada visita, y por los párrafos de la carta de D. Eugenio de Larra—que reproducimos más adelante—, y cuyo final, desgraciadamente, se ha perdido.

Larra estuvo tan solo en su muerte como lo había estado en su vida. Su esposa no tuvo fuerza para ir a su lado. Dolores, egoísta y sin amor, procuraba que no se pronunciase su nombre y se apartaba de todo como si huyese de su recuerdo; los padres no vinieron; los tíos, anonadados por el golpe, permanecen en una actitud pasiva. Casi nadie piensa en los tres niños huérfanos; porque es mayor aún la orfandad en que "Fígaro" ha dejado al arte y más irreparable su pérdida para nuestra literatura.

La circunstancia de vivir el ministro de Gracia y Justicia, D. José Landero y Cochado, en el principal de la misma casa que "Fígaro", hizo que éste fuese la primera persona que acudió a su lado. Gracias a esto y al haber triunfado las ideas liberales, se pudo conseguir que el cadáver del suicida se enterrase en sagrado.

El Juzgado dió las órdenes oportunas para esto, y en el libro de los Difuntos, folio 102 vuelto, de la entonces iglesia parroquial de Santiago y San Juan Bautista, existe la partida de defunción de Larra, que dice:

"En la Real Iglesia Parroquial de Santiago y San Juan Bautista, de esta muy Heroica Villa y Corte de Madrid, en quince días del mes de Febrero del año mil ochocientos treinta y siete, se enterró en uno de los nichos del cementerio extramuros de la Puerta de Fuencarral el cadáver de D. Mariano José de Larra, de estado casado con doña Josefa Wetoret, vecino y natural que fué de esta Corte, hijo de D. Mariano y de doña Dolores Sánchez, mi feligrés, que vivía calle de Santa Clara, casa de baños, núm. 3 nuevo, cuarto segundo. No tenía hecha disposición alguna testamentaria, y declarado que fué el abintestato, el Sr. D. Benito Serrano y Aliaga, juez de primera instancia, remitió a esta parroquia un oficio con fecha catorce del referido mes y año, en el que mandaba que el cadáver del dicho don Mariano José de Larra a la mayor brevedad fuese extraído y sepultado en el Camposanto, en inteligencia que se ha suicidado de un tiro de pistola, en la noche anterior a las ocho y media, a la edad de veintisiete años, cuyo oficio queda en el archivo de esta parroquia. No pagaron derechos algunos a esta fábrica, por no haberle hecho entierro alguno; y lo firmé yo, el Teniente mayor de cura de ella, fecha ut supra.—D. Isidoro Ulpiano Sotomayor.—Hay una rúbrica. Raspado—mi feligrés que—vale."

El cadáver de "Fígaro" estuvo expuesto en las bóvedas de dicho templo desde

el día 14 hasta la tarde del 15, en que tuvo lugar la conducción del cadáver. Ante él, en desfile de honor, pasaron cuantos políticos, poetas, artistas, escritores y personas importantes había en Madrid. Entre todos se acordó costear el entierro y hacer una importante manifestación de duelo, justo homenaje al desdichado genio.

No se recuerda ningún entierro así en Madrid desde el de Lope de Vega. Se reconstruye en los periódicos de la época el acto solemne. Desde muy temprano, la iglesia y los alrededores estaban llenos de una multitud de enlutados, con sombreros de copa. Al dar las cuatro, el féretro que encerraba los restos de Larra fué colocado en el coche fúnebre, cubierto de coronas y de ejemplares encuadernados de sus obras. Su mejor tarjeta de despedida de este mundo y de presentación en la eternidad.

Entre los nombres que entresaco de los asistentes al entierro, están: Martínez de la Rosa, el conde de las Navas, el de Torrejón y el de la Cortina; Mesonero Romanos, sir Willers, Cortés, Villalta, Fernández de Córdova (D. Fernando), López Peñalver, Romero Larrañaga, García Gutiérrez, Pastor Díaz, Roca de Togores, los hermanos Madrazo, Hartzenbusch, Alvarez, Segovia, López Peregrín, el pintor Alenza, Díaz (D. José María), Ferrer del Río, Salas y Quiroga, Ayguals de Izco, López (D. Joaquín M.), Bretón de los Herreros, Vega, Gil y Carrasco, Carnerero, Romea, Latorre, Grimaldi, Delgado, el famoso editor; los directores y redactores de todos los periódicos de Madrid, y las más importantes personalidades de las ciencias, las letras y la política.

La comitiva recorrió la calle de Santiago, la calle Mayor, la Puerta del Sol—ese recorrido que él nos dijo que hacía todos los días—, la calle de la Montera y la de Fuencarral, donde estaba el cementerio.

El nicho de Larra en ese cementerio, que ya no existe, estaba situado en el primer patio, en la pared, cerca del suelo. Al ver aquel agujero oscuro, donde iba a sumirse para siempre, los concurrentes tuvieron más viva aún la sensación de la muerte. Se colocó la caja en el suelo, y como si aún los vivos quisieran detener más entre ellos al que voluntariamente los había abandonado, se abrió para que todos pudiesen verlo por vez última. Lo que fué esta escena, en la que estaban congregados los más ilustres hombres de su tiempo, con las cabezas descubiertas, los ojos llenos de lágrimas y el alma palpitante en torno del cuerpo de Larra, lo ha pintado mejor que nadie D. Nicomedes Pastor Díaz.

“En aquel momento—escribe—nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender a los que no lo sientan; que los mismos que le hayan sentido le habrán ya olvidado, porque de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea ni queda memoria, pues en ellos el espíritu está en otra región, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida; el alma ve claros los misterios, o cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender

Se ve entonces a sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece; y se eleva a él; y desde altura, como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad, que en medio del espacio y de la inmensidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situación. No era amistad lo que sentíamos; no era la contemplación profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguración de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubría, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, o más que todo esto, o todo esto reunido, para elevarnos a aquel estado de inexplicable magnetismo, en que una situación vivamente sentida por muchos parece que se ayudan todos a sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábenlo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz a la sombra de nuestro amigo pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiración que nos dominaba, y buscábamos en derredor nuestro

un intérprete de nuestra aflicción, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en común concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros.

Roca de Togores fué el primero en romper el silencio para hacer el elogio de "Fígaro". En verdad que otra voz más sincera pudo alzarse. Veamos uno de los párrafos que le dedica y se sentirá la indignación.

Este hombre, señores, que a todos ha hecho reír, muere víctima de su melancolía; este escritor, que parecía tan festivo, y tan indiferente a todo, muere suicida, y quizá de amor. Pues que nos hemos engañado mientras vivió, procuremos conocerle mejor después de muerto; celebremos sus escritos, compadezcamos sus obras, y esos dos nombres que en la lápida se verán grabados se explicarán y disculparán mutuamente: uno es "Fígaro"; el otro, Mariano José de Larra.

Este hombre no comprende a "Fígaro"; para él, "Fígaro" es "un hombre que a todos les ha hecho reír", no es el hombre que a todos les ha hecho pensar. Esa afirmación, "Muere suicida y *quizás* de amor", es completamente bufa; "celebremos sus escritos, compadezcamos sus obras; y esos dos nombres que en la lápida se verán grabados, se explicarán y disculparán mutuamente". ¿Qué tiene Larra que disculpar? ¿Era esto lo que debía decir, al lado de su cadáver, un amigo sincero?

Le siguió el conde de las Navas, elocuente orador político, buen amigo de "Fígaro", que proclamó la aristocracia del talento y la superioridad del genio. Después hablaron Salas y Quiroga, José María Díaz, y leyeron versos Manuel Alberto Benito y Zorrilla. He aquí la primera composición:

SONETO

A LA MUERTE DE D. MARIANO JOSÉ DE LARRA

Una tumba, un ciprés, y destemplada
una lira también; lúgubre ardía
lámpara funeral; la tiranía
murmuraba en secreto: "Estoy vengada."

El teatro de Iberia malhadada
amargo llanto con rubor vertía:
lloraba la virtud; la patria mía
lamentaba una pluma malograda.

—Omnipotente soy, dijo una hermosa;
este lúgubre grupo legó a España
una sílaba mía desdeñosa.

"Fígaro" yace: que de amor la saña
no la resiste un alma generosa
si el desdén y el orgullo la acompaña.

MANUEL ALBERTO BENITO.

La de Zorrilla, bien conocida y que no merece del renombre alcanzado, dice:

A LA MEMORIA DESGRACIADA DEL JOVEN LITERATO MARIANO JOSÉ DE LARRA

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana;
vano remedo de postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra
y dejó su existencia carcomida,
como una virgen al placer perdida

cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
vacío ya de ensueños y de gloria,
y se entregó a ese sueño sin memoria
que nos lleva a otro mundo a despertar.

Era una flor que marchitó el estío;
era una fuente que agotó el verano;
ya no se siente su murmullo vano.

ya está quemado el talle de la flor;
todavía su aroma se percibe,
y ese verde color de la llanura,
ese manto de hierba y de frescura,
hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria,
donde no llegue a tu cegado oído
más que la triste y funeral plegaria
que otro poeta cantará por ti.

Esta será una ofrenda de cariño
más grata, sí, que la oración de un hom-
[bre,
pura como la lágrima de un niño,
memoria del poeta que perdí.

Si existe un remoto cielo
de los poetas mansión,
y sólo le queda al suelo
ese retrato de hielo,
ese retrato de hielo,
fetidez y corrupción,
¡digno presente por cierto
se deja a la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
y darle a la despedida
la fea prenda de un muerto!
Poeta; si en el "no ser"
hay un recuerdo de ayer,
una vida, como aquí,
detrás de ese firmamento...,
conságrame un pensamiento
como el que tengo de ti.

JOSÉ ZORRILLA.

14 de Febrero 1837.

Realmente es una poesía de circunstancias, porque sólo el momento de emoción con que se leyó y el ser su autor un niño que rompe en lágrima, es lo que le hace adquirir tal nombradía. Esa poesía tiene, sobre todo para impresionarnos, el pensar que al eco de sus últimos acentos entró en la tierra el cadáver de Mariano José de Larra.

Veamos cómo narra Zorrilla, en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, su llegada a Madrid, escapado de la casa paterna, el 14 de Febrero de 1837, en compañía de Miguel de los Santos Alvarez:

Y aconteció—dice—que entre las personas con quienes tropezamos en la Biblioteca acertó a ser una la de un italiano, al servicio del infante don Sebastián, llamado Joaquín Mossard, y nos dió de repente la noticia de que Larra se había suicidado al anochecer del día anterior. Dejónos estupefactos semejante noticia, y asombróle a él que ignorásemos lo que todo Madrid sabía, e invitónos a ir con él a ver el cadáver de Larra, depositado en la bóveda de Santiago. Aceptamos y fuimos. Mossard conocía a todo el mundo, y tenía entrada en todas partes. Bajamos a la bóveda, contemplamos al muerto, a quien yo veía por primera vez a todo nuestro despacio, admirándonos la casi imperceptible huella que había dejado junto a su oreja derecha la bala que le dió muerte; cortóle Alvarez un mechón de cabellos, y volvimos a la Biblioteca bajo la impresión indefinible que dejaba en nosotros la vista de tal cadáver y el relato de tal suceso.

Joaquín Massard, que en todo pensaba y de todo sacaba partido, me dijo al salir:

—Sé por Pedro Madrazo que usted hace versos.

—Sí, señor—le respondí.

—¿Querría usted hacer unos a Larra?—repuso, entablando su cuestión sin rodeos; y viéndome vacilar, añadió: "Yo los haría insertar en un periódico, y tal vez pudieran valerle algo." Ocurrióseme a mí lo poco que me valdrían con mi padre, desterrado y realista, unos versos hechos a un hombre tan de progreso y de tal manera muerto; y dije a Massard que yo haría los versos, pero que él los firmaría. Avínose él, y convíneme yo; prometíselos para la mañana siguiente, a las doce, en la Biblioteca; y despidiéndonos a sus puertas, echó Massard hacia la plazuela del Cordón, donde moraba, y Alvarez y yo, por la Cuesta de Santo Domingo, a vagar como de costumbre. Pensé yo al anochecer en los prometidos versos y fuíme temprano al zaquizamí donde mi cesterero me albergaba con su mujer y dos chicos, que eran tres arpías de tres distintas edades. No me acuerdo si cenamos; pero después de acostarnos metíme yo en mi mechinal con una vela que a propósito había comprado. En aquella casa no se sabía lo que era papel, pluma, ni tinta; pero había mimbres puestos en tinte azul, y tenía yo en mi bolsillo la cartera del capitán con su libro de memorias. Hice un kalam de mimbre, como lo hacen los árabes de un carrizo, y escribí tomando por tinta el tinte azul en que los mimbres se teñían...

La iglesia estaba llena de gente: hallábanse en ella todos los escritores de Madrid menos Espronceda, que estaba enfermo. Massard me presentó a García Gutiérrez, que me dió la mano y me recibió como se recibe en tales casos a los desconocidos. Yo me quedé con sus manos entre las mías, embelesado ante el autor de *El Trovador*, y creo que iba a arrodillarme para adorarle, mientras él miraba con asombro mi larga melena y el más largo levitón, en que llevaba yo enfundada mi pálida y exigua personalidad.

El repentino y general movimiento de la gente nos separó; avanzó el féretro hacia la puerta; ordenóse la comitiva; ingirióme Joaquín Massard en la fila derecha, y dos larguísimas de innumerables enlutados nos dirigimos por la calle Mayor y la de la Montera al cementerio de la Puerta de Fuencarral.

Mohino y desalentado caminaba yo, poniendo entre los días nefastos aquel aciago en que me habían negado una plaza en *El Mundo*; había llegado tarde a la mesa, y en que iba, por fin, ayuno a enterrar a un hombre cuyo talento reconocía, pero que no entraba en la trinidad que yo adoraba, y que componían Espronceda, García Gutiérrez y Hartzzenbusch. Parecíame que con aquel muerto iba a enterrarse mi esperanza, y que nunca iba yo a tener un papel en qué enviar impresos mis delirios a la mujer a quien había pedido un año de plazo para pasar de crisálida a mariposa, ni mis versos laureados al padre a quien con ellos había esperado glorificar. Así, el más triste de los que íbamos en aquel entierro marchaba yo en él, envuelto en un *surtout* de Jacinto Salas, llevando bajo él un pantalón de Fernando de la Vera, un chaleco de abrigo de su primo Pepe Mateos, una gran corbata de un fachendoso primo mío, y un sombrero y unas botas de no recuerdo quiénes, llevando únicamente propios conmigo mis negros pensamientos, mis negras pesadumbres y mi negra y larguísima cabellera.

Llegamos al cementerio, pusieron en tierra al féretro, y a la vista del cadáver, como se trataba del primer suicida a quien la revolución abría las puertas del camposanto, tratábase de dar a la ceremonia fúnebre la mayor pompa mundana que fuera capaz de prestarla el elemento laico, como primera protesta contra las viejas preocupaciones que venía a desenrocar la revolución. Don Mariano Roca de Togores, que aún no era el marqués de Molins, y que ya figuraba entre la juventud ilustrada, levantó el primero la voz en pro del narrador ameno de *El Doncel de don Enrique*, del dramático creador del enamorado *Macías*, del hablista correcto, del inexorable crítico y del desventurado amador. El concurso inmenso que llenaba el cementerio quedó profundamente conmovido con las palabras del señor Roca de Togores, y dejó aquel funeral escenario ante un público preparado para la escena imprevista que iba en él a representarse. Tengo una idea confusa de que hablaron, leyeron y dijeron versos algunos otros: confundo en este recuerdo al Conde de las Navas, a Pepe Díaz..., no sé...; pero era cuestión de prolongar y dar importancia al acto, que no fué breve. Ibase ya, por fin, a cerrar la caja para dar tierra al cadáver, cuando Joaquín Massard, que siempre estaba en todo y no era hombre de perder jamás una ocasión, no atreviéndose, sin embargo, a leer mis escritos con su acento italiano, metióse entre los que presidían la ceremonia, advirtiéndoles de que aún había otros versos que leer; y como mé había llevado por delante, hízome sudazmente llegar hasta la primera fila, púsome entre las manos la desde entonces famosa cartera del capitán, y halléme yo repentina e inconscientemente a la vera del muerto y cara a cara con los vivos.

El silencio era absoluto; el público, el más a propósito y el mejor preparado; la escena solemne y la ocasión sin par. Tenía yo entonces una voz juvenil, fresca y argentinamente timbrada, y una manera nunca oída de recitar, y rompí a leer...; pero según iba leyendo aquellos mis tan mal hilvanados versos, iba leyendo en los semblantes de los que absortos me rodeaban el asombro que mi aparición y mi voz les causaba. Imagíneme que Dios me deparaba aquel extraño escenario, aquel auditorio tan unísono con mi palabra y aquella ocasión tan propicia y excepcional para que antes del año realizase yo mis dos irrealizables delirios: creí ya imposible que mi padre y mi amada no oyesen la voz de mi fama, cuyas alas veía yo levantarse desde aquel cementerio, y vi el porvenir luminoso y el cielo abierto..., y se me embargó la voz y se arrasaron mis ojos en lágrimas..., y Roca de Togores, junto a quien me hallaba, concluyó de leer mis versos.

Cuando, volviendo de aquel éxtasis, aparté el pañuelo de mis ojos, el polvo de Larra había ya entrado en el seno de la madre tierra, y la multitud de amigos y conocidos que me abrazaban no tuvieron gran dificultad en explicar quién era el hijo de un magistrado tan conocido en Madrid como mi padre.

Al salir de allí, la reputación de Zorrilla estaba hecha. Había nacido del polvo de "Figaro". No sólo moral, sino materialmente. A los pocos días recibió la siguiente carta:

"Muy señor mío: He tomado la dirección de *El Español*, periódico cuyas columnas surtía Larra con sus artículos; pues la muerte se llevó al crítico dejándonos al poeta, entiendo que éste debe suceder a aquél en la Redacción de *El Español*.

Sírvase usted, pues, pasar por esta su casa, calle de la Reina, esquina a la de las Torres, para acordar las bases de su contrato. S: a., *F. G. de Villalba.*"

Zorrilla fué después ingrato con Larra.

Sin embargo, él mismo reconoce más tarde su error, y en sus Memorias aparece esta retractación sincera:

En cuanto a mi ingratitud..., por más que me avergüence y me humille tal confesión, no quiero morir sin hacerla. La muerte de Larra fué el origen de mis versos leídos en el cementerio. Su cadáver llevó allí aquel público, dispuesto a ver en mí un genio salido del otro mundo, a éste por el hoyo de su sepultura; sin las extrañas circunstancias de su muerte y de su entierro, hubiera yo quedado probablemente en la oscuridad, y tal vez muerto en la más abyecta miseria; y apenas me vi famoso me descolgué diciendo un día:

Nací como una planta corrompida
al borde de la tumba de un malvado,
y mi primer cantar fué a un suicida...
:Augurio fué, por Dios, bien desdichado!

He aquí un insensato que insulta a un muerto a quien debe la vida; que intenta deshonrar la memoria del muerto a quien debe el vivir honrado y aplaudido. ¿Concibe usted, señor Velarde, un ente más ingrato ni más imbécil? Pues ése era yo en 1840: mezcla de incredulidad y superstición, ejemplar inconcebible de progresista retrógrado, que ignoraba, por lo visto, hasta la acepción de las palabras que escribía.

Han transcurrido treinta y nueve años; nadie ha venido jamás a pedirme cuenta de mis palabras, y aprovecho la primera, aunque tardía, ocasión que a la pluma se me viene para dar a quien corresponde una satisfacción espontánea y jamás por nadie exigida; quiero decir: a los hijos de Larra.

Sobre el nicho de Larra quedó colocada la lápida, que aún conserva la familia; con la inscripción siguiente:

FÍGARO
(LA AMISTAD)
A LA MEMORIA DE DON MARIANO JOSÉ DE LARRA,
MUERTO EL 13 DE FEBRERO DE 1837
A LOS 27 AÑOS DE EDAD
R. I. P.



NECROLOGIA

Parece que al sonido de las campanas de Santiago, que lloraban la muerte de "Fígaro", debía responder el sonido de todas las campanas de las demás parroquias, extenderse sus sonos plañideros de provincia en provincia, para llorar toda la nación la muerte de uno de sus más preclaros hijos; pero en lugar de ser así hay prisa en acallar los dobles y en hacer olvidar al muerto insigne.

Después del homenaje de su entierro se cree haber cumplido con lo que se le debe, y la envidia al genio, el rencor al satírico y el miedo al suicida, tratan de enterrar su memoria.

Es triste el espectáculo que da la Prensa española, sobre todo la Prensa de Madrid.

Ningún periódico da noticia de la desgracia hasta el día 15.

El Castellano y *El Diario de Madrid* guardan un silencio vergonzoso acerca de la muerte del más castellano y más madrileño de todos los escritores.

El Patriota Liberal no publica hasta el día 15 un sueltecillo en tercera plana.

"Tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros lectores el prematuro y desgraciado término que puso a sus días el joven literato D. José Mariano de L., conocido del público por sus graciosos artículos a los que solía suscribir con el nombre de "Fígaro". Consideramos este suceso como una pérdida de difícil reparación para la literatura española. Cuando tengamos pormenores positivos sobre este fatal acontecimiento lo transmitiremos a nuestros lectores; pues lo que hay de cierto hasta ahora es que en la noche de antes de ayer, un arrebató, al que no parecen extraños los celos, lo ha conducido al acto de desesperación que deploramos."

El Duende Liberal decía el día 15:

"Dícese que no ha dejado nada escrito (Larra), y que *dos* señoras acababan de salir de su casa cuando se oyó disparar el tiro que puso fin a su existencia."

El Eco de Comercio no dice tampoco nada hasta el día 15 que le dedica este suelto:

"A las ocho menos cuarto de la noche de antes de ayer, se suicidó de un pistoletazo nuestro distinguido escritor Don Mariano José de Larra, bien conocido en el mundo literario por sus muchas y preciosas producciones, y cuya pérdida habrán de lamentar eternamente todos los que sepan apreciar nuestras glorias literarias, que tanto lustre han adquirido con las obras de este desgraciado joven. No nos atrevemos por delicadeza a manifestar la causa que ha motivado esta catástrofe.

"Noticiosos sus muchos amigos de que había de enterrarse su cadáver en la mañana de hoy en sepultura de misericordia, por no haberse dado disposición

alguna por ninguno de sus parientes para que se efectuase con el decoro debido a uno de nuestros primeros ingenios, se decidieron a costearle su entierro y sepultura, que tendrá efecto a las cuatro de la tarde de hoy, saliendo de la iglesia de Santiago donde está depositado, acompañándole hasta su última morada la juventud literaria de Madrid."

A los pocos días, el 19 de Febrero, publica un folletón firmado P. S. cuyo objeto es protestar de un artículo de *El Español* empezando una polémica lamentable, de la cual la tontería de unos y otros hace víctima a "Figaro".

<p>Fuente de las noticias. No. Para Madrid, Ho- rario del periódico a caso de los so- cios suscritores. 18</p>	<h1 style="margin: 0;">El Mundo,</h1> <p style="margin: 0;">DIARIO DEL PUEBLO</p>	<p>SE PUBLICA EN MADRID En el despacho de suscripción, Plaza del Sol, número 7. EN LA SUSCRIPCIÓN No las administracio- nes de correos.</p>
NUM. 259. ^o	MIÉRCOLES 15 DE FEBRERO D 1 1837:	PRECIO 6 CUARTOS.
<p>Don José Mariano de Latra ya no existe. Llérale las letras, las ciencias y la amistad. Nada más diremos <i>por ahora</i>: es demasiado violento el golpe que hemos recibido; el dolor y el llanto nos lo impiden. En este instante vamos a acompañar sus tristes restos a la tumba y á darle allí el último á Dios...</p> <p style="text-align: center;">J. PEÑALVER</p> <p>NOTA. Hoy no sabemos ni podemos escribir el moztico.</p>	<p>tendiente. Otros dicen que van de misión al ejército para persuadir á las tropas que no hay mejor sistema político que el del ministerio Calatrava, ni mejor plan de Hacienda que el adoptado por el señor Mendizabal, puesto que se hallan tan bien atendidas las obligaciones militares que el oficial que no sea un prodigo debe tener un cinco de onzas. Otros en fin suspenden su juicio, escarmentados de tantos chascos como han llevado los que se figuraron que el ministerio del pragra-a y el del empréstito forzoso, podían hacer nada bueno. Nosotros en medio de tantas dudas, confesamos que no nos es fácil atinar con la verdad; pero desde luego aseguramos, que vayan ó vengyan comisionados, concédanse al gobierno facultades omnímodas ó recójase las que se le han dado, siempre sucederá lo mismo, y es, que la guerra civil durará mientras prevalezca el sistema político del ministerio; y que...</p>	<p>El mismo ministerio Thiers, apenas entró en el despacho de suscripción, Plaza del Sol, número 7. EN LA SUSCRIPCIÓN No las administraciones de correos.</p> <p>El mismo ministerio Thiers, apenas entró en el despacho de suscripción, Plaza del Sol, número 7. EN LA SUSCRIPCIÓN No las administraciones de correos.</p>

El más lamentable de todos es *El Español*. Ese periódico en el que "Figaro" había puesto tanto de su alma y que no da cuenta de su muerte hasta el día 15 diciendo:

"No es única la desgracia que acabamos de lamentar (la otra es la muerte del director del periódico, D. Juan Esteban de Igaza), anteanoche ha tenido fin la existencia de otro amigo nuestro, D. Mariano José de Larra. Quizás no haya persona, de las que pertenecen a la España ilustrada, que no conozca este nombre, quizás no haya uno que no conociera al sujeto que lo llevaba. "Figaro", el escritor que hacía asomar la risa a los labios de todos, el que se burlaba de todo cuanto el mundo admira y aplaude, no reía.

"Figaro" tenía un talento demasiado claro, un alma demasiado noble para no llorar de continuo, y cada uno de sus artículos que el público lee con carcajadas eran otros tantos gemidos de desesperación que lanzaba a una sociedad corrompida y estúpida que no sabía comprenderle."

La Gaceta no habla hasta el 4 de Marzo que mete su cuarto a espadas con motivo de esa desdichada polémica y hace un sermón de moral. "¿Qué le faltaba a Larra? ¿No era padre y esposo? ¿No encontró un amigo a quien amar?" Acababa: "Vertamos un lágrima a su memoria y coloquemos una corona de laurel sobre la

fría losa de su sepulcro." "Murió Larra, pero "Figaro" vive y vivirá eternamente."

Estas últimas palabras son las que excitan la polémica a que se lanzan *El Eco del Comercio* y *La Gaceta*. Desdichadamente *El Español* acepta la controversia y en la cuarta plana aparece el día 22 un remitido firmado por M. R. de T. (Mariano Roca de Togores), en el que se declara autor del primer suelto y se pierde en vanas excusas diciendo que no es "estúpida y corrompida toda la sociedad, sino una parte de ella que alentaba a "Figaro" en sus extravíos".

Por si no era bastante, *El Español* comete una felonía publicando en su número del 8 de Marzo una *Carta a Figaro*. Donde un necio se dirige al escritor insigne con un tono familiar y burlesco, idiota, y dice: "Mal hiciste en matarte, "Figaro" amigo, y perdona que emplee este dictado un novel escritor burlesco", y termina firmando *El nuevo Figaro*. Indigna este atrevimiento, se echa de menos al escritor que hubiera podido contestarle con la punta del pie. Con razón dice Azorín: "Adiós, Español..., y no vuelvas."

En él aparece un folletón cuyo primer artículo firma J. de S. y Q. (José de Salas y Quiroga).

Suicidio de D. Mariano José de Larra.—Después de dos días de un dolor acerbo, después de haber derramado sobre la tumba de un infeliz amigo, de un ingenio privilegiado, lágrimas de verdadera amargura, trazar en el papel algunas frases de consuelo es ceder a esta naturaleza, cuyos beneficios son alivio a nuestros pesares. De todas las pérdidas que en los años de una existencia borrascosa nos ha hecho experimentar la mano de la muerte, ninguna, lo juramos, ha obrado en nosotros una sensación más profunda y terrible que la de nuestro amigo D. Mariano José de Larra. De cuantos cuellos la muerte ha segado, ningún cuello más digno de no caer; de cuantos corazones ha helado la tumba, ninguno más noble, más fogoso y abrasado. Una existencia de borrascosos afanes, de verdadera contemplación, ha formado el tejido de un drama sublime, cuyo desenlace... está encerrado en la tumba; una flor hermosa no pudo arraigarse en un suelo corrompido; esos ojos de fuego abrasaban a los que osaban mirarlos, y la flor se marchitó y se apagó el fuego de los ojos.

¡Pobre poeta!... Lanzado del cielo a una tierra de maldición, sediento en el desierto, jamás llega a asentar sus pies en el suelo, menos que un ángel, más que un hombre, es solo, sin tener donde tornar la vista ni a quien pedir una hora de delicia. Sus horas no son horas; son eternidades de agonía, y por cada instante de placer que se escapa a sus labios de las manos del Creador, una nueva eternidad de pena viene a exigirle una terrible expiación.

¡Pobre poeta!... Cuando inclina su frente al suelo, que quiere unir sus labios a los labios de un mortal, que se rebaja a ser hombre, entonces se levanta un grito de la sociedad, que es como un soplo asolador que marchita la flor más pura, entonces el poeta que creyó ser hombre y que dejó el cielo, se consume en la tierra, se agita en estos estrechos límites del mundo, y tiene que dejarlos para subir al cielo, su morada.

Ayer, al acompañar el carro fúnebre del malogrado Larra, mil vagos pensamientos de dolor agobiaban nuestro corazón; era un amigo que llevábamos a la mansión de los muertos; era un poeta desgraciado que íbamos a entregar a la tierra; era una esperanza trocada por un recuerdo. Tantos amigos en nuestro torno, todos tristes, todos melancólicos, todos llorando una muerte que todos deploraban, recordando una existencia brillante, pero desgraciada, un instante de delirio coronando una vida de filosofía.

El cadáver de D. Mariano José de Larra quedó en la huesa, y al lado de su sepulcro su joven amigo el distinguido D. Mariano Roca de Togores elevó su voz de tristeza, pronunció el elogio fúnebre del filósofo que durante su vida se ha cubierto con una risa sardónica, que ha arrojado un sarcasmo sobre la sociedad donde vivió, tan infeliz en medio de los placeres. Nos contó algunos particulares de la vida de su muerto amigo, y hemos oído con placer que en breve verá la luz pública un drama que dejó sin concluir y que continuará uno de sus amigos, bajo el título de *Quevedo*.

En seguida el fantástico joven D. José Zorrilla leyó con el mayor fuego una hermosa composición, a la cual damos lugar en nuestras columnas por parecernos digna de ver la luz pública. Algunas estrofas, sobre todo, han sido estrepitosamente aplaudidas, y en una reunión, compuesta en su mayor parte de artistas, debía encontrar, por cierto, eco tan sentidos versos, gritos tan dolorosos de una especie aparte de hombres, que viven en el mundo una vida de agonía.

Ahí se acabó todo: se acabó el trato de los hombres con un cuerpo de barro; en el corazón de sus amigos, en la memoria de todo hombre sensible no se acabará jamás el recuerdo del infeliz Larra, víctima de una pasión desgraciada, de una exageración poética peligrosa. Ojalá sea el último joven fogoso que de igual modo tenga el mundo que llorar. ¡He aquí, oh jóvenes, hasta dónde arrastra a un alma de fuego el huracán de las pasiones! ¡Guay, oh jóvenes... aprended en esa tumba! J. de S. y Q.

Después hay otro artículo enfático e indigesto, lleno de filosofía barata que firma M. (¿Mariano Roca de Togores?) y los versos de Zorrilla.

En este mismo periódico aparece dos días después este comunicado:

Madrid 6 de Febrero.

El señor conde de las Navas nos ha dirigido el siguiente escrito:

“Murió Larra; ya no existe *Figaro*; ya vivirán más a su placer los mandarines que, abusando de la credulidad del pueblo y del poder, hacían, aunque con temor a aquel pesado, la cadena de su mando a la sombra de libertad de que todos carecemos; la pluma independiente de aquel célebre escritor nos libertó más de una vez de las iras del despotismo enmascarado; justo es que tamaña pérdida la lamentemos muy particularmente los que por la independencia de nuestras opiniones nos hemos atraído el odio del poder, y aunque valientes ostentaremos la lucha en favor de los derechos populares, no dejaremos de hallar un colosal vacío en nuestras filas; la parca nos privó de un compañero, de un amigo; consagremos a su memoria nuestros esfuerzos para coronar la obra que anhelaba, es decir, por ver a su patria libre y feliz a la sombra de una buena legislación, que a la par que consolidara la libertad, la pusiera a cubierto de los desórdenes y pandillajes que hasta el día la han despedazado. Su noble corazón, su ardiente alma, se desborda por ver el fin deseado, tal vez una de las causas que han podido contribuir a su desastroso término sea la ninguna esperanza que la actual administración da para ello. Todos debemos sentir su muerte, y tal vez más que nadie, yo, que, honrado por su particular amistad, conocí desde luego de lo que era capaz y la pérdida que en la suya podía tener ese desgraciado país, en el que por una fatalidad los genios como el de mi amigo son tan raros; lo único que enjuga de algún modo mis lágrimas es el lucido acompañamiento que le ha asistido al asilo del descanso, en donde la más brillante y florida juventud ostentaba con recogimiento la convicción más pura de las virtudes del joven literato, y hacía votos al cielo por su eterno descanso.—*Conde de las Navas.*”

Ramón Ceruti, atento a la política, aprovecha la muerte de su amigo para dirigir la siguiente alocución:

Electores de la provincia de Avila.

Larra, el diputado del pueblo que vosotros nombrasteis para las Cortes Constituyentes que debieron reunirse en Agosto último, ya no existe, ya no vive entre nosotros aquel literato, aquel patriota cuyo nombre yo recordé a las Juntas electorales, no por prevención ministerial, sino por amistad política con el candidato, porque conocía sus principios, porque ellos le hacían amar la libertad de su patria, el orden público y el fomento de su país. Yo, que conocía sus sentimientos; yo, que alcanzaba cuanto él comprendía, sin nivelarme por eso a aquella imaginación ardiente y filosófica, puedo casi asegurar que si el momento de arrebató que privó a la Patria de uno de sus jóvenes más distinguidos, de un joven que tal vez habría clasificado el siglo en que viviera, si tal momento hubiera dado tranquilidad a su espíritu, aunque hubiese sido violenta, Larra, al apartarse para siempre de sus amigos y de la Patria que llora su fin, habría dedicado las últimas expresiones de reconocimiento a los electores de Avila, que le honraron con sufragios tan numerosos, arrancados por el convencimiento patriótico de los ilustrados propietarios de esa provincia. Si la sombra de un hombre ilustre deja alguna impresión en los mortales, sirva ella para que los electores de Avila, en las primeras elecciones directas, den a la representación nacional un diputado digno de reemplazar a mi desgraciado amigo.—*R. C.*”

El Madrileño da cuenta de la desgracia el día 15 en un mezcquino suelto:

“Se nos ha asegurado que D. Mariano Larra, el “*Figaro*” español, se ha suicidado en la madrugada de ayer de un pistoletazo.”

El día 16 añade:

“Por antecedentes de esta catástrofe hemos averiguado que a las seis de la tarde del día 13 tomó en su casa (Larra) café con dos señoras. Oyerónse varios altercados, y el resultado fué marchar las señoras con visos de disgusto a las

vierte y media. Salió él a despedirlas y mandó a su criado las acompañase. Aun no habían llegado a la puerta de la calle, cuando se oyó un estrépito y saltar pedazos de cristal a la calle. La bala que acababa de privarle de la vida, después de atravesar su cerebro, rompió la vidriera de su habitación. Su hija, de edad de cinco años, fué la primera que le vió ensangrentado, cadáver, tendido a los pies de la mesa de su despacho. Estaba elegantemente vestido, y parece que aquél día su tocado había sido muy esmerado."

La duda que nace acerca de si fueron una o dos las visitantes de Larra, por la contradicción de *El Duende Liberal* y *El Madrileño* con lo que dice Cortés en su biografía, queda aclarada con la carta de "Figaro": "*Venid tú y tu amiga*", que va fotografiada; asimismo se sabe la condición social de la acompañante.

La muerte de "Figaro" halló también eco en el extranjero. Dos periódicos franceses ha hecho conocer D. Ismael Sánchez que tratan de la muerte de "Figaro". "Azorín", en vista de su desconocimiento y ligereza, les llama con frase gráfica "Castillos en Francia"; uno de ellos es la *Revue Britannique*, de Marzo de 1837, página 49. *La Nouvelle Litteraire en Espagne*.

Enfin, il serait injuste de passer sous silence l'infortuné Vega, imitateur de Scribe, dont il a popularisé les créations sur la scène espagnole. Dans le nombre de ses petites comédies, la plupart empruntées au théâtre français, on en remarque surtout une qui a pour titre: *Marcela o Cuál de los tres*. Ce spirituel écrivain, qui signait ses feuilletons du pseudonyme de "Figaro", a péri récemment d'une manière tragique. Irrité du dédain de la jeune reine, à laquelle il avait adressé plusieurs lettres pour lui déclarer sa passion, il provoqua en duel le favori Muñoz, qui garda aussi le silence. Le poète ne put supporter tant d'outrages et se suicida, tenant le portrait de la reine pressé sur son cœur.

"En fin, sería injusto pasar en silencio al infortunado Vega, imitador de Scribe, de quien ha popularizado las creaciones en la escena española. En el número de sus pequeñas comedias, la mayor parte tomadas del teatro francés, se destaca, sobre todo, una que tiene por título *Marcela, o ¿cuál de las tres?* Este espiritual escritor, que firmaba sus folletos con el seudónimo de "Figaro", ha perecido recientemente de una manera trágica. Irritado por el desdén de la joven reina, a la cual había dirigido muchas cartas para declararle su pasión, provocó en duelo al favorito Muñoz, que guardó también silencio. El poeta no pudo soportar tantos ultrajes, y se suicidó, teniendo el retrato de la reina apretado sobre su corazón."

El otro de *Le Voleur*, 10.º año, núm. 13, 5 de Marzo de 1837, dice:

28 Février.—Mr. de Larra, littérateur espagnol, avait la manie de croire que la régente Christine était éprise de lui: il lui écrivit souvent sans avoir de réponse. Il se figura alors que le seul moyen était de se battre avec Muñoz, le favori. Il lui envoya un cartel: Muñoz le lui renvoya sans réponse. M. le comte de Larra se décida alors à se suicider.

On l'a trouvé dans sa chambre, baigné dans son sang, un pistolet à la main, devant le portrait de la reine.

"El Sr. Larra, literato español, tenía la manía de creer que la Regente Cristina estaba enamorada de él; la escribió frecuentemente, sin obtener respuesta. Se imaginó entonces que el único medio era batirse con Muñoz, el favorito. Le envió un cartel; Muñoz se lo devolvió, sin respuesta. El Sr. Conde de Larra se decidió entonces a suicidarse. Se le ha encontrado en su cuarto, bañado en su sangre, con una pistola en la mano, ante el retrato de la Reina."

No queremos dejar de colocar entre estas necrologías una carta del general Fernández de Córdova, dirigida a su hermano don Fernando, que asistió al entierro de "Figaro". Dice:

"Celebro que hayas ido al entierro de Larra. Su suicidio me ha afectado y afligido mucho; ¡y por una mujer, en una época como la presente! Esto debió ser, en verdad, un verdadero rapto de demencia. Tenía Larra una gran capacidad, que admiré mucho siempre, pero que siempre me pareció mal dirigida. Es una gran pérdida para nuestra literatura, y yo la miro también como personal. El país hubiera podido contar para muchas cosas con aquel desgraciado muchacho."

La más íntima de todas es esta carta de su tío don Eugenio, escrita a los cuatro días de la muerte de "Figaro", en la que narra todos los sucesos a su hermano, y en la que aparece escrito el nombre de Dolores. Desgraciadamente no existe más que el primer pliego de carta tan interesante.

"Madrid, 17 de Febrero de 1837.

Mi muy amado hermano Mariano: Convencido de que con tu talento y filosofía, y después de pasados los primeros momentos del dolor, te hallarás ya en disposición de poder oír la revelación de la fatal y desgraciada ocurrencia, paso a referírtela, aunque conozco será para renovar tus llagas.

El 13, por la mañana, se manifestó muy diligente aquel infeliz con sus criados, previniéndoles limpiasen toda la casa, encendiesen más braseros, etc.: estaba, al parecer, más contento que otros días, muy agradable con la familia, y se vistió con la mayor elegancia, cortado y rizado el pelo de peluquero; a cosa de las tres de la tarde fué a visitar a Pepita en la casa en que se hallaba establecida de común acuerdo; observando ésta su alegría, diferente del estado que manifestaba hacía días, en que estaba triste, pensativo y hablando siempre de la muerte, le indicó sus deseos de ir a ver a Adelita aquella noche, a lo que replicó el difunto lo suspendiese hasta el día siguiente, que se la mandaría a comer y vendría él a los postres, a pretexto de estar ocupado esta noche con dos amigos en su casa.

A cosa de las siete y media de la misma (según consta de declaración de los criados) se presentaron en ella dos señoras, una más anciana que otra. La voz pública designa a la segunda por doña Dolores Armijo de Cambroner, quienes, después de una conversación acalorada, según los gritos que se percibieron, a cosa de las ocho, a consecuencia de un campanillazo, dió orden Mariano a su criado para que las acompañase; marcharon, cerrando él en seguida con un gran golpe las dos puertas intermedias a su despacho; a pocos momentos, y antes que regresara aquél (a quien despidieron ellas cerca de Santiago), oyó la criada un ruido confuso, que atribuyó a haber derribado su amo el velador con el juego de café, por ir acompañado del que produce la calda como de vidrios; así se lo manifestó al criado, añadiéndole: "¡Jesús, qué de mal humor ha dejado al amo esa visita." Pero no atreviéndose a entrar sin ser llamados, según sus órdenes, aguardaron a que acabase de cenar la niña, y entró el criado con ella a dar las buenas noches a papá, según costumbre, a quien encontraron cadáver tendido en medio de su despacho. El criado, asustado, y la niña gritando, salieron despavoridos y se lo dijeron a la criada, avisando en seguida al ministro de Gracia y Justicia, que vivía debajo.

En el reconocimiento practicado por los facultativos ha aparecido el papel cuya copia es adjunta, el que, según noticias y presunciones fundadas, fué escrito pocos días antes al tratar de un desafío a muerte por esa misma mujer que no llegó a verificarse.

La autoridad judicial, como es indispensable en esos casos, tomó conocimiento

una corona de laurel y varios tomos encuadernados, tirada por cuatro caballos enlutados, con acompañamiento general de todos ellos, doce pobres de San Bernardino con hachas y otros doce niños, dirigiéndose, por la calle Mayor, de la Montera y Fuencarral, a su destino, donde fué colocado en un nicho, improvisándose por los concurrentes en loor de su ingenio varias composiciones, tanto en prosa como en verso.

Se asegura se trata de poner una lápida sepulcral con una mención honorífica, como homenaje debido a su mérito.

Su inconsolable esposa, en medio del dolor en que se hallaba sumida, ha manifestado su gratitud a tan bien mereci..."

No debemos pasar en silencio el artículo de Molíns *El último paseo de "Fígaro"*, que con gran inconsciencia hemos leído y citado todos, hasta que ha llegado el momento de examinarlo a la luz de la crítica. Don Emilio Cotarelo puso hace ya tiempo en duda las afirmaciones de Roca de Togores. Después de un examen detenido y de la nueva luz que aportan todos estos documentos, la veracidad de ese artículo puede negarse en absoluto. *El último paseo de "Fígaro"* no tiene más que el poco o mucho valor que posea como artículo literario. No tiene el más ligero valor de documento histórico.

Molíns ha empleado para ese artículo el mismo procedimiento que para los demás del libro. Lo mismo hace hablar a "Fígaro" que hace hablar a San Francisco de Borja o a don Fadrique de Carvajal en los otros opúsculos.

En primer lugar sabemos cómo empleó Larra el día y que le faltó tiempo para ese fantástico paseo que supone Togores.

Después sabemos por testimonios irrecusables, como el de su esposa, su tío y Mesonero Romanos, que aquel día "Fígaro" estaba más alegre y optimista que desde hacía mucho tiempo. Sentía renacer la esperanza, y lo más lejos de su ánimo era la idea del suicidio. Esto aleja la posibilidad de esa actitud melodramática en que lo presenta Molíns, y que no tuvo nunca, limitándose a ser taciturno y melancólico, no locuaz y trágico. El carácter de "Fígaro" hace imposible creer que llorase así en medio de la calle, y que a la majadería que supone haberle dicho Molíns:

"—Yo pienso que su conciencia de usted es buena; su conducta, *criminal*; sus palabras, tristes; sus escritos, festivos", respondiese "Fígaro:

"—Usted me entiende. Voy a saber si otra persona me ama."

No es "Fígaro" ese hombre paradoja que en ese resumen quiere hacer Molíns, aun cuando se admitiera el texto de su conversación. Pero éste no puede admitirse tampoco.

¿Qué hombre en un paseo con un amigo íntimo, al que ve casi todos los días, con el que colabora, empieza a contar su vida en el tono siguiente?:

"Nací en Madrid el 14 de Marzo de este siglo." Natural que no sería del otro. "Salí a luz en la Casa de la Moneda, y desde entonces apenas he pagado la visita a mi patrona. Bautizáronme en Santa María, iglesia como mi fortuna, etc."

Y sigue contando toda su biografía detalladamente; "emprendí en 1827 *El Duende Satírico*", y enumera artículos, obras de teatro y traducciones de un modo inverosímil.

Arbitrarios e indignantes son los juicios que pone en boca de "Fígaro", obligándole a hacer una autocrítica. "El gusto se apartaba además del clasicismo, y, por consiguiente, nada me produjeron estas obras más que una buena cosecha de sabañones en Navarra en 1834. Conocí que mejor que estudiar héroes antiguos era morder a los modernos." "La poesía me presentaba el más fácil acceso; la cultivé; usted sabe *cuán poco valen más versos.*"

"Con el movimiento político comenzaba también el literario; *aprovechéme de*

él y di el Macías." "Una vez aceptado el papel en la comedia me sujeté a las condiciones de comediante; busqué querida; presumí tener amigos...; engañóme la una, vendieronme los otros. Mis folletines seguían en tanto su carrera; mi fama crecía; los Ministerios caían, unos al ruido de mis artículos, otros impelidos, sin duda, por las circunstancias; el público, que veía esto y que no deslindaba ambas cosas, miraba mis escritos como la gente preocupada el aullido nocturno de los perros, como anuncio de muerte próxima." ¡Qué mala intención y qué pedestre imagen! ¡Y pone esto en boca de "Fígaro"!

Y así sigue; le hace hablar a "Fígaro" de su viaje como a un viajante de comercio y envanecerse de la gente ilustre que en él conoció; lo pone en ridículo como político, haciendo que diga: "Alistéme en un partido que me hizo diputado por Avila para las Cortes revisoras; pero se quebraron en el cascarón, y cáteme usted engendro de hombre público y de literato transmigrado."

No hay nada íntimo, nada que sea secreto, nada no vulgar y conocido y sobre todo no hay nada humano. No, no es humano que "Fígaro" hable recitando párrafos de sus artículos.

Sus apreciaciones sobre su vida íntima están tomadas de *El casarse pronto y mal*; sus juicios sobre Campo Alange, textualmente de la *Necrología*; las afirmaciones sobre el valer de la aristocracia, del talento de *¿Qué cosa es por acá el autor de una comedia?* Las palabras con que pinta su desesperación están tomadas de *El Día de Difuntos*. Comprobémoslas: "España es para mí un cementerio; mi corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseo, no es más que un sepulcro en que dice el epitafio: "aquí yace la esperanza". Cuando habla de la pena del amor que lo mata se expresa con las palabras escritas en la crítica de *Los amantes de Teruel*; "las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; el amor mata (aunque no mata a todo el mundo), como matan la ambición y la envidia. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican, los sentimientos se sienten."

¿No es ridículo hacerle hablar a "Fígaro" así? ¿No se ve a Molins en su despacho componiendo un artículo sobre los elementos dados por Larra en su obra?

En el tomo 4.º de sus Discursos Académicos dice Molins que paseó con "Fígaro" el día de su muerte y que desde las alturas del Retiro vieron derribar la cruz de la iglesia del Buen Suceso en la Puerta del Sol. Larra se paró... miró tristemente el lejano espectáculo... y señalando con la mano preguntó:

"¿Qué dejan esos hombres al que quiere salirse del mundo no habiendo Claustro? ¿Sus pistolas?"

Para que no falte nada al final de la confesión está el acto de contrición. "Si yo comenzara a escribir ahora—le hace decir a "Fígaro"—no lo haría en un género que todos celebran y ninguno estima, etc., etc."

¿Cómo en tanto tiempo no se ha examinado bien este artículo para colocarlo en el lugar que le corresponde y despojarlo de todo valor documental sobre "Fígaro"?

Es un artículo ridículo y mal intencionado. Veamos cómo en las últimas páginas narra el entierro de "Fígaro":

"Lo cierto es que jamás se vió en Madrid más lucido entierro: literatos y artistas rodeaban su carro fúnebre; encima, como por trofeo, iban unos cuantos libros que si no nos informaron mal eran *No más mostrador, etc.*"—¿Si no le informaron mal? ¿Pero no lo vió él, no asistió, no se complace en figurar como el amigo íntimo?

"Una corona de laurel lo cubría, y al ver pasar este lucido concurso, cual jamás lo vieron los tiempos presentes, ni lo recuerdan los antiguos, sino en obsequio de Lope. al pensar, digo, que poco antes, Arriaza, poeta también y satírico, como *estotro*"—igualito—"había muerto oscuro e ignorado".—Naturalmente—"no pocos preguntaban: ¿es el obsequio al autor o al suicida?"—Y era Molins precisamente

el que había de llevar la voz para formular esta pregunta absurda. Añade: "Los que tomamos parte en él, *como amigos no podemos responder.*"

A esta perfidia, cobardía o torpeza de Molins responde noblemente "Azorín" diciendo: "Pues la contestación era facilísima: El homenaje es al amigo querido, al compañero infortunado, para quien la vida fué amarga, al grande, al extraordinario, al admirable escritor que supo poseer una viva sensibilidad, una clara inteligencia en cuanto escribió. La contestación era de una facilidad enorme, pero el amigo—el amigo—no supo contestar."

Hora es ya de que los que amamos a Larra nos propongamos fijar el valor de los hechos y colocar en su justo medio a falsos amigos y disimulados detractores. También entre las obras inspiradas en la tragedia de Larra está la obra de don José Díaz *El poeta y la mujer.*

El suicidio de Larra nada quita ni añade a su mérito de escritor. Es una cosa aparte, completamente, que no influye en su labor para nada.

En su vida de hombre su suicidio le da mayor prestigio. Abona su sinceridad. No es un farsante, no es un hombre *que busca querida*, porque ese es el uso, el hombre que en un momento de dolor intenso firma con su sangre su pasión. Hay suicidas literarios que mezclan a su deseo de muerte desengaños, descontento de la vida, disquisiciones, lo que podemos llamar un elemento cerebral de pesimismo, de cansancio. Larra no es de éstos. No es Larra un suicida literario por más que sea un literato y que su sensibilidad agudizada y torturada lo entregue más indefenso al dominio de las sensaciones. No es el literato el que siente el dolor; es el hombre el que se suicida arrollando al literato: la pasión de "Fígaro" es poderosa, sincera, vivida, humana; por eso se hace tan simpático y halla tanto eco en nuestros corazones. Larra es quizás el único literato que se suicida sólo por amor, *que es un hombre que ama nada más.* Ganivet siente la duda que lo atormenta; Felipe Trigo es presa de la neurosis. Leyendo al francés Gerardo de Nerval se adivina al futuro ahorcado.

En José Asunción Silva, el poeta de América, hay un desequilibrio cerebral. Elementos literarios se hallan en casi todos los suicidas, como los portugueses Camilo Castelo Branco y Anthero de Quental.

Tal vez el único que podemos comparar con "Fígaro" en su suicidio es Manuel Acuña, que siente el mismo bárbaro dolor.

En nuestra literatura, donde, aunque otra cosa se crea, la pasión es más artificiosa que real, el único hombre que se mata por amor es "Fígaro", como el único que se muere de tristeza de amor, es el traicionado y noble autor del *Canto a Teresa.*



Capilla del cementerio de Fuencarral.

INVENTARIOS

¿Qué bienes deja Larra? Ningunos. El inventario judicial de sus muebles, alhajas, ropas y efectos, al que varias veces nos hemos referido, nos muestra todo lo que poseía. Da idea de una acomodada medianía, de un modesto desahogo; ni vive con estrechez ni principescamente.

Este inventario completo, copiado del original, es como sigue:

Inventario de los bienes muebles, ropas y efectos encontrados en la habitación del difunto Don Mariano José de Larra:

Un jarro, palangana y toalla con pie de caoba.

Una cama chapeada de caoba.

Tres colchones de Terliz henchidos de lana.

Una sábana de Coruña.

Una ídem de lienzo fino guarnecida.

Dos fundas con sus almohadones, finas, guarnecidas.

Una colcha de cotonia guarnecida.

Una bacía.

Una caja de orinal de caoba, con dos senos y el vaso correspondiente.

Un sofá de caoba, con rollos, asiento y respaldo de cerda negro, y 12 sillas compañeras.

Un sofá de caoba, con asiento de paja de colores, y 12 sillas compañeras.

Una caja de brasero chapeada de caoba.

Una bacía de azófar con badila de metal.

Un sillón de caoba, con brazos y colchoncillo, forrado de badana verde.

Una mesa de doblar de tuerca, chapeada de caoba, pies torneados.

Un reloj saboneta de oro, con cadena del mismo metal y su llave.

Seis alfileres de oro.

Tres sortijas macizas, del mismo metal, una de ellas con un topacio.

Cuatro cucharillas para café, al parecer de plata.

Una mesa tocador, chapeada de caoba, con su luna ovalada suspensa en brazos.

Un lavador de boca con su platillo correspondiente y vaso, al parecer de cristal de roca.

Un quinqué de bronce con su bomba de cristal labrado.

Dos frasqueras de cristal de roca para ensenciás.

Un cofrecito de la misma clase para cepillos de limpiar dientes y contiene dos cepillos.

Una botella, con su platillo correspondiente, de la misma clase.

Un acerico con su pie, y dentro tres cordones, con una llave para reloj y un adorno.

Dos peines negros con su brocha de pezuña para peinarse.

Un espejo circular con mango negro.

Un bote con jabón de almendras para afeitarse.

Tres cepillos, dos de cerda negra y uno blanca.

Un cubierto pequeño de plata que usaba la niña.

Dos cajas que contienen tres navajas de afeitar y un alisador en otra.

Un selló con las iniciales M. J. L.

Un cerillero de caoba.

Una gorra de terciopelo y piel.

- Una caja para reloj de tafíete encarnado.
 Ocho pares de guantes.
 Un paraguas de gro morado, muy obscuro.
 Tres cuadernos de papel blanco holandés.
 Una lámina y un paquete de tarjetas con el nombre del difunto.
 Un bastón de caña.
 Una mesa de caoba con columna y cajón.
 Un velador ochavado de lo mismo.
 Cuatro rinconeras.
 Una banqueta, forrada de encarnado, para el sofá.
 Cuatro copas lisas de cristal.
 Dos floreros de cristal labrado.
 Otro velador ochavado con cajones.
 Tres pedazos de alfombra.
 Un velón de metal con relojera de piedra, fanal de cristal y peana de madera, su autor, Beuchet e Hijo.
 Una luna espejo con marco dorado de más de una vara de ancho y tres cuartas de alto.
 Seis cubiertos de postre y seis cucharillas con mango blanco.
 El esterado de la habitación con estera fina de verano.
 Cuatro tacillas con sus platitos, cafetera y azucarera, de loza fina, con ribetes dorados.
 Una bandeja mediana.
 Una pequeña, con despaviradelas.
 Dos pares de pantalones de paño, unos de color y otros negros.
 Dos fraques de ídem, uno verde y otro negro.
 Una levita de paño negro.
 Cuatro chalecos, tres de seda y uno negro.
 Uno negro de seda, color blanquinoso.
 Seis pares de verano de diversas clases.
 Una camisola de batista.
 Un camisón con chorrera de lo mismo.
 Un candelero de bronce para la mano.
 Una corbata de seda y cuatro pañuelos de lo mismo.
 Dos pañuelos de seda blancos.
 Una camisa de color.
 Un mantel y seis servilletas.
 Tres pares de medias para niña.
 Tres pares de guantes.
 Dos sábanas, una guarnecida y otra lisa.
 Dos almohadas guarnecidas.
 Un frac y tres pares de pantalones usados.
 Una capa de paño, de color de la lana, con embozos encarnados.
 Un capote de paño negro, usado.
 Uno ídem de hule.
 Una bata de algodón tela de cuadros.
 Un saco de noche.
 Una toalla sucia.
 Una caja de madera fina con llave y lavativa dentro.
 Tres sombreros de seda.
 Libros: Balbi, "Estadística de Portugal", dos tomos en pasta.
 "Obras de Quevedo", seis tomos en pergamino.
 "Panorama literatura de Europa", un tomo en francés, en holandesa.
 "Parnaso Español", tres tomos pasta.
 "Fontainebleau", un tomo rústica.
 Una gafa francesa.
 Cinco cuadernos de la obra titulada "Horas de Invierno".
 "Revolución de Francia", IV, V y VI tomo.
 "El Dogma de los hombres libres", un cuaderno.
 "Palabras de un Creyente", un tomo rústica.
 "Cartas persianas", dos ídem íd.
 "Consideraciones sobre la grandeza de los romanos y su decadencia", uno ídem íd.
 "La Rochefoucauld", uno ídem íd.
 "Viaje sentimental", uno ídem íd.
 "Enriada", otro ídem.
 "Tauromaquia", uno ídem.

- 13 comedias y óperas encuadradas en rústica.
 "Figaro", tres tomos encuadrados en holandesa y otro en rústica.
 "Literatura dramática", en francés, tres tomos.
 Obras completas de Currier, un tomo ídem.
 Cuatro "Huérfanas de Bruselas", ídem.
 "El Romancero", un ídem.
 "Romance de los Infantes de Lara", un ídem.
 "El Trovador", en francés, un ídem.
 "Método para aprender inglés por reglas", un ídem.
 "Don Juan de Austria", francés, un ídem.
 "Holanda o el orgullo del siglo XV", dos tomos holandesa.
 "Colección Constituciones", a la rústica, en español, un ídem.
 "Panorama matritense", dos ídem.
 "Poesías de Martínez de la Rosa", un ídem.
 "El Jefe de obra de un desconocido", francés, dos ídem pasta.
 "Cuentos morales", por Marmontel, cuatro ídem rústica.
 "Noticia de los cuadros de la Exposición del Museo Británico", en francés.
 "Requena", biografía de autores y actrices, un tomo rústica.
 Varios pliegos sin encuadrar de poesías de don Juan Bautista Alonso.
 Siete comedias a la rústica.
 Varios cuadernos y folletos a la rústica.
 Catorce cuadernos de las "Memorias originales del Príncipe de la Paz".
 Un sofá de Victoria, asiento de paja de colores, con costillas, y 12 sillas iguales.
 Siete sillas de diversas clases.
 Dos banquetas.
 Una cama chica, tablado verde, un jergón, dos sábanas, dos almohadas y una colcha.
 Un catrecillo blanco, dos colchoncitos y tres mantas.
 Una bacía de azófar con caja de nogal y badila de metal.
 Una de hierro, badila de lo mismo y caja de pino.
 Cuatro candeleros de metal dorados a fuego, con sus arandelas de cristal.
 Un arca de nogal, y dentro de ella varias ropas de la niña de muy poco valor.
 Un fregadero de pino con dos barreros.
 Una tinaja del Toboso con pie y tapa de pino.
 Dos taburetes de pino.
 Una plancha con su pie.
 Una mesita pequeña.
 Dos sartenes de hierro, una muy pequeña.
 Un cacharrero, unos fuelles, aceites, trévedes, parrillas, cacillo y tenazas.
 Una corta porción de vidriado ordinario.
 Diez y seis platos y dos fuentes de loza fina.
 Una jarra y una palangana de loza de Valencia.
 Cuatro vasos de cristal.
 Tres botellas ídem blancas.
 Cuatro de vidrio, de cuartillo y medio.
 Una copa y un vaso de cristal de roca.
 Un barreño grande de Akorcón.
 Un lebrillo blanco.
 Madrid, 14 de Febrero de 1837.



El Doctor D. Angel de Larra, hijo de D. Eugenio (primo hermano de Figaro.)

Hay un paquete de descripciones de Geografía e Historia de España, algunos en francés, que son, sin duda, borradores de trabajos hechos en París.

En estos escritos en francés está la descripción completa de toda España y Portugal. Una bella descripción de Madrid de su tiempo que en nada va en zaga a las

de Mesonero. Describe todo apoderándose de sus rasgos. Aquella Puerta del Sol, "punto de reunión de hombres de pequeños negocios que pasan horas y horas de pie, y la animación, que haría ereer a un extranjero en el comienzo de un motin". La Plaza Mayor, "la más bella de España". La pequeña Plaza de Santa Cruz, en donde estaba la cárcel de Corte con el famoso letrero que decía haber sido construída "para comodidad y seguridad de los presos".

Debían estar hechas para la obra de Taylor, de que habla en la carta a Delgado, que inserto anteriormente.

La portada del libro de Taylor que he visto tiene fecha MDCCCXXII, y el que cita Chaves dice que es de MDCCCXXXII, y Larra fué a París en 1835.

Tal vez el texto es posterior a la fecha que indican los grabados. En cuanto a los *Tableaux de la Peninsule*, no he podido hallarlos.

Uno de los originales escrito en francés que he hallado entre sus papeles es el siguiente:

LA VENTANA DE UNA BELLA EN ANDALUCIA

LA MUJER Y SU GUITARRA

¿Veis esa casita, cuya fachada os deslumbra, blanqueada con cal, como ésta, y en la que se reflejan los rayos del sol de Andalucía, una larga galería descubierta corona, siguiendo todo su contorno, su tejado, donde crece la hierba a veces entre las grietas de los ladrillos, de juntas desiguales? Es la azotea, a la cual, en una noche tranquila de Julio, la familia española sale a respirar el aire aromado por el azahar, la flor del oloroso naranjo; el patio de entrada está cuidadosamente rezado, y un ancho toldo colgado le protege de los ardores del astro diurno. Allí, el apacible andaluz, perezoso, dormitando, lánguidamente sentado sobre una silla rústica de madera, fuma con fruición su cigarrillo, del cual extrae y lanza al aire frecuentes bocanadas de humo. La chaquetilla, tiesa, con botoncitos plateados; el chaleco, de colores vivos; la faja de seda roja, el calzón sostenido por unos lazos de seda, la media blanca, la pechera deslumbradora, el pañuelo sostenido en el cuello por un anillo de oro, y en su cabeza, inclinado hacia un lado, el sombrero, de anchas y redondas alas, cuya copa, adornada alrededor por una cinta de terciopelo negro, se levanta en forma de pirámide. Es el andaluz. Su perro está a sus pies. Goza de su embriagadora pereza. Se encierra en sí mismo, tiene conciencia de que vive, y eso le basta.

Se abre una ventana con un ruido apagado en el piso bajo; no se ve ninguna luz; al amor le gusta el misterio y vive en la sombra; diríase una cárcel: largos barrotes de hierro se entrecruzan en la ventana e impiden la entrada al amante atrevido; tras la reja se ha dejado ver la hija del andaluz de lindos piecitos seductores, de pierna bien modelada, de tez morena, de ojos chispeantes y de negras trenzas, de seno levantado y palpitante, de delgado talle, que diríase va a quebrarse y que se balancea sobre las mórbidas caderas como una flor sobre su tallo; no posee la andaluza más que su amor por toda gala, pero qué bella es. Su mirada de fuego es el rayo que os abrasa y os trastorna.

Pero escuchad. No oísteis algo. Es un instrumento... de sonos agudos y graves que se suceden rápidamente; un aire alegre y melancólico a un mismo tiempo; es la tristeza de la dicha; a veces resuena sólo una cuerda, punzada por un dedo delicado; otras, son varias cuerdas que se armonizan y producen un sonido ruidoso y prolongado. Es el instrumento, es la guitarra; es el instrumento nacional, es el lenguaje de la andaluza. Cómo hace hablar a esta guitarra. La oís; comprendéis ese lenguaje porque os habla al corazón, porque es el lenguaje del amor, y estuvisteis enamorados vosotros también alguna vez.

No tiene más que trece años la muchacha; ni siquiera los ha cumplido, y no tiene novio; no quiere decir esto que los jóvenes del pueblo no se hayan enterado aún de sus encantos nacientes...; pero ella ha soñado con un novio; le ha adornado con todas las cualidades del corazón. le ha prestado sentimientos fogosos, y la realidad no se ha presentado aún a sus ojos con toda la poesía de su corazón.

De noche es cuando las sombras favorecen tan dulces ensueños: ve dibujarse a su novio en la sombra; entonces alza sus ojos al cielo, y un suspiro se escapa de su seno estremecido y sus dedos afilados transmiten a las cuerdas de su instrumento las vibraciones de su corazón.

La guitarra es su intérprete, porque en el rodar de su pensamiento cree escuchar absorber la voz de su amado fantasma y la guitarra es quien le responde. La triste y suave rondalla es sustituida por la alegre seguidilla, y en su lenguaje misterioso la desatinada jácara y el

rasgueo melancólico se suceden tan rápidamente bajo sus dedos como la alegría y la tristeza comparten alternativamente su amoroso éxtasis.

Si llega entonces la ronda de mozos y de majos que andan dando vueltas por la ciudad cantando y tocando ante las bellas juveniles, y se detiene ante su ventana entreabierta, la joven andaluza palidece y un ligero estremecimiento de indignación sacude sus sentidos; que atrevimiento representa en ellos el venir a turbar de este modo su dulce coloquio: son testigos inoportunos que llegan a interponerse entre ella y su amigo. Ha callado la guitarra, y ella ha mirado; pero no es la inquietud de la enamorada; es la curiosidad de la mujer.

El más atrevido de la comparsa se ha acercado de pronto; su traje le delata.

Comienza una suave tonada..., pero, ¡oh, sorpresa! En el acto la joven de ojos negros ha cerrado sus párpados abrasadores; su guitarra se le escapa de las manos. “¡Virgen Santísima!—ha exclamado toda temblorosa—. ¡No era él tampoco!” Y una lágrima ardiente se ha deslizado por su mejilla. Se ha cerrado la ventana, y la alegre ronda se retira y va a dar a otros sitios la serenata y el amor.

Sin embargo, la muchachita llora. ¡No era él tampoco! ¡Ah, Virgen Santísima, amparadla cuando sea él de verdad, porque él vendrá, sin duda, y vendrá a esta misma ventana y allí cambiará con la joven andaluza estas tiernas palabras de amor durante la noche protectora... La joven andaluza tiene trece años y sabe puntear en su guitarra. El no está lejos. Entonces llorará ella de bien distinto modo, quizás entonces olvide su guitarra...

Este artículo tiene la particularidad de que el retrato que hace de la joven andaluza es el mismo retrato que encuentro de Dolores entre sus papeles y que figura en el capítulo “Intimidaciones”. Por ese escrito venimos en conocimiento de que Dolores era también sevillana.

Otro artículo interesante es el que inspira a Larra la célebre matanza de los frailes, acusados de haber envenenado las aguas. El alto espíritu de “Fígaro” tenía que indignarse por igual contra los dos fanatismos en lucha.

En el artículo “Dios nos asista” Larra habla de la matanza de frailes y, aunque ese maravilloso artículo es la iniciación de la más avanzada insurrección social, dice: “Muchos liberales se afligieron y yo también me afligí. ¡Vaya! Pero no precisamente en cuanto a liberal, sino en cuanto a hombre.” “Azorín”, con su gran clarividencia, comenta: “Si se afligió en cuanto a hombre, se afligió, consecuentemente, en cuanto a liberal y en cuanto a todo.”

Este artículo, que no se había de publicar en España, le da la razón a “Azorín” y prueba más y más la nobleza de alma de “Fígaro”.

EL CARTUJO

Es inútil que el hombre desengañado de los placeres falaces de este mundo intente defenderse contra la molición de las pasiones desencadenadas; ya puede huír de ellas, las lleva en su corazón. La causa de sus desdichas, el origen de su repulsión no está en la sociedad; está en la manera de comprenderla y de afrontarla. El convento, solitario y silencioso, le abre sus puertas, que se cierran tras él acto seguido. Pues bien; en esa soledad, en ese aislamiento se halla solo e indefenso frente a las pasiones, y su grito se oirá más penetrante en medio de ese espantoso silencio; y esas pasiones, que no podían desarrollarse en un amplio campo, crecerán encerradas en el estrecho claustro religioso. Obrarán sobre cosas más pequeñas, haciéndose más mezquinas; por consiguiente, no podrán enseñar el rostro noblemente al descubierto y se harán hipócritas. Una lucha horrible se entablará entonces en su corazón, en su consecuencia en todo su ser, entre Dios y el hombre, entre el Creador y la creatura, entre el deber y el placer, entre la esperanza y la desesperación, entre la envidia y la caridad, entre la virtud y el vicio; y, desgraciadamente, no siempre será Dios el que triunfe. Si queréis ser fraile, sedlo en medio del mundo: tendréis así más mérito, y si deseáis venceros, no os faltarán ocasiones. Pero asimismo, cuando el corazón, libertado de sus pesadas anclas que lo atan a la tierra, se dirija, se alce todo él hacia su Dios; cuando la Religión y el estudio hayan llenado el vacío de las pasiones mundanas, ¡qué hermosa vida entonces la del fraile!

No quiero decir con esto que no haya virtudes, grandes virtudes, en esos lugares de recogimiento, virtudes que crecen, como los cedros del Líbano, en medio de las tempestades, no. ¿Dónde encontrar virtudes entonces, si no se hallasen entre esos hombres que hacen de la virtud su profesión?

En los grandes peligros, sobre todo, en las grandes circunstancias de la vida, desaparecen a menudo esos mezquinos intereses que dividen todo el año a los moradores de un claustro; se entusiasman entonces, *desfanatizan* a los mismos hombres que el día anterior reñían por distinciones ruines, por el priorato, por conseguir el favor del prelado, el honor de las misiones, la preferencia en las celdas, la parte misma de comida; su fanatismo, bien dirigido entonces, podría producir grandes cosas, y aunque fuera un fanatismo mal entendido, aunque tendiera hacia un fin pecaminoso, ese fanatismo sería virtuoso, porque el fanatismo es la convicción, y porque el fanatismo es siempre fuerte, y la virtud es la fuerza.

En esos momentos de crisis y de angustia, el fraile se siente superior a los demás hombres, comprende la elevada misión que está llamado a cumplir y la cumple; acaso va más allá todavía. Era en Madrid, el 18 de Julio de 1834. La atmósfera hallábase cargada de exhalaciones péfidas; era atroz; el aire que respirabais estaba envenenado, y os era preciso tragar el veneno para vivir. Llegaba el azote magno. Había cólera en Madrid.

Y, sin embargo, nadie lo tomaba en consideración: el pueblo, ciego y fanático, no quería creerlo—más obstinado que Santo Tomás—ni palpándolo con el dedo. La muerte aniquilaba la población; y como si no fuese natural en el hombre ser presa de una epidemia,

tenían que buscarse causas sobrenaturales a una desdicha por completo de este mundo: alzóse una voz, y se hizo oír con voz demoníaca, vibrando por todas partes sobre Madrid: "Se nos envenena; miserables envenenan el agua de nuestras fuentes: quieren matarnos." ¿Con qué objeto? Eso era lo que no se decía. Pero ¿acaso reflexionan los pueblos?

¿Acaso formulan preguntas? Propagóse la especie, añadiendo todavía: "Son los frailes los que nos asesinan." El miedo a la muerte invadió como una fiebre las débiles cabezas, y por miedo a morir fueron a matar; como si no bastase con una calamidad, añadióse a la cólera de Dios la cólera de los hombres para acabar con todo. Fué una pesadilla la que se apoderó de los espíritus.

Viéronse entonces innumerables crímenes, innumerables profanaciones sangrientas: una muchedumbre aterrorizada, semejante a una nube que lleva en su seno el rayo pronto a precipitarse, se dirigió hacia los conventos y los hizo retremblar. Las puertas fueron destrozadas, convertidas en polvo; pero las puer-



D.ª Pepita de Larra, hija de D. Eugenio (prima hermana de «Figaro».)

tas eran poco: había que entrar por las ventanas. ¿Y qué encontraron dentro? Encontraron frailes... Rezaban los desgraciados, abrazábanse a la Cruz, besaban sus crucifijos, imploraban clemencia... Se confesaban inocentes en alta voz... ¿Cómo no iban a serlo del crimen que les imputaban? Pero no les escuchaban; era preciso que muriesen. Entonces, arrojados, temblando ante sus verdugos insensibles tendían su cabeza ante los sables de los furiosos... ¿Por qué eran frailes cuando el cólera estaba en Madrid?

Fueron estrangulados, apuñalados. Les arrojaron desde lo alto del coro en aquella misma iglesia que había vibrado tantas veces con sus cánticos funerarios por sus semejantes. Habían huido del mundo, y el mundo venía a buscarles, con el puñal en la mano, como busca a sus víctimas.

Al día siguiente terminó la matanza por falta de reses; el Gobierno, lleno de previsión, buscó a los culpables; fueron apresados algunos miserables. El prior de Santo Tomás, anciano venerable, había sido horrorosamente vapseado, herido y mutilado por un mozo que se destacaba de los demás furiosos por su traje particularísimo: el santo varón lo había reconocido, no podía engañarse: las blancas vestiduras del mercenario estaban aún teñidas con su sangre, con aquella sangre que había prometido vender a los infieles como rescate de los cristianos, y que había sido vertida por el hombre que colocaban ante él. "¿Fué este mozo—le preguntó la policía—el que le hirió? No se espera sino su respuesta, padre, para confundirle."

El anciano bajó los ojos; el asesino palideció, no atreviéndose a mirar de frente a su víctima; esperó, en la más cruel de las angustias, la respuesta que debía hacerle condenar.

"No reconozco a mis enemigos", respondió entonces aquel fraile vilipendiado, aquel envenenador de las aguas. Y salvó al asesino.

Al día siguiente de la matanza todo el mundo estaba de acuerdo en la imposibilidad de envenenar las aguas; hasta se burlaban de lo absurdo de aquella suposición. Entonces los muertos fueron enterrados.

Ocúltanse muchísimos intereses mundanos, muchísimas vanidades humanas y hasta muchísimos desengaños bajo el humilde hábito de un fraile; hay muchas guerras intestinas y muchas envidias escondidas entre los espesos muros de ese convento solitario, que le parece a uno tan apacible y tan silencioso. También hay injusticias y hay tiranos y esclavos, y con frecuencia se hace en ellos política... y D. Carlos—podía decir con el Salvador—"cuando vengáis a Mí, yo siempre estaré en medio de vosotros."

Existen borradores escritos de su mano de los cuatro actos de *El Conde Fernán González*, y de sus traducciones del drama *Don Juan de Austria* y de la novela *El piloto*, de Fenimore Cooper. Hay fragmentos de versos y un cuaderno, en el que ha recopilado todas sus poesías, muchos artículos completos y fragmentos de otros. Un paquete de cuartillas preparadas para los trabajos del *Diccionario de sinónimos*. Artículos escritos en francés y apuntes tomados en latín. En algunas cuartillas hay escritos pensamientos. En una se lee: "Dice el *Alcoran* que el gato nació en el Arca de un estornudo del león." En otra dice: "Escribir aquí es confesarse en voz baja, como los moros, y dejar sus pecados en un agujero."

Hay un paquete de descripciones de Geografía e Historia de España, algunos en francés, que son, sin duda, borradores de los trabajos hechos en París.

Hay también un paquete de recibos y cuentas, entre las que se hallan todas las mencionadas en el curso de la obra, contratos de las casas donde habitó y apuntaciones de sus compras.

Se encuentran sus certificados de estudio, su acta de diputado, sus cartas sobre política, etc. Entre estas cosas hay un nombramiento de "Socio Correspondiente Fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País", fechado en Logroño el 31 de Mayo de 1836, y que tiene el mérito de estar firmado por otro hombre extraordinario: Serafín Estévanez Calderón, *el Solitario*.

Hay algunos pedazos de cuartillas en las que "Fígaro" ha improvisado cosas con lápiz, y luego, para fijar mejor los trazos, las ha reseguído de tinta. A veces se ha parado en su trabajo para dejar vagar el lápiz haciendo el dibujo de un paisaje ideal.

En una cuartilla está el borrador de una dedicatoria de sus obras a una dama; dice:

"Ofrecerla a usted esta colección, amiga mía, no es hacerle un presente; es devolverle lo que es suyo, supuesto que usted lo inspiró, y que sólo para complacerla lo escribí. Sólo siento que la inspiración no corresponda a la musa; pero eso no es culpa mía, sino de quien se hizo tan superior a los demás seres de este mundo."

¿Sería Dolores?

¡Qué vida conservan estas cuartillas incoherentes! Son superiores al mejor artículo. Una dice:

"La Sillería

El Ministerio

"Fígaro" gua

"Fígaro" la

"Fígaro" que

"Fígaro" ín

Barbier de Seviglia."

En otra hay esta dirección:

"D.^a Francisca García, casa del Sr. Conde de Villa Paterna", y a un lado esta apuntación:

"El alguacil y la Moza."

Se encontró también un libro manchado con sangre de "Fígaro", que debe tener el Dr. Barrantes al que se lo regaló doña Baldomera, de la cual fué novio en su juventud.

Pero las más interesantes de todas son dos cuartillas.

En una hay una cuenta íntima, al lado de una dirección y de títulos de sus artículos, que en la forma que están parecen indicar que se trata de una recopilación. Se mezclan con ellos títulos de algunas cosas que se propone escribir.

Lo mismo sucede con la segunda publicada en la página 245. Se ve el espíritu del hombre vivir en ella. Hay títulos de artículos en proyecto, ideas que esboza para luego recordar. Toda la cuartilla está cruzada, desigual, siguiendo el vuelo de un pensamiento fatigado. Se detiene, hace signos sin valor..., dibujos y, al fin, traza con su letra más clara, más cuidada, el nombre que rebosa en su alma, que pugna por salir de sus labios. Ese nombre sobre el que debieron descansar y recrearse sus ojos: *Dolores Armijo*.

Ese nombre ha quedado así escrito por la mano de "Fígaro" en esa cuartilla, que se debe perpetuar como lo más valioso de todos los objetos que aún restan del inventario del genio sin fortuna.



El poeta José Zorrilla y Miguel de los Santos Alvarez.

DUELO FAMILIAR

Sería injusto no dedicar un recuerdo a la familia de Larra en estos momentos dolorosos. No porque no acudan y se mezclen al duelo oficial, no porque no tengan cabal idea de la alteza de "Fígaro", su dolor es menos grande y respetable. El duelo de la familia de "Fígaro" debió ser mayor por ir unida la idea de su muerte a la del suicidio, que tanto espantaba a los creyentes.

En su amargura, el padre de Larra quería hacer culpable a su esposa de no haber inculcado ideas religiosas en "Fígaro". La madre era el tipo pintado por Larra en *Casarse pronto y mal*. No había sido suya la falta de educarlo, ni menos de infundirle esa religiosidad absurda que hace a los hombres timoratos. Su falta, que realmente la había para con su hijo, era falta de ternura. No religiosidad; amor, bondad, es lo que necesita inculcar la madre en el corazón del hijo. Ese es el caudal de amor en que encuentra la fuerza necesaria en la lucha de la vida: la moral suprema. No se debe, sin embargo, culpar a la madre, lo he dicho ya antes: en esas familias españolas antiguas, en las que impera el derecho romano para que la esposa sea una sierva del marido y los hijos una propiedad de los padres, no se pueden desenvolver bien los gérmenes del amor y de la justicia.

El padre de "Fígaro" había tenido siete hijas y un hijo antes de nacer "Fígaro", y todos murieron pequeños gracias al régimen excesivamente naturalista que empleaba el Dr. Larra, y que se negó a aplicar a su hijo último su segunda esposa doña Dolores Sánchez de Castro.

Don Mariano de Larra dejaba caer el peso de su dureza en su mujer y le decía: "Tu castigo está en que el día que yo me muera te quedarás sin nada." Así fué. Después de su vida de trabajo (dice en una de sus cartas que había ganado con la medicina millón y medio), el día que murió le quedaron a la viuda los modestos enseres de la casa y dos reales por todo capital.

En todas las cartas que se encuentran del doctor Larra, después de la muerte de "Fígaro", se halla la preocupación que le causa el recuerdo de su hijo. Un deseo de honrar su memoria, como si quisiera resarcirlo de su abandono y su severidad mal entendida; por más, fuerza es confesarlo, en ese deseo entra por mucho la preocupación del "¿Qué dirán?"

En una carta fecha 26 de Octubre de 1837 se leen estos párrafos:

"También me ha dicho M. Pascual que le has dicho tú que cuestan doce duros los doce blandones que te encargué para el día de Todos Santos y el siguiente de los Difuntos. El precio, por alto que sea, no me acobarda, y quisiera poder gastar, no sólo doce, sino doce mil en dar una prueba de carifio al hijo que he perdido; no obstante, sé que no sirve de sufragio para su alma, pues es pura vanidad y lujo, que no sirve para nada absolutamente, sino para dar un

tapabocas a los que han dicho que no tenía amigos y que sus padres y parientes no hacían nada por él. El funeral que se hizo en Madrid a expensas de sus amigos, el magnífico que le hice yo en Navacarnero, que no se ha visto otro mejor en este pueblo, pues el catafalco llegaba casi al techo y toda la iglesia estaba iluminada con más de cien blandones, lo que no contribuyó poco para que se llenase toda de gente; la lápida sepulcral que cierra el nicho en que está depositado el cadáver, y sobre la cual me han asegurado se han colocado dos coronas



Luis Mariano de Larra, hijo de «Figaro», en su despacho.

también de mármol blanco, y lo poquísimos que pueda hacer yo ahora, y continuaré haciendo todos los años, mientras que yo viva, será una prueba de que ni lo uno ni lo otro es cierto; pues tenía muchos y verdaderos amigos que admiraban su extraordinario talento y le querían de todo corazón por sus buenas cualidades, y padres que con ellos han llorado su pérdida y sienten que haya echado a su ilustre memoria el borrón indeleble de haber destruído por sus manos una cabeza tan bien organizada y de haber privado a la España de uno de sus mejores ingenios."

En otra fecha 28 del mismo mes dice:

"Me harás el favor de averiguar cuánto me costará, poco más o menos, el poner delante de la lápida sepulcral que cubre el nicho en que están depositados los restos de mi Mariano doce blandones de cera que ardan toda la tarde del próximo día de Todos Santos y la mañana siguiente del día de Difuntos y las diligencias que es preciso practicar para el logro de este pequeño obsequio a su ilustre memoria, y si será preciso que Dolores o yo vayamos a Madrid al efecto."

Con fecha del 31 escribe:

"Te doy las gracias por lo bien que has desempeñado la comisión del camposanto que me tomé la libertad de darte.

Consta	_____	360
Luzada	_____	320.
Sofa	_____	1000
S. Maria	_____	1080
Velador	_____	320
Elchiv	_____	160
Mrs. Mercedes	_____	240
Español	_____	
M. m.	_____	240.
J. Mend. am.	_____	360
Carra	_____	500
Merced m. m.	_____	120
Agua m. m.	_____	60
M. m. m. m.	_____	80

4.840

Autógrafo de una cuenta hallada entre los papeles de Figaro.

He recibido el cartel que tú tuvistes a bien poner sobre el alrededor de los ámbleos, cosa que yo también te agradezco, aunque no exigía tanto, pues me contentaba con que no estuviese la lápida sin luces para que no se dijera con verdad que sus padres y parientes habían olvidado al desgraciado "Figaro", cuando no hay persona en España que no tenga muy presentes sus gracias y agudezas."

El padre de "Figaro" le enviaba dinero a su nuera para atender a sus nietos. En una carta de 17 de Diciembre de 1840 dice a su hermano Eugenio:

"Este mes no me he valido de ti ni de Manuel Pascual para enviar los nueve duros a Pepita, porque los ha llevado, con otro par de medias de lana para Luisito, una señora, natural de este pueblo, que es parienta de la mujer del hijo de Mariategui, con lo cual me he ahorrado una peseta que daba a Manuel Pascual de gratificación cada vez que llevaba dinero. También le doy dos reales por cada cartita que me trae, por lo que me costará menos por el correo.

Tengo poquísimos tiempo para nada, pero no quiero desperdiciar el que poseo y lo aprovecho para daros las debidas gracias a ti y a Micaela por lo mucho que os habéis esmerado en la educación física y moral de Luisito, que está adelantadísimo en todo, y si su carácter no es mejor, no es culpa vuestra,



La viuda de Ossorio con sus hijos.— De pie, en segundo término, se ve al gran actor Fernando Ossorio. A la derecha Luis Mariano de Lerra con su hijo primogénito Mariano; a su lado su esposa D.^a Cristina Ossorio, y su otro hijo, el futuro autor Luis, en brazos de la nodriza.

sino de la configuración y organización particular que le predispone a ser un buen general de cualquier ejército; esto es, un grandísimo pícaro, facineroso, descastado, hombre cruel y egoísta, que esto y otras cosas peores son las circunstancias que constituyen el carácter de un buen militar.

Yo me precio de todo lo contrario; tengo el gusto de firmarme vuestro agradecido hermano..."

En otra del 13 Diciembre 1837 añade:

"... Yo quiero hacer en obsequio tuyo y de mi querido Luisito todo cuanto pueda, y no quisiera te fuera gravosa de ningún modo la buena educación que todos me dicen le das, y que te estoy muy agradecido, pues por ahora con lo que tú y la buena Micaela os tomáis el trabajo de enseñarle, basta, que tiempo vendrá en que pueda ponerle en un colegio, donde aprenderá todo lo demás que debe saber, y si mi poca fortuna no me permite llevar a

cabo tan brillantes proyectos, yo me encargaré de enseñarle por mí mismo la Gramática Castellana y la Francesa, y cuando ya sepa bien estas dos lenguas, le enseñaré el latín y el griego; en seguida la Mitología, la Geografía y la Historia, y poniéndole buenos libros en las manos y enviándole a una Universidad, él aprenderá en ella las demás ciencias a que su inclinación propenda.

Por ahora, con lo que vosotros le enseñáis y el buen ejemplo que le dais basta para que sea hombre de bien y aplicado, que es cuanto podemos desear.

Quisiera saber si las medias de lana que enviamos a Luisito con el arroje y las camuesas le vienen bien para hacerle al instante otras y enviárselas."

En una carta de 1840 habla de su mal estado de salud, y dice:

"Si me vieras te asustarías, porque parezco un espectro; pero siempre alegre y de buen humor. Duermo bien, no como ni puedo comer más que sopas de ajo, visito todos mis enfermos, no tengo dolor ninguno, pero tengo muy mal color, semblante abotargado y me dan congojas de debilidad."

Luego habla de su alegría de que Luisito haya entrado en San Isidro a estudiar Gramática Latina gratuita por influencia de Morales, sin cuyo estudio ninguna persona da muestras de haber tenido educación; la cree indispensable para vivir en sociedad y añade:

"Dile de mi parte al señor gramático que se aplique mucho; que como él lleve a saber hablar y escribir con perfección, esto es, con buen lenguaje o, lo que es lo mismo, con buena gramática, no le faltará qué comer; que todo el gran mérito de su padre consistió en ser un gran filólogo o, lo que es lo mismo, un gramático de orden superior, lo que se llama un buen hablista."

Todo el gran mérito de "Fígaro" consistió para su padre en ser un gran filólogo. Se ve que no le comprendió ni después de muerto.

Añade:

"Si tus apuros son tantos que no puedes continuar aliviándome de mis cargas, dime cuándo podré ir a buscar al niño y a aliviarte de ellas, pues aunque tampoco es obligación mía el cuidar de mis nietos, interin tengan madre y otros abuelos más pudientes, es demasiado el interés que me inspiran para que yo me desatienda de su educación moral y física.

Yo tengo la culpa de todo; pagaré la pena. Si yo hubiera dado mejor educación a Mariano no hubiera atentado a su vida, y éste hubiera sido útil a toda la familia."

Aunque no es un católico fanático, con la debilidad y la vejez se apoderan de su espíritu supersticiones y terrores religiosos, que le hacen escribir a su nieto la siguiente carta:

"27 Noviembre 1837.

Querido Luisito mío: He leído tu carta con grandísimo gusto y te doy mil besos en prueba del mucho placer que siento al ver tus adelantamientos.

A tu papá Eugenio encargo te compre los juguetes a que te considere acreedor, que yo los pago muy contento. María Dolores te está haciendo medias de lana para que te abrigues con ellas este invierno y te preserven de sabañones.

Te da también tiernos abrazos y muchísimos besitos, como también la Adela, que siempre se está acordando de ti.

Procura tener muy contenta a tu mamá Micaela y quíerela mucho.

Como ya te creo impuesto en los dogmas de nuestra sagrada religión, te encargo procures hacer tu primera confesión para el día 2 de Noviembre próximo, y cuando ya te consideres en gracia de Dios, le pidas muy de veras por el alma de tu difunto papá Mariano, que como para Dios no hay pasado ni futuro, sino que todo es presente, importa muy poco que no hayas hecho esta súplica a tiempo, pues Dios ya sabía que lo habías de hacer con todo fervor; por ello habrá permitido que haya muerto sin darle tiempo para hacer acto de verdadera contricción, que le reconciliase con su creador, que por los méritos de la preciosísima sangre de su unigénito hijo Nuestro Señor y Redentor, etc; en la cruz por to-



D.ª Cristina Ossorio, esposa de Luis Mariano de Larra.

dos los pecados, le haya procurado su salvación, quizás deteniéndole largo tiempo en el Purgatorio para satisfacción de la Divina Justicia, que tú puedes convertir en Clemencia e Indulgencia Plenaria con tus fervientes e inocentes oraciones, sacando a tu buen papá de aquel lugar tenebroso de expiación.

Adiós, Luisito mío; te quiere mucho tu abuelito *Mariano de Larra*.”

Después, en todas sus cartas hay la preocupación de la muerte de su hijo y de la suerte de su nieto, con un celo en el que se halla siempre cierto eco de remordimiento.

Apena ese dolor rudo y sombrío del pobre anciano, mortificado en su amor de padre y en sus creencias más íntimas.



Fachada del cementerio de San Nicolás.

EXHUMACIONES Y HOMENAJES PÓSTUMOS

No descansó definitivamente el cuerpo del desdichado y grande escritor en el cementerio de Fuencarral. A los siete años de su muerte se ordenó el derribo de este cementerio, y entonces se pensó en llevar los restos de Larra a otro panteón que fuese definitivo. Fué este cementerio el de la *real, ilustre y muy antigua* archicofradía sacramental de San Nicolás de París y hospital de la pasión, construido extramuros de la Puerta de Atocha, y donde era difícil hallar sepultura por el crecido número de personas de todas categorías que se inscribían, creyendo encontrar una sepultura perpetua. Reunidos los escritores se abrió una suscripción para allegar los fondos necesarios y se hizo mayordomo de la Sacramental de San Nicolás al hijo de "Fígaro", que contaba entonces trece años de edad, y tenía derecho por el cargo desempeñado por su abuelo en el Hospital de la Pasión, del que, como sabemos, fué médico. Este cedió por escritura a su admirable padre el enterramiento que le correspondía, y los restos de "Fígaro" fueron a reposar en la galería de la derecha del primer patio del cementerio de San Nicolás, cuarta fila de nichos, en el señalado con el núm. 792. En él se colocó la lápida de mármol negro con letras doradas, cubiertas por un cristal y una corona de pasta rodeando el pseudónimo del escritor. Hay dudas de si esta lápida fué la primitiva, que poseo, y vemos en estas páginas, o bien otra distinta, cuyo paradero se ignora.

Allí dormía, olvidado, después del acto de la traslación, recibiendo escasas y tímidas visitas de enamorados de su genio, o de los descendientes que lo amaban y parecían ocultar su amor.

Fué Martínez Ruiz (*Azorín*) el primero que había de glorificar su nombre con un acto grandioso y conmovedor, digno de los tiempos del romanticismo.

Leamos lo que él ha escrito:

En la tarde del 13 de Febrero de 1901 un grupo de jóvenes se dirigían por la calle de Alcalá abajo, desde la Puerta del Sol en dirección a Atocha. Vestían estos mozos trajes de luto; iban cubiertos con sombreros de copa; llevaban en las manos ramitos de violetas. El sombrero de alguno de estos jóvenes era de ala plana, recta; una larga melena bajaba casi hasta los hombros; el cuello iba rodeado con triple vuelta de una negra corbata. Diríase una típica figura de un cuadro de Esquivel. Estos muchachos se encaminaban hacia el cementerio de San Nicolás, donde estaba enterrado *Fígaro*. Llegados ante la tumba del escritor, depositaron en ella los ramitos de violetas, y uno de los jóvenes leyó un breve discurso, en el que se enaltecía la memoria de Larra.

En su libro "La Voluntad" narra esa visita con mayor extensión:

Los transeuntes miraban recelosos esa extraña comitiva que iba a realizar un acto de más trascendencia que una crisis ministerial o una sesión ruidosa en el Congreso.

El cementerio de San Nicolás estaba cerrado hace muchos años. Pasada la estación de Atocha, al final de una mísera barriada, lindando con la desolada llanura manchega, aparecen sobre los tejados negruzcos las puntiagudas cimas de los cipreses, resaltantes en el azul del cielo. Luego una verja larga de hierro que deja ver el seco ramaje de un jardín abandonado. Una campana suena; una mujer llega y abre la puerta; el grupo penetra en el diminuto jardín yermo. Enfrente un pórtico agrietado con los cristales de sus ventanas rotos, y una inscripción sobre la puerta.

"Templo de la Verdad es el que miras;
No desoigas la voz con que te advierte
Que todo es ilusión, menos la muerte."

El grupo atraviesa el zaguán, donde un perro amarrado a una cadena gruñe sordamente con la cabeza baja... entra en el cementerio de grandes arcadas, ruinosas, con anchas hendiduras negras que las rayan de arriba a abajo, repleto de nichos con lápidas borrosas. La hierba crece rozagante entre las junturas de las piedras; los pájaros saltan y trinan en los panteones; brilla el sol en los cristales de los nichos; un dulce sosiego se percibe en el aire. Y de cuando en cuando, a lo lejos, se oye el silbido de una locomotora, el cacareo persistente de un gallo.

El nicho de Larra está en el primer patio, en la cuarta galería. No lejos está el de Espronceda, al ras del suelo. La mujer que les ha abierto la puerta los acompaña. Todos se descubren ante la tumba. Reina el silencio. La mujer exclama: "¡Ay, Señor! ¡Ay, Señor!", y *Asorla* lee con voz pausada su discurso.

Dos días después de la visita a la tumba de Larra publicaron una hoja impresa por una sola cara; en la cabeza se lee en negras y recias letras:

"LARRA
1809 — 1837
ANIVERSARIO DEL 13 DE FEBRERO DE 1901."

Esa hoja contiene una breve biografía de Larra, los nombres de los que asistieron—Ignacio Alberdi, Camilo Barquiela, Pío Baroja, Ricardo Baroja, José Fuixá (la figura de Esquivel con sus melenas y su chistera de ala plana), Antonio Gil y J. Martínez Ruiz—, el discurso de "Azorín" y la descripción del acto hecha por el admirado Pío Baroja que describe así el cementerio:

"El cementerio este se encuentra colocado a la derecha de un camino próximo a la estación del Mediodía. A su alrededor hay eras amarillentas, colinas áridas, yermas; en donde no brota ni una mata ni una hierbecilla.

A los lados del camino del Camposanto se levantan casuchas roñosas, de piso bajo sólo, la mayoría sin ventanas, sin más luz ni más aire que el que entra por la puerta.

El día en que fuimos era espléndido; el cielo estaba azul, tranquilo, puro. Desde lejos, a mitad de la carretera, por cima de los tejadillos de la carretera, se veían las copas de negros cipreses que se destacaban en el horizonte de un azul luminoso."

.....
"Las paredes del patio, bajo los arcos, están atestadas de nichos, abandonados, polvorientos; cuelgan aquí coronas de siemprevivas, de las que no queda más que su armazón; allí se ven cintajos podridos, en otra parte una fotografía iluminada, más lejos un ramo arrugado, seco, símbolo de vejez o de ironía. En los suelos crece la hierba, hermosa y fresca, sin preocuparse de que vive con los detritus de los muertos."

. . .

Aquel mismo año, poco meses después, en la tarde del 2 de Noviembre, una pobre muchacha que acababa de llegar de remota provincia andaluza y que no conocía aún el acto realizado por los más prestigiosos representantes de la generación del

98, iba sola y enlutada al cementerio de San Nicolás en busca de la tumba del Maestro.

De aquel acto realizado por mí queda como recuerdo un ingenuo y apasionado artículo inserto en *El Globo* aquellos días.

¿Qué emociones agitaron mi alma juvenil, en la que todos eran gérmenes y confusión ante aquella tumba?

Allí había nombres gloriosos, capaces de sugestionar a los que se acercasen: Argüelles, Calatrava, Mendizábal, Muñoz Torrero y Olózaga. En aquel mismo patio húmedo, ruinoso y frío, dormía también otro poeta desdichado: Espronceda: y, sin embargo, el que culminaba, el que lo cubría todo, el que parecía un árbol gigantesco cobijando con su ramaje al cementerio, era Larra.

¡Larra! ¡Quizá el menos propicio para cautivar un espíritu femenino si se le mirara a través de sus biógrafos y de sus amigos! Pero yo era una ingenua que aun no había aprendido a analizar. La impresión de Larra había llegado a mí directamente, lo había conocido en su obra, había amado su espíritu libre de todo comentario: su gracia, su frescura, su fuerza, su sinceridad, llegaban hasta mi alma, desprovista de amaños literarios, como llegan al niño las caricias, que no pregunta

con qué interés se le hacen y que conquistan su corazón. Fué la mía una oración inconsciente, balbuciente, ansiosa de belleza y de verdad, que se elevó hasta Larra.

¡Cuántas oraciones así se habrán formulado cerca de su sepulcro! ¡Cuántas visitas solas, sinceras, amantes y angustiadas no habrán llegado hasta él! ¡Cuántos ojos no habrán querido penetrar con la mirada en su losa, con un deseo vivificante y una protesta de rebeldía contra la muerte! ¡Cruel destino el de "Fígaro", que cruzó la vida atormentado por un anhelo de belleza, y hasta después de muerto fué arrojado a un antro donde no le acariciaba el sol y donde no podía llegar la luz temblante y pálida de las estrellas!

No corría el agua con rumor de canto sobre el mármol de su tumba, como sobre la tumba de Enrique Heine, en París; no tenía flores frescas, como el poeta del Rhin; no había allí un lugar destinado a recibir las tarjetas de los visitantes, ni palabras suyas se habían grabado como un himno en la hipócrita losa. Era en una casa vieja, en un cuarto de una inmunda casa de vecindad, donde vivía el muerto amado. ¡Donde *nos vimos* la primera vez!

Es cierta la afirmación de "Azorín". La juventud actual ama a Larra cada vez más; repara la injusticia de los años pasados y la injusticia de las cosas; se acer-



El notable actor Mariano de Larra, hijo primogénito de Luis Mariano (nieto de "Fígaro").

ca más a él, toca sus llagas, introduce la mano en su costado. Las lanzadas que se clavan en su pecho con la acritud de los formulistas, de los envidiosos, de los hipócritas, hacen brotar el agua clara que cura la ceguera.

¡Larra resucita! Nace de nuevo en el aniversario de su primer nacimiento.

En los hechos triviales hay una psicología honda. Cuando un espíritu se impone al amor de una generación entusiasta y sana, ese espíritu es bueno. Cuando hasta los murmuradores, los que todo lo niegan, tienen que poner un *pero* que

reconoce su mérito, ese espíritu es grande.

Pero hay más. Cuando los homenajes no son sólo homenajes oficiales, medallas, lápidas, estatuas, conferencias y artículos... Cuando se le habla, se le llama, se le pone un cubierto en una mesa..., el espíritu vive.

Llegó el aniversario glorioso del nacimiento de Larra. El elemento



Banquete a «Figaro» en Fornos. (Caricatura de Robledano.)

oficial no se entusiasmó; no le convenía entusiasmarse. Hacía poco que había puesto otra losa más pesada, más suntuosa y más fría sobre los despojos de «Figaro» en el panteón de Hombres ilustres: se había lanzado sobre él la oratoria ampulosa y encomiástica. ¡Ya podía dormir en el olvido!

Pero las almas jóvenes protestaron. Ramón Gómez de la Serna ofreció a «Figaro» un banquete, donde nos juntamos todos los rebeldes. Fué como una mesa de comulgantes; había que acercarse limpios de corazón. Los que así nos acercamos vimos a «Figaro». Nos sonrió, estuvo con nosotros, comulgó en nuestros ideales y alzó el cáliz para acompañarnos en nuestros brindis.

Pero leamos la reseña que apareció en *Prometeo*, de aquella fiesta:

Agape en honor de «Figaro».—Con una brillantez inusitada se celebró en los altos de Fornos, el día 24 de Marzo, a las nueve de la noche, el banquete en honor de «Figaro». Inspirado por la admiración y el exceptismo, resultó un acto humano en la irrebutable acepción de la palabra.

El acto, que había sido tan discutido por la Prensa y los críticos timoratos o festivos, fué exaltado y noble.

Alrededor de una larga mesa se sentaron más de cien comensales. En la presidencia había un cubierto preparado para «Figaro», y sólo algún necio hubiese dicho que estaba vacío el sitio. A la derecha estaba sentada «Colombine», vestida de seda negra, pálida por la emoción de estar al lado del muerto ilustre; Ramón Gómez de la Serna estaba a la izquierda del homenajeado, y trazaba a «Figaro» en voz baja la silueta de los que estaban sentados a su alrededor, no olvidándose de hacer los honores de la mesa a «Colombine», cuidando al alargarle los entremeses de no pasar el brazo descortésmente por delante de «Figaro».

Un fervor distinto al de los otros banquetes se notaba en éste. El espíritu de todos estaba excitado y no se pudo sobreponer la fuerza de la comida a la fijeza de todos en «Figaro» redivivo, con su pequeña cicatriz, con su rizada barba, barba de barbilampiño que crece más en la sotabarba que en la faz, sobre el amplio plastrón abullonado, al que hacían resaltar las chorreras de su camisa.

Pasaba algo inaudito frente a todos, en una valiente cita con las sombras. Detrás de todos,

y como esos invitados que no comen, pero que asisten a los postres de los banquetes, había al final del ágape numerosos amigos muertos de "Fígaro" de facha absurda. En ese momento se levantó a hablar "Colombine". El momento fué serio y sorprendente, porque aquel que se había matado por una mujer, y al que abandonó la opinión de las mujeres, que lo creían—y lo siguen creyendo—un condenado y excomulgado suicida, una mujer valiente de espíritu iba a curarle y a elevar su figura. "Colombine" dijo, dirigiéndose primero al sitio de "Fígaro" y después a toda la mesa:

"Admirado maestro, queridos compañeros:

Temblorosa como en las sesiones de espiritismo en que hemos visto aparecer bajo todas las luces al muerto que hemos evocado, me levanto a hablar con él, frente a él.

¿Qué decirle? El lo sabe ya todo.

Sólo el afecto le puede agrandar. Sólo el hablarle de esa constancia que a través de los años me ha hecho contar con él, buscar en su obra la entereza para desdeñar o para amar, la manera de observar con rectitud y firmeza el consuelo de encontrar al que se había parado frente a la realidad con buena fe y claros ojos.

Frente a toda velada o todo acto oficial, estoy contenta de figurar en esta forma nueva y viva del homenaje. Esta es la única manera de conmemorar a un grande hombre SIN MATAR MÁS AL MUERTO. Es la manera con que deseáramos que nos recordasen las generaciones venideras, porque en esta hilaridad nuestra no hay burla, sino alegría, y un escepticismo sin amargura.

De esta visita que hace a la ciudad de los vivos el día de su centenario "Fígaro" volverá optimista y contento con el recuerdo de este banquete y de esta noche. Lo demás ha sido de una hueca solemnidad, que él hubiera ridiculizado, y que celebraron gentes que no le han comprendido, ni comprenden los contrastes de luz y sombras que hay que provocar para que un acto sea intenso y artístico.

¿Olvidaremos alguna vez esta cena, que parece que se ha verificado a la luz de antorchas y cirios de una luz espléndida, de una luz que nos ha mostrado toda la real presencia de aquel grande hombre?

El Madrid de la calle, de la realidad, el alma independiente de la ciudad vive en este local con aires bohemios y carácter mundano; el Madrid de "Fígaro", aquel Madrid en que vivió su vida anecdótica y, más que literaria, humana, es aquí donde él lo puede disfrutar de nuevo; es aquí donde se le ofrece, y donde no hay aires de capilla ardiente para su homenaje, ni siquiera esa solemnidad de las veladas necrológicas, en que si el alma del muerto asiste, tiene que ver su catafalco cubierto por el negro tapiz, con el cráneo y los fémures bordados en plata, que crea en el ambiente, demasiado compungido y tétrico, las palabras de los oradores, su actitud y su rigidez.

Acto de cariño, de vivificación, de deseo de que viva muchos años, de que viva siempre, es éste, reunión en la fiesta onomástica, más que en la necrológica; y por eso, como en plena vida del grande hombre que nos ha congregado, cegando con ilusión los abismos abiertos, reanudando su vida, corrigiendo sus tristezas y sus fatalidades, imaginándonoslo tal cómo debió ser, yo pienso en esa mujer a la que él amó tan apasionadamente, y propondría que se le enviasen las flores de la mesa..."

Hondamente conmovidos por las palabras de "Colombine", todos aplaudieron. Cada vez era más ardientemente verdadera la figura de "Fígaro" en la presidencia de la mesa, y parecía preparar, emocionado él también, su discurso de gracias.

Después, el iniciador del ágape, Ramón Gómez de la Serna, dijo:

"Admirado maestro "Fígaro", queridos camaradas:

Iniciador de esta fiesta, y hasta único organizador que ha ido de un lado a otro buscando a los amigos, y que ha sido escarnecido como un sacrilego de la muerte, me siento en este momento alegre como nunca, embriagado por la unanimidad que ha brillado durante todo el ágape. El esplendor del acto y la presencia del humano maestro me hacen asumir más esa responsabilidad, que he llevado como una capa de dulce abrigo estos días, y en la que me he embozado felizmente en vez de rechazarla.

Yo, pensando que no era un maestro retumbante y ampuloso como los demás, que no era el maestro que da miedo y que está en una lejanía adusta, sino el maestro que se acerca, el maestro que se encuentra en la calle, y con el que se pasea pisando los guijarros de la realidad a gusto en ella, pensé en dedicarle este homenaje de la vida, en que hubiese familiaridad y aproximación.

Entonces redacté esa justificación que va escrita en las invitaciones, y en la que supongo que dentro de la lógica del escéptico que tuvo la genialidad de pegarse un tiro cabe tanto un banquete como un suicidio, aunque debo añadir que lo que no cabe de ningún modo es un acto mentiroso y engolado, tanto que en esa velada oficial que se le prepara, es posible—si aún queda una bala en la pistola de dos cañones con que se pegó el tiro—que se dispare el segundo y se vuelva a suicidar.

Pero la prueba definitiva de que él cree en esto es que esta noche está aquí, con su levantado tupé y su espíritu independiente y admirable, al que todo le *sale por una friolera*. Desde hoy muerto homenajeable que no resista un banquete, merece que desconfiemos de él por inhumano.

"Figaro" está aquí juvenil, mozo, con nuestras esperanzas, nuestros nuevos sarcasmos, nuestra rebeldía. ¿Quién puede creer en eso de su centenario? Porque "Figaro" supo detener su vida a los veintisiete años y permanecer en la edad de las evoluciones para evolucionar siempre.

Esta noche evitamos nosotros con este acto ese apuñalamiento que es todo centenario-



D.ª María de Larra, hija de Luis Mariano (nieta de "Figaro".)

festejado oficialmente, porque es el medio de hacer perder su carácter al que lo sufre, y siendo un simulacro de amistad, hace fracasar lo más grande del homenajeado: sus rebeldías. A mansalva, en esos homenajes oficiales, las autoridades, viendo que el público puede notar que el grande hombre está en frente de ellos, simulan ser sus aliados de momento y lo envuelven, lo involucran y logran hacerle borroso y enterrarlo definitivamente. En el caso de "Figaro" había que evitar eso de un modo decidido; porque, ¿cómo vamos a creer que festejaban de buena fe al que había dicho "a las palabras no hay que preguntarlas ¿de dónde vienen?, sino, ¿de qué sirves?" ¿Cómo íbamos a creer que festejaban los pusilánimes al que dijo "la libertad no se da, se toma"?

En este ágape febricente, en que desahacemos la superstición de que no puede ser citado el comendador; en este ágape de lunáticos estamos tan cerca de él como cerca de su tiempo; porque hoy, la noche del 24 de Marzo de 1909, se reproduce en Madrid la noche del año en que él nació. Las costumbres y el alma de las gentes son tan apocadas, tan angostas y todo está cercado tan a piedra y lodo como entonces;

la misma incomprensión impermeabiliza las fachadas y hace impenetrables los ojos.

Al pasar por la noche de Madrid pasamos aún por la que pasó "Figaro", y sentimos a veces frente a ese miedo a la pasión que siente esta sociedad pusilánime la misma nostalgia del suicidio. Política, arte, trato de gentes, corazón de mujer, todo es lo mismo que entonces, todo es sombrío, mezquino, formulista, nada generoso.

¿No está ya plenamente justificado este ardoroso afecto por "Figaro"? Todos somos como videntes esta noche y sentimos una desgarradora admiración por el amigo querido que es "Figaro".

Saldremos de aquí tuteándole. Tanto se ha mezclado a nosotros en una hora confidencial y de camaradería.

Mariano, tú que eres tan tú, ¿nos puedes dejar que te tuteemos y que yo te abrace en nombre de todos,, ofreciéndote el banquete... He dicho."

Apagados los últimos aplausos hubo un silencio tan grande y tan profundo, que pareció que de él iba a brotar la palabra de "Figaro" agradeciendo el banquete. No resonaron sus palabras; pero en aquel silencio habló "Figaro", como diciendo que en ningún otro momento de su vida y de su muerte se había sentido tan feliz y tan acompañado. Ruiz Contreras propuso allí la creación de un periódico y una revista "Figaro", que otros han llevado luego a cabo, y Miguel Jiménez Aquino recitó una hermosa poesía.

Este es el relato que de esta fiesta hace *Prometeo*, y al reproducirlo para hacer más vibrante esta reaparición de "Figaro" sobre la tierra, que yo intento,

debo anotar que uno de los que figuraron en la fiesta aquella noche, Felipe Trigo, había de ser más tarde un nuevo suicida.

Ultimamente Larra ha vivido con asiduidad en Pombo. Ramón Gómez de la Serna, que es fiel a sus amistades y a sus admiraciones de un modo incomparable, sienta en la presidencia de su tertulia a Larra desde que la fundó en 1913 en el antiguo café y botillería de Pombo, y en la primera proclama que publicó, y que después ha sido reproducida, aunque extractada, en el primer tomo del libro titulado *La sagrada cripta de Pombo*, publica el siguiente párrafo:

La fuerte realidad que se aprieta dentro de Pombo se moldea según Larra también. "Figaro" viene aquí. Todo le desentona más que esto. Su café de Venecia y su café del Príncipe quedan sólo en Pombo.

"Figaro" comprendió Madrid, el Madrid que no ve casi nadie de los que van por sus calles, y que son los que le adoquinan y le concrecionan, como la argamasa y la cantería. "Figaro" entra en Pombo y se solaza con su carácter. Sobre todo de noche, es como si en Pombo se guardase el modelo auténtico, el verdadero trasunto, la concepción y la inteligencia de Madrid. El sombrero de copa de "Figaro" es el modelo de esos sombreros que nos ponemos los días de las grandes solemnidades, y hemos sentido no encontrar frac a la moda suya, y con sus botones dorados; ni pantalones de *colán* o de *pantincour*.

"Figaro" tiene el tipo del primer morador decente de Madrid, del observador que para mayor realidad de su alma, y para no desquiciarla, se contenta con ser el observador distinguido de la ciudad, dándose cuenta de sus sentimientos encontrados y de su "informidad".

Sólo una gran ingratitud podía olvidar a "Figaro" y no verlo sentado en su rincón. No porque parezca un recurso socorrido de evocación fácil vamos a dejar de verlo y va a dejar de estar. Aquí, en nuestra *Sagrada Cripta*, no se trata de aparentar, de hacer méritos, de demostrar conocimientos o grandes amistades, sino de estar bien con la realidad que respiramos y respirar una lógica profunda.

Junto a los otros dos concurrentes anacrónicos, Goya y Alenza, "Figaro" está bien, porque él hizo en sus prosas algo parecido a lo que pintó Goya en cuadros más chicos. Es el "articulista", porque es casi imposible esculpir el bloque de la gran concepción en este ambiente berroqueño, fósil, apretado, agarrado, compacto, hecho de obstáculos intraspasables y con aire difícil de partir.

La realidad de los pelos de "Figaro", de su alto tupé, de su barba de orla y de su bigote es ya superior a muchas grandes obras. Por eso me gusta estar junto a "Figaro", que es contraste de lo que sucede y de lo que pervive.

"Figaro" llega puntual todas las noches de sábado—nuestras únicas noches de reunión para no estragarnos de Café—. Viene de la calle de Santa Clara, atravesando la plaza Mayor y entrando por la calle de la Paz, en el callejón en donde está la "puerta de incógnito" de Pombo. "Figaro" entra en nuestra sala por la puerta del fondo, en vez de entrar por el arco, por el que entran los que penetran por la puerta de la calle de Carretas. Por esa puertecita del callejón de San Ricardo, y como por escotillón, se presenta él.

Sentimos todos la mirada a "Figaro", todas las noches le vemos quitarse el *paletó* y sentarse en el rincón de en frente. Mira la realidad con finura, y no la apostilla demasado. Es el madrileño, es el castellano neto que no recarga su pensamiento ni su vida; que no es el mozo de cuerda de las letras, abrumado por la absurda carga con que le rebaja una tradición de dependencia con lo académico, sino el hombre erguido, enhiesto, señero, de cabeza personal, de perfil acusado, de proporciones simples.

Mientras este pueblo no se vuelva monstruoso y se confunda en la desproporción, "Figaro" será el que lo resume de un modo sobrio, acusado y en la medida de la estatura humana. Esa torre aguda, leve, sencilla, que es lo que mejor remata la psicología de Madrid; esa torrecita es Larra, y seguirá siéndolo. Nosotros encontramos que el tipo que corresponde a este lugar, y que contiene todo el sentido de la vida con radiante y diamantina simplicidad, es él, y por eso volvemos los ojos al lugar en que está, buscando la aprobación silenciosa en sus ojos de rana.

Así acaba ese retazo dedicado a "Figaro" en la primera proclama de Pombo, aquel gran pliego amarillo de dos metros cuadrados impreso por ambos lados. Todas estas cosas, esta convivencia de "Figaro" con mis amigos, esta persuasión de alternar con él, de consultarlo para la rectitud y la energía, para pedirle consuelo frente a los malos hablitas y a las gentes triviales para hallar en su espíritu

orientaciones nuevas, me daba la impresión de que "Fígaro" vivía, vivía en nosotros y para nosotros.

Aquel viejo cementerio donde durmió durante cincuenta y ocho años, no debía ser tampoco su última morada. Las necesidades de los vivos, de la vida que avanza, de la ciudad que crece y se engrandece, debían arrojar de allí aquellos restos gloriosos. Algunos de aquellos grandes fueron trasladados al cementerio de San Justo, al Panteón de Hombres Ilustres, muchos se han perdido, acabando ya respecto a ellos esa lucha estéril que sostenemos por perpetuar la materia más tiempo.

Es digno de reproducirse el artículo de D. Francisco Alcántara publicado en *El Imparcial*, del que copiamos algunos párrafos interesantes:

"El cementerio de San Nicolás—escribe—, desconocido para los actuales habitantes de Madrid, estuvo al finalizar el primer tercio de este siglo de moda." "Los enterramientos de piedra calcárea, cubiertos de musgo y herrumbre; los setos vivos, límites de cuadros y panteones, creciendo con libertad; algún arbusto con pretensiones de árbol que extiende libre y bravo sus ramas, ligeros desniveles en los aleros, el blanco de los ornamentos empedrado, y sobre todo esto las masas de los cipreses, casi silvestres, más melancólicos que los rapados por el jardinero, dan testimonio del olvido en que se tiene este panteón"...

"A las diez en punto de la mañana llegó la comitiva, presidida por Núñez de Arce. Unos veinte minutos después procedióse a la exhumación de los restos de Espronceda para guardarlos en una magnífica caja y en seguida bajaron los restos de Larra, que, por haber sido antes trasladados de otro lugar, se encierran en caja de escasas dimensiones, y cuando pudo los vi. Sobre el cráneo, deshecho, había una corona de laurel"... "La paz de aquel patio, cuajado de flores silvestres, amortiguó la acerbidad de estas sensaciones, que disipó un episodio. Presentaban a don Gaspar Núñez de Arce a don Luis de Larra, que, descubierto ante el poeta, mostrábase agradecidísimo, cuando notamos que el nieto era el vivo retrato de "Fígaro". "Fígaro", de más edad y con tupé y todo"...

"En la capilla, que conserva algunos objetos de valor artístico, se firmó el acta por todos; guardaron cuidadosamente Martínez Ruiz, Rueda, Colorado y otros pequeñas reliquias, tales como un botón de Espronceda y hojas de laurel de Larra y llevaron en hombros ambos ataúdes hasta depositarlos en los furgones"...

"Los restos fueron depositados en el Museo hasta el día siguiente, que, en unión de los restos de Rosales, fueron conducidos al lugar en donde hoy reposan"...

"Del ataúd de Espronceda cayó un zapato fino, delicado y tan preciosamente hecho, que parecía un guante y conservaba la forma de un pie breve y carnoso"...

He aquí el relato que del traslado de los restos hace *Heraldo de Madrid* del 25 de Mayo de 1902:

"Esta mañana, a las once, han sido conducidos al cementerio de San Justo los restos mortales de los gloriosos artistas Larra, Espronceda y Rosales.

En el Botánico, frente al Museo Nacional, se habían colocado en los árboles carteles designando el lugar que habían de ocupar las diversas Comisiones de la comitiva, facilitando mucho la organización.

Las tres arcas que guardaban los huesos estaban colocadas en tres túmulos cubiertos de terciopelo rojo. Cubría los féretros la bandera nacional como significando que desea cobijar entre sus pliegues los restos de los hijos que tanta gloria le dieron."

Describe luego la grandiosa comitiva, en la que figuraban los niños de las escuelas públicas, llevando ramas de laurel en la mano. Más de treinta Teatros y Corporaciones, y multitud de estandartes y coronas, entre las que sobresalía la de laurel de oro de la Asociación de la Prensa. Coches con artistas y actores, presididos por D. José Mesejo, y en un coche Loreto Prado con otras artistas. Magníficas carrozas, tiradas por ocho caballos cada una, admirablemente enjaezadas de negro, y rodeadas de lacayos vestidos con librea de terciopelo, llevando palmas verdes.

"Las cintas del féretro de Larra, cubierto de coronas de su familia y admiradores, las llevaban su nieto D. Luis y los Sres. Ortega Muniña, Ossorio y Gallardo, Cantín y Pérez González.

Formaban la presidencia del duelo D. Francisco Silvela, D. Miguel Moya y los nietos y sobrinos del inolvidable escritor, cuyos restos conducían. Detrás iba otra corona de la Asociación de Escritores y Artistas y la música del batallón de cazadores de Madrid.

La presidencia de la comitiva la ocupaba el grande de España duque de Rivas, en nombre y representación de S. M. el Rey; en el del Gobierno, el ministro de Instrucción pública, conde de Romanones, y el presidente de la Sociedad de Escritores y Artistas, el ilustre D. Gaspar Núñez de Arce, iniciador del panteón para las glorias españolas del siglo XIX; D. Antonio López Muñoz representando al Congreso y Lora al Senado.

En el acompañamiento iba todo cuanto Madrid encierra de notable en todos los ramos del saber. La comitiva atravesó el Salón del Prado, subió la calle de Alcalá, Puerta del Sol y calle Mayor. Llegó cerca de la una de la tarde al cementerio de San Justo. Los tres féretros fueron bajados de las carrozas y transportados a la iglesia del cementerio, donde se entonó un solemne responso.

El panteón de hombres ilustres del siglo XIX, terminado sólo provisionalmente, está hecho por el proyecto del arquitecto Sr. Repullés, no contiene más que diez sepulcros, y las esculturas son de Querol, ayudado por el Sr. Martín, con medallones de Angel Trilles.

A la una y media quedaron sepultados los tres féretros. En la lápida correspondiente se lee el nombre de Mariano José de Larra y las fechas de su nacimiento, de su muerte y de esta última traslación de sus restos.

El último homenaje que se ha dedicado a Larra, por los periodistas, fué poner la lápida conmemorativa en la calle de Santa Clara, donde murió "Fígaro", el 24 de Marzo de 1909, fecha del primer centenario de su nacimiento.

Esta lápida tiene tres fechas esculpidas en mármol:

Marzo 1809,

Febrero 1837

y 1908,

que corresponden a las de su nacimiento, de su muerte y del año en que se tomó el acuerdo de perpetuar esta memoria.

Asistieron al acto autoridades, políticos y escritores estando en mayoría los periodistas.

La Sociedad de Escritores y Artistas estuvo representada por su presidente don Antonio López Muñoz y D. Antonio Guerra y Alarcón, la familia por su nieto, el notable autor Luis de Larra, su primo el doctor Larra y Cerezo, algunos de sus bisnietos.

Es de esperar que no se terminen con estos los homenajes a "Fígaro". La reivindicación de su memoria, el reconocimiento de su mérito han de continuar de día en día, cada vez más potentes, pese a los iconoclastas del arte, según la posteridad revise valores, no para estar de cara al pasado, sino por espíritu de justicia y para deducir útiles enseñanzas.

"Fígaro", el Voltaire español, el bien amado de los artistas, no pudo ser entendido en su tiempo por lo muy distante de su tiempo que estaba. Espíritu de elección, de esa dolorosa elección que es marca de infelicidad, sus contemporáneos sufrían el influjo de su superioridad, quedaban desconcertados ante él, pero no podían hacer justicia a lo que no podían llegar a juzgar.

La verdadera reivindicación de Larra data del principio de nuestro siglo. Tiene Madrid una calle de Larra, que algunos dicen que es en memoria del doctor Larra

y Langelot. Falta la calle de "Fígaro", la inconfundible, y falta su estatua. Tributos desinteresados de admiración y amor. No es dudoso que Larra recibirá homenajes en el próximo centenario de su muerte y que su gloria vivirá en lo sucesivo, mientras su recuerdo y el culto al ideal vivan en el corazón de los españoles.



Casa de la calle de Santa Clara, donde murió «Fígaro».

LOS DESCENDIENTES

En los momentos actuales la descendencia masculina de Larra en línea directa amenaza con extinguirse. Larra al morir dejó tres huérfanos, desprovistos de todo recurso, sin más herencia que su nombre ilustre y sus cualidades que parecen partirse entre ellos: Es Luis Mariano, el hijo varón, mayor que sus dos hermanas, el heredero de la sabiduría del padre, de su gran dignidad, de su alteza de miras. Adela hereda la elegancia, los refinamientos, los gustos aristocráticos, la delicadeza, y Baldomera todo el espíritu batallador, indomado y rebelde.

Nadie piensa en los primeros momentos en aquella madre joven, casi una niña, y en los tres hijos de Larra.

La reina Cristina, que tiene una alta idea del mérito del escritor insigne, concede una entrevista a la viuda, como consta en la carta hallada entre los papeles de familia que transcribimos:

"Sra. Doña Josefa de Larra.

Muy señora mía: S. M. me ha dicho que puede usted venir mañana a la seis de la tarde.

No tenga usted reparo en decirle todo cuanto usted quiera, porque cuando habló conmigo de usted, ha estado muy amable.

Adiós, señora mía; usted me perdonará que no sea más extensa, pero en este momento me es imposible; dará usted muchos besitos a mis queridos amigos, y usted no dude del cariño de su amiga que la quiere mucho.—*María Zaldívar.*"

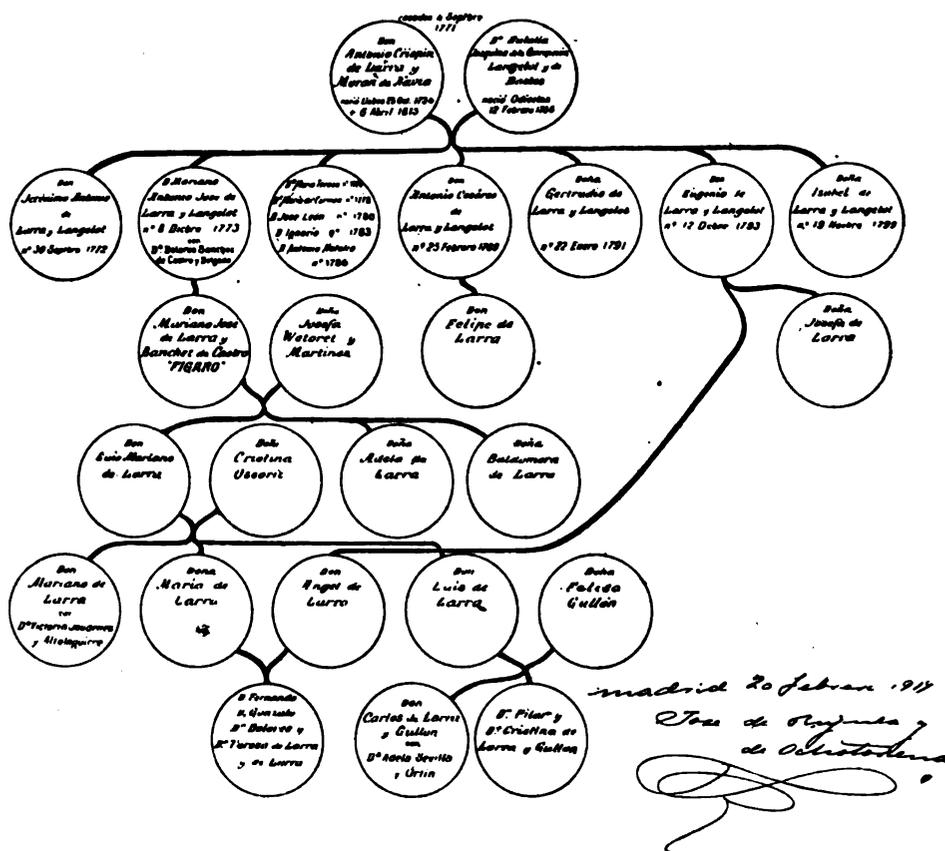
De resulta de esta entrevista se concede en las Escuelas Pías una plaza a Luis Mariano. Respecto a esto hallo la siguiente carta de su abuelo:

"Sr. D. Celestino de Olózaga.

Muy señor mío y mi respetable amigo, y muy apreciable compañero: Mi nieto, el hijo mayor del malogrado "Fígaro", ha obtenido de la Real magnificencia de Su Majestad la reina gobernadora, la gracia de que se le coloque en una de las plazas de colegial de las Escuelas Pías a expensas de S. M.

Ya se ha pasado la orden al Ministro de la Gobernación y éste debe haberla pasado, o la pasará, a la Dirección de Estudios de la que es S. V. dignísimo individuo; en obsequio de la memoria de mi desgraciado hijo y en el de la amistad con que el Sr. Don Salustiano le honraba, espero de la bondad de S. V. influya para que se dé cumplimiento a la Real Orden y sea preferido mi nieto a otros aspirantes, siendo posible esta gracia sin faltar a la justicia y equidad que distinguen y caracterizan a V. S. c. m. b. su atento y seguro servidor y verdadero amigo *Mariano de Larra.*"

Pepita, en su eterna infantilidad, no guarda rencor al marido que muere por otro amor; viste luto; lo llora, y durante toda su larga vida, pues vivió hasta 1884,



Arbol genealógico de «Figaro» hecho por el Rey de Armas D. José de Rájula y de Ochotorena.

le llama cariñosamente siempre *Mi Mariano*. Pero ella no conoce la grandeza de "Figaro", no sabe guardar sus recuerdos, es para sus hijos una hermana mayor, a la que llaman cariñosamente *Pepita*.

Ya hemos visto en el transcurso de la obra, por las cartas del padre de "Figaro" que éste y su tío D. Eugenio son los que cuidan de la educación del niño.

Sobre Luis Mariano pesa como una fatalidad la gloria de su padre. Sin la comparación constante su figura se hubiese destacado más en las letras. Es como la planta que crece al lado de uno de esos árboles frondosos, que absorben todo el jugo de la tierra cercana y que se elevan de manera que no dejan lugar a que se distingan aquellos que los rodean.

Luis Mariano es un literato notable y un hombre de honor, trabajador y severo, que enaltece el nombre de su padre.

Las dos niñas crecen al lado de la madre, falta de energía, son inteligentes y bellas, y ambas se casan muy jóvenes. Adela con D. Diego García Noguera, y Beldomera con D. Carlos Montemar, que fué médico del rey D. Amadeo de Saboya.

La suerte de las hermanas es diversa en el matrimonio. Adela es feliz; ocupa una posición envidiable y ostenta un desmedido lujo. Sus encajes y sus trenes compiten con los de las damas más fastuosas de aquel tiempo, como la Fernán Núñez a la que eclipsa en el Prado y en el Teatro. Su belleza le hace tener los sobrenombres de *la bella señora del lunar* y *la graciosa señora de las patillas* y *la Patillera*. Merced al cargo que su cuñado tiene en Palacio, la familia goza el favor

de Amadeo, príncipe demócrata y amigo de la belleza y del arte. El Rey frecuenta la casa de sus amigos, en la que se encontraba cuando la reina Victoria dió a luz al que es hoy duque de los Abruzzos, y entonces príncipe heredero del trono de España.

No tiene nada de extraño esta amistad de Amadeo conociendo el vacío que se hizo estúpidamente, por la nobleza palaciega en torno del ilustre príncipe.

Amadeo de Saboya fué el Rey amado de las damas. El golpe disparado contra el general Prim derribó moralmente el trono del nuevo rey. El 30 de Diciembre, a las nueve menos cuarto de la noche, exhalaba Prim su último suspiro, tres días después de haber sido herido, y aquella misma mañana pisaba tierra española el hijo de Víctor Manuel. Un sentimiento de curiosidad se sobreponía a todos los demás cuando entró en Madrid y la impresión no le fué desfavorable. Amadeo tenía de veinticinco a veintiséis años, aspecto varonil, mirada inteligente, rostro si no bello simpático y figura airosa y esbelta. Vestía uniforme de Capitán General, con el Toisón de Oro y la Cruz de Carlos III, y montaba un soberbio alazán que fué víctima del rigor de aquel día de nieve, pues cogió una pulmonía de la que murió.

Las damas quedaron encantadas de Amadeo I, y el bello sexo lo tomó bajo su protección. Las devotas estaban seducidas porque su primera visita en Madrid había sido para la Virgen de Atocha, con objeto de rezar ante el cadáver de Prim, y porque en Cartagena visitó a la patrona de la ciudad y dió 4.000 reales para acabar la capilla del santo patrón de Calasparra. ¡No era un hereje el hijo de Víctor Manuel! Las damas de imaginación ardiente y novelesca estaban admiradas de la gallardía con que manejaba el caballo, de la flexibilidad y elegancia de su talle, y de la expresión de sus ojos, que denotaba grande energía y resolución.

Un cronista de la época dice que "muchas mujeres obligaron a sus esposos, sus amantes y sus amigos a concurrir a la primera recepción de Amadeo, celebrada en el Palacio Real, el día de Reyes a la una de la tarde." A los palaciegos de entonces se les pudo aplicar la frase de Fernando VII al regresar de Cádiz en 1823: "Los propios perros con diferentes collares."

El marqués de Valle-Alegre, padre de los cronistas de salones, que tan bellas crónicas ha hecho, decía: "El bello sexo madrileño ha estado todo el mes muy ocupado, ocupadísimo, en examinar los movimientos, los gestos, las entradas y las salidas del nuevo monarca. Las infatigables observadoras, que le han seguido con sus miradas a todas partes, aseguran que el rey Amadeo tiene un carácter enérgico y resistente y lo que es más, reservado; que su entendimiento es claro y perspicaz; y en fin, que su penetración es asombrosa. En la Fuente Castellana; en los teatros Real, Español y de la Zarzuela—únicos que hasta ahora ha concurrido—la curiosidad femenina pudo también continuar sus atentas investigaciones. Amadeo—según lo llaman familiarmente los que no reconocen su autoridad—Amadeo es hombre de modales sueltos, desembarazados y distinguidos; se viste con natural elegancia, y no hace nada que no sea digno del más exquisito buen tono. La duquesa de... me decía noche pasada que debe gustar de las flores, porque la vis-



Adela de Larra (hija de «Figaro»).

pera había llevado un jacinto en la mano al teatro de la Opera, y no dejó de aspirarlo ni un momento. La marquesa de... añadió que debe ocuparse bastante de su *toilette*, porque ha advertido que desde que se halla en Madrid ha cambiado tres veces de modo de peinarse.

Por último, la viuda de un ex ministro me ha ponderado el buen gusto de sus trenes, especialmente del a la d'Aumont que sacó uno de los domingos anteriores."

Además las damas devotas podían mirar a Amadeo con tranquilidad; el 18 de Enero llegó a Madrid la Bula que levantaba la excomunión del hijo de Víctor Manuel. El sueño dorado de la mayoría de las damas era introducirse en Palacio, y se esperaba como pretexto la llegada de la reina Victoria.



D. Diego García Nogueras (esposo de Adela de Larra).

Se hablaba ya de la constitución de la nueva Corte, de la que sería camarera mayor la duquesa de Prim, y damas las duquesas de la Torre, Tetuán y Veragua; las marquesas del Duero, Sierra Bullones y condesa de Faredes de Navas.

Amadeo recompensaba los servicios del director de *Las Novedades*, D. Francisco de Paula Montemar, haciéndolo marqués, ministro plenipotenciario, Gran cruz de varias Ordenes españolas y extranjeras, y título del Reino de Italia. Con este motivo su pariente D. Carlos Montemar fué nombrado médico del Rey, y Amadeo profesó gran amistad a su familia.

Amadeo era muy aficionado al bello sexo, y por lo tanto galante con todas las damas españolas. La reina María Victoria, enferma, retrasaba su salida de Turín, y entretanto la comidilla de los desocupados eran una pareja de italianos, asiduos concurrentes a todos los lugares de moda y que iban a diario al restaurant de Fornos; punto de reunión entonces de la juventud elegante. La joven italiana era una hermosura de primer orden, morena, de ojos expresivos y talle esbelto; y el ca-

ballero que la acompañaba la trataba con grandes muestras de cortesía y respeto.

Bien pronto una historia picaresca corría de boca en boca: la dama era de Milán y a los quince años tenía en toda Italia fama de *prima donna* insuperable. Un monarca poderoso quiso oírla y como estaba de luto, el concierto se celebró *tete a tete*. El monarca complacido entregó a la diva un bono de 30.000 francos, pero al ir a hacerlo efectivo éste se había transformado en 300.000. El tesorero acudió a consultar con el Soberano cuya sorpresa fué grande, pero no quiso discutir y pagó. La diva tuvo sus 60.000 duros por haber cantado una vez a solas ante una testa coronada. Su presencia en Madrid producía grande escándalo. ¿Quería cantar en la Opera? ¿Por qué estaba aquí? Todos los periódicos hablaban de *una bella paloma* que habitaba en la calle de Fomento.

El caso fué que la Policía celosa expulsó a la *Dama del Cero*—como se la llamaba—de Madrid y de España, aunque con todas las consideraciones debidas a su hermosura y a su rango.

Parece que Amadeo preguntó al presidente del Consejo el motivo de esta decisión, y que éste le contestó:

—Se tenían indicios de que pudiera estar complicada en un complot contra Vuestra Majestad.

Amadeo no tardó en olvidar, con el trato de bellas españolas, a la hermosa italiana.

Pérez Galdós, con esa vaguedad que lo caracteriza, en su libro "Amadeo I" describe así a una dama española, amiga del rey:

"Era de mediana talla, bien formada y no mal constituida de carnes y anchuras. El rostro, tan agraciado como hermoso; la tez morena, ojos expresivos, grande la boca, tan abundante el pelo, que no se contenía dentro de los límites naturales, excediéndose por delante de la oreja, como un rudimento suave de varoniles patillas. El conjunto de tal rostro tenía el encanto de la originalidad, que en arte como en belleza es poderoso atractivo."

El novelista le hace hablar de un modo absurdo entre *caló*, *clásico* y *extranjero*, diciendo muchas tonterías, a pesar de lo cual exclama: "¡Qué discreción, qué talento, qué golpe de vista! Yo me decía: "De casta le viene al galgo. Ya sé que te engendró el primer escritor del siglo."

Pero Amadeo, inconstante, se enamoró en Santander, durante el veraneo, de una zancuda inglesa, esposa del corresponsal del *The Times*, que llamaba la atención nadando como una ondina.

El rey desairó a la dama española, no invitándola a una fiesta marítima, lo que dió origen a que terminaran las relaciones.

Galdós dice que la dama, iracunda y ciega, pensó que su papel en aquel drama, medio personal y medio histórico, era responder al secreto agravio con agravio público y resonante. Pues se la despreciaba indignamente, no se retiraría de la escena sin escándalo. ¿Qué menos podía hacer que dar publicidad a trece cartas escritas de puño y letra por el rey de España D. Amadeo I?

Añade que un amigo del soberano se presentó en el Hotel del Comercio, donde estaba la dama, y le entregó cien mil pesetas para que le diese las cartas.

La señora las rechazó indignada; pero el galante mensajero sacó el revólver y dijo:

—O me da usted las cartas, o la mato a usted ahora mismo.

La dama, aterrada, entregó las misivas y se guardó el dinero.

Quizás se refiera a esta dama que pinta Galdós la anécdota que se cuenta, respecto a lo difícil que le era al rey romper sus relaciones con una enamorada que lo perseguía constantemente. Amadeo, recordando la aventura de la bella italiana, dijo un día a su ministro:

—Me han asegurado que hay indicios de que la señora de X está complicada en un complot contra mí. ¿Por qué no la acompañan a la frontera, como a la otra?

Y como el ministro le contestase que no podía procederse sin pruebas contra una dama española, Amadeo exclamó con cómica indignación:

—*Cueste païse e ingobernabili!*

Es preciso confesar que en estas palabras había una gran verdad.

Una grosería sin nombre hizo que los socios del Veloz Club marcaran el desaire de no saludar a la reina Victoria a su entrada en Madrid. Esta virtuosa dama, tímida, pálida, delicada, de mirada inteligente, tuvo una impresión tristísima. Las damas hicieron una manifestación española de mal gusto, con el deseo hipócrita y encubierto de protestar de una soberana extranjera. ¿No habían sido extranjeras todas las esposas de Fernando VII y su madre, la virtuosa María Luisa? Las marquesas de Alcañices y Valmediano, con otras damas, se presentaron vestidas de majas, con falda negra, corta, adornada de guarniciones, la airosa mantilla de

encaje, el peinado alto, con el característico peine de teja y la rosa caída sobre la mejilla.

Sin la prudencia del rey, que dió órdenes severas, esto pudo traer un día de luto. Amadeo tenía que contentarlos a todos. La marquesa de Valmediano era nieta de Echagüe, que por aquellos días fué elevado a duque del Serrallo. Todo eran luchas y ambiciones; todos querían cargos palatinos, amigos y enemigos; algunos, para volver la casaca, exigían una alta posición; otros querían hacerse dinásticos si se les aseguraba un destino. El vacío que se hacía a los reyes era tal, que no tuvieron servidumbre para presentarse en público la Semana Santa con la pompa acostumbrada. Tuvieron que ir de incógnito a recorrer los templos, sin más acompañamiento que el duque de Tetuán y la señora de Hevia, *dama de compañía* de la reina. Ni la caballerosidad de Amadeo, ni la liberalidad de la virtuosa reina, pródiga en dádivas y obras de beneficencia, desarmaron a los ambiciosos.



Baldomera de Larra (hija de «Figaro»).

Era demasiado caballero Amadeo de Saboya para poder soportar todas las molestias que se le infringieron, y abdicando la corona abandonó a España, de la que llevaría un molesto y triste recuerdo, endulzado sólo por el resplandor de los amores y de la amistad de las damas, circunstancias que me ha hecho evocar aquí su gallarda y caballeresca figura.

Con la abdicación de Amadeo, su médico se ve en la necesidad de marcharse a América; Baldomera queda sola con una numerosa familia. Uno de sus hijos está enfermo. La infeliz mujer recurre a una de esas prestamistas tiranas, cuya raza no se ha extinguido, y solicita un préstamo ofreciendo el ciento por ciento de intereses. "Si usted me da una onza—le dice—, yo le devolveré dos." La mujer acepta el negocio, y a fin de mes recibe treinta y dos duros en cambio de los diez y seis que ha prestado. Las comadres de la vecindad comentan el caso,

y despierta la codicia acuden a explotar a la infeliz mujer necesitada, ofreciéndole dinero en las mismas condiciones... Baldomera está arruinada; tiene numerosos hijos en la miseria; su marido está lejos...; el hambre la amenaza... Esta mujer, a la que ligeramente se toma como el tipo de la explotadora, es mucho menos culpable que todas las personas que acudían en tropel a dejarle su dinero, deseosas de estafarla, de robarla, y que luego aparecieron como víctimas, como engañadas, como *personas decentes*. Baldomera, envuelta ya en aquella red, que no tenía fuerza para romper, se dejaba arrastrar en ella. Con el dinero que unos le llevaban pagaba las primas de los otros. Tan poco engañados estaban la mayoría de sus explotadores, que contaban como elemento de triunfo la prisa en llegar a imponer fondos.

Lanzada en ese camino, sintiendo el vértigo, el miedo de retroceder, Baldomera alquila el local del Teatro España, en la Plaza de la Paja, y coloca en él cinco mesas forradas de hule, con tinteros, carpetas y demás utensilios de escritorio; una estufa, un cepillo, un armario de madera y algunos bancos.

Allí estaba su oficina, con el nombre de *Caja de Imposiciones*, que funcionaba los días de trabajo, y por las noches y los días festivos se sacaban los muebles y el propietario explotaba el local para representaciones y bailes públicos. Su administrador era D. Saturnino Iruaga, que habitaba Puebla, 19, y sus empleados, un tal Nicanor, del teatro de la Zarzuela; un Sr. Enciso, habitante en Lope de

Vega, 24; otro Sr. Rojas, plaza de la Cebada, 13, y un Sr. Casanova, empleado del Ministerio de la Gobernación.

El local estaba alquilado a nombre de su madre, doña Josefa Wetoret, que habitaba en Serrano, 56.

Baldomera vivía en la calle del Sordo, 29, con sus hijos menores; en una casa grande, con cuarto de baño, lujosamente amueblada, como se ve en el inventario del Juzgado—en donde constan todos estos datos.—Su mobiliario produjo en la venta judicial 70.000 reales. Tenía abono de coche, cocinera y doncella—Nicolasa y Pancha—y varios criados.

La catástrofe sobrevino el 4 de Diciembre de 1876. Sin duda ya se murmuraba algo, porque en la declaración de un carbonero, que le había entregado su dinero, consta "que le dijeron que doña Baldomera se había fugado y él fué a verla, y como le preguntase qué deseaba y él dijese la verdad, ella repuso: "Pues ya me ve usted aquí, y el que quiera, que venga."

Bastó que no se presentara un día en su oficina para que la Inspección de Orden Público pasase un oficio al Juzgado de la Latina, el cual, de un modo expeditivo que asombra, acordó, sólo por eso, su procesamiento y registró la casa y las oficinas, sin que en éstas pareciese ningún papel comprometedor. En su casa hallaron 7.755 reales en diversas clases de moneda, y en la oficina, 176 reales.

Resultó que Baldomera despidió a su doncella el sábado y que el domingo mandó comprar un palco del teatro de la Zarzuela, y salió en su coche, como de costumbre, sin que la portera, que acudió a cerrar la portezuela del coche, ni nadie, notase nada.

Puede calcularse el escándalo en todo Madrid, especialmente en aquel barrio, donde todos, cual más, cual menos, era imponente de la Caja; porque el número de éstos ascendía a 5.322. Durante muchos días se hizo preciso tener guardias en los alrededores.

Según la investigación judicial, los capitales satisfechos sólo por intereses, al 30 por 100, desde 1.º de Mayo a 30 de Octubre de 1876, importaban 5.968.216 reales, lo que supone un capital recibido de 19.894.053 reales y ocho céntimos.

Todos reconocieron que doña Baldomera era mujer de buena conducta, y uno de los oficios de la Policía, dirigido al juez, dice: "Siempre ha cumplido todos sus compromisos; pero eso no conviene decirlo, pues daría mayor confianza en ella."

Entre las cartas halladas las hay hasta con coronas de nobleza y altas firmas pidiéndole dinero a rédito. Se supone que manejó en su negocio 39 millones.

No era la suya la única Caja de Imposiciones de Madrid; a raíz de este escándalo, la Policía descubrió otras doce, todas clandestinas; la única que pagaba contribución y estaba inscripta como banquera era doña Baldomera.

Sobre todo, es curiosa una carta, firmada *Olivera y Compañía*, en la que le pide autorización para fundar una Sociedad análoga a la suya, "ya que ella tiene exceso de clientes."

Doña Baldomera no se llevó la gran cantidad de dinero que se supone; los negocios no fueron buenos, y huyó, no por estafar, sino por miedo a su situación. Está probado que en vez de llevarse todo el dinero que tenía en su poder, dejó grandes cantidades a D. Saturnino, procesado con ella, para que las restituyese a los más pobres y necesitados. En todo el proceso se hace resaltar su generosidad y la exactitud en cumplir sus compromisos mientras pudo.

Guardaba el secreto de su especulación, diciendo que era "como el de Cristóbal Colón"; pero no pedía fondos ni daba garantías. Los documentos eran unas grandes hojas impresas, donde se apuntaban la cantidad y la fecha en que había de devolverla. Cuando alguna persona le preguntaba qué garantías podía ofrecer, contestaba audazmente:

—¿Yo?... El Viaducto.

Estuvo de diez y ocho a veinte meses en el extranjero, y al fin, vuelta a España, ingresó en la Cárcel de mujeres, de Madrid, donde enfermó, y tuvo que pasar al hospital.

Se ve en este tiempo un raro movimiento de simpatía hacia ella. Pliegos enteros, de esos grandes pliegos amarillos que forman los legajos judiciales, están cubiertos de firmas, declarando que doña Baldomera ha cumplido honradamente con los firmantes. Hay una exposición al ministro; hay declaraciones en las que están conformes todos para convenir en que no era delito el no estar doña Baldomera autorizada por su marido, puesto que todos lo sabían y estaban conformes. Hay uno que ha impuesto diez mil duros, y dice: "Aunque los perdiera, no tengo derecho a reclamar, porque yo sé lo que me hago." Todos declaran que ha cumplido con ellos y hay quien la llama *nuestra generosa protectora*. Pasan de ocho mil los que así se expresan.

Sin embargo, el Juzgado la condenó por "Alzamiento de bienes en perjuicio de acreedores", y la Audiencia confirmó la sentencia a seis años y un día de prisión mayor, así como a don Saturnino.



D. Carlos de Mentemar (esposo de Baldomera de Larra).

Baldomera solicitó indulto, que le fué negado, y don Saturnino apeló al Tribunal Supremo, que lo absolvió, haciendo extensiva la sentencia a Baldomera en 1881.

Esta es la verdad escueta de la dolorosa historia de la desdichada mujer, en la que se ha fantaseado un tipo que no fué.

El que aparece mártir de todo esto es Luis Mariano. En su severidad, él repudia a sus dos hermanas, rompe todo trato con ellas. Adela no entra en su casa más que el día de la muerte de su madre, y eso sin encontrarse con él. Descendientes suyos me cuentan esta visita. Era Adela aún bella, delicada y fastuosa; vivía en el seno

de una familia feliz; su marido y sus hijos adoraban en ella. Conservaba aquella pasión por los refinamientos: los vestidos suntuosos, los perfumes y las elegancias que había heredado de su padre. Adela no se atrevió a pasar de la puerta de la alcoba de la moribunda; el espectáculo de la muerte era demasiado duro y cruel para su espíritu de niña. Vestida con un traje de terciopelo negro, forrado de raso blanco y adornado de encajes blancos también, amplio, de larga cola, Adela estuvo en la antesala sufriendo su dolor como una extraña en la familia.

Más severo aún fué Luis Mariano con Baldomera. La arrojó de la familia, la borró de ella; y más tarde, cuando desgraciada y vencida se hizo perdonar su ligereza—que no era más grave su pecado—, Luis Mariano le cambió el nombre. Su hermana Baldomera había muerto y ocupaba su lugar la *tía Antonia*. Con ese nombre la conocieron todos los descendientes, y algunos de ellos no tuvieron jamás idea de que hubiese nada de común entre ellos y doña Baldomera, y mucho menos que la dulce y bondadosa tía Antonia fuese aquella mujer tan tristemente célebre.

Baldomera, después de sufrir mucho, pero siempre alegre e inconsciente, ya viuda, se marchó a América con sus hijos. Allí, su conducta fué ejemplar, y en esa segunda mitad de su existencia aparece llena de bondad, de ternura, de virtudes, que borran la desdicha de su juventud.

Luis Mariano tuvo que sufrir la tragedia de sus hermanas y la tragedia del suicidio de su padre.

El era artista; tenía esos caprichos y esos desequilibrios que engendra el arte en los mejor templados.

El glorioso apellido de su padre, ya lo he dicho, era como un peso insuperable que sus enemigos arrojaban sobre él. *Larra el malo* solían llamarle, cuando en realidad no tiene comparación con su padre. De cuando él era muy joven he visto unos artículos en el *Semanario Pintoresco*, y en esos artículos juveniles hay una imitación o una influencia de "Fígaro". Se halla en ellos la nota pesimista, un dejo de ironía, y, como es natural, no llega a la talla del modelo. Pero después, Luis Mariano se dedica sólo al teatro, y es uno de los autores más fecundos y notables de su tiempo.

La primera obra la estrenó Luis Mariano a los diez y nueve años; estaba hecha en colaboración con Valladares, *El toro y el tigre*, y su asunto era el satirizar la célebre lucha entre las dos fieras a la vista del público y como si esto fuese un espectáculo agradable. Poco después estrenó la primera obra que hizo él solo, *El amor y la moda*. Esta obra la estrenó en el Teatro del Príncipe y tuvo por intérpretes a Matilde Díez y Julián Romea. ¿No creemos ver aún vivir a su padre? Fácil en la versificación, fecundo y trabajador, Luis Mariano ha dejado 56 comedias y 24 zarzuelas. Entre las primeras podemos citar *La oración de la tarde*, *El Caballero de Gracia*, *Los corazones de oro*, *Flores y perlas*, *La flor del valle* y otras muchas que se distinguen por la firmeza de la trama, la lógica en el desarrollo, la pintura de caracteres, la belleza de la forma y la profundidad de pensamiento. Entre las zarzuelas merecen especial mención el célebre *Barberillo de Lavapiés*, *Las hijas de Eva*, *Los órganos de Móstoles*, *Sueños de oro*, *La vuelta al Mundo* y *Los hijos de Madrid*. Arriola, Gaztambide, Barbieri y Caballero unían su nombre al de Larra, que llegó a acaparar el cartel de todos los teatros de Madrid. La fortuna, que no había logrado su padre, la logró Luis Mariano. Empezó a cons-



Plaza de la Paja.

truirse una casa, y cuando estaba a medio hacer pensó que estaría mejor en la acera de enfrente, y la dejó, para comprar la que más le gustaba, demolerla y edificarla a su gusto.

Pero la fortuna le atrajo las envidias, y quisieron arrojar sobre él las consecuencias de lo ocurrido con doña Baldomera. A tal punto llegó la animosidad que sus obras se silbaban sin oírlas, como sucedió con *La africanita*, con música de Cereceda, que rechazaron ruidosamente en el Circo de Price el 9 de Enero de 1883.

Luis Mariano de Larra no quiso luchar y se retiró a su casa de Valdemoro, con su familia, que lo adoraba y que le llamaba *Cocó* cariñosamente. Según todos los que lo trataron, Luis Mariano era de buen corazón, carácter afable y cumplido y correcto caballero.

Además de las obras teatrales ha dejado varias novelas. *La gota de tinta*, *Ayer, hoy y mañana*, *Tres noches de amor y celos*, y numerosos artículos publicados en la *Ilustración Española y Americana*, *El Museo de las Familias*, *Gente Vieja* y otros periódicos.

Se conoce que sobre él pesó siempre también el suicidio de su padre. El, que dedica sus obras a toda la familia, no dedicó ninguna a "Fígaro". El prólogo que escribe para una edición de *El doncel* es tan frío, que sólo al final, por unas líneas aclaratorias, se ve que está escrito por un hijo. Tal vez Luis Mariano sintió el desamor del padre, en cuyo ánimo no pesó la paternidad, tal vez predominaron en él las preocupaciones de la infancia, la especie de sambenito que cubre la memoria del suicida; el criterio estrecho de una familia imbuida en las preocupaciones de la época. Lo cierto es que no le gustaba que le hablasen de su padre más que como escritor. Su nuera, doña Felisa Gullón, me cuenta que revolviendo un día en esos viejos armarios que tienen olor a lienzos antiguos, a manzanas secas y a aromas marchitas, encontró esa camisa, cuya fotografía aparece en la página 9, manchada de sangre, de "Fígaro", y que su suegro, que era siempre amable y atento, le habló con dureza para evitar sus preguntas y se apresuró a cerrar el armario.

Luis Mariano de Larra se había casado con una mujer hermosísima, excelente actriz, hermana de los grandes actores Manuel y Fernando Ossorio, que fué la intérprete de alguna de sus obras y que abandonó por su amor la gloria escénica.

He llegado a conocer a esta dama, ancianita, distinguida, con ademán de gran señora, cuya memoria empieza a flaquear, y vive, rodeada de sus hijos y de sus nietos, de un modo patriarcal.

Hijos de Luis Mariano de Larra y de doña Cristina Ossorio fueron D. Mariano, doña María y D. Luis.

El primero, que era el hermano mayor, no ha tenido descendencia. Sabido es que heredó el arte de su padre y de su abuelo, y la afición al teatro de su madre y de sus tíos maternos. El ha sido el tipo del actor tal como lo deseaba "Fígaro": el actor artista, bien amado de todos los públicos, ante los que se ha presentado cosechando muchos aplausos.

Doña María se desposó, aún muy joven, con un hijo de D. Eugenio de Larra, aquel buen tío paterno de "Fígaro" que se hace tan simpático por su cariño al poeta. Hijos de éste fueron doña Pepita de Larra, la simpática e inteligente ancianita que tanta luz me ha dado para la biografía de "Fígaro", y el doctor Larra y Cerezo, periodista de talento, del que tuve el honor de ser compañera en la Redacción del *Diario Universal*, y que fué el esposo de su prima doña María.

Doña María de Larra es una dama que tiene el sello de distinción y talento, propio de la familia de "Fígaro". Esta señora, que es una gran admiradora de "Fígaro" y una hija enamorada de su padre, tomó la pluma para deshacer algu-

nas de las falsedades que corrían sobre su familia; pero su timidez de mujer venció, y las cuartillas quedaron escritas y desconocidas hasta que el azar las trajo a mis manos.

Tomo de este escrito un párrafo a propósito de la tumba de "Figaro":

"Cuando se trasladaron los restos de "Figaro", dijo uno de los más leídos periódicos de la corte: *Al fin el crítico ilustre ha salido de la tumba abandonada en la que nunca lució una flor*; falsedad indigna, pues desde que tuve aptitudes físicas e intelectuales para hacerlo, el hijo de "Figaro", cogido de mi brazo, se encaminó todos los años de su vida, en la fecha fatal del 13 de Febrero, y no en las que las gentes hermocean la habitación de sus difuntos para que el mundo las vea, al alto nicho del cementerio de San Nicolás, y allí, subido en una escalera y ayudado por mis manos infantiles, lavaba, cuidaba y pintaba él mismo aquel rincón sagrado, y dejaba un ramo de violetas que algunos años nos costó trabajo hallar en esa fecha."

Acaba su escrito con una ironía digna del abuelo:

"Todo esto escribiría si yo fuese varón; pero hoy los hombres más dirían que los ponía en ridículo, porque no sé si habréis notado que, equivocadamente o no, se sienten en ridículo siempre los hombres por lo que hacemos las mujeres, y nunca por lo que ellos hacen o dejan de hacer."

Hijo de esta dama de excepcional talento, es D. Fernando de Larra, también escritor y poeta notable, último representante de la rama colateral, que no tiene hasta el presente descendencia masculina.

Luis de Larra, artista como toda su familia, continuó la brillante tradición de escritores ilustres, a

los que sólo perjudica la comparación, que es igualmente insostenible para todos los demás escritores ajenos a la familia.

Luis de Larra estudió, como su abuelo y su padre, en las Escuelas Pías de San Antonio, y abandonó la carrera de medicina que deseaba su padre que siguiese, porque conocía que no tenía la vocación suficiente. Su afición era, desde pequeño, a las letras, que cultivaba a hurtadillas, porque su padre se oponía diciéndole que "No quería que saliera un tercer Larra escritor y al público le pareciera excesivo el número".

A pesar de eso Luis de Larra hacía artículos para *La Correspondencia de España* y para otros periódicos, y antes de cumplir sus veinte años estrenó en Eslava su primera obra, "Salirse con la suya". Luis Mariano no tuvo conocimiento de esta obra hasta el día del ensayo general, en que fué requerido por su hijo para presentárselo y dirigirlo, con estas cariñosas frases:

"Al Excmo. Sr. D. Luis Mariano de Larra: Creo cumplir, queridísimo padre, con un sagrado deber al colocar tu nombre al frente de mi primer trabajo literario.



Luis de Larra, hijo menor de Luis Mariano (nieto de "Figaro").

Nada vale; así, pues, acéptalo, no por su mérito, sino como una pequeña muestra del inmenso cariño que te profesa tu hijo Luis."

Ya francamente dedicado a escribir, en especial para el teatro, siguió Luis de Larra su carrera artística en la que obtuvo grandes éxitos y bien pocos fracasos.

Su género principal fué el llamado "género chico", pues Luis de Larra no aspiró jamás a la gloria literaria, por el temor que le producía el creer que no podía aumentar el brillo de su apellido, ese terror y desaliento que inspira el descender de un genio consagrado y admirado por todos, y se contentó con vivir del arte sin vilipendiarlo. El fué gran parte en la fama y nombradía que adquirió Loreto Prado, pues dedicó a esta artista casi toda su producción de más de veinte años consecutivos y fué el primero que descubrió en ella la modalidad dramática y quien le dió el primer papel "serio" en "La traperera", obra que habiéndose estrenado hace diez y ocho años, aún se representa en los teatros de toda España y América latina. Con aquella obra y gracias a Luis de Larra, rompió la simpática Loreto Prado sus moldes de trabajo, ampliándolos, lo cual le dió ocasión después a generalizar más y abarcar toda la gama de su arte, quizás de no haber sido por la perspicacia y gran experiencia teatral de Larra hubiera quedado reducida a mostrarse en el desempeño de papeles de chica o chicos traviesos y de golfos de buen corazón.

En el año 1897 fué trasladado a la Isla de Cuba, aún española, a instancias suyas, donde permaneció hasta fines del año 98, y en aquel lapso de tiempo fué redactor del periódico de la Habana *La Lucha*. Como le cogió en la Habana todo el horror de la guerra contra los yankees, y era un español muy español, formó un batallón de voluntarios, que llegó a ser numerosísimo, y del que le nombraron capitán. Con él hizo servicios de guardia en los edificios públicos de la población y algunos de vigilancia por patrullas en los alrededores a las órdenes del general Arolas, de quien fué ayudante honorario.

Al término de la guerra, Larra fué declarado cesante (siendo precisamente ministro de Estado D. Pío Gullón, tío carnal de su mujer, paradoja admirable, que pinta el carácter de Luis de Larra que jamás pidió nada a nadie, ni la reposición en su destino a su tío) y el día antes de que los americanos pusieran la bandera yankee en el castillo del Morro, cuando aún ondeaba allí la española, Larra, con otros camaradas, zarpó para España en el "Alfonso XIII", teniendo el consuelo de ver hasta el último momento la bahía cubana adornada con la enseña amarilla y roja.

Luis de Larra trajo de Cuba una laringitis crónica, que agudizándose le produjo la tuberculosis laríngea que le causó la muerte.

Como no quiso gestionar su reposición en Hacienda—que tan fácil le hubiera sido—vivió y vivió bien, del producto de sus obras.

Luis de Larra era fecundo aunque poco trabajador, y tenía la facultad envidiable de la rapidez para concebir y desarrollar, hasta el punto de que fué el autor de su tiempo que hizo más obras "de encargo", pues cuando algún empresario veía su negocio flojear y no tenía obra en que poner su esperanza, acudía con urgencia a Larra, con la seguridad de que en ocho días perfeñaba una zarzuela, y con la fortuna, además, de que estas casi improvisaciones suyas, solían ser sus mayores éxitos.

A no ser por su condición de eterna cigarra, habría podido reunir un capital con el producto de sus obras, pero no supo administrarse, ni concedió jamás valor al dinero—grandeza suya indiscutible—y al morir quedaron gravadas sus obras, produciendo pingües beneficios a usureros y prestamistas.

Si sobre Luis de Larra no hubiera pesado siempre el temor de que se pudiera pensar que quería emular las glorias de otros Larra, mayores, con certeza que hubiera hecho obras de más importancia.

Su modestia fué grande; su bondad, mayor. Generoso, caballerosísimo, abierto, cordial y atable, siempre sonriente, de un agudo ingenio, con algo de la sátira espontánea a "lo Figaro"; no dejó un enemigo, y al morir hizo llorar la pérdida del protector cotidiano en muchos hogares.

Era tanta su bondad y su culto a la amistad tan acendrado, que a la puerta de la muerte, cuando ya no podía salir de casa, le dijo Enrique Chicote—su gran amigo de siempre, que aún le llora con lágrimas cordiales—que su teatro iba mal, y el pobre escritor, que no podía hablar, porque la tuberculosis había carcomido su laringe, como iba comiendo su organismo todo, hizo un esfuerzo sobrehumano; y junto a una estufa de petróleo—con la que pretendía matar el frío de su sangre helada por el terrible bacilo—se puso a escribir, y en doce días terminó dos zarzuelas en un acto: "El tango argentino" y "Las llaves del cielo", cuyos ensayos ya no pudo presenciar y en cuyos afortunados estrenos sonaron los últimos aplausos que el público le tributó en vida y que él ya no escuchó.

Luis de Larra era de poca estatura, sin ser muy bajo, menudo de cuerpo, de tez morena, nariz larga, ojos negros, vivísimos y de una mirada penetrante, pero dulce y serena, como su alma, su parecido físico con Larra lo dicen sus retratos, y en la crónica de Alcántara que he reproducido, con motivo de la traslación de los restos de "Figaro" vemos la impresión que produjo ver a su nieto, que ofrecía con él tan gran semejanza. Indudablemente en el carácter fué el que más se le pareció.



Carlos de Larra y Gullón (bisnieto y último descendiente de «Figaro» por línea masculina).



D.ª Felisa Gullón (esposa de Luis de Larra).

Estaba casado, desde los veintiséis años, con doña Felisa Gullón y Fernández Terrán, de una ilustre familia de políticos y militares. De este matrimonio quedaron tres hijos: doña Pilar, doña Cristina (casada con el periodista D. Mariano Gullón) y Carlos de Larra y Gullón, notable autor y periodista, casado con doña Adela Sevilla Ortiz, y que no teniendo hijos parece ser el último descendiente en línea recta del inmortal "Figaro".

Así, con la silueta de los últimos descendientes cierro este libro, a cuyo final no quiero añadir nada después de haber trazado tan apasionadamente cada una de sus páginas.



D.ª Adela Sevilla
(esposa de Carlos
de Larra).

La presencia de "Fígaro" está en los capítulos en que vive, escribe y ama, lejos de apreciaciones de biógrafo que divaga, apareciendo tal cual se nos muestra en su obra, en sus cartas, en su intimidad. Hasta en su suicidio está como en el brillante espectáculo de una ascensión, y sólo vuelve en la hora de las bellas y exaltadas necrologías. En este momento, analizado y evocado todo, para fijar definitivamente su figura, se impone el silencio y una actitud callada y sobria.

Ya es la hora de poner la firma, como si en vez de firma escribiéramos otra frase, una frase que dijese esas últimas palabras que no sé encontrar, pero que desearía encontrar, para resumir de una plumada la aureola de "Fígaro"; esas últimas palabras que volverían a ser las primeras y las intermedias, pues sin notarlo volvería una y otra vez, a escribir este libro de mi romanticismo y de mi entusiasmo.

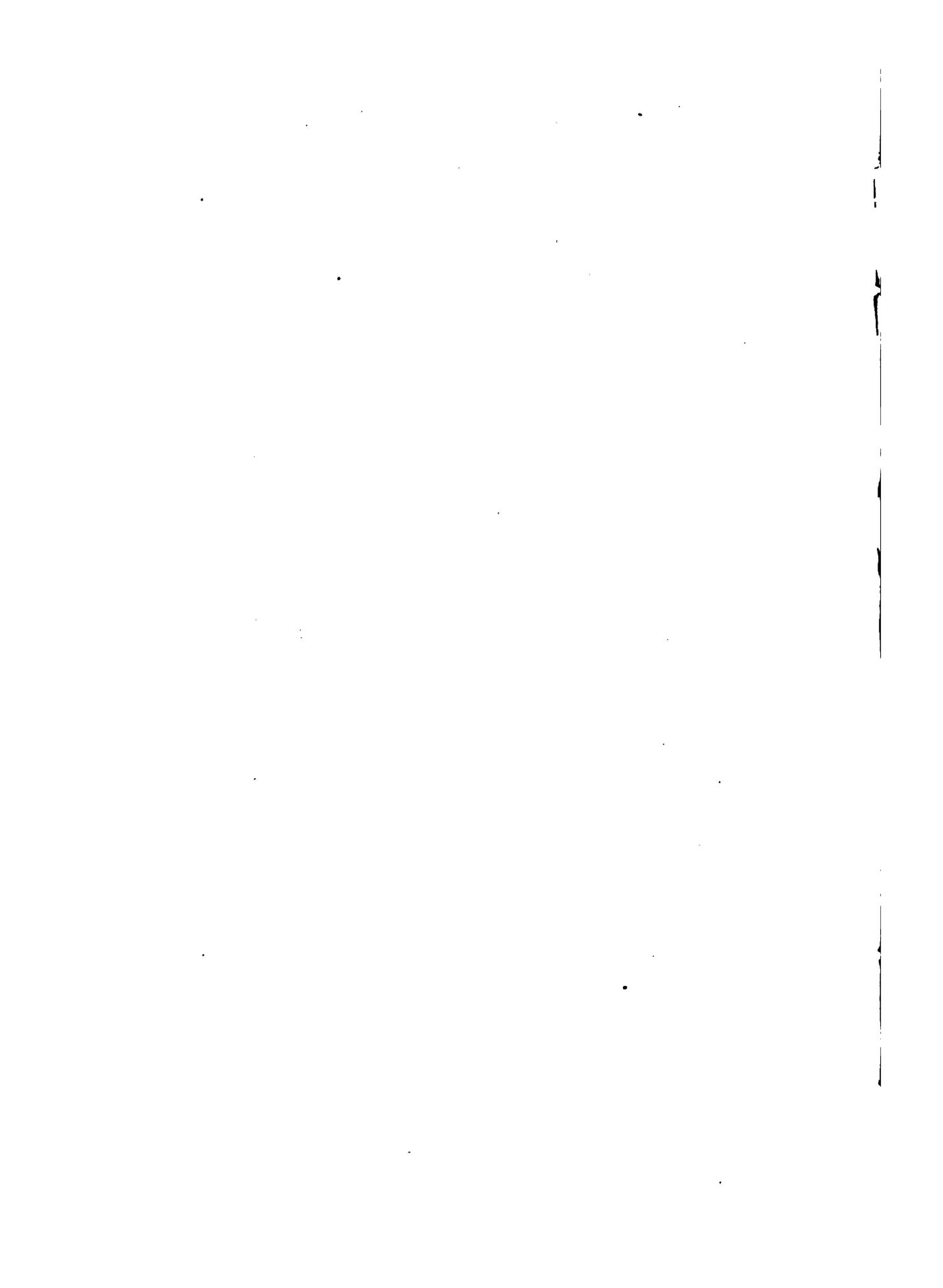


Carmen de Burgos.
"Colombine"

EPÍLOGO

POR

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



EPÍLOGO

PRÓLOGO AL EPÍLOGO

¿Cómo epilogar este admirable libro de Carmen de Burgos?

Yo hablaría de ella con esa fe que doce años de constante amistad han cuajado en mi espíritu, del espectáculo único que ha sido para mí su sensatez, su comprensión y su rebeldía. Pero no es eso lo que ella quiere.

Me tengo que referir a este libro, cuya preparación ha sido obra de su devoción durante mucho tiempo, pues hace años que aparece anunciado entre sus libros en proyecto—aunque parecía esperar a ese hallazgo del cofre de los secretos y los manuscritos de «Figaro».

Este va a ser el libro que quede sobre Larra, el que primero descubre lo que de verdaderamente inédito quedaba de él y el que reúne todos los antecedentes dispersos de un modo vivo y «simpático». Todos, después de este libro, tendrán que referirse a él, que copiarle, que seguirle. Carmen ha hecho esto con sencillez, con una idea genial, instintiva y clara de la distribución, corrigiendo hasta a los contemporáneos y omigos de «Figaro», que tantas falsedades dijeron de él, y todo esto sin que resulte muerto y ahogado en la insostenible prosa negra de los eruditos, y sin dejar por eso de tener algo más de la erudición necesaria. ¡Gran libro de erudición, sin una nota, porque cuando el que escribe sabe escribir, dice todas las cosas en su sitio!

Eso le da vida fresca y continua, sin esas hemicplejas de las notas.

Sentado frente a Carmen ante su amplia mesa de trabajo—esta mesa con la forma de un piano de cola y que por tener sólo tres patas parece la mesa de los espiritistas, a la que por eso quizás acuden a ella las esencias de los muertos y por eso Carmen hizo aquel hermoso libro sobre Leopardi, desgraciado también e impar, y ahora sobre «Figaro»—he visto y he leído los documentos y he oído las cuartillas de Carmen, saturándome de «Figaro», y sacando del cerillero de él, que la familia ha dedicado a la escritora, las cerillas para mi pipa, cerillas con una luz en algo inspirada directamente en él.

Sólo porque era Carmen la autora de este libro no he sentido envidia de él. Es

noble y cabal como el solo, y por eso ante la necesidad de epilogarle, y ya que no pueda añadir nada a la figura que traza tan bien ella, he creído que evocando reciamente ese fundamental paseo del Prado, pasando a lo largo del Prado pensando en «Figaro» —al que con una certeza misteriosa veo pasear aún por sus andenes— surgirá él por último, desprendido del libro que le resucita, ya silencioso, escueto, indirecto, anónimo, incógnito, callado, desprendido de la biografía, en pleno asueto, en plena vida. Sobre todo por medio del grabado—no se dará cuenta la gente de lo que es reunir todos los que reuno sobre el Prado—el fondo queda tramado perfectamente.



EL PRADO

Yo puedo hablar del Prado, porque yo soy "El hijo del Prado".

Como hijo espontáneo del Prado, como su cigarra, dispuesto a trazar unos diálogos escépticos y sentidos entre "yo" y "yo mismo" titulados "Paseos por el Prado", encontrado su antecedente histórico total en muchos libros, y su sentido actual, "eterno" y nada "efemérico" en muchos paseos de todos los días, embocaré primero la cuestión de su historia y después ya estaré tranquilo para hacer los zig-zag del paseo y sus idas y vueltas. (Si yo pudiera elegir entre mis libros, diría que considero este trabajo como el mejor de todos los míos.)

El Prado son los Campos Elíseos de Castilla, planicie de aire profundo, de honda serenidad.

Siempre ha sido el camino del Prado el camino oriental. Por el Prado se va hacia Oriente, que es nuestra dirección ideal.

El Prado era el último camino cuando Madrid acababa en la Puerta de Guadalupe. Después del Prado se caía en los barrancos y en los aguazales.

(Larra paseó por él mucho, y el último paseo parece que se realizó en él, siendo eso lo único que sugiere el falso paseo que describe Molins. Después, cuando fué enterrado en Fuencarral, estuvo inquieto, hasta torcer el curso de las cosas y pasar en carroza fúnebre por el Prado, yendo a parar al Cementerio de San Nicolás.)

"Tienen prevención de arboledas vecinas las poblaciones numerosas, donde el agua de las fuentes enfría el aire, el aire las hojas, para que las hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Esto, en Madrid, se llama el Prado"—dice un historiador.

Como en ese otro paraje, llano y filosófico de Lisboa, en que están los Hierónimos, había un Monasterio de monjes Jerónimos en el Prado.

Mezclándose a sus pocas construcciones había huertas y hierbas, que fué lo que naturalizó todo el suelo de la ciudad alguna vez, y cuyo recuerdo no hay que perder. Siempre por estos parajes estuvieron, efectivamente, los prados de la villa; el Prado de Toya o de Atocha, que se menciona en los fueros de Madrid del siglo XIII (se llama después Atocha por los atochares (atocha = esparto. Atochas = espartizal).

Había varias hileras de álamos todo a lo largo de él; álamos que realmente no

han desaparecido, porque se nota aún en el paseo un aire de alameda, fresco camino de la meditación.

El Prado es la obsesión de Madrid. Villamediana dice:

"Llego a Madrid y no conozco el Prado,—y no lo desconozco por olvido,—sino porque me consta que es pisado—por muchos que debiera ser pacido."

La musa callejera compuso también una seguidilla a este respecto:

"Como corren los tiempos—Libres y alegres,—Muchos salen al Prado—Por darse un verde."

También Lope de Vega dijo, con el conceptuosismo del mal humor:

"Los Prados en que pasean—son y serán celebrados;—bien hacéis en hacer Prados,—pues hay bien para quien sean."

Los poetas se entusiasman con el Prado. Cervantes, que pasaba mucho por allí porque vivía en aquel barrio, dice en la despedida de Madrid:

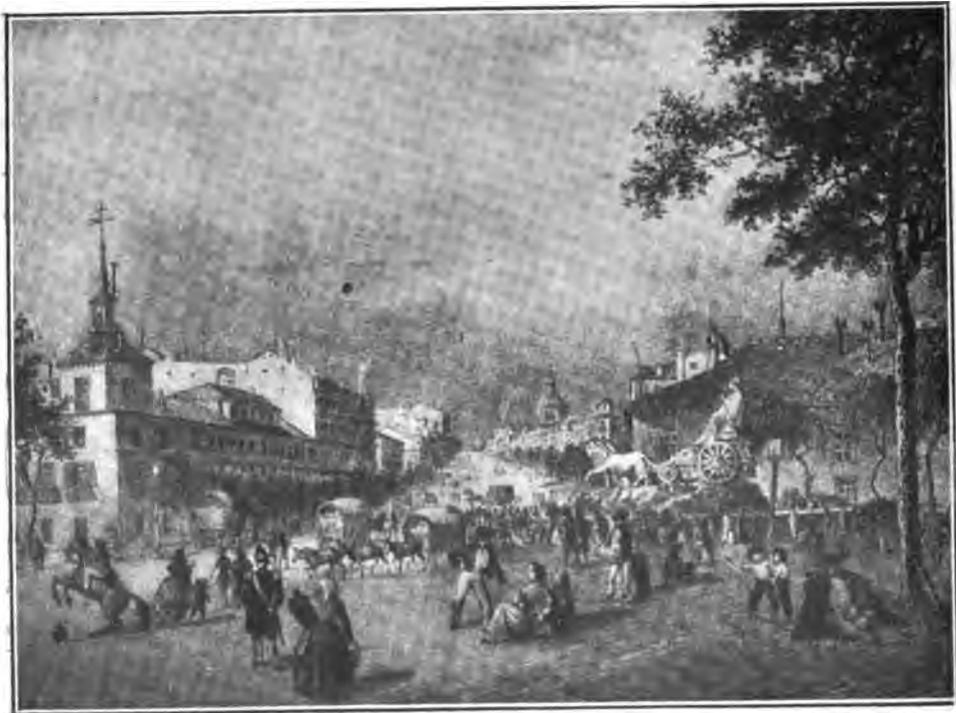
"Adiós dije a la humilde choza mía,—Adiós, Madrid, adiós tu Prado y fuentes—Que manan néctar, llueven ambrosía."

Lope de Vega, en "El acero de Madrid", le recuerda y le dedica su atención. Quevedo, también. Y después, después, ¡cuántos otros!

Las fuentes que le decoraban ya desde el principio, las fuentes "de mejor agua que hayan hasta agora visto". ("Lindísima agua" llama al agua del Prado el maestro Pedro Medina.) Eran cinco de singular artificio, cada una con una bacía de piedra berroqueña y varios caños, sobre todo una que recordaba la lluvia tupida de la tormenta, la del "Caño dorado", la "Sierpe" y la del "Olivillo", habiendo una que recogía su agua en nueve grandes tazas de piedra. La más original era una que lanzaba el agua por la boca de una serpiente, a la que se enrollaban otras dos, destacándose en ella "una esfera que tiene un espejo de bronce y en medio dice "Vida y gloria".

Muchas cosas pasan en el Prado. En 1644 "vino un andaluz con unas quimeras de Arquímedes, hizo un molino, añadió a la tramoya otra traza con que habían de tener unas bombas movimiento perpetuo, y el agua que saliese para hacer moler la rueda había de volver al mismo estanque de donde se había sacado".

Las fiestas más espléndidas se dan en el Prado. Para la entrada de doña María de Austria se construyó un ancho tablado, con jardines, fuentes y salteadores, y en



Aspecto antiguo de la calle de Alcalá frente a la entrada del paseo del Prado.

su parte más alta el Monte Parnaso, en que se veían las musas, Pegaso, el dios Apolo, y al pie de la Fuente Castalia, seis de los principales ingenios de la edad pasada: Calderón, Lope de Vega, Argensola, Quevedo, Zárate y Góngora.

(Queda ese Parnaso aún, y en uno de sus bancos está Larra. Es un Parnaso sin túnicas; queda uno con el traje de su tiempo; todos reunidos como en una gran Casa de Orates de lujo.)

Para la entrada de la reina doña Ana de Austria se hizo al final del Prado un estanque de 500 por 80 pies, en que bogaban ocho galeras, cada una con 20 soldados y cuatro piezas de artillería, un castillo con cuatro rebellines y un tablado sobre el que se elevaba un trono cubierto de brocado, desde donde doña Ana presenció la toma del castillo.

(En ese sitio es adonde aún se forman unos grandes charcos que evocan a aquel gran estanque.)

No solamente en las horas de fiesta pasean los reyes y los aristócratas por el Prado. Ya el día de San Juan de 1613 saltó el rey al Prado acompañado del duque de Lerma, deteniéndose en el convento de los capuchinos, adonde se hallaba la reina de Francia con su hermana, volviéndose con ellos a Palacio y yendo el duque en el estribo del coche real.

En casi todos los palacios del Prado había sobre el dintel de la puerta una gran cadena, que sólo ostentaban los que habían tenido la honra de que hubiese estado el rey en ellos.

La aristocracia también pasea por él. El conde de Humera paseaba mucho por sus andenes, acompañado también por el de Lerma, al que llevaba a su derecha, yendo muchas veces a ver correr lanzas a los franceses de su acompañamiento. También se dieron bailes en los palacios que en el Prado tenía la aristocracia, siendo el más suntuoso el que dieron en honor de Felipe IV la noche de San Juan, con mascarada y con una suntuosa "Rúa" por el paseo que duró hasta el amanecer. (Sólo la mascarada real que se verificó en el Prado para solemnizar la boda de Fernando VII y María Cristina, aventajó en esplendor al de esa fiesta.)

Ya entonces, como siempre, después y antes, al mismo tiempo que el sitio de paseo por la tarde, es el Prado en la noche sitio en que se recogen el misterio y una sombra pecaminosa, porque ya entonces se rozaban con los palacios y sus monasterios, mancebías y ventorrillos, diciéndose en un bando de 1757 (año en que el Prado es guardado por treinta y dos soldados) "que se prohibía estar ni entrar en él con capa", y mandando que fueran expulsadas las ramilletteras y limeras.

El arquero holandés Cock dice por esta fecha, que "no se debe buscar en él la mansión de la casta Diana, ni de la Virgen consagrada al culto de Vesta, sino la de Venus y el amor Ciego".

Hubo en él estocadas por cuestión de mujeres. Una vez, porque unas damas que iban en una calesa llamaron al duque de Alburquerque, fué herido éste y el conde Oropesa que iba con él. También hirieron por mujeres al marqués de Almenara, y se celebraron muchos otros empeños de armas y desafíos, en que se oía el martilleo de las espadas de taza y en que eran curados los contendientes en la clínica del Monasterio.

En una comedia antigua se dice:

"Irás al Prado, Leonor,—en cuya grata espesura—toda divina hermosura—rinde tributo al amor.—;Cuántos mirándote allí—aumentarán sus desvelos!—No quieran, Leonor, los cielos—que te los causen a ti."

De sus aventuras hablan también estos otros versos:

"Si ir al Prado dejares—tu esposa, loco,—mientras ella va al Prado—vete tú al Soto."

En esta primera época se sentaban las mujeres en su verde. Así, el gran maestro de todos, Zabaleta, las ve sentadas "tomando la apariencia de flores".

En este césped del Prado se dieron muchas meriendas, merendolas alegres, bebiendo en el aire el refresco verde de las lechugas de las huertas.

El césped del Prado lo hollaron numerosos zapatos de ponlevi y numerosos chapines con virillas de plata y buscaron sus alamedas numerosas basquiñas de chamebote, guardainfantes de seis varas de ruedo y mantos de gloria.

Así, el campo que dora y calienta el sol del invierno estaba salpicado de mujeres sentadas, muchas "con los pañuelos sobre los mantos".

Por el centro del Prado pasan las que van en coche; "en un zapato alpargatado con ruedas se aprietan seis personas". Habiendo muchos enredos de coches.

"Muchas carrozas rebosando dueñas; — de todo un barrio cada coche lleno." (Quevedo.)

"... ver mil coches de día—del Prado armados bajeles." (Lope.)

Gran sitio de fiesta durante el día y paseo de damas de rebocillo y de medio ojo y dueñas quintañonas, durante la noche siempre servía su gran sombra y el gran sentido de sensualidad que lo anima, de sitio de regodeos de cotorreras y sirenas de respingón, tanto que dice, refiriéndose a esto, un historiador:

"Es un gran bosque, donde se sale como quiten dice al ojeo, con la particularidad que en él suele ser más frecuente ver liebres buscando galgos, que galgos buscando liebres."

La visión del Prado, después de esos mimos y esas francachelas, podemos decir que va a ser definitiva. Se queda en su paraje para siempre.

Ya el Monasterio de los Hieronimos lo domina como hospedería de Reyes en los momentos de meditación y tristeza, como lugar de las juras y hasta sitio en que se celebran las primeras Cortes.

Se dice que allí confesó el príncipe D. Carlos que quería matar a su padre, reuniéndose la comunidad para juzgar el caso, y aconsejando el confesor absolver al príncipe o darle de comulgar una hostia no consagrada, para que el pueblo no advirtiese que no se le daba la absolución.

De orden severo es ese monasterio; "no salen en siete años de sus claustros los



Palacio del duque de Villahermosa en el Prado.

que empiezan el monacato, sirviendo en todos los ejercicios de humildad, con un maestro que no les pierde de vista y en la mesa les cuenta los bocados", y permitiéndoseles sólo al cabo de ese tiempo ir a sus tierras acompañados de un anciano.

Más iglesias había en el Prado. San Antonio del Prado, que estaba entre la plaza de las Cortes, y la iglesia de Jesús y el Santísimo Cristo del Prado, que era una de las mayores devociones de las gentes.

La entrada del Prado tenía a un lado el magnífico palacio que perteneció primero al marqués Ambrosio Spínola, a quien otorga el título Felipe IV en 1621, y después al duque de Sexto, quien lo vendió al Banco de España, que también necesitó para su solar destruir la iglesia de San Fermín que iba a continuación de ese palacio.

Numerosos palacios le daban carácter. El de Lerma era uno de los más importantes. De él dijo un poeta:

"Llenando en su parte yerma—del Prado viejo un espacio,—con lo que al erario merma—levanta altivo el de Lerma—suntuoso y rico palacio."

El palacio de Medinaceli, que era otro de los grandes palacios del Prado, estaba

pasada la Carrera de San Jerónimo, continuaba su tapia hasta la calle de Trajneros.

El palacio del duque de Villahermosa, esquina a la Carrera de San Jerónimo, fué construído por Antonio López—dirigió la obra el propio D. Antonio López.

Todo es agramilado.

Es la principal la fachada opuesta a la que hace de principal dando a la calle de San Jerónimo. Sobre su frontón campea este letrero, escrito sobre el tímpano de ese frontispicio:

"In Eodem loco artis perfectionem et naturae oblectamentum, María Emmanuela Ducissa de Villaerrosa conociavit."

Lo más bello de este palacio es su regularidad. En él se conservan los retratos de todos los duques y unos soberbios tapices que—como las colchas las chulas—sacan al balcón en las solemnidades. En él vivió el duque de Angulema en 1823.

También ha sido el Prado, y quizás realmente es lo que definitivamente será, el sitio de las fiestas cívicas. Allí, después del día 2 de Mayo en que se regó todo él de sangre en una avenida tan grande como aquella de agua que en 1581 le causó muchos daños, ¡cuántas fiestas cívicas se han celebrado! Entre otras se debe recordar la que se celebró el día 24 de Septiembre de 1822 conmemorando el triunfo del 7 de Julio y para la que se entoldó todo el Prado y se dispusieron "1.110 varas de mesa" para los 9.000 convidados compuestos por los soldados que formaron la guarición aquel invicto día que solemnizaban.

El Prado desde sus primeros días de prado silvestre, se había ido modificando y arreglando, habían sido echados abajo varios edificios; el antiguo juego de pelota que estaba donde mucho más tarde se levantó el monumento al 2 de Mayo; también fué necesario para abrir por ahí el camino al Retiro, rebajar una formidable altura que según afirma Pinelo "estaba allí desde el principio del mundo". (¡Qué agarrada estaría la tierra a la tierra!) Se hace una mina subterránea para encauzar el arroyo que lo enloda y otras aguas que convergían en él, obra que según Jovellanos "era comparable a la gran cloaca en que Dionisio y Casidoro creyeron cifrada la magnificencia romana."

(Ultimamente en nuestros días, no hace mucho, hemos visto acabar de sanear y de regir esa cloaca máxima metiendo, gracias a la fuerza de una recia grúa, unos enormes tubos de hierro embreado, por cuyo túnel jugaban a pasar niños de doce años.)

Entusiasmándose con el sombrío encanto, con la magnífica y severa base que es el Prado, se proponen al Ayuntamiento de Madrid proyectos descabellados y suntuosos, entre ellos un peristilo capaz para 7.000 personas que pudieran refugiarse en él en caso de lluvia (hoy el soportal de los buzones del nuevo Correos puede servir para caso de lluvia), un inmenso monumento a Cervantes, y últimamente un absurdo monumento a todos los héroes de España, sus colonias, la industria, el comercio y sus productos.

El Prado rigiéndose con rigidez a sí mismo, se conserva, sin embargo, resuelto y rotundo. Todo va creciendo en él poco a poco. Se crea el Botánico—Jardín Botánico del Museo de Ciencias—frente a la Real Fábrica de Platería dotado de un bello pórtico y de un despejado frontispicio. Están rodeadas las 30 fanegas de tierra del Botánico por una verja solemne y robusta fabricada en Tolosa de Guipúzcoa por Arrivillaga y Muñoz, con asientos exteriores y sillares en toda su extensión. Tiene dos puertas, una que da a la plazoleta de Murillo, formada por una fuerte y achaparrada edificación de columnas arrimadas y dóricas, y la otra que da al Prado con arco de medio punto con archivolta y dos columnas entregadas de orden dórico, y a los lados dos pequeñas puertas con arco adintelado. Sobre su frontispicio Juan de Iriarte escribió "Carolus III, P. P. botanices instaurator civium salutí et oblectamento anno MDCCCLXXXI".

Primero Felipe II había querido construir uno, anterior en mucho a los de París y Montpellier, y casi coetáneo con los de Pisa y Padua. El mismo herbario de Hernández que se conserva en el Escorial, revela aquella curiosidad. A orillas del Manzanares y camino del Pardo hay un soto "Migas calientes" en el que se implanta el primer Botánico o Real Granja. Después por orden de Carlos III fué trasladado aquí.

El conde de Florida Blanca, quizás por la fuerza de su título, fué el que protegió al Botánico.

Un extranjero en 1789 propuso darle un destino que únicamente el Monarca de las Españas podía realizar "establecer familias de peruanos, mejicanos, californianos, cuisanos, habitantes del Paraguay, Buenos Aires, Caracas, Puerto Rico, Cuba, Canarias, Filipinas conservando los trajes del país y sus costumbres."

Otro propuso establecer un Parque Zoológico en libertad y yo he propuesto en un libro lo siguiente:

Debía haber un botánico de los senos, un verdadero y amplio Jardín Botánico en que figurasen todas las especies de senos del universo, sostenidos y alimentados por las mejores mujeres de todas las especies. Ellas podrían estar desnudas, con sus senos al aire, y estáticas como los árboles. El cartoncito latino que cuelga de los árboles y de las plantas de los botánicos colgaría del intervalo de sus senos como un medallón, señalando la procedencia de cada mujer y el nombre de sus senos: "SENUM ABI-SINIUS", "SENUM GOMORRIENSES", "SENUM JAVANESES". ¡Oh, admirable botánico, en los cálidos invernaderos durante el invierno y en el jardín el resto del año! El Ministerio de Bellas Artes debía ocuparse de eso."

Entre las plantas que conservan están la dracoeana, la tecomas, hiphocampylus, magaricarpus, perrettia, el ecluites y los humildes granos de cien diversos géneros. Semilleros; modelos de secano, campanitas de cristal debajo de las que se colocaban los ejemplares de los trigos de que habla Clemente en su adición al Herrera, maderas exóticas, formas, resinas, etc., etc.

"En los primeros días de la estación calurosa—dice Madoz—se ve sumamente frecuentado este jardín por una sociedad escogida, que busca el deleite que les ofreció su fundador, así como la clase menesterosa las yerbas medicinales que se les proporciona gratuitamente, llevando receta del facultativo, si su aplicación es peligrosa."

(La tila les será dada a todos sin tasa ¡Oh, gran farmacia fresca!)

Tiene unas dos mil especies vegetales perennes, tintóreas, de los prados, textiles, etc., etc.

Hay una noria y una casilla como esas que se dan a copiar a los niños, y que tienen algo de molino, algo de alquería, algo de casa del herbolario.

Pronto el Botánico se llenó de plantas. Los virreyes de España enviaron grandes árboles y pequeñas semillas en número incalculable, que nuestro Botánico las expedía al mismo tiempo como si fuese el correo central de las semillas, llegando a enviar al extranjero 7.649 paquetes en un año. La Biblioteca llegó a contar con 2.500 volúmenes y los herbarios ascendieron a 30.000. (Al abrir esos libros, ¡cuántas flores y hojas se desprenderían de ellos!) Las plantas del Nuevo Mundo ocuparon mucho sitio. Se cultivó la escuela linneana, el sistema de Cavanilles y, por último, las plantas de adorno. Se erigieron varias estatuas, entre ellas la de Quer, el célebre médico y naturalista que escribió una flora española; Cavanilles, el célebre autor de las Observaciones al artículo "España en la Enciclopedia", y más tarde la de Lagasca, el primer botánico del XIX. (Hoy en la hora de salir del despacho y pasear por el Paseo de esta tarde veremos todas las que hay hoy.)

El Museo del Prado, que nació destinado a Museo de Ciencias, llega a ser el Museo de Pintura, y las nuevas fuentes se implantan. Estas nuevas fuentes merecen fijeza. La primera en el ancho y largo estadio es la Cibeles. Es esta una fuente que se ampara del símbolo de la tierra patria y siendo una diosa hija del cielo y de la tierra, mujer de Saturno, la magna-mater, resulta como la reina de todas las Castillas (al principio estaba colocada más al lado del que hoy es Ministerio de la Guerra y miraba hacia el Sur). Surtiéndose de la dotación de la antigua y acreditada fuente del Plojo, su agua era muy estimada aunque algún cronista dijese que causaba a los provincianos que la bebían el efecto de las aguas del Leteo en las almas de los muertos: el olvido.

("Fíguro" debió encaramarse sobre su taza, y en sus paseos por el largo salón de la reflexión, debió quizás curarse bebiendo de ella. ¿Pero hubiera querido seguir viviendo sin sus recuerdos?)

La fuente de Apolo en el centro del paseo lo decora de un modo más íntimo, como la Cibeles y todas las que están injertadas para siempre en el Prado, procede de un diseño del gran Ventura Rodríguez, Apolo o la fuente de las cuatro estaciones tiene cuerpo o tronco de panteón. Los tarjetones en que se ha borrado la inscripción y que tiene en los frentes esperan un cenotafio. Los mascarones por los que sale el agua están bien aunque es doloroso como ver un vómito de sangre ver echar a un mascarón el agua por la boca. Su agua, es un agua dulce del viaje viejo mezclada a la de la Cibeles para ayudar (esta comunicación de unas fuentes con otras es conmovedora y entrañable).

La obra está hecha con piedra de las canteras de Redueña (el que yo cite el pueblo de la piedra no es citar por citar, sino por cómo evoca un formidable pueblo de



La fuente de Apolo.

España). Tiene un tono esa piedra de piedra de hueso blanco. Resulta lívido y ahue-
sado ese Apolo. Aunque el diseño es de Ventura Rodríguez fué Alvarez el que lo rea-
lizó, aunque según ha dejado dicho uno de aquellos críticos de arte, "los oficiales que
desbastaron la piedra estragaron la escultura". Gregorio de Salas, admirado de la
obra, ha dicho de ella y de su autor:

"Alvarez, tus estaciones—nos presentan sus efectos—en tan bellas actitudes—y modo tan verdadero,—que con toda propiedad—me parece que estoy viendo—en primavera y verano,—el otoño y el invierno—flores, y espigas y fruta,—nieves, es-carchas e hielos."

Y después ha escrito en la tumba de Alvarez.

"Aquí yace un escultor,—que, por su grande destreza—le echaran menos los hombres—y le lloraran las piedras."

Alvarez muerto antes de acabar su obra creó un conflicto, pues el escultor Abad, al que se encargó la continuación, no quiso porque como él dijo: "si la obra sale bien dirán que es de Alvarez y los defectos se atribuirán a Abad".

En vista de eso se lo encargó a Bergaz, al que un poco infiel a la memoria de Alvarez, dedicó Salas también estos versos:

"Si el Apolo, Bergaz, fuera Narciso,—al punto que a la fuente se asomara."

El agua de la fuente de Apolo cae en tres conchas, conchas eternas hechas para soportar el agua de las fuentes como las otras para soportar el agua del mar. En vez de agua parece que debía caer de ellas besamel, pero su baba tiene un dulce de caramelo en que se mezcla el encanto de los días de Madrid.

Refiriéndose a esta estatua dice don Ramón de la Cruz en "Los panderos" por boca de una garrida moza:

"Y le dejé más parado,—más blanco y más frío que—la "estanta" nueva del Prado."

Es maravilloso que no haya parado su fuente. Nos reúne eso con todo el pasado. Sus dos carfátides, eternas sopladoras de vidrio que a veces echan el agua no en forma de chorro sino de ancho abanico, están siempre intentando crear la ampolla de vidrio que algún día de invierno parece que va a cuajar al fin.

(Ante esta fuente "Fígaro" se detenía y veía la perspectiva de las estaciones, sobre todo la del invierno que representa el mendigo de pantalones atados por debajo de la rodilla como se los atan con una cuerdecita los miserables para no perder el calor que guardan, atadura igual a la que evita que no se pierda de un pellejo de aceite el aceite. Toda la estatua es invernal, hasta los racimos en piedra son racimos de uvas heladas, uvas de invierno. Es la fuente del hombre con capa y con una copa con brasas, en la mano).

Neptuno es la fuente que sigue. Hay que tener en cuenta que es hijo de Cibeles y amigo de Apolo, y que como todos los dioses entronizados en el Prado es un dios arrojado de la tierra. Está hecho también según un diseño de Ventura Rodríguez y con piedra de la cantera de Montesclaros.

Aunque resulta extraño ver a Neptuno en el sitio más lejano al mar, le justifica el que ostenta la representación de Marciano del que España tiene la gloria de haber descubierto los límites en Occidente. Su tridente—que por cierto le robaron una vez—es de tres puntas que simbolizan su triple poder de conservar el mar, solevantarle y apaciguarle. Este pobre Neptuno como el que se levanta en la Plaza de la Señoría de Florencia, siempre en seco, en lo más central de la meseta central, parece que va a morir como un pez sin agua. Está en las ciudades estas para tener propicio a Dios, pues si tomamos en serio a algún dios hay que tomarlos todos en serio. Este Neptuno evita las sequías. Es llevado por unos caballos de hermosa figura, figura de caballos inmortales y momificados, medio caballos esqueletizados y medio caballos focas, caballos cuya base algunos creyeron que debía estar sumergida en el agua, más dentro de la taza que contiene todo el grupo escultórico. Donde estaba esta fuente, había antes de su existencia una torrecilla en que se colocaban las músicas que amenizaban el paseo, músicas con atabales y trompetas. Durante mucho tiempo se han estado mirando Neptuno y la Cibeles, tanto que Sinesio Delgado dijo:

"Neptuno y la Cibeles se hicieron guñfies—y apareció en el Prado la mar de niños."

(Ante estos caballos de Neptuno de los que salen altos y arqueados surtidores, me he parado a pensar que en vez de caballos debían ser ballenas y no sólo porque así se justificarían sus surtidores parecidos a los que son como el "esprit" de las ballenas, sino que a poco que se piense el transatlántico ideal, el enorme vehículo de Neptuno es naturalmente una ballena.)

(Fígaro al pasar ante Neptuno, medio cocinero grotesco y medio rey desnudo, equilibraba su pensamiento pensando en el mar.)

Después vienen las cuatro fuentes que están frente al jardín Botánico, en la plazoleta tercera del Prado. Su piedra es también de Redueña. Son cuatro fuentes idé-



La fuente de Neptuno.

ticas. Están rematadas por un tritoncillo que juega con un delfín, debajo va la taza y en el tronco sobresalen unas cabezas de oso.

Por fin frente a la estación del Mediodía estaba antes la fuente de "La alcachofa" que hoy está en el Retiro y cuyas aguas eran demasiado gruesas para beber.

Antes de entrar en la divagación libre, en el paseo en que los pensamientos son voluntarios, dispares y desordenados, debo dar todavía un antecedente histórico sobre el monumento del 2 de Mayo aunque sobrio, curioso, completo. Solemniza a los pobres madrileños que fusilaron allí en masa los franceses, escena nocturna y patética, porque mientras se verificaba los monjes del Prado abrieron sus puertas y entonaron el "dies irae" para que lo oyesen los asesinos y eso les conminase.

El monumento del 2 de Mayo construido sobre el lugar en que arcabucearon a los madrileños en 1808 está formado con cinco hiladas de piedra berroqueña, con una gran masa de granito rojo de las canteras de Hoyo de Manzanares, un gran pedazo de piedra tostadiza, las estatuas de piedra blanca de Colmenar y la pirámide de granito oriental a imitación de los obeliscos egipcios.

Aunque los obeliscos debían ser más altos, su conjunto es profundamente conmovedor y "cenotáfico". Están bien todos sus símbolos, esas antorchas invertidas que eran emblema de muerte entre los antiguos y que se ven mucho en nuestros cementerios, los vasos lacrimatorios, lacrimatorios de la lluvia que llora por todos en invierno, y los flameros, llamas fijas, inextinguibles, llameantes siempre, alimentadas por un fuerte alcohol de piedra que resiste todos los vientos.

En los primeros trabajos de excavación y cimentación de este monumento trabajaron voluntariamente algunos protos madrileños, un abogado, un camarero de la Fontana de Oro—;oh, felicitos camareros de café!—varios hijos de familia, algunos títulos, algunos escritores como Ventura de la Vega y Escosura, y hasta alguna mujer.

Cuando se hubo acabado metió el Ayuntamiento algunos documentos de la época en una caja de plomo,—costumbre de entonces que también se usó con el arco de

la puerta de Toledo—sucediendo a “esotra” caja las mismas peripecias que a ésta. Entre los documentos que se metieron en el sarcofaguito de plomo figuraba un ejemplar de la Constitución española, una moneda de plata, la lista de las señas de diputados, dos decretos, varias medallas de plata y bronce, monedas desde un real a un peso de duro, “Gacetas”, Elogios, libros.

Un poco después se sacó todo eso y se metieron nuevas cosas entre las que había una copia certificada del acuerdo que tomaron los Gabinetes de Francia, Austria, Prusia y Rusia en el Congreso de Verona, para restituir el patriotismo.

Después fué exhumado de nuevo el cofrecillo y fueron sustituidos esos documentos por otros entre los que estaba la nueva Constitución, periódicos liberales, un doblón, reales, ochavos, cuartos, duros, pesetas.

También las inscripciones que hay en las aras de los ángulos han pasado por diferentes transformaciones, siendo escritos y vueltos a borrar muchos pareados, entre los que se destacaban unos de Lope de Vega:

Para los que murieron dando ejemplo,—no es la tumba sepulcro, sino templo.



La lucha del 2 de Mayo de 1808 en el Prado.

Inscribiéndose por fin en un lado la dedicatoria del monumento y los nombres de los héroes, y en el otro unas palabras del libro de Job, cap. 12, vers. 21: “Difunde el desprecio de los déspotas ensalzando a los que por sus órdenes perecieron.”

Numerosas fiestas se han celebrado alrededor de ese monumento todos los 2 de Mayo, desde la creación de la fecha histórica. Dos coronas—una de los milicianos y otra pagada con el legado que para eso dejó un patriota, son renovadas todos los años.—Y un detalle conmovedor de la solemnización anual es que sustituye y representa al teniente Ruiz un capitán que cuando llega la hora de responder en la revista, que pasa el capitán general a las tropas que forman alrededor del monumento, contesta con una voz de ultratumba y como si fuese el teniente Ruiz: “como presente y muerto al frente del enemigo”. Gautier frente al dos de Mayo se cree trasladado a la Plaza de la Concordia de París, figurándosele contemplar el venerable obelisco Luxor “al cual no hubiera creído capaz de hacer tal viaje”.

Don Ramón de la Cruz ya lo ha bendecido con sus palabras y le ha dedicado al Prado mucha atención y hasta algún fin de fiesta como el titulado el “Prado por la noche”. Esos diáfanos personajes de Ramón de la Cruz que son gratos, chispeantes y

simpáticos y que desaparecen en seguida, han paseado muchas veces por el Prado, así como hemos visto en las obras de don Ramón esas mozelas que ballaban al son de la música de los ciegos en el Prado, las mujeres que gritaban por el Prado también "¡Agua fresquita de Recoletos! ¡Roscones de Zaragoza! ¡Garbanzos verdes y tiernos!" ¡Bizcochos de moda tiernos! ¡Puerros!"

En una ocasión don Ramón le dedica este soneto por boca de uno de sus personajes de comedia llamado Espejo:

Del verano en la placida estación,—es el Prado paseo de alquiler,—donde cuesta a los más breve placer—la fama, la salud y el corazón.—Adornada entre tanta confusión—y torpe la ocasión se deja ver,—de cualquiera dejándose coger;—que aquí sólo no es calva la ocasión.—Pretextan que se van a refrescar,—y a divertirse con mirar y oír,—dando mucho al discreto que pensar—cómo puede un paraje divertir—donde pierden los hombres por mirar,—y las mujeres sólo por venir.

El Prado así queda confirmado.

Desde mediados del siglo XIX hasta el final su vida es intensa. Se convierte en salón oficial de todos. Ha llegado a oído de todas las gentes la cita en el Prado.

En este momento en que es centro elegante pregunta un cronista de la época: "¿Dónde irán los elegantes que puedan lucir sus atractivos a la clara luz del gas como en el Prado de Madrid?"

El lado de mucha luz del Salón era el llamado de París, y como siempre en estos paseos de Madrid, había el lado aristocrático y el lado plebeyo.

Las niñas jugaban al mamburrí o a la limón. Frente a la fuente de Apolo se colocaban dos arpas que tocaban redovas y polkas.

Hasta hubo un ferrocarril para los niños, además de un cochecillo tirado por dos cabritas...

Sus sillas eran como sillas de la casa de todos. Primero las sillas fueron de victoria y las llamaban las "carracas" por el ruido que metían, al desvencijarse cuando las cruñían un poco los huesos y eran ocupadas, a mediados del XIX, mediante el modesto rédito de ocho maravedíes.

Casi pegado a la verja de los jardines del Buen Retiro por la parte del Prado estaba el Teatro Felipe y el Circo-Hipódromo, barracón de madera, primer Eldorado antes de que éste naciese para incendiarse; lo dirigía Felipe Ducazcal que dirigía el Real también y allí estuvieron los Bufos y allí se estrenó la célebre obra teatral "La Gran Vía", y por allí estuvo el "Panorama de la batalla de Tetuán" (el campo de Africa y los moros en figuras de bulto.)

Durante esta última época del Prado fué cuando se establecieron en él los aguaduchos que un concejal al que no hizo caso ninguna de aquellas reales mozas, mandó suprimir.

Aquellos aguaduchos, altares para los vasos, las copitas y las botellas, vasares al aire libre, pagoditas con su tejadillo, retablos de fondo para la gachona aguadora, eran algo fresco y sabroso que ya resultara inimitable para los tiempos venideros.

Eran aquellas garridas mozas las sucesoras de los agualojeros del Prado.

Aquellos aguaduchos donde estaban deificados los más blancos y enormes botijos, eran cómodos, y recordando su comodidad me parece como si hubiese tenido alguno sofá de muelles. Las mujeres, "que hacen afeite de la sombra de la noche", eran convidadas en aquellos puestos de refrescos.

Esa cabecera de piedra que tiene el Salón enfrentándose con la plaza de la Cibeles se levantó para el segundo centenario de la muerte de Calderón en 1881, y sobre esas especies de pedestales que la rematan se instalaron unas estatuas de cartón provisionales, proyecto de unas definitivas que se habían de colocar allí y que aún no se han colocado.

Aquí se celebraba el carnaval hasta que en 1895 siendo alcalde el conde de Romanones se trasladó al Retiro de donde se trasladó a Recoletos al año siguiente, por los muchos destrozos allí causados.

Los últimos días clásicos del Prado—según el gran madrileñista E. María Segovia—fueron los del verano de 1891 "en este año el uso del velocípedo se generalizó de tal modo que fué una verdadera monomanía, invadiendo sus partidarios todos los paseos y sobre todo el del Prado por sus especiales condiciones para el manejo de aquel aparato, abandonando por eso el Salón mucha gente y acabándolo de descongestionar también el que acababan de inaugurar la primera "montaña rusa", detrás del teatro Felipe.



Reproducción de un cuadro existente en Palacio, que representa, paseando por el Prado, a algunos personajes de la tercera mitad del XIX, entre los que están la Avellaneda, en el centro, y a un extremo, con grandes patillas, sombrero de copa negro y pantalón blanco, Ventura de la Vega.

Ahora pasemos a lo largo de este Prado histórico y fundamental, ya tranquilos y en la actualidad, como en la tarde de hoy.

Si fuésemos invisibles por este paseo se piensa—lo veríamos mejor.—Es el paseo por el que andar invisibles.

(“Fígaro” por eso disfruta más del paseo y adquiere más idea de sus avenidas. Para él desaparecen y viaja sin el penoso trabajo de la locomoción.)

El paseo del Prado hace capital a España. Cuando queremos pensar más racionalmente que estamos en Madrid, nos vamos al Prado. Es el fondo en que hacer que se proyecte todo. Es por donde más se disimula uno.

Por el Prado nos damos paseos con nuestra muerte, con el muerto de nosotros—con nosotros muertos.—Dejando atrás todas las miserias de nuestras casas estamos en el Prado en el ancho campo por el que el “gris” se pasea. Nosotros los que siempre andamos con pies flojos, uno en el abismo y el otro en otro abismo de distinta profundidad, andamos por el Prado firmes y tranquilos pisando sobre la única rampa lisa, sobre la gran explanada nivelada.

Siempre que nos aproximamos a él no nos podemos salvar a su influencia. No se puede ir a sitios más lejanos.

El Prado es el paseo de Castilla, en el centro de Castilla.

El gabán o la capa, el abrigo en una palabra, sientan muy bien en el Prado, y siempre se va de levita por él y de sombrero de copa. (Sólo en el Prado aún está bien el sombrero de copa.)

Parte por medio la ciudad, es el camino neutral y aparte, por donde se abre el mar de las tierras como se abrió el Mar Rojo. Las botas andan por él con más solemnidad.

El Prado les da miedo a los novios frívolos. Es algo muy trascendental lo que corre por el Prado. Las gentes estultas lo cruzan y lo atraviesan de través huyendo de su adustez y su gravedad.

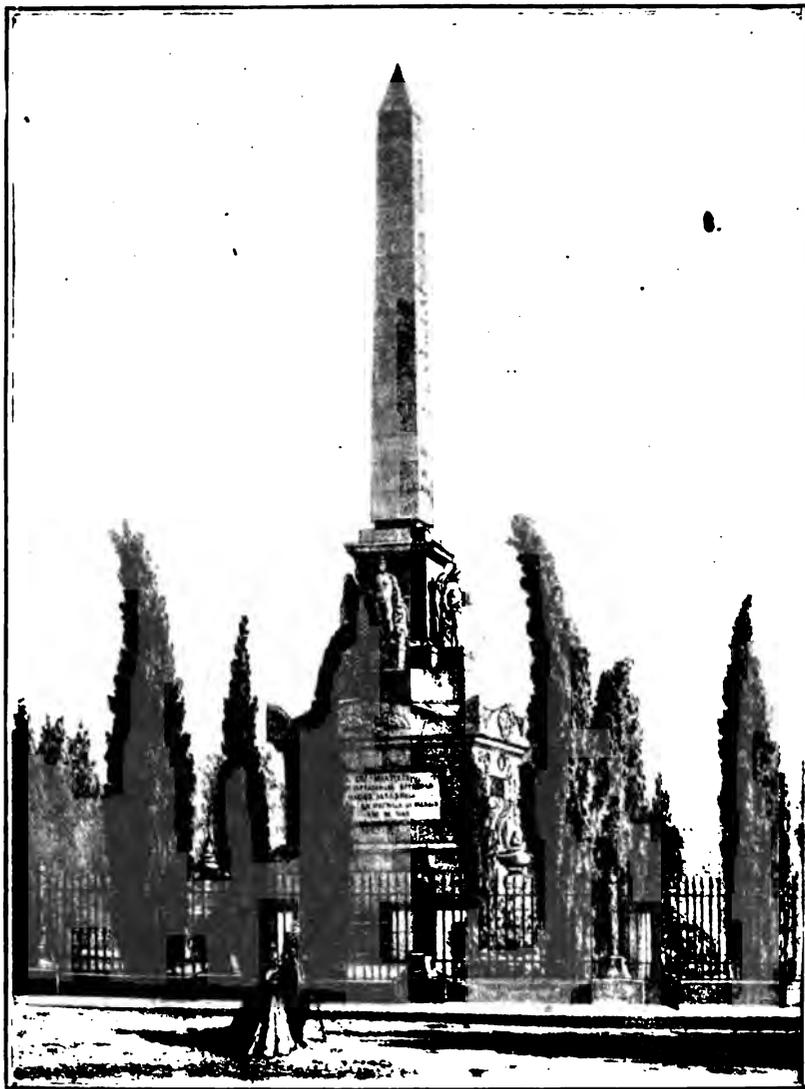
(Y “Fígaro” se quedó amortajado en su levita azul, allí en la casa de la calle de Santa Clara, lejos de este Prado donde se hubiera disuelto el dolor adelantándose a la muerte en su meditación por su campo trascendental y por lo tanto no necesitando matarse.)

Es donde más a solas estamos con nuestra sombra, donde nuestra sombra se ve mejor.

Al Prado vamos todos los días a despedirnos de la vida por si al volver a la casa nos ponemos mal, y aunque dure la enfermedad, ha sido en ese preciso momento de meternos en la cama cuando nos hemos envuelto en vez de en las sábanas en el sudario. Muchos de los que mueren, sobre todo de los que murieron en las épocas de epidemia, el atacado del cólera o del dengue, cuando eran de los que sabían donde había que despedirse de la vida, cuando eran de los que sabían que había que cumplir con el Prado, pasaron por aquí antes de acostarse para siempre. Por él pasan todos los días las siluetas negras de los que cada día se despiden para siempre y de lo que se acuerda más un muerto es de haber paseado por el Prado.

Es el sitio por donde más ancho cielo se ve. Es donde se ve un mar celeste mayor y los días grises un cielo gris que reconforta a nuestra materia gris.

Se corrige a la muerte andando por el Prado. Así el niño enfermo al que pasean



El monumento del 2 de Mayo.

con un cochecillo por el Prado se pone mejor, y el viejo que recoge su último sol, un sol de urgencia, en el Prado, se salva de la asechanza.

Es por donde se han paseado por última vez los suicidas de la miseria, echando una mirada de desdén al Banco, gran mole de piedra con salientes nevados que arrojan una sombra gris sobre el saliente de otra clase de piedra que parece ser de la de las cumbres del Guadarrama y con sus focos grises hasta tener atrofia gris.

Generalmente acude con determinación al pensamiento la idea de que es un río y le dan esa apariencia también las pasarelas que tiene a un lado, los antepechos de hierro bronceado que parecen hechos con cañones tomados, como siempre, a los moros, y sobre los que hay gentes acodadas y hasta nos hemos acodado también nosotros como asomándonos a ver el agua a la que a veces nos lanzamos raudos, pasando sobre el río como si el agua estuviese helada, como si fuese el Volga helado, simulación a la que coadyuva el asfalto que es como un agua sucia y espesa.

Aquí donde no hay verdadera catedral suenan como a campanas de catedral las campanas del reloj del Banco, reloj de martillazos, campanas que apiadadas de lo que sucede suenan con más deje que las de ningún otro reloj en ese que está rematado por una absurda bola deslucida que parece haber sido un regalo que hicieron al director el día de su santo y que él colocó ahí por no colocarlo en la antesala de su casa.

El político por aquí es por donde pasea solo todo su fracaso.

Sólo a Azorín le hemos visto pasear su triunfo.

La última serpentina de carnaval queda colgando de un árbol y se la disputa el viento como un ciclista en una carrera de cintas.

Faltan en el Prado aquellas casas de color sepia, aunque está en su sitio la casa Mateu (antigua fábrica de fototipias de Mateu) cuyo frontis está pintado de un azul extraordinario, único, muy digno del Prado.

Paseo por el Prado, siguiendo esos grupos de ancianos, detrás de los que hay que ir lentamente: ¡Milicianos nacionales vestidos de paisano!

Se ven pasar los entierros y los grupos que les siguen, todos con el color del que va en la caja, todos como en apretada manifestación de ira reconcentrada, y detrás de todos el coche de ferrocarriles, al que se han de subir a mitad del camino, coche de ferrocarriles sin equipaje, cuando podía llevar al muerto encima.

Nos duele un pulmón, y pensamos en unas enormes coronas como marcos ovalados del último retrato. El grave catarro del llanto, la terrible gripe del llanto, ha estado en nuestra vecindad, porque no han cesado de llorar las vecinas, a las que se las ha muerto el padre de la gripe verdadera.

Hay por todo eso, en este día de primavera, una cosa de despedida, y las despedidas se van a tener en el Prado. Muchos días, poseídos de esta superstición de que eran el último que nos iba a coger en la calle, hemos buscado el Prado para despedirnos de la vida. Allí nos despedimos de los faroles, los árboles y el panorama largo del cielo. (De esos días de despedida queda una imagen, que ya se ve mucho durante toda la larga estancia en casa hasta curar la enfermedad: un carro cargado de sifones, por ejemplo.)

Pasan los carrós regimentales, "2.º regimiento de Zapadores", con su cochero vestido a la antigua usanza, con su calañés y su traje de contrabandista, un poco con el disfraz siempre de José María el Tempranillo.

Pasan los coches de los periódicos. El más viejo, destruído y lamentable, el de "La Correspondencia de España". Van hacia el Mediodía, llevando los periódicos claros que allí amarillearán en seguida.

Pasan los coches de estación—que van de verdad a la estación—y los automóviles de hotel que no se cansan de subir y bajar vacíos. Pasan los simones con sus maletas tristes, de cerradura rota, atadas con una cuerda.

Por el Prado es por donde se abre el cielo optimista cuando es primavera, esa primavera que hace florecer en el viejo jardín de los héroes del 2 de Mayo el almendro de la heroicidad.

Por el Prado pasan las admirables "bobinas" de papel de periódico, grandes y pesadas como la piedra delantera de las máquinas apisonadoras, "bobinas" de papel de las que nos sentimos consumidores de casi la totalidad.

Por el Prado se pasean los que se dedican a vivir del recuerdo de lo felices que han sido.

La señora que es aficionada a pasear en coche por el Prado viste a su cocheró con librea clara. Es la librea que mejor entona con el aire del Prado.

Por el Prado sale el muerto a pasearse. Va despacio, tomando el sol, plácidamente, parsimoniosamente.

En primavera está lleno de eso que podríamos llamar "busills", charla graciosa y ligera, diálogo así entre el hombre y el aire del Prado.

La parte más notable del Prado es la que está bajo sus viales, sus crujeas o cláustros de grandes arbustos.

Al pasar por sus andenes—ya allí bajo—se ve la fábrica de básculas, que está en esa casita entre las calles de las Huertas y la Platería de Martínez, en ese delta cuya cabeza chiquita, graciosa y franca, se encara con listeza con el Prado. Es la casa ideal, con tienda y piso, del artesano de la precisión.

La cita con una mujer en el Prado la coloca indefensa en nuestras manos. No tiene, ni disculpas, ni arrumacos, ni dengues. Queda absolutamente en nuestro poder, vencida, cogida, entregada a una sinceridad superior a sus fuerzas.

Al otro lado del Prado, en contraste con su gran serenidad de un lado, se ven los carros, siempre los grandes carros castellanos que son el eslabón para el pedernal del



pavimento; esos carros con cal que van esparciendo como una aureola de luz un polvillo blanco sobre sus sacos. Esos otros que van regando de su sustancia el camino como para poder volver; esas mulas con sus recargados aparejos, entre los que se destacan las monturas inútiles y pintadas de azul con flores, monturas estrechas y engañosas, monturas simuladas, sólo parecidas a las de los caballos de picadores; esas ruedas de esos carros que parecen una obra de arte rústica por como van de escarchadas, de adornadas por el barro.

Interminable ruido de las caderas de los carros y de sus potras de potrosos, que arrastran sus grandes y pesadas bragas.

Arreos color del polvo. Carros pequeños que llevan un gran puente, un puente para uno de esos ríos que no tienen ningún agua, y carros grandes que llevan algo así de tremendo como la Carpetobetélica entera.

Tan para los carros es ese andén de la derecha según se va hacia Atocha, que en los solares que hay a los lados es donde descansan y son desuncidos los bueyes.

¡Cómo se echan a descansar! Se tiran como casas que se derrumban. Parece que van a hundirse en la tierra, y, sin embargo, es cuando se yerguen. Son como viejas opulentas sentadas en su reclinatorio o sencillamente a los pies del altar, viejas opulentas, cansadas, como envueltas hasta la testuz en un mantón gallego, sentadas en el camino como esas que ferian algo. Su aspecto hierático y sicofántico crece al verles en esa postura.

Tan madrileño es el Prado, que estos días ha andado por allí el oso, un oso que se ha subido a sus árboles, el verdadero oso de Madrid, al que el gitano hacía bajar del árbol después de la recaudación sólo con tirarle del anillo de la nariz. ¡Perfecto símbolo del oso y del madroño, rematado por ese descanso del oso en la copa del árbol!

Apoyados en el antepecho de bronce que margina la primera parte del Salón del Prado, hay siempre algún señor de barba grande de comendador que parece que ve pasar el agua de la vida, abocado como en el pretil de un puente, viendo transcurrir el Rhin madrileño.

El obelisco amarillo, altivo e indicador del 2 de Mayo es como un cronómetro de sol elevado en el centro de los Campos Elíseos. Va como marcando grados en una escala ideal al reflejarse el Sol por trechos sobre el índice de piedra del obelisco.

Qué a propósito para unas cuantas miradas solemnes y largas es el Prado, bueno también para curar todos los días el cáncer de todos los días. La gran convalecencia de los hombres más sanos hay que pasarla y pasearla por el Prado. Es el Prado la gran rampa para el espíritu, y en él se encuentra la pacífica seriedad de la vida, en una perfecta y extensa proyección. Es el paisaje suficiente y ático.

("Figaro", con su tipo de morito distinguido y señorial, de sombrero de copa, de levita azul, marcándosele en los pantalones ajustados las piernas combeadas hacia atrás de hombre nervioso y recio, y tocando el suelo con su bastón—un "vengala" que compró en Lisboa—como si fuese un ciego, ciego de rato en rato por mirar la luz fúlgida del cielo, pasa paralelo a todos y, sin embargo, en un andén del Prado hacia el que no podemos atravesar.

Se ve que quiere ir solo y estar solo. Mira a lo lejos las gentes que vienen hacia él, pero aparta de ellas los ojos cuando están cerca, porque hay una gran promiscuidad en mirarse de cerca, y él no quiere incurrir en ella. Eleva toda la cabeza hacia el cielo, con ese gesto de orear la barba y aligerar su agobio en regiones más etéreas.

El, que no ama las cuestas, ni esas piedras de Madrid que, como escribió Gautier, "nos muerden como bocas de perros", adora este paseo, recto, seguido, como la planicie castellana.)

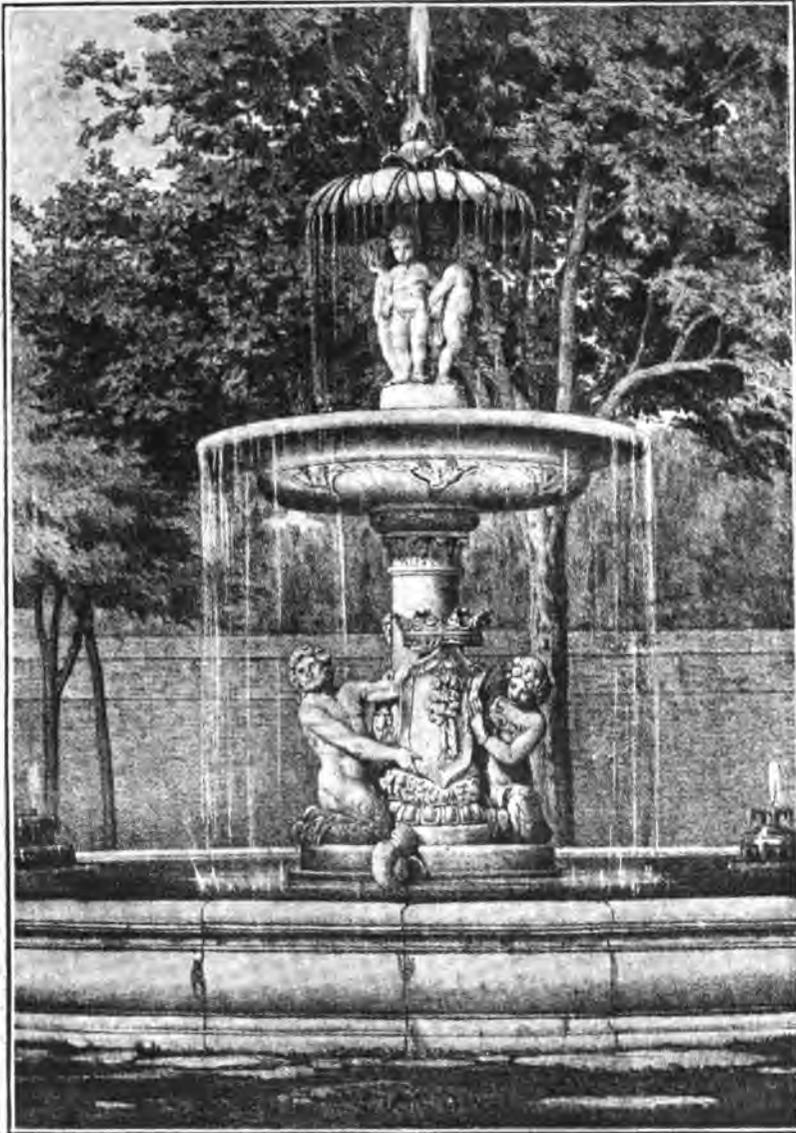
Los niños juegan en el Prado con menos alegría que en los jardines que están un poco más en las afueras. El Prado está dentro de la ciudad, y cae toda la trascendencia de la ciudad y del Prado sobre los mismos niños. Los niños verdaderamente madrileños van al Prado; es menos frívolo que el Retiro. En el Prado he jugado yo, y ya entonces más que jugar era pasear lo que hacía.

* * *

En el trecho que hay frente al Dos de Mayo y que se llama el paseo de las "víctimas", es desde donde últimamente se ven los rayos del sol.

"La berlina azul...", "las botas azules...", "el frac azul...", son cosas que se repiten en la memoria paseando por el Prado, en el que está enterrada la elegancia de antaño. (En la "Moda Elegante" se habla mucho del Prado.)

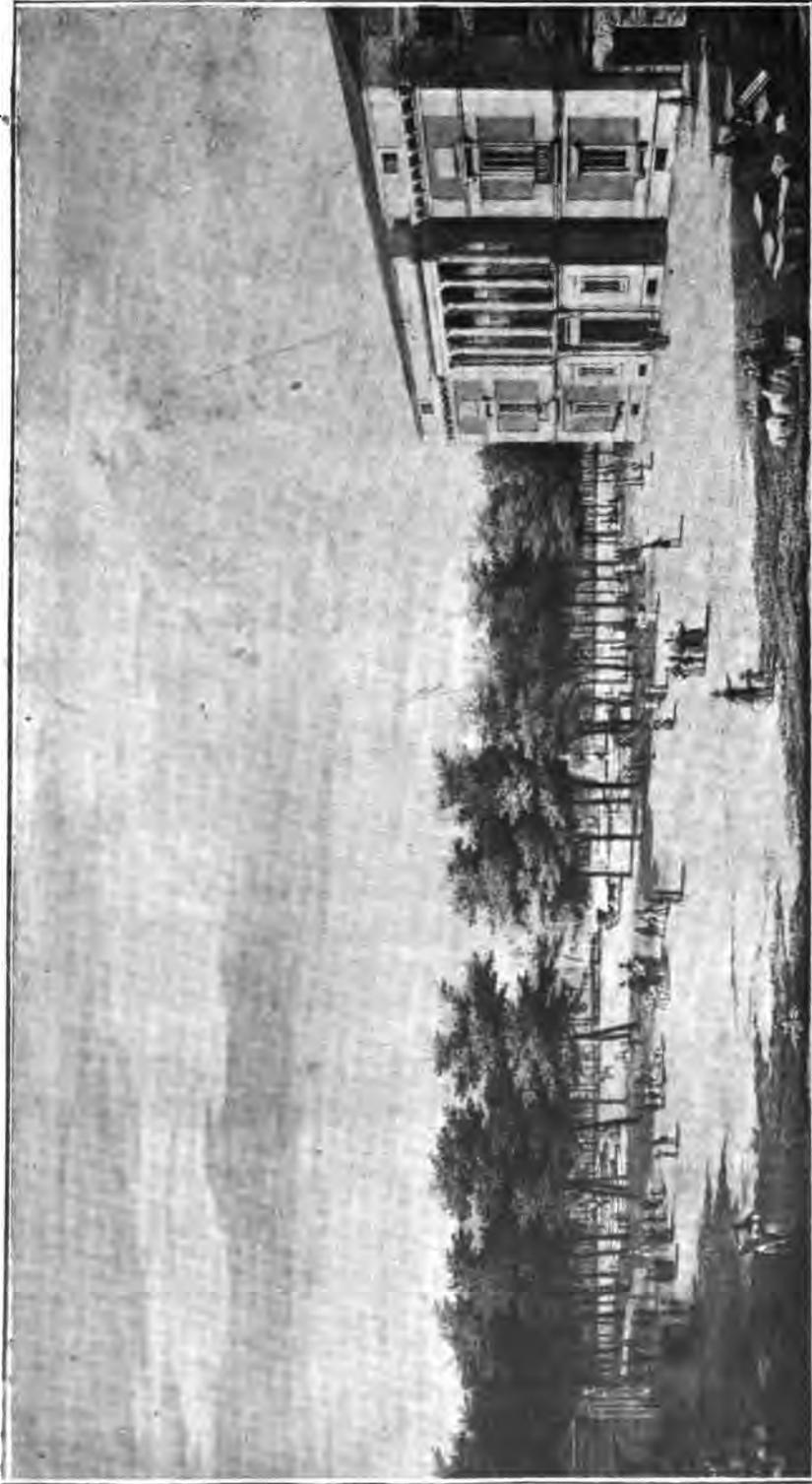
La ancha cabecera del Prado, su plataforma principal en medio de las avenidas laterales y sus calles, antes no tenía esas plantaciones soporíferas ni esos macizos que la escombran.



La fuente de la alcarreña que antes estaba al final del Prado.

Mi imaginación lo verá siempre como estaba, borrando ese aspecto de postal de Alicante que ha tomado su trecho más solemne. Así, en su desierto de antes, se destaca aún para mí con toda su importancia esa casa del guarda, más amplia que las usuales y de una facha distinta a las otras, que hay en el centro. En esa casa vieja y empolvada del polvo de la gran carretera y del gran desierto polvoriento que es el Prado, parece que se guarda el archivo y la biblioteca del Prado, su documentación, los álbums de retratos.

Las sillas de hierro que tanta importancia tenían en esa parte que era el "salón" del Prado, hoy están también más arrinconadas, se destacan ya como en un gran almacén vacío, "pero se las ve, siguen". Son esas sillas que hieren los pantalones, que se agarran a nuestra americana cuando nos vamos a levantar y que a veces se abren y se desarticulan. Sólo unos cuantos ancianos se sientan aún en ellas, las ponen



Antiguo aspecto del Prado, visto desde el sitio en que hoy se levanta la estatua a Murillo.
(Colección Félix Bolx.)

al sol, manejándolas como sillas de tijera de iglesia, y se establecen en ellas como en las de su gabinete. Ya se despachan también pocos billetes de sillas, billetes distintos a aquéllos de entonces, y que recuerdo que tenían todos el anuncio de las máquinas Singer con un grabado en que figuraba una señorita de mangas de jamón sentada a la máquina.

En ese primer trecho se establece todo el año, a espaldas de su gran palacio de necesidades, un puesto de libros en que abundan las geometrías y los métodos para aprender el francés, un puesto absurdo en el que también se venden cuadros, cuadros muy malos, pero bastante antiguos, que tan cerca del Museo del Prado parecen robados en sus sótanos.

Pasan, siguen pasando, pasan los ancianos con gabán, bufanda y bastón.

De los dos andenes para peatones, el izquierdo es el de los peripatéticos y el derecho el de los que van a la estación del Mediodía.

Los duelos a bastón se celebran en el Prado. Yo los celebraré siempre allí. Citaré allí a mis contrincantes, porque tiene rincones oscuros y solitarios donde nadie intervendrá en la refriega, rincones que es indudable que están en el verdadero terreno o campo del honor que está realmente en el Prado.

No se puede olvidar que allí ha existido un teatro de Polichinelas, el teatro de la ópera de los polichinelas, un teatro amplio rodeado de una valla y con una campanita como la que en las obras da la hora a los trabajadores, sino que mucho más argentina, campana infantil con la aguda voz de la infancia. (Después ese teatro fué derruido y en su solar hubo un velódromo, donde se civilizaron los primeros ciclistas, los primeros jockeys del caballo de acero.)

Las miradas a las bocacalles también son gratas de lanzar desde el Prado, porque tiene bocacalles admirables, entre las que se destacan la bocacalle del Paseo de la Academia, al final de la que se ve el frontis del Museo de reproducciones con un gran balcón de espléndido cristal que es el espejo del ocaso de Madrid, y también se ve la Academia de la Lengua.

A los automóviles es en el paraje del Prado, por su ancha y asfaltada avenida, cuando se les ve mejor y con más simpatía.

Pasan raudos y, ¡ras!, de una vez cruzan todo el Prado. Es donde celebran sus carreras más veloces, como si se desmaterializasen un poco en el aire del Prado. Pasan muchos, y todos como queriéndonos llevar al otro mundo, a los verdaderos Campos Eliseos, a los que están un poco más allá de estos del Prado, al final de él. Pasan rozándonos tanto, que a veces es como si nos matasen y nos laminasen por de pronto, aun cuando un segundo después resucitémos.

Los automóviles más para el otro mundo, ésos pintados de un gris de barco, pasan por aquí, y como en este hipódromo hacen un gran gasto de esencia, parece que se queman por detrás, que van incendiados, que van a morir lejos, pero segura e inmediatamente como cohetes prendidos. A veces desaparecen en la nube de su gasolina, y entonces se piensa que la nube que ocultó a María, a José y al Niño en su huida a Egipto fué de gasolina, porque su borrico era el borrico mecánico y la echaba por detrás.

También las motocicletas, esos rebuznantes borriquillos del mundo automovilista, pasan desbocadas, como huyendo de la justicia y del mundo.

El pobre ciclista, el fino y sutil ciclista es por el Prado por donde pasa más rauda, también como si viajase en el aire o en el canto de un duro. A veces son dos los que pasan, y entonces pasan en una especie de triciclo, pues como procuran ir reunidos, sus dos bicicletas hacen ese efecto.

(Qué lástima no saber bien las palabras de aquella última cita de "Fígaro" con Dolores, aquellas últimas palabras sencillas: "El.—¿Por qué llevas el rosario enrollado a la muñeca como una pulsera?—Ella.—Para tener decisión..."; que sabiendo su autenticidad tendrían un valor extraordinario.)

Los "mllores" pasan por el Prado, también en abundancia. Tanto en ellos como en las berlinas se aprecia aquí, con más vista que en ningún otro sitio, su forma de cajón charolado, y sobre todo se ve con claridad que el que va dentro, va sentado como en cuclillas, en la traviesa, en el eje, sobre los fiejes de la trasera.



Detalle del rincón de la plazoleta de las cuatro fuentes.

Los coches con mulas pasan mucho por el Prado; todos como coches del obispo, pero que no son del obispo, sino de la obispa, gorda, chiquitita y vestida de negro.

Todos los coches pasan por el Prado como por un dibujo antiguo.

Por aquí pasan los cupés.

Por los cristales de los coches que pasan por el Prado entra el sol como por el cristal de un viejo reloj.

Las ruedas de la fortuna de las ruedas de los coches adquieren más velocidad al pasar por el Prado y dan más vanas vueltas.

(“Figaro” no es purista... Ve a todo el siglo XIX contenido en la palabra “cuasi”, y él es el único que se sale del “cuasi”... Se siente en la época de las palabras; pero reacciona contra ellas y contra el género charlatán, que deslumbra con sus fáciles y sorprendentes golpes de teatro.)

Pasan muchos landós, generalmente con mulas y dotados de algo que va dejando de ser usual: el torno niquelado que les hace un poco máquinas complicadas.

Pasan varias especies de calesas y tflburis de médicos de pueblo.

Los simones, cuando pasan de vacío por el Prado, parece que van de entierro. Aquí es donde sus jamelgos pueden únicamente restaurar su terrible sed de camellos, bebiendo en las tazas bajas de las fuentes de la plazoleta de las cuatro fuentes, aunque esa única agua que se brinda a los caballos en el centro de la ciudad tiene un fondo verdincoso, rejalgado, sucio, que les da el tífus a las pobres bestias. Aquí es adonde los jamelgos de los simones vienen a morir. Es enternecedor verlos morir. Su último trote es gracioso, señoril, y tiene un elegante aire de balle de la temblaera. Todo oscila y se afloja en ellos. Su espina dorsal hace eses y zig-zag exagerados. Sin embargo, tiran un poco, avanzan, hacen cuanto les es "humanamente" posible para avanzar, pero caen al fin.

El pobre cochero, resignado ya, que sabe lo que significa ese último gesto dulce y agonfaco del caballo, espera echarse hacia atrás como un jockey que va a tirarse con su caballo al abismo, con el látigo triste como una caña de pescar, porque ¿de qué le iba a valer darle ya un latigazo!

("Figaro" es el hombre que se ha puesto triste en los bailes de máscaras, lo cual deja en el corazón un vahido especial que hace girar la cabeza sobre el profundo sentido de la vida... "Figaro" estuvo en muchos bailes de máscaras y aprendió allí las amarguras trágico-cómico-grotescas de la vida. De frac supo ser caballeroso, aunque irónico, y distante, con la máscara abyecta.)

Se ve al pasar por el Prado la iglesia cercana a él. La iglesia de los Jerónimos, esa iglesia en que se casó el rey Alfonso XIII, y en la que el anarquista Morral hizo lo posible por entrar y soltar la bomba como quien aplasta una bolsa de la tienda de ultramarinos en la que ha encerrado un poco de aire. Se ve esa iglesia que quiere ser la Catedral de Madrid, y que siendo de mala mampostería no se sabe cómo ha tomado ese tono de piedra antigua, y ante la que, aun viendo que es falsa, se admira ese algo que tiene de verdadera.

Siempre de vez en cuando se vuelve a recordar aquella fecha en que la ciudad es la ciudad de veredas, e intentamos adivinar sobre lo que ahora se interpone entre nosotros y la ciudad como se atezaron aquellas almas frente aquella verdad inicial de la ciudad.

Nuevos pensamientos ante el monumento del Dos de Mayo. Todo se tuesta un poco y algunas cosas mucho, sobre todo los obeliscos, estos cipreses de piedra. Este obelisco—quizás como todos también—coge perfectamente el sol, y sobre todo el ocaso, en el que se convierte en el verdadero y rico picatoste de piedra. Como todo obelisco, por lejos que esté del ocaso, se empapa y se fríe en su luz. En los costados de ese monumento las lluvias ponen como unos de flecos de sangre de herida, imitada por los churretes del orín que sueltan las letras de hierro.

("Figaro" escribió sus mejores artículos en invierno. Alguno en otro tiempo, pero sometido a la galvanoplastia inmortalizadora de la helada. En invierno, bajo el frío, después de un paseo por Madrid, partiendo el hielo con el agudo mascarón de proa de su rostro, es cuando "Figaro" hizo sus mejores resúmenes de la ciudad y de su vida cotidiana, breve—siempre breve—y dolorosa de hipocresía.)

A las coronas del Dos de Mayo, que tienen cambiadas la fecha de difuntos, se les cae la hoja en el otoño, están muertas en el otoño, cuando las recientes y frescas van a los cementerios.

Alrededor de ese jardín cerrado del Dos de Mayo se sientan los senadores romanos de Madrid—¡oh, recuerdo de los soleados bancos de piedra del Senado de Pompeya!—los verdaderos viejos con sentido y que viven con nobleza y sabiduría su

vejez. Así, cuando veo a un viejo y deshonesto político cualquiera pasar por ese trecho y frente a esos hombres, veo la profunda diferencia, debida a la injusticia, que hay entre ellos y él.

También se sienta en ese banco circular la que da de mamar al niño que será un héroe, y la tonta y el jorobado, que en ese sitio es donde únicamente no se sienten espíados.

El Prado no hay que olvidar que es también el paseo de Trajineros; el paseo de los carros, de los carros españoles, grandes, de vía ancha, de calzada romana.

Los carros se ven en el Prado en todo su carácter.



Visión de la fuente de la alcachofa y de la Puerta de Atocha.

(Colección Félix Boix.)

El gran carro del invierno y el del verano entran por ahí. ¿Cómo es el carro del invierno? Es como una carroza de Carnaval, es sólo un símbolo, es el carro de bueyes más cargado, el más abrumador de esos carros que van llenos de sarmientos secos. ¿Y el del verano? Es el carro cargado hasta el cielo de jaras que huelen a su resina natural y tornan oleaginoso el aire.

Pasan los carros empolvados por el tiempo, y esos carros con balustres azules, y ese que va muy echado hacia atrás, y ese que, tirado por un borriquillo, lleva cinco personas.

Vienen o van muchos carros cargados de carbón, de madera, de pellejos de vino inflados como con un aire espeso, de cerdos cuya fofez asoma por la ventana, viéndose sobre todo los enormes labios de la herida de su vientre, sus hocicos extendidos y sus patas estiradas y rígidas; pero los carros más bonitos son los cargados de papeles viejos de colores distintos, y de pronto hasta hay algún carro más bonito aún, como

aquél que vi cargado con unos troncos enormes, de bello y estriado biselado y de un color alimentado con ocaso, o aquél otro cargado con argentíferos y brillantes recortes de hoja de lata.

Se aprecia, al ver pasar por aquí los carros, su cubierta de cañizo y cuero como de baúles viejos, su toldo, bajo el que hay una negrura añeja, una negrura de tormenta, y también se aprecia esa especie de corselete que les cierra por detrás, y en cuyo formidable cuero de pernera brillan los ojales de metal.

Numerosas mulas, que parecen más numerosas por lo muy separadas que van, tiran de esos carros. En ese paseo de Trajineros es donde se puede ver más la mula, esa mula que sorprende a los extranjeros con sus ojos femeninos, "mujerazones"—mejor dicho—, y con sus orejas largas, que son como un adorno de sombrero burdo y que a veces las dan un tipo de gran conejo, esas mulas que tienen un aspecto de relajadas y desrionadas muchas veces, mulas que en el verano brillan de sudor y en el invierno entran llenas de barro, con el barro pegado a la piel, a los pelos de la barriga y a los de las nalgas, como los corderos, esas mulas que se derrengan en Madrid, llegando por los grandes esfuerzos que realizan a alargarse oblicuamente como canguros o grandes hebres, arremetiendo hacia adelante en el salto por el aire y levantando chispas en las piedras—como las que el hierro saca en el perdenal del encendedor—chispas de las azuladas y fogosas que salen de debajo de los tranvías y gracias a las cuales los tranvías recuerdan a las mulas de arranque heroico, las mulas de los "Rippers", demostrando así que aunque parezca paradójica, una cosa procede de la otra.

(Era tan humano "Fígaro" que todo conflicto como el conflicto que le mató se encerraba en él mismo. "¿Cómo me voy a hacer la corbata ya como no sea para ahorrarme? ¿Cómo subir la cuesta de todas las mañanas para entrar en la tarde triste a cuyo atardecer tú ya no vendrás?" Esto debió pensar el día de su última cita.)

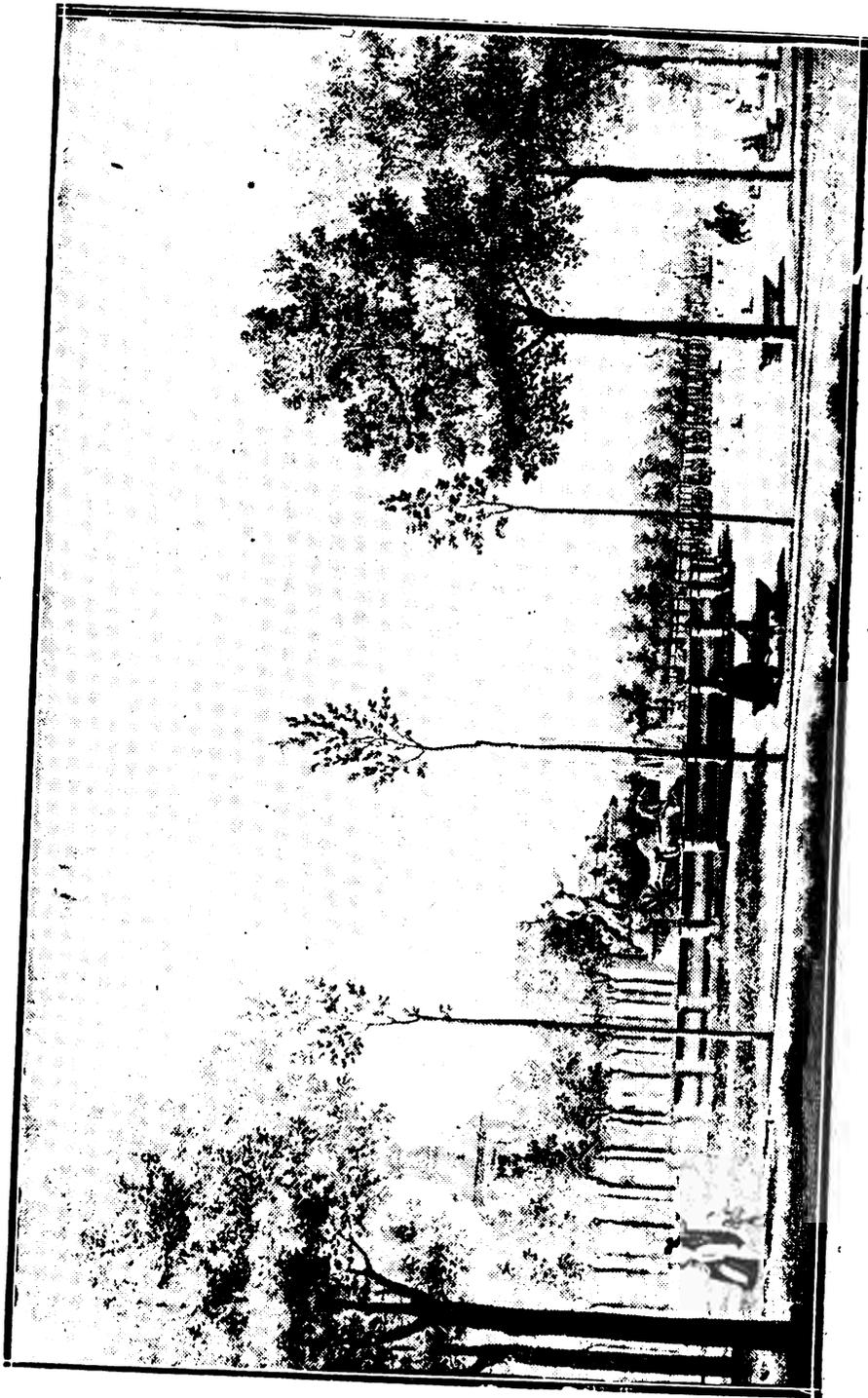
A los grandes paletos que guían los carros se les ve funcionar en el Prado perfectamente, al cochero que guía y al que le secunda y aprieta ese freno que es el más primitivo de los frenos, el freno egipcio de la rueda, y que consiste en un largo tronco—también simbolizado en el tranvía por el largo palo de colocar el trole—largo tronco que se pega al cubo de la rueda y la dificulta el giro, ¡qué gran fuerza de amarradores tienen que tener los carreteros para apretar ese tronco a la rueda con las cuerdas inrompibles y ceñir esas largas caderas del carro, soltándolas poco a poco después! ¡Gran arte ese de sujetar, afinar y enclavijar las galgas!

Los perros de los carros también se pueden observar bien en el Prado, atados a la trasera, medio ahorcados por el tiro del carro cuyo compás no saben llevar. No saben lo que es Madrid, y ladran y se encolerizan como salvajes cachorros de león, escondiéndose debajo del carro, aplastados por el carro sus cuartos traseros, medio cogidos por las ruedas o pillados entre sus radios o bien osados o terribles ladrando al que pasa y queriendo romper la cadena cuyos eslabones logran por lo menos entreabrir.

Los bueyes de las carretas erizadas de juncias, son tan de Madrid y sus alrededores, son bueyes que no se parecen a los del extranjero, que son pálidos, adiposos como hechos ya de por vida de insípida carne frigorificada. Estos son bueyes a veces negros, prietos, enjutos con aspecto de toros bravos, de toros de Miura, sobre todo cuando el sol les saca el color rojizo, de ladrillo en polvo, color fuerte de leones y de toros de brega.

La Bolsa, la trascendental Bolsa de Madrid está en el Prado, porque debía estar en él, pero no para que merezca la atención del desinteresado peripatético. Tiene aspecto de templo y salen de ella unas cadenas enormes que componen una guirnalda de hierro alrededor de su jardinillo atravesando varios poyos de hierro, unas cadenas que parece que retienen a la Bolsa en su sitio evitando que huya al extranjero con todos sus valores en cartera en la cartera. Su reloj en el que no se ve la hora, denuncia su egoísmo, porque es un reloj que dando al exterior mira hacia dentro como con la esfera de su ojo vuelta hacia el interior donde marca y ve una nueva cotización o el final del día corto y oficial de la Bolsa.

Sólo su café está bien. Frío, imparcial, profesional, neutral, solemne como debía ser según una alta etiqueta. A veces entro porque estoy en el Prado y sigo estando en



La fuente de Neptuno.

el Prado estando en ese café y veo el ánimo de desdén y de indiferencia que pone en el espíritu el Prado. Sentado entre gentes que hacen números no siento ninguna ambición y miro esos medallones que tiene pintados en la pared y en los que sobre veladores cargados de servicios con licores, fruteros y hasta champagne están extendidos los periódicos serios de España y del extranjero—El “Thimes” y “Le Temps”,— en los que es seguro que viene el resumen de la Bolsa.

El Museo del Prado no está unido al Prado y al paseo de ininterrumpida unidad que damos por él, y sólo está en él, como edificio. (Sus cuadros están al margen del sitio y del tiempo.)

Construido para Museo de Ciencias lo que se hizo en aquel tiempo fué el edificio que se necesitaba para que saliese bien en el grabado en cobre del Prado que debía



Un aspecto de la fuente de Apolo.

figurar en las guías. De largo, con su largo costado es como figura en nuestros paseos, en nuestra visión del Prado.

Frente a ese extenso costado se destacan primero unos bancos, después unos árboles, y al fondo unas galerías y unas estatuas.

Los bancos esos, esos grandes asientos de piedra como tumbas para los vivos, fueron colocados en 1820 aunque en ese paraje tomen el aspecto de piedras de los siglos. Son bancos como hechos con restos de monumentos de grandes arcos triunfales, y quizás por eso al sentarse en ellos se tome el aspecto de los que están sentados en el relevante asiento de las piedras de las ruinas, de “unas ruinas”. Tienen mordiscos terribles, melladuras hechas con una piedra enorme por los chicos de los Atlantes. Son bancos para una parada larga asentada y tranquila. Se está quieto de un modo importante en ellos. La mujer completamente desengañada se sienta en ellos a la tarde, descorazonada, incapaz de prestar atención a nadie en esa hora.

Los árboles de ese sector, son los más grandes árboles de la ciudad, los padres, los verdaderos árboles genealógicos de la ciudad. Árboles de muchos hijos que dan una gran antigüedad al Prado. Son como los árboles de los cuadros más primitivos del Museo y quizás debidos a las semillas de los cuadros en cuyas selvas antiguas y poderosas es de donde son originarios.

Detrás de esos enormes y piramidales árboles se destaca el Museo; se ve en lo alto una larga galería de cristales, una galería con el prestigio y la melancolía de ser la del asilo de los pintores, del asilo de la inmortalidad, galería de convalecientes que no dejaron nunca jamás de convalecer, mientras abajo se ven las ornacinas

en que están escondidas y desconocidas todas las virtudes fuertes de la vida, todas las imágenes buenas y sanas, siendo yo quizás su único devoto, el único que sabe y busca esas opulentas esculturas en piedra marmórea, que representan la Fortaleza, la Euritmia, la Paz, la Fertilidad, la Simetría, la Magnificencia, la Constancia, la Admiración, la Inmortalidad, la Fama, la Arquitectura y la Victoria.

Las entrevistas con unas y con otras para mayor luz y anticipación de mis ideas las verifico al anochecer, y por eso yo sabía cuándo llegaría la paz y el día y hasta la hora que había de firmarse. ELLA, la Paz, la auténtica, serena, abandonada, con senos nobles de pitonisa, me lo había dicho.

("Figaro" no espera nada de nada. Da claramente la impresión de dulce y melancólico vacío que hay en el corazón, sin perjuicio de describir y pintar bien cosas y circunstancias que se espejean en su vacío. Por eso se produce en "Figaro", al creer en la mujer, tan fatal desequilibrio. Pone en una mujer toda su fe desusada—esa fe atávica que quiere aún ser empleada en algo en la vida—, y por eso viene esa quebrancia atroz de su vida, esa quebrancia que es su muerte el día en que la mujer le falta. No sabe soportar íntegro todo su escepticismo. Estaba tan influido por tantas herencias inmediatas y en una atmósfera tan propicia a otras cosas, que no acaba de acomodar su espíritu al ambiente; no pudo ser, ni haciendo el más inaudito esfuerzo. Le mató, por lo tanto, la atmósfera de aquella época y una mujer.)

En el Prado hay un café disimulado, casi desconocido para todos, desde el que se ve en el Prado admirablemente, y es el café de la Montaña.

No se le ve al pronto nunca y casi nadie lo recuerda, porque por una especie de mimetismo se disimula para todos, menos para mí. De los cafés que hay en el Prado (¡que pronto se dirá "que había!"), en el de la Bolsa se siente uno en el Prado, pero no se le ve, y en el del Palace se ve con cierto extranjerismo una cosa que no acaba de ser el Prado, sino la visión del turista; sólo en el de la Montaña se presencia la verdad.

Es el café de la Montaña un café viejo, con una sola ventana con el cristal roto, roto como si tuviésemos roto el ojo, roto con una rotura estriada, radiada desde el sitio del golpe, y que por eso y porque en ese punto inicial tiene una laña redonda, parece una gran araña proyectada sobre el cristal. Sus estores son blancos y plisados, como ya quedan muy pocos; estores que recuerdan los polsones y las mangas de farol, por lo que siempre, cuando se les ve desde fuera, corridos y abullonados, parece que hay dentro damas de esa moda antigua.

Sobre los cristales de ese café hay dos iniciales pirograbadas, una M. y una L., como si estuviesen bordadas en él las iniciales de Mariano de Larra cruzadas, y que se proyectan cuando hay sol sobre uno de los lados, de madera incendiada por el tiempo, de la ventana.

Decoradas todas las paredes con un forro de hule, en el que se repiten unos belvederes y un rincón de follaje, recalca la importancia de ese "primer ensayo en España del decorado en hule" una inscripción que hay sobre la puerta de la tienda.

¡Cuántas horas he pasado sentado en el quicio de la ventana y apuntando mis cosas! Sólo tiene un defecto esa ventana, y es que se paran frente a ella los coches, y además de ocultarme la fuente de las cuatro estaciones, que se ve desde ahí, tengo que verles la lengua sucia a los caballos.

Sólo me compensa de ese eclipse que ocasionan los coches estacionados ahí, el que veo la extraña intimidad que hay en el fondo de los coches y que cuando se interpone bien el coche enfoca por las ventanas de los cristales biselados del coche un paisaje inefable de ventana antigua. A eso de la media tarde vienen los carros que llevan y traen las botellas y que tienen forma de sarcófagos. De ellos van sacando botellas verdes y sifones con su gatillo y su cañón.

La hilera humana—todos hijos de Daoiz y Velarde—anda por el Prado como una procesión más organizada y más completa que en ningún lado.

Se pasean por el Prado los jubilados, los supervivientes, los viejos esos que tienen repartida la barba en dos mitades, como Moisés o como un marino de los que miraban a lo lejos con catalejo. Todos estos viejos, muy echados hacia adelante y

muy encorvados, usan gafas unos, los más distinguidos, gafas de fina montura y de cristales de una inaudita grosura, gafas por las que se ve el Prado muy chiquitín, vago, como esos esmaltes con vivos colores sobre un cristal cóncavo en que está representado el paseo principal de una capital de provincias, y otros, los viejos pobres, gafas de picapedrero, con las que ven todo como lo verían sin gafas, aunque con gafas se sienten abrigados como si viesen el Prado detrás del cristal del café de la Montaña. Lo más importante de todos estos viejos es el que hayan llegado a viejos, ¡con lo terriblemente difícil que es eso! ¡Hurra por los que han podido llegar! (Además, los viejos a los que se les murió un hijo y la esposa vuelven a ver pasar aquellos entierros, viendo pasar por el Prado a las gentes que se les parecen en juventud o en vejez.)

Por el Prado pasan también los hombres de gabanes largos, los caballeros con bastoncito o bastón de mando con borlas, los caballeros con zapatillas de casa, el hombre de los tres perros, los guardias civiles que vienen de hacer los servicios de trenes, los cojos con sus muletas, y sobre todo muchos curas, porque son los hombres que están muertos bajo sus sotanas, curas que toman un aspecto de señoras viejas por estos paseos, unos muy altos y otros muy bajos; debía de haber una talla mínima para ser cura, evitando ese contraste que forman los altos, parecidos a fantasmas negros, y los pequeñuelos, parecidos a tías chiquititas, todos embozados en su bufanda como curas de pueblo, subido el embozo de su manteo, que lo mismo llevan puesto en invierno como en primavera.

(Entre "Figaro" y Nerval—el suicida de la calle de "Lanterne"—hay cierto parecido que se completa porque los dos devotos de ambos se parecen entre sí, "Barrés", gran devoto de Nerval, y "Azorín" de "Figaro", acabando de darles parecido el que la mejor obra sobre Nerval la ha escrito una mujer y la mejor obra sobre "Figaro" Carmen de Burgos.)

(Y "Figaro" parece que podía vivir aún realmente. Así, cuando en la lectura de los libros del pasado encuentro los años siguientes a su muerte, una pena muy grande me entra como si echase de menos al que aún podía seguir viviendo en esos tiempos... El suicida parece que podía recobrar su juventud en nuestros días si no se hubiese suicidado, que pudiera estar viviendo esta hora que nosotros vivimos hoy mismo, si no se hubiese disparado el tiro... ¡Qué gran laguna es esa época que le sigue! El había muerto y nosotros no habíamos nacido.)

Trascurridos del Prado, al fin y al cabo, lo son también los que pasan en coches hacia la gran estación del "Mediodía" y que son los hombres que más se van a internar en España, y también, como es consiguiente, pasan los que vuelven, entre los que se destacan los que vuelven de Portugal o los que vienen por primera vez de Portugal, y que son los que se dan más cuenta de la experiencia que hay en este paseo, experimentando también los que van y vienen por esa estación, esas dos sensaciones que tiene el Prado la de ir por un camino blando y silencioso y entrar de pronto en un camino resonante sobre el empedrado saliente y alterado, ya más en la cercanía de la estación.

En los tazones bajos, como a ras del suelo de la fuente de Apolo, ¿cuántos niños no se habrán ahogado?

Los faroles del Prado se ven mucho y toman un verde "fin del mundo" estupendo, siendo su caperuzas como un hongo color café que hubiese verdecido con el tiempo y las lluvias.

("Figaro" es el autor de una obra breve que ha regido la inquietud breve y rotunda de la vida con brevedad. Los rimbombantes y los falsarios debían de buscar una razón al gusto que ha manifestado por él la juventud de otra época, de la época que puede comenzar a llamarse moderna, no de un modo provisional sino definitivo, porque

parece que viene otra época a la que se podrá llamar "la venidera", en toda la extensión del tiempo ya, pues viviendo la fórmula superior de la vida estarán viviendo tanto lo venidero como lo presente.

Si los rimbombantes y los falsarios hubiesen querido buscar la razón de esta viva simpatía por "Figaro", hubieran tenido que cambiar sus valorizaciones, hubieran tenido que ver que lo novelesco, lo largo, lo empingorotado, lo trascendental valen menos que un acierto sencillo, escéptico y simple, que sea la modesta confesión de una limitación insubsanable aunque pueda verse que es improba la sabiduría infusa que ha necesitado el hombre sencillo para llegar a tan menuda consecuencia.)

La Cibeles ahora no echa casi agua; y parece, por lo tanto, que puede sufrir un ataque de uremia. Las fuentes secas mueren en seguida. Aquel precioso chorro que la salía de los pies, y que hacía un precioso arco, ya no existe, y los angelitos que añadieron hace pocos años a su espalda, como chicos montados a la trasera del carro de la diosa, tampoco vacían ya el cántaro que vaciaban recién inaugurados.

No solamente el Prado es el sitio por donde pasaran los faetones, sino las carretelas, carros de escombros, tartanas, coches de camino, ómnibus, coches de ciudad, sillas de posta, cupés, chartauberts, lanjós, faetones, americanas, tiburis, furgones, bastardas, brecks, galeras, berlinas, broquens, góndolas, birlochos, cabriolés, charavanes, bombés y calesas.

Por el Prado pasan y pasan los coches fúnebres, primero a primera hora de la tarde, en la hora de la digestión, va el cobero con el cigarrillo de después de comer en la boca guiando su coche como el cobero que se va a buscar al señor para darle el paseo de la tarde, o quizás como si fuere más alegre aún su misión, como si fuese una carroza de carnaval yendo por sus máscaras como van las carrozas también a eso de las dos y media, buscando a sus máscaras como los coches de colegio a los rifios. Después pasan con el muerto, despacio, compungidos, solemnes, abrumados por un peso inaudito y por fin vuelven a pasar ya de vacío medio más tristes que al llevarle, medio más alegres que nunca, porque los palafraneros se divierten y atan una cuerda a los faldones del solemne cobero, el cobero que les ha de llevar. ¿Qué diferencia más profunda entre el primer momento cuando pasan con la plataforma, la bandeja vacía, delgada y flaca, el central en que van "ocupados" y al último en que vemos la cama renacimiento con estrado y tallas del coche fúnebre, cama que en ese momento está más vacía que nunca, porque el que por un momento se acostó en ella se ha caído después a sus pies, hundiéndose en el abismo de debate de ella.

("Figaro" se sentía solo.).

El Prado está ahora más abandonado que nunca. Fuera de sus verbenas de San Pedro y San Pablo, y de San Juan no hay fiestas en él. Sus elegantes embozados en su capa de fino sedán y sus elegantes vestidas con "brillantinas", con "gasas sultanas" o con "pekín gótico", han desaparecido. Aquella segunda época más moderna del Prado en que se paseaba por él de frac azul, botas azules y con guantes pajizos, en que las carretelas daban vueltas cortas en un paseo de coches, y que entre los novios en vez de retratos se cambiaban miniaturas, aquel sitio de recreo—fonda y café público llamado el Tivoli, sito entre la fachada Norte del Museo y la salida del Retiro, y en el que se celebraban reuniones y conciertos desapareció antes de que lo conociésemos nosotros.—El Salón de Oriente, con sus jardines iluminados con vasos y farolillos de color, en el que las bandas de música tocaban incansablemente valses, redovas, schotis y polcas, han desaparecido y también desaparecieron los jardines del Buen Retiro que daban al Prado y que conocimos, reteniéndolos como un inolvidable cuadro de Ronoir—también fueron extirpados.

Los mismos aguaduchos, pequeñas casitas aparadores, pequeños altares del botijo y del aguardiente, con sus mozas de regia estirpe y sus viejos chambelanes del 89, enamorados y pródigos, también se fueron. Aquel teatro de polichinelas, "el teatro de la Opera de los polichinelas", el Regio Coliseo Madrileño de los polichinelas, El Teatro de la Infancia, cuya campana de plata será inolvidable para mí, como



El Prado nueva e. año 1880.

si hubiese sido una campanita de catedral para mi niñez, también fué destruído. Sin embargo, aún dentro del desconsuelo, no deja de ser el Prado el sitio de todo aquello y de todo lo otro, el camino único.

(“Fígaro” es el caballero que pasa junto a nosotros.—Es elegante y no ama la sociedad. Como hemos podido ver en las cartas del padre, “Fígaro” tenía un gusto especial por el agua de Madrid.—Esta límpida afición que “Fígaro” heredó es lo que le da el sentido de la claridad y del buen sabor a agua fresca y potable de sus trabajos.)

Lo importante del Prado es el invierno, pero tiene primavera, verano y un otoño que ya tiene bastante mérito. En cada una de las estaciones sonríe cada una de las estatuas de las cuatro estaciones de la fuente central. En cada estación está de enhorabuena una y es su santo.

El invierno es lo primero y lo último porque insiste sobre el Prado en todo tiempo, como su sentimiento más imborrable.

El invierno del Prado es como el espectro de la vida total. Bajo los días de hielo es como un paisaje de gran paseo en los Países Bajos.

En los días muy crudos el aire, los palitos de los árboles, todo, contribuye a formar un paisaje que se podría llamar el paisaje Fósil, y sobre todo entre todas las tardes de invierno salen algunas que son enteramente tardes fósiles en un ambiente lleno de eternidad.

Sobre este invierno pasan nubes fantásticas, nubes cárdenas, las nubes que conducen a los muertos.

En el invierno del tupido enredido de las varillas y varillitas de los huesos de los árboles penden como moñas y borlas y faralaes de los árboles, las secas, las pilongas castañas de Indias, esas bolitas de la simiente que ponen como unos caireles o unos almendrucos en el cielo. También quedan entre las jaras secas esas últimas hojas secas y amarillas que son como los falsos canarios de su invierno.

En el invierno de un tupido gris del Prado es donde se ven con más claridad los humillos de los caballos, tanto los que salen de sus narices de hipógrifos degenerados, pero hipógrifos aún, como los que salen de todo su cuerpo, y los humos azules de la gasolina que toman bajo el bosqueje que forma un largo túnel como con un emparrado seco—como las costillas embruzadas de un gran esqueleto—un tono enterecedor de humo de esas fogatas que se encienden en el invierno en el bosque para quemar las hojas y los palitroques secos.

El viento que pasa por el Prado, aunque parezca un simou es el “cierzo”, el puro CIERZO. Este viento terrible y lleno de polvo, que convierte al Prado como en el “golfo-estrom” (!) de Madrid, juega a la ruleta con las abiertas y radiadas palmeras, empuja a los automóviles, los contiene, según vayan hacia el Norte o el Sur, mueve terriblemente focos que parecen irse a estrellar contra su soporte como contra la pared esas bombillas que tropezamos, a veces, violentamente con la cabeza. “Talmente” se siente el viento como en su casa que parece que se pasea por allí consciente y constante. Con las faldas de las mujeres hace perrerías y allí se sorprenden vivas escenas galantes en que se ve hasta el florón de las ligas. También el ábrego visita a veces el Prado. ¡Oh, el ábrego!...

En invierno es en el Prado donde da más el sol, pero si no se tiene un buen temple madrileño hay que temer al Sol del Prado, porque después brota en este paseo un frío intenso que hace que sea mortal el cambio de sol a sombra aun antes de que suba ese fresco de ribera de río que brota del río fantasmal, que está inscripto en el margen del Prado. Hay que desconfiar además del Sol, el Sol es malo, la fe en el Sol ha perdido a muchas gentes, y, sobre todo, a los que estando un poco enfermos vinieron a tomar este Sol, les ha agravado y matado en el paseo. Había que escribir en algún sitio: “¡Cuidado con el Sol!”, como hay el “cuidado con los rateros”, o “con la pintura”.

Para el Prado son las bufandas sobre los gabanes o las capas.

Por el invierno del Prado pasan esos andaluces muertos de frío que han llegado a Madrid con un sombrero calafiés y una guayabera de invierno que no les viene y se queda al margen de los pantalones que por lo muy ceñidos que son les dan más frío. Junto a la estación que está en el extremo del Prado y por la que entran los hombres chorizos de Extremadura y los hombres de sombrero de paja en pleno invierno de la Andalucía, también se encuentra deseando que salga el tren, haciendo tiempo, pasando como junto al brasero junto a su estación la última tarde, el pobre andaluz con traje de rayadillo que vino a luchar y que huye escapado.

(Se cuele por el estilo de "Figaro" como una aspiración de aire que devuelve, ese vientecillo ligero, ese aire simple que es el tono de Madrid.)

Siempre se recuerda y pasa por la imaginación en el Prado invernal, el año del "dengue". Aquel año proverbial en que murió medio Madrid se repite, se recuerda mucho, y se piensa que quizás se oculta que todos los años de Madrid son años del dengue. Eso no acaba de parecer mal en el Prado, pues la enfermedad hace resaltar la vida y no suele matar, pues la muerte es mala operadora y nos hace operaciones que no acaban de matarnos.

La lluvia de invierno es desalmada en el Prado.—Al principio de la tarde brillan las barbas del agua, pero después aunque siguen cayendo se pierde el gris de estanque del Prado. Por entre la lluvia y el viento del Prado pasan los que parecen ser llevados por sus paraguas como por un oscilante y vertiginoso paracaídas.

Cuando escampa, bajo el gran cielo del Prado el agua de los charcos toma un carácter, una luz y unos matices de agua de charco de playa.

El incendio de las fogatas de hojas y restos de la poda en los jardinillos del Obelisco a los héroes del Dos de Mayo, crea un humo de incensario para los héroes, y parece que sube hasta ellos.

Cada vez parecen más algo así como "Cedros del Líbano", esos grandes árboles que hay frente al Museo de Pinturas. También parece, al pasar bajo sus agobiadoras ramas, que una trompa de elefante nos va a coger y a subir a lo alto.

Paseando por el Prado, figuran las que usan esos sombreros enormes, que parecen haber desaparecido ya para siempre, y esas que se envuelven en pieles consumidas por la tifa pelona, pieles de animales mojados, sucios, y que, después de apuntillados, parece que debieran ser arrastrados por la calle.

Por entre esta multitud, pasan los cochecitos de los niños del Prado, que son los niños que se han de morir, y el coche que mueve con las manos el imposibilitado de los pies.

En las esquinas de las bocacalles hay viejas, antdiluvianas vendedoras que están a bien con la muerte porque tienen en sus cráneos y en su mascarilla un gran parecido con ella.

(Lo más importante de "Figaro" es que descubre su gran candidez, su ingenuidad trémula, temblorosa, parpadeante, con la que el primer hombre no pudo dar, y que el último comprenderá y sabrá perfectamente como su principal sinceridad y su más preciado hallazgo. ¡Oh gran precursor, hombre que comprendió las imágenes sencillas y las usó, teniendo sus cosas un poco la simpleza y la rudeza admirable de los pies de las aguafuertes de Goya!)

La primavera del Prado es bonita, pero tarda en ser sostenida, porque se desarrollan en él los más grandes contrastes, pues le cubren de pronto las nubes de color de invierno. Oscila su primavera hasta que llega el día del Santo del Prado que es el 2 de Mayo, después de cuyo día cuando los mangueros le riegan bajo el Sol de la tarde, los arcos de agua que proyectan en el aire las mangas de riego son como arcos iris del buen tiempo.

Los paseantes del Prado, esos viejos y esos petrímetros vestidos de negro toman un aspecto deplorable, pues bajo este Sol del Prado salen a relucir todas las manchas que cubren sus trajes.

("Figaro" sabía que en Madrid no hay otro espectáculo más verdadero que el de ver pasar gentes, perfiles idénticos y distintos sobre el mismo paraje.)

El verano del Prado es temido porque así como en invierno es en él donde más frío hace, en el verano se encalma en él el calor como en su infierno.

Sin fiestas, sin un recreo constante en su paseo, se queda solo y quemado, aun cuando sus acacias y sus castaños le dan sombra, pues echan mucha hoja hasta esos árboles centenarios con grandes agujeros, todos comidos por dentro. ¡Qué diferencia con el de antaño! En el Prado de antaño todo era concurrencia y festejos. Nadie salía de Madrid los veranos. Las diligencias no permitían las excursiones a los puertos de mar, estas excursiones que hoy facilitan los kilométricos en que está retratada toda la familia por numerosa que sea.

Toño Madrid en Madrid durante los veranos, daba lugar a las más opulentas fiestas veraniegas.

Hoy el Prado en el verano resulta como las eras de Madrid, sin aventadoras ni trilladoras siquiera. Sólo se ve pasar algún fralle que aumenta el calor del verano con su estameña y algún señor con quitasol.

Las verbenas son momentáneas y lo encubren un poco. Se convierte bajo las verbenas en una cosa así como en un paseo valenciano o en el demasiado jacarandoso y frívolo paseo de San Antonio de la Florida.

(“Figaro” fué la sencillez. No complicó su misión. Fué el madrileño preocupado por la muerte y por la vida conjuntas en una filosofía simple y suficiente.)

El otoño cunde mucho en el Prado aunque es corto. Lo curan, lo aplacan, lo civilizan los libros. Por eso es más dulce. Aunque hay días en que los viejos dicen: “Ya se ha estropeado el día”, y, en efecto, se ennegrece y se reumatiza.

Si no acaba de tener carácter de invierno el Prado durante el otoño, es por la feria de libros.

En el Prado de Atocha, junto a los atochares se celebraba primero esta feria de libros junto a la de avellanas y de otras futesillas. La victoria creciente del libro le ha hecho subir más y hoy se instala junto a la verja del Botánico.

A mediados de Octubre emprende este camino. No somos de los que madrugan porque somos de los que no creen en los libros viejos y apenas en los nuevos. Vamos para echar una ojeada sobre los montones y ristra, pero cuando se llega ya no se ven los libros.—Ha oscurecido al atravesar el Prado.—En esa media luz se intenta, sin embargo enterarse y es cuando más profundo sentido parecen tener los libros. El Prado influye en ellos como un sugeridor mágico. Todos parece que dicen algo y que prometen más. (Sólo cuando lejos del Prado se les desentraña se ve que no dicen nada, nada.)

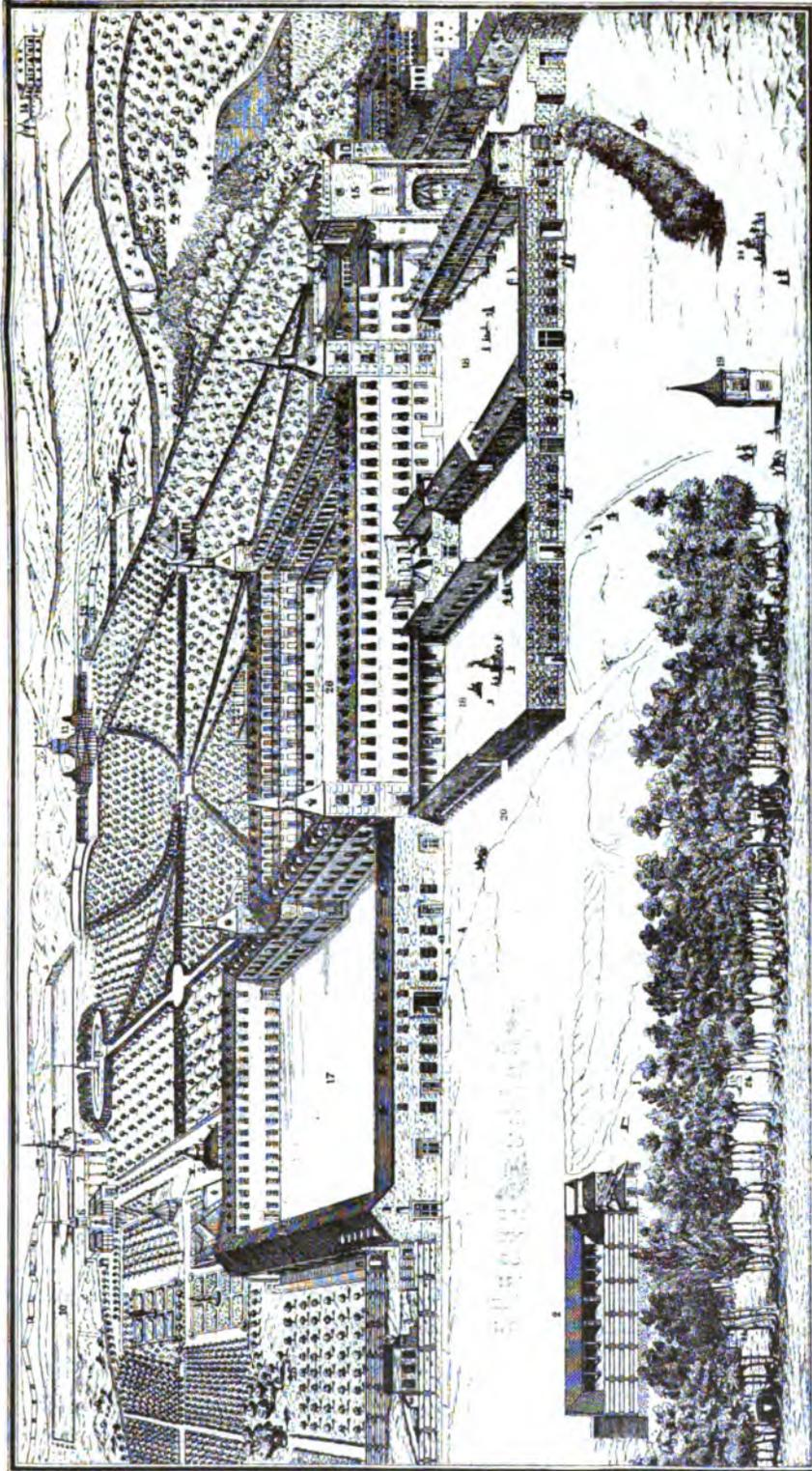
(“Figaro” ve lo que hay. Por eso aún hoy nos cruzamos con él en este paseo, es el compañero a quien recurrimos de vez en vez. Casi no tenemos confianza más que en él. Sencillo, impotente y hundido en la tierra, a sabiendas suyas, y paseante desdefoso y curioso ya que es eso lo más que se puede ser en el mundo y a lo que no llega casi nadie.)

¡Qué raro es que junto a los puestos de libros se establezcan los puestos de avellanas, torraos y nueces! Parece que sus dueños engañados por lo de feria se han establecido sin saber que es feria de libros. Los altares de ermita de pueblo a que se asemejan esos puestos no dejan de estar bien junto a los libros. El primer día de feria de los libros hay en Madrid algo como una apertura de curso de los que ya no cursan nada, de los escritores, los críticos y los vagabundos literarios. Los más vivos, los que tienen bien señaladas las fechas en un libro de notas, van ese primer día y se llevan lo mejor. Al día siguiente ya faltan los libros impares y únicos.

Al Prado va entonces la que busca música, el que no sabe lo que busca y el que pregunta cualquier cosa a estos libreros que no saben nada.

Esa feria de libros del Prado es en modesto esa feria de Leipzig de la que tantas fotografías se han publicado en las revistas. Se ve en esos estantes y sobre las grandes mesas de libros para “disectar”, los libros de todos los años; los libros de siempre.

Tienen junto al Botánico una cosa de plantas secas, de herbolarios variadísimos, tal vez alguno de fruto membrillo. Ha habido, puesto que es otoño, una caída de la hoja impresa, una caída del libro. Se escapa a ellos un fuerte olor de humedad, de la llu-



(Vista del Prado y del Real Sitio del Buen Retiro, tomada de un cuadro del siglo XVII que existe en Palacio.)

1. Pradera de San Fermín.—2. Juego de pelota.—3. Caballerizas.—4. Juego de pelota.—5. Ermita de San Indro.—6. Ermita de San Juan.—7. Sala de obispos.—8. Ermita de San Bruno.—9. Escueque grande.—10. Escueque grande.—11. Jaula de aves.—12. Corral de vacas.—13. Ermita de San Pablo.—14. Ermita de los Portuñeses.—15. San Jerónimo.—16. Patio del Buen Retiro.—17. Plaza grande.—18. Patio de niños.—19. Terracilla del Prado.—20. Barranco.—21. Coliseo.—22. Casón.—23. Calles abiertas.—24. Fuentes del Prado.—25. Huerta del Rey.—26. Plaza de Palacio.

vía que cayó sobre los montones de hojas impresas y que no pudo desprenderse con el sol en las que estaban más debajo.

Nosotros dejamos sitio y paso al coleccionista ciego como un fanático. Comprendemos al coleccionista de estampas, y comprenderíamos el de libros si no dedujese leyes y altiveces demasiado amplias de su afición, de su suerte y del hecho de tener su colección. Tiene en qué entretenerse, buen material, nociones que se combinan, todo lo consultable, pero no por eso tiene la sabiduría y menos el talento. El mayor servicio de sus libros será para quien haga una deducción o un resumen genial de ellos, a lo que se prestan los que tienen las mejores colecciones del mundo, cuyos ejemplares son prestados después de todo con bastante caridad.

Uno busca el libro, que busca y no busca, para estar más cerca de él, para facilitar en la urgencia de nuestro trabajo fértil y de algún modo público y concluyente, la búsqueda inmediata. Ellos esperan toda la vida para no hacer nada toda ella. Se preparan, pero como están desfondados nunca consiguen que esté reunido lo de antaño con lo de hogaño. Solos los libros, y como no escritos, están en los altos estantes a los que no podrían llegar aunque quisieran, tan altos e incómodos están.

Yo por lo menos no me presto ni un momento a esta comedia de consideraciones que me exige el leído o el erudito. ¡Si fuesen sencillos! Serían por lo menos amables hombres como todos los hombres en vez de bestias libreras, que se comen y despedazan los libros en vez de leerlos.

El hallazgo de los libros raros he tenido tiempo de ver que es además de todo fácil, fácil hasta el gran negocio. Pero no me ha tentado nunca la carrera del comercio.

No cambiaría yo por nada este saber abandonar el libro viejo que no dice nada y quizás de tirar a un lado el libro que valdría una fortuna en manos de un nego-



Un puesto de libros viejos en el Prado.

ciante. Prefiero todo el desdén y toda la indiferencia enteros y verdaderos, y escoger el libro que no vale nada y por el que no darían nada, pero que es el único que aclara algo las cosas, que dice algo nuevo.

Frente a los libros tirados en los escaparates, como el pescado de los puestos de libros viejos, se ve que casi todos los conocemos, de ferias anteriores, de la librería del padre o de los amigos, de haberlos tirado algún día en el cesto de los periódicos junto al pupitre del criticismo literario. ¡Qué pequeño es el mundo! ¡Ni siquiera las sorpresas de títulos que debían tener para nosotros los libros! ¡Todos se han repetido por lo menos ocho o diez veces en nuestra memoria y sobre poco más o menos sabemos a qué atenernos respecto a ellos!

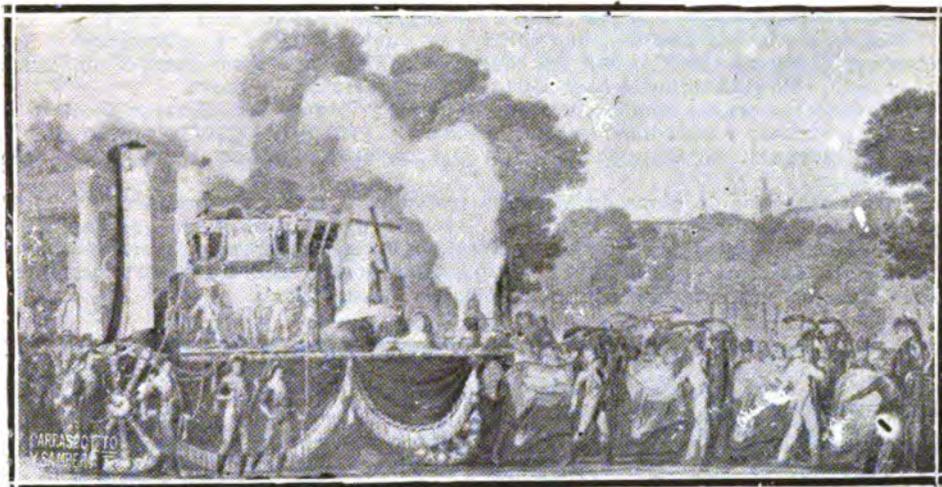
En los puestos "de la sardina" o mejor dicho del "boquerón", esos en que pone a 15 céntimos a elegir y se puede dar la vuelta al gran montón, buscando lo bueno, no hay mucho. Es donde lo revuelto del pisto podía preconizar un hallazgo y es donde menos lo hay. Si todos los libros están revueltos, fueron echados uno a uno por el tasador, que por bruto que sea, sabe el coste y la consabida clasificación para la venta.

("Figaro" es la medida de ese hombre puntual y cabal que es el transeunte, el observador y el que vive la vida comentándola con los comentarios que consuelan de la falta de visualidad y de idealidad de los otros. Es el amigo con que se puede hablar y que es lo único que deseamos los que estamos tan desnaturalizados que no deseamos el genio que ensalzar. Quien compendie nuestra vida con cierta gracia y con esa cierta discontinuidad con que se produce la vida, ese será nuestro hombre.)

Los curas—ignorantes como ellos solos—vienen a pasearse por entre los libros de viejo. ¡Están tan aburridos de la vida! Además, es por donde menos se ve lo feos que se han puesto y cómo se les ha retorcido y engarabitado la expresión. En estos pue-

tos es donde aprenden vidas de santos que no conocen y otras nociones, con las que podrán sermonear todo el año y hasta ir a los Concilios. Cuando se paran un rato y se inclinan sobre los libros, parecen estar ante los anchos facistolos leyendo el latín de las oraciones.

Las maderas de las librerías se combean terriblemente, pues son delgadas para el gran peso que soportan. Hay una cosa de barco que va a naufragar con toda la tripulación en ese pluteo que se derrenga.



El carro fúnebre de Daoiz y Velarde al pasar por el Prado (1814), frente al templete «de orden de Peste» elevado sobre el sitio en que fueron fusilados algunos héroes y donde más tarde había de elevarse el monumento al Dos de Mayo.

El valenciano es el gran vendedor de este paraje y el que después, en la esquina del Prado con Atocha, tiene un largo e interminable puesto de libros que es como el final prometido después del Prado, el sitio en que yo compro un libro al final de cada paseo, yéndome a leer las adquisiciones al cercano café de Oriente.

El valenciano tiene un gran tipo de hombre de ciencia, de profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Está regañando siempre en “valensíá” con toda la gente que tiene alrededor. El quisiera un gran orden en su inmensa biblioteca.

Primero le teníamos una gran antipatía. Después hemos visto que es un hombre simpático y tratable. Aconseja libros y dice, animando a la gente: “Cada uno es un pozo de Ciencia...; lo que es necesario es sacar y sacar bien.” Tiene varios niños que le ayudan y a los que dice: “Todo lo de “Melicina”, aquí...” Refiriéndose a las cosas en inglés, dice: “Todo el “te”, aquí...”

De este valenciano, Baroja ha dicho que es “el Atila de las librerías de viejo”, “un hombre de pelo rojo y de gafas” “que se dedica a estropear los libros, cortándoles con la guillotina los márgenes para vender después éstos como papel”.

De este mismo valenciano ha dicho Solana: “Es un hombre que viste un largo delantal amarillo; es vegetariano y ateo; tiene gran fuerza y agilidad; lleva la cabeza al descubierto y rapada, lo mismo en verano que en invierno y los pies desnudos; mira los tomos muy de cerca con los gruesos cristales de sus gafas y trepa por la escalera como un mono, bajando y subiendo libros que limpia a zorrazos, levantando nubes de polvo, dando chillidos al enfadarse con la demás dependencia y poniéndose encarnado por la cólera.” (Ahora ese gran puesto está dividido en dos secciones y hay otros dos librereros, amables y rumbosos, de fino instinto y de gran memoria, uno de ellos muy parecido a Menéndez Pelayo en su juventud.)

El otoño, con sus hojas y sus flores secas, está dentro de esos libros, muchos con tipo de herbolarios correspondientes con el Botánico, junto a cuya verja se exponen. El mejor regalo para los niños que somos es un libro que tenga la sorpresa de una flor disecada; pero nunca se sabe en qué libro la habrá, no se debe saber, como en ese juego de los **paquetes** que los niños juegan en la calle abriendo el paquetito y encontrando una sortija de plomo.

Ya está allí hasta el libro que su autor se dedicó a sí mismo. Si el autor ha

muerto, eso no es extraño; pero si vive, la sorpresa de ver ese ejemplar allí le desengaña a uno de todo, hasta de sí mismo.

Los libros sin portadas abundan mucho; tristonos como sin párpados.

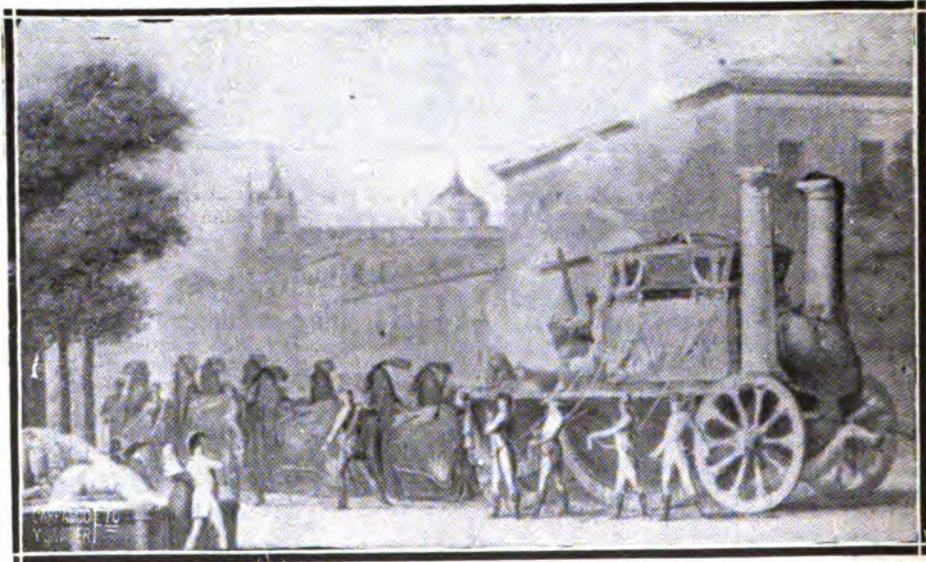
¡Muchos libros encuadernados! No llaman la atención esos libros. No se les mira ni se lee su lomo. Se desconfía del libro encuadernado como de un libro que, aunque sea bueno, está convertido al burguesismo. Los libros encuadernados generalmente desmerecen; están más muertos, aunque hayan sido embalsamados; son más privados; están como en la caja del muerto preparados para la sepultura perpetua.

Los diccionarios, ¡qué viejos!; todas sus palabras parecen haber variado.

Numerosos tomos médicos, que contagiarán del tifus u otra enfermedad al que los compra, sobre todo si tratan del cáncer. Un libro como esos, como el del cáncer sobre todo, sólo está antiséptico y aislado en las librerías de nuevo.

No debe comprarse ningún libro por el título y lo que diga el autor de él en su prólogo personal; y si el libro está en la mesa de PRECIOS CONVENCIONALES, no se debe preguntar siquiera por él. Hay que declarar el boicot a los precios convencionales.

Más estanterías de obras de Medicina tratando de más enfermedades, y muy insistentemente de Ginecología. Ante estos libros de Medicina se piensa que ha variado todo el sistema de tratar las enfermedades y eso hace antiguos e inservibles los libros, y nos da miedo que alguien, algún médico provinciano o inexperto, compre y trate a sus enfermos ateniéndose a sus fórmulas amarillas.



El carro fúnebre (184) de Daoiz y Velarde al torcer frente a Neptuno para subir la Carrera de San Jerónimo donde se ve la Iglesia de Santa Catalina que se levantaba sobre el lugar que ocupa el actual Palacio de las Cortes.

Todo el aspecto de los puestos es el de los libros en la hora de la mudanza. Ningún librero sabe si tiene otro libro que la "Hija del jornalero".

Todos son como libros caídos, libros del otoño, libros que el viento ha barrido hacia allí. Sobre sus chibaletes, escalonados, el mejor está siempre debajo del peor, que se le superpone. El mejor está el último y se disimula con modestia. Da pena ver que no se le encuentra, que no hay ninguno que elegir después de seguir a nuestra secreta adivinación en un juego como el de "¡frío!"... "¡caliente!"... "¡templado!"... "¡frío!"

Sobre todo, lo que más nos defrauda en esos baratillos de libros es que nunca se encuentra un libro que trate, como debe tratar, de la muerte. El enigma de la vida, además de tener momentos de evidente e indecible evidencia, por lo menos es breve y todos los libros lo quieren aclarar; ¿pero y el de la muerte? Ni un solo libro humano, dócil y sentido sobre la muerte y los muertos, cuando ese libro era el libro que debía estar en esta feria como más propio también de este paraje.

Lo único encantador de esos libros que por comprar algo se adquieren en el Prado, es esa hoja de un almanaque de hace años que a veces se encuentra entre sus páginas. ¿De qué año? No se sabe, porque no pone sino el día y el mes, porque no están hechos para la posteridad los almanaques, sino para el año que corre.

Así, el que se encuentra esas hojas vive otro día que su día, un día que no es de sus días, lo más redivivo de un día pasado. Las hojas de esos almanaques antiguos se transparentan ya y se ve por el reverso la cifra de la fecha. ¡Delgado y consumido tiempo caduco!

En el centro del Salón del Prado, estorbando en medio de las dos plazoletas de su nuevo follaje, hubo dos fuentecitas, dos niños, dos angelitos incontinentes, niños ilegítimos del Prado por su cursilería, esculturas de recibimiento que un día desaparecieron.

(Todos eran tontos menos "Fígaro" en su época. Qué distancia más espantosa—espantosa—entre él y los fecundos y aplaudidos autores de su tiempo, todos tontos.)

(No tiene que ver nada "Fígaro" con Mesonero. Mesonero está bien, pero es un hombre con gafas. Mesonero es el señor que no se compromete y "Fígaro" sí. Y en la vida hay que "comprometerse".

"Fígaro, más que las costumbres, muestra unos años de vida espiritual, de vida dramática de nuestra ciudad. Todas las almas de su tiempo, todos los muertos de su época hablan por él.

Sigue tan joven ese sentido de sus obras, que parece que no está ni viejo su cadáver.

Además, es que de pronto se transparenta tanto lo humano que es o ha sido un hombre, que eso basta para hacerle eterno sobre todos los otros, fatuos o gloriosos. Su mismo tono de amargura y escepticismo le hace muy nuestro, y es que le vemos vivir consumiéndose. Se le ve consumirse. Se le ve consumido por todo lo que debe quemar y consumir la vida.)

El atardecer del Prado es también algo muy bueno. Se pone morado, cárdeno, desciende su luz, y bajo esa poca luz del Prado las personas pasan como sombras pequeñas, verdaderas sombras peripatéticas, bajo el viaducto del cielo.

Sobre todo en los días sin faroles de la Gran Guerra, el atardecer le dominaba completamente.

La fuente de Apolo se torna completamente blanca sobre el fondo del atardecer.

Paralelo a toda la ciudad y al ocaso, que le da contraste, nos envía la luz poñiente toda la silueta de los tejados en un atardecer lleno de chimeneas.

¡Que el atardecer—siempre pienso en el invierno en el Prado—no os coja sin gabán en el Prado! El clerzo os cosería a puñaladas de incurables heridas.



Visión, desde la esquina del Hospital, de la Puerta de Atocha en que acababa el Prado.

(Ese desengaño atroz de la política que siente "Fígaro" es más que desengaño de la política, de la autoridad. La autoridad, entonces como ahora, se le da al que no la merece, y ante eso el espíritu, si no prorrumpie en carcajadas al verlo, y, por el contrario, se entristece o se angustia, puede llegar a sentir el suicidio.)

La noche del Prado es grave, febril y tremebunda. Ni los focos, ni esas luces

de nitrógeno, que tan bien lo alumbran, y que se estrellan en nuestros ojos y rompen nuestro iris y agrietan nuestra córnea, pueden con su sombra.

El Prado es en la noche el gran descampado, un lugar desierto, peligroso y siniestro, en el que se puede ser robado y matado casi impunemente. Es lo más vendido de la ciudad, donde el crimen, la lujuria y el robo se pasean de noche, donde tiene citas la luna, que también espera prostituida al que pasa.



Visión panorámica del Prado actual desde Neptuno a la Cibeles

¿Por qué lo han escogido desde tan antiguo las mujeres más fáciles? Porque por no se sabe por qué extraña y sombría razón en la noche el Prado es el lugar por donde pasan las almas llenas de mayor deseo sexual, el sitio a que van a parar fatalmente.

Se tiembla al entrar en el Prado de noche, con ese temblor que se tiene al ir descalzo por el pasillo en el viaje furtivo al cuarto de la criada. La autoridad lo tiene abandonado, y sólo alguna vez da vueltas alrededor de los jardines del Dos de Mayo para que sea respetado de la profanación el cementerio de los héroes.

En el Prado espera a los infelices aquella única novia que tuvieron, y que han echado del otro mundo por estúpida, repulsiva y fea.

Son almas con mantón las que pasan por el Prado, un mantón con el que se cubren en invierno, y que en verano llevan al brazo, como viajeras impenitentes (los cocheros llevan siempre también una manta así, una manta repugnante que ofrecen a las parejas que conducen por en medio de la noche.) Bajo los árboles copudos y cobijadores del Prado se ven también en la noche las sombras copuladoras y su ritmo regular y solemne, como el de esos relojes en que sube y baja un columpio.

Todo ese anhelo torpe y supremo de la humanidad circula y se pasea por el Prado de noche. Eso es algo serio, trágico y de una absoluta verdad. No lo aventaja nada, ni en la noche de novios ni en la galantería rica y mocil. El mar sexual allí da los latigazos imponentes, allí se bate y salta con violencia sobre los acantilados de la ciudad. En la noche del Prado muerde el polvo el hombre. Nadie debe pasar por él en la noche.

Pero por la mañana y durante todo el día no se sabe nada de esto. Por la mañana y durante todo el día es que se verifica la baja marea, y la gran playa está seca y transitable. Las que estaba anoche entre las sombras no aparecen en el

Prado de día, y si alguna de las que se sientan al borde de los bancos es alguna de ellas, está muy disimulada y muy hipócrita.

(En "Fígaro" comienza la humanidad del pueblo de Madrid... "Fígaro" crea el hombre en España, al hombrecito de mundo en el sentido más elevado que puede tener esta frase. Antes de él había el elevado concepto; pero ese cinismo a que tiene derecho el hombre de mostrar y elevar su sentimentalidad íntima, esa afirmación independiente y rebelde de la estructura natural del hombre, no existía.)

Como larga, aparte y especial divagación hay que pasar por el Botánico, el jardín del Prado.

Primero, el Botánico tiene el aire de un largo y romántico cementerio. Al primer golpe de vista, desde fuera, es un cementerio. Su verja de gran autor es verja de sacramental, verja no muy alta, que favorece la esbeltez de los árboles, con gruesos pilares intermedios, pilares que en la parte que da al paseo tienen pintadas esas cruces negras y chorreantes que pintan los chicos como para poner cruz a las tumbas anónimas, cruces que parece que dibuja una congregación que hay para esto, una congregación como la de los Hermanos de la Paz y Caridad, que asisten a los reos de muerte, y la de la Buena Agonía, que asiste a los moribundos (Junto a la verja hay siempre dormido y tirado un pobre miserable que recuerda mucho a Job).

Su puerta, de estilo dórico, con columnas de piedra, da al jardín de los Médicos, o cosa que lo vale y lo parece.

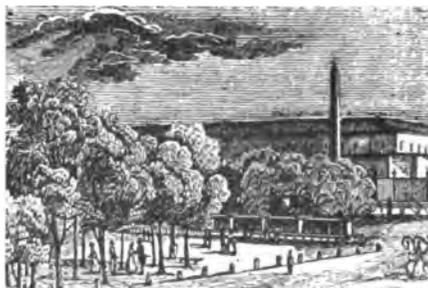
Al entrar se ve que el portero tiene una mecedora, porque éste es un jardín un poco particular hasta para el portero.

Aunque Barres ha hablado mal de los jardines botánicos con muy buenas razones,

también se puede hablar bien de ellos con razones también buenas.

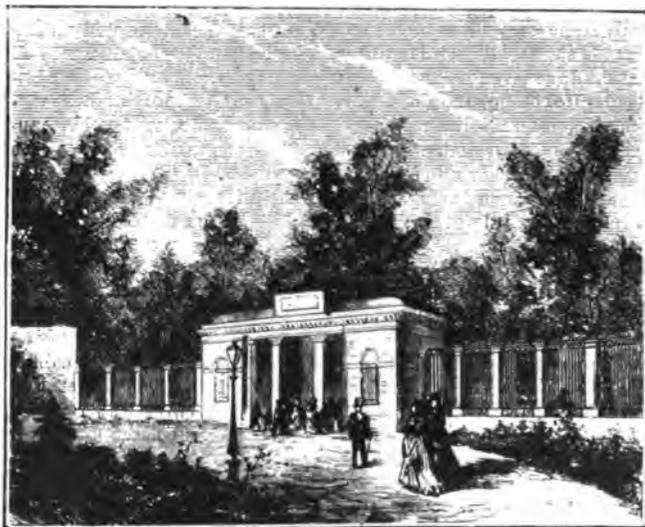
El Botánico parece que tiene otros soles, varios soles distintos, y cuando está nublado tiene una niebla hecha de grises exóticos. En su reunión cosmopolita hay una tarde de todos los sitios. Sobre todo en la noche, se congregan en todas las noches del mundo, lleno y palpitante de añoranzas y nostalgias.

En invierno, como todo el Prado, está muy bien, aunque es un jardín húmedo; muchos dicen que esto les sienta mal, como los riñones mal exprimidos a los que padecen cólicos hepáticos.



Visión del Prado desde la salida de la Carrera de San Jerónimo. Detrás del Obelisco se ve aún el Cuartel de Artillería.

El Juego de pelota derribado en 1687 estaba en el sitio que ocupa el monumento del Dos de Mayo y en parte el que ocupaba el derribado Cuartel del Presidio, cuartel establecido en 1874, después de caballería y por fin próximo a su derribo hacia 1878 de Artillería junto a San Jerónimo que había sido Parque de Artillería hacia 1846.



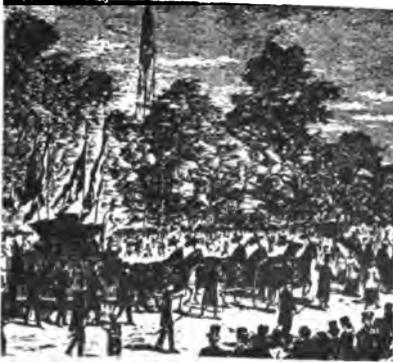
Entrada del Botánico por la plaza de Murillo.

Se respira al entrar un aire salútfiero, como compuesto con todos los auténticos ingredientes de la antigua botica.

Los entierros del Prado son solemnes, y tienen como más lujo que todos los que no pasan por el Prado. Tienen una hora de fiesta fúnebre. Durante esta hora pasan por él todos los entierros anunciados, con su comitiya vestida con traje de domingo.

Todos los entierros, al pasar por el Prado, hasta los más sencillos, aun los de cuarta clase, toman visos de grandes entierros, de entierros históricos del gran poeta, del gran militar, del gran político.

Siempre, todos esos entierros evocan el paso de los grandes entierros que pasaron por el Prado, habiendo quedado como el modelo de esa evocación, como el cristal de linterna que se proyecta de dentro afuera en nuestros ojos, el gran entierro a Daoiz y Velarde, celebrado en el Prado de 1814, con sus caballos vestidos de disciplinantes (ocho caballos desherrados para que anduviesen sin meter ruido) y su alto catafalco de héroes; la traslación de las cenizas de "Figaro" y otros grandes compañeros desde el cementerio de Fuencarral al de San Nicolás, y la traslación de las cenizas más cernidas de Mena, Quevedo, Calderón, Garcilaso,



El entierro de Muñoz Torrero al pasar por el Prado.

etcétera, en "una magnífica tarde de primavera, un cielo purísimo y un sol espléndido parecían proteger aquella ceremonia, la más imponente que ha presenciado jamás la capital de España".

Todos esos grandes Carnavales, con sus carrozas coronadas de laurel y tiradas por cuatro o seis yeguas, con renjaje y penachos de colores, se verifican de nuevo en el Prado cuando pasan los nuevos entierros, esos entierros tristes con el pendón de la Sociedad o el Sindicato colgado a la trasera, como la dalmática que usó en vida el muerto. (¡Grandes maceros fallidos!)

La lentitud y la prosopopeya que toman los entierros en el Prado es para verla. (Al de Daoiz y Velarde asistieron diez doncellas dotadas por la Villa con 3.000 reales cada una.)

Por el Prado se pasean esos señores de luto inconsolable, todos esos caballeros con barba blanca y sombrero de paja pintado de negro con pintura de coche o de mueble de fonda.

Por el Prado pasa todo por la recta de la proyección, por el apaisamiento eterno.

¡Corazón plebeyo el que pasa el Prado de través o lo huye!

Al atravesar por el Prado para entrar en las calles de luz, parece como si se atravesase el gran salón de las recepciones, oscuro, cerrado, enfundado, pero el de más ancho techo y un decorado más digno de la casa.

Siempre me acabo de enterar de alguna cosa nueva del Botánico. El Botánico es inagotable hasta para los botánicos, que no acaban de saber las plantas que hay en él.

Después de haber hablado de aquel esqueleto de una ballena que hubo expuesto en su galería de cristales, y del banquete a diez mil niñas que se celebró en ese mismo invernadero, creí ya dicha la última palabra, cuando al hablar con esa viejecita que fué amiga de Paulina Martínez—la de ese retrato—, me entero que allí estuvieron expuestas "las momias del Pacífico", unas momias que habfan venido por el mar Pacífico, y también me entero de que junto a ese cuartel de Artillería había una taberna donde vendían caracoles y callos...

Los hombres del chaleco blanco es por el Prado por donde pasean. Aún no se han dado cuenta de que el chaleco blanco es como ropa blanca, como ropa interior.

Ellas toman siluetas muy especiales, con la punta del corsé metida hacia dentro. Señoritas de silueta remetida se podría llamar a las que más afición tienen al

Prado. (Señoritas esas que llevan sus sombrillas con el cuello engalgado, echadas al brazo, como las aldeanas llevan las gallinas.)

En los simones del verano, el paseo más soñador, y más en un gran lago, que se puede uno dar es por el Prado. En los simones del verano, con sus cocheros de sombrero de jipijapa, pasan los señores con el sombrero quitado, disfrutando atrozmente del espectáculo, explayándose, mirando al cielo. (A veces el simón resulta, por la piel de su capota y por todo, una bota vieja de elástico.)

("Figaro" escribió el primero con el tono que después se ha repetido mucho, aunque nunca lo bastante ni con la suficiente originalidad.

Hasta cuando apenas se le ha leído, hay una cierta telepatía extraña, por la que al repasar la historia literaria es su figura la que se muestra entera, cabal, no abrumada por el talento humano, sino llevándolo con ligereza y haciéndolo compatible con la necesidad de vivir la ciudad y la vida. La ponderación de ese hombre los subyuga. Es el arquetipo de nuestro ideal lógico, sencillo y caballeresco.

Oímos, como si fueran palabras latentes en el ambiente de nuestra ciudad castellana, las palabras de "Figaro". Siento que antes de haberle leído tenía yo ya de pequeño el mismo concepto que hoy tengo de sus artículos y de sus palabras. Diríamos que su obra es más caudalosa en el espacio que en sus libros, y que nos habla con la misma persuasión que en su mejor artículo. Hay en él una amistad y una construcción inacabable en el buen juicio, hasta sobre los casos de nuestro tiempo.)

La gracia del paseo de las estatuas del Botánico tiene la gracia que no tiene el del Retiro, cuyas estatuas son gigantescas, hinchadas como estatuas de nieve, inacabadas y terribles. Por el contrario, las estatuas del Botánico son admirables, humanas y sencillas, como si fuesen antiguos transeuntes convertidos en estatuas de piedra. La estaturía ha sido corrompida en Madrid por las grandes estatuas de la plaza de Oriente y del paseo de las estatuas; hechas para estar en lo alto del Palacio Real, fué transformado su destino y colocadas en lo bajo; eso ha corrompido el sentido de la estatua ligera y delicada, que hasta un mal escultor puede hacer si la hace a proporción.

Erigidos como en un cementerio, está primero Quer, el célebre médico y naturalista que escribió una flora española; después, Clemente, con su capa amplia, la gran capa magnífica del tiempo del gran sombrero de copa, también magnífico (Clemente tiene un tipo romántico, y en el zócalo de su estatua vi un día escrito el nombre de Narciso). Lagasca, el primer botánico del pasado siglo, que se quejaba de que no había grandes estanques en el Botánico para estudiar la flora acuática, y Cabanilles, el célebre autor del célebre artículo "España de la Enciclopedia" y el que clasificó el penacho florido de la "Esteparri Statice".

Todos erguidos, satisfechos entre sus flores, las flores de su vida, llevan alguno babero y todos chalecos con florecitas, pues ellos son los que inventaron esos chalecos, primeramente en Suiza, la patria del inefable botánico Rousseau, allí donde todos llevan un "saquito de mano" de herbolario.

La elegancia del siglo XVIII fueron, sobre todo, los botánicos los que la llevaron mejor, con la ingenuidad con que se debe llevar la elegancia.

Separado de esas estatuas, en pie, hay en el fondo un busto de don Mariano de la Paz.

Ahora veamos los árboles: sus cartelas son como las que llevan los ciegos, y las que están más a ras del suelo, sobre una pequeña varita, señalando el sitio de las plantas raseras, parecen pequeños epitafios de un cementerio profano y, en la hora de la primavera y de los pájaros, pequeños atriles de su música, en los que parece que gastan bromas que les resultan muy pesadas a los botánicos, cambiando con sus picos las de un lado a otro, como esos pájaros de las adivinatoras que cogen el papelito de la suerte y lo trasladan.

Después de los cipreses, claro está, esos cipreses "cupresus pyramidalis", que parecen abonados con huesos humanos para su mayor esplendor y que dan carácter de cementerio al Botánico, se destacan los almeces, grandes como elefantes en



El nuevo edificio del Ministerio de Marina destinado a estar perennemente junto al de Correos en ese trecho del Prado. (Edificio adusto, consistente, encastillado y lleno de ventanas y de graciosos dedos índices que señalan el cielo.)

pie (Los almeces se ve que han querido ser elefantes, que estuvieron cerca de serlo y no pudieron realizar su ideal.)

Después, los árboles de ramas péndulas y colgantes atraen por su elegancia y feminidad de mujeres que se han desmayado. La "Sophora japónica péndula" es el extraño árbol japonés que parece mentira que nos podamos encontrar aquí, fuera de esas estampas en que todo está irritantemente pintado dentro del agua, todo paisaje submarino y ahogado.

El amarillo árbol del desmayo está también bien, es más en fino el viejo saúce llorón. Tiene estalactitas o flecos de sol durante todo el invierno.

Los tejos construyen aquí unas puertas mudéjares de la hojarasca, por las que es agradable pasar.

Después sorprende en un lado la acacia de "tres espinas" y la "sin espinas"; en otro, el "árbol del cielo", fina especie de acacia que no creemos que sea del cielo; y el árbol de los pájaros, envuelto por una yeira, y que en todo tiempo da hospitalidad a los pájaros, siendo el último refugio de los pájaros en el invierno y en donde se les oye cantar en los días de más frío.

Arboles de las montañas, árboles serpientes, álamos blancos llenos de ojos de la Providencia, árboles con grandes orejas de mona en el tronco y árboles que parece que están en el Botánico por cumplir, por llenar huecos, pues son árboles de la calle, árboles golfos, a los que a veces tienen la avilantez de poner nombres extraños, como "cinamomo". (¿Puede ser este árbol vulgar el cinamomo?) Se echan de menos unos árboles que se moviesen y rugiesen o bramasen.

Resulta curioso que haya muchos falsos árboles, según está escrito en su cartela, abundando mucho los falsos plátanos, que deben ser esos que en los mercados venden a 50 céntimos la docena y están todos podridos.

Detalle importante y castizo del jardín son sus parras, sostenidas por unos emparrados de hierro, sostenes de hierro que parecen haber crecido espontáneamente de la misma tierra y que son como el emparrado de hierro vivo que sostiene el emparrado de madera viva.

Bajo el dosel esquelético y retorcido casi todo el año, y sólo por excepción con la hojarasca de Agosto, que es en la proyección de su sombra sobre el suelo más un efecto de luna que de sol, ponemos particular atención en leer los carteles que cuelgan de él de vez en cuando. Leyendo esos carteles se saborea un poco un vago mosto. Allí están la cepa "Leonada", la "Rayada" o "Melonera" (oh, enormes uvas), la "Bocadilla", la "Torralba", la "Bocal", la de "Albillo", la de "Moscatel", la "Negrilla", la de "Mollar cano" y la de "Guadalupe" (¡oh, hermosa y rica "Guadalupe" en cuyo cartel alguien como un piropro que estaba pidiendo ha escrito "¡Preciosa!"



El Carnaval en el Prado, por Perea.

Mucho tiempo, desesperadamente demasiado tiempo, están agraces estas uvas y el día que están verdaderamente maduras el jardinero mayor se hincha de comer uvas.

Las acacias, todas las acacias, están muy descubiertas por nosotros: las de una espina, las de tres espinas, las sin espinas; pero de hoy es el subrayar la "acacia de bola".

Otro descubrimiento es el del árbol de las pelucas. ¡Cuántas veces habré pasado por ese paraje del Botánico!, y, sin embargo, ¿cómo no había visto una cosa tan prodigiosa como ese "árbol de las pelucas"? El árbol de las pelucas, aunque debiera estar lleno de pelucas, como un escaparate de peluquero el día de Carnaval, no tiene ni una peluca. Quizás le dió su nombre el que era el apacible refugio de los abates con peluca en la hora del bochorno estival en los jardines versallescos. Yo no sé. ¿Es que habrán vendimiado y recogido ya sus pelucas, quizás de palafrenero de entierro?

El "tilo plateado" es como un árbol sesudo, de una digna ancianidad, sensato y antiquísimo.

Los olmos son también unos viejecillos sanos, rechos, cansados de mirar el horizonte a través de los años.

No acabamos de ver claro cuáles son esos plátanos que no son plátanos y cuáles son los castaños de Indias. Que quede sentado que los que tienen hojas en forma de mano de tres dedos y los que tienen esos madroños con púas de pequeños puercos espines, son los "plátanos de Occidente".

La "Betula Alba" es una ingenua a la que hay que aprender a llamar así, en vez de "Abedul", que es ya otra cosa desprovista de galantería y de encanto, una cosa así como llamar a ese árbol gandul.

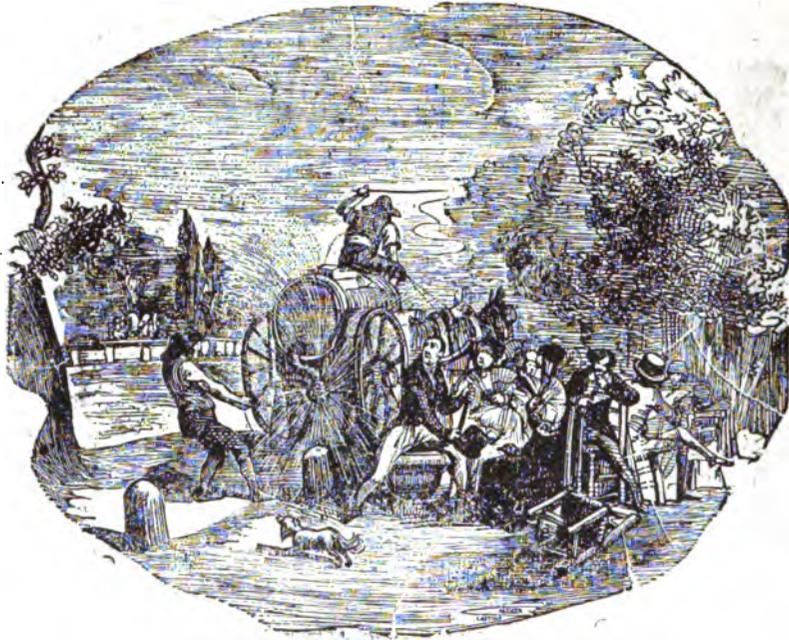
Los "Almeceas" sigo viendo a través de los años que son los árboles a los que mejor sienta Madrid, los más enormes, más fuertes y más arraigados. ¿Cómo entonces no se le ocurre lo indicado al que debiera plantar de almeceas la ciudad? ¿Es que no resultaría un espectáculo grandioso, umbroso y como sostenido por árboles atlantes, el de los bulevares llenos de almeceas? No hay lógica ni perspicacia en nadie.

Siempre hay una vieja de medias blancas que lee un periódico bajo el árbol de la vejez, el buen árbol que la defiende.

¡Qué extraño que en el centro de Madrid, entre casas y ruido de coches y tran-

vías, en el centro mismo de la gran urbe, suena la estridencia auténtica de la chicharra! Las chicharras del Botánico no las hay en el Retiro, y hay que internarse mucho en la Moncloa para encontrarlas.

En unas plantas chaparras, que abundan no sólo en el Botánico, se encuentran



Los refrescos del Prado, por Alenza.

unas falsas flores de azahar, redonditas, blancas, pero mentirosas, como para las falsas vírgenes del matrimonio, esas flores de azahar con que quizás preparan esas cajitas con diademas de falso azahar y esas ligas de novia con broche de azahar en las tiendas de telas.



Visión de la Casa de Correos

¿Y ese arce con hoja de fresno? ¡Gran plagario!

Los racimos de estos parrales magníficos del Botánico son los racimos del Rey, los que son servidos en los grandes fruteros de cristal tallado.

Ese "fresno de hojas pequeñas" merece ese calificativo, como lo merece la mujer de manos pequeñas.

Pues ¿y esa planta tan femenina, tan labor de aquella primera mujer que aplicaba sus primores al bosque, la "planera festoneada"?

Al pasar junto al saúco nos sentimos siempre como en la vieja y primitiva calle del Saúco.

En el Botánico penetran esos rayos de sol de lo alto, de lo muy alto, que sólo penetran en las catedrales y en los bosques.

¿Y cómo no hay faisanes ni pavos reales en el Botánico? Sólo hay pajaritos de todas clases, y eso que sus altos árboles son de esos que tienen en la punta más alta una ramita seca, en la que se establece la tórtola.

Siempre están preparados los atriles de la banda que simulan los letreros clavados en tierra sobre las hierbas medicinales. Habrá música, sí. Parece que van a tocar "La caza". Las maricas negras están por entre los atriles tiesos, y ya con el papel abierto.

Ahora, en estas horas de primavera en que el sol parece entrar en el Botánico por rosetones con cristales de color, se recuerda más y mejor el otoño, cuando sentíamos al entrar el amargor de lo que se moría por momentos, y veíamos caer, como abanicos, las hojas de parra, y lo que quemaban los jardineros olía como a cabeza mal lavada, a esa humedad aviesa que a veces tienen las cabelleras mojadás, y que es de lo más irresistible de lo irresistible.

Volverá todo eso cada invierno, aunque cada Abril sólo es hora de recrearse, por más que de pronto se apodere de nosotros esa melancolía que aun bajo el mejor tiempo acude a nosotros en el Botánico, y entonces tenemos que huir del jardín como de la cátedra o de la fila de colegiales en que hay un momento en que se siente uno inmiscuído... Y salimos por la puerta del montante, la puerta que hay frente a Trajneros, esa gran puerta de hierro que tiene un hermoso montante vacío entre el arco de piedra y el arco de hierro en que comienza la puerta, bello montante por el que se ve el azul del cielo en combinación con unos ricitos y cascabullos del verde de los árboles de ambos lados, divino montante por el que entra y sale la pura libertad y todas las expiaciones y las indulgencias apetecibles...

A por las hierbas del jardín, a por determinado y necesario hierbajo vienen gentes del pueblo con verdadera fe. (Por cierto que, entre paréntesis, en el Botánico se da el "culantrillo" y por él vienen las que quieren abortar, y que como es difícil adquirir, ya que está prohibido expendirlo, hay unas muchachas pálidas y con los zarcillos de las ojeras muy pronunciados que buscan la planta de un modo furtivo, disimulado, anheloso, mirando mucho a todos lados y dando un salto de presteza cuando al fin lo encuentran.)

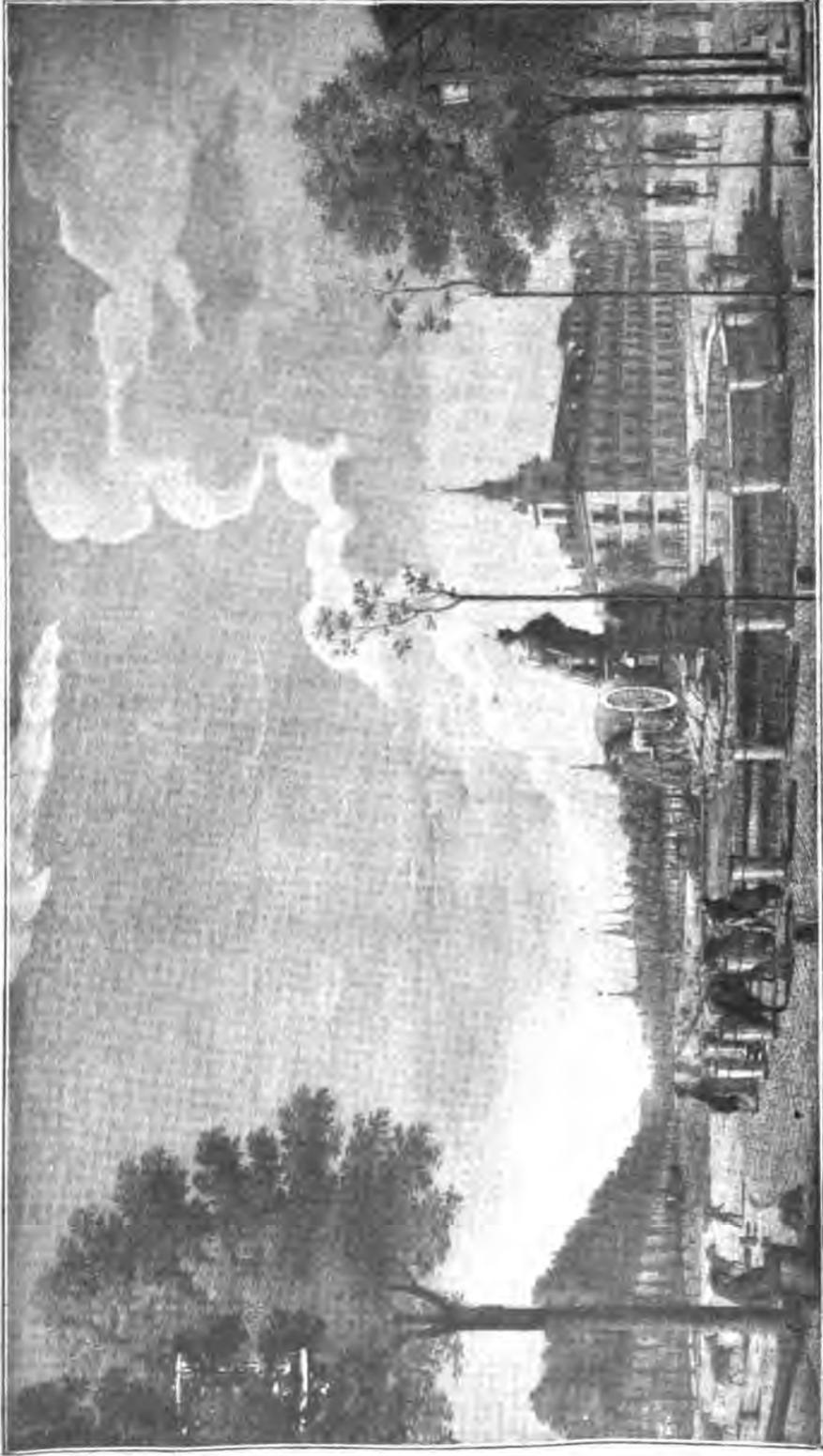
En el otoño, las avenidas rojizas hacen muy bien. Como cuando se dice "el niño va a ser rojillo", se dice de los paseos que sorprenden con ese tono. El primer aire del otoño ha hecho eso.

Las hojas picadas y tladrañas del otoño llenan las avenidas. Parece que los alfombradores han esterado.

El árbol del amor, con las hojas en forma de corazón, muere como un cardfaco.



Una noche de fiesta en los antiguos Jardines del Buen Retiro, sobre los que hoy se levanta la Casa de Correos.



Aspecto del Prado.
(Bajo este grabado e impreso en él, se recuerdan distintas cosas, entre ellas que a mano derecha en el lado del farol que sobresale en la esquina de la derecha, había una Botillería.)

Se ve que siempre en todo tiempo hay un árbol que pelecha y otro que se llena de flores.

Debía de haber pájaros de todo el mundo. Es el sitio indicado para que los hubiera desde la cotorra hasta el pequeño pájaro. Los cantos también debían ser variados y nuevos, debía oírse al canario alemán de flautas largas y capilares.

La oropéndola estuvo, pero desapareció a últimos del siglo XIX. Hoy sólo hay pajaritos, los pajaritos de las acacias y de los chopos de las carreteras españolas y las urracas negras de las huertas, muchas urracas. Las urracas se ven que gozan el jardín y que se fijan un poco en las cosas extrañas de él. Deben estar encantadas con la variadísima despensa que disfrutan, aunque a veces por probar una planta desconocida se envenenan o se purguen. ¿Qué piensan las listas urracas de los cartelitos? Quizás creen que pone en ellos el usual "se prohíbe tocar a los objetos", pero no hacen caso de ellos.

En un rincón hay una alberca andaluza con macetas. El que quiera pintar una tabla andaluza puede inspirarse aquí, pudiendo pintar también lo que tiene de huerta el Botánico.

El Botánico es el jardín de las embarazadas.

Los estudiantes de Botánica son los que no vienen quizás nunca al Botánico. El que va leyendo por sus avenidas lee unas poesías y no un libro de Botánica. A veces un farmacéutico de vocación va por allí, y después, cuando de nuevo vuelve a Madrid, ya con barba y con una farmacia en su pueblo, entra en el Botánico para recordar sus tiempos de afición.

En el otoño del Botánico las escobas de los barrenderos no pueden realmente conducir todas las hojas que han caído.

Quizás sólo se sostiene el Botánico para las brujas y las curanderas o saludadoras que vienen a buscar las hierbas que ya sólo existen en el Botánico.

Esas mujeres solitarias que están sentadas sobre los bancos bajos y como hundidos del Botánico, parecen sentadas frente a sus recuerdos, como frente al árbol de su muerto, como si hubiese dado ya su árbol el hueso como de dátil que se ha enterrado con cada muerto.

Al Botánico van de paseo muchos colegios de niños, con sus profesores, que son como arbustos raros de la Botánica. Ante esas filas de niños me acuerdo siempre de aquella fiesta que se celebró el día de la jura de Carlos IV en el Botánico y en que fueron sorteados para figurar en ella 200 niños y niñas, que asistieron a la fiesta con un hacha de cera encendida, y a todos los que se les obsequió con una rica cena en los invernáculos del jardín.

Hay un medio edificio con dos alas largas, cubiertas de cristales, que figura en el Botánico como su palacete.

Se llama de cátedras de Botánica; pero allí nunca se da clase de Botánica; se distraían tanto los alumnos con el cielo azul y el buen tiempo, que no dió resultado ninguno. Nunca ha sabido qué hacer el Botánico con ese pabellón de tan noble apostura, y por darle algún objeto,

estuvo encerrado en él el esqueleto de una gran ballena, enorme esqueleto que llamaba la atención de los niños, heridos en su sensibilidad por lo monumento de piedra que resulta el hueso, por esa perennidad triste que hay en las osamentas. Un detalle que evoca aquel esqueleto, más que nada, es el de un intenso olor a aceite de pescado, quizá el aceite con el que le habían untado para que no se descompusiesen las largas y numerosas vértebras; metido en ese recinto tibio siempre de las galerías de cristal. los días de sol olía terriblemente a aceite salado y rancio. En nuestra imaginación se asomaba la interminable ballena, y nos asustaba con su impotencia para moverse, con su tragedia de estar en un sitio sin agua, cuando por lo menos necesitaba un vaso de agua en que cupiese un estanque.



Cátedras de Botánica del Museo.

Después, ese pabellón ha estado vacío, y, por fin, se ha dedicado a la conservación de las plantas más finas, esas que necesitan un palacio de cristal para no languidecer. Allí están las plantas más aristocráticas: la Cella, la Princesa, la Cristina, la Rusalka, la María Antonieta, etc. Es demasiado, sin embargo, para esas plantas el pabellón. Aquello necesita muebles preciosos, cuadros y una familia real auténtica, que, yéndose en el verano, dejase visitar al público sus riquezas. La cosa es que ese pabellón tuviese al fin la consagración que necesita.

Siempre que veo al final de las frondas del Botánico el elegante palacete, pienso en lo que quisiera ser. Tiene empaque de ser una cosa que no ha sido ni será nunca. ¿Quizá sitio en que conservar las más bellas muertas incorruptas? (Tipo sí tiene de optimista pabellón de cementerio; pero tampoco es eso.) Quizá ese debía ser el palacete del hada, el hada del Botánico, el hada de las flores, y quizá por la ausencia de esa hada, que no es fácil improvisar ni hallar, bostezo de ese modo, sin su objeto ni su razón de existir, ese pabellón de trazo elegante y con una dignidad extraña.

El Botánico está lleno de hojas, de más secas hojas que ningún jardín, como si se hubiesen deshojado en él los voluminosos libros de Botánica.

¿Qué luz es esa en que se destacan los carteles de los árboles? Sobre todo, cuando no se entra en el Botánico, cuando se pasa de largo, es cuando más llamativa resulta esa calidad de esos carteles de los árboles, que se parecen a esos que llevan colgados del pecho los ciegos con toda su variedad de leyendas: "Pobre ciego con la gota serena", "Pobre ciego del Cáucaso", etc., etc.

("Figaro" fué el hombre extemporáneo. ¿Pero, aquí, quién no es extemporáneo? Aunque ya parece que se acabó esa extemporaneidad, hace el destino corcovetas tales, tiene paradas tan bruscas nuestra carrera, recibimos anónimos de tan mala intención, oímos sentencias tan duras y cerradas sobre todo, que sigue habiendo el suplicio, la angustia, la congoja de lo que es extemporáneo, debiendo ser considerado eso que parece lo extemporáneo como lo prudente, lo oportuno, lo supremo.)

El Parasol de la China no se encuentra muchas veces, sobre todo cuando se le busca para enseñárselo a un amigo. Parece que desaparece, que hoy no ha abierto su parasol el Botánico.

Vamos siempre viendo y repasando de nuevo los árboles:

El árbol del cielo, ese árbol en el que hacen sus nidos los ángeles que durante el invierno huyen al cielo, como las golondrinas al Egipto.

Los grandes abetos, olmos comunes, castaños de Indias.

El... (Algunas enredaderas oscurantistas tapan el letrero de algún árbol.)

El laurel, común que es para los mediocres, y el venenoso laurel rosa para los genios crueles.

¿Y los abedules? Antes había paseos de abedules en las novelas y en la vida. Hoy sólo queda aquí un abedul.

El fresno de Castilla es ese que nunca se rompe en manos del arriero. Sirve para hacer varas, pero no bastones.

¿Y el nogal del Cáucaso? ¿Es del Cáucaso? Parece que, como si hubiera cumplido ya su condena, le han enviado a un país meridional. ¿Qué gran recomendación le ha de-



El teatro Felipe que estaba en el Prado en 1865.

bido valer esta buena suerte! ¿O es que estos árboles pertenecen a la carrera diplomática de los árboles?

En el Botánico se oyen cosas curiosas y raras. En el Botánico yo he oído decir a una madre a su hijo pequeño: "Anda..., Héctor... Anda... Vamos, Hectorín."

Parece que para cuidar cada árbol de estos tienen que traer tierra de distintos países, y así como la tierra del cementerio de Pisa fué llevada de Jerusalén, en el Botánico hay tierra del Asia y de la Oceanía, que ya es lo último.

Debían recomendar los doctores el Botánico a sus enfermos, escogiendo bien la sombra de cada árbol para cada enfermo. Mi doctor Inverosímil sabría sacar ventaja de eso, y, sobre todo, elegiría para aquel que tuviese dolor de muelas, el árbol llamado "Raigón". Eso ni que decir tiene.

La viuda, esa viuda española encerrada en el manto sucio, pequeñita y con pies y calzado de viuda, que no se casará ya otra vez, va al Botánico con sus cinco hijos vestidos de negro.

El viejo, que ha vuelto a deletrear, lee con disimulo a dos viejas que cosen.

El Botánico está unido al recuerdo de ese edificio de la calle de la Farmacia, que también mandó construir el gran rey Carolus III, que fué todo un maestro

de obras, edificio en el que se estudia para farmacéutico. Pocos edificios dedicados a la enseñanza frente a los que se note más lo que ha de salir de ellos. De ese no pueden salir más que farmacéuticos, nuevos botánicos, como los antiguos, aunque más desmemoriados, porque los anuncios y los periódicos han destruído la memoria de este siglo... El día que estudien los farmacéuticos en otro edificio nuevo, claro, lleno de puertas y de compartimentos de cristales, saldrán verdaderos falsificadores, que sabrán preparar admirablemente preciosos envases para las medicinas en frascos como búcaros y en cajitas como de bombones... Por el contrario, de esa casona vieja, color de palo de regaliz, con grandes balcones, con sendas persianas de madera, y al fondo, un jardín de floricultor, salen aún los botánicos, que por dentro son los mismos de chupa y chaleco con florecillas, aunque por fuera tengan tipo de seminaristas, de piernas cortas y torcidas, que no dejan el sombrero hongo quizás porque el hongo corresponde a la Botánica y al botánico.



El edificio de la Bolsa frente al Prado.

Un gabán deslustrado no está mal en el Botánico, hay árboles que se combinan con él en una relación de mimetismo.

(Se piensa bien y sòsegadamente en "Figaro" en el Botánico. También pasa por él; su suicidio se ve muy bien en el ambiente del Botánico, como en el cementerio que remata el camino de la meditación del Prado.

En aquel ambiente de aquel tiempo, ¿qué le esperaba? El suicidio representa valor y una verdadera idea de la vida y de su límite, porque nadie ve que sólo se adelanta a los acontecimientos el que se mata y escoge la muerte sin supuraciones y larga agonía, escogiéndola en el momento más oportuno. La cobardía social, que produce las ideas generales, se opone a los suicidios y los critica.

Un desequilibrio, que se produce cuando se nace con variedad en el corazón, entre esa variedad insaciable y la monotonía de la vida, trae consigo la necesidad de acabar con la variedad, que está sólo en uno y que exige lo que no está fuera. El suicidio, además, se venga de la muerte, la hiere, la mata y nos venga a nosotros. Es el anarquista de acción, que sabe atentar contra la muerte que reservaba contra nosotros su arbitrariedad, su capricho, su abyección.

¡Aquellos hombres tenfan más fatalidad que nosotros! La fatalidad ya está casi atrofiada en nosotros.

Aunque se mató por ella, no acabó de matarse por ella. Ella fué el desengaño de lo más engañoso. Su última disculpa convencional de vivir se había roto. Si hubiese habido una verdad grande y fuerte, la vida no se hubiese matado. El se había inventado un solo motivo superfluo, y ese fracasó. Como era de los hombres que juraban, juró que si ella se iba, se mataba, y al verla irse se le disparó el juramento.)

El Botánico es el paseo sencillo del domingo para los que, temiendo el aburrimiento indiscreto de todos los demás jardines de la ciudad, buscan el sitio en que es más discreto, pues si en los demás sitios está el infierno del domingo, aquí está el limbo.

El novio que no es frívolo, el que se va a casar, pasea por el Botánico.

En el Botánico hay una campanilla y una campanita; la campanilla comunica con la casa del guarda y tiene el tirador en la puerta que da a la plaza de Murillo; es la campanilla que pueden tocar todos los fantasmas y los vagabundos de la noche, la campanita está más en el interior y suena sólo para que dejen el trabajo todos los jardineros y anunciar que el jardín se cierra. A ningún niño se le ocurriría nunca tirar de su cadena, temiendo que acuda toda la base misteriosa del jardín al son de la campanita, todos los espíritus-exóticos de los árboles, con Dafné a la cabeza. Además no tocan esas campanas, temerosos de que les encierran en el jardín.

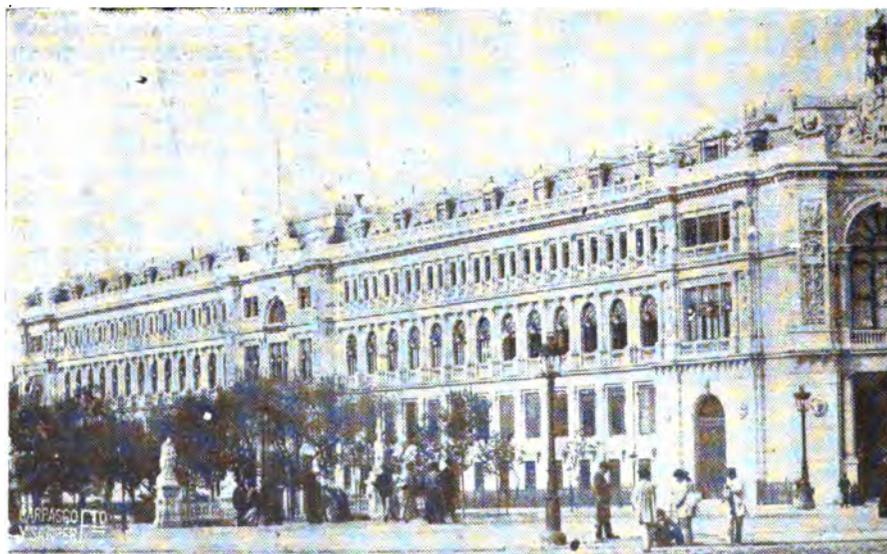
En los invernaderos está lo que nos queda de las colonias, de Cuba, de Filipinas, de América: un par de macetas que recuerdan aquellas posesiones y algo como un poco del aire tibio de aquellos países concentrado en las "serre" de cristales.

En los invernaderos vamos como viejas a ver crecer nuestras macetas.

En el otoño del Botánico las hojas de los castaños de indias caen, poniendo muy bien la mano al caer. Los tiestos muertos y vacíos del invierno, unos encima de otros, son como gorros de clowns en hilera. Huele a huesos de fruta abiertos, a castañas de indias rotas, a bayas partidas, a almendras amargas. La magnolia echa en el otoño una piña falsa, la piña que remata los tirsos, la piña torneada, pero sin fondo ni metamorfosis posible.

Al atardecer hay olores de atardeceres fantásticos y lejanos.

Hay en el Botánico diferentes caminos, todos de diferente país y hasta con diferente clima.



Vista del Banco de España y de la cabecera del Prado sobre cuyas repisas se ven unas estatuas que han desaparecido.

Las mujeres, en cierto día de su mes, no pueden tocar a las plantas, por que las secan. Yo veo en ese día una mujer fulva, espléndida, terrible, que ese día quiere contagiar todas las plantas, y aunque la contiene su novio, para evitar que se asuele el Botánico, toca un árbol enorme, hasta un ciprés "piramidalis", que es el árbol que más se defiende de todas las asechanzas, y ese árbol languidece poco a poco y, al fin, muere.

("Figaro" se planteó la vida sin engaño. No tenía su cabeza llena de obcecaciones, ni entrapajada por la fe. "Figaro" sentía el día como algo inexplicable y largo, con el que no se acaba de saber lo que hacer. Su inspiración era por eso sincera y breve, y por eso le acogen como lo más respirable todos los adolescentes de corazón evidente.)

Se ven por los sótanos que tiene abajo la Biblioteca del Botánico—todos los libros, ilustrados con pistilos, hojas y flores orladas de letras, como una trigonometría—; se ven unos grandes caracoles marinos, detalle que no se puede olvidar al recordar el Botánico.

En una habitación oscura, en donde pone "Herbolarios", hay una puerta con gatera para que los gatos puedan perseguir a las grandes ratas del Indostán y de la Cochinchina que aquí crecen.

Salgamos del Botánico... Ya estamos otra vez en medio del Prado...

Durante tres o cuatro años estuvimos viendo—hacia el 1918—al pasar por el Prado, sobre la imposta de un extraño edificio de gesto olímpico, este cartel de

"Se venden estas columnas."

¡Si hubiéramos podido comprarlas! Pero nuestra calderilla no alcanzaba, y teníamos que dejar con vergüenza que algo tan esencial de Madrid y con tanto carácter se vendiese tan a pública subasta.

Habían quedado las columnas solas y apuntaladas. Resultaba como un pequeño templo en venta, uno de esos modestos y apócrifos Partenones que tiene toda ciudad, ya que no puede tener los verdaderos.

A medida que pasaba el tiempo parecía que esa "liquidación" no era aprovechada por nadie, y allí iba a quedarse el columnario, aunque afeado por el gran cartel de SALDO. Resultaba demasiado grande la mercancía para que la pudiese aceptar alguien. Era como si colocasen el cartel de "Se vende el terráqueo". ¡Quién iba a cargar con él! Se aman las cosas que después de compradas se pueden llevar a casa inmediatamente.

Aunque ese bello pórtico había sido "matado" como un sello, por el letrado de "Delegación de Hacienda" con que había sido sellada su frente durante bastantes años, le salía a la cara su gracia clásica y dignísima, pudiéndose admirar siempre el orden dórico de sus columnas.

Un día, después de muchas miradas interrogativas de reojo, vimos que había desaparecido el enorme cartel de su subasta. Desde ese día fueron desmontándose muy poco a poco. A veces languidecía la obra, y parecía como si se hubiesen arre-



Vista de la Fuente Alcachofa que estaba al final del Prado, destacándose en el fondo el Observatorio Astronómico.

pentido los compradores. El peristilo, ya sin cartel, tenía días de una belleza como olvidada de la muerte.

La piqueta hubo un momento en que tomó más prisa y más embate y vació el fondo del atrio, viéndose la luz del revés por entre el intercolumnio ausente de edificio ya. ¡Luz de ocaso, largo y perpetuo! Desaparecía la Platería de Martínez, el templo del artífice del Prado.

Esa Real Platería fué construída en el 1792, bajo la protección de Carlos III, y dirigida por el arquitecto don Carlos Bargas. Había, decorando el ático, un grupo escultórico que representaba a Minerva premiando a las Nobles Artes, y sobre el cielo se destacaban una serie de jarrones etruscos. Dentro, después de pasar por un vestíbulo pintado al estilo gótico y con dos hornacinas que contenían dos hermosas figuras, se pasaba a un templete octógono, en cuyo centro se elevaba un gran escaparate vestido interiormente de espejos, que reproducían con mucha brillantez las preciosas alhajas de la platería. A los lados del edificio, y en dos cubos alargados, había, y han durado hasta última hora, dos garitas para que una guardia vigilase el envidiable depósito del tesoro, y hasta en el edificio de enfrente había otra garita para estrechar más la vigilancia (Esas garitas eran parientes de las que hay a

ambos lados de la gran puerta del Botánico, nidos vacíos de unos guardias que desaparecieron.)

Trabajaban en la platería doscientos operarios, que hacían toda clase de objetos de metalurgia con esa gracia un poco tosca, pero lejos siempre de los alfeñicados adornos de los otros países, que ha caracterizado a España. Aún se ven en el barrio de Platerías, alrededor de la Plaza Mayor, repujados lejanos a los objetos de Miel y Compañía, que agradan más al burgués, porque él



La Platería de Martínez, que estaba en el Prado.

quiere que pese la plata de su casa—bandejas y cubiertos que no usa—, y el arte alligera la materia.

Por una pragmática de Carlos III se ordenó que fuese escuela de los jóvenes que tuviesen vocación por el arte de orfebre, y así continúa la Real Platería en tiempos de Carlos IV, hasta que en 1798 muere su fundador, Martínez, aquel que trajo del extranjero los procedimientos modernos del esmalte, del plaqué y de la máquina de cubiertos. Su hija, doña Josefa, le sucedió. Los tornos de Guillosé, los volantes e infinidad de máquinas y herramientas no dejaron de producir objetos admirables, hasta que llegó del extranjero el "Melchior" o plata alemana—alemana!—Ese metal blanco o "Melchior" acabó brutalmente con el blando y enamorado arte de la orfebrería.

Allí, y entrando por entre la sexta y la séptima columna de su intercolumnario, ha estado también el Diorama, con sus variadas vistas y figurillas, espectáculo para los niños y los papás de los niños que, quitándose el sombrero de copa, asomaban un ojo por el objetivo, ilusionados con el mundo desde ese recodo del Prado, tan impresionado para eso.

¡Platería de Martínez! De ella—que también estaba rodeada de un bello jardín, que desapareció hace tiempo—sólo ha quedado el nombre de la plazuela que se forma allí como estuario de la confluencia de las calles de Moratín y de las Huertas, estuario que participa de las menguantes y las crecientes del Mar Eúseo del Prado. "Fígaro", que es el espíritu que reina en el Prado, se siente más perdido aún en la vida al no encontrar la Platería de Martínez, donde él leyó unos versos, mientras en la misma velada daban un concierto las bellas de Mantua.

El Prado, sin esas columnatas, sin ese pórtico, se ha quedado desconcertado. El Prado se está quedando paraísico de un lado—del derecho—, como les ha pasado a muchos grandes artistas.

Es tan intensa la ilusión de elegancia, el deseo de rehacerse que hay en el Prado, que se nota mucho eso al pasar por él. Su nostalgia del pasado es fortísima. Todos sus "dandys", lechuguinos, "tónicos", quieren resucitar en el Prado, y él los echa de menos. La estampa desaparecida quiere reaparecer. En cada árbol se apoya una silueta, y en los bancos se sientan algunas damas que en la sombra de la noche aun parecen bien. Esa desgraciada, esa vieja alma en pena del perro gris con un gran lazo de raso, se sienta en los bancos del Prado. Su sombrerete resulta un sombrero extraviado de a que l tiempo.

Las cuatro fuentes de la plazoleta, a la que dan el nombre, son cada vez más el único abrevadero céntrico de los caballos de Madrid. En los días de Agosto hay caballo sediento que las agota.

Destruye la gracia de las fuentes el que metan en ellas los hocicos los caballos, esos hocicos que al meterse blandamente en el agua se vuelven más de hipopótamos y toman el gesto guluzmeador y flotante de los hipopótamos.

Los caballos, bebiendo, parece que pastan en el agua, y parece que hay en ellos la pretensión de nivelarse con el agua, y que la ingurgitarán hasta que, como en los botijos, les salga por el pitorro, por las narices.

Todo el coche parece que se refresca y que toma parte como un barco en ese atracción que se da el caballo. Los cocheros parece que ofrecen a los caballos, si se portan bien, llevarles a refrescar al Prado, y los caballos trotan y trotan, y llegan hasta a tiempo a la estación, gracias a la ilusión de pararse después en la plaza de las cuatro fuentes y beber agua "de la gorda", que es la que prefieren, pues de densa que es se masca. De tanto beber, sacan los caballos bigotes de foca.

Y para completar la idea del Prado ya se puede hablar del nuevo edificio de Correos, que ha cambiado un poco la fisonomía del Prado y las gentes de su abono.

Lo hemos visto crecer, lo hemos visto de primera piedra, o sea como quien dice de niño.

Primero, cuando ya se destacaron sus formas, nos dejamos llevar un poco de



Este cuadro de Espalter representa a la familia del gran platero don Pablo Martínez, en cuyo hogar se consagraban las horas a la música asistiendo a alguno de esos conciertos el mismo Rey.

la opinión ajena. Todos se metían con él como pasa con todas las arquitecturas siempre. Pero aún a tiempo fuimos los primeros que dijimos a los amigos "no tanto".

Con este edificio llegaban a Madrid oficialmente las arquitecturas inauditas, ni para Dios ni para la aristocracia pura de antes, sino un poco para el comunismo y señalando la cúspide de la democracia. Es esta arquitectura de tipo híbrido y razonable al mismo tiempo, la cosa moderna y estafalaria, que, sin embargo, caracteriza a Madrid, y más que nada le caracterizará en el porvenir.

Con los edificios modernos nos indignamos. Mal hecho. Eso es ser tan ultramontanos como los hombres oscuros que abominamos. Hay que ver a esos edificios en la hora en que se abren, como los girasoles, la hora en que están más en pompa, frente a un cielo maravilloso, la hora en que cogen la hora de Madrid.

¿Un edificio de correos puede ser otra cosa que eso? No se puede convertir un edificio de correos en edificio religioso ni académico, además de que hoy es inmoral convertir nada en religión.

Poco a poco todos fueron convenciéndose. Había noches de luna en que la luna, que le cae precisamente encima, acentuando el edificio de un modo extraño, nos hacía ver que iba a ser muy madrileño en el porvenir.

Llegó la hora en que le salieron los cristales, que son ya como la dentición del edificio. Vimos el "Vic"—debió ser "virgo virginum"—que escribe la tiza en los cristales nuevos, y esperamos a que lo borrasen. Todo tardaba mucho.

En los paseos constantes por el Prado íbamos viéndolo todo: esas columnas que tienen dos tirabuzones a los lados; esos alfiles que ahora rematan los edificios, como si la Divina Providencia jugase una partida de ajedrez sobre los tejados; los nombres y los números, escritos con un profundo negro en las piedras nuevas, como si el edificio hubiera sido montado en otra parte antes de aquí; esa pequeña escalerita, que da a una puerta que parece de una cervecería, y de pronto un día los mástil-



Plaza de las Cuatro Fuentes.

les de la telegrafía sin hilos, que convirtieron en un gran barco, en un gran trasatlántico, al edificio.

Muchas veces pensamos antes de que se inaugurase: ¿cómo serán los buzones? ¿Por qué no se le ocurrirá a alguien pintar una serie de sellos extranjeros y raros en sus porches? (Hubieran pintado una decoración bíblica antes que pintar eso. Parece que se tiende a ocultar que el edificio de correos es de correos.) El día de la inauguración, ¿se podrán echar las cartas gratis? ¿Llegarán más pronto las cartas, o se retrasarán en ese cómodo edificio las que van a provincias, mientras, entusiasmadas con la idea de llegar a este edificio, vendrán más pronto las de provincias? ¿Podrán ser admitidas para nuevos pueblos y hasta nuevas naciones? ¿Por qué no han sacado partido, como motivo decorativo de la fachada, de los sellos de lacre? ¿Grandes sellos de lacre posibles!...

Madrid, mientras tanto, se iba quejando con ese edificio dándole su parecido de padre a hijo.

Hasta que, por fin, un día se inauguró, y entramos a verlo. Fué al atardecer, y se nos hizo de noche dentro. Su interior tenía aspectos contrastantes; de pronto se notaba que tenía algo de Teatro de la Música o de Music-hall sin música y sin espectáculo, pero con un aire de espectáculo con el escenario desvanecido, y de pronto también la sensación de barco se acentuaba después en sus adentros y donde hay dos puentes como entre el barco y el desembarcadero.

Subimos a la terraza como esperando que desde ella se viera el mundo y los caminos postales universales. Desde tan gran altura se veía la patina oscura que tiene el Prado, la humedad y la abismada condición de paraje del otro mundo que tiene el Prado; se veía el Retiro y sobre las cimeras de los árboles y como sin su alto pedestal, Alfonso XII montado en su caballo sobre una colina natural a ras de nosotros; se veía el ocaso de Madrid, que nadie contempla, como si todos estuviésemos de espaldas a él, y que tiene aberturas y rasgaduras enormes, como escotillas por las que podríamos escaparnos de este mundo, aberturas de la mina hacia la luz dorada; se veían terrazas frías, terrazas de barrio elegante llenas de ropa tendida; se veía ese mundo cerrado con su coronilla de cinz; se veían los tiburones que hay en el fondo

del agua de la Cibeles; se veía la cuesta inverosímil de la Castellana, y, según frase de Romero Calvet; se veía "el sitio en que descabellar las casas". (Ya había en esa altura las inscripciones de que Fulanito estuvo y se veía que lo que acabará de inaugurar el edificio será que el primer suicida se tire desde esa terraza.)

Una vez abajo vimos que en esos bancos que hay en el "hall" de gran Alhambra que se disfruta vendrán a sentarse y calentarse durante toda la eternidad esos que están sueltos y perdidos siempre, y entre otros, ese hombre alto de sombrero color café. Se veían muchas mujeres, unas mujeres que no se habían destacado ni decidido antes, pero que ahora inaugurarán una nueva clase de aventuras más europeas.

Los empleados de Correos, con un gorrito de cuarto de banderas, resultaban más viejos y más visibles

Se veían dos almanagues. Por fin se iba a saber la fecha oficialmente, pues quizá por no tener almanagues nos hemos saltado unánimemente muchas fechas todos.

Se veía que la adúltera entrará ahora en la catedral del adulterio. Se veía que ya todos irán más elegantes a certificar, aunque se pueda presentir que el Estado acabará arruinándose por el gasto de carbón y luz que se ha metido a hacer.

Y saliendo del interior se veía que las cartas se tenían que perder más que nunca en medio de tanto maremagnum y tantos laberintos; se veía que los coches que esperan en los patios las grandes sacas parecen estar en el patio de la estación, una estación como las de Suiza y ante los excesivos buzones con títulos fantásticos y desorientantes como el que tenía escrito: "Tajo", y que parecía recibir cartas para el fondo del río; se veía al remitente que levantaba el "ojo" del buzón y gritaba a los de dentro si era por allí por donde debía echar su carta.

Ya han pasado muchos días desde la inauguración. Ya está adosado al Prado, y en el pórtico que da a él han colocado las farolas más dignas del Prado que se podrían imaginar.

Sólo falta el reloj. Tiene marcado su sitio y dará una gran vida al edificio, sucediendo el día que esté colocado que entrará en una terrible competencia con el del Banco, echándose a reñir como en una riña de gallos.

También faltan las redes telegráficas, que hay aún en la calle de Postas, como una coincidencia de meridianos sobre el polo, como centro de la tela de araña nacional. Parece que los hilos telefónicos que van a pasar sobre la Central de la Puerta del Sol, en ese bello palomar de palomas atadas, también coronará el edificio. No han hecho ya el traslado, porque les da miedo remover tantos miles de hilos; porque temen que se enreden para siempre; que no haya desenredador que los desenrede.

Acompaña al Prado, le esclarece un poco; atrae forasteros hacia él; en el café de la Montaña ya entra más gente, que escribe una carta y se va; pasan chicos con paquetes y doncellas apresuradas con una cartita de comedia en la mano, pero no ha "inundado" al Prado como se podía temer, aunque lo ha elevado como remate, como si se hubiese erigido con él una especie de Basílica de piedra que le da realce y fija más su importancia.

("Figaro" es de este edificio cívico y tremendo de lo único que se puede sorprender; pero es indudable que él acepta la novedad. "Figaro", que se solía parar ante los edificios para escribir sus artículos, ante este edificio en el sugerido Prado, se le habría ocurrido algo así como "El nuevo edificio de Correos o todo va a ser correspondencia comercial" o "Nuestra Señora de las Comunicaciones o la catedral oscura".)

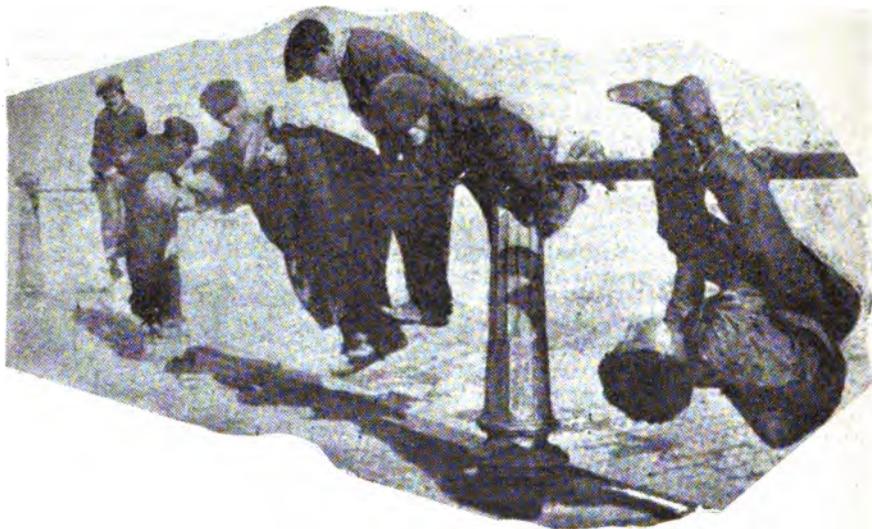
("Figaro" representa ese tipo que no necesita ser héroe ni llevar una pesada herencia de gloria, ni ser sabio como una biblioteca para ser amable, digno de vivir, de haber vivido y de pasar a la posteridad, porque entre millones de millones de seres fué él uno de los primeros en sincerar discretamente su naturaleza humana y hallar la manera de Hermanarla con la vida.)



Visión del paisaje desde el final del Prado junto a la Puerta de Atocha, orientándose el espectador hacia la izquierda, apoyándose en su dintel. (La capilla de San Blas y Nuestra Señora de Atocha se ven al fondo).

Cada vez resulta más definitivo el palacio de Correos, catedral de ábside y agujas quebradas. Ya todo el mundo sabe su camino, y ha aprendido el público a mover las puertas giratorias.

El soportal de los buzones tiene ya sus faroles solemnes, magníficos, con algo fúnebre en su hechura, pero con una dignidad en su forma y en sus aplicaciones de un metal "de ocaso", rojizo y mate, que va muy bien al Prado. Los han puesto un poco tarde; pero se ve que merecen la tardanza, ya que se mecerán una eternidad colgados de sus cadenas.



Los gimnastas del Prado haciendo ejercicio sobre el pretil que corre a todo lo largo del lado izquierdo del Salón.

En ese soportal ya ha habido numerosas citas, y ya tiene sus abonados, los que saben defenderse de la precipitación de todo el mundo y permanecer quietos, vigilantes, gozando del ir y venir de los demás. ¡Hombres serenos y superiores! Los días de lluvia han salvado a mucha gente, que ha aprovechado el rato para echar la carta de aburrimiento por los buzones correspondientes...

En aquella precipitación de echar la carta en la calle de Carretas no había esta tranquilidad con que, gracias al soportal, se puede mirar si la dirección está bien escrita, o si el sello es de esos sellos granujas que se escapan, que se evaden.

Los pasos han desgastado ya un poco las escaleras y los pisos. La tinta ha caído ya sobre los pupitres, y en los bancos, la gente sentada ha pulimentado las esquinas, y hasta los ha hecho cómodos y mullidos de tanto esperar, moviéndose en ellos.

Hasta la ventanilla por donde se echan las cartas para el otro mundo la saben los que han necesitado apelar a esa comunicación.

Los numerosos pedazos de papel que deja tras de sí el correo que se abre con impaciencia, las fajas de periódicos y otros desgarramientos del papel de la correspondencia llenan los suelos y dan un tono de vida veterana al conjunto. La gran merienda de la correspondencia—se podría decir—deja llena de papeles sucios la gran catedral, como las otras merendolas en ciertos parajes de los campos los dejan llenos de papeles grasientos.

La correspondencia del Mediodía llega ahora antes que la del Norte, cuando antaño pasaba lo contrario. La nueva mudanza hace que los coches del Norte lleguen rendidos y tardíos.

De Gran Casino toma también aspecto ese edificio muchos ratos, Gran Casino en que se juega a las cartas.

Ahora se ve con gran claridad al que va a echar una carta al Correo, sobre todo a los que van muy de prisa o a los que llevan grandes carteras. La cosa de depósito que tiene el Correo también se nota, y por la parte del Prado se ven

muchos chicos cargados con paquetes más voluminosos que pesados, y se ven también muchos ciclistas con correspondencia.

En esa catedral con muchos párrocos, ¿se dan cuenta ellos, como confesores; de cuál es la carta del dolor y la de la alegría, la carta que debe ir antes que ninguna y la carta tonta que no debe salir nunca? ¿Se dan cuenta de cuándo acaba súbitamente una correspondencia que sostenían hacía años ella y él?

¿Qué de cartas incongruentes y estúpidas deben entrar por los buzones! Si se abriesen todas—hoy, por ejemplo—en un concurso amplio y sorprendente, no se encontraría quizás ninguna interesante. Habría que declarar desierto el premio de la pluma estilográfica de oro.

En vista de que se llevan las cartas a un edificio tan suntuoso y nuevo, todos tienen el deber de escribir cartas mejores, más profundas y elocuentes, expurgadas de los lugares comunes de las cartas.

Los valores declarados están ahora mejor guardados que nunca por todo el edificio de piedra y de ventanas chicas, que es la cárcel dorada del empleado.

Los matasellos han matado ya, por decirlo así, la inmaculación de sus fachadas, de las paredes, de todos los rincones. Ya no hay ni un solo trecho en que el matasellos del uso no haya impreso su huella.

Desde ese gran Banco salen cartas para puntos del globo que antes estaban olvidados. Las más difíciles dudas se han resuelto gracias a la gran capacidad del edificio. Cartas que se encontraron en la mudanza, y al levantar armarios y muebles, han circulado, poniendo en circulación hasta ese resto de correspondencia que tenían casi medio siglo de retraso por la falta de condiciones del otro local. Hasta una carta de "Fígaro", traspapelada en las rendijas de aquel viejo edificio, ha buscado estos días su destinatario, fallecido, así como su misma calle: la calle del Carbón.

Aún no tiene colgaduras para las grandes solemnidades, ni tampoco elementos para una gran iluminación de regocijo. Tampoco tiene aún reloj—porque lo tiene en "observación" el relojero todos esos años que se toman los relojeros para observar—; pero en seguida estará completo.

Vamos viendo también cosas curiosas: que las esferas que le decoran en lo alto están vendadas, como si tuviesen dolor de muelas; que esas dos escaleritas suplementarias y exteriores que dan a dos puertecitas en la misma fachada parece que conducen a la cervecería alemana de Correos, etc., etc.

Sus ventanas son ventanas sin ojos. Apenas se asoman a ellas los empleados. Se ve que nadie se distrae allí dentro, porque la correspondencia del día todos los días es terrible. Sobre todo la que las madames Staël escriben copiosamente. Sólo algún recalcitante espíritu fraterno del mío no puede apartar la vista del Prado y ha recibido todos los apercebimientos y amonestaciones, aunque el panorama del Prado, que es como el de su eternidad, no le deja pensar en las cosas ruines. Le dejarán cesante; pero entonces se podrá sentar en los bancos del Prado, que son sólo para los que se sienten cesantes de los cargos oficiales del mundo.

De noche vela, vela en grande, con tanta luz como una estación, y parece que sólo admite esquelas de defunción.

Ya todo el edificio está hormigueado, y la hormiga humana no le dejará. Su destino puede hasta mejorar, y es probable que en lo futuro sea el ministerio de la Gobernación de los nuevos movimientos. Los nuevos Poderes quizás le usurpen el local en lo futuro. ¡El también usurpó el lugar de los jardines del Buen Retiro!

Cuando pienso en la roturación y desmoche del Buen Retiro no encuentro adjetivos para juzgar al causante de aquel crimen. En el otro mundo no le tendrán en cuenta sus pecados privados, por mortales y cochinos que sean; sólo le tendrán en cuenta esta expropiación.

Todo está lleno aún de la nostalgia de aquellos jardines del Buen Retiro, que no puede sustituir ningún campo nuevo de recreo.

Los jardines del Buen Retiro, nombre que se dió a la huerta llamada del Rey o de San Juan, tenían un aire clásico, discreto y solemne. Eran la Gioconda de los jardines, y eso, como se comprenderá, tiene que resultar inimitable.

Detrás de ellos quedaban los jardines de Apolo, con lo que se ve que el despojo fué aún mayor de lo que parece. Se necesitaba un jardín puro, de graciosas ondulaciones, de elegante bosquejo en sitio céntrico de la población y al lado de sus Campos Elíseos: ese era el Buen Retiro.

En algún rincón del nuevo edificio, como voz de su alma, como ese recuerdo

que queda en las caracolas del mar que oyeron, se oirá un eco de aquellos espectáculos que ofreció el empresario Rossini en el Buen Retiro, con piezas a la francesa, en las que, como dice, hablando de eso, un cronista de la época, "el vestido, o, mejor dicho, el desnudo lo es todo", y se oirá toda la música que se hizo en ellos y un especial murmullo de conversaciones. El que quede dormido sobre los pupitres del trabajo, o esos que velan toda la noche en el edificio, y que deben descabezar sendos sueños, tienen que entrever en sus sueños aquellas reuniones de la buena sociedad madrileña—que siempre es buena mientras no se demuestre lo



Un aguaducho del Prado.

contrario—, y tienen que sentir las miradas lánguidas de aquellas mujeres descotadas, en las que aún no resultaba falsa ni floja cierta inclinación de cabeza en señal de candidez... ¡Qué mujeres de treinta años con un tirabuzón sobre el desnudo cuello deben ver en sus sueños!

¿Será por eso por lo que tiene algo de templete de la música la nave central del edificio? Un espectáculo está pidiendo realmente todo el interior de la gran basílica, y cuando al anochecer se la ve iluminada y con coches a la puerta, se sospecha que el gran concierto tiene lugar en su salón de la música, donde todos han pagado un sello de peseta para poder entrar...

Aunque no circule ya por el Prado aquel coche de cabritas que amenizaba el Salón del Prado en 1858, circula por él el cochecito de las campanillas, tirado por el más eterno párvulo entre los burros.

El cochecito de los niños es repintado y barnizado todos los años por este tiempo, y es escrito en él de nuevo, con caracteres amarillos, eso de "Recreo de la infancia". El trayecto de ese cochecito resulta interminable, y todo por cinco céntimos. ¿No lo habrán subido?...

Es una alegre tartana que conduce al pueblecito de los niños, al pueblecito en que los niños mandan y el alcalde es un niño, y el cura otro niño, y el general otro niño.

"¡Todos saldrán a recibirles cuando lleguen! ¡Habrá música en la estación!"

Los niños se aturden en el trayecto, tocando las campanillas. Son como monaguillos o como xilofonistas de la campanilla, como esos concertistas de circo que salen a dar un concierto con los gallineros de campanillas y las ringleras de cascabeles, como sartas de ajos y de cebollas de metal.

Cada campanilla tiene un cordón de calzoncillos, y muchas veces se pierde entre los demás el cordón de la buena, de la que ha sonado a campanilla de plata. Generalmente, todas las campanillas son de oveja o de ternera en esa gran colección.

Alguna campanilla recuerda la que suena cuando abren la puerta del jardín de hotelitos de las afueras, y otra la agria campanilla de los colegios, y otra la que anuncia la función en los teatros de polichinelas, y otra la que suena en la luz de la mañana, cuando pasan los carros de la basura, y otra evoca la idea más tempranera de las burras de leche, y otra la del pobre ciego, que llama la atención con su campanilla, y otra la del sacamuelas, parlanchina, inacabable, enloquecida, de badajo suelto y taravillesco.

Los niños conocen todas las campanillas, y les interesan o las sueltan en seguida. Sólo los muy pequeñitos se enzarzan con una, como un sonajero, y tiran y tiran hasta que la arrancan.

La música que forman entre todos tiene cierta armonía, y compone, por lo menos, ese esquilero que se siente en el campo durante la noche, en su silencio más penetrante, cuando todo se pone cárdeno de silencioso que se queda, cuando pasa el coche de los niños por ese silencio.

Tocan a Sábado de Gloria todos los días esas campanillas de los coches de niños. Pesar sobre la cabeza, como campanulas invertidas de una enredadera extraña. Hay un momento—sólo un momento—en que todas suenan como si todos los niños llamasen desesperadamente a alguien; pero en seguida se suelta el hilo de una de ellas, que se queda tranquila, como los globos de los niños cuando ascienden al techo de la casa, o como una golondrina de las atadas por la pata cuando se suelta y se queda posada sobre un armario; pero en sus vuelos de libertad lleva ya colgando el hilo atado a la pata. Hay un niño ladrón de campanillas que se lleva alguna, aunque después le remuerde la misma campanilla, que sueña en su casa como la del presidente de la Audiencia el día del juicio oral y le repite algo así como: "Que diga el acusado cómo robó..."



Coche de cabritas que amenizaba el Salón del Prado en 1853.

El niño que va sobre el borrico en esos coches de niños es como el príncipe heredero, el privilegiado, el distinguido. Los estribos, casi siempre cuelgan para una medida mayor, y hay que subirlos mucho para que pueda meter en ellos sus pies el niño. Después es atado a la montura, montura estrecha como esa montura atrofiada que llevan las mulas a la espalda. El pobre niño que siente un serlo animal debajo teme que se vuelva el burro y le muerda, y va preocupado por los gestos de las orejas del burro, que a veces le parecen pitones, con los que el burro se dispone a embestir a alguien. Hay alguna ocasión en que vuelve la oreja hacia el niño para ver si le oye rechistar.

¡Vano paseo de los coches de los niños! El coche resulta muy pequeñín bajo la gran arboleda del Prado; pero eso agranda en los niños la sensación de bosque, o de gran cosa que tiene el Prado.

Al fin de la tarde se llevan a encerrar el cochecito, y no va nadie dentro de él. Todas las cuerdas de las campanillas, movidas por el viento, solitarias, colganderas, como flecos. ¡Lo que yo hubiera dado por que el coche ese me hubiera llevado a casa! Pero eso no lo ha hecho con nadie.

¡Ah! ¡Además es el coche cuya plataforma no va llena de guardias!

Los futuros artistas del circo dan vueltas alrededor de la barra bruñida de la balaustrada de grande y largo balcón, hecha con cañones cogidos al enemigo, del Prado. Los barristas, esa generación de barristas que se prepara para el circo, ensaya en esta barra, y los de la cuerda floja comienzan por andar por esta baranda, que es como los palotes con relación a la fina escritura de algún día.

Los bancos del Prado tienen doble fondo, como los sarcófagos; son bancos con tairiquerías de piedra, bancos como con trampa, en que han debido caer muchos de los que se han sentado en ellos.

En el Prado ha habido un telescopio, por el que se veía la verdadera luna con sus Guadarramas eternamente nevados y su luz de gas. Se daban diez céntimos, y los niños subíamos a los cielos, como pone en las esquelas de defunción.

Los faroles, como hombres de otra época, son esquineros terribles, cuya novia nunca baja a la calle, ni sale siquiera al balcón.

Lo que pase por delante del obelisco tendrá más perpetuidad que nada. El obelisco—como casi todos los obeliscos—se impresiona por todo, y como su símbolo



Los elegantes del Prado en 1835, por Gustavo Doré.

es tan genérico, perpetúa y representa esencialmente a todos los que han pasado, muertos o vivos, frente a él y le han rezado la oración del obelisco. ¡Grandes indulgencias!

El Prado está lleno de esos árboles anchos y copudos de Madrid, árboles para subirse a ellos y para ver la procesión o la fiesta comodísimos sobre su meseta, como la de un frutero.

Los bueyes son toros maduros, y tienen tipo de cordobeses.

Por los andenes del Prado pasean esos caballeros que, aunque cada vez están más pobres, siguen conservando su prestancia, su altivez y sus grandes bigotes en punta, como de Napoleones terceros. Son los mismos caballeros de antaño, a los que, según la descripción de una fiesta del siglo XVIII dada por la condesa-duquesa de San Lucas en los jardines que el conde de Monterrey tenía en el Prado: "Sirvieron una cantidad de platos a través de la verja, pues había muchos caballeros y señores que por la parte del Prado se los pedían." (Esos hidalgos hambrientos son los mismos también que en las recepciones del Ayuntamiento piden con voracidad bocadillos y ese Champagne de las recepciones oficiales, que es "sidra-Champagne o, a veces, sólo sidra natural.")

Ahora le falta al Prado un final rústico, la parte esa de atochar (espartizal), o de oliveral o de carrascal que tenía. (El Carrascal de Vallecas, a juzgar por to-

dos los datos que figuran en el fuero otorgado al Concejo por Alfonso VII, comenzaba en el Prado de Atocha.)

Pensando en "Figaro" recuerdo unas palabras de Ramiro de Maeztu, de las más acertadas que se han dicho sobre "Figaro". Sobre poco más o menos, dicen que "lo que puso una pistola en la mano de "Figaro" fué tanto la soledad como la pasión contrariada. Estaba solo. La índole de su inteligencia penetrante le aislaba. Ni "El Solitario", ni Mesonero Romanos, ni Espronceda, ni Gil y Zárate, ni Bretón de los Herreros, ni ninguno de los hombres de su tiempo podía ser su camarada. Tenía público, admiradores y Mecenas, pero no camaradas, que un día le allanasen la soberbia con pertinente crítica y al siguiente le despertasen el estímulo dándole motivos ideales de trabajo y de vida. "Figaro" podía sentirse por la mañana Dios y nadie por la noche, según los humores; pasaba de un extremo a otro, porque le faltaba el contrapeo de unos cuantos amigos capaces. Y un día se dijo: "Aquí yace la esperanza", y se mató. El dicho tuyo, "Figaro" querido era inexacto. No yacía la esperanza de tu generación: tú la mataste; eras tú. Y si tú simbolizas el vuelo libre de la mentalidad española, sigues siéndola."

Mirando al cielo del Prado, sobre los árboles, se está en el otro tiempo, en la misma tarde de antaño.

La mujer que se ha perdido, que se acaba de perder, se pasea por el Prado con la mortaja de su perdición envuelta en un papel de periódico.

Por el Prado se pasean los caballeros muertos de hambre, estos caballeros de Madrid que ha habido siempre, porque ya en esa larga descripción de las fiestas que dió la condesa-duquesa de Lucas en el jardín del conde de Monterrey—y cuya latosa descripción, con los estrenos de Quevedo y Lope, los regalos y lo demás dejó a los "abusadores" y "facilonas"—se dice que llevaron "gran cantidad de platos a los músicos y representantes y a muchos caballeros y señores que por la parte del Prado se los pedían". (¡Los mismos que en los "lunchs" del Ayuntamiento, del Ministerio de Estado y hasta de Palacio piden, y piden y guardan en sus sombreros de copa con trampa!) (Repito esto porque es conveniente.)

Tan caballeroso y tan distinguido es el hombre que pasea por el Prado, tan dueño de la ciudad es y tanto comparte su poder con los reyes, que Carlos IV, cuando celebraba alguno de sus magníficos festejos en el Buen Retiro, mandaba al Prado algunos guardias de Corps para que reclutasen espectadores entre los paseantes del Prado.

Cuando se ha llegado en el paseo por el Prado al final de él parece que se ha llegado, en pequeño, al final de la vida, que se ha ensayado un paseo todo a lo largo de la vida en un facsímil bastante aproximado.

Sólo ante el monasterio de los Jerónimos—falso Parral madrileño—me indigna un poco la imitación que engaña a todos.

El monasterio de los Jerónimos sólo conserva antiguo lo que en ruinas se conserva de su claustro y el dintel de su puerta principal; todo el resto es mentiroso y, sobre todo, esas dos torres que le caracterizan, como dos orejas puntiagudas. No es en nada verdadero ese monasterio, que se edificó en el Prado después de derruido por insalubre—les daba muchas tercianas y cólicos de Madrid a los monjes—el que junto al Puente Verde se construyó por encargo de Enrique IV (el Impotente) en honor de su valido Beltrán de la Cueva (papá de "la Beltraneja"), que tan lucido papel hizo en un paso de armas.

Siempre, antes de cerciorarme completamente, había desconfiado mi alma de ese monumento de yeso con sucia patina amarillenta.

Yá no pongo en él una mirada, pues me parece una mentira que engaña, que aun quiere engañar, al desengañado, que perturba el alma gótica de casi todos: niñas, señoras, señoritas, y jóvenes y señores góticos.

A los caballos les salen aquí aire de señoras trotonas.

Quizás en tiempos sonaron en el Prado, relojes más profundos que el del Banco. Las horas que descubre este reloj son las horas en que se gasta el dinero. Es como un "croupier" este reloj, porque es el reloj que dice: "No va más". Son horas de dinero, horas como doblones. ¡Si alguien supiera aprovecharlos! Pero es como la energía del mar: no es posible.

Se amansá el ruido en el Prado, porque se pone a jugar como un niño entre los niños.

Como si fuesen barómetros—no veletas—contra el viento—los velómetros, mejor dicho—, se venden en el Prado muchos molinillos de viento para los niños. El céfiro que pasa por el Prado ahora los mueve con lentitud, habiendo muchos ratos en que ni siquiera se mueven.

No solamente paseaba por el Prado un coche tirado por una cabrita—sino que según me ha dicho una niña de novecientos meses, con la trenza amarrada a su cabeza, en forma de moño pequeño—, paseaba por él también un coche que representaba un barco.

En la noche del Prado ahora hay, durante los veranos, cinematógrafo al aire libre, y parece que ese artificio es proveniente de la luna. Resulta lunar, "alinter-nada", hija de una especie de linterna sorda esa proyección desvanecida y espec-tral, hija de un claro de luna desvanecido.

Las sillas son cada vez más numerosas dentro del redil de ese cinematógrafo. Un numeroso público, como el que frecuentaba antaño el Salón, queriendo que se le viese bajo la más fúlgida luz, se congrega ahora en la sombra, deseando que no se le vea.

La proyección parece que se refleja sobre una telilla inconsistente, inmaterial, de papel de fumar. No pueden adquirir vigor ni relieve las figuras, y todas están operando en la terraza o en la escalinata, iluminada por la luna.

Aunque siempre se proyectó sobre la tela que se transparenta, aquí eso resulta más visible.

Hay un público que ve del revés la cinta, y si no lo nota ante el pasaje de las figuras, lo nota en los letreros. Cuando llega la hora de leer las explicaciones sale una cosa árabe escrita de derecha a izquierda. Es otra lengua la suya, es como la explicación de una cinta escrita por un galamatoso.

Hay ya familias enteras que son asiduas a estos cines durante los veranos, y que saben ya leer del revés, proclamándolo en público, y a mucha honra, que todos en la familia saben ver leer al revés. ¡Grandes y refinados castizos! ¡Leer de carrerilla al revés! ¡Cuando nosotros no podemos y nos quedamos en las primeras letras! Como, por ejemplo, "ENTONCES ELLA..."

Todo se nos traba viendo del revés la película, y parece que el corazón está al lado derecho, y que los protagonistas se aman zur-damente y que nos mira el ojo del lado iz-quierdo en el derecho, y el del derecho en el izquierdo. ¡Gran confusión!

Lo único malo de ese cinematógrafo, en que parece la proyección de una proyección de una especie de telescopio del revés e intermediario entre la luna y la tierra, es que en sus sillas habitan las pulgas más enormes de Madrid, grandes como grillos. (¿Cantan el gri-gri en el fondo de las camisas?)

El que se sienta en la preferencia de ese cinematógrafo vago, derretido, espectral, tiene derecho a tres o cuatro pulgas por lo menos, y los otros, tal vez a menos, tal vez a más.

Yo sería incapaz de distraerme de la visión del Prado por la del cinematógrafo, y me entretengo en ver ese paseo de arrayanes que ponen en lo alto del cielo lo alto de los árboles.



La puerta principal del Botánico en el Prado.

Mientras este libro se hacía, el sórdido café entrañable del Prado ha variado y tiene visillos de encaje inglés, y está recién pintado de amarillo, y la verbena de San Juan se ha ido más allá, al paseo de invierno, al paseo de Atocha.

Mi paseo por esta nueva verbena de San Juan ha sido triste y al mismo tiempo alegre, porque las eternas inquietudes hacen olvidar las reivindicaciones. He aquí mis pasos.

Esta nueva verbena de San Juan en una calle distinta a la suya, lejos del Prado, que era su paraje ideal, resulta una verbena desconocida, con luces distintas a las de antes, una luz del día soslayada y rara, y en la noche, con una luz de noche que no es la del Prado, sino otra más de la noche de los campos abiertos, con un cielo que llega hasta Sevilla, ese cielo amplio, en el que se acucia el observatorio astronómico, y en el que la luna se tima con el observatorio cercano, donde los viejos astrónomos son como viejos de proscenio que miran con unos enormes gemelos a la primera diva.

Ya no es esta verbena la de San Juan Bautista, ya es la verbena, no sé por qué, como de otro San Juan, como de San Juan Nepomuceno.

Achabacanada y agriada por la vecindad de ese doble ministerio, de ese doble monstruo, de Instrucción y de Fomento, se resarce de eso más lejos, adornada con la torre de la Basílica de Atocha, bello campanil que recuerda remotamente el de Fiorenza, y limitada por el panteón de grandes hombres, alegre, dichoso, supremo, y cuyas tertulias silenciosas se han sentido animadas por las músicas y los gritos de las verbenas. (También la adorna, y la va bien, el que da al Museo Antropológico—tan barraca de verbena—, y en cuyo frontis lee todo el mundo el "Nosce te ipsum" conveniente.)

Pudo salir peor que ha salido este ensayo de verbena nueva.

Ya no hay de aquellos farolillos japoneses que, con poco viento que hubiese, jugaban, saltaban sobre el alambre, se columpiaban y a veces, como el siniestro de uno de esos globos de papel de seda que se lanzan encendidos al cielo, ardía alguno. Y ya tampoco hay de aquellas cadenetitas de papel, como hechas por los niños. (Sólo la verbena del Carmen aparece enguirnaldada con ellas.)

Las hortensias son cada vez más hermosas, más faroleras, más fenomenales. En esta verbena las hay enormes, con sus flores, a las que se podría llamar "floripondios", y que resultan, mezcladas en la misma maceta, una de un rosa pálido; otra de un rosa más fuerte y alguna de un temprano rosa-amarillento-verdoso. Se ve que estas magníficas hortensias necesitan una mujer para ellas solas, y si se nos ocurriese comprar una de ellas, nos tendríamos que casar inmediatamente, sólo para que la esposa la cuidase y se dedicase a ella como la que se dedica a sus hijos.

Se debe comprar un botijo de gallo, como de estos verdaderos gallos disecados, cuya cresta está tan bien puesta, y que dan frescura al agua, porque saben buscar muy bien los sitios de sombra.

La locura de los columpios es cada vez mayor, y, sobre todo, a las niñas les entra la voluptuosidad suicida. Esa niña, cuya belleza debuta ante un gran público, se mece en una barca como en pleno naufragio, en pleno "Gulf-Stream". Hay un momento en que las faldas revuelan como ellas querían, y otro momento en que, completamente desprendidas, las contienen y las salvan las miradas apasionadas del público. (Ellas lo saben y provocan al hombre, al que excita el ver la mujer que quiere matarse; sí, saben y sienten así que provocan un amor quejoso y vigilante.)

A la barraca que hablamos visto en otra verbena, a esa barraca en la que se exhiben dos chotillos unidos por la cintura, y que, después de anunciar tanto en la portada el fenómeno, resultaba que no estaban ni vivos ni frescos y conservados en un frasco de alcohol, sino disecados, le ha salido una competencia terrible con el "monstruo doble teratópago", o sea dos niños unidos por la cintura.

No está mal la verbena de San Juan, aunque sea del Nepomuceno, y no esté en medio del Prado; aún está perfumada de esencia de verbena; se ven a las mujeres pobretonas y presumidas con esos trajes de enagua que son tan de verbena, y por todo eso, habiendo ido para dar una vuelta, se queda uno cogido por la gracia madrileña de las verbenas, como enredado por el fleco del mantón de la verbena.

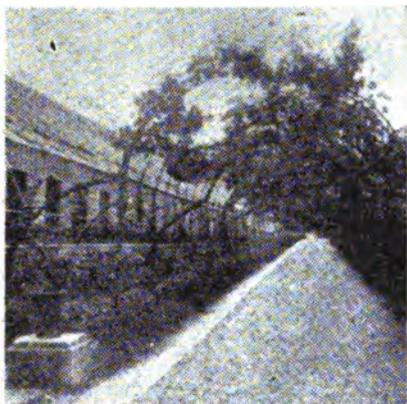
¡Y siempre ya seguirá siendo la del Prado!

El Prado, en el verano, cuando llega San Juan, está tostado y acaramelado por el sol. Sus barquillos—las "consolaciones" de antaño—son, por eso, el producto de ese sol fértil del Prado y de la canela y el encanto del ambiente. Son como el maná evolucionado que cae en las barquilleras.

Así como los barquilleros de otros lados se arruinan numerosas veces, y resulta que cuando abren con dificultad sus cajas no tienen apenas barquillos en el fondo, los del Prado siempre tienen la barquillera llena y reparten también entre los niños esas pálidas y "hostiadas" lunas de la tarde, que son las grandes obleas.

En el verano es el momento en que se hinchan del azul del día los globos para los niños, y por eso tienden al cielo, y muchas veces se escapan por el deseo terrible que tiene el morado de fundirse en el azul, de ser azul. ¡Qué desesperación de ser morado tiene el morado!

En el verano no sopla en el Prado ni el ábrego ni el austro, ese viento que sopla de la parte Sur. Todo el Prado se estanca,



El emparrado del Botánico.

está quieto en la luz y en el aire coagulado, tanto, que parece como una fotografía iluminada—escarabajadores verdes y portentosos azules—, como fondo de uno de esos panes de cristal, que dan más fuerza a los colores.

El Botánico se pone tropical en el verano. Las plantas tropicales, y todo lo cubano, y todo lo filipino que hay en él se acicala y se destaca. La planta del tabaco, que está en los invernaderos, huele a caruncho.

Los árboles claros se anteponen a los otros, y son como las blusas del jardín los árboles y las plantas veraniegas.

En el verano cantan en el Botánico las chicharras, los ruiseñores, los pardales, las alondras y, de vez en cuando, alguno de esos canarios flautas, que lanzan el hilo telefónico de su canto hasta su país de origen.

En los invernaderos se ahogan las plantas, aunque tienen bajadas las largas persianas sobre las cristalerías.

Aun con todo el calor que hace en el Botánico, si se sienta uno o se guarece bajo el quitasol del árbol del Paraíso, se siente uno en el Paraíso.

Los saltamontes, que ya han llegado a Madrid—salen del Escorial unos días antes del día perfectamente estival—, se pasean por las avenidas del Botánico, siempre de dos en dos emparejados y dando saltos de un modo que parece que juegan al paso.

El obelisco del Dos de Mayo marca para mí las horas, como el de Sesostris, erigido en honor de Augusto, servía de "gnomon", o sea de gran manilla fija, aunque de sombra móvil para el gran reloj trazado en el campo de Marte.

Antes el Botánico tenía horas de retiro y soledad, días, meses enteros en que daban la orden de cerrarlo y se apartaba de todos como si cada árbol se hubiese ido a un lejano lugar de origen.

Ahora nunca sucede eso y podemos ver el Botánico de otoño y de invierno, dejando la huella de nuestros zapatos y recogiendo la llorosa y compungida confianza del jardín.

Muchos caminos con nombres distintos se han formado en el Prado, como si cada tres generaciones se quisiera variar el mundo variando sus nombres. Siempre ha habido diferencias. Al lado del paseo de coches, hacia 1840, había una línea de toscos marmolillos y otra paralela, a corta distancia de asientos de piedra, formando una estrecha calle, que se llamaba "el gabinete" y separaba el salón de coches. En ese reducido espacio gozaban su intimidad los de más noble alcurnia y se sonreían al pasar como si los biombos azules del espacio les separasen y les aislasen.

Con una raya escrita con un bastón sobre la tierra traza siempre el elegante el límite de sus dominios, y ¡guay! del que penetre en ellos. La fuerza de su desdén y



Romántico dibujo de la plaza de las cuatro fuentes. (Colección Félix Boix).



La ermita del Angel en el Prado, primitiva ermita del Santo Cristo de la Oliva, junto a la puerta de Atocha, primitiva puerta llamada de Vallecas. ;

sus miradas en colaboración con las mujeres logran empujar hacia fuera al entrometido.

"Fígaro", pálido, demacrado, blanco como el mármol en su lápida, tiene en sus ojeras el color del polvo que han ido dejando en ellas los días. Cada nueva alusión da vida a esa efigie y parece que al verle en el día en que le han aludido tiene él más animada catadura y una mirada más intensa. Como si detrás de la máscara de mármol estuviesen sus ojos de aguda mirada.

En el Prado aun el que no quiere, aun ese ser atrabiliario y obcecado que corre en persecución de alguien o de algo, tiene que saber que pasea, tiene que tomar aire de hombre que pasea.

El Prado es, en los días de calor, el fresco río de fuego. El asfalto está en ebullición, y va en racha interminable a abrasar más la Mancha.

Las viejas que están sentadas en los bancos de abultada panza de piedra, largos, sólidos y macizos como sepulcros, parecen estar sentadas sobre la tumba de sus hijos... Enlutadas, sentadas de medio lado, mirando más al banco que al paseo, parecen meditar sobre sus muertos.

Sobre el asfalto del Prado no se oyen las ruedas de los coches, sino el "¡Clof!", "¡Clof!" de las pezuñas de los caballos.

Estos grandes árboles del Prado tienen una gran serenidad en la hora abrumadora del estío. La alarma es la que llena de pánico y de ardor el verano de Madrid. Todos hablan del calor como se habla de la peste, del incendio, de la guerra asoladora. ¡Mentira! En el Prado es donde hay menos alarmismo, porque si bien podría ser ese sitio de menos alarma el Retiro, al Retiro se van los huídos, los prófugos, los que aun allí se limpian el sudor con las grandes sábanas de sus pañuelos y hablan los muy patrañeros del calor inaguantable.

El Prado es el verdadero fondo para pintar el "Paseo" de Madrid. La Castellana se alarga más rústicamente, más igual, sin ambiente, sin carácter. A lo más, tiene la frescura y la elegancia tonta. Todo es igual en el largo paseo ese, desde que principia en Recoletos hasta el final. Quizás grato paseo de excursionistas, de gentes higiénicas, de gentes que quieren bordear siempre el barrio de Salamanca, de amigos del paseo obsesionador por quitarse la pancita o por hacer esa excesiva higiene, que es como una especie de "morismo" que llena su cabeza, pues esa manía tiene la misma torvedad y la misma voluntad que todas las cosas de los genízaros.

El Prado es de una euritmia admirable—no en vano está la estatua de la euritmia entre las estatuas que le bordean en el ala estatuaria del Museo—. Y es euritmico porque tiene mucho cielo, y al mismo tiempo sus calles de árboles son espesas, aunque con sus linternas correspondientes en lo alto.

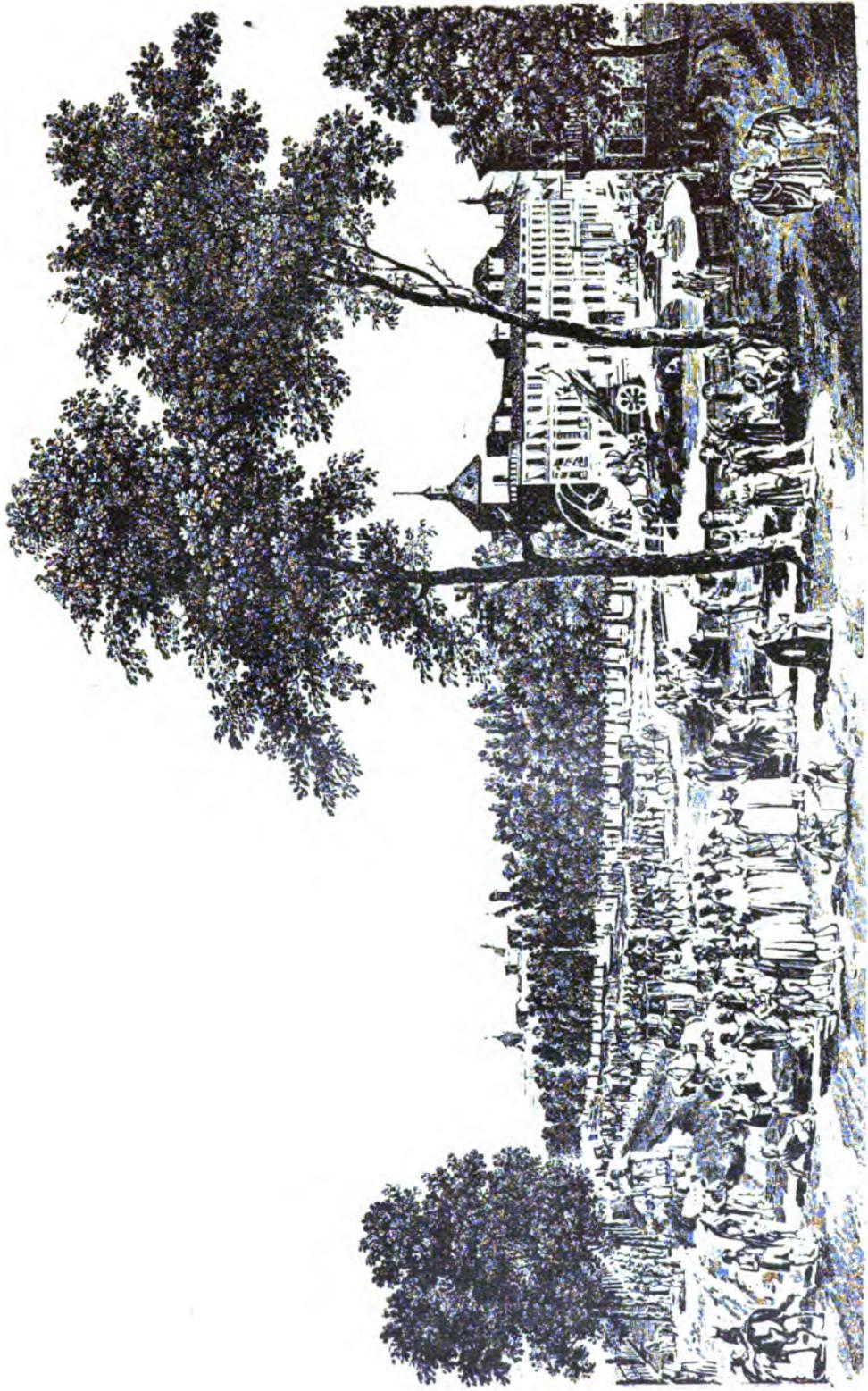
Está alto, y, sin embargo, se toca este cielo del Prado; es incomedible, y, sin embargo, se prueba; no tiene borde su estanque azul, y, sin embargo, se puede meter la mano en su líquido azul.

Las visuales que recorren el Prado lo recorren casi a todo lo largo. Su perspectiva debe ser la perspectiva del espíritu, porque vemos las almas que se van acercando desde que penetran por la puerta del salón.

Los cimientos de estos bancos del Prado son cimientos inmensos, que por eso han conseguido que éstos sean los únicos bancos que no se hundan con el tiempo.

En la memoria del Prado, en su cuarta realidad, están esos ventorrillos que había en su tránsito. En ellos tomo de vez en cuando un vaso de vino del Prado, el vino azul que sume en unas tenues sombras azules de una embriaguez azulada.

Muchas veces busco el sendero primitivo que era antes el Prado. Me tengo que dedicar a dejarme llevar por el magnetismo. Me vendo los ojos a mí mismo, y voy



Otro grabado antiguo de la entrada del Prado.

(Colección Félix Boix)



Visión del Prado el año 89 del siglo pasado.

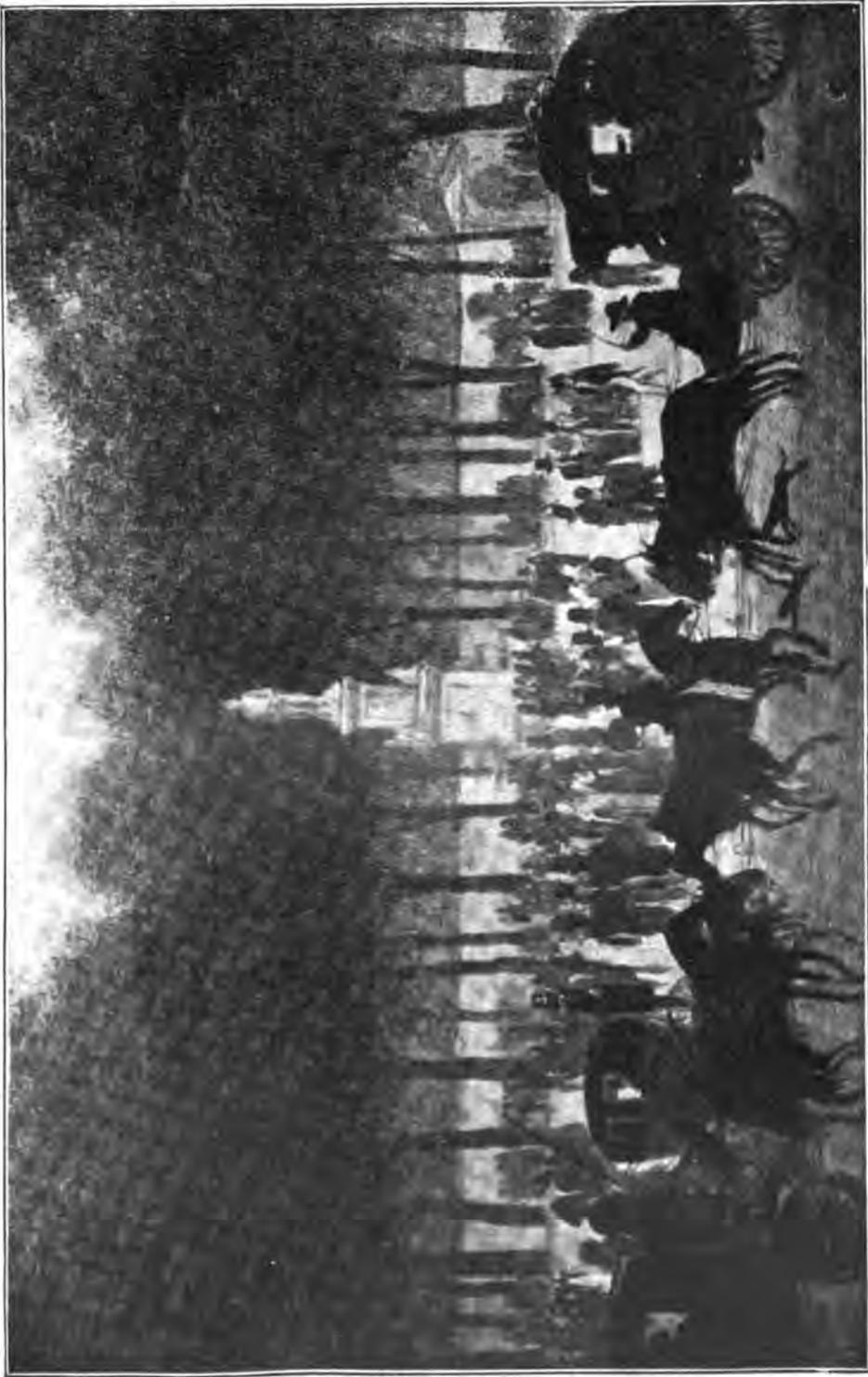
“encontrando” el sendero. Mis pasos lo dibujan, lo trazan, aunque alguien crea que voy borracho al ver la desigualdad con que camino y los zig-zags que hago.

El sendero del Prado creó el Prado. Si no hubiera habido ese sendero estrecho, como trazado por nadie, que como raya de una cabeza era la raya de todas las tierras de alrededor, todos hubieran tirado por otro lado. Esas sandalias que primero pisan unos matorrales y vencieron su maleza y crearon la vereda, son los que crean las orientaciones y los caminos.

Esos charcos que se forman en el Prado recuerdan a aquellas viejas que lavaban en el arroyo que pasaba por allí, una verdadera avenida de agua que pasaba por detrás de los bancos de hoy.

En mi paseo por el Prado pienso que debía figurar comprobada la cifra de 192.780 pies cuadrados; pero como mis pies son pies rectos y estrechos no puedo recogerla. **SOLO EL ELEFANTE PUEDE CONTAR, PASO TRAS PASO, LOS PIES CUADRADOS.**

El color tórtola es el color del invierno en el Prado. Ahora, en el verano, pasan las cursis vestidas de blanco, y los cursis vestidos de blanco.



La circulación del Paseo del Prado frente a la fuente de Apolo, según un cuadro de primeros del XIX.

¡Que no le abrumen las casas de vecindad de veinte pisos y con numerosos interiores!... ¡Que no sufra una humanidad en uno de esos grandes pozales, y que ese sufrimiento anuble y entontezca el único refugio para la serenidad y la sensibilidad!

¡Que pesen sobre él las grandes desgracias antes que los rascacielos de ladrillo, las grandes desgracias, como la que pesó sobre el palacio del duque de Lerma, tan honrado con sus visitas por el Rey Felipe III—con su magnífica huerta, en la que se llegaron a lidiar toros—, y a cuyo pesar y abandono, cuando en el reinado siguiente le ocurrió caer en desgracia, compuso Quevedo ese soneto que termina así:

“¡Oh, amable, si desierta arquitectura,
más hoy al que te ve desengañado
que cuando frecuentada en tu ventura!”

El Prado, no obstante ser el paseo ideal de Madrid, está abandonado por el gran mundo. El, que ha visto congregarse bajo sus frondas el todo Madrid verdadero porque aún no había trenes, ahora sufre solo, aunque dichoso, como si siguiese siendo la “serre” de lujo que fué. El apetitoso sabor a sandía madurísima y fresca que se disfruta bajo sus ramas en la hora tórrida, es algo que ni con la sintética sandía en el plato disfrutara nadie.

Más irremediable y más ingrata resulta, sin embargo, la soledad del paseo de las Delicias, la auténtica y rampante continuación del Prado, su estribación hasta un verdadero límite, ese verdadero límite que es lo único que pone término a las rectas que se continúan con continuidad de avenida o el río o la montaña o el mar. A este camino le pone término el Manzanares.

Así como en la soledad del Prado es fácil evocar su pasado, en el paseo de las Delicias nada se evoca, y sólo se siente un ambiente plebeyo y arrabalero.

¿Quién se puede imaginar que haya sido un paseo elegante por el que han paseado los sombreros de copa y los más finos chalets y mantillas de España?

El paseo de las Delicias—no hay que confundirle con el llamado “Delicias de Isabel II” (hoy la Castellana) y también favorito de la elegancia—fué muy agradable camino hacia el paseo del Canal y hacia el embarcadero, donde hasta flotaban algunos barquitos y falúas. (¡Ha adelgazado el Manzanares, indudablemente!)

De la Puerta de Atocha brotaban tres caminos en los tiempos en que el paseo de las Delicias era “muy frecuentado por las personas que pasean por conveniencia y sin otro objeto que respirar un aire libre”. Eran tres caminos, en cuyas desembocaduras, así como en la de la calle de Atocha, había cuatro fuentes para que se abrevasen los caballos. Los tres caminos eran el de Valencia para Vallecas, el de las Yaserías y el paseo de las Delicias.

En el de las Yaserías había muchos figones y despachos de vino, una casa de vacas, el parador de Guillermo—gran comedor de grandes tasajos de todo, ¿qué fué de ti?—, dos juegos de bolos—ahora juegan a los bolos con las calaveras de los jugadores— y un columpio—ahora se columpian en las raíces que cuelgan en las grutas de la tierra—; después el cementerio de San Nicolás y San Sebastián y cinco yaserías, que son las que le dieron nombre—hoy se agotó todo su yeso en las construcciones, y han desaparecido.

Por el paseo de las Yaserías ningún elegante se atrevía a pasar. Todos, después que se cansaban de pasear por el Prado y después por el paseo de Atocha o de invierno, “que se encontraba al abrigo de los vientos”, tomaban el camino pacífico de las Delicias, que, según las medidas de estos libros que parecen no mentir, es más largo, desde luego, que el Prado y algo bastante más que Recoletos y la Castellana unidos.

Por allí, los elegantes, continuaban la confianza más larga, esa confianza que no acaba ni después de haber dado varias vueltas de circunvalación a la ciudad, y por él avanzaban, despacio y pálidas, más bellas que nunca, esas mujeres delicadas y llenas de dedicaciones por su caballero, que tanto enferman en los inviernos de Madrid y que asustan con su poquito de sangre por la boca—¡pobre cordero degollado!—al que las adora.

Hay un poco de veneración en mirar a Apolo, en pasar y repasar ante él. Nadie ha visto lo que de gentilicio hay en esto. “No sólo era el buey Apis, sino Apolo también, ídolo de la idolatría”, se les diría, sacando la consecuencia de que ya que sienten la adoración de Apolo sean consecuentes con ese sentido de la vida.

El marqués de Mendigorría, más hombre distinguido y de espíritu diáfano que el cronista que encierra en tipos de imprenta cerrados, espesos y tópicos la fluidez del



NUEVA VISTA, DEL REAL PASEO, DEL PRADO DE LA CORTE, DE MADRID

- 1 Limpia de la Calle de Alcalá
- 2 Entrada de la Calle del Prado
- 3 Entrada de la Calle de San Juan
- 4 Entrada de la Calle de Atocha
- 5 Fuente de la Cibola

- 6 Fuente de Apolo
- 7 Fuente de Neptuno
- 8 Fuentes, quatro, de las tazas
- 9 Fuente de las Sirenas
- 10 Puerta de Recoletos.

- 11 Recoletos, Agustinos
- 12 La Puerta de Alcalá y Plaza de las torres
- 13 Jardines de Retiro.
- 14 Palacio de Retiro
- 15 San Geronimo.

- 16 El Real Museo.
- 17 Jardín Botánico
- 18 Fabrica de la China
- 17 5^o Blos.
- 20 Comodoro, de Atocha

(Curiosísimo e impar grabado antiguo representando el Prado).

(Colección Félix Boix.)

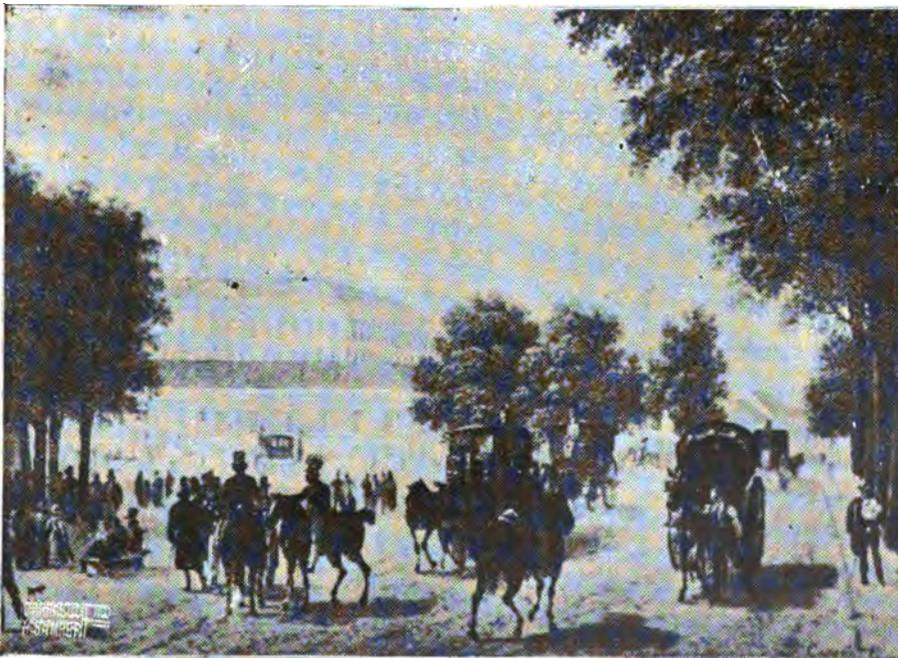
"aire" que tenían las cosas del pasado: "Las clases medias frecuentaban por lo general el Retiro, visitando los domingos la casa vieja de Fieras, y paseando alrededor del prosaico y monótono estanque. También lo verificaban en el Prado, por el lado de Recoletos y de Atocha, recorriendo las alamedas del Botánico, cuyas puertas sólo se abrían en las temporadas de la primavera y del verano. Por último, como ya he dicho, eran las clases principales por la riqueza y la alcurnia las que guardaban el natural privilegio de pasear en el salón del Prado, aunque para ello no había otro derecho que el establecido por la costumbre. Parecían estar separadas estas clases de las otras, casi por abismos, sin que con ello resultaran antagonismos ni rivalidades de trascendencia. Verdad es que a nadie se prohibía entrar en salón tan favorecido; sin embargo, el orgullo de raza establecía las diferencias, unos porque no querían parecer menos que los otros, y los de más encopetadas pretensiones, por no confundirse con los más modestos. Aquel paseo parecía tener puertas franqueadas sólo a títulos nobiliarios o a altas posiciones pecuniarias. Dentro del mismo salón había sus preferencias de clases y de edad, que hacía conocer la riqueza del vestido de las señoras y el porte de las más jóvenes. Al lado del paseo de coches, una línea de toscos marmolillos, y otra paralela, a corta distancia, de asientos de piedra, formaban una estrecha calle, que llamábamos "el gabinete" y separaba el salón de los coches. En este reducido espacio, que tenía la ventaja, por su escasa concurrencia, de ser el más visto, de lucir mejor los trajes y estar más en contacto con los que paseaban en coche, reuníase lo que entonces se llamaba la "nata" de la sociedad. Por ningún estilo hubiérase permitido a las amas y criados, con los niños que cuidan, invadir el salón. Sólo ocupaban las calles contiguas y paralelas a él, donde podían ser vigilados por sus amos, hasta que más impunemente lo llenaron todo. La moda, la elegancia y las pretensiones de los hombres llegaba a la trivial pretensión de pasear, a riesgo de ser atropellados por algún coche, entre éstos y la línea de los marmolillos, que más tarde fueron sustituidos por una ordinaria y gruesa barandilla de bronce, que como una muralla de la China separa la gente de los coches, de la que pasea a pie con toda confianza. Entonces nunca se dió el caso de que ésta fuera atropellada por aquéllos. Yo era uno de los que gustaban estar más cerca de las damas que llegaban en sus carruajes, y fui, con Manuel Concha y todos los de la Guardia, de los primeros en establecer la moda. Pero eran a la sazón pocos los coches de personas pertenecientes al comercio, y sólo entre ellos recuerdo el del marqués de Casa-Riera, que entrara en aquel apartado. El paseo a pie era entonces de la más alta elegancia, y más preferido que el de coches.

Con mejor sentido que ahora y mayores conveniencias para la salud, las gentes de aquella época paseaban en invierno los domingos y días de fiesta, desde la una de la tarde, después de la misa, hasta las cuatro y media, hora en que se retiraban a comer y en la cual comienza ahora la vida de sociedad moderna, haciendo gala de despreciar los catarros, reumas y pulmonías que pueden recoger en sus paseos, generalmente nocturnos. En todas las estaciones, el Prado era la cita y reunión de la sociedad elegante. La juventud de Madrid gozaba del privilegio que en ninguna parte ha tenido, de encontrar diariamente, a hora marcada y en delicioso paseo dentro de la ciudad misma, un sitio en donde de fijo estaba cada uno seguro de verse con la mujer de su pensamiento o de su ardiente culto. Dos o tres horas reunidos en tan limitado recinto, dando continuas vueltas a pie y en tan inmediato contacto, satisfacía a los más exigentes, formándose las relaciones más estrechas, porque, aun a despecho de las terribles oposiciones de padres y de tutores, entonces muy frecuentes, nunca faltaba ocasión de deslizar un atrevido billete, una inteligente mirada o la más inocente pero significativa frase. Eran, por lo tanto, más felices que los actuales aquellos jóvenes, que tantas facilidades tenían para alimentar un amor constante, así como las doncellas para aprisionar en sus grillos a los que no podían defenderse en aquel campo de batalla, tan estrecho como estratégico para el bello sexo. La juventud de la época podía, pues, presentar con grandes probabilidades de éxito los títulos de su particular distinción.

Teníamos, sin embargo, los oficiales de la Guardia tiempo para todo. Aún no había amanecido cada día, cuando ya estábamos en los cuarteles pasando revista y preparando las compañías a la luz artificial, para presentarlas en aquel mismo salón del Prado, donde nos amanecía siempre, recibiendo en parada al Conde de España, que con constante celo revistaba los Cuerpos, formando y afirmando en ellos la disciplina, la instrucción y el espíritu. Después de un desfile en columna de honor, desde la cual los oficiales con sus espadas y las banderas inclinadas saludaban al general, retirábase las tropas a los cuarteles. Otras horas del día destinábanse en el campo a la



Antiguo aspecto de la bajada al Paseo de las Delicias, frente a la esquina del Hospital General, según un cuadro de la época.



Entrada del Prado a primeros del siglo XIX, según un cuadro de la época. Al fondo se ve el hoy Ministerio de la Guerra.

instrucción con los regimientos o a las academias; pero nunca los oficiales faltaban a los paseos, porque las ocupaciones del servicio eran compatibles con las horas en que, presurosos y galantes, volvíamos al Prado."

Los novelistas del pasado necesitaban que por lo menos dos capítulos de la novela se celebrasen en el Prado. Entre ellos se destaca Rosalía de Castro por el carácter inefable de su novela "El caballero de las botas azules", esas botas que relucen y que son tan prodigiosas que se reúnen todos los zapateros para tratar de ellas, porque hay aristócratas que quisieran unas iguales y no pueden encontrarlas. El caballero de las botas azules, claro está, como no tenía más remedio que suceder, se pasea por el Prado luciendo sus botas tenuemente iluminadas de azul, un poco así como las bolas de las boticas o como la luz de la lámpara a través de la esbelta botella azul de la Manzanilla o de la medicina.

"¡Qué aspecto nuevo y deslumbrador — dice Rosalía de Castro — presentaba el Prado el domingo por la tarde; qué mágica y extraña perspectiva!" Y fijándose en las damas que pasean por él, dice: "Vedlas luciendo el alto y revuelto peinado llamado "montaña alpina", sobre el cual un disecado agullucho tiende las nevadas alas y posa el encorvado pico."

Los extranjeros siempre han encontrado en él el más bello paseo de Madrid. Así, el autor de España en 1810 dice:

"Al ir a Palacio atravesamos el Prado, que ya he citado como el paseo más bonito de Madrid. Casi siempre está lleno de gente, cuyos trajes y carruajes divierten un poco a los extranjeros. En estas dos cosas, los españoles están en retardo lo menos un siglo, comparativamente con los franceses e ingleses. Algunas veces se ve un carruaje pesado, cincelado y cubierto de dorados, tirado por dos mulos con arneses de terciopelo carmesí, adornados con innumerables hebillas y placas doradas y con las crines trenzadas y adornadas con cintas de diversos colores que caen en gruesos nudos. Estas carrozas, que van al paso, están guiadas por un cochero que lleva sujeto el pelo por una redecilla, una librea cargada de galones de oro y un enorme sombrero de tres picos. Todo parecía haber servido a varias generaciones. A través de los cristales se veía a un grande de España en traje de Corte. Si se para uno un momento para contemplar el extraño carruaje, se ve muy pronto distraído por un moderno hidalgo o advenedizo carruaje de fabricación francesa, que pasa como un relámpago tirado por seis u ocho mulos y seguido por varios jinetes muy bien vestidos. Entre las personas que van a pie, el contraste es también muy grande, debido a la extraña mezcla de oficiales franceses, de comerciantes españoles y de ciudadanos de Madrid, que mutuamente se burlan de sus trajes sin advertir su propia ridiculez, porque se ve claramente que el tocado ha sido cuestión de mucha importancia para todas las personas que vienen al Prado.

Este paseo comienza en el antiguo convento de Atocha, que ahora se ha transformado en un hospital militar, y se extiende hasta la calle de Alcalá en cuya entrada hay una fuente magnífica que representa a la diosa Cibeles en un carro arrastrado por leones, en medio de un pilón de mármol blanco. Tiene en la mano una llave, como diosa de las ciudades y de las guarniciones. Esta estatua está muy bien hecha."

Continuando este autor con la descripción de Neptuno "que tiene en sus brazos a Anfrite, su esposa, ambos colocados en una concha arrastrada por hipopótamos (?!) y seguida por Nereidas (?!)".

Los árboles de mancha oscura y voluntariosa dominan el paisaje y el panorama del Prado. Son árboles geniales, árboles artistas de crespa melena que se engrandecen sobre los hombres, y que tienen silueta rizada. (Son los árboles de tres ramas de igual importancia y desigualmente distribuidas en el tronco.)

("Fígaro" no se extingue. Es el diputado que representa en las Cortes del presente a muchos millones de hombres. Continuará siendo su representante en la legislatura del siglo que viene y del otro. El gran "Fígaro" de ojos preñados de lágrimas de melancolía, ha mirado su reloj y se va. Va a suicidarse como todos los días a la misma hora de aquel día célebre. No puede soportar el día sin alligerarse de sus penas ante la gran hipocresía que lo retiene todo y la gran brutalidad que lo desorienta.)

Nuestros diálogos del Prado tienen momentos en que salen a la superficie como los ríos que van ocultos:



El comienzo del Paseo de las Delicias, continuación del Prado (según un cuadro de la época).

Yo.—Dime tu secreto.

Yo mismo.—Parece mentira que tú que me conoces sospeches siquiera que yo tengo secreto.

Yo.—Dime tu secreto... No ves que te soy más consecuente que nadie.

Yo mismo.—No hay secreto... No hay secreto ninguno... No hay ningún secreto como no sea el de las luces y el de las sombras que ya comienzan a encenderse y a apagarse en el final de este largo paseo.



Diferente visión del Prado en el paraje profundo de las cuatro fuentes. (Colección Félix Boix).

Al pasar por frente a Apolo se pasa como ante el altar mayor, ante el que se abre la claridad y la expectación.

Las parejas al pasar por el Prado se cifien más que nunca y ella es llevada a pulso por el brazo del varón.

En la noche obscura, espesa, entonada del Prado las lucecitas de los faroles son como sus fuegos fatuos. Los focos eléctricos le hieren como la impertinencia.

Y ya estamos al final del Prado...

Estamos al final, pero no salgamos de él. Retrocedamos. Volvamos a recorrerle. Sólo al salir de él nos desorientamos. Paseemos de arriba a abajo, de abajo a arriba. El paseo de Atocha o de invierno tiene como un clima oriental; pero debemos curtirnos y sentir la sensación remachada del frío y del calor del Prado.

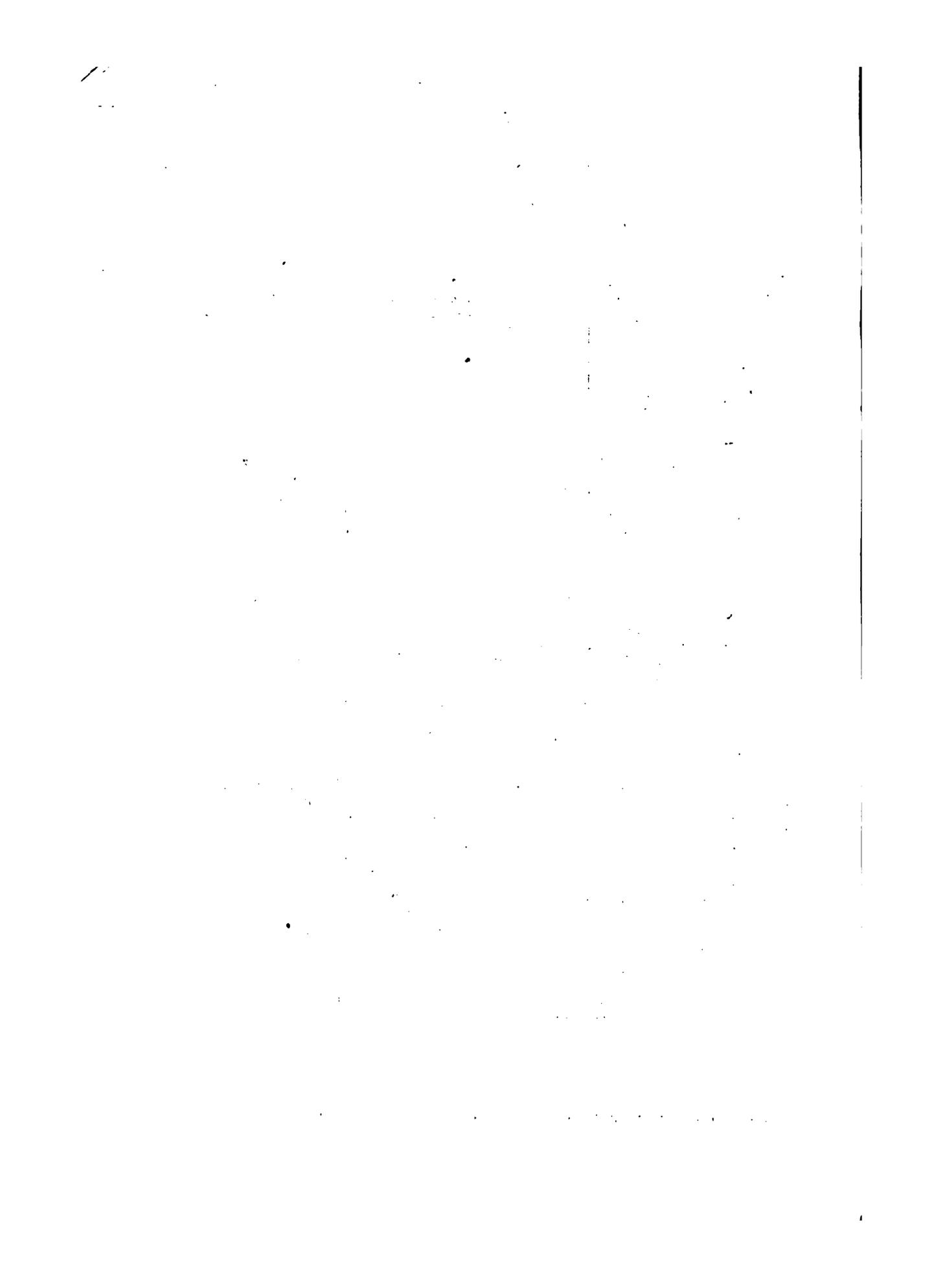


Ramón Gómez de la Serna

FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	DICE	DEBE DECIR
9	43	traumatargos	taumatargos
10	8	Arriola	Arriala
33	42	dedicando	dedicado
39	35	Posfigaro	Post Figaro
68	20	de tu	de su
95	24	Angel	Antonio
97	15	Hermite de la Chausse de Antin	Ermite de la Chaussée d'Antin
97	16	Joui	Jouy
105	6	choca	ciocca
120	35	cara	casa
124	30	Lamarteine	Lamartine
127	27	ni asado	no usado
132	32	tirato	tardo
132	58	<i>Rehiles</i>	<i>Rehilettes</i>
133	15	aprensiones	reprensiones
134	7	último	último
137	14	Bans	Baus
138	27	Capuletz	Capuletti
138	28	Montechi	Montecchi
142	42	público; no podemos	público no poder
142	53	"Yo soy redactor"	"Ya soy redactor"
147	48	<i>Conde de Candespina del Buscarruidos</i>	<i>Conde de Candespina, del buscarruidos</i>
149	23	Ludigino	Rhodigino
149	24-25	{ "Loduvici Coelis Rodigni Lectorum anticuarum libri XXX cum impella gestatis gratia et privilegio Basilea MDLXLII." }	{ ("Ludovici Coelii Rhodigini Lectionum antiquarum libri XXX. Cum imperialis Majestatis gratia et privilegio, Basileae MDXLII.") }
151	20	Se respeta	se respetan
152	39	18.122,0 por	19.122 50 pesetas por
153	34	Serafin	Joaquín
159	45	engañado	engañador
161	11	<i>L' hermite de la Chausse d' Antin</i>	<i>L' ermite de la Chaussée d' Antin</i>
162	21	Ayguals de Izo	Ayguals de Izco
174	42	Era el 27 de Mayo	Era el 27 de Abril (1)
178	50	Sebres	Sevres
179	22	sabido	salido
188	28	asimismo	a sí mismo
189	4	nia ningún	ni ningún
194	8	ensalzaba	ensalzabas
195	37	{ ¡Ay! Hasta la tumba te tengo que amar aunque se incomode mi hermano carnal. }	{ Estos versos que se atribuyen a Joaquín son continuación del parlamento de Manuela que empieza: ¡Qué alma tan romántical ¡Qué fino galán!
202	40	efectos	defectos
203	14	10 de Octubre de 1863	10 de Octubre de 1836
207	37	reflejo	efecto
225	7	Geneys	Genyeis
250	28	Mossard	Massard

(1) Esta errata es de la obra de Montaner y Simón, pues en las cartas autógrafas de «Figaro» aparece esta otra fecha.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.....	5
Prólogo.—Resurrección.....	7
I.—Las primeras biografías.....	13
II.—Albores.....	20
III.—Amargura inicial.....	35
IV.—Viviendo.....	43
V.—El poeta.....	57
VI.—El dramaturgo.....	76
VII.—El primer periodista.....	94
VIII.—El crítico.....	114
IX.—El crítico teatral.....	180
X.—Literatura.....	145
XI.—Su espíritu.....	154
XII.—El hombre y sus pasiones.....	164
XIII.—El viaje misterioso.....	173
XIV.—Larra y Bretón.....	184
XV.—Dolores Armijo.....	207
XVI.—El político.....	217
XVII.—Intimidades.....	224
XVIII.—El suicidio.....	242
XIX.—Velatorio y entierro.....	247
XX.—Necrología.....	258
XXI.—Inventarios.....	263
XXII.—Dnelo familiar.....	271
XXIII.—Exhumaciones y homenajes póstumos.....	277
XXIV.—Los descendientes.....	287
Epílogo.—El Prado.....	301



Plaza de Santiago.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 25 DE SEPTIEMBRE DE 1920
EN LA IMPRENTA DE «ALRE-
DEDOR DEL MUNDO»



Iglesia de Santiago.

